

# HARRY HARRISON

# MARVIN MINSKY

# LA UTOPIA DE TURING



# La evolución del hombre y la inteligencia artificial, en una asombrosa novela de suspenso

# ATLANTIDA

ALGUNOS COMENTARIOS SOBRE

# LA UTOPIA DE TURING

"Alta tecnología y acertada  
psicología... un *thriller* contundente  
donde la ciencia no es ficción."

– *Eric Drexler,*  
*presidente del Foresight Institute*  
*y autor de "Engines of Creation"*

"Un argumento resuelto con  
ingenio y suspense."

– *The New York Times*

"Si busca ritmo vertiginoso y ciencia  
ultrasofisticada, sin dejar de lado  
interrogantes que apasionan, este  
libro es para usted. Nadie puede  
plantearse las profundas cuestiones  
acerca de la inteligencia artificial,  
que ya asoman en nuestro horizonte,  
mejor que Marvin Minsky."

– *Gregory Benford,*  
*astrofísico y celebrado escritor.*

LA UTOPIA DE  
**TURING**

**HARRY HARRISON  
Y  
MARVIN MINSKY**

**LA UTOPIA DE  
TURING**

Traducción:  
Patricio Nelson

**EDITORIAL ATLANTIDA  
BUENOS AIRES**

Título original: THE TURING OPTION

Copyright © 1992 by Harrison and Marvin Minsky

Copyright © EDITORIAL ATLANTIDA, 1993

Derechos reservados. Primera edición publicada por

EDITORIAL ATLANTIDA S.A., Azopardo 579, Buenos Aires, Argentina.

Hecho el depósito que marca la ley 11.723.

Impreso en Brasil. Printed in Brazil. Esta edición se terminó de imprimir en el mes de agosto de 1993 en los talleres gráficos de Companhia Melhoramentos, Indústrias de Papel., Rua Tito 479, São Paulo, Brasil.

I.S.B.N. 950-08-1150-2

## ADVERTENCIA

ESTA ES UNA COPIA PRIVADA PARA FINES EXCLUSIVAMENTE EDUCACIONALES



QUEDA PROHIBIDA  
LA VENTA, DISTRIBUCIÓN Y COMERCIALIZACIÓN

- El objeto de la biblioteca es facilitar y fomentar la educación otorgando préstamos gratuitos de libros a personas de los sectores más desposeídos de la sociedad que por motivos económicos, de situación geográfica o discapacidades físicas no tienen posibilidad para acceder a bibliotecas públicas, universitarias o gubernamentales. En consecuencia, una vez leído este libro se considera vencido el préstamo del mismo y deberá ser destruido. No hacerlo, usted, se hace responsable de los perjuicios que deriven de tal incumplimiento.
- Si usted puede financiar el libro, le recomendamos que lo compre en cualquier librería de su país.
- Este proyecto no obtiene ningún tipo de beneficio económico ni directa ni indirectamente.
- Si las leyes de su país no permiten este tipo de préstamo, absténgase de hacer uso de esta biblioteca virtual.

*"Quién recibe una idea de mí, recibe instrucción sin disminuir la mía; igual que quién enciende su vela con la mía, recibe luz sin que yo quede a oscuras" ,*

—Thomas Jefferson



Para otras publicaciones visite  
[www.lecturasinegoismo.com](http://www.lecturasinegoismo.com)  
Facebook: Lectura sin Egoísmo  
Twitter: @LectSinEgo  
o en su defecto escríbanos a:  
[lecturasinegoismo@gmail.com](mailto:lecturasinegoismo@gmail.com)  
Referencia:960

*Para Julie, Margaret y Henry: Moira y Todd — Una historia de su futuro*



## El Test de Turing

En 1950, Alan M. Turing, uno de los pioneros de la computación, se preguntó si algún día las máquinas podrían pensar. Pero por ser tan difícil de definir la actividad de pensar, Turing se propuso comenzar con una simple computadora digital. Cuando se le preguntó si al incrementar su memoria y velocidad, y proveyéndola de un programa adecuado podría llegar a pensar como un ser humano, él contestó:

*“Considero la pregunta, ¿pueden pensar las máquinas?, demasiado desprovista de sentido como para merecer una respuesta. Sin embargo, estimo que a fines del siglo el uso de palabras y en general la opinión culta habrán cambiado tanto que se podrá hablar de máquinas pensantes sin esperar ser contradecido.”*

Alan Turing, 1950.



# 1

Ocotillo Wells, California

---

8 de febrero de 2023

J.J. Beckworth, presidente de las Industrias Megalobe, estaba perturbado. Sin embargo, años de control le impedían cualquier exteriorización de su inquietud interior. No se sentía preocupado, no tenía temor; sólo estaba perturbado. Hizo girar su sillón para contemplar la espectacular puesta de sol del desierto. El cielo rojo al oeste, detrás de la cadena montañosa de San Isidro, reflejaba una luz púrpura que coloreaba el horizonte. Las sombras de ocotillos y cactus dibujaban largas líneas en la arena gris del desierto que se extendía frente a él. Normalmente esa belleza austera lo aliviaba y relajaba. Pero en ese momento no surtía el mismo efecto. El suave zumbido del intercomunicador interrumpió sus pensamientos.

—¿Qué pasa? —preguntó. La máquina reconoció su voz y se encendió automáticamente. Su secretaria le respondió.

*—El doctor McCrory está aquí y le gustaría hablar con usted.*

J.J. Beckworth titubeó, sabiendo lo que quería Bill McCrory, y estuvo tentado de hacerlo esperar. No, sería mejor recibirlo.

—Hágalo pasar.

La puerta se abrió con un zumbido y entró McCrory. Cruzó la habitación. El sonido de sus pasos amortiguado por la gruesa alfombra de lana. Era un hombre anguloso y flaco en comparación con el presidente, bajo y fornido. No usaba chaqueta y su corbata colgaba suelta alrededor del cuello; existía cierto grado de informalidad en los niveles superiores de Megalobe. Pero McCrory vestía un chaleco con los bolsillos colmados de lápices y lapiceras, tan esenciales para cualquier ingeniero.

—Perdón por molestarlo, J.J. —Se retorcía los dedos nerviosamente, no quería reprender al presidente de la compañía—. Pero la

demostración está lista.

—Ya lo sé, Bill, y lamento haberlo hecho esperar. Pero algo ha surgido y no puedo acompañarlo en este momento.

—Con seguridad cualquier demora causará problemas.

—Eso ya lo sé —J.J. Beckworth no dejó traslucir su irritación; nunca la demostraba con sus subalternos de la compañía. Quizás McCrory no recordara que el presidente en persona había supervisado el diseño y la construcción de todos los dispositivos de seguridad del establecimiento. Alisó por un momento su suave corbata de seda; la frialdad del silencio era una reconvención en sí misma—. Tendremos que esperar. Ha habido una corrida en la bolsa de Nueva York, justo antes de cerrar.

—¿Nuestras acciones, señor?

—Las nuestras. Tokio aún sigue operando; lo hacen ahora las veinticuatro horas. Lo mismo parece estar ocurriendo allí. Financieramente no tiene ningún sentido. Cinco de las corporaciones más grandes y poderosas de productos electrónicos de este país, fundaron esta compañía. Controlan por completo a Megalobe. Por ley, cierta cantidad de acciones debe ser negociada, pero no existe posibilidad alguna de una puja de adquisición.

—¿Entonces qué puede estar pasando?

—Quisiera saberlo. Los informes de nuestros operadores llegarán pronto. Luego iremos al laboratorio. ¿Qué quiere que vea?

—Creo que dejaré que Brian le explique —Bill McCrory sonrió nervioso—. Dice que se trata del descubrimiento importante que esperaba. Me temo que yo mismo no lo entienda. Mucho de lo relativo a inteligencia artificial me supera. Mi área son las comunicaciones.

J.J. Beckworth asintió comprensivo. Estaban ocurriendo muchas cosas en ese centro que no fueron previstas en el plan original. Megalobe había sido fundada con un solo propósito: alcanzar —y, si fuera posible, superar —a los japoneses en su investigación sobre la televisión de alto rendimiento. La TVAR había comenzado con una pantalla más ancha y con más de mil líneas de registro. Los Estados Unidos casi perdieron el tren en esta línea de investigación. Sólo el reconocimiento tardío del dominio extranjero en el mercado mundial de la televisión había reunido a las corporaciones fundadoras de Megalobe y al Pentágono. Esta unión fue posible cuando el Ministro de Justicia cerró los ojos, y permitió al Congreso cambiar las leyes antimonopolios, haciendo posible la nueva forma de con-

sorcio industrial. Ya en la década de 1980, el Departamento de Defensa —más específicamente el Organismo de Investigación de Proyectos Avanzados en materia de Defensa, uno de sus pocos departamentos técnicamente competentes— había identificado a la TVAR, no sólo como una herramienta importante para futuros enfrentamientos bélicos, sino como vital para el avance de nuevas tecnologías industriales. Por ello, después de años de presupuestos reducidos, consiguieron el dinero necesario para las investigaciones.

Una vez subvencionado el proyecto, con enorme celeridad, todas las fuerzas de la tecnología moderna se juntaron en un lugar solitario del Desierto de California. Donde antes sólo había tierra yerma— y algunas pequeñas plantaciones de cítricos— se levantaba un amplio y moderno centro de investigaciones. J.J. Beckworth sabía que estaba en marcha un buen número de proyectos nuevos y fascinantes, pero conocía sólo vagamente los detalles sobre algunos de ellos. Como presidente, tenía otras responsabilidades más urgentes que atender con seis diferentes jefes de quienes ocuparse. La luz roja en su teléfono cortó sus pensamientos.

—Sí?

—*El señor Mura, nuestro corredor japonés, está en la línea.*

—Pásemelo —Se volvió hacia la imagen en la pantalla frente a él—. Buenas tardes, Mura-san.

—*Lo mismo digo, señor J.J. Beckworth. Lamento molestarlo a esta hora tan tardía.*

—Siempre es un placer oírlo —Beckworth controló su impaciencia. Esa era la única forma de tratar a los japoneses. Había que llenar primero una cantidad de formulismos—. Supongo que no me llamaría a esta hora si no fuera un asunto de importancia.

—*La importancia debe ser asignada por su ilustre persona. Como simple empleado sólo puedo informar que el entusiasmo por comprar acciones de Megalobe quedó revertido. Las últimas cifras están por llegar. Las espero en mi escritorio... en cualquier momento.*

Por una fracción de segundo la imagen en la pantalla quedó congelada, los labios no se movieron. Esto indicaba que Mura hablaba en realidad en japonés. Sus palabras eran traducidas simultáneamente al inglés, mientras que los movimientos faciales eran simulados por la computadora para adecuarlos a las palabras inglesas. Mura se volvió para tomar una nota. Sonrió mientras la leía.

—*Las noticias son muy buenas. Indican que el precio ha vuelto*

*a caer a su nivel anterior.*

—¿Tiene idea de lo que ocurrió? —J.J. Beckworth se frotó la mandíbula.

*—Lamento tener que comunicar mi ignorancia total. Aparte de saber que el grupo o grupos responsables perdieron cerca de un millón de dólares.*

—Interesante. Gracias por su ayuda. Espero recibir su informe escrito.

J.J. Beckworth tocó el botón para desconectar el teléfono. La máquina de *voxfax*, a sus espaldas, zumbó con suavidad mientras producía el reporte impreso de la conversación. Las palabras del presidente salieron impresas en tinta negra, las de Mura en tinta roja para ser identificadas con rapidez. El sistema de traducción había sido programado correctamente; Beckworth al hojear las páginas, sólo observó el número acostumbrado de errores. Su secretaría archivaría ese documento de *voxfax* para uso inmediato. El traductor estable de Megalobe verificaría más tarde la traducción de la computadora.

—¿De qué se trata? —preguntó Bill McCrory confundido. Era un genio en electrónica, pero encontraba la arcana jerga bursátil ininteligible.

—No sé, y quizás nunca lo sepa —J.J. Beckworth se encogió de hombros—. Probablemente fue un corredor de bolsa de alto vuelo en busca de una ganancia rápida, o un banco que cambió de idea. En cualquier caso, ya no es importante. Creo que podemos ir a ver lo que ha descubierto nuestro genio local. ¿Dijo que se llamaba Brian, verdad?

—Brian Delaney, señor. Pero tendré que telefonear primero, se ha hecho tarde. —Afuera ya estaba oscuro; las primeras estrellas empezaban a aparecer y las luces de la oficina se habían encendido automáticamente.

Beckworth asintió y señaló el teléfono que estaba sobre la mesa del otro lado de la habitación. Mientras el ingeniero efectuaba su llamada, J.J. Beckworth hizo aparecer su libro de citas en la pantalla. Borró los registros del día y verificó las citas del día siguiente. Tendría una jornada atareada, como siempre. Pulsó su reloj mnemónico en la pantalla. La computadora escribió automáticamente la palabra: ESPERE, y, un instante más tarde: TERMINADO, una vez cargadas las citas del día siguiente en la memoria del reloj.

Todas las tardes a esa hora, justo antes de salir, Beckworth

tomaba un whisky. Echó un vistazo en dirección al bar oculto y sonrió para sí mismo. Todavía no, tendrá que esperar.

—Discúlpeme, J.J., pero los laboratorios están cerrados. Llevará un par de minutos arreglar nuestra visita. —Antes de hablar, Bill McCrory había apretado el botón de espera en el teléfono.

—Está perfecto. —dijo Beckworth con convicción. Hubo una cantidad de buenas razones para construir el centro de investigaciones en el desierto. La falta de polución y la baja humedad habían sido dos factores importantes, pero la ausencia de población en el desierto había pesado más. La seguridad había tenido primacía. Ya en la década de 1940, cuando el espionaje industrial daba sus primeros pasos, ciertas compañías inescrupulosas descubrieron que era más simple robar los secretos de otras sociedades, que perder tiempo, energía, y sobre todo dinero, en desarrollarlos ella misma. Con el avance de la computación y el progreso obtenido en los sistemas de vigilancia electrónica, el espionaje industrial se había convertido en una industria floreciente. El primer y más agudo problema que Megalobe había enfrentado fue la construcción de instalaciones seguras. Una vez comprado el terreno para la construcción —unas cuantas granjas y un trecho de desierto —se levantó una cerca impenetrable a su alrededor. No era realmente una cerca, y ésta no era realmente impenetrable, ya que eso era imposible. Era una serie de cercas y muros, coronados de alambre de púa y plagados de detectores —que habían enterrado también en el suelo—, todo ello disimulado con detectores de cambios holográficos. Las superficies estaban llenas de calibradores de sonidos, sensores de vibración y otros dispositivos. Esto establecía un perímetro que estaba prohibido trasponer. Pero si una persona o artefacto lograba introducirse, la esperaban reflectores, cámaras, perros y guardias armados.

Aun después de completado el cerco, la construcción de los edificios no comenzó hasta que cada alambre, cable y caño existentes fuera desenterrado, revisado y luego descartado. Resultó una sorpresa descubrir un cementerio de los indios Yuman, retardándose los trabajos para permitir a los arqueólogos excavar el sitio con cuidado. Recién entonces se inició la construcción bajo supervisión cuidadosa. La mayoría de los edificios habían sido prefabricados en lugares vigilados y controlados. Habían sido sellados electrónicamente, luego examinados y vueltos a sellar. Después de ser transportados en contenedores herméticos al sitio de construcción, se repitió nuevamente el procedimiento de inspección. J.J. Beckworth había

supervisado esa parte de la construcción. Sin la máxima seguridad posible, la operación entera hubiera sido inútil.

—Lo siento, J.J., pero las cerraduras de tiempo han sido activadas. Nos llevará por lo menos media hora arreglar una visita. Podríamos dejarla para mañana —le dijo Bill McCrory, desde el teléfono, mirándolo de reojo y dando muestras de creciente nerviosismo.

—No será posible —Activó las citas del día siguiente en su reloj—. Mi día está completo, incluyendo un almuerzo en mi oficina. Además tengo un vuelo a las cuatro. Es ahora o nunca. Llame a Toth. Dígale que lo arregle todo.

—Quizás ya se ha ido.

—El, no. Es el primero en llegar y el último en irse.

Arpad Toth era el jefe de seguridad. Más que eso, había supervisado la aplicación de todas las medidas de seguridad; parecían ser lo único que le interesaba en la vida. Mientras McCrory llamaba, J.J. decidió que había llegado el momento. Abrió el gabinete donde guardaba las bebidas, y se sirvió tres dedos de whisky. Le agregó la misma cantidad de agua mineral. No le puso hielo, por supuesto. Bebió y suspiró con gratitud.

—Sírvase, Bill. Toth aún estaba, ¿no es así?

—Sí. Gracias, quiero sólo un poco de agua mineral. Estaba y supervisará la visita personalmente.

—Debe hacerlo. Es más, él y yo juntos debemos codificar una entrada después de las horas de trabajo. Y si uno de nosotros llegara a apretar el número equivocado, por accidente o deliberadamente, esto se convertiría en un caos.

—Nunca me di cuenta que aquí la seguridad era tan estricta.

—Eso está bien. No tenía por qué advertirlo.

Cualquier persona que entra en estos laboratorios es vigilado en todo momento. A las cinco en punto de la tarde las puertas se cierran herméticamente. Para salir no hay dificultad, ya que los científicos generalmente trabajan hasta tarde, inclusive toda la noche. Usted mismo lo ha de haber hecho. Ahora verá que es casi imposible volver a entrar. Ya entenderá lo que quiero decir cuando Toth llegue aquí.

Esa era una buena oportunidad para ver un par de noticias. J.J. presionó los controles sobre su escritorio. El empapelado, así como el cuadro de la pared más alejada desaparecieron para ser reemplazados por el logotipo del programa de noticias. La televisión de diecisésis mil líneas de registro que había sido desarrollada en los

propios laboratorios, era muy realista. Su éxito había sido tal que conquistó una gran porción del mercado mundial de la televisión, así como el de la Realidad Virtual, y de las centrales de computación.

La pantalla contenía decenas de millones de obturadores mecánicos microscópicos, productos de los avances de la nanotecnología. La definición y el color de la pantalla de Beckworth eran tan buenos, que hasta la fecha, nadie se había percatado que el empapelado y el cuadro eran sólo imágenes digitales, hasta que Beckworth las apagaba. Paladeó su bebida y miró las noticias.

Era el único programa que miraba, e inclusive sólo prestaba atención a las noticias que le interesaban. Nada de deportes, avisos comerciales, actualidades ecológicas, o escándalos en torno a estrellas populares. La computadora de la TV estaba programada para buscar y grabar, de acuerdo al orden de prioridades preestablecido, las informaciones de la programación satelital que él quería. Finanzas internacionales, informes bursátiles, acciones de compañías televisivas, tasas de cambio, sólo noticias vinculadas con relaciones comerciales grabadas y reemplazadas continuamente, las veinticuatro horas del día.

Cuando llegó el jefe de seguridad volvieron a aparecer el empapelado y el cuadro y ellos vaciaron sus vasos. El cabello color gris acerado de Arpad Toth seguía tan corto como en sus años de la infantería de marina. Aquel día traumático en que lo obligaron a renunciar a ese cuerpo, Toth se pasó inmediatamente a la CIA, que lo recibió con los brazos abiertos. Había transcurrido un buen número de años desde entonces, así como cumplido un buen número de misiones secretas, hasta que tuvo una diferencia de opinión importante con sus empleadores. J.J. tuvo que recurrir a toda su influencia en círculos industriales y a la ayuda de las conexiones militares de la firma, para averiguar qué había ocurrido. El informe había sido destruido en cuanto J.J. lo leyó. Lo que grabó en su memoria ese día fue que el plan presentado por Toth a la CIA había sido considerado demasiado despiadado. Esto ocurrió poco antes que la CIA cerrara su departamento de operaciones. Megalobe se apresuró a hacerle una oferta generosa a Toth para que encabezara la seguridad del proyecto; desde entonces estaba con ellos. Su cara estaba arrugada, su cabello gris comenzaba a ralear, pero no existía duda alguna que no tenía un solo gramo de grasa en su cuerpo musculoso. Era tan impensable preguntarle su edad, como sugerirle que se jubilara. Entró silenciosamente a la oficina, y se cuadró. Su

rostro estaba permanentemente ceñudo; nadie lo había visto sonreír.

—Listo para cuando desee, señor.

—Excelente. Empecemos ahora. No quiero que esto nos tome toda la noche. —J.J. Beckworth volvió la espalda mientras hablaba, no había necesidad que nadie supiera que llevaba la llave de seguridad en la hebilla de su cinturón. Cruzó la oficina hasta el panel de acero en la pared. Este se abrió, cuando él hizo girar la llave y una luz roja comenzó a parpadear adentro. Tenía cinco segundos para marcar su código. Sólo cuando la luz cambió su color al verde, hizo un ademán a Toth, de que se acercara. J.J. volvió a poner su llave en la hebilla, mientras el jefe de seguridad introducía su propio código, en la caja electrónica de control, fuera del alcance de la vista. En cuanto concluyó y cerró el panel otra vez sonó el teléfono.

J.J. confirmó los arreglos con la Oficina Central de Control. Cortó la comunicación y se dirigió a la puerta.

—La computadora está procesando la orden —dijo J.J. —, en diez minutos dispondremos de códigos de acceso a la terminal del laboratorio. Luego tendremos un minuto para entrar, pasado este plazo, toda la operación quedará cancelada en forma automática. Vamos.

Si las disposiciones de seguridad eran invisibles durante el día, de noche ocurría exactamente lo opuesto. En la breve caminata entre el edificio de oficinas y el laboratorio se toparon con dos guardias de patrulla con perros de aspecto feroz. El área estaba intensamente iluminada. Cámaras de TV los seguían mientras caminaban por el sitio. Un tercer guardia, con su ametralladora lista, los esperaba en la puerta del laboratorio. Aunque conocía a todos, incluyendo a su jefe, pidió las credenciales de cada uno de ellos antes de abrir el gabinete de seguridad. J.J. esperó con paciencia que cambiara la luz al verde. Introdujo el código correcto, luego apoyó el pulgar sobre el panel a presión. La computadora verificó su huella digital. Toth repitió el procedimiento, y a la pregunta de la computadora, contestó ingresando el número de visitantes.

—La computadora necesita también su impresión digital, doctor McCrory.

Recién cuando McCrory lo hizo, los motores zumbaron y la puerta se abrió con un chasquido.

—Los acompañaré sólo hasta la puerta del laboratorio —dijo Toth —, pues no tengo pase para entrar allí a esta hora. Llámenme

por el teléfono rojo cuando quieran salir.

El laboratorio estaba bien iluminado. A través del vidrio blindado se podía ver a un joven delgado y nervioso de poco más de veinte años de edad. Se pasaba la mano ansiosamente por el cabello rojizo mientras esperaba.

—Parece un tanto joven para tener ese grado de responsabilidad —dijo J.J. Beckworth.

—Es joven, pero terminó la facultad antes de los diecisésis años —comentó Bill McCrory—. Y obtuvo su doctorado a los diecinueve. Si usted nunca ha visto a un genio, lo verá ahora. Nuestros cazadores de cerebros siguieron su carrera de cerca. Siempre rechazó nuestras propuestas; era un solitario sin ninguna ambición económica.

—¿Entonces, cómo lo tenemos trabajando aquí ahora?

—La investigación que realiza es costosa y toma tiempo. Cuando agotó sus recursos personales, le ofrecimos un contrato que beneficiaba a ambas partes. En un primer momento rehusó, pero finalmente no le quedó otra salida que aceptar.

Ambos visitantes tuvieron que identificarse en otro control de seguridad antes de cruzar la última puerta. Entraron al laboratorio y escucharon cerrarse la puerta detrás de ellos. J.J. tomó la iniciativa, ya que sabía que cuanto más facilitara esa reunión, antes obtendría los resultados deseados. Extendió su mano, estrechando con firmeza la de Brian.

—Mucho gusto, Brian, aunque hubiera deseado que nos conocieramos antes. No he recibido más que buenas noticias del trabajo que ha estado realizando. Lo felicito y le agradezco el tiempo que le robo para mostrarme lo que está haciendo.

La blanca piel irlandesa de Brian se tornó rojiza ante tal elogio. No estaba acostumbrado a las alabanzas. Tampoco conocía mucho del mundo de los negocios como para darse cuenta que el presidente lo estaba adulando deliberadamente. Deliberada o no la alabanza obtuvo el resultado deseado. Se encontró más cómodo, ansioso por contestar y explicar todo. J.J. sólo asintió y sonrió.

—Me informaron que hizo un importante descubrimiento. ¿Es cierto eso?

—¡Absolutamente! Podría decirse que he llegado a la culminación de diez años de trabajo, o más bien al comienzo del fin. Aún queda bastante por hacer.

—Si no me equivoco es algo relacionado con la inteligencia artificial.

—Así es. Creo que al fin conseguimos una verdadera inteligencia artificial.

—¡Un momento! ¿Acaso la inteligencia artificial no fue descubierta hace ya tiempo?

—Por supuesto. Se han escrito y aplicado una cantidad de programas bastante ingeniosos, llamados IA, pero lo que he obtenido aquí es mucho más avanzado, con aptitudes que pueden competir con las de la mente humana.— Vaciló un segundo—: Disculpe, señor, no quisiera darle una clase, ¿pero está usted al tanto del trabajo que se realiza en esta materia?

—Para ser honesto, no sé nada sobre el tema. Y mi nombre es J.J., si no le molesta.

—Sí, señor...J.J. Si me acompaña lo pondré al tanto.

Los condujo hasta un impresionante conjunto de aparatos que llenaban una mesa del laboratorio.

—Este no es mi trabajo, es el proyecto del Dr. Goldblum. Sin embargo, constituye una perfecta introducción a la IA. El material no es gran cosa, consiste en una vieja Macintosh con un CPU Motorola, y un coprocesador de datos básicos que incrementa la velocidad de ejecución. El programa que utiliza está basado en una versión actualizada del clásico Sistema Experto, de autoaprendizaje usado para análisis renales.

—¡Espera un momento, hijo! No entiendo eso de “renal”. Conozco algo sobre Sistemas Expertos, ¡pero me habla de sistemas expertos de autoaprendizaje! Tendrás que empezar desde el principio, si no quieres que me pierda.

—Disculpe. Tiene razón, es mejor que empiece por el principio —dijo Brian y tuvo que sonreír—. “Renal” se refiere al funcionamiento de los riñones. Y Sistemas Expertos, como usted sabe, son programas de computación basados en conocimientos. Lo que se llama hardware en computación son todas estas máquinas que tenemos aquí. Si se corta la corriente sólo nos quedaría una costosa cantidad de pisapapeles. Enciéndala y la computadora tiene sólo la programación incorporada para verificar su propio funcionamiento y prepararse para recibir instrucciones, o sea “software”. Son los programas los que le dirán al hardware qué hacer y cómo hacerlo. Si usted proveyera a la computadora de un programa de procesamiento de textos, entonces podría usarla para escribir un libro. O, si le cargara un programa de contabilidad, podría realizar tareas contables con rapidez.

—Hasta ahora lo sigo —asintió J.J.

—Los primeros programas para Sistemas Expertos podían realizar sólo un tipo de cosa, ya fuera jugar al ajedrez, o diagnosticar una enfermedad de los riñones, o diseñar un circuito de computación. Pero cada uno de ellos realizaría la operación una y otra vez aunque los resultados fueran poco satisfactorios. Sin embargo, esos Sistemas Expertos fueron el primer paso dado en dirección de la IA, la inteligencia artificial, ya que pensaban, aunque en forma simple y estereotipada. Los programas de autoaprendizaje fueron el próximo paso. Y creo que mi nuevo tipo de programa, aprendizaje-aprendizaje, será el próximo gran paso, ya que puede hacer mucho más sin confundirse o averiarse.

—Déme un ejemplo.

—¿Tiene usted un linguáfono y un *voxfax* en su oficina?

—Por supuesto.

—Esos son dos perfectos ejemplos de lo que estoy hablando.  
¿Recibe llamados de países extranjeros?

—Sí, me llega un buen número de llamados del extranjero. Incluso hablé con Japón hace un rato.

—¿La persona con quien usted habló vaciló en algún momento?

—Sí, creo que sí. Su cara quedó congelada durante un instante.

—Eso se produjo porque el linguáfono opera a la velocidad del tiempo real. A veces no hay manera de traducir al instante el significado de una palabra, porque no puede saberse hasta no escuchar la siguiente palabra, como sucede con las preposiciones. A veces debe esperarse hasta el final de la frase para poder traducir su sentido. De manera que el linguáfono, que anima las facciones de la cara, puede tener que aguardar a que se complete la expresión para poder traducir las palabras del japonés. El programa de traducción funciona a una velocidad increíble, pero de todas formas a veces debe congelar la imagen, mientras analiza los sonidos y el orden de las palabras. Luego debe traducir éstas al inglés. Sólo entonces puede su *voxfax* empezar a transcribir e imprimir la versión traducida de la conversación. Una máquina normal de fax sólo imprime aquello con que se le alimenta desde el otro extremo de la conexión. Pero su *voxfax* es mucho más complejo. No es inteligente, pero usa un programa analítico para escuchar las palabras en inglés o traducidas de quienes le llaman. Las analiza, las compara con las palabras guardadas en su memoria y luego las imprime.

—Suena bastante sencillo.

—Es una de las cosas más complejas que hemos enseñado a hacer a nuestras computadoras —dijo riendo Brian—. El sistema debe tomar cada elemento del japonés y compararlo con las redes almacenadas de información relativas al uso de cada palabra, frase y expresión del inglés. Nos ha tomado miles de horas-hombre de programación reproducir lo que nuestros cerebros hacen en un instante. ¿Cuando digo “perro” usted sabe de inmediato a que me refiero, no es así?

—Desde luego.

—¿Sabe cómo lo logró?

—No. Sólo lo hice.

—Ese *sólo lo hice* es el primer problema con el que uno se enfrenta en el estudio de la inteligencia artificial. Ahora veamos qué debe hacer la computadora cuando escucha la palabra “perro.” Piense en los acentos regionales y extranjeros, el sonido puede tener un sinnúmero de variaciones. La computadora primero divide la palabra en sus fonemas o sonidos constituyentes; luego considera las otras palabras que se acaban de emitir. La compara con sonidos, relaciones y significados que tiene almacenados en su memoria y luego utiliza un circuito para comprobar si sus primeras conjeturas tienen sentido. Si no es así, debe empezar de cero otra vez. Recuerda sus resultados correctos y recurre a ellos al enfrentarse con nuevos problemas. Felizmente trabaja a gran velocidad. Quizás deba hacer miles de millones de cálculos antes de imprimir esa palabra.

—Hasta ahora lo puedo seguir. Pero no entiendo qué tiene de maravilloso ese sistema de *voxfax*. No parece diferir de un sistema de tratamiento de textos.

—Pero la diferencia existe. Cuando usted escribe las letras *P-E-R-R-O* en un procesador de palabras, éste simplemente graba esas letras en su memoria. Quizás las pueda mover de una línea a otra, aumentar el espacio entre letra y letra para completar la línea, o incluso imprimirlas cuando usted se lo ordene. Pero sólo sigue inflexiblemente una serie de instrucciones fijas. En cambio, su linguáfono y su programa *voxfax* se están enseñando mutuamente. Cuando cometen un error descartan ese error e intentan algo nuevo y sobre todo, recuerdan el error, que cometieron. Este es el primer paso en la dirección correcta. Es un programa de autocorrección de aprendizaje.

—¿Entonces éste es su nuevo descubrimiento en inteligencia artificial?

—No, es sólo un pequeño paso que se dio hace unos años. El desarrollo de una verdadera inteligencia artificial es algo completamente distinto.

—¿Y qué es?

Brian sonrió ante el descaro de la pregunta.

—No es tan fácil de explicar, pero le puedo enseñar lo que he hecho. Mi laboratorio está por aquí derecho.

Brian los condujo a través de los laboratorios que se comunicaban. Todo le pareció muy poco impresionante a Beckworth, sólo una serie de computadoras y terminales. No era la primera vez que se alegraba de estar en la parte comercial de la empresa. La mayor parte de los aparatos estaban encendidos y funcionaban sin que nadie los atendiera. Cuando pasaron al lado de una mesa de trabajo con una gran pantalla de televisión se detuvo en seco.

—¡Mi Dios! ¿Es ésta una televisión de imagen tridimensional?

—Lo es —dijo McCrory, dando la espalda al televisor y frunciendo el entrecejo—. Pero no la miraría mucho si fuera usted.

—¿Y por qué no? Esto revolucionaría el mercado de la TV, y nos daría la supremacía mundial—. Se frotó la frente; lo comenzaba a aquejar uno de sus raros dolores de cabeza.

—Si funcionara en forma perfecta, supongo que lo lograría. Como puede ver parece andar a la perfección. Sin embargo, nadie la puede mirar más de un minuto o dos, sin salir con dolor de cabeza. Pero creemos haber encontrado la buena forma de solucionar esto en el nuevo modelo.

—¿Qué suele decirse? —manifestó J.J. suspirando—. De vuelta a fojas uno. Perfeccionen este modelo y el mundo será nuestro— meneó la cabeza y se volvió hacia Brian—: Espero que nos muestre algo que funcione mejor.

—Lo haré, señor. Les voy a enseñar el nuevo robot que superará la mayoría de las limitaciones de las viejas máquinas de IA.

—¿Es la que puede aprender nuevas formas de aprender?

—Así es, señor. Está allí y se llama Robin 1, Inteligencia Robótica Número 1.

J.J. miró en la dirección señalada y trató de controlar su desilusión.

—¿Adónde dices?

Todo lo que pudo ver era una mesa de laboratorio con varios tipos de aparatos, y un gran monitor. Se parecía a cualquier otro lugar del laboratorio. Brian señaló una consola del tamaño de un

mueble de archivo.

—La mayor parte de los circuitos de control y de la memoria de Robin 1 están allí adentro. Se comunica por medio de rayos infrarrojos con su interface mecánica, aquel *telerobot*.

El *telerobot* no se parecía a ningún robot conocido por J.J. Estaba en el piso y era una especie de árbol invertido que no le llegaba más allá de la cintura. Estaba coronado por dos brazos dirigidos hacia arriba que terminaban en globos metálicos. Los dos brazos inferiores se bifurcaban y se volvían a bifurcar hasta que las ramas más pequeñas tenían el grosor de un espagueti. J.J. no estaba impresionado en lo más mínimo.

—Dos ramas metálicas embutidas en dos escobas. Realmente no lo entiendo.

—No son escobas. Está viendo el último avance en microtecnología. Esto supera la mayoría de las limitaciones mecánicas de las últimas generaciones de robots. Cada rama es un manipulador de retroacción que permite al programa central recibir información y ...

—¿Qué puede hacer? —dijo J.J. bruscamente—. Me queda poco tiempo.

Brian apretó los puños. Trató que el desagrado no se reflejara en su voz.

—Una de las cosas que puede hacer es hablar.

—Escuchémosla —J.J. miró su reloj con impaciencia.

—¿Robin, quién soy yo? —dijo Brian.

Una pupila metálica se abrió en cada una de las esferas metálicas. Unos pequeños motores zumbaron cuando giraron para enfrentar a Brian. Luego se apagaron.

—Tú eres Brian —contestó una voz metálica desde los parlantes montados también en las esferas.

—¿Y quién soy yo? —preguntó J.J. disgustado.

No hubo respuesta. Brian habló rápidamente.

—Sólo responde cuando oye su nombre, Robin. Y es probable que no entienda su voz, ya que sólo yo le he hablado hasta hoy. Yo le preguntaré. Robin, ¿quién es esta persona a mi lado?

Los diafragmas se abrieron, los ojos volvieron a cobrar vida. Luego hubo un leve rumor cuando los numerosos filamentos metálicos se movieron al unísono hacia Beckworth. Este dio un paso atrás mientras el robot lo seguía.

—No necesita moverse o temerle —dijo Brian—. Se acerca porque los receptores ópticos tienen poco alcance. El robot ya se ha

detenido.

—Objeto desconocido. Hay un noventa y siete por ciento de posibilidad que sea humano. ¿Nombre?

—Correcto. Apellido: Beckworth. Primera inicial: J.

—J.J. Beckworth, sesenta y dos años de edad. Tipo de sangre O. Número de identificación 130-18-4523. Nacido en Chicago, Illinois. Casado. Dos hijos. Sus padres fueron...

—Robin, termina —ordenó Brian. La voz zumbante se apagó, los diafragmas se cerraron—. Lamento eso, señor. Tuvo acceso a los archivos de personal cuando hice aquí unos experimentos de identificación.

—Estos juegos no son de importancia. No me han impresionado en absoluto. ¿Qué otra cosa puede hacer esta maldita cosa? ¿Puede moverse?

—En muchas formas mejor que usted o yo —respondió Brian—. ¡Robin, ataja!

Brian tomó una caja de broches y los arrojó hacia el telerobot. La máquina giró al instante desdoblando y aprontando sus finísimos brazos, formando cientos de pequeñas manos como garras. A medida que se extendían, cada una atrapaba un broche en el aire. Luego los apilaba en el piso.

—¡Eso está muy bien! —exclamó J.J., por fin satisfecho—. Quizás podríamos encontrar aplicaciones comerciales. ¿Pero qué hay de su inteligencia? ¿Puede pensar mejor de lo que pensamos nosotros, o resolver problemas que nosotros no podamos?

—Sí y no. Es nuevo y aún no ha tenido tiempo suficiente para aprender mucho. Lograr que reconozca objetos y que aprenda a utilizarlos ha sido un problema durante casi cincuenta años y finalmente obtuvimos una máquina que aprendió a hacerlo. Lograr que piense fue el problema principal. Ahora está haciendo rápidos progresos. En realidad su capacidad de aprender aparentemente se está incrementando en forma exponencial. Déjeme mostrarle.

J.J. estaba interesado pero tenía sus dudas. Pero antes que pudiera hablar llamó el teléfono, con un sonido agudo e insistente.

—¡Es el teléfono rojo! —dijo McCrory alarmado.

—Yo lo atenderé. —Beckworth levantó el auricular y una voz poco familiar sonó en sus oídos.

—Señor Beckworth, hay una emergencia. Debe venir de inmediato.

—¿De qué se trata?

—Esta línea no es segura.

J.J. arrugó la frente con fastidio y colgó el receptor.

—Hay una emergencia de algún tipo. No sé de qué se trata. Ustedes dos esperen aquí. Trataré de solucionarlo lo antes posible. Los llamaré si veo que tengo que demorarme.

Sus pasos se alejaron y Brian se quedó frente al robot, envuelto en un silencio airado.

—El no entiende —dijo McCrory—. No tiene la formación necesaria para apreciar la importancia de lo que has logrado.

Se detuvo al escuchar tres sonidos de tos seguidos de un suspiro seco, y el golpe de algún equipo al caer al suelo.

—¿Qué pasa allí? —gritó McCrory. Se volvió dirigiéndose al otro laboratorio. La tos sonó nuevamente. McCrory giró en redondo con la cara hecha una máscara ensangrentada, su cuerpo se dobló y cayó al piso.

Brian salió corriendo. Sin lógica ni inteligencia, sino agujoneado por su instinto de supervivencia, dolorosamente desarrollado durante su niñez plagada de abusos y golpes de muchachos mayores. Cruzó la puerta exactamente antes que estallara el marco sobre su cabeza.

Justo frente a él se encontraba la bóveda donde se guardaban todas las noches las copias de los discos de las computadoras y que se encontraba vacía en ese momento. La bóveda era a prueba de incendios y de robo. Un placard seguro para escondite de un niño; un lugar oscuro donde huir. Cuando abrió la puerta de un tirón, un dolor le desgarró la espalda y lo empujó hacia adelante haciéndolo girar. Se quedó impresionado por lo que vio. Levantó el brazo para defender su rostro.

Brian tiró de la manija, y cayó hacia atrás. Pero la bala fue más veloz. Le atravesó el brazo y le penetró en el cráneo. La puerta de la bóveda se cerró.

—¡Sáquenlo de ahí! —gritó una voz ronca.

—La puerta se cerró, pero está muerto. Vi como la bala le destrozó la cabeza.

Rohart acababa de estacionar su automóvil, y estaba bajando para cerrar la puerta, cuando sonó el teléfono del vehículo. Levantó el aparato y lo encendió. Oyó una voz pero no podía entender las palabras debido al ruido de un helicóptero. Miró hacia arriba asombrado, pestañeando por el brillo del reflector cuando el aparato se

posó en el césped de su casa. A medida que el piloto desaceleraba los motores, comenzó a entender algunas palabras entrecortadas.

—*¡...de inmediato...increíble...emergencia!*

—Lo puedo escuchar, pero hay un maldito helicóptero que acaba de aterrizar en mi jardín.

—*¡Tómelo! Súbase...venga de inmediato.*

Las luces se apagaron y pudo ver el fuselaje negro y blanco del cuerpo de policía. La puerta se abrió y alguien le hizo señas desde adentro. Rohart no había llegado a ser Director General de Megalobe por indeciso o lento. Arrojó el teléfono dentro del auto, y corrió agachado hacia el helicóptero que lo esperaba. Tropezó con la escalera y un par de manos fuertes lo izaron hacia adentro. Estaban en el aire antes que se cerrara la puerta.

—¿Qué demonios está pasando?

—No lo sé —dijo el policía, ayudándolo a colocarse el cinturón de seguridad—. Todo lo que sé es que se ha desatado un infierno en sus laboratorios. Hubo una alarma grado tres. Los federales han sido llamados. Todas las unidades disponibles y los helicópteros que tenemos están ahora en camino hacia allí.

—¿Qué sucedió? ¿Una explosión? ¿Incendio? ¿Qué?

—No tengo detalles. El piloto y yo estábamos vigilando la circulación en la Ruta 8 cuando recibimos la orden de buscarlo y llevarlo a Megalobe.

—¿Puede llamar y preguntar qué está pasando?

—Negativo. Todos los circuitos están bloqueados. Estamos llegando, puede ver las luces. Aterrizaremos en sesenta segundos.

Mientras el helicóptero descendía, Rohart inspeccionó el sitio buscando daños. Aparentemente no había ninguno, pero el terreno normalmente vacío se había convertido en un hervidero de actividad. Había vehículos policiales en todas partes, helicópteros en tierra y otros sobrevolaban inspeccionando el lugar con sus reflectores. Un camión de bomberos se hallaba estacionado frente al edificio principal de laboratorios, pero Rohart no vio llamas. Un grupo de hombres lo esperaba en el helipuerto. Apenas tocaron tierra abrió la puerta rápidamente y bajó de un salto corriendo agachado hacia ellos, mientras el viento producido por los rotores le sacudía la ropa. Allí estaban oficiales uniformados y otros policías de civil que portaban insignias. La única persona conocida era Jesús Córdoba, el supervisor nocturno de vigilancia.

—*¡Es increíble, imposible!* —gritó Córdoba sobre el ruido del

helicóptero.

—¿De qué está hablando?

—Le mostraré. Nadie sabe cómo ni qué fue lo que realmente sucedió. Le mostraré.

Al subir corriendo las escaleras del edificio de laboratorios, Rohart tuvo el siguiente shock. Las luces estaban apagadas, las cámaras de seguridad oscuras, las puertas siempre herméticas, abiertas de par en par. Un policía con una linterna les hizo gestos de que lo siguieran, guiándolos hacia el vestíbulo.

—Así encontré todo cuando llegué aquí —dijo Córdoba—. Nada se ha tocado aún. Yo...yo aún no puedo entender cómo ocurrió. Todo estaba tranquilo, no observé ninguna irregularidad que reportar desde mi puesto en la Central de Control de Seguridad. Los informes de los guardias ingresaban a hora. Mantuve mi atención fija en el edificio de los laboratorios, debido a que estaba allí el señor Beckworth con otra persona. Eso era todo, totalmente normal. Entonces algo cambió —La cara de Córdoba estaba empapada de sudor y se la limpió con la manga sin darse cuenta siquiera—. Todo ocurrió de repente. Parecía que las alarmas se activaron simultáneamente, y que los guardias habían desaparecido al igual que los perros. Pero no todas las alarmas, las de los otros edificios no sonaron, sólo las del perímetro y del edificio de laboratorios. Un segundo estaba todo tranquilo, al siguiente se veía así. No sé que ocurrió.

—¿Habló con Benicoff?

—Me llamó cuando le avisaron. Partió de Washington y está en vuelo hacia aquí.

Rohart cruzó apresuradamente el vestíbulo atravesando las puertas que debían haber estado cerradas.

—Así estaba todo cuando llegamos aquí —dijo uno de los oficiales de policía—. Las luces estaban apagadas, todas las puertas abiertas, no había nadie. Aparentemente parte del mecanismo ha sido destruido. Y aquí más, incluyendo las computadoras, ya que sólo quedan cables sueltos, parece que una cantidad de equipo pesado fue arrastrado de prisa fuera del laboratorio.

El Director General miró el espacio vacío, recordando la última vez que había estado allí, en ese mismo lugar.

—¡Brian Delaney! Este es el laboratorio donde él trabaja. ¡Su equipo y experimentos han desaparecido! ¡Avise por radio inmediatamente! Envíe algunos oficiales a su casa. Asegúrese que vayan

bien armados, ya que la gente que hizo esto seguramente también irá allí.

—¡Sargent! ¡Venga! —gritó uno de los policías—. ¡Encontré algo!

—Allí —dijo apuntando con su dedo el suelo—. Hay sangre fresca en el piso frente a esa puerta.

—Y sobre el costado también —dijo el sargento. Se volvió hacia Rohart—: ¿Qué es esto? ¿Una caja de seguridad?

—Algo así. Allí se guardan copias de los archivos —Sacó su billetera—. Tengo la combinación.

Sus dedos temblaban al marcar la clave. Se dio vuelta y tiró del picaporte abriendo la puerta de un tirón. El cuerpo empapado en sangre de Brian cayó a sus pies.

—¡Llamen a los médicos! —rugió el sargento llevando su mano a la garganta ensangrentada de Brian. Buscó el pulso en el cuello, mientras apartaba la mirada del cráneo destrozado.

—No sé, no le encuentro el pulso... ¡Sí, está vivo! ¿Adónde están esos paramédicos?

Rohart que se hizo a un lado para dejarlos pasar, sólo atinó a pestañear ante el caos organizado del equipo médico. Reconoció los sueros intravenosos, el equipo de emergencias y otras pocas cosas. Esperó en silencio hasta que Brian fue llevado a la ambulancia. Quedó un médico guardando su equipo.

—¿Se va a... puede decirme algo?

El hombre sacudió la cabeza con desaliento, cerró el maletín y se incorporó.

—Apenas le queda algo de vida. El disparo en la espalda, rebotó contra la caja torácica. Pero el segundo le atravesó el brazo, luego... Hay destrucción masiva del cerebro, traumatismo y fragmentación ósea. Todo lo que pude hacer fue agregar paravene a la solución IV. Reduce la lesión del cerebro en casos de traumatismo y el ritmo metabólico del cuerpo, de manera que se posterga la muerte por anoxemia de las células cerebrales. Si vive, bueno probablemente nunca recobre la conciencia. De todos modos es demasiado temprano para sacar conclusiones. Se lo trasladará en helicóptero al hospital de San Diego.

—Estoy buscando al señor Rohart —dijo un policía que acababa de entrar en la habitación.

—Aquí.

—Me dijeron que le comunicara que tuvo razón. De todos modos

ya era tarde. Desvalijaron la casa del señor Delaney hace un par de horas. Un camión de mudanzas fue visto frente al lugar. Todavía estamos tratando de localizarlo. El oficial que condujo la pesquisa informó que todas las computadoras y los archivos habían desaparecido.

—Gracias, gracias por avisarme. —Rohart apretó los labios consciente del temblor de su voz. Córdoba seguía allí, escuchando.

—Delaney trabajaba en un proyecto de Inteligencia Artificial —dijo.

—Era *el* proyecto de IA. Y lo logró, nosotros lo logramos. Una máquina con aptitudes casi humanas.

—¿Y ahora?

—Otra persona lo tiene. Alguien implacable, inteligente y despiadado para planear algo como esto y para conseguirlo. Ellos lo tienen.

—Pero los vamos a atrapar. No pueden escapar.

—Claro que pueden. No van a hacer público su robo, ni promocionar inmediatamente su nueva IA. Lo harán pero no en seguida. No se olvide que hay muchos investigadores trabajando en IA. Ya verá. Sucederá un día, sin relación aparente ni lógica con lo ocurrido aquí esta noche y no se les podrá probar nada. Otra compañía tendrá la IA. Y tan seguro como estoy de ello, estoy también convencido que esa compañía no será Megalobe. Para todos, Brian murió y con él murió su trabajo.

Córdoba tuvo de repente un espantoso pensamiento.

—¿Por qué tiene que ser otra compañía? ¿Quién más está interesado en la inteligencia artificial?

—¡Quién más! Por Dios, cada país sobre la faz de la tierra. ¿Acaso no les encantaría a los japoneses tener una IA verdadera, una que funcione? ¿O a los alemanes, o a los iraníes, o a cualquier otro?

—¿No será que los rusos o alguien más están intentando un juego de poder? A mí no me gustaría ver un ejército invasor de tanques, manejados por máquinas inteligentes, sin temor ni fatiga, atacando incesantemente. O torpedos y minas con ojos y cerebros flotando o sumergidos en el océano a la espera de nuestros barcos.

—Esa clase de preocupación es anticuada —dijo Rohart sacudiendo la cabeza—. Los tanques y las torpederas ya no cuentan. El nuevo nombre del juego es productividad. Con una verdadera IA cualquier nación puede condenarnos a la pobreza.

Miró con disgusto el laboratorio en ruinas.

—Y ahora la tienen, dondequiera estén.

# 2

---

## 9 de febrero de 2023

El Learjet volaba a 15.000 metros de altitud, por sobre los cúmulos. Aun a esta altura existía una ocasional turbulencia que recordaba que debajo se desataba una tormenta. El avión llevaba un solo pasajero, un hombre robusto, que rondaba los cincuenta años, atareado con una pila de informes.

Benicoff dejó de leer para beber un trago de cerveza. Observó titilar la luz de su E-fax mientras llegaban más mensajes a través de la conexión telefónica y se almacenaban en la memoria de la máquina. Benicoff los ponía en pantalla a medida que entraban, hasta que quedó clara la gravedad del desastre ocurrido en Megalobe. La luz volvió a titilar, pero esta vez ignoró los nuevos mensajes. Los hechos básicos eran increíblemente fantásticos y terribles, y no podía hacer nada sobre el particular hasta que llegara a California. Por lo tanto decidió dormir.

Cualquier otro en su situación se hubiera quedado toda la noche despierto, preocupado y elaborando posibles soluciones. Esa no era la forma de ser de Alfred J. Benicoff. Era un hombre sumamente práctico. Preocuparse en ese momento sería una pérdida de tiempo. No sólo eso, tenía que aprovechar el que le quedaba porque intuía que en las horas siguientes estaría excesivamente atareado. Acomodó la almohada detrás de su cabeza, bajó el respaldo de su asiento, cerró los ojos y se durmió de inmediato. En cuanto se relajaron los músculos de su cara bronceada, las líneas de tensión se aflojaron y se lo veía más joven de sus cincuenta años. Era un hombre alto, sólido, aunque su cintura comenzaba a adquirir un cierto espesor que ninguna dieta podía ya reducir. Había jugado al fútbol durante sus años de universidad y logrado mantenerse en forma desde entonces.

Necesitaba la actividad de ese cargo donde a veces dormir tenía un gran valor.

El título oficial de Benicoff era Adjunto al Comisionado de DARPA, pero éste era un título de cortesía con poco significado real, sólo un cartel para su escritorio. En la práctica era el científico más experimentado del país en resolver problemas técnicos y dependía directamente del presidente.

Se llamaba a Benicoff cuando los proyectos de investigación se complicaban en alguna forma. Para prepararse para el peor desastre, tenía la costumbre de visitar las investigaciones en curso cada tanto. Iba a Megalobe siempre que podía debido a las investigaciones que se llevaban a cabo allí. Pero eso era en parte sólo una excusa. La investigación de Brian era lo que más le fascinaba. Había llegado a conocer y apreciar al joven científico. Por eso tomó ese ataque como una afrenta personal.

Se despertó con el ruido del tren de aterrizaje al ser puesto en su posición. Apenas amanecía y la luz del sol entraba por las ventanillas del avión cuando éste viró hacia la pista del aeropuerto de Megalobe. Benicoff puso en pantalla de su E-fax los informes que le habían llegado mientras dormía. Los revisó rápidamente. Eran sólo más detalles sobre lo ocurrido, nada realmente nuevo.

Cuando descendió la escalinata del avión, lo esperaba Rohart, cansado y sin afeitar; había sido una noche larga. Benicoff le dio la mano y le sonrió.

—Luces terrible, Kyle.

—Me siento mucho peor. Te das cuenta que en este caso no tenemos ninguna pista, toda la investigación sobre IA ha desaparecido...

—¿Cómo está Brian?

—Vivo, eso es todo lo que sé de él. Una vez que los médicos lo estabilizaron fue transportado en helicóptero a San Diego. Allí ha pasado la noche en el quirófano.

—Tomemos una taza de café mientras me cuentas todo lo ocurrido.

Se dirigieron al comedor de los ejecutivos y se sirvieron un par de tazas de café. Rohart tomó un sorbo mientras hablaba.

—Hubo bastante conmoción en el hospital cuando descubrieron la gravedad de las heridas de Brian. Incluso mandaron a buscar en helicóptero a un cirujano, alguien de nombre Snaresbrook.

—¿La doctora Erin Snaresbrook? Lo último que supe de ella era

que estaba conduciendo una investigación en Scripps en La Jolla. ¿Puedes hacerle llegar el mensaje que me llame apenas salga del quirófano?

Rohart sacó el teléfono de su bolsillo y pasó el mensaje a su oficina.

—Lamento no conocerla —dijo Rohart.

—Deberías. Ganó el Premio Lasker de Medicina, en el campo de la neuropsicología. Quizás sea la mejor neurocirujana de este país. Es más, si revisas tus archivos observarás que Brian ha estado realizando parte de su investigación con ella. No conozco los detalles, sólo lo leí en el informe que llegó a mi oficina.

—¿Es tan buena? ¿Entonces crees que ...?

—Si alguien puede salvar a Brian ésa es Snaresbrook. Eso espero. Brian es el testigo de lo que ha ocurrido. Si vive, si recupera la conciencia, puede llegar a ser nuestra única guía. Porque hasta ahora no tenemos ninguna otra clave sobre cómo se desarrolló este increíble asunto.

—Sabemos en parte lo que ocurrió. No quise mandarte los detalles reservados por una línea abierta de fax —Rohart le entregó una fotografía—. Esto es todo lo que quedó de lo que debió ser una computadora. La derritieron con termita.

—¿Dónde lo hallaron?

—Enterrado detrás del edificio de control. Los ingenieros dicen que la computadora estaba conectada al circuito de alarma. Sin duda estaba programada para enviar información falsa de video y alarma a la Central de Seguridad.

—Muy prolíjo —admitió Benicoff—. Todo lo que sabían los operadores de la central era lo que les mostraban las pantallas y los circuitos de información. El mundo entero podía desplomarse afuera y los operadores nunca se enterarían, mientras aparecieran en la pantalla imágenes de la luna y las estrellas. ¿Pero qué pasó con los guardias encargados de las rondas y con los perros?

—No tenemos ni una sola pista sobre ellos. Desaparecieron...

—Igual que el equipo y todos los que se encontraban en el laboratorio, excepto Brian. Ha habido una maldita falla de la seguridad en este lugar. Ya nos ocuparemos de ello en otro momento. Ahora quedó abierta la puerta de par en par y tu IA se ha escapado...

El teléfono sonó. Lo atendió de inmediato.

—Habla Benicoff. Sí —escuchó un momento—. Está bien. Llame cada veinte minutos. No quiero que ella se vaya sin haber

hablado conmigo. Esto es urgente —cortó la comunicación—. La doctora Snaresbrook sigue en el quirófano. En pocos minutos más quiero que me lleves al laboratorio. Quiero ver todo con mis propios ojos. Pero antes háblame sobre esas compras de acciones en Japón. ¿Qué relación tienen con el robo?

—Es la sincronización. Esas ventas pudieron haberse arreglado para mantener a J.J. en su oficina hasta después que el laboratorio cerró por la noche.

—Eso es improbable, pero lo voy a investigar. Ahora iremos al laboratorio, pero antes de hacerlo quiero saber exactamente quién está a cargo.

—Me temo que no entiendo —dijo Rohart levantando las cejas.

—Piensa lo siguiente: el Presidente, el investigador principal y el jefe de seguridad, todos se han esfumado. O se han pasado al enemigo, quienquiera sea, o están muertos...

—No creerás...

—Sí yo lo creo y es mejor que lo creas tú también. Esta firma y toda su investigación están bastante comprometidas. Sabemos que la IA ha desaparecido, ¿pero qué más falta? Voy a iniciar una investigación exhaustiva de todos los expedientes y archivos. Pero antes te repetiré la pregunta: ¿Quién está a cargo?

—Imagino que me toca ese fardo —dijo Rohart con disgusto—. Como Director General soy el que manda ahora aquí.

—Eso es correcto. Ahora, ¿piensas que puedes mantener a Megalobe funcionando, dirigiendo la compañía tú sólo, y al mismo tiempo realizar una rigurosa investigación?

Rohart tomó un trago de café antes de contestar, mientras buscaba en la expresión de Benicoff alguna clave, pero no encontró ninguna.

—Quieres que diga que aunque puedo mantener a Megalobe funcionando, no tengo experiencia en el tipo de investigación que se requiere aquí.

—No quiero que me digas nada que no consideres cierto —dijo Benicoff con tono desapasionado. Rohart sonrió con preocupación.

—Recibí el mensaje. Eres un bastardo, pero tienes razón. ¿Podrías conducir la investigación? Este es un pedido formal.

—Bien. Quería estar completamente seguro del límite de nuestras responsabilidades.

—¿Ya estás a cargo, no es así? ¿Qué quieres que haga ahora?

—Sólo maneja la compañía. Yo me ocuparé del resto.

Rohart suspiró y se recostó en su silla.

—Me alegra que estés aquí y lo digo en serio.

—Bien. Ahora iremos al laboratorio.

En ese momento la puerta principal de los laboratorios estaba cerrada, protegida por un hombre fornido e inmutable que llevaba una chaqueta a pesar del calor.

—Identificaciones —les dijo, sin moverse de la entrada. Primero revisó la identificación de Rohart. Luego miró con sospecha a Benicoff cuando llevó su mano al bolsillo. Al ver en el holograma de identificación de quién se trataba, gruñó renuente su aprobación.

—En la segunda puerta, señor. Lo está esperando. Tiene que ir solo.

—¿Quién me está esperando?

—Es todo lo que sé, señor —dijo el hombre del FBI.

—Ya no me necesitas —manifestó Rohart —y tengo bastante que hacer en mi oficina.

—Correcto. —Benicoff caminó rápidamente hasta la puerta, golpeó y entró en la habitación.

—Por favor, no dé nombres mientras la puerta esté abierta. Entre y cierre de inmediato —dijo el hombre que estaba detrás del escritorio.

Benicoff hizo lo que se le había ordenado. Luego se dio vuelta y resistió el impulso de cuadrarse.

—No se me informó que estaría aquí, general Schorcht. —Si Schorcht tenía un primer nombre nadie lo sabía. Casi con seguridad era “General”.

—No había razón para ello, Benicoff. Dejémoslo así por el momento.

Benicoff había trabajado con el general en otros casos. Lo encontró despiadado, insensible, pero eficiente. Su cara estaba tan arrugada como la de una tortuga, y también era probable que tuviera su misma edad. En el brumoso pasado había sido oficial de caballería y perdió su brazo en acción. Se decía que fue en Corea, pero también se mencionaba Gettysburg y el Marne. Benicoff lo había conocido ya en el Servicio de Inteligencia Militar; ocupaba un puesto muy alto, muy secreto. Siempre daba órdenes y nunca las recibía.

—Me informaré como mínimo una vez al día. Lo hará más seguido si descubre algo de importancia. Tiene mi número secreto. Dé entrada también a todos sus datos. ¿Entendido?

—Entendido. ¿Sabe que es un caso difícil?

—Ya lo sé, Ben —Por un momento el general se relajó, pareciendo casi humano, cansado. Luego recuperó su anterior expresión—. Puede disponer.

—¿Tiene algún sentido que le pregunte por qué está involucrado en este asunto, señor?

—No —El general podía hacerse odiar con facilidad—. Comuníquese con el agente Dave Manias de inmediato. Dirige el equipo del FBI.

—Muy bien. Le informaré lo que hayan descubierto.

Manias estaba en mangas de camisa, sudando generosamente a pesar del aire acondicionado debido a alguna combustión interna. Manipulaba su computadora de mano y levantó la vista cuando Benicoff se le acercó; se limpió la palma en los pantalones y le dio un firme apretón de manos.

—Me alegro que esté aquí. Me dijeron que no entregara mi informe hasta que usted llegara.

—¿Qué ha descubierto?

—¿Este es un reporte preliminar, no? A ver que tenemos hasta el momento. La información sigue llegando —Benicoff asintió y el hombre del FBI pulsó las teclas de su computadora—. Empezando por aquí en este cuarto. Seguimos analizando las huellas dactilares que encontramos. Pero tenemos el noventa y nueve por ciento de seguridad que pertenecen a los empleados. Los profesionales usan guantes. Ahora mire esto. Aquí el piso de linoleo está lleno de rayas y araños. Pueden ser huellas de una carretilla de mano. Pensamos que debe haber sido aproximadamente una tonelada y media de material. Cinco o seis hombres podrían haber cargado todo el equipo en menos de una hora.

—¿De dónde sacó esa cifra de una hora?

—Archivos. La puerta principal fue abierta por Toth y Beckworth con códigos privados. Desde ese momento hasta que todo estalló pasó una hora, doce minutos, once segundos. Salgamos.

Manias lo precedió hasta la puerta del frente y señaló las marcas negras en el cemento blanco del exterior.

—Son marcas de neumáticos de un camión. Puede ver las huellas dejadas sobre un sector del césped.

—¿Puede identificarlo?

—Negativo. Pero seguimos trabajando en ello. El grabador sobre la entrada principal dice que abrió y cerró dos veces la puerta.

—Déjeme ver si puedo reunir la información que tenemos — dijo Benicoff mirando a su alrededor y luego volviendo la vista hacia el edificio—. En cuanto los visitantes entraron al edificio , el sistema de seguridad quedó comprometido por más de una hora. En la Central de Seguridad estaban ciegos y sordos, observando imágenes falsas. Durante este período toda vigilancia cesó, de manera que podemos suponer que los guardias formaban parte del operativo. O están muertos.

—Estoy de acuerdo... —Su computadora emitió un sonido y Manias bajó los ojos hacia la pantalla—. Han identificado una muestra de sangre encontrada en una ranura del piso. El laboratorio la analizó de urgencia. La identificación es positiva. Es la sangre de J.J.Beachworth.

—Era un buen amigo —Benicoff habló despacio después de un minuto de silencio—. Ahora debemos encontrar a sus asesinos. Hasta el momento sabemos que penetraron al edificio ayudados por uno o más complices que se encontraban adentro. Entraron al laboratorio, mataron a todos los que estaban allí y se llevaron todo el material relacionado con la IA. Cargaron el camión y escaparon . ¿Pero adónde fueron?

—A ningún lado —Manias se secó el sudor de la cara con un pañuelo húmedo y dibujó un círculo en el aire con su índice—. Aparte de los guardias no hay nadie aquí una vez que anocchece. Esto está rodeado por todas partes de desierto vacío, sin casas ni granjas. No hay testigos. Por otro lado sólo hay cuatro caminos de salida de este valle. Todos fueron clausurados por la policía cuando sonó la alarma. Nada. Los helicópteros buscaron más allá de los barricadas policiales. Detuvieron una cantidad de casas rodantes, de camiones de frutas. Tampoco nada. Estamos registrando en un radio de cien millas desde el amanecer. Hasta ahora con resultados negativos.

Benicoff se mantuvo calmo, pero había un dejo de enojo en su voz.

—¿Me está diciendo que un camión grande cargado con maquinaria pesada y, por lo menos, con cinco personas se ha esfumado? ¿En un valle vacío con desierto en un extremo y montañas en el otro?

—Exacto, señor. Si llegamos a descubrir cualquier otra cosa será el primero en saberlo.

—Gracias —Su teléfono sonó y lo descolgó de su cinturón—. Soy, Benicoff. Le escucho.

—*Tengo un mensaje para usted, señor, de la doctora Snaresbrook...*

—Comuníqueme con ella.

—*Lo siento, señor, pero ya ha colgado. El mensaje dice: Reúnase conmigo lo antes posible en el Hospital de San Diego.*

Benicoff volvió a mirar el edificio de laboratorios mientras guardaba el teléfono.

—Quiero copias de todo lo que encuentre y lo que significa cada cosa. Necesito su evaluación, pero también me gustaría ver cada partícula de evidencia.

—Sí, señor.

—¿Cuál es la forma más rápida de llegar al Hospital de San Diego?

—En un helicóptero de la policía. Le conseguiré uno de inmediato.

Un helicóptero lo estaba esperando en la pista, y ascendió en medio del rugido de rotores, cuando todavía se estaba ajustando el cinturón.

—¿Cuánto tiempo toma llegar a San Diego? —preguntó Benicoff.

—Cerca de quince minutos.

—Dé antes una vuelta alrededor de Borrego Springs. Quiero ver las rutas de salida.

—No hay problema. Si mira allí, derecho hacia el este, saliendo del valle, pasando ese páramo, verá el camino a Salton Sea y Brawley. En dirección al sur, está la Ruta SW5, aquella llena de curvas que sube hasta Alpine. Ese camino es lento. Por eso la mayor parte de la gente usa el camino de Montezuma, que está allí. Nosotros vamos hacia el oeste ahora, por encima de las montañas.

Debajo de ellos el desierto terminó en forma abrupta en una pared de montañas. Un camino de dos bandas excavado en la ladera subía en zigzag hasta llegar a la meseta boscosa de la cima. Cuando sobrevolaron la cadena montañosa, Benicoff miró hacia atrás y sacudió la cabeza. El camión no pudo haber tomado ninguna ruta de salida del valle que no estuviera bloqueada.

Sin embargo, había desaparecido. Olvidó el misterio por un momento y pensó en el científico herido. Sacó los informes médicos y los leyó una vez más. Eran terribles y desalentadores. Por la gravedad de las heridas, Brian debía estar ya muerto.

El helicóptero se estremeció al tropezar con las corrientes cálidas que ascendían del valle. La meseta que se extendía al frente era chata, con terrenos de pastoreo y bosques, atravesada por la banda blanca de un camino importante. Se podían distinguir pueblos

y ciudades, y la autopista a la distancia. Una perfecta ruta de escape para un camión. Excepto que debería todavía estar subiendo aquella cuesta empinada. Mejor olvidarlo y pensar en Brian.

Benicoff encontró a la doctora Snaresbrook en su oficina. Su única concesión a la edad era su cabello gris acero. Era una mujer fuerte y alerta, quizás en la cincuentena, que irradiaba confianza. En ese momento frunció el entrecejo mientras examinaba la imagen multicolor y tridimensional que tenía frente a ella. Tenía calzados los Guantes de Datos de la máquina para rotar y mover la imagen de la pantalla e inclusive retirar capas para ver lo que había adentro. Debía haber salido recién del quirófano ya que todavía vestía el traje y botas azules descartables. Cuando la doctora Snaresbrook se dio vuelta, Benicoff pudo ver que las mangas y la parte delantera estaban salpicadas de sangre.

—Erin Snaresbrook —se presentó dándole la mano—. No nos hemos visto antes pero he oído hablar de usted. Usted triunfó sobre los que se oponían al uso de trasplantes de tejido embrionario humano. Esa fue una de las cosas que hicieron posible mi trabajo aquí.

—Muchas gracias, pero fue hace tiempo. Ahora estoy trabajando para el gobierno, lo que significa que paso la mayor parte del tiempo revisando las investigaciones de otros.

—Desperdicia su talento.

—¿A lo mejor usted preferiría un abogado para este trabajo?

—¡No lo permita Dios! Usted gana. Ahora le hablaré sobre Brian. Tengo muy poco tiempo. Se le hizo una trepanación y se lo mantiene con vida. Espero los próximos registros de I.V.

—¿I.V.?

—Significa Investigación de Volumen. Son infinitamente mejores que los rayos X o cualquier otra imagen simple. Combina los resultados de varios tipos de exploración, incluyendo los antiguos tomogramas y las últimas imágenes de fluorescencia octopolar anticuerpos. Son tratados juntos en una computadora de señal espacial ICAR-5367 que puede proyectar no sólo imágenes del estado del paciente, sino que también muestra las diferencias entre éste y una persona tipo o los cambios experimentados por el paciente desde los exámenes anteriores. Tengo que ir para cuando estén listos los nuevos datos I.V. de Brian. Hasta ahora sólo hemos recurrido a medidas de emergencia para salvarle la vida. Comenzamos enfriando su cuerpo. Luego hicimos lo mismo con su cerebro, para dismi-

nuir el consumo de oxígeno y los demás procesos metabólicos. Usé drogas antihemorrágicas y hormonas antiinflamatorias. En la primera operación limpié la herida, y retiré todo el tejido necrosado y los fragmentos de hueso. Para recomponer los ventrículos estuve obligada a cortar parte del cuerpo calloso.

—¿Es eso lo que conecta los dos hemisferios cerebrales, verdad?

—Así es. La decisión fue difícil, posiblemente peligrosa. Pero no nos quedó otra opción. En este momento el paciente tiene dos medios cerebrales. Si estuviera consciente eso sería desastroso. Pero como corté con cuidado el cuerpo calloso, espero poder volver a conectar completamente los hemisferios. Cuénteme, ¿qué sabe usted sobre el cerebro?

—Muy poco, y todo probablemente obsoleto ya que data de mi época de universidad.

—Entonces, completamente anticuado. Estamos en el umbral de una nueva era, en la que podremos denominarnos cirujanos de la mente así como neurocirujanos. La mente es una mera función del cerebro y estamos descubriendo cómo funciona.

—En el caso específico de Brian, ¿cuál es el alcance del daño y en qué medida es reparable?

—Mire esto. Son las I.V. anteriores y podrá darse cuenta— Señaló los hologramas coloreados que aparentemente flotaban en el aire. El efecto tridimensional era impactante, como si se mirara dentro del cráneo mismo. La doctora Snaresbrook tocó una mancha blanca y luego otra—. Aquí entró la bala. Por aquí, a la derecha, salió. Atravesó el córtex de lado a lado. Por suerte el córtex cerebral parece en su mayor parte intacto, lo mismo que los órganos internos del cerebro medio. Las amígdalas, puede ver aquí, están intactas, así como el más importante de todos los órganos: el hipocampo, que es el área donde se forman los recuerdos y se los recobra.

—Esas son las buenas noticias. Y las malas....

—Hay cierto daño cortical, aunque no lo suficiente como para ser grave. Pero la bala cortó varios haces de fibras nerviosas, en esta parte blanca que ve aquí y compone la mayor parte del cerebro. Estos haces sirven para interconectar las distintas partes del córtex entre sí, y a su vez comunicarlas con los órganos del cerebro medio. Esto significa que hay partes del cerebro de Brian desconectadas de las bases de información y otras fuentes que necesitan para cumplir sus funciones. Por lo tanto, en este momento, Brian no tiene memoria.

—¿Usted quiere decir que su memoria desapareció, que está destruida?

—No, no exactamente. Observe esto. Las mayores porciones de su neocórtez están aún intactas. Pero la mayoría de sus conexiones están destruidas. Obsérvelo aquí y aquí. Para el resto del cerebro esas partes no existen. Las estructuras, las conexiones nerviosas que constituyen sus recuerdos están aún allí, en distintas partes de su cerebro destrozado. Pero éstas no pueden conectarse con otras partes, de manera que no tienen utilidad por sí solas. En este momento su cerebro es como una caja llena de programas, sin computadora. Esto es desastroso, porque nosotros somos nuestros recuerdos. Ahora Brian carece esencialmente de mente.

—Entonces...es un vegetal.

—Sí, en el sentido que no puede pensar. Su memoria ha sido desconectada de su computadora cerebral. No puede reconocer objetos o palabras, caras, amigos, nada. En resumen hasta donde puedo ver, no puede pensar en absoluto. La diferencia esencial entre el cerebro de una persona y una rata, aparte del tamaño, son las estructuras del neocórtez. En su presente estado, el pobre Brian, mi amigo y colaborador, es poco más que una cascara vacía, que un invertebrado.

—¿Es esto todo? ¿El final?

—No, no necesariamente. Aunque Brian no pueda pensar, no ha sufrido definitivamente muerte cerebral. Como dicen los abogados, hace unos años no se hubiera podido hacer nada, pero ya no es así. Seguramente sabe que Brian cooperaba conmigo en la aplicación práctica de sus teorías en materia de I.A., en el desarrollo de una técnica experimental para reconstruir conexiones nerviosas dañadas. He tenido cierto éxito, pero con animales de laboratorio.

—Si hay cualquier esperanza, la más mínima, hay que aprovecharla. ¿Puede hacerlo, puede salvar a Brian?

—Todavía es muy pronto para asegurar nada. El daño es extenso y no sé cuánto podré reparar. El problema consiste en que sumado al traumatismo general, la bala ha cortado millones de fibras nerviosas. Será imposible unirlas todas, pero espero lograr conectar un buen número.

—Ya me ha confundido del todo, doctora —dijo Benicoff sacudiendo la cabeza—. ¿Va a asomarse al cráneo abierto e identificar algo así como un millón de distintas fibras nerviosas dañadas? Eso le llevará años.

—Eso sucedería si tuviera que hacerlo una a una. Sin embargo, tecnología microquirúrgica controlada por computadoras puede actuar en varios sitios a la vez. Nuestra computadora paralela puede identificar varias conexiones por segundo, y hay 86.400 segundos en cada día. Si todo sucede como lo tengo planeado, sólo nos llevará unos pocos días identificar y clasificar todas las fibras nerviosas que debemos volver a conectar.

—¿Podrá lograrse eso?

—No será fácil. Una fibra nerviosa se muere al ser separada de la célula madre. Por fortuna el tubo vacío de la célula muerta queda en su lugar, posibilitando el nuevo crecimiento del nervio. Utilizaré implantes que he diseñado para controlar ese crecimiento —La doctora suspiró—: y ése será sólo el comienzo. No se trata sólo de reconectar todos los nervios dañados que podamos localizar.

—¿Por qué no es suficiente?

—Porque debemos reestablecer las conexiones originales. Lo complicado es que todas las fibras nerviosas parecen y son casi idénticas. Pero debemos emparejarlas adecuadamente para lograr las conexiones correctas en la mente. La memoria no está en las células cerebrales ni en las fibras nerviosas, sino en la disposición de las conexiones entre sí. Para hacer las cosas bien, necesitamos una tercera etapa después de terminada hoy la segunda. Además tendremos que encontrar alguna forma de acceso para examinar sus niveles de recuerdos, y reordenar las nuevas conexiones de acuerdo con esto. Esto nunca se ha hecho antes y no estoy segura de poder hacerlo ahora. Ah, aquí lo tenemos.

Un técnico entró rápidamente con la casete de la última I.V. colocándola en el proyector. Apareció el holograma tridimensional. Erin Snaresbrook lo examinó de cerca, asintiendo con la cabeza.

—Ahora que veo la extensión del daño, puedo terminar la desbridación y preparar la segunda etapa vital de esta operación: la reconexión.

—¿Qué planea hacer?

—Voy a utilizar algunas técnicas nuevas. Espero poder identificar el papel que cada fibra nerviosa desempeñó alguna vez en sus distintas actividades mentales, buscando el lugar a que corresponde dentro de sus redes nerviosas semánticas. También debo tomar la drástica decisión de cortar lo que resta del cuerpo calloso. Esto me dará la oportunidad única de hacer conexiones con prácticamente cualquier parte de su córtex cerebral. Esto será peligroso, pero

constituye la mejor oportunidad de reconectar completamente los dos hemisferios.

—Debo enterarme de más detalles sobre esto —dijo Benicoff—. ¿Existe alguna posibilidad de que asista a la operación?

—Todas las posibilidades del mundo. He tenido hasta cinco médicos residentes por vez respirándome en el cuello dentro del quirófano. Me parece espléndido en tanto que no se interponga en mi camino. ¿A qué se debe este súbito interés de su parte?

—Es más que una curiosidad morbosa se lo aseguro. Me ha descrito las máquinas que usa y su forma de operar. Quiero verla en funcionamiento. Tengo que saber más sobre esas máquinas para entender lo que es la I.A.

—Lo comprendo. Acompáñeme entonces.



# 3

---

10 de febrero de 2023

Vestido con bata y máscara, con botas elásticas sobre los zapatos, Benicoff apoyó su espalda contra la pared de azulejos verdes del quirófano tratando de hacerse invisible. Dos enormes focos colgaban de los rieles del techo y una enfermera los movía buscando la posición exacta que le indicaba el cirujano residente. Sobre la mesa de operaciones, el cuerpo inmóvil de Brian se hallaba bajo una carpa de sábanas azules estériles. Sólo asomaba su cabeza, en el extremo de la mesa, inmovilizada entre las barras de un soporte metálico, tres de ellas traspasaban el cuero cabelludo y se apoyaban firmemente en el hueso. Los blancos vendajes que cubrían los impactos de bala contrastaban con la cabeza rasurada, pintada con desinfectante anaranjado.

Erin Snaresbrook tenía un aspecto relajado, eficiente. Discutió detalles de la operación con la anestesista y las enfermeras, luego supervisó la ubicación del proyector.

—Aquí es donde voy a trabajar —dijo la doctora, tocando la pantalla holográfica —y aquí deberán cortar.

Tocó el contorno que había marcado con tinta en la plancha, controlando una vez más que la incisión fuera suficientemente larga para descubrir toda la zona dañada y poder trabajar en ella. Asintiendo satisfecha, proyectó el holograma sobre el cráneo de Brian, observando al médico residente que pintaba las líneas sobre la piel, siguiendo exactamente las de la imagen. Cuando el médico terminó se colocaron más compresas alrededor, hasta que sólo quedó al descubierto la zona de la operación. La doctora Snaresbrook salió a cepillarse las manos y el residente comenzó la trepanación que le llevaría una hora.

Por fortuna Benicoff había presenciado suficientes operaciones como para no descomponerse. Todavía le sorprendía la fuerza requerida para cortar la piel, el músculo y el hueso que protegen el cerebro. Se usó primero un escalpelo para llegar hasta el hueso, separando el cuero cabelludo a medida que lo cortaban y luego de sellar las arterias abiertas con un cauterio eléctrico, se penetró en la parte ósea.

El residente perforó orificios a mano, con un taladro. Una enfermera limpiaba los restos de hueso como aserrín, resultantes de esa operación. Era un trabajo cansador; el cirujano traspiraba profusamente y cada tanto se inclinaba hacia atrás para que le secanaran la frente. Una vez terminadas las perforaciones, las agrandó con otro instrumento. El paso final consistía en unir los agujeros con un trépano. Una vez logrado esto, el cirujano levantó con cuidado la tapa desprendida del cráneo; una enfermera tomó la pieza, la envolvió en una gasa y la colocó en una solución antibiótica.

La doctora Snaresbrook ya podía comenzar a operar. Entró al quirófano sosteniendo sus manos recién lavadas a la altura de los ojos. Se colocó la bata estéril y se calzó los guantes de cirugía. La instrumentista hizo rodar la bandeja de instrumental junto a la mesa de operaciones, con toda la batería para operar el cerebro, bien ordenada.

—Tijeras durales —pidió Erin Snaresbrook. Extendió la mano y luego se agachó para cortar la cubierta externa del cerebro. Cuando éste quedó en contacto con el aire, pequeños rociadores comenzaron a mantenerlo húmedo.

Benicoff parado contra la pared no podía ver los detalles de la operación. Se alegró que así fuera. Sólo le interesaba la última etapa, cuando usaran la máquina extraña que se encontraba contra la pared. Era una caja metálica con una pantalla, controles, un teclado, y dos brillantes dedos que salían de la parte superior. Esos brazos se ramificaban en brazos cada vez más pequeños, terminados en una pequeña punta velloso, formada por diecisésis mil minúsculas pinzas demasiado pequeñas para que el ojo humano las distinguiera con nitidez. Hacía una década que se había producido este manipulador cuyos dedos, al no estar conectados a la corriente, colgaban como un sauce-llorón metálico.

La cirujana, trabajando con un inmenso microscopio, escalpelos y cauterios tardó dos horas en limpiar la parte destruida, una lenta y precisa desbridación de la herida dejada por la trayectoria de la bala.

—Ahora repararemos —dijo, enderezándose y señalando el manipulador. Aceraron la caja metálica; al ser conectada los dedos se movieron y se enderezaron, descendieron nuevamente, bajo el control de la doctora, hacia el cerebro de su creador.

La doctora Snaresbrook tenía ojeras grises de fatiga, debajo de sus ojos. Tomó un sorbo de café y suspiró.

—Admiro su resistencia, doctora, dijo Benicoff—. Me duelen los pies sólo de estar parado y verla trabajar. ¿Todas las operaciones de cerebro duran tanto?

—La mayoría. Pero ésta es especialmente difícil porque tengo que insertar y fijar esos microchips en su lugar. Es un rompecabezas. Cada uno de esos chips NPVE tiene una forma diferente para lograr el mejor contacto con la superficie del cerebro.

—Sí, ya los vi. ¿Y qué hacen exactamente?

—Son dispositivos neuronales programables mediante electrones. Los he aplicado a todas las superficies dañadas del cerebro de Brian. Se conectarán con las fibras nerviosas cortadas que terminan en esas superficies, controlando el nuevo crecimiento de los nervios. Los he perfeccionado años y probado cuidadosamente en animales. Además han sido usados con éxito en lesiones de la columna vertebral de seres humanos. Pero hasta ahora nunca han sido implantados dentro de un cerebro humano, excepto en un par de experimentos. No los usaría si existiera otra alternativa viable.

—¿Qué sucederá ahora?

—Los chips están recubiertos con tejido embrionario de células nerviosas humanas. Tendrían que crecer y proveer las conexiones físicas necesarias desde la terminación de cada nervio. Ese proceso de crecimiento ya debería haberse iniciado y continuar en los próximos días.

En cuanto esas nuevas fibras nerviosas crezcan, comenzaré a programar los chips NPVE. Cada chip tiene capacidad para captar cada señal nerviosa emitida por cualquier parte del cerebro y encaminarla hacia la fibra nerviosa apropiada que llega a otro sector del cerebro.

—¿Pero cómo pudo saber con exactitud donde colocarlos?

—Ese es precisamente el problema. Estamos trabajando con cientos de millones de nervios distintos, y no sabemos adónde exactamente deben conducir. La primera etapa será seguir la anatómía del cerebro de Brian. Esto nos dará un trazado aproximado de

dónde debería ir la mayoría de las fibras nerviosas. No es suficiente para permitir un tipo de pensamiento sutil, pero sí para devolverle un nivel mínimo de funciones físicas pese a todos los errores incurridos. Por ejemplo, si el área motora de su cerebro envía una señal de movimiento, *algún* músculo debería moverse, aunque no fuera el correcto. Entonces tendremos una respuesta que luego deberá ser reaprendida o reconvertida. Implanté un conector en la piel de Brian, justo aquí—Erin se tocó la parte posterior del cuello—. La computadora se comunica insertando terminales microscópicas de cables de fibra óptica, que se comunican con cada uno de los chips NPVE insertados en el cerebro. Entonces podemos usar la computadora externa para la búsqueda, para encontrar áreas opuestas relacionadas con los mismos recuerdos y conceptos. Una vez encontrados, la computadora puede mandar señales para establecer interiormente vías de acceso electrónicos, entre los NPVE apropiados. Cada chip funciona como una antigua central telefónica donde las llamadas pasaban por líneas que se enchufaban en un tablero. Voy a empezar a usar estas centrales telefónicas neurales para reestablecer en el cerebro de Brian las conexiones cortadas.

—Entonces es eso —dijo Benicoff aspirando profundamente—. ¡Reconstituirá todos sus recuerdos!

—No lo creo. Habrá partes de su memoria, experiencias y capacidades que quedarán perdidas para siempre. Lo único que espero es restaurar lo suficiente para que Brian pueda volver a aprender lo que olvidó. Será necesario trabajar intensamente en ello. Para comprender la complejidad del cerebro, debe entenderse que hay más genes involucrados en mantener la estructura cerebral que en cualquier otro órgano.

—Me doy cuenta. ¿Cree usted que la personalidad, la persona que conocemos como Brian sigue con vida?

—Yo creo que sí. Durante la operación observé como se movían sus piernas. Era un movimiento familiar que me recordó los que hacemos cuando soñamos. ¡Estaba soñando! ¿Qué podría soñar ese cerebro casi destruido?

*Oscuridad...*

Oscuridad sin tiempo, cálida oscuridad.

Sensación. Recuerdo.

Recuerdo. Conciencia. Presencia. Alrededor y alrededor y alrededor. Dirigiéndose a ninguna parte, sin ninguna relación en una

espiral sin fin.

Oscuridad. ¿Dónde? El placard. La seguridad estaba en la oscuridad del placard. El refugio de un niño. Nada de luz. Sólo sonido. El recuerdo que se repetía una y otra vez.

¿Sonido? Voces. Voces que conocía. Voces que odiaba. Y una voz nueva. Extraña. Un acento como de televisión. No era irlandés. Era norteamericano, reconoció eso. Norteamericanos, llegaron al pueblo. Al bar. Tomaron fotos. Uno le sacó una foto. Le dio una moneda dorada de veinte peniques. La gastó en dulces. Se los comió todos. Norteamericanos.

¿Aquí? En esta casa. La curiosidad empujó su mano al pomo de la puerta del placard. Lo tomó, lo hizo girar y abrió la puerta lentamente. Las voces eran en ese momento más fuertes, más claras. Alguien gritaba, debía ser su tío Seamus.

—¡Tiene una desfachatez increíble para venir aquí! ¡Un descaro, maldito canalla! Venir aquí a la casa donde ella murió. ¡Es increíble...!

—No necesita gritar, señor Ryan. Ya le dije para qué vine. Por esto.

Esa era la voz nueva. La voz norteamericana. No era en realidad norteamericana. Era tan irlandesa como todas, sólo que a veces parecía norteamericana. Esto era demasiado inusitado para perdeselo. Brian olvidó su enfado por haber sido mandado a su cuarto tan temprano, olvidó su berrinche que lo hizo encerrar en el placard, en la oscuridad donde podía morderse los puños y llorar sin que nadie lo viera o escuchara.

En puntas de pie cruzó la pequeña habitación. Sintió el frío del piso de madera, y la calidez de la alfombra junto a la puerta. A los cinco años de edad, podía ya mirar por el ojo de la cerradura sin tener que pararse sobre un libro. Apretó su cara contra la cerradura.

—Esta carta llegó hace pocas semanas —El hombre del acento era pelirrojo y tenía la cara cubierta de pecas. Parecía enojado mientras agitaba la hoja de papel—. Aquí está el sello en el sobre. Mire acá. Tara, el nombre de este pueblo. ¿Quiere saber lo que dice?

—Largo de aquí —masculló la voz pesada, flemosa. Seguida de una tos ronca. Su abuelo. Seguía fumando veinte cigarrillos diarios—. ¿No entiende lo que le digo? No lo queremos aquí.

El recién llegado se hundió en su silla y suspiró.

—Ya lo sé, señor Ryan y no quiero discutir con usted. Sólo quiero saber si lo que figura aquí es cierto. Esta persona, quienquiera

sea, escribió que Eileen ha muerto...

—¡Por Dios que es cierto y usted la mató! —El tío Seamus estaba perdiendo la compostura. Brian se preguntó si golpearía al extraño de la misma manera que lo había golpeado a él.

—Sería difícil ya que no he visto a Eileen en cinco años.

—Pero la vio una vez de más, maldito hijo de puta. Le encajó un hijo y luego se largó, dejándola con su vergüenza. Y su bastardo.

—Eso no es cierto... ni tampoco es pertinente.

—¡Mándese a mudar con sus palabras elegantes!

—No, no me iré hasta no conocer al niño.

—¡Lo veré primero en el infierno!

Se escuchó que algo raspaba el piso y una silla voló por el aire. Brian se agarró del picaporte. Conocía el significado de esa palabra. *Bastardo*. Ese era él, así lo llamaban los otros niños. ¿Qué relación tenía aquello con el hombre del cuarto contiguo? No lo sabía; tenía que averiguarlo. Le pegarían si lo hacía. No le importaba. Hizo girar el picaporte y empujó con todas sus fuerzas.

Con un fuerte ruido, la puerta chocó contra la pared. Brian se quedó allí, parado en el umbral. Todo se detuvo. Allí estaba el abuelo en el sofá, con el pulóver gris roto. La colilla de un cigarrillo le colgaba del labio enviando un hilo de humo sobre los ojos entrecerrados. El tío Seamus, con los puños cerrados, la silla caída detrás de él, tenía la cara roja a punto de explotar.

Y el recién llegado. Alto, bien vestido, con traje y corbata. Sus zapatos eran negros y lustrados. Bajó la mirada hacia el niño, con la cara descompuesta por la fuerte emoción.

—Hola, Brian —dijo muy despacio.

—¡Cuidado! —gritó Brian.

Demasiado tarde. El puño de su tío, endurecido por años de trabajo en las minas, lo golpeó en el rostro, arrojándolo al piso. Al principio Brian pensó que sería una de esas tantas peleas, como las de los sábados por la noche frente al bar; pero no sería como aquéllas, no esta vez. El caído llevó la mano a la mejilla, miró la sangre y se uso de pie.

—Muy bien, Seamus, quizás me merecía el golpe. Pero sólo ése. Baje los puños, hombre, y demuestre un poco de inteligencia. Ya he visto al chico y él me ha visto a mí. Lo que está hecho, hecho está. Es su futuro lo que me preocupa no el pasado.

—Míralos —murmuró el abuelo, tragando su tos—. Se parecen como dos gotas de agua. —Su humor cambió abruptamente y agitó

los brazos desparramando chispas de su cigarrillo.

—¡Vuelve a tu cuarto, muchacho! No tienes nada que ver aquí, nada que oír. Adentro antes que te dé una palmada.

*Incompleto, dislocado, a la deriva en el tiempo. Recuerdos, olvidados hace tiempo, inconexos. Rodeado y separado por la oscuridad. ¿Por qué seguía estando oscuro? Paddy Delaney. Su padre.*

Como diapositivas en un cine, temblorosas y rápidas, demasiado rápidas para ver lo que estaba sucediendo. La oscuridad. Las diapositivas, otra vez claras de repente.

Un ruido atronador, la ventana frente a él más grande que cualquier ventana que hubiera visto antes, más grande incluso que una vidriera. Apretó con desesperación la mano del hombre. Asustado, era todo tan extraño.

—Ese es nuestro avión —dijo Patrick Delaney—. Aquel avión grande, verde con una protuberancia arriba.

—Un 747-8100. Vi una foto en el diario. ¿Podemos subir ahora?

—Muy pronto, en cuanto nos llamen. Seremos los primeros en subir.

—¿Y no voy a volver a Tara?

—Sólo si lo deseas.

—No. Los odio —Se limpió la nariz con el dorso de la mano. Levantó la cara para mirar al hombre alto que estaba a su lado—. ¿Conocías a mi madre?

—La conocía muy bien. Quise casarme con ella, pero por ciertos motivos no pudimos hacerlo. Cuando seas mayor entenderás.

—¿Pero... eres mi padre?

—Sí, Brian. Yo soy tu padre.

Había hecho esa pregunta muchas veces antes, sin estar jamás seguro de encontrar la respuesta correcta. En ese momento, en el aeropuerto, frente al gran avión verde, pensó que sería la última vez que la haría. Y con esa creencia algo pareció crecer y explotar dentro de él. Las lágrimas se le escaparon y corrieron por sus mejillas.

—Nunca, nunca quiero regresar.

Su padre estaba de rodillas, apretándolo tan fuerte que apenas podía respirar, pero se sentía muy bien. Todo estaba muy bien. Sonrió y paladeó las lágrimas saladas. Lloraba y sonreía al mismo tiempo sin poder detenerse.



# 4

---

## 12 de febrero de 2023

Al día siguiente, cuando Erin Snaresbrook entró al quirófano, estaba agotada. Sin embargo, en cuanto vio a Brian olvidó su fatiga. Ya había hecho mucho y le quedaba mucho por hacer. Había retirado casi todo el tejido cerebral dañado, en su mayoría materia blanca.

—Voy a comenzar la serie de implantes —murmuró en un susurro casi para sí misma. Hablaba para conservar un archivo grabado, no para ilustración de quienes trabajaban en el quirófano. Los micrófonos eran tan sensibles que grabarían sus palabras por más bajo que hablara—. Todo el tejido muerto ha sido retirado. Estoy observando una sección separada de tejido blanco. Esta es la parte donde los axones de muchas neuronas han quedado cortados. El extremo más próximo de cada nervio cortado seguirá vivo, porque el cuerpo celular estará ubicado allí.

Pero el extremo más distante, la otra parte del axón estará muerto. No pueden sobrevivir sin nutrientes ni energía. Esta operación requiere dos técnicas distintas. Saqué moldes de las partes limpiamente seccionadas en transversal de materia blanca. Se fabricaron chips NPVE flexibles de microfilm sobre esos moldes. La computadora recuerda cada molde, así que sabrá dónde colocar el chip correspondiente. Estos se fijarán con células de tejido conectivo. Primero libraré las fibras más próximas para que entren en contacto con los chips de conexión a medida que los vaya insertando. Cada axón cortado será recubierto con proteína que estimulará su crecimiento. La película del chip está recubierta con sustancias químicas

que al ser liberadas eléctricamente atraerán a cada axón en crecimiento y lo fijarán a la superficie de conexión de la película-chip más cercana. Ahora empezaré a hacerlo.

Mientras hablaba encendió la máquina conectiva y le dio instrucciones de moverse sobre el cráneo abierto y descender. Los minúsculos dedos se fueron extendiendo y separando lentamente y bajaron. La capacidad de procesar información de la computadora era tan grande, que cada uno de los dedos microscópicos era controlado en forma individual. Las yemas de los dedos en sí no contenían lentes, ya que éstos necesitaban un gran número de ondas luminosas para formar una imagen. Por eso los lentes ópticos estaban ubicados hacia atrás. La imagen obtenida por cada lente era retransmitida a la computadora, donde se la comparaba con las otras imágenes para producir un modelo tridimensional del cerebro dañado. Los diminutos filamentos siguieron descendiendo algunos más lentamente que los otros hasta que al llegar a la superficie se abrieron ocultando a la vista de la cirujana el área afectada.

Snaresbrook se volvió hacia el monitor y le habló: —Más bajo. Ahí. Más bajo. Hacia atrás. Para.

Ahora tenía el mismo campo visual que la computadora. La pantalla proyectaba una imagen de las áreas dañadas que ella podía agrandar o hacer retroceder para tener un panorama general.

—Comiencen el rociado.

Uno de cada diez de los dedos microscópicos era hueco; en realidad eran tubos delgados con una válvula electrónica en su extremo. El rociado debía ser microscópico. Una fina lluvia comenzó a recubrir la superficie dañada del cerebro. Esta era una capa invisible electrofluorescente.

—Apaguen las luces del quirófano —ordenó la doctora. Las luces de la sala bajaron.

La máquina de conexión satisfecha con su trabajo, detuvo el rociado. Después de seleccionar la parte más profunda de la herida, la doctora Snaresbrook envió una pequeñísima cantidad de luz ultravioleta por un capilar de fibra óptica. En la pantalla un diseño de diminutos puntos se esparció por la superficie del cerebro.

—Ahora la capa electroluminiscente ha quedado rociada sobre todas las terminales nerviosas. Bajo la luz ultravioleta, emite suficientes fotones como para ser identificada. Sólo los nervios que están aún vivos reaccionan con la luz ultravioleta. Ahora ubicaré los implantes.

Los implantes, especialmente fabricados para adaptarse al cerebro de Brian, estaban en una bandeja, inmersos en una solución neutra. La bandeja fue colocada en una mesa junto a la cabeza de Brian y se retiró la tapa. Con un movimiento delicado, los filamentos se hundieron en la bandeja.

—Estos implantes NPVE son flexibles y estirables, ya que los tejidos dañados del cerebro habrán cambiado ligeramente desde que se los midió. Los chips aparentan ser idénticos pero no lo son. La computadora midió y fabricó cada uno para ser colocado en un lugar específico del cerebro. Ahora deberá reconocer y ubicar cada uno en el lugar correcto. Cada película tiene varios enlaces de fibra óptica que serán conectados a chips contiguos que transmiten por múltiples señales de intercomunicación de entrada y salida entre partes del cerebro. La importancia de esto se explicará en la próxima operación. Esta sesión terminará cuando los diez mil implantes estén en su lugar. El proceso comenzará ahora.

Aunque Erin Snaresbrook estaba allí para supervisar, la computadora controlaba todo el proceso de implantación, con los dedos moviéndose tan rápidamente que se desdibujaban hasta tornarse invisibles. A esa velocidad los delgadísimos chips eran guiados uno tras otro a su lugar de destino. Cuando se colocó el último los dedos de la máquina se retiraron y la doctora sintió que parte de su tensión se aflojaba. Pero cuando se enderezó sintió como si le estuvieran clavando un puñal en la espalda. Lo ignoró por completo.

—La próxima etapa, el proceso de conexión, acaba de comenzar. Las superficies de los implantes son una modificación de la tecnología de representación visual activa de los registros. Cada semiconductor, al ser activado por la luminosidad, debe identificar a un nervio vivo y luego establecer contacto físico con ese nervio. Las superficies de los filmes están recubiertas con hormonas de crecimiento apropiadas para ayudar a las nuevas fibras nerviosas a formar sinapsis con los transistores de entrada. La importancia de estas conexiones surgirá en el próximo procedimiento de implante. Cada fibra muerta será reemplazada por una célula fetal diseñada genéticamente para producir un nuevo axón dentro de la envoltura vacía de la célula que está suplantando. Luego tendrá que crear nuevas sinapsis para reemplazar las viejas.

La operación llevó casi diez horas. La doctora Snaresbrook estuvo presente casi todo el tiempo.

Cuando la última conexión estuvo hecha, sintió que la fatiga la superaba. Trastabilló y tuvo que agarrarse del marco de la puerta al salir del quirófano. Después de la intervención quirúrgica, Brian requería monitoreo y atención constantes, pero el personal de enfermería podía ocuparse de esto.

La operación de Brian había sido extenuante, sin embargo, tenía otros pacientes e intervenciones que atender. Cambió los horarios de sus citas, buscó y obtuvo la ayuda de los mejores cirujanos y se quedó sólo con los casos más urgentes. Su voz temblaba mientras dictaba apuntes sobre los casos que acababa de atender. La computadora de su escritorio los grabaría y transcribiría. Podría trabajar todo el día tomando dexedrina. No era una buena idea, pero no tenía alternativa.

Terminó sus apuntes, se estiró y bostezó.

—Fin del informe. Intercomunicador en marcha. Madeline — La computadora del escritorio aceptó la nueva orden y llamó a la secretaria.

—Sí, doctora.

—Haga entrar ahora a la señora Delaney.

Se frotó las manos y se enderezó.

Poner en marcha y grabarlo como archivo titulado Dolly Delaney —dijo controlando que la pequeña luz roja de la base del escritorio estuviera encendida. La puerta se abrió y le sonrió a la mujer que entraba con paso vacilante—. Me alegro que haya venido—dijo Erin Snaresbrook, levantándose y señalando la silla al otro lado del escritorio—. Por favor, siéntese, señora Delaney.

—Dolly por favor, doctora. ¿Me podría decir cómo está él? — Su voz sonaba contenida, como si le costara controlarla mientras hablaba. Era una mujer delgada, de mirada despierta. Sostenía con ambas manos un gran bolso de mano sobre su falda; como una barrera.

—Sin ningún cambio, Dolly, desde que hablé con usted ayer. Está vivo y debemos estar agradecidos con esto. Pero ha recibido heridas de gravedad y pasarán semanas, incluso meses, antes de que conozcamos el resultado de lo que se le hizo. Por eso necesito su ayuda.

—Yo no soy enfermera, doctora. No sé qué puedo hacer — Movió la cartera, manteniendo la muralla. Era una mujer atractiva; quedaría mejor sin ese movimiento hacia abajo de las comisuras de su boca. Tenía el aspecto de una mujer con quien la vida se había ensañado y a la que guardaba rencor—. Dice que necesita ayuda,

pero no tengo la menor idea de lo que le sucedió a Brian. Quienquiera me haya llamado dijo solamente que había sufrido un accidente en el laboratorio. Pensé que usted me daría más detalles. ¿Cuándo podré verlo?

—Tan pronto como sea posible. Pero debe entender que Brian ha sufrido un gran traumatismo cerebral. Tiene severamente dañada la materia blanca de su cerebro. Es decir, deterioro de la memoria. Pero hay una forma de ayudarlo si encontramos la manera de evocarle suficientes recuerdos de su infancia. Por eso necesito más información sobre su hijo.

—Hijo adoptivo —dijo ella con firmeza—. Patrick y yo lo adoptamos.

—Discúlpeme, no lo sabía.

—No tiene por qué disculparse. Todo el mundo sabe que Brian es hijo natural de Patrick. Nació antes que nos conocíramos, antes de partir de Irlanda tuvo esa... aventura con una muchacha de allí. Era la madre de Brian. —Dolly tomó un pañuelo de encaje de su cartera, lo apretó contra sus palmas y volvió a guardarlo.

—Quisiera saber más detalles sobre eso, señora Delaney.

—¿Para qué? Son historias del pasado que no pueden interesar a nadie. Mi esposo murió hace nueve años. Estábamos... separados en aquella época. Divorciados. Yo vivía con mi familia en Minnesota. No sabía nada de él. Ni siquiera me enteré que Paddy estaba enfermo, nadie me lo comunicó. Puede entender por qué estoy amargada. Recién supe que había andado mal de salud cuando Brian me llamó para que asistiese al funeral. Pero eso pertenece al pasado, como puede ver.

—Siento mucho lo de su separación. Pero, eso no altera en lo más mínimo los detalles sobre los primeros años de Brian. Me debe hablar sobre eso. Ahora que su marido está muerto, usted es la única persona en el mundo que puede darme esa información. El cerebro de Brian ha sido terriblemente dañado. Gran parte quedó destruida. El necesita su ayuda para recuperar la memoria. Admito que gran parte de lo que estoy haciendo es experimental, nunca ha sido probado. Pero es la única oportunidad que tiene. Para tener éxito debo saber dónde buscar y qué buscar en su pasado.

El problema que tengo es que para devolverle la memoria a Brian voy a tener que reconstruir el desarrollo de su mente desde su infancia. La estructura enorme de una mente humana sólo puede rehacerse empezando desde abajo. Las ideas y conceptos más

desarrollados y recientes no pueden ser reactivados hasta que las formas tempranas hayan comenzado a operar. Tendremos que reconstruir su mente, sus asociaciones de ideas, en la misma forma en que quedaron grabadas en su cerebro durante su infancia. Sólo usted me puede guiar en este punto. ¿Me ayudará a entrar en su pasado con la esperanza de que así tendrá un futuro?

La boca de Dolly permanecía dura, cerrada con fuerza, con los labios blancos por el esfuerzo. Y estaba temblando. Erin Snaresbrook esperó con paciente silencio.

—Todo eso ocurrió hace mucho tiempo. Brian y yo nos distanciamos desde entonces. Pero yo lo crié, hice lo mejor que pude. No lo vi desde el funeral... —Sacó otra vez el pañuelo y se lo llevó a los ojos. Luego lo guardó y se enderezó.

—Ya sé que es difícil para usted, Dolly. Pero para mí es esencial enterarme de esos hechos, absolutamente vital. ¿Le puedo preguntar donde se conocieron usted y su marido?

Dolly suspiró, recién entonces aceptó renuentemente con un movimiento de cabeza.

—Nos conocimos en la Universidad de Kansas. Paddy recién llegaba de Irlanda, como sabe. El enseñaba en la Universidad, en la parte de Educación y yo también en planeamiento familiar. Como sabrá, se está tomando conciencia de que la mayor parte de nuestros problemas ambientales son causados por el exceso de población. Por eso este tema dejó de estar proscripto en las universidades. Paddy era un excelente matemático. En realidad, estaba demasiado calificado para nuestra universidad. Por ello fue contratado para la nueva universidad en Texas, pero siguió enseñando en Kansas hasta que se inaugurara. Eso formaba parte del arreglo. Querían tenerlo bajo contrato y agarrado para beneficio de la institución... no de él. Era un hombre muy solitario, sin amigos. Sabía que extrañaba mucho Dublin. Eso solía decir cuando tocaba el tema, fanáticamente. De todos modos no hablaba mucho sobre él. Le enseñaba a jóvenes que sólo iban a sus clases buscando puntaje, sin interesarse por la materia. Realmente odiaba eso. Fue más o menos por entonces que comenzamos a salir juntos. El se confió en mí y creo que verdaderamente se sentía cómodo en mi compañía.

No sé porqué le estoy contando todo esto. Quizás porque usted es doctora. Hasta este momento nunca lo había comentado con nadie. Ahora que está muerto puedo mirar hacia atrás, puedo decirlo en voz alta. No creo... no creo que nunca me haya amado. Mi

presencia le resultaba cómoda. La demografía tiene mucho de matemáticas, así que podía seguirlo cuando hablaba de su trabajo. Me perdía con bastante facilidad, pero él parecía no darse cuenta. Me imagino que me consideraba una presencia cálida, para decirlo simplemente. Esto no me importaba, por lo menos al principio. Cuando me pidió que me casara con él acepté de buena gana. Ya tenía treinta y dos años de edad y se dice que, cuando una mujer no está casada a los treinta, no se casará jamás. Así que acepté su propuesta. Traté de olvidar todas las ideas juveniles de amor romántico. Despues de todo, hay gente que le va bien con matrimonios arreglados. Treinta y dos no es una edad fácil para una soltera. En cuanto a él, si Paddy amó a alguien fue a esa chica. Estaba muerta, pero no importaba.

—¿Entonces él habló de esa otra relación, con la chica de Irlanda?

—Claro que sí. Nadie espera que los hombres adultos sean vírgenes. Ni siquiera en Kansas. Paddy era un hombre muy honesto y recto. Yo sabía que había estado muy enamorado de esa muchacha, pero eso había terminado hacía tiempo. Al principio no mencionó al chico. Pero antes de proponerme matrimonio me contó todo lo sucedido en Irlanda. No digo que me alegró, pero el pasado es el pasado.

—¿Y qué sabía sobre Brian?

—Tanto como Paddy, lo que era muy poco. Sólo su nombre, que estaba viviendo con su madre en un pueblo del campo. Ella no quería saber nada de Paddy, nada en absoluto. Y yo me daba cuenta que eso lo ponía muy mal. Sus cartas eran devueltas sin abrir. Cuando trató de mandar dinero para el chico, se lo enviaron de vuelta. Volvió a tratar de hacerlo a través del párroco local, pero eso tampoco funcionó. Paddy no lo quiso aceptar y donó el dinero a la iglesia. El párroco recordó eso y cuando la muchacha murió, le escribió a Paddy. El tomó la noticia muy mal, aunque trató de no demostrarlo. Trabajó muy duro para apartarla de su mente. Entonces me ofreció casamiento. Como dije antes, sabía las razones por las que lo hizo. Pero para mí, ella estaba muerta y nosotros dos casados, eso era todo. No le mencioné esto a nadie.

Por eso cuando llegó la maldita carta, fue para mí un duro golpe. Dijo que tenía que ir a ver lo que había pasado y yo no discutí. Nunca vi a nadie tan mal como él al volver de ese primer viaje a Irlanda. Era el chico lo que importaba en ese momento, el pasado era el pasado.

Cuando Paddy me habló sobre sus planes de adoptarlo, acepté de inmediato. Nosotros no teníamos hijos, ni podíamos tenerlos por problemas de fertilidad. Y con la idea de esa criatura creciendo sin su madre, en un lugar mugriente del otro extremo del mundo no había otra opción.

—¿Ha estado en Irlanda?

—No tenía por qué ir. Sabía como era. Estuvimos en Acapulco para nuestra luna de miel. Un lugar roñoso. La gente se debería dar cuenta que todo anda bien en Estados Unidos, que es mucho mejor que cualquier otro lugar del extranjero. Para ese entonces Paddy se había hecho cargo de su nuevo puesto y enseñaba en la Universidad de la Libre Empresa, ganando el doble que en Kansas. Algo importante también, la cantidad que tenía que pagarse a esos parientes irlandeses. Pero valía la pena, para salvar al chico de esa vida terrible que llevaba allá. Paddy lo hizo todo y no crea que fue fácil. Tuvo que viajar tres veces a Irlanda para llegar a un acuerdo. Yo arreglé el cuarto del chico cuando Paddy fue allá por última vez. Tenía un amigo en Irlanda, un tal Sean no sé qué, compañero del colegio. Ahora es abogado. Paddy tuvo que presentarse al juez. Nos casamos por la iglesia católica, eso fue lo primero que quisieron saber. No podíamos adoptar el chico de no ser católicos. Los exámenes de paternidad fueron humillantes. Pero al final valieron la pena. Recuerdo que el avión que los traía tuvo una demora de cuatro horas y sin embargo me quedé en el aeropuerto. Me pareció que eran los últimos en salir. Nunca olvidaré ese momento. Paddy se veía tan cansado y ¡el chico! Tenía la piel pálida, del color del papel, como si no hubiera tomado sol en toda su vida. Estaba tan flaco. Sus brazos parecían dos alambres que salían de las mangas sucias de aquella campera. Recuerdo que miré a un costado, avergonzada de que alguien me viera con un chico así vestido.

La doctora Snaresbrook levantó la mano para detenerla, fijándose en la luz del grabador para ver si seguía encendida.

—¿Recuerda bien ese momento, Dolly?

—Nunca podré olvidarlo.

—Entonces debe hablarme sobre ese día, contarme cada detalle, es muy importante para Brian. Su memoria ha quedado... diremos deteriorada. Está allí pero debemos lograr que recuerde.

—No lo entiendo.

—¿Me ayudará aunque no me entienda?

—Si así lo quiere, doctora. Si me dice qué es importante. Estoy

acostumbrada a confiar en las cosas. Paddy era el cerebro de la familia. Y Brian por supuesto. Pienso que ambos me menospreciaban por ello, aunque jamás me dijeron nada. Pero cualquiera se podía dar cuenta.

—Dolly, le doy mi palabra de que usted es la única persona en el mundo que puede ayudar a Brian en este trance. Nadie va a menospreciarla ahora. Debe devolverle esos recuerdos. Debe describir todo como lo recuerda. Cada detalle es importante.

—Bien, si usted dice que es importante, que lo puedo ayudar, haré todo lo que pueda —Se irguió con determinación en su asiento—: En aquella época, cuando Brian era joven, el chico era muy cariñoso conmigo. Sólo cuando creció se volvió distante. Pero creo, sé que él me necesitaba entonces.

Ambos parecían estar muy cansados cuando se acercaron a ella. Paddy llevaba al niño de la mano. Eran padre e hijo... no cabía ninguna duda, el mismo cabello rojizo con reflejos dorados.

—Debo buscar las valijas —dijo Paddy. Cuando la besó, ella sintió la aspereza de su mejilla sin afeitar—. Cuida al niño.

—¿Cómo estás Brian? Yo soy Dolly.

El chico bajó su cabeza, se dio vuelta y guardó silencio. Era muy pequeño para sus ocho años de edad. Se diría que tenía a lo sumo seis años. Flacucho y no demasiado limpio. Seguramente mal alimentado y con peores hábitos. Ella se encargaría de eso.

—Arreglé tu cuarto. Te va a gustar.

Sin pensarlo se acercó y lo tomó del hombro. Lo sintió temblar y alejarse otra vez. No iba a ser fácil. Se esforzó por sonreír, tratando de disimular lo incómoda que se sentía. Gracias a Dios, ya se acercaba Paddy con las vajillas.

Cuando el auto arrancó el chico se durmió casi de inmediato en el asiento de atrás. Paddy bostezó sonoramente y se disculpó.

—No es necesario. ¿Tuvieron un mal viaje?

—Sólo un viaje largo y cansador. Y, ya sabes —miró sobre su hombro a Brian—, no fue fácil en muchos sentidos. Ya te contaré todo esta noche.

—¿Cuál fue el problema con el pasaporte que me mencionaste por teléfono?

—Problemas burocráticos sin importancia, debido a que yo nací en Irlanda y ahora estoy nacionalizado norteamericano, mientras que Brian sigue siendo irlandés. Los papeles de adopción ya deberían haber solucionado eso. Pero el cónsul norteamericano en Dublin

no lo interpretó así. Por suerte encontraron algunos formularios para llenar y finalmente fue más fácil conseguirle a Brian un pasaporte irlandés y solucionar todo por ese lado.

—Haremos inmediatamente lo necesario. Ahora es un muchacho norteamericano y no necesita un pasaporte extranjero. Espera a ver cómo arreglé el cuarto de huéspedes. Tal como conversamos. Compré una cama tipo litera, un pequeño escritorio y algunos cuadros. Le va a encantar.

Brian odió ese lugar extraño. Al llegar estaba demasiado cansado como para pensar en ello. Se despertó cuando su padre lo llevó cargado hasta la casa. Tomó un poco de sopa de sabor extraño y debió haberse quedado dormido en la mesa. Cuando se despertó por la mañana lloró de miedo al encontrarse entre cosas tan extrañas. Su habitación era más amplia que el living de su casa de Irlanda. Su mundo familiar se había esfumado... inclusive su ropa. Sus pantalones cortos, camiseta, camisa, campera, desaparecieron mientras dormía. Ropa nueva de colores brillantes reemplazaba las prendas grises y negras. Ahora tenía pantalones largos. Tembló cuando se abrió la puerta. Tiró las frazadas sobre su cuerpo. Pero su padre, le sonrió débilmente.

—¿Pasaste una buena noche? —Brian asintió—. Bien. Toma una ducha —allí—, funciona como la del hotel en Dublin. Luego vistete. Después del desayuno te voy a enseñar los alrededores de tu nueva casa.

La ducha seguía dándole trabajo y todavía no estaba muy seguro de que le gustara. La gran bañera de hierro de su casa de Tara era suficientemente buena.

Cuando salieron a caminar todo lo que veía le pareció demasiado extraño para él, demasiado diferente para aceptarlo de inmediato. El sol era demasiado fuerte, el aire demasiado húmedo. Las casas tenían formas feas, los automóviles eran demasiado grandes y andaban por la calle en sentido contrario. Su nuevo hogar era un lugar extraño. El pavimento estaba demasiado parejo. Y agua todo alrededor, ni colinas ni árboles. Sólo el océano liso, color barro y todas esas cosas negras y metálicas saliendo del agua por doquier. ¿Por qué tenía que ser así? ¿Por qué no vivían en tierra firme? Cuando llegaron al gran aeropuerto cambiaron de avión. Volaron sobre lo que su padre llamó Texas para llegar allí, un lugar aparentemente sin ningún límite y vacío.

—No me gusta este lugar —dijo Brian sin pensar, en voz baja para sí mismo, pero Paddy escuchó.

—Te tomará un poco de tiempo acostumbrarte.

—¡Está en el medio del océano!

—No del todo —dijo Paddy y señaló la finísima línea marrón en el horizonte lejano, que tremolaba a causa del calor—. Esa es la costa, justo allí.

—Aquí no hay árboles —dijo Brian mirando a su alrededor, su nuevo y extraño ambiente.

—Hay árboles frente al centro comercial —dijo su padre.

—No son árboles reales. No pueden serlo si crecen en barriles con esa forma. eso no está bien. ¿Por qué este lugar no queda sobre la tierra?

Se sentaron a descansar a la sombra, en un banco frente al mar. Paddy llenó su pipa con lentitud y la encendió antes de hablar.

—No es fácil de explicar, no es fácil si no conoces la historia de este país y cómo funcionan las cosas aquí. Todo es cuestión de política. En los Estados Unidos tenemos leyes que regulan el dinero que se invierte en investigaciones, los proyectos de investigación en las universidades, incluso quién puede y quién no puede invertir. Muchas de nuestras grandes compañías sintieron que nos estábamos quedando rezagados respecto al Japón, donde el estado y la industria cooperan compartiendo recursos e investigaciones. No podían cambiar las leyes, de manera que las desviaron un poco. Aquí fuera del límite continental de tres millas, las leyes estaduales y federales en teoría no rigen. Esta universidad, construida sobre viejas plataformas petroleras y terreno relleno, está orientada estrictamente hacia la producción. Las compañías no repararon en gastos para la caza de cerebros en profesores y alumnos. Eso significa que se ofrece a alguien una cantidad de dinero para que deje su antiguo puesto o se otorgan enormes facilidades para conseguir los mejores estudiantes.

—Entonces tú debes ser muy especial si te han traído para enseñar aquí —dijo Brian cerrando los ojos, encandilado por el reflejo del sol en el agua.

—Bueno, sí, supongo que debo ser especial —dijo Paddy sonriendo. Le gustaba la forma como razonaba Brian.

—¿Qué haces aquí?

—Yo soy matemático.

—Doce y siete son diecinueve, como en el colegio?

—Uno empieza por ahí y después todo se vuelve más complicado y más interesante.

—¿Como qué, por ejemplo?

—Por ejemplo, después de aritmética tienes geometría. Y después de eso álgebra y después cálculo. También existe la teoría de los números, que por lo general queda fuera de lo que ves en matemáticas.

—¿Qué es teoría de los números?

Paddy sonrió, le divertía aquella expresión seria en la cara del niño y casi olvidó la pregunta. Pero luego pensó dos veces. Brian siempre lo sorprendía con datos extraños. Parecía ser uno de esos chicos inteligentes que cree que puede entenderse todo si se hace la pregunta correcta. ¿Pero cómo podía empezar a explicarle abstracciones matemáticas a un chico de ocho años? Empezando por un paso a la vez.

—¿Ya sabes multiplicar?

—Claro, y es muy divertido. Por ejemplo, 14 multiplicado por 15 son 210, y también 6 por 35 y 5 por 42 dan el mismo resultado.

—¿Estás seguro?

—Nunca me equivoco. Me gusta el 210 porque está formado por números enteros.

—¿Números enteros? ¿Así se dice en Irlanda?

—No, es un nombre que yo inventé —dijo el niño con orgullo. Son enteros los números que no se dividen. Como 5 y 7. Y números grandes como 821 y 823, ó 1821 y 1723. Muchos de los grandes vienen en pares como éhos.

Paddy se dio cuenta que Brian llamaba números enteros a los números primos. ¿Los niños de ocho años de edad debían conocer los números primos? ¿Se los habían enseñado a él a esa edad? No podía recordarlo.

Después de las once de la noche Dolly apagó la televisión. Se reunió en la cocina con Paddy. Su pipa se había apagado y miraba sin ver la oscuridad exterior.

—Me voy a la cama —dijo ella.

—¿Sabes lo que parece haber logrado Brian, por sí solo, a la edad de ocho años? Descubrió los números primos. No sólo eso, parece haber descubierto formas bastante eficientes para encontrar números primos.

—Es un niño muy serio. Nunca sonríe.

—No me estás escuchando. Es sumamente brillante. Más que

eso, tiene una comprensión básica de las matemáticas algo que la mayoría de mis alumnos no poseen.

—Si tú así lo crees, por qué no le haces pasar un test de cociente intelectual en el colegio. Estoy cansada. Podemos hablar sobre eso mañana.

—Los tests de inteligencia están demasiado influenciados por nuestra cultura. Los hará más tarde, cuando haya vivido aquí un tiempo. Hablaré con sus profesores cuando lo lleve a la escuela.

—¡No lo hagas en su primer día de clase! Primero debe acostumbrarse a la vida de aquí, debe asentarse. Y ya es tiempo que pienses en tus propias clases y tu investigación. Yo lo llevaré a la escuela mañana. Ya verás cómo todo va a andar de maravillas.

Brian odió el colegio desde el primer día. Odió al gordo director negro. Todo era distinto, extraño. Y se rieron de él desde el principio. Fue la maestra quien empezó todo.

—Aquél será tu asiento —dijo ella apuntando sin precisión a la fila de bancos.

—¿El décimo?

—Sí, el tercero. Pero di lo correctamente. Tercero —Esperó, sonriendo fingidamente ante su silencio—. Di tercero, Brian.

—Décimo.

En ese momento, los otros chicos se rieron y susurraron en cuanto se dio vuelta. Cuando sonó la campana y terminó la clase, Brian salió al vestíbulo con los demás, pero no se detuvo hasta salir de la escuela lejos de todos ellos.

—Y ése fue su primer día de clase —dijo Dolly—. Salió corriendo en cuanto terminó. El director nos telefoneó y me puse muy nerviosa. La policía lo encontró y lo trajo a casa después del anochecer.

—¿Le comentó alguna vez por qué lo había hecho? —preguntó la doctora Snaresbrook.

—Nunca. Permanecía con la boca cerrada, o hacía preguntas todo el tiempo, no tenía términos medios. Tampoco era sociable. Podría decirse que el único amigo que tenía era su computadora. Uno hubiera creído que tenía suficiente con la computación en las horas de clase. Como sabe ahora todo está computarizado. Pero a él parecía no bastarle. En cuanto llegaba a casa se enfascaba otra vez en la computadora. No con juegos. Escribía programas en LOGO, el

lenguaje que le enseñaron en la escuela. Los programas eran muy buenos, por lo menos eso decía Paddy. El chico estaba escribiendo programas que aprendían por sí mismos, programas que escribían a la vez sus propios programas. Siempre hubo algo especial entre Brian y las computadoras.

# 5

---

18 de febrero de 2023

Cuando Erin Snaresbrook salió del quirófano, Benicoff la estaba esperando.

—¿Tiene un momento, doctora?

—Sí, claro. Dígame qué ha descubierto...

—¿No podríamos conversar en su oficina?

—Es una buena idea. Tengo una cafetera nueva que me gustaría estrenar. Llegó esta mañana y la acaban de instalar.

Benicoff cerró la puerta del despacho. Al volverse se sorprendió de ver el artefacto de bronce.

—¿Creí haberle oído que era nueva?

—Es nueva para mí. Este fabuloso aparato debe tener noventa años. Créame, ya no fabrican cosas como éstas.

—¡Por buenos motivos!

La cafetera medía casi dos metros de altura. Tenía una cantidad impresionante de válvulas, caños, placas y cilindros. La coronaba un águila con las alas desplegadas. Cuando la doctora abrió una válvula, el vapor se precipitó silbando a través de un caño.

—¿Expreso o capuchino? —le preguntó a Benicoff llenando el receptor con un aromático café.

—Expreso con una nada de limón, por favor.

—Veo que ha viajado. Esa es la única forma de saborear un buen café expreso. ¿Tiene alguna novedad sobre los criminales?

—Negativo, pero un negativo que nos costó mucho trabajo. El FBI, la policía y una docena de agencias han estado investigando día y noche. Han seguido cada pista. Cada detalle de lo sucedido esa noche ha sido averiguado exhaustivamente. Y sin embargo no se ha descubierto nada digno de mención. Qué buen café es éste— bebió un sorbo y esperó que Erin Snaresbrook terminara de prepararse el suyo—. Y eso, me temo, es todo lo que tengo para contarte. Espero que usted tenga mejores noticias de Brian.

Erin Snaresbrook miró el líquido negro y humeante; le agregó otra cucharada de azúcar.

—La buena noticia es que aún sigue vivo. Pero los nervios dañados se deterioran día a día. Es una carrera contra el tiempo y aún no sé si estoy ganándola o perdiendo. Como ya sabe, una vez muertas las fibras nerviosas dejan una especie de vaina vacía. Por eso implanté células fetales nerviosas para reemplazar esas fibras. La máquina manipuladora insertará también pequeñas dosis de una droga que estimula el crecimiento nervioso. Ayudará a que los axones de células fetales crezcan dentro de esas vainas. Esta técnica fue descubierta en la década de 1990 por investigadores que buscaban la forma de curar heridas de la médula, que hasta entonces producían parálisis en los pacientes. Ahora usamos esta droga, sumada a otra que logra que las células cerebrales maduras no rechacen la invasión de otras fibras nerviosas que tratan de establecer nuevas conexiones.

—¿Por qué rechazaría el cerebro células que lo ayudarían a repararse? —dijo Benicoff frunciendo el entrecejo.

—Esa es una pregunta interesante. La mayoría de los otros tejidos corporales son muy eficientes para autorrepararse o admitir otras células que los pueden ayudar. Pero piense un momento en la naturaleza de la memoria. Está basada en relaciones precisas entre conexiones de fibras increíblemente pequeñas. Una vez establecidas, esas conexiones deben persistir sin ningún cambio, durante veinte, cincuenta, o noventa años. Por ello, el cerebro ha desarrollado defensas específicas que no se encuentran en otros tejidos, para prevenir la mayoría de los cambios normales. Aparentemente para el cerebro la ventaja de tener buena memoria tiene más importancia que la ventaja de reparar sus daños.

La recuperación de Brian llevará algún tiempo. La parte más lenta será el crecimiento de las fibras nerviosas dañadas. Eso tomará por lo menos algunos meses, aun utilizando NGB que debe adminis-

trarse en pequeñas dosis.

—¿Comenzará ya con ese procedimiento?

—No de inmediato, hasta que no hayan aparecido nuevas fibras nerviosas. Y en ese momento tendremos que estudiar el comportamiento de las células cerebrales a cada lado de la lesión. Una vez que comprobemos que reaccionan bien, podremos empezar a pensar en cómo reconectaremos los pares correctos.

—¡Pero habrá millones que conectar!

—Usted tiene razón, pero no tendrá que desenmarañarlos todos. Empezaré por encontrar los nervios más fáciles de identificar. Hay haces de fibras nerviosas que corresponden a las ideas más comunes, las ideas que todos los niños tienen. Exhibiremos fotos de perros, gatos, sillas, ventanas y miles de objetos como éstos. Mientras tanto buscaremos las fibras que se activan con cada imagen. —Por primera vez sintió que su cansancio crónico desaparecía con el entusiasmo del trabajo a realizar.

Luego pasaremos a las palabras. Una persona culta promedio usa alrededor de veinte mil palabras. Esa cantidad no es realmente muy grande si uno lo piensa. Podemos pasar una cinta grabada con todas las palabras en menos de un día. Luego procederemos a las relaciones entre las palabras, grupos de palabras y frases.

—Disculpe mi ignorancia, doctora, pero no veo el sentido de todo eso. Usted ha intentado hablar con Brian durante días, sin obtener ningún signo de respuesta. Aparentemente, él no oye.

—Eso parece, pero Brian no es *él* en este momento. Él sólo es un cerebro dañado, una colección de partes inconexas. Debemos descubrir qué partes son éstas, y reconectarlas. Eso es todo lo que estamos haciendo. Si queremos reconstruir su mente, primero debemos volver atrás y buscar las partes, para luego integrarlas y colmar la laguna en sus recuerdos. Y hoy tuvimos un buen día; obtuve información sobre sus primeros tiempos de escuela que conformaron su vida futura. Afortunadamente también, su gente localizó al psiquiatra del colegio de Brian, que se desempeña ahora en Oregon. Se llama René Gimelle. Conoció a Brian el primer día que llegó al colegio y lo atendió en forma regular a partir de entonces. Además, mantuvo muchas entrevistas con el padre de Brian. Nos ha proporcionado un material excelente.

—¿Hay algún problema, doctor Gimelle? —preguntó Paddy, tratando de ocultar su preocupación, pero sin lograrlo—. Vine en

cuanto recibí su mensaje.

Gimelle se sonrió y sacudió la cabeza. Al contrario, tengo excelentes noticias. La última vez que hablé con su esposa y usted, recuerdo haberles dicho que fueran pacientes, que Brian iba a necesitar un tiempo para adaptarse a esta nueva vida. Cualquier niño que es sacado de un pequeño pueblo —en un país distinto— y mandado al otro extremo del mundo, necesita tiempo para acostumbrarse a todos los cambios. Cuando hice mi evaluación estaba seguro que Brian tendría problemas y estaba preparado para lo peor. No me llevó mucho tiempo darme cuenta que ya en Irlanda los niños de su edad lo habían rechazado burlándose de él por, disculpe la palabra, ser bastardo. Lo que es aún peor, cuando murió su madre fue rechazado por todos sus parientes cercanos. Lo he estado viendo una vez por semana y haciendo todo lo posible para ayudarle a hacer frente a sus problemas. La buena noticia es que parece necesitar cada vez menos ayuda. Admito que no es muy sociable con sus compañeros del colegio, pero mejorará en este aspecto con el tiempo. En cuanto a su trabajo en la clase, no necesita mejorar nada. Con muy poca persuasión por parte de los profesores ha pasado a ser el primero en todas las materias.

—Persuasión no me suena bien. ¿A qué se refiere exactamente, doctor?

—Quizás ésa no sea la mejor palabra para emplear en este contexto. Creo que premio por esfuerzo transmite mejor la intención de los profesores. Como ya sabe, los profesores con experiencia premian a sus alumnos por su buen comportamiento, o por su trabajo sobresaliente en clase. Se intenta fortalecer las actitudes positivas. Es una técnica que demostró ser eficaz. Si los profesores hicieran lo contrario, insistiendo en los fracasos sólo lograrían infundir un sentido de culpa, que es por lo general contraproducente. En el caso de Brian, la computadora fue la llave que abrió siempre cualquier problema de aprendizaje que tuvo. He visto las grabaciones de lo que ha logrado en las últimas semanas. Usted también puede verlas si quiere...

—¿De qué grabaciones me habla, doctor? Temo no entenderlo.

Gimelle parecía incómodo, acomodaba y desacomodaba broches de papel sobre el escritorio.

—No hay nada inusual o ilegal en esto. Es una práctica común en la mayoría de las escuelas. Tuvo que leer la cláusula en su contrato al firmarlo.

—No vi esa cláusula. El contrato tenía más de cincuenta páginas escritas en letra pequeña.

—¿Qué le dijo su abogado respecto a eso?

—Nada, no consulté a ningún abogado. En aquel entonces mi pasar era, digamos, un tanto inseguro. ¿Lo que usted me está diciendo es que todos los estudiantes de esta escuela tienen derivaciones en sus computadoras? ¿Y todo lo que ellos registran se graba y se analiza?

—Es sólo una práctica corriente y aceptada, además una herramienta muy útil de diagnóstico y pedagógica. Después de todo cuando se usaban cuadernos éstos eran entregados para las clasificaciones. El acceder a la computadora de un alumno es algo muy similar.

—No lo creo. Se clasificaban los cuadernos, pero no los diarios personales. Todo esto nos lleva lejos del tema. Consideraré la dudosa moralidad de esta práctica en otro momento. Ahora nos ocupamos de Brian. ¿Qué le revelaron esas grabaciones clandestinas?

—Una mente poco común y original. LOGO, como usted sabe, es más que un primer lenguaje de computadoras. Cuando se emplea en forma correcta es muy flexible. Me fascinó descubrir que Brian no sólo resuelve los problemas que le dan en clase. Cuando tiene una solución trata de escribir un meta-programa que incorpore todas sus soluciones. Inventó bases de datos para sus propios programas. Por ejemplo, si se necesitaba una respuesta, insertaba líneas de su propio código y los editaba después. Mientras los otros estudiantes aprendían a dibujar, Brian, usando LOGO se adelantó a todos. El guardó y catalogó cada fragmento útil; sus programas ahora dibujan caricaturas reconocibles que también pueden cambiar de expresión. Hizo todo esto la semana pasada y ya ha mejorado los programas. Ahora las figuras pueden caminar y resolver problemas simples en la pantalla.

Al llegar a su casa esa noche, Paddy tenía mucho que meditar.

Benicoff y la doctora levantaron la cabeza sobresaltados cuando la puerta se abrió de un golpe y el general Schorcht entró con un paso seguro balanceando la manga vacía de su chaqueta, apuntando con el índice a Erin Snaresbrook.

—Usted. Si usted es la doctora Snaresbrook debe acompañarme.

La cirujana se dio vuelta lentamente para enfrentar al intruso. Tuvo que reclinarse en su asiento un poco para poder ver el rostro del

general. Parecía no estar impresionada.

—¿Quién es usted? —preguntó con frialdad.

—Dígaselo —Schorcht ordenó secamente a Benicoff.

—Es el general Schorcht, que trabaja con...

—Ya es suficiente. Esta es una emergencia militar y necesito su ayuda. Aquí hay un paciente en terapia intensiva, llamado Brian Delaney, que corre peligro.

—Estoy al tanto de ello.

—No me refiero a peligro médico, sino a atentado físico — Benicoff iba a hablar pero el general lo detuvo con un gesto—. Despues, tenemos muy poco tiempo ahora. Las autoridades del hospital me informan que el paciente se encuentra grave y no puede ser movido.

—Eso es correcto.

—Entonces deben modificarse los registros. Usted vendrá conmigo para hacerlo.

La doctora, Snaresbrook se puso lívida; no estaba acostumbrada a que le hablaran de esta manera. Antes de que explotara, intervino Benicoff.

—Doctora, permítame informarle rápidamente. Tenemos firmes motivos para creer que cuando se disparó contra Brian, los demás fueron también asesinados. Esto interesa a la seguridad nacional, si no el general no estaría aquí. Estoy seguro que oportunamente se le darán más explicaciones, ¿pero ahora quiere colaborar?

Los neurocirujanos están acostumbrados a tomar decisiones de vida o muerte en pocos segundos. Erin Snaresbrook dejó su taza de café y enfrió hacia la puerta.

—De acuerdo, síganme a la sala de guardia.

Sin duda el general no había hecho amigos desde que entró al hospital. La doctora Snaresbrook logró a duras penas apaciguar a la enfermera principal que por fin quedó convencida de la urgencia del asunto. Se encargó de alejar a las otras enfermeras, mientras la doctora hacia lo mismo con el médico de guardia. Cuando quedaron solos, el general se volvió hacia la enfermera de cabellos entrecanos, quien lo desafió con la mirada.

—¿Dónde está el paciente? —preguntó el general.

—Aquí. En la habitación 314 de Terapia Intensiva —le dijo volviéndose y tocando un número que se hallaba encendido.

—¿Hay algún otro cuarto en este piso vacío?

—Sólo queda el 330. Pero es doble...

—Eso no importa. Ahora cambie el indicador y los registros y haga figurar a Delaney en la habitación 330 y la 314 como vacía.

—Eso creará problemas...

—Hágalo.

Lo hizo con renuencia. Mientras introducía los cambios, entró apurada otra enfermera, colocándose la identificación. Schorcht asintió con severidad.

—Ya era tiempo, teniente. Tome su puesto. El resto de nosotros, nos iremos de aquí. Si alguien pregunta, el paciente Brian Delaney está en la habitación 330—Con un brusco gesto de la mano silenció a la enfermera principal—. La teniente Drake es una enfermera militar con mucha experiencia en hospitalares. No le creará problemas. —Sonó una chicharra. el general escuchó el mensaje.

—Tenemos aproximadamente dos minutos. Escuchen y no hagan preguntas. Todos abandonaremos este lugar... en realidad este piso. La teniente Drake sabe lo que tiene que hacer. Acabamos de enterarnos que habrá un atentado contra la vida del paciente. No sólo quiero impedir el crimen, sino también obtener información sobre quiénes intentan perpetrarlo. Todos pueden ayudar si se retiran ahora. ¿Entendido?

El general fue el primero en marcharse; no hubo ningún tipo de discusión. La enfermera Drake se quedó en el lugar en posición de firme. Recién cuando se perdieron de vista se relajó ligeramente y arregló el uniforme y el gorro frente al espejo. Al volverse tuvo que controlar su sorpresa al ver a un joven parado junto al mostrador.

—¿Puedo ayudarlo... doctor? —dijo. El llevaba el traje blanco reglamentario del hospital y un estetoscopio colgando de su bolsillo.

—No, no es nada importante. Acabo de tomar la guardia. En la entrada tropecé con unos visitantes que estaban preguntando por un tal Brian Delaney. ¿Es un nuevo paciente, no? —Se inclinó sobre el mostrador y dio un golpecito en el indicador—. ¿Es éste?

—Sí, doctor. Terapia Intensiva, habitación 330. Condición crítica pero estable.

—Muchas gracias. Se los comunicaré si los veo.

La enfermera le sonrió. Era apuesto, bronceado, rondaba los treinta años de edad y llevaba un bolso negro. Aún sonriendo, la enfermera se llevó la mano a la cintura y presionó dos veces un botón disimulado.

Silbando entre dientes, el joven caminó por el pasillo, dobló y pasó junto a la habitación 330 sin dirigirle ni una mirada. En la

siguiente vuelta del corredor, se detuvo, miró a ambos lados y corrió hacia la habitación. No había nadie a la vista. Con la mano dentro del bolso negro abrió la puerta de un empellón y se encontró con dos camas vacías. Sin dejarlo reaccionar, los dos hombres que lo esperaban a ambos lados de la puerta le apoyaron los caños de sus automáticas en las sienes.

—¡Olvídate de lo que pensabas hacer! —le dijo el más alto.

—¡Qué pasa! —dijo el hombre dejando caer el bolso y al mismo tiempo la pistola con silenciador.

Dispararon para herirlo, no para matarlo. Disparos rápidos en los brazos y hombros. Seguía sonriendo cuando se cayó de cara al piso. Antes de poder agarrarlo y darlo vuelta, se escuchó un *ruido hueco* como de una botella al descorcharse.

Cuando entró Schorcht con paso triunfante, se los veía muy incómodos.

—No pudimos detenerlo, señor. Se disparó en el pecho con una bala explosiva. Maldición. No hay nada que hacer, aun estando aquí en el hospital.

Las fosas nasales del general se abrieron y sus ojos lanzaron llamas en dirección primero a uno y luego al otro. Ese sencillo gesto era peor que cualquier discurso. El aire ya olía a pérdida de rango, amonestación, carreras incineradas. El general giró sobre sus talones y salió de la habitación. Benicoff lo esperaba en el pasillo.

—Llame al FBI para que se encarguen del cuerpo. ¡Y que averigüen todo!

—Lo haré. ¿Puede decirme de qué se trata todo esto?

—No. No necesita saber nada más. Digamos sólo que este asunto en Megalobe se ha complicado con algo mucho más importante de lo que suponíamos. Y no debemos permitir que este tipo de ataque ocurra otra vez. Apostaré guardias aquí las veinticuatro horas del día hasta que el paciente pueda ser trasladado. Cuando sea posible lo llevaremos al otro lado de la bahía, a la base naval de Coronado. No me gusta la Marina, pero deberían poder vigilar a un hombre en el hospital de una de las bases navales más grandes del mundo.

—Estoy seguro que podrán hacerlo. Pero ahora dígame lo que sabe de este atentado, de lo contrario mi propia investigación se verá comprometida.

—Se le informará cuando sea oportuno —contestó el general fríamente. Pero Benicoff no le creyó. Su voz fue tan fría como la del general.

—Eso no me satisface. Si la gente que está detrás de esto es la misma que disparó contra Brian, debo saberlo. Ahora, cuéntemelo.

Era un empate, hasta que el general de mala gana tomó una decisión.

—Le puedo contar lo mínimo indispensable. Tenemos un informante en una organización criminal. El descubrió este intento de asesinato y nos llamó apenas pudo hacerlo. Sólo sabe que el asesino fue contratado. Aún no tiene la información de quién lo hizo. Si consigue averiguarlo se le informará a usted. ¿Está satisfecho?

—Sí, estoy satisfecho. Mientras se acuerde de informarme —le dijo Benicoff con una sonrisa en respuesta a la mirada de odio del general; dio media vuelta y se retiró. Encontró a Erin Snaresbrook en su oficina. Cerró la puerta antes de contarle lo que había ocurrido.

—¿Y nadie sabe quién está detrás de este atentado, ni por qué lo han perpetrado? —preguntó la cirujana.

—La razón es bastante obvia. Quienquiera haya robado el equipo de IA desea tener su monopolio, y no quiere testigos. Querían estar seguros de que Brian no volvería a hablar nunca.

—En ese caso, veamos qué podemos hacer para interferir con sus planes. La reubicación en Coronado no va a ser fácil, o rápida. Brian no está en condiciones de ser movido, ni quiero interrumpir el proceso de recuperación. Como le he dicho, ésta es una batalla contra el tiempo. Por eso usted y su detestable general tendrán que encontrar la forma de hacer que este hospital sea seguro.

—Se pondrá contentísimo. Voy a tomar otro café antes de pensar en enfrentarlo.

—Sírvase. Yo volveré al quirófano.

—Voy con usted. Y me quedaré hasta ver qué clase de seguridad sugiere el general.



# 6

---

19 de febrero de 2023

A la mañana siguiente Benicoff fue al despacho de la doctora Snaresbrook, justo antes de que saliera para el quirófano.

—¿Tiene un instante?

—Sólo eso, nada más. Este será un día difícil.

—Pensé que quizás quería saber algo sobre el asesino. Como era de suponer, no encontramos ninguna identificación, ninguna etiqueta en su ropa. Su sangre fue más reveladora. El informe dice que su tipo de sangre es originario de América del Sur, de Colombia. No sabía que los análisis podían ser tan exactos.

—Los análisis de sangre se están perfeccionando cada día más y si les damos tiempo pronto podrán establecer exactamente su origen. ¿Eso es todo lo que averiguó?

—No, no es todo. Tenía SIDA y era adicto a la heroína. Se abstuvo de la droga el tiempo de cumplir con el trabajo pero llevaba en el bolso una jeringa hipodérmica con una dosis como para matar a un caballo. Se trataba de un asesino a sueldo, que mataba para pagarse el costoso vicio. Las pistas acaban allí, pero los investigadores están trabajando para descubrir quién lo contrató. No me han dicho nada ni sé cómo nos llegó la información. Se dará cuenta que no es muy fácil.

—Me doy cuenta. Ahora si me disculpa debo trabajar. Acompáñeme —Se cepillaron las manos y se vistieron en silencio. Luego entraron al quirófano, donde ya estaba Brian—. Espero que esta operación sea la última —dijo Erin Snaresbrook—. Esta es la computadora que será implantada en su cerebro.

Balanceaba un raro objeto de plástico negro en la palma de su mano. Lo sostuvo frente a la cámara que estaba grabando la opera-

ción, para que ésta le tomara un primer plano. —Es una máquina conectora CM-10 con capacidad para efectuar cien billones de operaciones por segundo. Aun después de la implantación de los chips de conexión, queda espacio en la parte dañada del cerebro para implantar esta computadora. Su caja fue diseñada para ocupar el espacio libre.

Apoyó la supercomputadora sobre la bandeja estéril. Los filamentos de la máquina conectora descendieron sobre ésta, la examinaron, la levantaron y rotaron a la posición correcta para el implante. Luego, los dedos mecánicos volvieron a levantar la computadora y la fijaron en su lugar definitivo dentro del cráneo abierto de Brian.

—Antes de ser asegurada, se hacen todas las conexiones con cada uno de los chips. Listo. En cuanto se haya hecho la última conexión externa, comenzaremos a cerrar el cráneo. La computadora ya debe estar operando. Contiene programas de reconexión-aprendizaje. Estos reconocen señales similares y relacionadas y redirigen estos impulsos nerviosos dentro de los chips. Esperemos que estos recuerdos sean ahora accesibles.

—Es un extraño regalo de graduación —dijo Dolly—. El muchacho necesita ropa interior y una chaqueta nueva.

—Los tendrá. Llévalo de compras después del colegio —dijo Paddy gruñendo al doblarse para atar sus zapatos—. De todas maneras, la ropa no es regalo para un niño. Ha terminado el secundario en menos de un año y ahora espera entrar a la universidad. Y sólo tiene doce años.

—¿Alguna vez pensaste que lo estábamos apurando demasiado?

—Dolly, conoces las cosas muy bien para decir algo como eso. Aquí nadie lo empuja. Fue idea suya terminar el secundario tan rápido, porque quiere seguir cursos que no se dictan en ese nivel. Por eso quiere ver el lugar donde trabaja. Hasta ahora no pudo entrar debido a las reglas de seguridad. Este es un momento muy apasionante para él, pues ya tiene todas las bases necesarias para seguir adelante. Para él la universidad es como el cuerno de la abundancia, lleno de cosas buenas que podrá consumir.

—Bueno, todo eso está bien. En verdad debería comer más. Se pone a trabajar en esa computadora y olvida dónde está.

—¡Es sólo una metáfora! —se rió Paddy—. Comida intelectual para alimentar su curiosidad.

Ella se sintió herida y trató de no demostrarlo.

—Ahora te burlas de mí, sólo porque me preocupo por su salud.

—No me burlo de ti; es sano. Su peso es normal. Crece y se ejercita igual que todos los otros niños. Pero su curiosidad intelectual... en eso es distinto. ¿Quieres venir con nosotros? Este es su gran día.

—No es un programa para mí —dijo ella sacudiendo la cabeza—. Diviértanse ustedes y traten de estar de vuelta para las seis. Estoy cocinando un pavo con todos sus aditamentos y Milly y George vendrán a comer. Quiero que todo esté ordenado antes que lleguen...

La puerta se abrió estrepitosamente y Brian entró corriendo.

—¿No estás listo aún, papá? Ya es tiempo de irnos.

—Estoy listo —Brian ya cruzaba el umbral de la puerta, cuando Paddy le gritó—: Despídete de Dolly.

—Adiós —y partió.

—Es un día importante para él —dijo Paddy.

—Sí, claro que es un día importante —murmuró Dolly despacio cuando la puerta se cerraba—. Y yo no soy más que la sirvienta en esta casa.

La isla artificial y las plataformas petroleras circundantes se habían convertido en el hogar de Brian; ya no le molestaba su extraño entorno. Antes solía explorar las instalaciones. Bajaba por las pasarelas al nivel inferior donde el mar golpeaba entre las columnas de hierro, subía hasta las losas de aterrizaje de los helicópteros. Incluso un día había llegado hasta la antena de comunicaciones en el edificio de la administración, el punto más alto de la UFE. Pero la curiosidad que despertaban en él aquellas construcciones había sido saciada hacía tiempo. Ese día al cruzar con su padre el puente que los conducía a los laboratorios, tenía otras cosas más interesantes en qué pensar.

—Aquí están todos los laboratorios de electrónica —le explicó Paddy—. Eso que ves allá es nuestro generador, porque necesitamos un suministro estable y constante de energía.

Aquí llegamos al segundo piso.

Brian miró a su alrededor en silencio, tenso por la excitación. Era sábado y tenían el lugar a su entera disposición. Sólo algún zumbido ocasional o una pantalla que se encendía indicaba que había programas que habían quedado funcionando en las computadoras.

—Aquí es donde trabajo —dijo Paddy, señalando la terminal. Le acercó una silla a Brian—. Siéntate y aprieta cualquier tecla para encender la máquina. Estoy orgulloso de esta computadora. Es la

nueva Z-77. El solo hecho de tenerla te dará una idea del tipo de trabajo que estamos realizando aquí. En comparación con ésta todas las demás son una reliquia.

—¿Verdad? —Los ojos de Brian se abrieron cuando deslizó sus dedos a lo largo del borde del teclado.

—Bueno, en realidad no lo tomes literalmente —dijo Paddy con una sonrisa, revisando sus bolsillos en busca de tabaco—. Pero es más rápida para ciertos tipos de cálculos y yo la necesito para desarrollar LAMA, un nuevo lenguaje que estamos creando aquí.

—¿Para qué sirve?

—Se utiliza en un nuevo campo de la computación. Tú escribes programas en LOGO, ¿no es así?

—Claro. Y también en BASIC y FORTRAN.

—Entonces sabes que se utilizan los distintos lenguajes de computación para distintos fines. BASIC es un buen lenguaje para aprender algunas de las tareas más simples y FORTRAN se ha usado durante cincuenta años porque es muy rápido para realizar cálculos científicos en forma rutinaria. LOGO se utiliza para enseñar a principiantes, en especial a los niños; es muy gráfico y con él resulta fácil dibujar.

Y te permite escribir programas que escriben y operan otros programas. Los otros lenguajes no te dejan hacer eso. Sólo se quejan cuando uno lo intenta.

Descubrirás que también puedes hacer eso en LAMA. Porque, como LOGO, está basado en el viejo lenguaje LISP, uno de los más antiguos y todavía uno de los mejores. La mayor parte de los primeros sistemas expertos fueron escritos usando LISP. Pero los nuevos tipos de procesamiento paralelo, en la moderna investigación de IA, requieren un nuevo enfoque y lenguaje. Para ello creamos LAMA.

—¿Por qué lo bautizaron así?

LAMA significa Lenguaje de Lógica y Metáfora. Para comprender lo que es Inteligencia Artificial, es vital primero que comprendamos nuestra propia inteligencia.

—¿Pero si el cerebro es una computadora, qué es la mente? ¿Cómo están relacionados?

—Esa es una pregunta que aparentemente sigue siendo un misterio para la mayoría de la gente, inclusive algunos de los mejores científicos —dijo Paddy con una sonrisa—. Tal como yo lo veo, no es un problema, sino una pregunta mal formulada. No debemos

pensar en la mente y el cerebro como dos entes separados, que deben conectarse porque tienen dos formas distintas de ver el mismo fenómeno. La mente es obra del cerebro.

—¿Entonces cómo la computadora cerebral computa los pensamientos?

—Nadie lo sabe con exactitud, pero tenemos una idea bastante buena de esto. El cerebro no es realmente una gran computadora. Está hecho de millones de haces de células nerviosas interconectadas, como una sociedad humana. Cada uno actúa como un agente que ha aprendido a hacer un trabajo particular. Lo realiza por sí mismo o sabe cómo lograr que algún otro agente lo ayude. Nuestro pensamiento resulta de la conexión de todos esos agentes para que se ayuden mutuamente, o salgan del paso cuando no pueden ayudar. Por eso aunque cada uno puede hacer muy poco solo comparte pequeños fragmentos de conocimiento con los demás.

—¿Y cómo los ayuda LAMA a compartir? —Brian escuchaba con atención.

—LAMA combina la estructura de un Sistema Experto con una gigantesca base de datos, llamada CYC, encyclopædia. Todos los Sistemas Expertos anteriores estaban basados sobre conocimientos altamente especializados. En cambio, CYC proporciona a LAMA millones de fragmentos de conocimientos comunes, el tipo de cosas que todo el mundo sabe.

—Pero si tiene tantos fragmentos de conocimiento, cómo sabe LAMA qué fragmentos usar?

—Lo hace por medio de agentes de conexión especiales llamados nemes, que asocian cada fragmento de conocimiento con otros. Así si le dices a LAMA que ciertos tipos de vasos están hechos de vidrio, entonces los nemes automáticamente le harán asumir que los vasos son también transparentes y frágiles, si no hay evidencia que pruebe lo contrario.

Cuando Paddy se detuvo un minuto para encender su pipa, el chico permaneció sentado en silencio.

—Este tema es complejo —dijo Paddy—. Al principio no es fácil de entender.

Pero él no había comprendido el silencio de Brian, que había seguido cada una de sus palabras hasta su conclusión lógica.

—¿Si el lenguaje funciona de esa forma, entonces por qué no se puede utilizar para hacer un verdadero trabajo de inteligencia artificial? ¿Por qué no construir una computadora que pueda pensar por sí misma, como una persona?

—No hay ninguna razón válida, Brian. En realidad es justamente lo que esperamos lograr.



---

22 de febrero de 2023

Erin Snarescrook se sentía somnolienta, aun después de dormir cinco horas. No había dormido por elección propia, sino por necesidad, ya que no había descansado en tres días. Comenzó a tener alucinaciones y más de una vez sintió sus ojos cerrarse en el quirófano por falta de descanso. Ocupó uno de los cuartos vacantes de los internos, cayendo en un negro pozo de fatiga y después de lo que parecieron pocos minutos, despertó por el sonido de una alarma. Una ducha fría la volvió a la realidad. El espejo le devolvió un par de ojos enrojecidos mientras se daba un toque de lápiz labial.

—Erin, debo decírtelo. Te ves horrible —murmuró para sí misma, sacándose la lengua—. Para su condición le receto café, doctora, preferiblemente intravenoso.

Cuando llegó a su sala de espera, vio que Dolly ya estaba allí, hojeando un viejo número de *Time*. Miró la hora.

—¿Me creería si le dijera que los pacientes se llevan todas las revistas nuevas? Y son pacientes ricos, si no lo fueran no vendrían aquí. Incluso se alzan con el papel higiénico y el jabón de los baños. Lamento llegar tarde.

—No se preocupe, doctora. Está bien.

—Tomaremos un café y luego nos pondremos a trabajar. Entre a mi oficina, iré allí en un momento.

Madeline tenía su correspondencia lista. La revisó rápidamente. Levantó los ojos cuando la puerta se abrió de golpe. Le sonrió sin sinceridad al airado general.

—¿Por qué están usted y el paciente todavía en este hospital? ¿Por qué no cumplieron mis órdenes de trasladarlo cuanto antes?

El general Schorcht escupió las palabras como si fueran flechas.

Erin Snaresbrook pensó en muchas respuestas, la mayoría bastante insultantes, pero estaba demasiado cansada para discutir con alguien a gritos a esa hora del día.

—Le voy a mostrar algo, general. Quizás entonces me deje en paz —Tiró la correspondencia sobre el escritorio, pasó al lado del general y salió al pasillo. Bajó hasta la sala de terapia intensiva donde se encontraba internado Brian. Escuchó los pesados pasos del general que la seguían—. Póngase esto —dijo y le tiró una máscara estéril—. Disculpe —tomó la máscara y se la colocó sobre la nariz y la boca—, no es fácil ponerse una de estas cosas con sólo una mano— Luego abrió la puerta de la unidad de terapia intensiva lo suficiente como para poder ver lo que ocurría dentro—: Eche un buen vistazo.

La figura que yacía sobre la mesa entre los caños, tubos, alambres y otros aparatos era apenas discernible. Los dos brazos del manipulador estaban ubicados sobre el cuerpo. Y sus dedos multirramicados estaban hundidos en la abertura de la sábana. El tubo flexible de la máscara de oxígeno emergía de debajo de los vendajes. Sueros y caños salían de cada brazo y pierna y de cada orificio del cuerpo inconsciente. Unas luces parpadeaban en el monitor de uno de los complejos aparatos; una enfermera leía un informe en una pantalla e hizo un ajuste. La doctora cerró la puerta y le sacó la máscara al general.

—¿Usted quiere que yo transporte todo eso? ¿Quiere que traslade todo mientras el aparato de conexión está fijo y operando? En este momento está trabajando con la computadora implantada para redirigir las señales nerviosas.

Giró sobre sus talones y se fue; el silencio del general Schorcht fue una respuesta suficiente.

Tarareaba con alegría al entrar en su oficina y se volvió hacia la enorme máquina de café. Dolly estaba sentada en el borde de su silla. Erin le apuntó con una cuchara.

—¿Qué tal si le sirvo un buen café expreso?

—Yo no tomo café.

—Debería. No le hace tanto daño al metabolismo como el alcohol.

—Es que no puedo dormir, es la cafeína. Tampoco tomo alcohol.

La doctora asintió comprensiva, por encima de su taza. Se sentó frente a su escritorio y puso en pantalla las notas transcriptas de su entrevista anterior.

—La última vez que estuvo aquí me dio mucha información vital, Dolly. No sólo tiene una buena memoria, sino también una profunda comprensión de lo ocurrido. Usted fue una madre buena y afectuosa para Brian, es evidente por la forma en que habla de él — Al levantar la mirada vio que la otra mujer se había sonrojado; la vida no había sido fácil para Dolly y le habían hecho pocos cumplidos—. ¿Recuerda la época en que Brian llegó a la pubertad? —preguntó Erin y Dolly se sonrojó aún más.

—Bueno, ya sabe, no es tan obvio con los varones como con las niñas. Pero él era joven, creo, tenía alrededor de trece años de edad.

—Lo que pueda decirme es importante. Hasta ahora hemos recordado la vida emocional de su niñez, luego seguimos su aprendizaje e historia intelectual. Eso está bien, pero la pubertad produce grandes cambios emocionales y fisiológicos. Debemos explorar este período en profundidad. ¿Recuerda si veía a alguna muchacha o si tenía alguna novia?

—No, nada parecido. Bueno, sí. Había una chica que vio durante un tiempo. Algunas veces ella venía a casa para usar su computadora. Pero no pareció durar mucho. Fue la única. También estaba la diferencia de edad. Ella era mucho mayor que él. De manera que la relación sólo pudo ser platónica. Recuerdo que era una linda muchacha. Se llamaba Kim.

—Kim, quiero que mire ahora su pantalla —dijo el doctor Betser—. Ha tenido problemas con esto la semana pasada y hasta que no entienda exactamente lo que ocurre, no podrá dar el próximo paso. Ahora mire esto.

El instructor había escrito las ecuaciones en su propia computadora, que no sólo se proyectaba en la pantalla al frente de la clase, si no también aparecía en el monitor del escritorio de cada alumno.

—Muéstrenos cómo resolverlas —dijo él y le pasó el mando a ella. Todos los ojos de la clase estaban fijos en la pantalla, cuando Kim apretó su teclado con rencuencia.

Todos los ojos menos los de Brian. El había resuelto las ecuaciones en menos de un minuto. La universidad se le había vuelto tan frustrante como lo había sido el secundario. Pasaba casi toda la clase esperando que los otros lo alcanzaran. Era un grupo estúpido y despreciable que lo consideraba una especie de monstruo. Todos eran cuatro o cinco años mayores que él. La mayoría le llevaba una cabeza en altura. Por momentos se sentía un enano. Y no era sólo su

paranoia, lo odiaban, él estaba seguro de ello. Le tenían antipatía porque era más joven, estaba fuera de lugar y estaban celosos de él, porque trabajaba mejor y más rápido que ellos. ¿Cómo habían podido aguantar la universidad personas como Turing, Einstein, o Feynman?

Miró su pantalla y trató de no protestar mientras la chica cometía horrores. Era terrible de sólo mirarlo. Con un gesto despreocupado empujó su calculadora de bolsillo contra el costado de la terminal e introdujo un código. Una lista de verbos italianos aparecieron en la pequeña pantalla; los pasó memorizando las palabras nuevas.

Hacía tiempo que Brian había descubierto que las autoridades grababan todo lo que ocurría en las computadoras. Se dio cuenta, por algunas preguntas que le hicieron, que sólo pudieron haber obtenido la información bajo cuerda. Cuando descubrió eso se propuso usar la computadora de la universidad sólo para las tareas escolares. Había observado que sus profesores, el doctor Betser en particular, actuaban como dueños de la verdad. Les disgustaría mucho si descubrieran que durante sus clases, él había estado jugando juegos de guerra o programando en lugar de prestarles atención. Siempre había formas de evitar todo. Si las computadoras de la clase hubieran estado conectadas por cables hubiera sido más fácil, o sería más difícil desviar la información. Pero las conexiones de banda infrarroja que tenían, llenaban el cuarto de comunicaciones invisibles. Un detector fotosensible recogía sólo aquellos mensajes para los cuales estaba sintonizado. La solución de Brian para burlar todo eso fue construir un aparato interceptor en lo que parecía ser una calculadora de bolsillo. Cuando la ponía a un costado de su computadora, la calculadora interceptaba la señal entrante y la retransmitía. Así él hacía lo que quería sin que nadie se diese cuenta. ¡Lo que aparecía en la pantalla sólo él lo veía!

Todavía seguía la clase y se dio cuenta vagamente que la voz del Dr. Betser adquiría ese característico tono de reprimenda.

—...un desconocimiento básico de cómo hacemos aproximaciones sucesivas. Si no entiende el punto principal, nunca llegará más allá. Brian, por qué no lo haces para que podamos seguir con la lección. Y, Kim, quiero verla después de clase.

Los verbos italianos desaparecieron de la pantalla cuando Brian hizo la calculadora a un lado. Miró la pantalla y buscó el primer error que ella había cometido.

—El problema comienza aquí —dijo él, moviendo el cursor para

destacar la ecuación—. Luego de encontrar la solución de primer grado, uno tiene que extraerla, restándola de la primera ecuación, antes de poder aplicar el mismo método para encontrar el próximo término. Si uno se olvida de hacer eso, volverá a obtener el mismo término otra vez.

Creo que la confusión se debe a que todos creen que hay muchas ideas distintas aquí, como derivativas, aproximaciones, aproximaciones de segundo grado y demás. Pero hay sólo una idea, usada una y otra vez. No entiendo por qué les resulta tan complicado...

Una hora después Brian comía su sandwich de queso y tomate, mientras leía *Los Perros Galácticos de Procyon*, cuando alguien se sentó pesadamente a su lado en el banco. Esto era inusual ya que los otros estudiantes lo dejaban estrictamente solo. Pero más inusuales fueron los dedos bronceados que le sacaron el libro de las manos y lo arrojaron violentamente a la mesa.

—Ciencia ficción juvenil, una basura sólo para niños —le dijo Kim furiosa.

Ya había tenido esta discusión antes.

—La ciencia ficción utiliza un vocabulario dos veces más extenso que cualquier otro género literario popular. Además los lectores de ciencia ficción están dentro del porcentaje más elevado de...

—¡Me importa un comino tu ciencia ficción! Hoy tú me hiciste quedar en ridículo.

—Bueno, te veías bastante ridícula! Lo siento.

La sincera preocupación de Brian la aflojó; de todas formas nunca podía enojarse por mucho tiempo. Se rió y le devolvió el libro, pasándolo por encima de una rodaja de tomate que había quedado en la mesa. Brian sonrió y limpió la tapa del libro con una servilleta.

—En realidad no fue tu culpa —dijo él—. El viejo Betser quizás sea un gran matemático y programador pero no sabe explicar nada a nadie.

—¿A qué te refieres? Estaba interesada en ese momento; estiró su mano y cortó un pedazo de su sandwich. El notó que los dientes de ella eran muy blancos y parejos, que sus labios eran rojos y no usaba lápiz labial. Le alcanzó el resto del sandwich.

—Siempre se va por las tangentes, se desvía con explicaciones que no tienen relación con lo que debería estar enseñando. Yo siempre me mantengo un capítulo adelante de él, para que no me confunda cuando empiece a explicar algo.

—¡No lo puedo creer! —dijo Kim, queriendo decir que no podía creer que alguien leyera una lección que no tenía que leer, habiendo tantas otras cosas maravillosas para hacer—. ¿Puedes hacerlo mejor que él, señor Sabelotodo?

—Puedo darlo vuelta sin que se dé cuenta, señorita Cabeza de Pajarito. ¡Usando el sistema secreto de instrucciones relámpago de Brian Delaney todo queda claro! En primer lugar, no es realmente importante saber cómo resolver cada problema.

—Eso suena estúpido. ¿Cómo puedes resolver un problema si no sabes cómo hacerlo?

—Haciendo exactamente lo opuesto. Puedes aprender muchas formas de no resolverlo. Un montón de métodos incorrectos. Entonces, una vez que conoces los errores más comunes, lo único que te resta es hacer lo correcto.

Recordó el lugar exacto donde ella se había equivocado y así supo en qué radicaba su error. Se lo explicó con paciencia, de dos o tres formas distintas, hasta que ella finalmente entendió.

—¡Ese era mi problema! ¿Entonces por qué el animal de Betser no me lo explicó de esa forma? Es tan obvio.

—Todo parece obvio cuando se lo ha entendido. ¿Por qué no resuelves el resto de los ejemplos mientras el método para hacerlo está fresco en tu mente?

—Quizás lo haga mañana. Tengo mucho que hacer ahora, me voy corriendo.

Salió corriendo, por lo menos dejó el comedor trotando. El sacudió la cabeza al verla irse. ¡Chicas! Eran una raza extraña. Abrió su libro y parpadeó ante las manchas de tomate. Era una desprolija. Y de pensamiento también. Podría haber resuelto los problemas mientras la solución estaba fresca en su cabeza. Olvidaría todo el asunto para el día siguiente.

Y así fue.

—Tenías razón! Todo se me olvidó, así de rápido. Pensé que lo recordaba, pero no lo recuerdo con exactitud.

El suspiró dramáticamente mirando al techo. Kim se rió.

Mira —dijo él— no hay motivo para gastar tiempo en aprender algo, si no gastas más tiempo en asegurarte que lo recuerdas. En primer lugar, no puedes entender algo si sólo lo entiendes de una manera. Debes reflexionar sobre cada idea nueva, ver a qué ideas viejas se parece y con cuáles se diferencia. Si no relacionas una nueva idea con otras, se evaporará en el momento que algo cambie.

A eso me refería ayer cuando dije que la solución no era importante, lo importante son las diferencias y las similitudes — Al ver que esto no surtía ningún efecto, jugó su carta de triunfo—: De todas formas preparé un programa autotutor que simplifica el tema de las aproximaciones sucesivas. Te daré una copia. Entonces lo podrás usar cuando sientas que tu cerebro no funciona y te lo aclarará inmediatamente. Por lo menos te ayudará con esta parte del curso.

—¿De veras tienes un programa así?

—¿Te mentiría?

—No lo sé. En realidad no sé nada de ti. Muchachito I.Q.

—¿Por qué me llamas así? —Aquellas palabras le dolieron y enojaron, ambas cosas a la vez. Ya había escuchado a los otros estudiantes darle ese apodo. Se reían de él a sus espaldas.

—Lo siento, no quise insultarte. Nunca pensé que te molestaría. Cualquiera que te llame así debe ser un imbécil. Ya me disculpé, así que no puedes estar enojado conmigo.

—No lo estoy —dijo él, y se dio cuenta que lo decía en serio—. Dame tu número de identificación y mandaré el programa a tu computadora a través del modem.

—Siempre me olvido de mi número, pero lo tengo escrito en algún lugar.

—No puedes olvidarte de tu número de identificación —dijo Brian con un gruñido—. Es como olvidar tu grupo sanguíneo.

—¡Pero yo no sé cuál es mi grupo sanguíneo!

Los dos se rieron del comentario y él encontró la única solución.

—Mejor vienes a mi casa y te doy una copia.

—¿Me la darás? Eres un gran tipo, Brian Delaney.

Ella le apretó la mano con gratitud. Sus dedos estaban muy, pero muy calientes.



---

25 de marzo de 2023

La gente que hacía cola se quejaba por lo bajo, pero no Benicoff. No sólo no le importaba, sino que disfrutaba de la seguridad. Cuando finalmente llegó junto a los dos policías militares, éstos le pidieron su identificación, aunque ya sabían quién era. La examinaron con detenimiento, lo mismo que su pase del hospital, antes de dejarlo llegar a la puerta del edificio. Otro guardia apostado adentro se la abrió.

—¿Algún problema, sargento?

—Ninguno, aparte de los que provoca ya sabe quien.

Benicoff asintió con la cabeza. Había estado presente cuando el general Schorcht se enfureció con el Sargento Mayor, sin tener en cuenta su grado.

—Yo también tengo mis problemas con esa gente, por eso estoy aquí.

—La vida no es fácil —dijo el sargento con una marcada falta de simpatía. Benicoff buscó un teléfono interno y llamó a la secretaría de Erin Snaresbrook. Averiguó que la cirujana estaba en la biblioteca. Anotó las instrucciones de cómo llegar hasta allí.

En la biblioteca, libros de medicina forrados en cuero cubrían las paredes; todos eran libros desactualizados, y estaban allí sólo como decoración. La biblioteca estaba completamente computarizada, ya que todos los libros técnicos se publicaban en formato digital. Cualquier revista médica o libro de texto era incluido en la base de datos de la biblioteca al instante de ser publicado. Erin Snaresbrook estaba sentada frente a una terminal dictando instrucciones.

—¿Puedo interrumpirla? —preguntó Benicoff.

—Déme dos segundos. Quiero hacer una copia de esto en mi

computadora —Pulsó una tecla y el archivo fue transferido de inmediato a la base de datos de la computadora de su oficina. La cirujana asintió e hizo girar su silla—. Hablé esta mañana con un colega en Rusia. El me informó sobre ese trabajo. Fue realizado en San Petersburgo por un alumno de Luria. Hizo un trabajo muy original sobre regeneración de nervios. ¿En qué puedo servirlo?

—El general Schorcht me sigue molestando para que le entregue informes más detallados. Así que yo la molesto a usted.

—*Niet prahblem*, como dicen nuestros amigos rusos. ¿Pero primero cuénteme lo que ha averiguado usted? ¿Progresó su investigación?

—Está en un callejón sin salida. Si ha quedado algún rastro, y lo dudo más cada día, éste se esfuma cada vez más. No hay indicaciones, ninguna pista, nadie tiene idea ni de quién pudo haberlo cometido ni cómo lo hizo. Incluso, aunque no debería saberlo, el FBI ha logrado introducirse en cada laboratorio de IA en las universidades y en las mayores industrias del país, para localizar cualquier cambio súbito o la entrada de nueva información. Están buscando los datos sobre IA robados a Brian. Por supuesto el mayor problema es que no saben el aspecto exacto que tiene lo que buscan.

—Andar husmeando así, suena un tanto ilegal.

—Lo es. Pero los dejaré actuar un tiempo antes de pararlos. Pero eso no me preocupa. Lo que sí me pregunto es si las agencias de seguridad tienen suficientes expertos para interpretar parte o la totalidad de los datos. Necesitamos alguna pista. Por eso el general me tiene loco.

—Claro, porque sólo Brian puede ayudarnos con alguna pista si llegase a recordar, si se recuperara, si respondiera de alguna manera. ¿No es así? Fascinante. “Asintió con pesimismo” eso lo leí en las malas novelas. Ahora por fin sé lo que significa porque usted lo acaba de hacer.

—Con pesimismo, con depresión, en forma suicida, elija lo que más le guste. ¿Qué pasa con Brian?

—Hemos progresado mucho, pero ahora corremos una carrera contra el reloj.

—¡Ha empeorado!

—Nada de eso, usted no me interpreta. Cuando la mente no tiene el control, la medicina moderna puede estabilizar el cuerpo de un paciente, mantenerlo con vida durante años. Físicamente podría dejar a Brian en la unidad de recuperación hasta que muera de viejo.

Pero no creo que ésa sea nuestra intención. Lo que quiero decir es que he rastreado y reconectado casi un millón de fibras nerviosas. He buscado y llegado hasta los primeros recuerdos de Brian, desde su nacimiento hasta los doce años. Los conectores y la computadora están trabajando en él ahora, y en un futuro próximo debería haber realizado todas las conexiones posibles. He llegado tan lejos como pude con esta técnica.

—¿Para qué trabaja con su infancia, cuando es al Brian adulto que necesitamos para que conteste nuestras preguntas?

—Porque el viejo dicho de que el niño es el padre del adulto es real. No hay forma de restablecer las últimas conexiones del cerebro sin que antes funcionen los niveles inferiores. Esto significa que la enorme estructura de la mente humana sólo puede ser reconstruida desde su base, tal como se formó en un principio...

—Cuando usted dice construir una mente, ¿con qué la construimos?

—La mente está hecha de muchas piezas pequeñas, cada una inconsciente de por sí. Llamamos a estas piezas básicas *agentes*. Cada agente puede por sí mismo hacer alguna tarea simple, sin necesidad de la mente o del pensamiento. Pero cuando los agentes se conectan, en ciertas formas muy sociales, trabajan juntos como sociedades... de allí la inteligencia surge de lo no inteligente.

Por fortuna, la mayoría de los agentes están en buenas condiciones, ya que sus células cerebrales están ubicadas en la materia gris que no ha sido dañada. Pero la mayoría de los agentes pasan a través de la materia blanca, y esas conexiones han sido cortadas. En eso estoy ahora. Localizando y reconectando gran cantidad de los agentes más simples, a nivel sensorial y motor. Si pudiera reconstruir suficientes asociaciones de agentes formadas durante cada etapa del desarrollo de Brian, eso me daría una base sólida para reparar las estructuras que se constituyeron en el período siguiente. Debo proceder etapa por etapa, estrato por estrato, y rehacer las distintas interconexiones entre ellos. Al mismo tiempo restablecer los circuitos de retroacción entre los agentes de cada nivel, así como los sistemas en otras partes del cerebro que controlan el razonamiento y el aprendizaje. Estos circuitos son cruciales porque son los que mantienen la actividad pensante y reflexiva que distingue el pensamiento humano del animal. En este momento estoy casi al final de la primera etapa de reconstrucción. En pocos días más sabré si he tenido éxito o no.

Benicoff movió la cabeza maravillado. —Me está haciendo pensar a diario lo impensable. Lo que hace es tan nuevo, tan distinto, que básicamente lo encuentro —y siento mucho tener que confesarlo— incomprendible. ¡Está diciendo que puede entrar en el cerebro de Brian, escuchar sus pensamientos, y luego reparar el daño! ¿Puede él sentir algo mientras usted trabaja?

—No hay forma de saberlo —dijo Erin Snaresbrook encogiéndose de hombros—. Supongo que la experiencia será indescriptible, ya que ocurre en una mente que aún no es humana. Yo creo personalmente que mientras su cerebro está siendo reconstruido, su mente puede estar viviendo hechos importantes de su infancia.

Dolly podía escuchar el sonido de las teclas de la computadora mientras caminaba por el pasillo; sonrió. Brian estaba siempre tan solo, era lindo verlo con una compañera de estudios.

—¿Alguien quiere un bizcocho de chocolate recién sacado del horno? —dijo Dolly mostrándoles el plato. Kim pegó un grito de placer.

—Yo quiero uno, señora Delaney. ¡Gracias!

—¿Y tú Brian?

—Termina esto primero —murmuró—. Vamos, Kim. Será mejor que acabes con ése antes de tomarte un recreo. Recién estás empezando a entender qué son vectores de base.

—Lo podemos terminar más tarde. Come uno.

Brian suspiró y se introdujo un bizcocho aún tibio en su boca.

—Está bueno —dijo entre dientes.

—Traeré un poco de leche para acompañarlos.

Cuando Dolly llevó la bandeja con dos vasos llenos de leche, tenía también su cartera.

—Debo ir al mercado y seguramente estaré lleno. Lo que implica que volveré tarde y tu padre se enojará si llega antes que yo. Dile que la comida estará lista a las seis como de costumbre. Ya está en el horno de microondas. ¡No te olvidarás!

Brian sacudió la cabeza y vació el vaso de leche antes que Dolly se fuera. Puso el vaso en la bandeja y volvió a su trabajo en la computadora.

—Ahora tomemos desde donde dejamos.

—¡No! —dijo Kim. Descansaremos un poco. ¿No recuerdas lo que dijiste? —Hizo los libros a un lado y se tiró sobre la cama, ahuecando la almohada y colocándola detrás de su cabeza—. Un

descanso es un descanso y tú debes aprender esa lección.

—El trabajo es el trabajo y tú debes aprender esa *lección*. Sólo mira tu examen— Giró en su silla y pidió a la computadora el examen. La copia apareció en pantalla. La mayoría de las letras estaban en tipos blancos contra fondo rojo—: ¿Ves todo el subrayado rojo? ¿Sabes lo que eso significa?

—¿Que te sangra la nariz?

—Deberías tomarlo en serio, Kim. Ya sabes que te he estado ayudando con este examen para el Bastardo Betser. He agregado pedazos y arreglado lo que estaba mal. Sólo para que veas, hice todos los cambios y correcciones en rojo. Aquí hay seguramente mayor cantidad de rojo que de blanco.

—Hay otras cosas en el mundo aparte de la IA. Y ya que estás parado tráeme otro bizcocho.

—No vas a pasar este curso. —Se paró y le alcanzó el plato.

—A quién le importa eso. Quizá deje la universidad el año que viene y me case con un millonario y navegue alrededor del mundo en mi propio yate.

—Hablas mucho por ser una chica pueblerina. Apuesto a que nunca has estado en la playa.

—Yo he viajado bastante, muchachito. He viajado más que suficiente—Se chupó el chocolate de los dedos y entrecerró los ojos. Habló imitando un acento francés—. He visto el mundo y he enloquecido mi príncipe de pasión.

—¡Lo has enloquecido de aburrimiento! Tienes una buena mente, Kim. Sólo que no te gusta usarla.

—¡Mente! Me harta la mente. ¿Qué tal si nos ocupamos del cuerpo?

Desprendió su blusa para mostrar el pronunciado surco entre sus pechos. Pero lo hizo con demasiado entusiasmo y ésta se abrió descubriendo su seno desnudo, un dulce y rosado pezón. Se rió con picardía mientras volvía a abrocharla.

—Vuelvo locos a los hombres...

Su voz se apagó al ver el efecto que ese accidente causó en Brian. Había empalidecido y tenía los ojos muy abiertos.

—¡Tranquilo! —le dijo—. Ya debes haber visto bastantes cuerpos desnudos en la playa nudista, con todas esas loquitas sueltas.

—Nunca he estado allí —dijo él con voz ronca.

—Bueno, no te culpo. Hay algunos naturistas, tanto hombres como mujeres, que son bastante feos —Ella lo miró a la cara y

levantó las cejas—. ¿Qué edad tienes?

—Trece.

Se puso de rodillas de un salto y lo miró directo a los ojos.

—Eres tan alto como yo y no mal parecido. ¿Alguna vez besaste a una chica?

—Volvamos al trabajo —dijo él sintiéndose incómodo. Se volvió hacia la computadora. Ella lo tomó del hombro y lo dio vuelta.

—Esa no es una respuesta suficiente y sé que sabes de chicas porque encontré unas revistas *Playboy* bajo tu cama, con los surcos que dejaron tus ojos sobre los cuerpos desnudos. Quizás sepas cómo son, pero apuesto a que eres un angelito de trece años y nunca has besado a nadie. Bueno, aprenderás ahora.

Brian no apartó su cabeza cuando ella la tomó entre sus manos y arrimó su boca a la de ella. Con un sonido de satisfacción le pasó su lengua entre los labios, sintiendo que sus manos le apretaban la espalda. Ella bajó su mano y le desprendió el cinturón.

Lo que no podía entender Brian era cómo nadie se daba cuenta de lo que había sucedido, sólo con mirarlo. Era tan trascendental, tan perturbador, que debería reflejarse en su cara. Cuando pensaba en ello podía sentir su piel brillar con la fuerza de sus recuerdos. Kim se había ido cuando Dolly volvió a la casa. Brian oyó llegar a su padre pocos minutos después. Se quedó en su habitación lo más que pudo, hasta que lo llamaron a cenar por segunda vez.

Ninguno de los dos se dio cuenta de nada. Brian comió en silencio, la cara baja sobre el plato. Ellos hablaban de un asado al cual habían sido invitados el próximo fin de semana; ninguno de los dos quería ir. Pero como era cuestión de negocio y no de placer al final se decidieron. Ni se dieron cuenta que él se había levantado de la mesa y estaba otra vez en su cuarto.

Lo que más le molestaba a Brian era que lo que le había ocurrido a él no había afectado a Kim lo más mínimo. La mañana siguiente se cruzó con él en el pasillo y lo saludó con un ¡Hola! como si nada hubiera pasado entre ellos. Pensó en eso todo el día. Incluso dando respuestas incorrectas, que sorprendieron a sus profesores. Luego abandonó sus clases de la tarde y se fue solo a las plataformas petroleras sobre el mar.

Si lo ocurrido lo afectaba tanto, ¿por qué a ella no? Al hacerse la pregunta en esta forma, la respuesta era bastante obvia. Porque ella ya lo había hecho antes. Tenía dieciocho años, cinco años más que

él y había tenido cinco años para interesarse en otros chicos. Se sentía celoso de ellos, ¿pero quiénes serían? No se animaría a preguntárselo. Al final mandó todo al diablo y trató de olvidarlo. Y buscó una excusa para verla sola lo antes posible.

Por la mañana siguiente Brian la estaba esperando en el vestíbulo. La alcanzó antes de entrar a clase.

—Me quedé trabajando hasta tarde anoche y terminé tu examen.

—¿Me estaré poniendo sorda? ¿Oí bien lo que acabas de decir?

—Ajá. Pensé que sería más fácil hacerlo todo de un tirón que llevarte paso por paso. Quizás de esa forma recordarás lo que escribiste —Trató de parecer despreocupado—. Ven esta tarde a casa y te mostraré cómo quedó y cómo funciona.

—Sí, claro. Te veré allí.

El día se arrastró. Era la tarde en que Dolly jugaba al bridge y la casa estaría vacía.

—Esta es la última intervención quirúrgica —dictó en voz baja la doctora Snaresbrook—. Los implantes están en su lugar. La computadora está en posición. El crecimiento de las nuevas conexiones entre los nervios en las partes dañadas del córtex casi se ha completado. Los reemplazos de las conexiones del cuerpo calloso están siendo estimulados. Las interfases de fibras ópticas entre los chips han sido hechas, es el último trabajo intracraneal. Los tejidos meníngeos han sido reparados o reemplazados y estoy ahora revisando los bordes de la parte de hueso que fue removida para tener acceso al cerebro. Los bordes volverán a crecer y sellarán esta sección del cráneo. El procedimiento ahora está por comenzar.

Ella no agregó su pensamiento silencioso de que se trataba sólo del fin de los procedimientos quirúrgicos. Pero los nuevos procedimientos, aún no probados, que con suerte restablecerían las conexiones dentro del cerebro de Brian recién comenzaban. Innovadores, no probados... ¿llegarían a andar?

Deja de pensar en ello. Termina esto y sigue.

Era una tarde de verano tórrida y húmeda cuando Brian dejó por fin el laboratorio de computación. Había terminado lo que esperaba sería una mejora para LAMA, el lenguaje de IA que su padre había ayudado a desarrollar. Si su razonamiento era correcto los nemes conectivos de las redes informáticas CYC podían ser acelerados por un factor de 10. Pero su nueva técnica debía ser probada y esto le

llevaría días enteros de trabajo en su propia computadora, por lo tanto logró hacerse un tiempo para trabajar en la Cray 5. Si todo funcionaba como él pensaba, tendría los resultados por la mañana. Lo que significaba que no podía hacer mucho más hasta entonces.

Y era posible que Kim lo estuviese esperando en su casa. Caminó más rápido; su camisa empapada de sudor se le pegó al cuerpo. Ella no tenía clases esa tarde, así que podría haber ido para lo que llamaba clases de apoyo. Sí, también le daría clases porque las necesitaba. Había dejado de asistir a las clases de la universidad, e ignoraba los cursos porque sabía que él estaría allí para orientarla antes de los exámenes. Ella en realidad odiaba el estudio y siempre se alegraba cuando encontraba algo mejor que hacer. Brian disminuyó el paso cuando sintió su respiración agitada. Ir despacio con ese calor o llegaría muerto.

Cuando abrió la puerta principal se escapó una bocanada de aire fresco.

—¿Hay alguien en casa? —gritó, pero sólo le respondió el silencio. En ese momento escuchó la música, se sonrió y abrió la puerta entrecerrada de su dormitorio.

—Llamé, pero no me oíste.

El equipo estaba encendido, pero la habitación vacía. Su cama estaba desarreglada y sus almohadas hechas un bollo como le gustaba a ella. Buscó alguna nota ya que Kim seguía escribiendo notas sin pensar en utilizar la computadora y no encontró ninguna. Cortó la música. Sólo quedó en el aire el sonido del ventilador de la computadora. La cocina... debía estar allí. A Kim le encantaba andar picando algo. El vaso y el plato sucio en la pileta lo probaban. Pero ella no estaba allí.

Tampoco contestó su teléfono. Buscó por segunda vez más detenidamente. Le había dejado mensajes escritos a mano más de una vez, quizás era la única persona de la universidad que todavía hacía eso. Pero no encontró nota alguna. Quizás hubiera vencido realmente su aversión a la computadora dejándole un mensaje allí. Llamó su programa de comunicaciones a la pantalla y no encontró nada.

Esto resultaba muy misterioso y comenzaba a preocuparle. ¿Le habría pasado algo? La puerta principal estaba cerrada, pero sin llave. Por lo general recién le echaban llave entrada la noche; la universidad era un lugar alejado y seguro. Excepto que ningún sitio era en realidad seguro. ¿Acaso no habían capturado a unos

narcotraficantes a algunas millas de la costa? Las plataformas aisladas podían ser un sitio ideal para otro intento como aquél. Un sonido repentino llamó su atención; la computadora zumbó y se encendió la luz del diskette.

¡Por supuesto! El programa había estado funcionando hacia un par de días. La máquina estaba trabajando en comando verbal. Él la dejaba así la mayor parte del tiempo cuando introducía datos por el teclado, programada para grabar cualquier palabra o sonido y responder si era necesario. Debía quedar algún archivo de la voz de ella.

Fue fácil encontrar el archivo. Se acomodó en su silla, levantó el volumen de los parlantes y se escuchó roncar. Luego oyó las noticias de esa mañana, que había escuchado mientras se vestía. Adelantó y volvió a adelantar la grabación. ¡Por fin allí estaba su voz! Tarareaba acompañando a la radio. Nada malo hasta el momento. Volvió a adelantar la grabación y la detuvo cuando oyó su voz otra vez. Hablaba por teléfono.

—Sí, seguro. Si tú insistes. Pronto. Está bien. Adiós.

Sólo pudo oír un lado de la conversación; nunca se le había ocurrido grabar las conversaciones de su propio teléfono. Volvió a pasar la cinta a alta velocidad hacia adelante. Hasta que escuchó algo. Volvió a ese punto. Era Kim riéndose.

Entonces una voz masculina dijo.

—Haz eso de nuevo y no habrá quién me detenga.

Brian se tomó la cabeza con los dedos y se inclinó sobre la computadora, con el parlante cerca de su oído. Escuchó lo que sólo podían ser sonidos de dos personas haciendo el amor. En su propia cama. Y con otra persona. Escuchó cada sonido humillante y jadeó al oír sus quejidos de gozo.

Escuchó hasta que todo hubo terminado. Hablaban en voz baja pero él ya no prestaba atención. Las voces no le decían nada, no significaban nada.

Todo había terminado para él. La sangre le martillaba las sienes, como poseído por una terrible sensación de traición. No había significado nada para ella, excepto profesor gratis, o quizás pagado a su manera! Nunca lo había tomado en serio, nunca sintió lo que él sentía. Se daba cuenta con vergüenza en ese momento que su primer amor había sido totalmente unilateral. Ella no lo había compartido, quizás ni imaginara los sentimientos que lo consumían. Sus dedos temblaban de furia y mortificación, cuando borró el programa con las voces traidoras. Luego marcó pistas en éste para que no pudiera

ser restablecido. Más destrucción. Buscó cada trabajo que había hecho para ella y los borró. Le temblaban las manos de rabia y tenía los ojos llenos de lágrimas. El amor se convirtió en odio; la atracción en traición. Sus manos temblaban al tomar el teclado para tirarlo contra la pantalla.

Eso era una locura. Dejó el teclado y salió corriendo de la habitación y cruzó el vestíbulo en dirección a la cocina. Se paró en el umbral con los puños cerrados, temblando por las emociones conflictivas. Los cuchillos estaban colgados frente a él. Sacó el cuchillo más grande, comprobó su filo con el pulgar y deseó clavárselo a ella, una y otra vez.

¿Matarla? ¿En qué estaba pensando? ¿Podían estas emociones simples y cotidianas controlar su vida? ¿Qué había pasado con su lógica e inteligencia? Sus manos temblaban aún cuando volvió a meter el cuchillo en la ranura. Se paró junto a la piletta de la cocina mirando sin ver por la ventana.

*Tú tienes un cerebro, Brian. Úsalos.* O deja que tus emociones manejen tu vida. Mátala, tómate venganza, ve a la cárcel por asesinato. No parece en realidad la idea más brillante del mundo. ¿Qué te pasa? ¿Cómo dejas que las emociones tomen el lugar del pensamiento inteligente?

Una subunidad había tomado el control. Eso era lo que le había pasado. Piensa en la sociedad de la mente y cómo funciona. La mente está dividida en muchas subunidades, subunidades sin ninguna inteligencia propia. ¿Cuál había sido el ejemplo que había usado su padre cuando se lo explicó? Manejar un automóvil. Una subunidad de la mente puede manejar un automóvil, mientras la mente consciente está ocupada con otras cosas. Se le devuelve el control consciente a la subunidad que maneja el auto, sólo cuando ocurre algo inusual. La sociedad de la mente por lo general trabaja en un estado de cooperación entre todas sus unidades. Ahora una estúpida subunidad había asumido el control y dirigía todo. Una tonta e irracional subunidad de infatuación, con gónada por cerebro y movida sólo por la traición, los celos y el odio. ¿Quería que su vida estuviera controlada por ella?

—¡Seguro que no! Abrió la heladera, sacó una gaseosa y tomó la mitad de un sorbo. Se sintió mucho más calmado y más racional ahora. Sabía lo que había ocurrido; una parte de su cerebro había tomado el control y había suprimido todo el resto. No había una cosa como un *yo* central, aunque era fácil pensar que lo había. Cuanto más estudió la operación de la inteligencia, más había llegado a pensar

que cada persona era una especie de comité. El cerebro estaba formado por una cantidad de pequeños subanimales, protoespecialistas, así se llamaban.

El animal del hambre asumía el control cuando buscaba comida. O el animal del miedo lo hacía cuando presentía el peligro. Y cada noche el animal del sueño ocupaba su lugar. Eran todos esos mecanismos que Lorenz y Tinbergen habían descubierto. Esas redes intrincadas de los centros cerebrales del hambre, deseo sexual, defensa, que habían tomado millones de años en evolucionar, no sólo en reptiles, pájaros y peces, sino en partes de su propio cerebro.

Y en ese momento su propio animal sexual interno mordía y salivaba y asumía el control. Era una agencia primitiva en la base de su cerebro y debía luchar contra ella.

—¡Ese no soy yo!—dijo en voz alta, dando un puñetazo tan fuerte en la mesa que le dolió la mano—. No es todo mi yo. Sólo una parte estúpida pero poderosa. ¡Maldición!

El era más que un animal en celo. Tenía inteligencia, ¿entonces por qué no utilizarla? ¿Cómo podía dejar que esa estúpida subunidad tomara el control? ¿Dónde estaba el director, la mente que debería haberlo evaluado y puesto en su lugar?

Se llevó la gaseosa a su cuarto. Se sentó frente a la computadora y abrió un nuevo archivo, al cual llamó AUTOCONTROL. Se recostó en su asiento y pensó en qué vendría después.

La mayor parte de los procesos mentales trabajan en forma inconsciente, ya que la mayoría de las subunidades de su cerebro debían volverse autónomas, tan separadas como sus manos y sus pies, para trabajar en forma eficiente. Cuando aprendió a caminar de bebé, seguramente lo hizo mal al principio, tropezando y cayendo; luego fue mejorando al aprender de sus errores. Las viejas subunidades del mal-caminar debían haber sido reemplazadas gradualmente o suprimidas por nuevos agentes del buen-caminar que trabajaban más automáticamente, con menos necesidad de pensamiento reflexivo. ¿Tantos agentes, pensó, para ser controlados por quién? En ese momento, parecían estar bastante fuera de control. Era tiempo para que él los controlara, debía decidir cuáles subunidades debían trabajar. Ese misterioso y separado *Él* debía ser el control central que correspondería a la esencia de la propia conciencia de Brian.

—Esos estúpidos programas de IA podrían en verdad usar una máquina de control central como ésa—dijo y se atragantó con la bebida.

¿Podía ser tan simple? ¿Sería este el elemento que faltaba para

unir todas las piezas separadas? Los laboratorios de investigación en IA disponían de tantos sistemas interesantes actualmente en Universidades como Amherst, Northwestern, y el Instituto Kyushu de Tecnología. Sistemas lógicos basados en reglas, analizadores de lenguaje basados en cuentos, sistemas de aprendizaje de redes neuronales, cada uno resolviendo su propio problema en la forma que podían. Algunos podían jugar al ajedrez, otros controlar brazos y dedos mecánicos, algunos planificar inversiones financieras. Todos separados, todos trabajando por su cuenta, pero ninguno parecía realmente pensar. Porque nadie sabía cómo hacer que todas esas partes útiles trabajaran juntas. Lo que necesitaba la inteligencia artificial era algo como ese *él* interno, algún tipo de Máquina Directiva Central que reuniera todas las subunidades en una sola unidad funcional.

No podía ser tan simple. No podía haber ese *él* a cargo, ya que la mente no contiene ninguna persona real, sólo un montón de subunidades. Por ello, ese *él* no podía ser una sola cosa, ya que ninguna cosa separada podía ser lo suficientemente inteligente. De manera que *él* debía ser algún tipo de ilusión creada por la actividad de otra sociedad compuesta de subunidades. De otra forma seguiría habiendo faltante, algo que dirigiera al Director.

—No es suficientemente bueno. No hallé la solución correcta aún. Se necesitará más trabajo.

Protegió el archivo con sus pensamientos, luego se dio cuenta que todavía le quedaba un archivo de Kim en el disco. Era el examen para Betser. Ella tenía una copia del archivo, pero nunca lo entendería y mucho menos podría explicarlo cuando la interrogaran. Quizás debería guardar también esa copia, después de todo ella era la responsable de su idea sobre un programa directivo. ¡De ninguna forma! Presionó la tecla de borrado y el archivo desapareció con todo el resto.

La última cosa que hizo fue codificar su computadora para que ésta no aceptara llamados telefónicos de ella. Pero no era suficiente, podía llamarlo desde un teléfono público. Agregó un programa para detener todos los llamados en ese momento y para siempre.

Al final se sentó allí cansado y con los ojos secos. Traicionado en todas las formas posibles.

Nunca le volvería a ocurrir una cosa como ésa. Nadie se le acercaría lo suficiente como para lastimarlo. Sólo pensaría en su programa directivo de IA, ver si lo podía poner en práctica y olvidarse de ella. Olvidarse de las chicas. Nunca le volvería a pasar de nuevo algo como eso. Jamás.

# 9

## Coronado

---

2 de abril de 2023

El helicóptero sobrevoló la bahía dejando atrás el puente que unía la península de Coronado con San Diego. Abajo los caminos habían sido cerrados como medida de seguridad. El helicóptero no sólo era la forma más segura para entrar y salir de la base, sino también la más rápida. Voló bajo entre las siluetas grises de los barcos de la flota, que se estaban oxidando allí desde fines de la Segunda Guerra Mundial. Descendió en el helipuerto del Cuartel General, levantando nubes de polvo. Una gran limusina se detuvo junto a éste.

—Aparentemente se han tomado demasiadas molestias para esta reunión —manifestó Erin Snaresbrook—. Algunos de nosotros tenemos mucho que hacer. Es totalmente ridícula, cuando podríamos haberlo arreglado telefónicamente.

—Todos tenemos trabajo que hacer, doctora, todos nosotros —dijo Benicoff—. Usted es la culpable de esto, esta conferencia fue idea suya. Debe darse cuenta que era la única forma en que podíamos garantizar la seguridad.

—Sólo dije que iba a presentar un informe sobre los progresos. —Levantó la mano antes que Benicoff pudiera hablar—. Ya sé cuál será su argumento. Aquí es mucho más seguro. Las desapariciones, robos, intentos de homicidio. Sólo que odio estos infernales helicópteros. Es la forma de transporte más peligrosa que se ha inventado. Uno cayó frente al Edificio Pan Am en medio de la calle Cuarenta y Dos; es demasiado joven para recordarlo. Son trampas mortales.

Los condujeron a una entrada subterránea al Cuartel General. Dejaron atrás a los centinelas de la Infantería de Marina, guardias, puertas herméticas, cámaras de televisión, y todos los aparatos de

seguridad posibles que los militares tanto adoraban. Una última puerta custodiada daba a una sala de conferencias con una vista panorámica de la bahía. En ese momento llegaba un portaaviones desde alta mar. Frente al ventanal, por lo menos una docena de civiles en trajes oscuros y militares uniformados estaban reunidos alrededor de una mesa de teca.

—¿Es segura esta habitación? —susurró la doctora Snaresbrook.

—Se está poniendo jocosa, doctora —le contestó Benicoff en un murmullo—. Ese vidrio podría detener un misil naval de treinta pulgadas.

Erin se volvió para mirarlo, luego captó la sonrisa de Benicoff. Igual que ella, bromeaba para aflojar la tensión.

—Siéntense —ordenó el general Schorcht, con su encanto particular—. La doctora Snaresbrook está a la izquierda. La acompaña el señor Benicoff, que ya conocieron antes y que dirige la investigación de Megalobe —los presentó con la misma parquedad.

—¿Y quiénes son todas estas personas? —preguntó Erin Snaresbrook con tono suave. El general Schorcht la ignoró.

—Tiene un informe que presentarnos, doctora. La escuchamos.

El silencio se prolongó, mientras ella y el general se miraban con odio. Benicoff los interrumpió. No quería que la situación siguiera deteriorándose.

—Llamé a esta reunión porque parece ser que las operaciones realizadas por la doctora Snaresbrook llegaron a una etapa importante y vital. Como el resto de nuestra investigación está detenida, siento que todo depende ahora de la doctora Snaresbrook. Ella no ha escatimado esfuerzos y es nuestra única esperanza en este difícil asunto. Y parece haber logrado un milagro. Ella ahora nos dará toda la información hasta la fecha. Por favor, doctora. —Algo ablandada, aunque aún furiosa, la cirujana se encogió de hombros y decidió que para peleas ya bastaba. Habló despacio y con calma.

—En este momento estoy llegando al final de la cirugía básica a que fuera sometido el paciente. El daño superficial causado por la bala ha tenido una evolución satisfactoria. Se completaron las reparaciones profundas, más importantes y vitales, de los haces nerviosos del córtex. Los implantes de microprocesadores han sido exitosos. Y se han efectuado las conexiones con la computadora implantada. Ya no hay necesidad de intervenciones importantes. El cráneo ha sido cerrado.

—Entonces tuvo éxito. El paciente hablará...

—No quiero ser interrumpida. Por nadie. Cuando termine la descripción de lo efectuado y haya dado mi diagnóstico, recién contestaré preguntas.

Erin Snaresbrook permaneció un minuto en silencio. También lo hizo el general Schorcht, irradiando odio puro. Ella sonrió modestamente y prosiguió.

—Puedo haber fracasado totalmente. Si éste es el caso, será el fin. No trepanaré de nuevo. Quiero insistirles que existe siempre la posibilidad. Todo lo que hice es aún experimental, por lo que no hago ninguna promesa. Pero quiero contarles lo que deseo que pase. Si he tenido éxito, el paciente recuperará la conciencia y podrá hablar. Pero dudo que aquel con quien hable sea el mismo hombre que recibió el disparo. Él no recordará nada sobre su vida adulta. Si mi intervención ha sido exitosa, si recupera la conciencia, será como un niño.

Ella ignoró el murmullo de consternación, esperando que cesara para continuar.

—Si ocurre esto, estaré muy satisfecha. Indicará que el método ha tenido éxito. Ese será el primer paso. Si todo ocurre como he planeado, entonces procederé a darle más datos con la esperanza que sus recuerdos avancen hasta el período en que se produjo el ataque. ¿Alguna pregunta?

Benicoff aprovechó la oportunidad para hacerle la pregunta que era vital para él.

—¿Usted espera poder reavivar su memoria hasta el día del atentado?

—Eso es posible.

—¿Recordará lo que pasó? ¿Podrá decirnos quién lo hizo?

—No, eso es imposible— Erin Snaresbrook esperó que las reacciones se aquietaran para volver a hablar—. Deben entender que hay dos tipos de recuerdos, de largo plazo y de corto plazo. Los recuerdos de largo plazo se mantienen por años, generalmente durante toda una vida. Los de corto plazo es lo que nos ocurre en tiempo real, detalles de una conversación que podemos estar escuchando, un libro que estamos leyendo. La mayoría de los recuerdos de corto plazo simplemente se borran en pocos segundos, o minutos. Pero parte de los recuerdos de corto plazo, si son lo suficientemente importantes, se convertirán eventualmente en recuerdos de largo plazo. Pero recién después de una media hora. Ese es el tiempo que demora el cerebro en procesar un recuerdo y archivarlo. Está demos-

trado por lo que se conoce como shock de postrauma. Las víctimas de accidentes automovilísticos, por ejemplo, no pueden recordar nada del accidente si se desmayaron en ese momento. Sus recuerdos de corto plazo nunca se convirtieron en recuerdos de largo plazo.

La voz fría del general Schorcht interrumpió las otras voces y preguntas.

—¿Si no había posibilidad de éxito en este dudoso procedimiento médico, para qué lo llevó a cabo?

Erin Snaresbrook estaba harta de tantos insultos. Sus mejillas estaban rojas, y empezó a levantarse. Benicoff se paró primero.

—Quisiera recordarles a todos los presentes que estoy a cargo de esta investigación. A costa de un gran sacrificio personal, la doctora Snaresbrook se ofreció a ayudarnos. Su trabajo es todo lo que tenemos. Aunque ya hubo muertos y el paciente puede morir también, la investigación es de primordial importancia. Brian Delaney puede no identificar a los asesinos, pero puede enseñarnos a construir su Inteligencia Artificial, que es en realidad el nudo de toda la cuestión.

Se sentó con lentitud y se dio vuelta en su asiento.

—Doctora Snaresbrook, ¿sería tan amable de explicarnos cuáles serán los pasos siguientes?

—Sí, desde luego. Como ya saben, he dejado una cantidad de implantes quirúrgicos dentro del cerebro del paciente. Consisten en distintos tipos de computadoras conectadas por terminales microscópicas a las fibras nerviosas del cerebro. Ellas pueden liberar cantidades controladas de sustancias químicas. Al combinar esto con una variedad de estímulos cuidadosamente monitoreados espero que aprenda pronto cómo acceder a sus últimos recuerdos, por el momento inaccesibles. Cuando se integren estos recuerdos tendrá nuevamente una mente funcional.

Pueden existir brechas en sus recuerdos, pero él no se dará cuenta. Lo que espero que recuerde es todo el trabajo que hizo para desarrollar su IA, para que pueda reconstruirla y ponerla en funcionamiento.

Por supuesto que recurrió a algo más que sustancias químicas. He implantado también chips que harán interfase en forma directa con las terminales nerviosas. Estos chips llevan células cerebrales embrionarias que pueden ser inducidas al crecimiento de distintas formas. Pueden permanecer latentes el tiempo que yo desee, en espera de la oportunidad de hacer las conexiones correctas. Al

activarse cada una será probada. Las que salgan mal serán desconectadas para que sólo las logradas permanezcan activas. Todo esto se hace abriendo los orificios químicos microscópicos implantados en los chips. O establecen una conexión o un pequeño grupo de neurotoxinas destruye la célula.

—Tengo una pregunta —dijo uno de los hombres.

—Desde luego.

—¿Usted nos está diciendo que ha instalado una interfase, una máquina-recuerdo dentro del cráneo del muchacho?

—Así es, y no entiendo por qué está tan sorprendido. Este tipo de cosa se ha venido haciendo durante varios años. Es más, ya en el siglo pasado, estábamos haciendo conexiones nerviosas en el oído interno para curar la sordera. Muchas veces en los últimos años hemos usado impulsos nerviosos de médula espinal para activar prótesis de piernas. Las conexiones en el cerebro eran el próximo paso lógico.

—¿Cuándo podremos hablar con el señor Delaney? —ladró Schorcht.

—Quizás nunca —La doctora Snaresbrook se puso de pie—. Ya tienen mi informe. Hagan con él lo que quieran. Estoy tratando de reconstruir una mente hecha pedazos, usando técnicas aún experimentales. Si tengo éxito serán los primeros en saberlo.

Ignoró las voces y las preguntas, se volvió y salió de la habitación.



# 10

---

17 de septiembre de 2023

Brian volvió lentamente a la conciencia, emergiendo de un sueño profundo y sin imágenes. La conciencia se le escapó, retornó de nuevo y luego se volvió a hundir en la oscuridad. Esto le sucedió una cantidad de veces durante un cierto período y cada vez que retornó a la conciencia no recordaba nada de su intento anterior.

Entonces, por primera vez estuvo en el límite de la conciencia plena. Aunque sus ojos permanecían aún cerrados, gradualmente comenzó a entender que estaba despierto. Y terriblemente cansado. ¿Por qué? No lo sabía, ni realmente le importaba. No le importaba nada.

—*Brian...*

La voz le llegaba desde una gran distancia. En el límite de lo audible. Al principio, estaba allí, algo para ser experimentado y no tomado en consideración. ¡Pero le volvía a repetir!: *Brian*, y luego *Brian* otra vez.

¿Por qué? La palabra rodó y rodó por su mente hasta que le volvió la memoria. Ése era su nombre. Él era Brian. Alguien pronunciaba su nombre. Su nombre era Brian y alguien pronunciaba su nombre en voz alta.

—*Brian. Abre los ojos, Brian.*

Ojos. Sus ojos. Sus ojos estaban cerrados. Abre tus ojos, Brian.

Luz. Luz intensa. Luego otra vez la oscuridad.

—*Abre tus ojos, Brian. No mantengas los ojos cerrados. Mírame, Brian.*

Otra vez brillo, pestañeo, cerrado, abierto. Luz. Vaguedad. Algo flotando frente a él.

—Eso está muy bien, Brian. ¿Puedes verme? Si lo puedes hacer, di sí.

Hacerlo no era fácil. Pero era una orden. Ver. Luz y algo. Verme. Ver a mí. Verme, di sí. ¿Qué era ver? ¿Estaba él viendo? ¿Qué estaba viendo?

Era difícil, pero cada vez que lo pensó, el proceso se le facilitó. Ver, con los ojos. Ver algo. ¿Qué era ese algo? Esa mancha. ¿Qué era una mancha? Una mancha era una cosa. ¿Qué tipo de cosa? ¿Y qué era una cosa?

Cara.

*¡Cara!* ¡Sí, una cara! Estaba muy feliz en descubrirlo. Vio que eso era una cara. Una cara tenía dos ojos, una nariz, una boca, pelo. ¿Cómo era el pelo?

*El pelo era gris.*

Muy bien, Brian. Lo estaba haciendo tan bien. Se sentía feliz.

Sus ojos estaban abiertos. Veía una cara. La cara tenía cabello gris. El estaba muy cansado. Sus ojos se cerraron y se durmió.

—Vio eso, verdad! —La doctora Snaresbrook se apretó las manos de excitación. Benicoff asintió, confuso pero corroborando.

—Sí, lo vi abrir los ojos. Pero, bueno...

—Fue muy importante. ¿Se dio cuenta que él me miró a la cara después que hablé?

—Sí, ¿pero es ésa una buena respuesta?

—No es buena, pero es muy significativa. Piénselo un momento. Está mirando el cuerpo de un joven que durante mucho tiempo ha tenido la mente desconectada, dividida en fragmentos inconexos. Pero vio lo que pasó ahora, él escuchó mi voz y se volvió para mirar mi cara. Lo importante es que los centros cerebrales de reconocimiento auditivo están en la mitad trasera del cerebro, pero los controles de movimientos oculares están en la parte frontal. Por lo tanto, debemos haber hecho las nuevas conexiones correctamente por lo menos en parte. Y hubo más. Él estaba tratando de obedecer, de entender mi orden. Esto significa que un buen número de agencias mentales deben haber estado cooperando en ese momento. Y además noté que se esforzó mucho por hacer conexiones mentales, se gratificó con un sentimiento de felicidad. Usted vio la sonrisa. Esto es bárbaro.

—Sí, en efecto, lo vi sonreír un poco. Por suerte no está deprimido por sus heridas.

—No. Ése no es el punto importante. Si me preocupara su actitud, hubiera preferido que estuviera deprimido. No; voy más allá

del hecho que esté contento o enojado, por lo menos no está apático. Y si sus sistemas aún pueden asignar valores a las experiencias, entonces puede usar esos valores para autorreforzarse, es decir para aprender. Y si sus sistemas pueden aprender adecuadamente, podrá ayudarnos a reparar una parte adicional del daño.

—Cuando lo presenta de esta forma, entiendo su importancia. ¿Qué hará ahora?

—El proceso continúa. Lo dejaré dormir, luego lo intentaré de nuevo.

—¿Pero no perderá sus recuerdos de corto plazo? ¿Qué pasará con esos recuerdos que le ha grabado? ¿No se le borrará si duerme?

—No, porque no son recuerdos de corto plazo, sino líneas K o funciones preexistentes que han sido reconectadas. Las líneas K son fibras nerviosas conectadas a conjuntos de recuerdos, conjuntos de agentes, que reactivan estados mentales parciales previos. Piense en ellas como circuitos reconectados. No reconectados a frágiles sinapsis humanas, sino a unidades resistentes de memoria de una computadora.

—Si usted tiene razón, esto significa que todo lo que ha hecho está marchando —dijo Benicoff, esperando que su voz no revelara su falta de entusiasmo. ¿No estaría la doctora extrayendo demasiadas conclusiones de una débil sonrisa? ¿Podría llegar a decepcionarse con tantas expectativas? Él, por su parte, había previsto algo más dramático.

Erin Snaresbrook no había previsto nada por el estilo. No sabía qué esperar de este procedimiento totalmente innovador, pero ahora estaba muy satisfecha con los resultados obtenidos. Dejaría descansar a Brian, luego le volvería a hablar.

Un cuarto. Él estaba en un cuarto. El cuarto tenía una ventana porque sabía cómo era una ventana. Había alguien más en el cuarto. Alguien con cabello gris y algo blanco sobre el cuerpo.

¿Cuerpo? ¿Ella? La cosa blanca era un vestido y sólo *ellas* usaban vestidos.

Eso estaba bien. Sonrió abiertamente. Peor no lo hizo completamente bien. La sonrisa se fue desdibujando lentamente. Era casi correcta, había estado bien. La sonrisa volvió y él se durmió.

¿Qué había pasado la noche anterior? Se estremeció de miedo; no podía recordarlo. ¿Por qué le ocurría eso? ¿Y por qué no podía darse vuelta? Algo lo ataba. Algo andaba muy mal, no sabía qué. Le costó un esfuerzo de voluntad abrir los ojos... para luego cerrarlos

rápidamente porque la luz le quemaba dolorosamente los ojos. Tuvo que parpadear para dejar escurrir las lágrimas cuando volvió a abrirlas vacilantemente y miró a esa persona extraña cuyo cuerpo se proyectaba por encima de él.

—¿Me puedes oír, Brian? —dijo la mujer. Pero cuando trató de contestar su garganta estaba tan seca que comenzó a toser—. ¡Agua! —Le metieron un tubo duro y fresco entre los labios. Lo chupó con gratitud, tosió y una ola de dolor le atravesó la cabeza. Se quejó.

—Cabeza... duele —alcanzó a decir.

El dolor no se le iba. Gimió y se retorció bajo su asalto. Era tan fuerte que confundía las demás sensaciones. No sintió dolor cuando la aguja entró en su brazo, pero suspiró aliviado cuando el dolor comenzó a aflojar.

Cuando abrió los ojos de nuevo lo hizo con gran vacilación. Pestañeó para dejar caer las lágrimas, mientras luchaba por ver.

—¿Qué...? —Su voz sonaba extraña pero no entendía la razón de ello. ¿Por qué? ¿Qué andaba mal? Demasiado profunda, demasiado áspera. Escuchó otra voz que llegaba desde una gran distancia.

—Ha habido un accidente, Brian. Pero ahora tú estás bien, vas a estar bien. ¿Sientes algún dolor? ¿Te duele alguna parte?

¿Dolor? El de su cabeza se disipaba, algo, de algún modo, lo calmaba. ¿Otro dolor? Su espalda, sí, su espalda, también su brazo. Pensó en ello. Bajó la mirada, pero no podía ver su cuerpo. Tapado. ¿Qué sentía? ¿Dolor?

—Cabeza... mi espalda.

—Te han herido, Brian. En tu cabeza, tu brazo y tu espalda también. Te he dado algo para aliviarte el dolor. Estarás mejor pronto —dijo Erin, mirando con gran preocupación la cara blanca sobre la almohada, enmarcada por una corona de vendajes. Sus ojos estaban abiertos, enrojecidos y con los bordes negros. Se quitaba las lágrimas con un continuo pestaño. Pero la miraba, la interrogaba, la seguía cuando se movía. Y la voz, las palabras, eran claras. ¿Pero no había un marcado acento irlandés en lo que decía? El acento de Brian había cambiado después de todos sus años en Estados Unidos. Pero Brian anterior tendría aún ese acento irlandés con el que había llegado a este país. Éste sí que era Brian.

—Has estado muy enfermo, Brian. Pero ya has mejorado y te pondrás mejor aún.

¿Pero a cuál Brian le estaba hablando ella? Sabía que a medida que crecemos aprendemos constantemente cosas nuevas. Pero no

sobrecargamos nuestra mente recordando cada detalle de *cómo* aprendimos algo nuevo, como sostener un lápiz o atarse un zapato. Los detalles de ese recuerdo pertenecen a la personalidad que recuerda. Pero esa personalidad es dejada atrás enterrada, cuando la nueva personalidad se desarrolla. La forma en que ocurre esto sigue siendo poco clara, pero quizás todas las personalidades convivan en cierto nivel. Si así fuera, ¿a cuál de ellas le estaría hablando?

—Escucha, Brian. Te voy a hacer una pregunta muy importante. ¿Qué edad tienes? ¿Puedes oírme? ¿Puedes recordar tu edad? ¿Cuántos años tienes?

Esto era mucho más difícil que cualquier otra cosa que había pensado hasta ese momento. Era tiempo de dormirse.

—Abre los ojos. Dormirás después, Brian. Dime, ¿qué edad tienes?

Era una mala pregunta. ¿Edad? Años. Tiempo. Fecha. Meses. Lugares. Escuela. Gente. Él no sabía. Sus pensamientos estaban mezclados y la pregunta lo confundía. Era mejor volver a dormir. Así lo deseaba... pero un repentino miedo lo hizo temblar. Su corazón latió aceleradamente.

—¿Qué edad... tengo? ¡No puedo decir! —Empezó a llorar. Las lágrimas se le colaban por debajo de los párpados cerrados. Ella le acarició la frente empapada de sudor.

—Puedes dormir ahora. Todo está bien. Cierra los ojos. Duérmete. —Ella se había apresurado. Lo había exigido demasiado. Cometió un error, maldijo su impaciencia. Era demasiado pronto para integrar su personalidad con el tiempo. Tenía que integrarse a sí mismo primero. Pero lo estaba logrando. Cada día era más una personalidad presente, en lugar de una colección de recuerdos unidos. Iba a marchar. El proceso era lento, pero lo estaba logrando. Había acercado lo más posible la personalidad de Brian a la línea temporal del presente. Hasta qué edad lo había logrado, no lo sabía, sólo debía ser paciente. Llegaría el día en que él podría decírselo.

Pasó más de un mes antes que la doctora Snaresbrook le hiciera la misma pregunta.

—¿Qué edad tienes, Brian?

—Duele —le murmuró haciendo rodar su cabeza sobre la almohada, con los ojos cerrados. Ella suspiró. No le iba a ser fácil.

Le hizo la misma pregunta, tan seguido como se animó. Había días buenos y días malos, la mayoría eran malos. Pasó el tiempo y comenzaba a perder la esperanza. El cuerpo de Brian se curaba, pero

la conexión entre el cuerpo y la mente seguía siendo frágil. Con esperanza, todavía con esperanza, le volvió a hacer la misma pregunta.

—¿Qué edad tienes, Brian?

El abrió los ojos. La miró y arrugó la frente.

—Ya me ha hecho esa pregunta antes, lo recuerdo...

—Eso está muy bien. ¿Crees poder contestarla ahora?

—No sé. Sólo sé que me preguntó eso antes.

—Sí, lo hice. Es muy inteligente de tu parte recordarlo.

—Es mi cabeza, ¿no es cierto? Algo le ha ocurrido a mi cabeza.

—Eso es perfectamente correcto. Tu cabeza recibió una herida.

Está mucho mejor ahora.

—Yo pienso con mi cabeza.

—Eso también es correcto. Estás mejorando mucho, Brian.

—No estoy pensando bien. Y mi espalda, mi brazo, me duelen.

—Mi cabeza...?

—Eso es cierto. Tienes la cabeza herida, tu espalda y tu brazo también recibieron heridas, pero se están curando. Las heridas en tu cabeza eran graves, lo que hace que tengas algunos recuerdos confusos. No dejes que eso te preocupe porque todo volverá a su normalidad con el tiempo. Yo estoy aquí para ayudarte. Así que cuando te haga una pregunta debes ayudarme. Trata de contestar, lo mejor que puedas. Ahora bien, ¿te acuerdas de la edad que tenías en tu último cumpleaños?

Habían dado una fiesta, había velas en la torta. ¿Cuántas velas? Cerró los ojos, vio la mesa, las velas.

—Fiesta de cumpleaños. Torta, una torta rosada.

—¿Con velas?

—Llena de velas.

—¿Las puedes contar, Brian? Trata de contar las velas.

Sus labios se movieron, sus ojos se mantenían cerrados tratando de recordar, se movía en la cama con esfuerzo.

—Prendidas. Quemándose. Las puedo ver. Una, dos, hay más. Todas juntas, creo, sí, son catorce.

La mujer de cabello gris sonrió, estiró la mano y le acarició el hombro. Sonriéndole al ver sus ojos abiertos. Él la miró.

—Eso está bien, muy bien, Brian. Soy la doctora Snaresbrook. Te he atendido desde el accidente. Puedes creerme cuando te digo que tu condición ha mejorado extraordinariamente y seguirá mejorando poco a poco. Te hablaré sobre ello más tarde. Ahora quiero que duermas...

No era fácil. Por momentos parecía que retrocedía dos pasos por cada uno que avanzaba. El dolor parecía estar desapareciendo, pero aún le molestaba. A veces de eso era de lo único que quería hablar. Tenía poco apetito, pero quería que le sacaran la sonda intravenosa. Durante todo un día lloró aterrorizado; ella nunca descubrió por qué.

De todas formas, trozo por trozo, con terca insistencia, ayudó al muchacho a unir sus recuerdos. Lentamente juntó y unió las piezas cortadas y enredadas del pasado. Quedaban aún grandes lagunas por llenar. Ella era consciente de eso, pero él no. Despues de todo, ¿cómo puede uno extrañar algo que no recuerda? La personalidad de Brian emergía lenta pero seguramente, cada día más fuerte. Hasta que un día, preguntó:

—¿Mi padre y Dolly, están bien? No los he visto. Ha pasado mucho tiempo.

La cirujana estaba esperando la pregunta y había preparado una respuesta cuidadosa.

—Cuando te hirieron hubo otras víctimas, pero ninguna de ellas eran personas que tú conocías. Ahora lo mejor que puedes hacer es descansar. —Le hizo una seña a una enfermera. Por el rabillo del ojo, Brian pudo ver que la enfermera inyectaba algo al tubo conectado a su brazo. Quería hablar, hacer más preguntas, trató de mover sus labios pero cayó en la oscuridad.

La siguiente vez que la doctora Snarebrook visitó a Brian, la acompañaba el neurocirujano residente, Richard Foster, que había seguido el caso Delaney de cerca.

—Nunca he visto una recuperación tan rápida de una herida de esa gravedad —dijo Foster—. No tiene precedentes. Este tipo de daño cerebral extenso siempre acarrea serias deficiencias. Debilidad muscular grave y parálisis. Déficits sensoriales masivos. Sin embargo, todos sus sistemas parecen funcionar. Es extraordinario que con heridas tan serias haya recuperado cualquier función mental. Normalmente un paciente en sus condiciones estaría en coma permanente. Debería ser un vegetal.

—Creo que está usando el concepto equivocado —le explicó Erin con paciencia—. Brian, no se ha recuperado en el sentido general de la palabra. Ningún proceso natural ha reparado esas conexiones. La única razón por la cual su cerebro no funciona como un grupo de fragmentos inconexos, es que le hemos provisto de todas

las conexiones substitutas.

—Eso lo comprendo. Pero no creo que hayamos logrado hacer suficientes conexiones correctas.

—Sospecho que en eso tiene razón. Sólo hicimos algo aproximativo. De manera que ahora cuando un agente en una parte del cerebro manda una señal a alguna otra parte, por ejemplo, para mover un brazo o una mano, ésta puede no ser precisamente la misma que era antes del traumatismo. No obstante, si conseguimos hacer las cosas casi en forma correcta, entonces esas señales llegarán al área general correcta, a algún lugar donde pueden tener casi el mismo efecto. Y eso es lo importante. Darle al cerebro la mitad de una posibilidad y él hará el resto. Lo mismo que en cualquier tipo de cirugía. Todo lo que puede hacer el cirujano es aproximativo. Uno nunca puede restaurar exactamente lo que había allí antes, pero generalmente eso no importa, sino lo que puede hacer el cuerpo.

Ella miró los monitores: presión, temperatura, respiración, dióxido de carbono y el más importante de todos, el seguimiento de las ondas cerebrales. Observó las pautas típicas del sueño profundo. Sin darse cuenta, dejó escapar un profundo suspiro. Ya se veían resultados reales y positivos. Todo lo que había visto durante las semanas pasadas confirmaba que su nuevo plan, aunque no fuera ortodoxo, después de todo podía llegar a funcionar.

Benicoff estaba esperando en la sala de al lado. Se comenzó a incorporar pero Erin le hizo señas de que se sentara, acomodándose en un sillón frente a él.

—¡Lo conseguí! —dijo ella. Las palabras le brotaron simplemente—. Cuando usted lo vio por última vez, estaba en una etapa muy temprana de recuperación. He estado trabajando con él, le ayudé a acceder a esos recuerdos y pensamientos que están en la periferia de su mente. Por supuesto que aún está confundido respecto a muchas cosas. Pero ahora habla bien. Me ha dicho su edad. Que tiene catorce años. Y pregunta por su padre y su madrastra. ¿Se da cuenta lo que eso significa?

—Desde luego, y me alegro de ser el primero en felicitarla. Ha tomado un hombre muerto con un cerebro muerto, y ha recuperado una cantidad suficiente de sus recuerdos infantiles para traerlo de vuelta a los catorce años de edad.

—En realidad, no es eso. Mucho de ello es ilusorio. Es cierto que Brian ha recuperado ahora muchos de sus recuerdos hasta los catorce años. Pero está lejos de tenerlos todos. Le faltan algunas

partes y le seguirán faltando, dejando lagunas que interferirán con muchas de sus capacidades y actitudes. Es más, la edad hasta donde recuerda no tiene límites definidos. Muchos fragmentos reparados no llegan hasta esa fecha, mientras que otros van mucho más allá. Pero lo importante es que empezamos a ver signos de una personalidad integrada en forma razonable. No es aún una personalidad completa, pero sí una que aprende constantemente. Gran parte del Brian original ha vuelto, pero en mi opinión no lo suficiente.

Frunció el entrecejo mientras le hablaba. Luego forzó una sonrisa.

—En todo caso, nada de eso debe preocuparnos por el momento. Lo importante es que ahora podemos contar con su cooperación activa, pensante. Y eso significa que podemos pasar a la próxima etapa.

—¿Qué es...?

—Hemos reconstruido todo lo que pudimos en forma “pasiva”, —le dijo Erin Snaresbrook, dirigiéndole una mirada severa—. Pero quedan muchos conceptos a los que no hemos llegado. Por ejemplo, Brian parece haber perdido toda idea sobre los animales. Este es un tipo particular de afasia que se ha observado en accidentes cerebrales. Parece que estamos en el punto en que decrece el éxito de las reconexiones de los nemes anteriores de Brian. Aunque pienso continuar con eso, ahora también comenzaré la nueva fase. Puede llamarse transfusión de conocimientos. Lo que planeo hacer es tratar de identificar esos dominios perdidos, esas áreas de conocimientos que casi cualquier niño tiene y que Brian aún desconoce, y grabarle las estructuras correspondientes desde la base de datos de sentido común CYC-9.

Benicoff sopesó el significado de esto, comenzó a hablar, pero ella levantó la mano y lo interrumpió.

—Mejor discutamos esto en alguna otra oportunidad. —Sacudió la cabeza, se sintió desfallecer, sintió venírsele encima la ola de cansancio que mantuvo a raya tanto tiempo—. Ahora busquemos un sandwich y una taza de café. Luego, mientras Brian duerme, pondré mis notas al día. Va a necesitar una guía en cada etapa del camino. Lo que significa que yo y la computadora, tendremos que saber más acerca de él de lo que él mismo sabe.

Las ataduras que lo sujetaban habían sido retiradas, pero las

barandillas seguían en su lugar. Le levantaron la cabecera de la cama para que Brian no siguiera acostado en forma horizontal. Los vendajes que envolvían su cráneo cubrían el cable de fibra óptica conectado a la parte posterior de su cabeza. Le habían sacado los sueros y otros aparatos invasores y también los monitores. Los pocos que quedaban eran pequeños y estaban fijados a su piel. No obstante tener los ojos morados e inyectados en sangre y la piel pálida, parecía gozar de buen estado de salud—. Brian —dijo Erin Snaresbrook mirando en el monitor de ondas cerebrales que la longitud de onda cambiaba a la de conciencia. Brian abrió los ojos.

—¿Recuerdas haber hablado conmigo antes?

—Sí. Usted es la doctora Snaresbrook.

—Eso es, muy bien. ¿Sabes qué edad tienes?

—Catorce. Ese fue mi último cumpleaños. ¿Qué me ha pasado, doctora? ¿No me lo quiere contar?

—Claro que te lo quiero contar. ¿Pero dejarás que yo imponga el ritmo, que explique una cosa a la vez, siguiendo el orden que considero mejor?

Brian pensó un momento antes de contestar.

—Está bien. Usted es el doctor.

Ella sintió una oleada de entusiasmo al oír estas palabras. Era una pequeña broma verbal. Pero de inmenso significado, ya que indicaba que su mente estaba alerta y funcionando.

—Bien. Si me dejas hacerlo a mi modo, te prometo decirte toda la verdad, no retendré ninguna información. Así que, primero, ¿qué sabes sobre la estructura del cerebro?

—La estructura física, ¿se refiere a eso? Es una masa de tejido nervioso que se encuentra dentro del cráneo. Incluye el cerebro, el cerebelo y puente de Varolio.

—Eso es bastante específico. Tú has tenido un traumatismo cerebral y se te ha operado. Sumado a eso...

—Hay algo que no funciona con mi memoria.

Erin Snaresbrook estaba sorprendida.

—¿Cómo sabes eso?

Se dibujó una débil sonrisa en los labios de Brian, con esta pequeña victoria.

—Es obvio. Usted quería saber mi edad. Yo he estado mirando mis manos mientras hablaba. ¿Qué edad tengo en realidad, doctora?

—Unos pocos años más de lo que dijiste.

—Usted prometió decirme toda la verdad.

Ella planeaba retener esa información tanto como pudiera, el conocimiento podía ser traumático. Pero Brian ya había tomado la delantera. Debía decirle la verdad y sólo la verdad de ahora en más.

—Tienes casi veinticuatro años.

Brian digirió la información lentamente, luego asintió con la cabeza.

—Está bien entonces. Si tuviera cincuenta o sesenta o algo así, sería una pena porque ya hubiera vivido la mayor parte de mi vida sin recordarlo. Veinticuatro está bien. ¿Me volverán mis recuerdos?

—No veo por qué no. Tus progresos hasta este punto han sido muy buenos. Te explicaré las técnicas en detalle si es que te interesan, pero primero déjame explicártelo en la forma más simple que pueda. Yo quiero estimular tus recuerdos, luego restablecer tu acceso neuronal a ellos. Cuando esto suceda, tu memoria estará completa y tú estarás completo otra vez. No puedo prometerte que te devolveré todos tus recuerdos. Hubo daño, pero...

—Si no sé que faltan, no los voy a extrañar.

—Eso es perfectamente correcto —Brian era agudo. Quizás sólo tuviera los recuerdos de sus primeros catorce años de vida, pero los procesos de pensamiento de su cerebro consciente revelaban mayor madurez. Había sido un niño prodigo, ella lo sabía. Se graduó a los catorce años. Así que no era un niño corriente de catorce años—. Pero no extrañar un recuerdo es sólo parte de todo esto. Debes comprender que la memoria humana no es como una cinta grabada, con todo archivado en orden cronológico. Es muy distinta, mucho más parecida a un sistema de archivos mal mantenido, organizado por sectores desprolijos y confusos. No sólo desprolijamente para empezar a archivar, sino que reclasificamos las cosas de tiempo en tiempo. Cuando digo que tengo recuerdos de mi niñez, eso no es verdad. En realidad tengo recuerdos de recuerdos. Cosas que han sido pensadas una y otra vez, simplificadas y reducidas.

—Creo que entiendo lo que quiere decir. Pero, por favor, antes que empecemos, hay algunas cosas que debe contarme. Diez años es mucho tiempo. Suceden cosas. Mi familia...

—Dolly ha estado aquí y quiere verte.

—Yo también quiero verla. ¿Y mi padre?

*Sólo la verdad*, pensó Snaresbrook, aunque le doliera terriblemente.

—Lo siento, Brian, pero tu padre... murió.

Hubo un momento de silencio, mientras las lágrimas empezaron

a correr lentamente por las mejillas del hombre, del niño. Pasó un rato largo antes que pudiera hablar de nuevo.

—No quiero saber nada sobre eso ahora. ¿Y yo, qué hay sobre mí? ¿Qué he hecho yo en todos estos años?

—Has estudiado, te has recibido, has realizado investigaciones muy innovadoras.

—¿Investigaciones sobre inteligencia artificial? De eso se ocupa mi padre, es lo que yo quiero hacer.

—Eso es lo que tú has *hecho*, Brian. Has logrado todo lo que te has propuesto. De hecho, llegaste a construir la primera IA. Antes de ser herido estabas en el umbral del éxito. —Brian notó la yuxtaposición de términos, y dio el salto lógico.

—Usted me ha dicho todo hasta ahora, doctora. No creo que se haya guardado nada.

—Así es, no he retenido información. Hacerlo no sería honesto contigo.

—Entonces, ahora dígame. ¿Tiene la IA algo que ver con mi accidente? ¿Fue la máquina quien lo hizo? Siempre pensé que las historias sobre IA malvadas eran estúpidas.

—Lo son. Pero los hombres son aún más malvados. Tú fuiste herido en el laboratorio por hombres que querían robar tu IA. Y la realidad ha resultado ser bastante distinta que el mito. Lejos de ser malvado, tu trabajo sobre micromanipuladores asistidos por IA, me ha ayudado mucho y me ha permitido traerte aquí y hablar contigo en esta forma.

—¡Debe contarme todo lo que sabe de la IA!

—No, Brian. Debemos reconstruir tus recuerdos paso a paso, hasta que me puedas decir cómo funciona la IA. Tú eres el inventor, ahora debes ser su redescubridor.

# 11

---

1º de octubre de 2023

La enfermera había corrido las cortinas y le trajeron el desayuno. Brian estaba despierto desde el amanecer. Los pensamientos que se arremolinaban en su cabeza no lo dejaban dormir. Estaba cubierta de vendajes; podía sentirlos con las puntas de los dedos. ¿Qué le había ocurrido para perder todos esos años? ¿Sería amnesia selectiva? No, eso no era posible. Debería pedirle a la doctora que le describiera el daño físico. Aunque quizás sería mejor no hacerlo. En realidad, no quería pensar en eso ahora. Aún no. De la misma forma en que aún no quería pensar en la muerte de su padre.

¿Dónde estaba el control de la TV? Seguía sorprendido por la calidad de la imagen, aunque no por la programación. Los programas seguían siendo tan malos como siempre. ¿Debía mirar las noticias otra vez? No, le resultaban demasiado confusas. Estaban llenas de referencias que no entendía. Lo deprimía cuando intentaba entender, porque estaba ya bastante confundido. Aquí, eso estaba mejor... dibujos animados. Ahora utilizaban una animación computarizada fantástica. Pero aparte de la increíble calidad de la animación, seguían utilizándolos para vender cereales llenos de nocivo azúcar. Diez años era mucho tiempo. Debería olvidarse de eso también. O tratar de ganar el tiempo perdido. ¿Quería eso en realidad? ¿Para qué vivir la misma vida dos veces? Lo que está hecho, hecho está. Aunque sería bueno no cometer los mismos errores dos veces. Pero no iba a revivir esos años, sólo iba a recuperar sus recuerdos de ellos. Era una situación muy extraña y no estaba seguro de que le gustara. Ni que le quedara otra elección.

El desayuno fue una intrusión bienvenida. Ya había perdido gran parte del gusto químico que tenía en la boca. Y estaba hambriento.

to. El jugo de naranja estaba frío, pero también lo estaban los huevos pochés. De todas formas los terminó y usó un pedazo de tostada para limpiar los últimos restos de yema. La enfermera acababa de llevarse la bandeja cuando entró la doctora Snaresbrook. Había una mujer con ella, y le llevó un largo rato reconocer a Dolly. Si ella notó su expresión de duda, no lo demostró.

—Te ves bien, Brian —dijo ella—. Estoy tan contenta que estés mejorando.

—¿Entonces me has visto antes aquí en el hospital?

—Verte no es la palabra adecuada ya que estabas oculto detrás de todos esos vendajes, tubos y cables. Pero eso pertenece al pasado.

El también se sentía en el pasado. Esa mujer flaca con patas de gallo, pelo entrecano, no era la maternal Dolly que recordaba. La memoria había tomado un nuevo significado ahora, algo para ser hurgado, examinado, reconstruido. La búsqueda de cosas pasadas, sobre eso había escrito el viejo Proust empleando tantas palabras. Iba a intentar hacer un trabajo mejor que el del francés.

—Dolly ha sido de una inmensa ayuda —dijo la doctora—. Hemos hablado de ti y de tu recuperación. Ella sabe que tus recuerdos se interrumpen algunos años atrás. Cuando tenías catorce años.

—¿Te acuerdas de mí en esa época? —preguntó Brian.

—Es difícil olvidarlo —Ella se sonrió por primera vez, pareciendo mucho más atractiva a medida que desaparecían las líneas de preocupación alrededor de sus ojos y la tensión de su boca—. Ibas a ingresar a la escuela de graduados al año siguiente para obtener su doctorado. Estábamos muy orgullosos de ti.

—Estoy realmente ansioso por ir. Aunque supongo que es un poco tonto decirlo ahora. Ya he ido y me gradué, según dice la doctora. Pero recuerdo claramente los problemas que estoy teniendo, que tuve, para anotarme. Saben que ya me recibí en la universidad, pero la parte de admisión me pone trabas. Se debe a que soy muy joven. Pero todo eso pertenece al pasado, ¿no es así? Supongo que todo terminó bien.

Era extraño oírlo hablar de esta manera. La doctora Snaresbrook le explicó a ella que Brian no podía recordar nada de los años transcurridos desde que cumplió los catorce. Ella debía ayudarlo a recuperar esos años. No entendía cómo podría lograrlo, pero hasta el momento la doctora había tenido razón.

—Esa situación no se prolongó mucho. Tu padre y otras perso-

nas se pusieron en contacto con las compañías que financiaban la universidad. A ellos no les importaba que tuvieras cinco o cincuenta años. Era la búsqueda de talentos como el tuyo que los había llevado a fundar la facultad. La orden vino desde arriba y fuiste admitido. Estoy segura que te fue muy bien, pero yo no pude saberlo.

—No entiendo.

Dolly respiró hondo y miró a la doctora. Su cara estaba inexpresiva; no la iba a ayudar. Ya le había resultado bastante duro rememorarlo por primera vez; pero confiárselo a Brian sería todavía más difícil.

—Bueno, sabes que tu padre y yo tuvimos, tenemos, nuestras dificultades. O quizás no lo sabías, no lo sabes.

—Lo sé. Los adultos creen que los niños, incluso los jóvenes, no se dan cuenta de los problemas familiares. Ustedes bajan la voz, pero han tenido muchas peleas. Eso no me gusta.

—A mí tampoco me gustaba.

—¿Entonces por qué te peleas, por qué te peleabas con papá? Nunca lo pude entender.

—Lamento haberte causado dolor, Brian. Pero éramos muy distintos. Nuestro matrimonio era estable como la mayoría de los otros, pero un poco más quizás ya que no esperábamos mucho el uno del otro. Pero intelectualmente teníamos poco en común. Y cuando viniste a vivir con nosotros, comencé a sentirme de más.

—¿Estás culpándome de algo, Dolly?

—No, todo lo contrario. Me culpo por no haber podido lograr que todo funcionara lo mejor posible. Quizás estaba celosa de la atención que él te dispensaba, de lo unidos que eran ustedes y de lo sola que me sentía.

—¡Dolly, yo siempre te he querido! Tú eres lo más cercano a una verdadera madre que he tenido. No recuerdo a mi madre. Me dijeron que tenía un año de edad cuando ella murió.

—Gracias por decir eso, Brian —dijo ella con una leve sonrisa—. En realidad ya es un poco tarde para culpar a nadie. En todo caso tu padre y yo nos separamos; luego nos divorciamos amistosamente unos años más tarde. Yo volví a vivir con mi familia. Tomé un nuevo empleo y allí es donde estoy ahora.—Enojada de repente se volvió hacia Erin Snaresbrook—: Ya está, doctora. ¿Es lo que usted quería? ¿O quiere que saque a relucir más intimidades?

—Brian tiene una edad física de veinticuatro años —dijo ella con calma—. Pero sus recuerdos se interrumpen a los catorce.

—Oh, Brian... siento tanto. No quise...

—Claro que no quisiste, Dolly. Supongo que debía saber todo lo que me dijiste y debí haberlo visto venir. No sé. Quizás los niños piensan que nada básico va a cambiar. Es que la universidad me tiene tan ocupado, la investigación en IA es tan apasionante... —Dejó su frase allí y se volvió hacia la médica—. ¿Tengo por lo menos quince años ahora, doctora? He aprendido mucho en los últimos minutos.

—No funciona de esa manera, Brian. Escuchaste mucho, pero te faltan tus recuerdos de los hechos. Eso es lo que debemos recuperar ahora.

—¿Cómo?

—Lo haré usando esta máquina. Me enorgullece decirte que tu ayudaste a construirla. Estimularé recuerdos que tú identificarás. La computadora llevará un archivo de todo lo que digas. Cuando otros recuerdos se correlacionen a ambos lados de la lesión, los reconnectaremos.

—No existe suficiente cable en el mundo para reconectar todos los nervios del cerebro. ¿No hay algo así como diez a la doceava potencia de conexiones?

—Sí, pero están también llenas de redundancias. Las asociaciones con un sector de memoria permitirán refuerzos compatibles con ese sector. El cerebro se parece mucho a una computadora. Pero es importante saber cuáles son las diferencias. La memoria de una computadora es estática, pero esto no ocurre con la mente humana. Los recuerdos rememorados se vuelven más fuertes, los que no tocamos se debilitan y finalmente desaparecen. Tengo la esperanza que cuando hayan sido reconectadas suficientes vías otras interconexiones se restablecerán por sí solas. Mientras tanto estamos buscando *nemes*.

—¿Qué son *nemes*?

—Un haz de fibras nerviosas conectado a una variedad de agentes, representando la información que provee cada cual un fragmento de una idea o estado mental. Por ejemplo, ¿algo rojo y redondo, de sabor dulce y textura crujiente, una fruta del tamaño de un puño, y...?

—¡Una manzana! —dijo Brian feliz.

—Eso es lo que tenía in mente, pero date cuenta que nunca usé esa palabra.

—Pero es la única cosa que se adecua a la descripción.

—Sí, correcto, pero sólo lo sabrías si tuvieras un “agente de manzana” conectado, que se activaría en forma automática cuando

bastantes de los otros nemes estuvieran activados, como ser los que informan rojo, redondo, dulce, y fruta.

—Y también cerezas. Yo también debo tener *nemes* para cerezas.

—También los tienes. Por eso agregué que era del tamaño de un puño. Pero no tenías esos nemes hace dos meses. O, dicho de otra forma, tenías algunos “nemes de manzana”, pero no estaban bien conectados. Por eso no reconocías esa descripción antes, hasta que los reconectamos durante la terapia.

—Es extraño. No lo recuerdo en absoluto. Un momento. Claro, que no puedo recordarlo. Sucedió antes que restablecieran mi memoria.

Snaresbrook se estaba acostumbrando a esa lucidez, pero todavía la tomaba por sorpresa. De todas formas continuó hablando en el mismo tono.

—Así es como los *nemes* se conectan, realizando los tipos correctos de conexiones de entrada y salida de información. Hasta ahora, hemos reconectado los *nemes* más comunes, los que todo niño conoce. Pero ahora empezaremos a buscar los más complejos y descubrir cómo se conectan. Quiero encontrar niveles cada vez más altos de tus ideas, conceptos y relaciones. Cuando los encontremos, me será posible, o le será posible a cualquier otra persona, entender qué significan esos *nemes* para ti. Pero eso no importará porque estarás aprendiendo más cada día. Cada vez que la máquina de correlaciones descubra diez nuevos *nemes*, deberá tomar en consideración miles de otros posibles agentes a los cuales conectarlos. Cada veinte *nemes* podrían conducir a millones de posibilidades como éas.

—¿O sea exponenciales?

—Correcto —sonrió con placer—. Parece que ya estamos en camino de restablecer tu capacidad matemática.

—¿Y qué tendrá que hacer yo?

—Nada por ahora. Ya has tenido un día bastante largo para una primera sesión.

—No, no lo he tenido. Me siento muy bien. ¿No quiere trabajar con mi nueva información antes que desaparezca mientras duermo? Usted dijo que era necesario concentrarse por un período en las ideas para que los recuerdos de corta duración se convirtieran en recuerdos de larga duración.

Erin Snaresbrook se mordió los labios. Brian tenía razón. De-

bían surgir con el proceso tan pronto como fuera posible. Se dirigió a Dolly.

—¿Puede volver mañana a esta misma hora?

—Si usted lo quiere. —Su voz era muy fría.

—Lo quiero, Dolly. No sólo la quiero aquí, la necesito. Yo sé que debe sentirse disgustada por todo esto, pero espero que no se olvide del niño que Brian fue una vez. Brian el hombre es todavía Brian el niño que usted aceptó en su casa.

—Claro, doctora, discúlpeme. No debería pensar en mí misma, ¿no es cierto? Hasta mañana entonces.

Los dos se mantuvieron en silencio hasta que la puerta se cerró detrás de Dolly.

—Es la culpa —dijo Brian—. El sacerdote siempre hablaba de ella, las monjas en el colegio también. Sabe, no creo haberla llamado nunca mamá como otros chicos, ni siquiera mami, como decímos en Irlanda.

—No debes sentir culpa o remordimiento, Brian. Tú no estás viviendo en tu pasado, lo estás recreando. Lo que está hecho, hecho está. Es lógica pura, como siempre me has dicho.

—¿Dije yo eso alguna vez?

—Todo el tiempo cuando trabajábamos juntos en la máquina. Cuando mis razonamientos se volvían confusos, tú eras muy firme acerca de eso.

—Debía serlo. Me salvó la vida una vez.

—¿Me lo quieres contar?

—No. Es parte de mi pasado. Lo recuerdo con claridad y vergüenza. Esa vez dejé que la emoción tomara el control sobre mí. ¿Podemos seguir, por favor? ¿Qué hacemos ahora?

—Te voy a conectar de nuevo a la computadora. Te haré preguntas, estableceré conexiones, estimularé áreas de tu cerebro cercanas al traumatismo y grabaré tus reacciones.

—Entonces empecemos de inmediato. Conécteme.

—No lo haré todavía. No hasta que no hayamos establecido una base de datos más amplia.

—Bueno, empecemos con eso, doctora. Por favor. Quiero empezar a crecer de nuevo. ¿Usted dijo que habíamos trabajado juntos antes?

—Durante casi tres años. Tú me dijiste que mi investigación sobre el cerebro te ayudaba en tu investigación sobre IA. Realmente me ayudaste a desarrollar la máquina. No lo podría haber hecho sin ti.

—La ayudé durante tres años, desde que tenía venitiuno. ¿Cómo la llamaba entonces?

—Erin. Ése es mi primer nombre.

—Es un poco pretencioso para un adolescente. Creo que la llamaré Doc.

El llamador de ella emitió una señal; miró el mensaje en la pantalla.

—Descansa unos minutos, Brian. Enseguida vuelvo. Benicoff la esperaba afuera del cuarto. Se veía muy desdichado.

—Me acaban de informar que el general Schorcht viene en camino hacia acá. Quiere hablar con Brian.

—No, no es posible en este momento. Interferiría demasiado con lo que estamos haciendo. ¿Cómo pudo enterarse de que Brian está consciente? Usted no le dijo...

—¡De ninguna manera! Él tiene espías en todos lados. Inclusive puede haber hecho colocar un micrófono en su oficina. Debería haber pensado en eso... No, hubiera sido un desperdicio de tiempo. Lo que quiere averiguar lo averigua. En cuanto me enteré que venía hacia aquí, me puse al teléfono y llamé al presidente. Todavía no obtuve respuesta, así que me deberá ayudar; tendremos que detenerlo.

—¡Empuñaré mis escalpelos!

—No necesitamos algo tan drástico. Quiero que sólo lo retenga un momento. Manténgalo hablando lo más que pueda.

—Voy a hacer algo mejor que eso —dijo Erin Snaresbrook, tomando el teléfono—. Voy a usar el mismo truco que él. Lo mandaré a una habitación equivocada...

—No, no lo hará. Ya llegó a la correcta.

El general Schorcht estaba parado en el umbral de la puerta abierta. La pálida sonrisa que se dibujaba en sus facciones, desapareció de inmediato. Un coronel sostenía la puerta abierta y había otro parado al lado del general. La médica habló sin ninguna emoción, con el tono profesional de un cirujano operando en el quirófano.

—Le voy a pedir que salga de aquí, general. Éste es un hospital y tengo un paciente muy enfermo aquí al lado. Por favor, salga.

El general Schorcht se acercó a la mujer y la miró fríamente.

—Esto ya ha dejado de ser gracioso. Hágase a un lado o tendré que hacerla sacar.

—Usted no tiene ninguna autoridad en este hospital. Ninguna. Sr. Benicoff, tome ese teléfono y llame al puesto de enfermería. Esta

es una emergencia, quiero seis enfermeros.

Pero cuando Benicoff intentó alcanzar el teléfono, el coronel puso su mano sobre el aparato.

—No hará ninguna llamada —dijo.

La doctora Snaresbrook se recostó contra la puerta.

—Lo demandaré por esto, general. Usted está en un hospital civil ahora, no en una base militar...

—Háganla a un costado —ordenó el general Schorcht—. Usen la fuerza si es necesario.

El segundo coronel se adelantó unos pasos.

—Eso sería poco aconsejable —dijo Benicoff.

—Lo retiro a usted también de esta investigación, Benicoff —dijo el general—. Usted ha sido poco cooperativo y ha trastornado todo. Sáquenlos a los dos de aquí.

Benicoff no hizo ningún intento de detenerlo cuando el oficial se acercó y tomó a la doctora. Recién entonces unió ambas manos en un puño y le dio un fuerte golpe al coronel en la espalda sobre los riñones. El coronel cayó boqueando al piso.

En el silencio que siguió a esta súbita acción, el sonido del teléfono fue agudo y claro. El coronel que tenía su mano sobre el aparato, hizo un gesto de levantarla, pero luego miró al general Schorcht para que lo autorizara.

—Sigue siendo un hospital —dijo la doctora Snaresbrook—. Un lugar donde los teléfonos *siempre* se contestan.

El general, con mirada amenazante, no hizo ningún movimiento; luego asintió con la cabeza.

—Sí, dijo el coronel contestando la llamada. Luego se puso en posición de firme.

—Es para usted, general —manifestó alcanzándole el auricular.

—¿Quién es? —preguntó el general Schorcht, pero el coronel no le contestó. Después de un segundo de duda, tomó el receptor.

—Aquí el general Schorcht. ¿Quién habla? —Hubo un largo silencio mientras escuchaba... —. Sí, señor, pero ésta es una emergencia militar y yo debo decidir eso. Sí, recuerdo al general Douglas MacArthur, y también recuerdo que desoyó las órdenes y fue sacado del cargo. El mensaje es claro. Sí, señor Presidente, ya entiendo.

Devolvió el teléfono, dio media vuelta y salió de la habitación. El oficial que estaba en el piso se incorporó y amenazó con el puño a Benicoff antes de reunirse con los otros. Benicoff le respondió con una sonrisa.

Cuando la puerta se cerró detrás de ellos, Erin se atrevió a hablar.

—Movió importantes influencias, señor Benicoff.

—La Comisión Presidencial conduce esta investigación, no ese fósil de militar. Sólo creí que se le debía recordar quién era su comandante en jefe. Me gustó esa referencia a MacArthur y la cara que puso cuando recordó que el Presidente Truman licenció al general.

—Usted logró hacerse un enemigo de por vida.

—Eso ya sucedió hace mucho tiempo. Así que ahora, ¿por qué no me dice lo que está ocurriendo con el paciente? ¿Cómo progresó Brian?

—Le informaré en un momento, si me espera en mi oficina. Voy a terminar con él. No tardaré.

Brian levantó la vista cuando se abrió la puerta y entró la doctora.

—Escuché voces. ¿Pasó algo importante?

—Nada, hijo, nada importante.



# 12

---

27 de octubre de 2023

—¿Te sientes bien hoy, verdad? —preguntó Erin Snaresbrook cuando abrió la puerta. Luego se puso a un costado y dejó entrar a una enfermera y un enfermero que hacían rodar unos carritos cargados.

—Me sentía bien, hasta que vi esa computadora y ese aparato parecido a una escoba de extremo doble con grandes ojos de vidrio. ¿Qué es eso?

—Es un micromanipulador de manufactura comercial. Se han fabricado muy pocos.

La médica no dejaba de sonreír, y no le dio ninguna pista sobre que ésa era la máquina que él había ayudado a desarrollar.

—En el centro de esta máquina hay una computadora de procesamiento paralelo dividida en ocho ramas. Esto le permite adaptarse a una superficie plana bastante grande. Esta máquina establece interfase con la computadora en cada unión del robot-árbol.

—¡En cada unión! Usted me debe estar engañando.

—Pronto averiguarás los cambios introducidos en las computadoras, en especial la computadora que controla esta unidad. La investigación básica para construir estas escobas, como tú las llamas, fue hecha en MIT y CMU. Son escobas mucho más complejas de lo que parecen a distancia. Puedes observar que comienza con dos brazos, pero éstos se bifurcan inmediatamente. Cada brazo entonces se convierte en dos.

—Cada uno aparentemente tiene la mitad del grosor del anterior.

—Más o menos eso. Entonces se subdividen una y otra vez —Ella tocó uno de los brazos—. Alrededor de aquí, se vuelven demasiado pequeños para ser fabricados con herramientas toscas, y

el ensamble debería hacerse bajo un microscopio. Así que...

—No me lo diga. Cada parte se autoproduce idéntica, excepto en tamaño, son cada vez más pequeñas.

—Eso es exactamente correcto. Aunque deben cambiarse los materiales, debido a la resistencia estructural y relación volumen-tamaño. Pero sigue habiendo un solo modelo de brazo guardado en la memoria de la computadora, junto con los programas de fabricación y ensamble. Luego se agregan motores eléctricos a cada unión.

—Las técnicas de fabricación en los tamaños más pequeños deben ser complicados.

—Sí lo son, pero podemos abordar ese tema en algún otro momento. Lo que importa es que los sensores en las puntas de las ramas son muy sensibles y están controlados por la realimentación de la computadora. Pueden ser usados para microcirugía a nivel celular, pero ahora los utilizaré para el trabajo muy simple de ubicar esta conexión en su lugar exacto.

Brian miró el pedazo de fibra óptica, casi invisible, que sobresalía entre los dedos metálicos.

—Es casi como usar un martillo neumático para clavar una aguja. Así que este cable se inserta en mi cuello, como ya me ha dicho. ¿Y los mensajes comienzan a ir y venir por él?

—Así es. No sentirás nada. Ahora si te pones de costado, eso es, ahí está bien.

La doctora Snaresbrook se acercó a los controles y cuando puso en marcha el aparato, los brazos ramificados comenzaron a moverse llenos de vida. Los guió hasta que estuvieron en posición detrás de Brian, luego entregó el control de la operación a la computadora. Se escuchó un rumor sedoso cuando los pequeños dedos se movieron y separaron bajando lentamente y tocando el cuello.

—Me hace cosquillas —dijo Brian—. Como una cantidad de patas de araña. ¿Qué está haciendo?

—Ahora está poniendo en posición la fibra óptica para que entre en contacto con la unidad receptora debajo de tu piel. Atravesará tu piel pero no sentirás nada. La punta es más aguda que mi aguja hipodérmica más delgada. Además busca un lugar donde no haya nervios ni venas. El cosquilleo se detendrá apenas hecho el contacto. Ahora.

La computadora emitió una señal sonora y sus dedos sostuvieron la almohadilla metálica que insertaba la fibra óptica en su lugar. Los dedos se movieron otra vez para levantar un pedazo de cinta

adhesiva de la mesa con la que aseguraron el cojinete a la piel del cuello. Recién entonces los brazos se contrajeron y alejaron. La cirujana hizo una seña a los enfermeros de que salieran.

—Ahora empieza. Quiero que me digas cualquier cosa que veas, oigas o huelas.

—O que piense, imagine o recuerde, ¿verdad?

—Correcto. Aquí es donde empezaré... —Hizo un ligero ajuste y Brian gritó.

—¡No me puedo mover! ¡Apáguelo ya! ¡Estoy paralizado!

—Está bien. ¿Ya se pasó?

—Sí, doctora, pero espero que no tenga que volver a hacer eso.

—No lo haré, o más bien la computadora no lo hará. Hemos estado tratando de localizar, identificar y establecer controles sobre las agencias a nivel bajo más importantes de la base del cerebro. El sistema aparentemente desconectó todo el cerebelo. Ahora que la computadora lo sabe, no volverá a suceder. ¿Estás listo para seguir?

—Creo que sí.

A veces sentía calor, luego oscuridad. Un frío cubría su cuerpo en un instante y desaparecía, tan rápido como había llegado. Otras sensaciones eran imposibles de describir, las funciones de la mente y el cuerpo a niveles completamente inconscientes.

Una vez gritó con todas sus fuerzas.

—¿Sientes dolor? —le preguntó ella preocupada.

—No, en realidad es justo lo opuesto. No pare, por favor, no debe hacerlo —Sus ojos estaban completamente abiertos, mirando sin ver, su cuerpo rígido. No dudó en interrumpir. Él se relajó con un suspiro profundo—. Casi... duro, imposible de describir. Como placer elevado al cuadrado o al cubo. Por favor anote el lugar.

—Ya está en la memoria de la computadora. Pero tú crees que sería bueno repetir.

—No, creo lo opuesto. Aléjese de ese lugar. Allí soy como una rata que aprieta un botón para estimular sus centros de placer hasta que muere de sed y hambre. No insista...

Erin Snaresbrook estaba tomando el tiempo de la sesión y cuando transcurrió una hora detuvo la máquina.

—Creo que es suficiente por hoy. ¿Estás cansado?

—Ahora que me lo dice, sí lo estoy. ¿Hemos logrado algo?

—Creo que sí. Hemos grabado mucha información.

—¿Algunas correspondencias?

—Algunas... —La doctora dudó—. Brian, si no estás muy

cansado quisiera seguir un par de minutos más.

—Apuesto a que quiere ensayar un método para ubicar nemes de niveles más altos.

—Precisamente.

—Bueno, yo también lo deseo. Comience ahora.

Si algo estaba ocurriendo, Brian no se daba cuenta. La respuesta era obvia cuando pensaba en ella. Si la máquina estaba en realidad conectando manojos de nervios, restableciendo recuerdos, no había ninguna razón para que él estuviera consciente del proceso. Sólo cuando intentara recuperar esos recuerdos sería obvio que estaban allí. Sin embargo estaba consciente de que algo ocurría en un nivel muy remoto de su conciencia. Era un tipo de pensamiento transitorio que se escurría como una anguila cuando intentaba captarlo. Esto le resultaba molesto. Algo ocurría que él no podía asir. Y estaba cansado. Además había comenzado a sentir una molestia que no podía identificar con exactitud.

Eso es suficiente, pensó.

—Creo que vamos a parar por hoy —dijo de repente la doctora—. Ha sido una larga sesión.

—Está bien —Brian dudó, pero decidió preguntar de todos modos—. ¿Doctora Snaresbrook, le puedo hacer una pregunta?

—Desde luego. Pero en unos segundos, cuando haya terminado aquí. Ahora, ¿qué quieres saber?

—¿Por qué decidió terminar la sesión en el momento que lo hizo?

—Sólo porque hubo una pequeña dificultad aquí. El control es muy sensible y todo es todavía experimental. Hubo una señal de abandono en una de las conexiones que se estaban estableciendo. Debo admitir que era la primera vez que sucedía algo como eso. Quiero volver a pasar el programa hasta ese punto para ver qué fue eso.

—No hará falta, yo le puedo decir que pasó.

Erin Snaresbrook levantó la vista, sorprendida, luego sonrió.

—Dudo que puedas hacerlo. No sucedió en tu cerebro, sino en la computadora, o más bien en la interacción de la procesadora central implantada y la computadora.

—Ya lo sé. Yo le dije que se apagara.

La doctora se esforzó por mantener calma su voz.

—Eso es imposible.

—¿Por qué debería serlo? Hay una computadora en el chip

implantado en mi cerebro, interrelacionado con él. ¿Por qué motivo no puede haber una retroacción?

—Por ninguno, ¡excepto que nunca ha ocurrido antes!

—Siempre hay una primera vez para todo, Doc.

—Debes tener razón. Lo que sucedió seguramente fue que cuando la computadora estaba aprendiendo algunas de las conexiones de tu cerebro, partes de tu cerebro estaban aprendiendo algunas de las señales de control de la computadora.

Erin Snaresbrook empezó a sentirse mareada. Caminó hasta la ventana y luego volvió, se frotó las manos, y rió.

—¿Brian, te das cuenta de lo que estás diciendo? Que has interconectado tus procesos de pensamiento directamente con una máquina. Sin apretar botones o dar órdenes verbales o ningún otro tipo de acción física. Esto no había sido planeado, sólo sucedió. Antes de esto toda la comunicación se había producido a nivel de acción motora, de nervio a músculo. Esta es la primera vez que se efectúa del cerebro a una máquina. ¡Me deja... pasmada! ¡Abre una cantidad de posibilidades increíbles!

La respuesta de Brian fue un ronquido apenas audible. Se había dormido.

Erin Snaresbrook desenchufó el nexo neuronal, luego apagó la máquina, corrió las cortinas y salió del cuarto. Benicoff la esperaba afuera, irradiando pesimismo. Erin levantó la mano sin dejarlo hablar.

—Antes que me transmita malas noticias, le receto una taza de café en mi oficina. Ha sido un día muy duro para ambos.

—¿Se me nota tanto?

—Soy muy buena para diagnosticar. Vamos.

La cirujana tenía mucho en qué pensar mientras iban en camino a su oficina. ¿Debería hablarle a Benicoff sobre la habilidad recién descubierta de Brian? Decidió no decírselo aún, quizás lo haría más tarde. Primero debía hacer algunos controles para estar segura que no había sido un accidente, o una coincidencia. Las posibilidades que abría eran tan vastas que daban miedo. Mañana, lo pensaría mañana. Probó su café con un chasquido de los labios y le pasó una taza a Benicoff. Luego se dejó caer en una silla.

—¿La hora de las malas noticias? —dijo.

—No son en realidad malas noticias, doctora, sólo presión. El general Schorcht no nos dejará tranquilos con tanta facilidad. Insiste que cada día que Brian pasa aquí en este hospital, empeoran las

condiciones de su seguridad. En cierta forma, tiene razón. Y todo esto está causando problemas con la administración del hospital. Lo sé, porque he recibido quejas. El general se dirigió al Pentágono, éste habló con el Presidente, quien a su vez habló conmigo. ¿Es posible trasladar a Brian ahora que está consciente y no necesita del equipo de mantenimiento en vida?

—Sí, pero...

—Mejor que sea un gran pero.

Erin Snaresbrook terminó su café, luego sacudió la cabeza.

—Me temo que no lo es. Si se toman las medidas médicas necesarias no existe peligro.

—Por eso tengo esta cara larga. El general Schorcht, un pequeño ejército y un helicóptero sanitario están esperando afuera, en este preciso instante. Si ésa es su respuesta deberá transportarlo de inmediato. Podría intentar alguna táctica de disuasión, pero sólo si tiene muy buenas razones profesionales.

—No. Si se lo debe mover en algún momento, es mejor que lo hagan ahora. Antes que me involucre mucho más en la reconstrucción de su memoria. Y estoy segura que todos estaremos más relajados cuando tenga mayores garantías de seguridad.

Brian estaba bastante excitado cuando se enteró de lo que iba a pasar.

—¡Huy, un vuelo en helicóptero! Nunca he volado en uno antes. ¿Adónde iremos?

—Al Hospital Naval de Coronado.

—¿Por qué allí?

—Te lo diré una vez que lleguemos —La doctora Snaresbrook observó a las enfermeras que preparaban a Brian para ese viaje corto—. En realidad, creo poder contestarte mejor muchas de tus preguntas cuando lleguemos allí. Me temo que no podremos mantener esto en privado por mucho más tiempo. ¿Estamos listos?

—Sí, doctora —dijo una enfermera.

—Muy bien. Informe al señor Benicoff. Lo encontrará esperando afuera en el pasillo.

Los enfermeros pertenecían al cuerpo médico naval y los apoyaba un escuadrón bien armado de infantes de marina. Todo el piso del hospital había sido evacuado. Infantes de marina marchaban delante y detrás del equipo que iba a trasladar a Brian. El primer escuadrón subió a la azotea por las escaleras, cuando colocaron la camilla de Brian en el ascensor. Apenas se abrieron las puertas del ascensor en

la azotea, el escuadrón ya los esperaba. Y no estaban solos. Había francotiradores apostados en los parapetos, mientras que en cada rincón de la azotea, soldados sostenían voluminosos misiles tierra-aire, listos para ser lanzados a la menor señal.

—¡Tiene razón, doctora, tiene mucho que explicarme! —gritó Brian por encima del estruendo de los motores del helicóptero.

En el breve trayecto sobre la ciudad y la bahía, los escoltaron helicópteros de ataque. Después de aterrizar en el helipuerto del hospital naval, el procedimiento se hizo en orden inverso. Cuando el último infante de marina salió de la habitación, quedaban aún tres personas dentro.

—¿Podría esperar afuera, general? —preguntó Benicoff— Quisiera explicarle a Brian de qué se trata todo esto.

—Negativo.

—Muchas gracias. ¿Doctora Snaresbrook, me haría el favor de presentarme?

—Brian, éste es el señor Benicoff. El oficial militar que está junto a ti es el general Schorcht, quien tiene algunas preguntas que hacerte. No estoy de acuerdo, pero se me ha informado que esta entrevista fue pedida expresamente por el presidente de los Estados Unidos.

—Es real todo esto, doctora! —Sus ojos podían tener veinticuatro años de edad, pero se abrieron como los de un muchacho de catorce. Erin Snaresbrook asintió.

—El señor Benicoff también ha sido designado por el presidente. Está a cargo de la investigación. Bueno, él te explicará eso.

—Hola, Brian. ¿Te sientes bien?

—Excelente. Fue un verdadero viaje.

—Has estado enfermo de gravedad. Si quieres posponer esto...

—No, gracias. Estoy un poco cansado, pero aparte de eso me siento bien ahora. Y me gustaría saber en realidad qué fue lo que me pasó, y qué es lo que está ocurriendo aquí.

—Bueno, ¿sabes que tuviste éxito en desarrollar una inteligencia artificial funcional?

—La doctora ya me dijo eso. No lo recuerdo en absoluto.

—Sí, desde luego. Entonces, sin ser demasiado detallista, lo que ocurrió fue lo siguiente. Estabas demostrando la IA, cuando el laboratorio en que se encontraban fue atacado. Tenemos razones para creer que todos los que estaban allí contigo murieron, mientras que tú fuiste herido en la cabeza por un disparo. Asumimos que te

dejaron por muerto. Todas tus notas, archivos, equipo, todo lo que tenía que ver con IA fue robado. Tú fuiste llevado al hospital y operado por la doctora Snaresbrook. Recuperaste la conciencia en el hospital y por supuesto sabes todo lo que ocurrió desde entonces. Sólo debo agregar que los ladrones nunca fueron hallados, ni los archivos recobrados.

—¿Quién lo hizo?

—Te confieso que no tenemos la más nímina idea de quién pudo haber sido.

—Entonces, ¿para qué han desplegado ese operativo militar?

—Ya ha habido otro atentado contra tu vida, en el hospital que acabas de dejar.

Brian miró sorprendido los rostros inexpresivos que lo rodeaban.

—De manera que me dicen que la IA ha sido birlada. Y quien sea que la tiene quiere mantenerlo en secreto. Tanto es así que están dispuestos a matarme, para guardar el secreto. Aun cuando no recuerdo nada sobre ella.

—Eso es correcto.

—Me llevará un tiempo acostumbrarme.

—Lo mismo sucede con todos nosotros.

Brian miró al general.

—¿Qué papel juega el Ejército en todo esto?

—Yo le voy a explicar. —El general dio unos pasos al frente. Benicoff hizo un gesto para detenerlo, luego dudó. Era mejor decírselo todo de una vez. Snaresbrook era de la misma idea e hizo un gesto de aprobación cuando vio que Benicoff se retiraba. El general levantó su único brazo y sostuvo un grabador.

—Ahora se va a identificar. Nombre, fecha y lugar de nacimiento.

—¿Por qué, señor? —preguntó Brian asombrado, surgiendo de repente su acento irlandés.

—Porque se lo ordenamos. Se han hecho declaraciones sobre su estado de salud física y mental que necesitan ser corroboradas. Ahora conteste la pregunta.

—¿Debo hacer eso? Ya conozco la razón. Apuesto a que hay gente aquí que ha estado mintiendo acerca de mí. ¿Le han contado historias raras sobre que creo tener sólo catorce años, cuando usted mismo con sus perspicaces ojos azules puede ver que eso no es verdad?

—Quizás algo parecido— Los ojos del general brillaron cuando se inclinó hacia él —. Mantendré lo que me diga en secreto.

Benicoff se alejó para que el general no viera su cara. Había vivido lo suficiente en Irlanda como para reconocer una broma irlandesa, aunque el general no podía saberlo.

Brian dudó un segundo, miró a su alrededor y se mojó los labios.

—¿Estoy a salvo ahora, general?

—Lo puedo garantizar en un ciento por ciento. Desde este momento el Ejército de los Estados Unidos se hace cargo.

—Eso es bueno saberlo. Me siento muy aliviado al decirle que me desperté en la cama del hospital con un fuerte dolor de cabeza. Y que no tengo ningún recuerdo posterior a mis catorce años. Quizás no lo aparente, general, pero tengo catorce años. Y además estoy muy cansado. Me siento repentinamente enfermo. Tengo que discutir un importante asunto médico con mi doctora.

—Señor Benicoff —dijo la doctora Snaresbrook, pescándolo al vuelo—, podrían usted y el general dejarnos solos y esperar afuera.

Lo que haya tenido que decir el general nunca salió de su boca. Su cara estaba roja, su mandíbula apretada. Finalmente giró sobre sus talones tan rápido, que la manga vacía de su brazo faltante voló a la altura del hombro. Benicoff sostenía la puerta abierta para el general y la cerró detrás de ellos en cuanto salieron. Preocupada, la doctora Snaresbrook se acercó presurosa a Brian.

—¿Cuál es el problema, Brian?

—No se preocupe, Doc, no es nada fatal. Sucede que me cansé de ese general. Pero sí tengo algo que decirle.

—¿Te duele algo?

—En realidad no, pero necesito ir al baño.



# 13

---

19 de noviembre de 2023

Benicoff dejó pasar dos semanas antes de volver a visitar a Brian. De todos modos recibía a diario un informe escrito de la doctora Snaresbrook sobre el progreso del paciente, que transmitía de inmediato al Presidente. No se apuraba en enviar la otra copia que debía despachar cada día. Con calculada malicia había programado su E-Fax para que a las tres de la mañana mandara el informe al número de seguridad no registrado del general Schorcht. Hacía esto con la esperanza de que algún oficial encontrara algo en la información lo suficientemente importante como para despertar al general. Cada noche, este pensamiento ayudaba a Benicoff a dormirse con una sonrisa.

Acompañaba también por E-fax un informe sobre el avance diario de la investigación de Megalobe. Estos informes se volvían más escuetos y vacíos cada día. El descubrimiento de una serie de cavernas, no demasiado lejos de Megalobe, había provocado un frenesí de actividad. La teoría que se barajó fue que el camión que estuvo en el laboratorio esa noche había, en efecto, dejado el valle. Pero había salido vacío. Las cosas robadas fueron enterradas en un sitio apartado, para ser desenterradas más tarde cuando todo se hubiera tranquilizado. Por eso fue tanta la excitación cuando descubrieron las cuevas. Pero encontraron allí sólo excrementos de murciélagos fosilizados. Esos restos, pensó Benicoff para sí mismo, representaban sucintamente todo lo que habían descubierto del caso hasta el momento.

Cuando amaneció, Benicoff ya había corrido una hora en el Parque Balboa, devorando después de ducharse y vestirse un desa-

yuno de bajas calorías, con café negro. A las nueve había llamado a la compañía de electrónica para verificar la hora de entrega de las cosas que había pedido. A continuación después de contestar los llamados de la Costa Este recibidos mientras había estado afuera, selló su computadora y tomó el ascensor de atrás. Este lo llevaría a la oficina de alquiler de autos MegaHertz en el subsuelo del hotel. Allí lo aguardaría el vehículo eléctrico de color amarillo que había reservado. Verificó que llevara una rueda de auxilio, que no tuviera abolladuras dudosas en la carrocería y que la batería estuviera bien cargada. No encontró demasiada circulación hasta llegar al puente de Coronado. Allí el tránsito obligó al auto de seguridad que lo escoltaba a alejarse unos cincuenta metros. Benicoff se pasó al carril VIP y sólo se detuvo al llegar al otro extremo donde un guardia de la marina le hizo señas, con una bandera, de que se detuviera.

—Me temo que no puede usar este carril, señor.

—Me temo que sí lo puedo usar.

Su pase y credenciales le valieron un saludo militar y otra inspección en la entrada VIP. Allí fue saludado nuevamente y le revisaron exhaustivamente el vehículo. Pasó por todo eso sólo para entrar en la parte pública de Coronado. Las revisiones se volvieron aún más intensas cuando llegó a los portones de la base militar.

Cuando Benicoff entró a la habitación, Brian se hallaba parado frente a la ventana. Se volvió con una sonrisa.

—Señor Benicoff, qué bueno volver a verle. No recibo demasiadas visitas aquí.

—Me alegra verte en pie. Estás estupendo.

—Así es como me siento. Ayer me quitaron los vendajes de la espalda y brazo. Me quedaron un lindo par de cicatrices como recuerdo. Mañana me darán un sombrero en vez de estos vendajes. Todo el mundo mira mi cráneo, pero yo aún no puedo verlo.

—Lo que no es una mala idea. Te daré otras buenas noticias. La doctora Snarebrook y yo, después de un asalto frontal a las autoridades navales, hemos conseguido el permiso para instalar una terminal de computadora aquí, en tu habitación, para tu uso personal.

—¡Eso es maravilloso!

—Habrás notado que dije terminal, no computadora. Será una terminal de bajo nivel conectada a la computadora principal del hospital. Puedes estar seguro que cada tecla que aprietas, aparecerá simultáneamente en la pantalla del general Schorcht.

—¡Eso es aún mejor! Me ocuparé de darle suficiente material de

lectura para que la hipertensión no se le cure más.

—Eso es lo que llamo amor a primera vista. Me gustó esa broma que le hiciste el otro día.

—Se la tuve que hacer. Habla y actúa como una de las monjas de mi escuela en Tara. La que solía romper su regla contra mis nudillos. Y hablando del mundo exterior, ¿no habrá forma de salir de aquí para tomar un poco de aire fresco?

Benicoff se dejó caer en un sillón, éste se quejó bajo su peso.

—He estado luchando con las autoridades también sobre este punto. Cuando la doctora garantice que tu salud lo permite, puedes usar la terraza del décimo piso.

—¿Me atarán con sogas para que no me lance al vacío?

—No será tan siniestro. Le eché una mirada recién cuando subía. Debe ser un lugar que se habilitó para un admirante o algo así. Es bastante grande, con salas de estar, árboles, tiene incluso un estanque con peces. Y además está bien vigilado.

—Ése es otro tema sobre el que quería preguntarle, señor Benicoff...

—Por favor dime, Ben. Así me llaman mis amigos.

—Está bien. Se trata de esos guardias. ¿Qué va a pasar conmigo cuando me mejore? La doctora me dijo que le preguntara.

Benicoff se incorporó y empezó a caminar por el cuarto.

—He pensado mucho en eso, y no he encontrado ninguna respuesta satisfactoria. Cuando dejes este hospital me temo que tendrás que ir a un lugar igualmente seguro.

—Usted quiere decir que permanecerá recluido, hasta que encuentren a quienes robaron la IA y luego intentaron matarme.

—Me temo que sea así.

—¿Entonces puedo ver un informe escrito de todo lo ocurrido desde el ataque y el robo en el laboratorio y además todo lo que descubrieron desde entonces?

—Esa información es secreto de Estado. Pero ya que trata de ti y no vas a mudarte por un tiempo, no veo por qué no puedo darte una copia. Te la traeré una mañana.

Una enfermera asomó la cabeza por la puerta.

—Aquí traen un equipo que debe ser instalado. La doctora Snaresbrook ya lo ha aprobado.

—Que lo entren.

Dos ayudantes con batas blancas empujaron un carrito, seguidos por un técnico, que llevaba las insignias del cuerpo de electricistas,

cosidas a su uniforme.

—Fue entregado hace un rato, señores. Ya lo desarmamos y revisamos. Lo volvimos a armar y está operando en forma correcta. ¿Quién va a firmar el recibo por el equipo?

—Yo lo haré —dijo Benicoff.

—Ésta no es una terminal —dijo Brian, golpeando sobre la caja metálica.

—No, señor. Es una impresora último modelo para papel “Eternitree”. La terminal ya está en camino. Aquí falta una inicial por favor. El papel está en esta caja.

—¿“Eternitree”? No conozco esa palabra.

—Debería serte familiar —dijo Benicoff, cuando la impresora y la terminal fueron conectadas y volvieron a estar solos. Tomó una hoja y se la pasó a Brian—. Fue desarrollado en la Universidad de la Libre Empresa para el diario que se publicaba allí. Es más, el nombre de tu padre y el tuyo, están en el pedido original de patente. Tengo entendido que ambos ayudaron en el proceso.

—Parece papel blanco común.

—Trata de doblarlo o de romperlo. ¿Ves a lo que me refiero? Es de un plástico resistente que ha sido texturizado, imitando el papel. Lo que significa que es casi indestructible y completamente reutilizable. Es el material perfecto para los diarios.

—Si me siento a tomar un vaso de agua, ¿me seguirá hablando sobre el tema?

—Yo buscaré el agua. Aquí está. ¿Conoces lo relativo a programación selectiva de televisión?

—Claro que sí. Tú armas tu propia programación, sólo con los temas que te interesan. Béisbol...lo que sea. Los noticiarios...del día. La TV graba las noticias que más te interesan. Cuando llegas a casa y pones las noticias, sólo ves las que tú quieras.

Benicoff asintió.

—Bueno, tu diario universitario es una versión avanzada de lo mismo. El director contrató para éste, como reporteros, a científicos de distintos lugares del mundo. Ellos mandan constantemente informes sobre todo tipo de novedades técnicas o científicas. Éstas son rotuladas y depositadas en una base de datos, junto con todas las noticias de los servicios tradicionales. El sistema de suscripción tiene un esquema de aprendizaje. Cuando aprietas el botón de avance para saltar algo, la computadora lo aprende y evita esas noticias en el futuro. El hecho más importante es que sigue tus movimientos

oculares con un sistema de rastreo. Luego analiza el contenido y registra la descripción de los temas que te interesan. Es en realidad un proceso de aprendizaje y el sistema llega cada vez mejor a definir tus intereses. Es tan bueno que si no hubiera un corte terminarías viendo sólo las noticias que quieras ver y con las que estás de acuerdo.

—Te convierte en una especie de drogadicto de las noticias. ¿Pero qué pasa cuando uno quiere curiosear otras cosas?

—Eso también está previsto dentro del sistema. El funcionamiento es tan eficiente que hay varias formas de ver otros documentos aun dentro de los archivos que uno ha elegido.

—¡Fabuloso! Entonces resulta que cada suscriptor recibe su propio diario especial. El diario del profesor de hidráulica sólo tiene noticias sobre tuberías, bombas, e inundaciones en todo el mundo. Además se le agregan avisos fúnebres y las noticias de ajedrez de que disfruta tanto. ¡Que idea genial!

—Miles de personas así lo creen. Los suscriptores pagan un derecho fijo, mientras que la computadora lleva un archivo de cuántas veces se usa cada artículo y le paga automáticamente al colaborador.

Brian hizo un rollo apretado de una hoja de eternitree, que volvió a su forma original apenas la soltó.

—Un diario personalizado que nos espera en nuestra puerta cada mañana. Pero se sigue tirando todos los días un montón de papel.

Benicoff movió la cabeza.

—Esto fue lo que tú y tu padre pensaron. El laboratorio de películas delgadas de la Universidad estaba trabajando en pantallas planas de computadora. Tu padre contribuyó con los cálculos matemáticos y éste fue el resultado final. La película en capas se cambia en forma automática de blanco a negro. Cualquier tipo de letra o foto se imprime sobre él sin problema, aun en tamaños más grandes para quienes tienen dificultades de visión. Una vez leídas las páginas, se vuelven a colocar en la impresora. Cuando se imprime el nuevo diario, éste borra el anterior. Y aun esa tecnología va a resultar, a la brevedad, superflua. Hay un hiperlibro, que será lanzado pronto al mercado que tiene dos centímetros de espesor y sólo tiene diez páginas. El lomo del libro contiene una poderosa computadora, que controla la detallada composición de cada página, más cuidada aún que la de los libros impresos. Cuando uno termina de leer la página diez y vuelve a la primera página, ésta tiene ya otras cosas impresas.

Con cien megabatios de memoria, este libro de diez páginas, puede en realidad contener una biblioteca bastante importante.

—Me quedaré con esto, por ahora. Me gusta. Voy a comenzar un diario para mí mismo.

—Puedes hacerlo, pero ésa no es la razón por la cual traje la impresora. Has estado pidiendo unos libros. Tus pedidos me han llegado. Con la impresora no sólo puedes guardar en la memoria el libro que quieras, puedes imprimirla, encuadernarla y sentarte al sol a leer.

—¡Y vuelvo a usar las hojas cuando he terminado! Hay muchos avances de los cuales me he olvidado. Dígame, ¿puede imprimir ese informe que le pedí en estas hojas? Lo podría tener ahora.

Benicoff se volvió hacia la terminal.

—No lo sé. Si este hospital tiene acceso a la red de alta seguridad será posible. Sólo hay una forma de averiguarlo.

Ingresó su código personal, se conectó con la seguridad de la base y encontró el menú de impresión. Pero antes que pudiera continuar, la pantalla se aclaró y las líneas de texto fueron reemplazadas por el semblante poco agradable del general Schorcht.

—¿Qué significa esta intromisión en la seguridad de la base? — Su voz áspera se oía más dura aún con el pequeño micrófono de la terminal.

—Buen día, general. Sólo intentaba copiar el informe clasificado Megalobe para Brian.

—¿Está usted loco?

—No más de lo acostumbrado. Piénselo un momento, general. Brian estuvo allí, es nuestro único testigo. Necesitamos su ayuda. Si no le puedo conseguir una copia ahora, le traeré una personalmente mañana. ¿Tiene esto algún sentido para usted?

El general Schorcht miró en medio de un silencio frío mientras pensaba una y otra vez.— Los circuitos del hospital no son seguros. Haré que el Pentágono transfiera una copia a la Central de Seguridad de la Base. Un mensajero le llevará la copia.

La pantalla se puso en blanco en cuanto terminó.

—Muy bien, entonces adiós, señor. Fue un placer conversar con usted. Ya escuchaste, Brian.

Brian asintió.

—No sé si podré ayudar en algo, pero al menos puedo averiguar qué fue lo que me pasó allá. Hace algún tiempo, la doctora Snaresbrook me dijo que los otros habían sido muertos. ¿Eran

muchos?

—No lo sabemos, ésa es una de las cosas exasperantes de este caso. Podemos estar casi seguros de la muerte de un hombre, el presidente de Megabole, J.J. Beckworth. Encontramos una gota de su sangre. Pero faltan en total diecisiete hombres. No sabemos cuántos de ellos fueron muertos y cuántos participaron en el crimen. Ya lo leerás en el informe.

—¿Qué se llevaron?

—Todos los archivos y parte del equipo vinculado a tu trabajo sobre inteligencia artificial. También se llevaron todo el equipo electrónico, los expedientes, los libros y cada pedazo de papel de tu casa. Los vecinos dijeron que un camión de mudanzas estuvo estacionado allí por lo menos medio día.

—¿Localizaron el camión?

—Las placas eran falsas y la compañía no existe. Ah, sí, los mudadores tenían aspecto oriental.

—¿Eran de algún país en especial, chinos, japoneses, tailandeses, laosianos, vietnamitas?

—Los testigos, que era gente mayor, sólo pudieron identificarlos como orientales.

—Y el rastro va desapareciendo con cada día que pasa.

Benicoff asintió desesperanzado.

—Me gustaría serle de ayuda, pero, hasta donde puedo recordar, aún sigo viviendo en la universidad. Quizás si fuera a casa, conseguiría algunas pistas. Quizás se olvidaron de la salvaguardia de mi computadora. Perdí dos archivos importantes cuando empecé a programar seriamente y juré que nunca me volvería a pasar. Escribí un programa que guardaba toda la información en forma automática en un disco externo, mientras yo trabajaba.

—No es una mala idea, pero se llevaron todos los discos que había en la casa.

—Pero mi programa hacía algo más que grabar la información en un disco. Cuando tenía catorce años de edad, mi programa también grababa mis documentos en la computadora principal del laboratorio de mi padre, a través del modem de nuestro teléfono. ¿Me pregunto cómo lo habré organizado en mi casa?

Benicoff se había puesto de pie, y tenía los puños apretados.

—¿Te das cuenta de lo que acabas de decir?

—Claro. Existen muchas probabilidades que haya una copia de mi investigación de IA en algún banco de memoria en algún lado.

¿Esa copia podría ayudarnos, no es así?

—¿Ayudar? Muchacho, quizás podríamos reconstruir tu IA con ese archivo. No resolvería el problema de saber quién ha cometido todos estos delitos, pero ellos ya no serían los únicos en poseer la inteligencia artificial—. Tomó el teléfono y discó un número—: La doctora Snarebrook, por favor. ¿Cuándo? Dígale que me llame tan pronto vuelva. Correcto, es Benicoff. Dígale que es urgente saber cuándo su paciente podrá dejar el hospital. Es una pregunta de la más alta prioridad.

# 14

---

10 de noviembre de 2023

La enfermera entró apresuradamente a la habitación, dejando la puerta abierta.

—Ahora tendrá que retirarse, señor Benicoff— Abrió la cama y acomodó las almohadas mientras hablaba —. Ya es hora de acostarse, Brian.

—¿Tengo que hacerlo? Me siento bien.

—Por favor, obedéceme. Tienes el pulso acelerado y la presión alta.

—Sólo se debe a que estoy entusiasmado con algo, eso es todo.

—A la cama. ¿Me escuchó usted, señor Benicoff?

—Sí, bien, desde luego. Seguiremos después, Brian, cuando hable con la doctora.

A pesar de los meses de descanso y de tratamiento, aún lo afectaban el trauma de los disparos y la cirugía subsiguiente. Brian se durmió casi de inmediato y no despertó hasta escuchar voces. Cuando abrió los ojos, Benicoff y la doctora se hallaban junto a su cama.

—Tuviste una sobredosis de excitación —dijo la doctora Snaresbrook—. Pero no es para preocuparse. Ben me dice que estás inquieto por salir de gira al campo.

—¿Sería eso posible?

—Debido a la cirugía tendrás que esperar un tiempo. Pero quizás no sea necesario.

—¿Por qué?

—Ben te lo explicará.

—Mi presión debe haber subido tanto como la tuya —dijo Benicoff — porque en el entusiasmo del momento no lo pensé. No

hay necesidad física de que te vayas todavía a tu casa. Ordenaré que la inspeccionen otra vez, pero dudo que encuentren algo nuevo. Tu dijiste, Brian, que solías guardar las grabaciones de tu computadora en la computadora de tu padre.

—Así es.

—Bueno, se han producido importantes cambios tecnológicos en las comunicaciones, que quizás no recuerdes. Por un lado, ahora todo se transmite en forma digital y las fibras ópticas han suplantado al alambre de cobre hasta en las áreas más remotas. Cada teléfono tiene un modem incorporado, pero éstos ya están pasados de moda. Todas las grandes ciudades tienen redes para teléfonos celulares y éstos siguen expandiéndose —dio un golpecito con los dedos al teléfono que tenía en la hebilla del cinturón—. Tengo mi propio número para esto. Casi siempre llama cuando estoy en Estados Unidos continental.

—¿Tiene una conexión satelital?

—No, las conexiones satelitales son muy lentas para la mayoría de los usos, en especial para telepresencia. Actualmente, todo se hace con fibras ópticas, incluso los cables que van por debajo del mar y que son baratos y rápidos. Tienen bastante espacio para comunicaciones de las populares bandas de 8000 MegaHertz y transmiten en las dos direcciones.

Brian asintió.

—Ya me doy cuenta, Ben. Intenta decir que sería poco probable que haya guardado en casa un disco mecánico para conservar mis archivos. Sin duda usaba un disco electrónico. Lo que implica que debo realizar una búsqueda electrónica.

—Así es. Hoy en día existe un sinnúmero de bases de datos y programas de comunicaciones. Puedes haber usado uno o más de éstos. Pero las leyes que regulan la privacidad de las computadoras son muy estrictas. Aun el FBI debe solicitar permiso a los tribunales para una búsqueda.

—¿Y qué pasa con la CIA?

—Estarás contento de saber que se excedieron en sus triquiñuelas y la legislación que acaba de promulgarse los aparta de este asunto. Son otra víctima de la transparencia informativa, y no los vamos a extrañar. En particular los contribuyentes que han estado pagando miles de millones para mantener un departamento de estado, que sólo producía informes inexactos, organizaba revoluciones en países amigos, minaba sus bahías y lograba matar a millones

de personas en el camino. Los han reducido al significado original de su nombre, una agencia central de investigaciones, encargada de velar por la paz en vez de lanzar nuevas guerras. Ahora bien, si firmas un acuerdo podemos empezar la búsqueda de inmediato.

—Por supuesto.

No sólo se tenía que firmar papeles, había también numerosas búsquedas de circuitos y comunicaciones telefónicas así como la verificación de su identidad por tres agencias gubernamentales distintas. Benicoff mandó todo por fax confidencial. Luego bostezó y se desperezó.

—Ahora esperaremos —dijo.

—¿Cuánto tiempo tardará?

—No tomará más de una hora. Antes que existieran las transferencias electrónicas esto hubiera demorado días, incluso semanas.

—Muchas cosas han cambiado en los diez años desde que... desde que estuve afuera —dijo Brian—. Sin embargo, miro las noticias y veo que otras no cambiaron en lo más mínimo. Y otras veces pierdo más de la mitad de las referencias.

El trámite estuvo listo en el lapso de una hora y obtuvieron los resultados diez minutos más tarde. La impresora zumbó y escupió las hojas de eternitree. Benicoff se las llevó a Brian.

—Tienes cuentas con seis firmas distintas.

—¿Tantas?

—Son pocas. Esta de aquí es una base de datos científica, una de esas que se renuevan cada hora. Reemplazan las bibliotecas técnicas y trabajan mucho más rápido. El tiempo de acceso es menos de un segundo. Este es un correo, consigue boletos para cualquier cosa desde partidos de béisbol hasta viajes de avión. Estas otras cuatro aquí son las más probables. ¿Quieres revisarlas primero?

—¿Qué debo hacer, doctora? ¿Puedo levantarme de la cama?

—Preferiría que no lo hicieras.

—No hay necesidad —dijo Benicoff, acercándose a la terminal y desconectando el teclado—. Esto tiene un enlace infrarrojo, no necesita cables. Y voy a pedir "holospecs" por teléfono.

A Brian le encantaron los holospecs. Eran anteojos livianos con un circuito sobre cada oreja. Los cristales parecían simples lentes de vidrio, aunque él adivinó que podrían tener el aumento necesario si necesitara anteojos. Cuando se los conectaba la imagen de la pantalla de una computadora flotaba ante sus ojos.

—Muy bien. ¿Qué hago ahora?

—Llama a la base de datos, te identificas y le das tu número de código. Luego adivinas.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Cada cuenta tiene un código de seguridad que sólo el dueño conoce. Prueba cualquier código viejo que recuerdes. Si eso no funciona adivina algunos nuevos. Estas compañías ya saben lo que está sucediendo y han desactivado los programas de alarma. Generalmente, después del tercer intento, la computadora corta la conexión y da a la policía el número telefónico de la persona que hizo el intento.

—¿Y si esto no funcionara?

—Vamos a necesitar una orden de la Corte para entrar. Tomará al menos un par de días.

Brian averiguó rápidamente que los viejos hábitos no se olvidan. Tres de las cuatro se abrieron de inmediato a algunos de sus códigos con sus términos irlandeses favoritos. No algo tan burdo como SHAMROCK, pero ANLAR abrió la primera y LEITHRAS las otras dos.

—*An Lar* significa centro de la ciudad, está escrito en la delantera de todos los autobuses. *Leithras* es la palabra gaélica para baño —explicó él—. Los niños irlandeses disfrutan mucho de los chistes sobre baños. Pero no tengo idea de qué abrirá la última. ¿Podemos dejarlo para más tarde y ver mientras tanto qué hay en las tres primeras? ¿Es un poco como devolverme la memoria, no es así?

—Claro que lo es —dijo Benicoff—. Sólo por si acaso, pediré una orden de la Corte para abrir la última. Tendrás que firmar otros formularios.

El primer código resultó ser de una caja postal en un correo electrónico. La última entrada tenía un poco menos de dos años de antigüedad. Brian puso en pantalla algunas de las cartas más antiguas y las leyó. Le dieron una sensación rara. Ningún nombre de los que le escribían le resultaba familiar. Incluso sus propias cartas tenían un tono extraño. Sí, él las había firmado, pero no sentía que las hubiera escrito. Era como leer la correspondencia de otra persona. Se hacían menciones ocasionales a la IA, pero sólo de pasada, nunca en detalle.

Guardó todo en la memoria de la computadora para volver a revisarlo en algún otro momento. Luego abrió los otros dos archivos. Uno contenía sus balances financieros y declaraciones de impuestos. Le resultó fascinante aunque en cierta forma desalentador. Había

comenzado a ganar dinero de regalías cuando era muy joven. Se acordaba de ello. En su mayoría las entradas eran por venta de programas. Después había un depósito importante, de la venta de su casa y luego otros de la herencia de su padre. Se apuró en revisar más adelante. El dinero también desaparecía de prisa, en la misma forma que desapareció pocos años todo el dinero, justo antes que fuera a trabajar en Megalobe. La correspondencia con la compañía le resultó interesante, en especial los detalles de su contrato. Tenía bastante en qué pensar. Guardó este archivo también y concentró su atención en el último registro.

Pasó varias pantallas, leyó cuidadosamente unos minutos, luego borró todo. La doctora había salido y Benicoff estaba inclinado sobre el teléfono haciendo una llamada. Estaba por atardecer y la habitación se oscurecía.

—Ben, ¿tiene un minuto?

—Claro.

—Me estoy cansando. Terminaré de revisar estos archivos por la mañana.

—Deja que guarde el teclado. ¿Encontraste algo sobre IA?

—No hay nada en éstos.

—Entonces voy a acelerar esa orden de la Corte. Después que descanses esta noche, trata de recordar algunos otros códigos, ¿de acuerdo?

—Claro que sí. Lo veré por la mañana.

—Te empiezas a ver cansado. Descansa un poco.

Brian asintió y vio retirarse al hombre alto. No estaba cansado, estaba totalmente deprimido.

Había leído lo suficiente como para saber que no le gustaba lo que veía. El principio le resultaba familiar. Eran las notas que había hecho después del desastroso asunto con Kim. Una vez que la depresión y el odio cedieron un poco, había escrito más notas sobre su teoría de la Máquina Administradora. Recordó haberla incorporado en su trabajo de IA, pero también recordó observando que podía ser un método de control personal. Aparentemente había llevado esta idea más lejos, desarrollando con ella una nueva ciencia de la mente, más en teoría que en la práctica, por lo que había leído en el archivo llamado Terapia Zenome. No sonaba tan extraña y alejada de la experiencia como la “Dianética”, pero había en ella grandes corrientes subyacentes de megalomanía. No le había resultado una lectura grata y estaba seguro que no le gustaba la persona que había escrito

aquello.

Algunas decisiones son fáciles de tomar cuando los hechos están frente a nosotros. Él había pensado sobre esto en la última semana y la llamada ciencia de la Terapia Zenome lo había ayudado a decidirse. Apretó uno de los timbres que estaban junto a la cama. La enfermera entró momentos después.

—Sabe si la doctora Snaresbrook todavía se encuentra en el hospital.

—Creo que sí. Iba a supervisar la instalación de un equipo. La doctora se está mudando a la nueva oficina que le han asignado en este edificio.

—¿Podría verla, por favor?

—Por supuesto.

Los últimos resplandores del atardecer se apagaban en el firmamento. Brian bajó las luces para mirar por la ventana. Cuando el cielo estaba completamente oscuro, prendió el botón piloto de la computadora. Las cortinas se cerraron y la habitación se iluminó. La doctora entró poco después.

—Bueno Brian, has tenido un día ocupado. ¿Te sientes mal?

—En realidad, no. Antes estaba cansado, pero una siesta arregló eso. ¿Cómo están mis signos vitales?

—No podrían ser mejores.

—Muy bien. Entonces diría que estoy en vías de recuperarme, razonablemente sano, aparte del delirio de que sólo tengo catorce años cuando en realidad tengo más de veintiuno.

—Si le sacas la palabra “delirio” estoy de acuerdo.

—¿Le he dado alguna vez las gracias por lo que ha hecho por mí?

—Lo haces ahora y te lo agradezco, y además estoy muy satisfecha con la forma en que todo se está resolviendo.

—No quisiera apenarla, Doc. ¿Pero le caería muy mal si pronto suspendiésemos las sesiones de restauración de recuerdos?

—No te entiendo...

—Piénselo en esta forma. Estoy satisfecho con lo que soy. Me gustaría crecer por mí mismo de ahora en más. Quiero ser yo quien avance en años, no sé si entiende lo que quiero decir. Si se averigua la verdad, a mí no me interesa el otro yo, el que fue aniquilado por la bala. No me preocupa seguir con las sesiones para averiguar cuántos recuerdos he perdido, si hay cosas que debiera saber y que desconozco. Quiero mi pasado recuperado todo lo posible. Entonces tan pronto como usted esté satisfecha con eso, quizás piense dejarlo

ahí. Sin embargo, me gustaría seguir con los experimentos que usted sugiere para ver si puedo hacer interfase interna con la computadora. ¿Está de acuerdo con esto?

Erin Snarebrook estaba conmocionada, intentó no demostrarlo.

—Bueno, claro que nadie puede forzarte. Por favor, duérmete ahora. Podemos hablar de esto por la mañana. Es una decisión demasiado importante para tomar en este momento.

—Ya lo sé. Por eso la estoy tomando. Ah, y otra cosa. Pero podemos hablar de eso mañana.

—¿De qué se trata?

—Quiero ver a un abogado.



# 15

---

11 de noviembre de 2023

Benicoff esperó que Brian terminara su desayuno para entrar a verlo. Lo distrajo hablándole sobre su salud, el clima. Le dijo que había pedido una orden de la Corte para abrir el archivo de computación restante y que quizás estuviera lista a última hora de ese día. Luego esperó que Brian le tocara el tema. Esperó en vano. Por fin tuvo que hacerlo él mismo.

—Recibí una llamada bastante preocupante de la doctora Snaresbrook. Me dijo que querías abandonar las sesiones de recuperación de memoria. ¿Quieres hablarme de ello?

—Bueno, es un asunto algo personal, Ben.

—Si es personal, entonces no te preguntaré. Pero si concierne a mi investigación o la IA, entonces estoy interesado. Todo está ligado, ¿no lo crees así?

—Sí, así lo creo, pero eso no me facilita nada. ¿Puedo hablarte como un amigo? Yo te considero mi amigo.

—Tomo eso como un cumplido. Y además éramos buenos amigos antes que todo esto sucediera. Lo que has atravesado ha sido condenadamente duro. Te aseguro que no muchas personas lo hubieran logrado. Eres un muchacho fuerte y me gusta tu estilo.

—Gracias —dijo Brian con una sonrisa.

—No hace falta que me agradezcas. Me hará feliz que confíes en mí. Sólo con la condición que no olvides que todavía estoy a cargo de la investigación en Megalobe. Cualquier cosa que digas que tenga que ver con el caso, tendré que tomarlo en forma oficial.

—Eso ya lo sé y aún quiero ayudar en la investigación todo lo que pueda. Lo hago por mi propio bien también. Cuando crezca, o más bien cuando crecí, tiempo pasado, inventé la IA, luego dejé que

me la robaran junto con mis recuerdos. Ahora que sé que la IA puede ser construida, la voy a reinventar, si eso es lo que debo hacer. Pero voy a ser yo quien lo haga, no otra persona con mi nombre. ¿Soy lo suficientemente claro?

—En realidad, no.

Los dos se rieron de la respuesta. Brian apartó las sábanas, se puso la bata y sus pantuflas. La ventana estaba abierta, se acercó y se paró frente a ella, respirando el aire puro del océano.

—El aire es mejor aquí que en el Golfo. Allí el clima es demasiado húmedo, demasiado caluroso, nunca pude acostumbrarme a él. —Se dejó caer en el sillón—. Lo voy a decir de otra manera. Imaginemos que lo que me pasó a mí, los disparos y todo el resto, te hubiera pasado a ti. Entonces te sientas allí con treinta y siete años de edad...

—Muchas gracias, pero sería más aproximado si dijeras cincuenta.

—Está bien. ¿Entonces cómo te sentirías si te cuento que recibiste un golpe en la cabeza y que en realidad tienes setenta años de edad? Pero eso no importa, porque tengo un invento que manipulará tu mente y pronto volverás a tener setenta.

Benicoff frunció el ceño y miró a la distancia.

—Empiezo a entender lo que quieres decir. No quiero tener esa edad sin antes haber vivido hasta esa edad. Traer de vuelta esos recuerdos sería como traer a un extraño dentro de mi cabeza.

—Lo has expresado mejor que yo. Así es como me siento. Si encuentro que hay brechas en mi memoria pasada, cosas que necesito saber pero que he olvidado, es seguro que me gustaría llenar esas brechas, así que seguiremos con las sesiones. Pero yo voy a crecer hacia el futuro, no dejar que sólo lo bombeen en mi cabeza.

—¿Y qué me dices de tu educación? No puedes decir que tienes un título en una materia que desconoces.

—Tienes razón. Si hay algo que no pueda recordar, entonces tendré que volver a aprenderlo. Tengo la transcripción de todos los cursos y conferencias de la escuela para graduados, incluso una copia de mi lista de lectura. Y la doctora dice que si esos recuerdos están aún allí, debemos poder encontrarlos. Yo quiero lograrlo. Si no tengo éxito, volveré a aprender todo. Además mucho de los textos que leí ya están obsoletos y voy a necesitar que alguien me ayude a ponerme al día.

—Déjame ver tu lista sobre Sistemas Expertos. Todavía trato de

mantenerme al día con la literatura.

Brian levantó la vista, perplejo.

—Pero yo pensé que eras...

—¡Un burócrata del gobierno! Sólo me dieron ese cargo y no por elección. Yo comencé escribiendo Sistemas Expertos y de allí pasé a localizar los defectos de otros. Lo logré tan bien que aquí estoy. Esa es la triste historia de mi vida.

—No es tan triste. No todo el mundo puede llamar al Presidente y conversar con él...

Sonó el teléfono y Brian lo contestó. Escuchó y asintió.

—Está bien. Dígale que suba.

—Yo me voy —dijo Ben—. Ya hice esperar una hora a ese abogado que te acaba de llamar —Ben se rió de la expresión de sorpresa que sus palabras causaron a Brian—. El investigador del Presidente ve todo, nunca lo olvides. Parte de su trabajo es cuidar que te mantengas con vida. Todas las visitas se pasan por un cedazo. Por el momento, olvídate de la privacidad.

Al terminar la frase, Ben se llevó el índice a los labios, luego apuntó hacia arriba y formó con la boca en silencio las palabras: *General Schorcht*. Brian asintió al entender y Ben dejó el cuarto.

El mismo debería haberse dado cuenta. Su terminal se comunicaba directamente con la oficina del general, y además al estar en una base militar, era probable que hubiera también micrófonos en la habitación. Esa era otra cosa que debía recordar.

—Adelante —dijo al escuchar los golpes en la puerta. Abrió los ojos con sorpresa al ver que un oficial uniformado del ejército abría la puerta. La credencial en su pecho decía: *Mayor Mike Sloane*.

—Usted pidió verme.

—No a usted en persona. Quería ver a un abogado.

—Entonces ese soy yo —esbozó una sonrisa fácil en su largo rostro bronceado—. Soy adjunto a la oficina del general. He pasado la verificación para temas clasificados Secreto de Estado; así llegué a leer su expediente. Dígame, Brian, ¿en qué puedo servirle?

—Bueno, ¿tiene usted también experiencia con el código civil?

Mike se rió.

—Existe una sola legislación. Trabajé como mula en Wall Street antes de optar por viajes, educación y carrera.

—¿Y qué tal sus conocimientos sobre contratos?

—Soy un genio en contratos. Esa fue una de las razones por las cuales me enrolé, para alejarme del derecho corporativo.

—Entonces le haré una pregunta importante. ¿Me ayudará a mí o ayudará al Ejército?

—Esa es una buena pregunta. Si hubiera una coincidencia el Ejército tendrá prioridad. Si éste es un asunto estrictamente civil, se mantendrá confidencial entre nosotros, o hasta que usted contrate un asesor civil. ¿Me va a decir de qué se trata?

—Claro. Tan pronto como sepa que lo mantendrá como confidencial. Se que vigilan mi terminal, ¿pero también habrán colocado un micrófono en esta habitación?

—Es lo que considero una buena pregunta. Déme un par de minutos para hacer un llamado y veré si puedo darle una respuesta.

Pasaron más de un par de minutos. Cerca de una hora transcurrió antes que volviera el mayor.

—Muy bien, Brian, ¿qué puedo hacer por usted?

—¿Tiene este cuarto algún micrófono?

—Claro que no puedo contestar esa pregunta. Pero sí puedo asegurar que nuestra conversación será confidencial.

—Muy bien. Dígame entonces si le puedo hacer un juicio a Megalobe por no protegerme, por colocarme en una situación peligrosa para mi salud.

—Mi primera reacción sería decir “no será fácil”. El gobierno es propietario de una buena parte de la compañía y nadie se ha enriquecido demandando al gobierno. De cualquier manera tendrá que estudiar una copia de su contrato de empleo.

—Hay una copia sobre aquella mesa. Eso fue lo que me molestó. Y no quiero en realidad demandarlos, con la amenaza bastará. Cualquier amenaza bastará para conseguir un contrato mejor que ese. ¿Conoce todos los hechos acerca de mi caso, sobre mi memoria?

—Afirmativo. Leí todo el expediente.

—Entonces debe saber que no conservo los recuerdos de los últimos años. Así que leyendo parte de mi correspondencia, descubrí que lejos de beneficiarme, Megalobe me extorsionó financieramente cuando quedé sin dinero para terminar de desarrollar mi IA. Descubrí también, sin enorgullecerme, que carecía de sentido comercial. Pero deseaba tanto terminar el trabajo que permití que casi me obligaran a firmar ese contrato. El que parece otorgarle a la compañía muchos más beneficios que a mí.

—Entonces la lectura de este contrato es de alta prioridad.

—Léalo, mientras busco un jugo de naranja. ¿Quiere usted también? ¿O quizás algo más fuerte?

—No bebo alcohol mientras estoy de servicio. Un jugo me bastará.

El mayor lo leyó lenta y cuidadosamente. Brian también leyó una copia que había impreso de un artículo de Carbonell sobre el nuevo campo matemático de la “geometría excluor”. Era un tema de psicología, que concernía a la pregunta de por qué las personas empiezan a usar diagramas cuando las explicaciones se vuelven demasiado complicadas. Explicaba el autor que esto se debía a que el lenguaje es aún fundamentalmente serial y unidimensional. Podemos decir algo antes o después, pero no hay ninguna forma fácil de referirse a cuatro o cinco cosas a la vez. Con la IA siempre en mente, se dio cuenta que sólo porque la inteligencia humana trabajaba en esta forma, eso no debía imponerle limitaciones a la inteligencia artificial. En vez de tres o cuatro ideas, la IA podía manejar docenas de ideas al mismo tiempo. Parpadeó y levantó la vista cuando escuchó al abogado reírse y dejar el contrato. Este sacudió la cabeza y vació su vaso de jugo antes de hablar.

—Como solíamos decir en la universidad, lo han embaucado sin que lo sepa. Este contrato es aún peor de lo que dijo. Pienso realmente que no obtendría ningún beneficio de su trabajo si dejara su empleo con ellos, y mientras siga trabajando allí la ganancia será toda de ellos.

—¿Puede redactar un contrato mejor?

—Lo haré con placer. Ya que el Ejército quiere desarrollar la IA tanto como cualquier otro, tendríamos mucho en nuestro favor dirimiendo este asunto de una vez por todas. Pero aquí hay extraños precedentes. El contrato es legal y está vigente, ¿pero usted no lo firmó?

—No, el yo más viejo lo hizo. El yo que está sentado aquí, no lo había visto hasta ayer.

Mike se frotó las manos con entusiasmo mientras caminaba de un lado al otro del cuarto.

—¡Ah, cómo me gustarían los honorarios por discutir este caso en la Corte! Los tiene agarrados por donde más duele. Me puede corregir si estoy equivocado, pero usted es el que va delante de todo el mundo en el desarrollo de verdadera IA.

—Espero serlo. Aparentemente estaba en el camino correcto antes de mi... accidente. La doctora Snaresbrook cree que tengo una buena probabilidad de volver a retomarlo. Por el momento estudio lo básico y no tengo garantías que volveré a llegar adonde estaba.

Pero tengo todos mis apuntes y haré todo lo posible por lograrlo.

—Claro que lo hará, sigue siendo la única esperanza de Megalobe. Nada rinde tanto en este mundo como tener un monopolio. Le voy a sugerir a mis superiores que le sugieran a la gente de Megalobe que deben anular este contrato y firmar uno nuevo. ¿Le parece satisfactorio? ¿Le haría aún un juicio?

—Me aconseja que firme un nuevo contrato y no los demande. ¿Qué les debería pedir?

—Algo simple. Se ocupa de preparar todo lo necesario para desarrollar la nueva IA, desarrolla la Ia. Cualquier ganancia neta de la producción de la IA se dividirá por mitades entre usted y las partes.

—¿Usted dice que debería exigir la mitad de las ganancias? —dijo Brian sorprendido—. ¡Eso podría ser millones, quizás miles de millones de dólares!

—Sí. No hay nada malo en el hecho de ser millonario, ¿no es así?

—No, pero es una idea nueva que debo considerar.

—¿Quiere que empiece con esto?

—Sí, por favor.

Mike se puso de pie y miró el contrato, suspirando dramáticamente.

—Esta es la primera vez desde que me alisté que tengo deseos de volver a la práctica privada. ¡Si fuera un abogado civil, y me encargaran este asunto ganaría una fortuna!

—Alguien me dijo una vez que los abogados se comen a sus clientes.

—Brian, muchacho, ¡esa persona tenía razón! Lo llamaré en cuanto tenga novedades.

Brian durmió una siesta después del almuerzo; ya se sentía mucho mejor cuando una enfermera abrió la puerta y un ayudante del hospital entró empujando una silla de ruedas.

—¿Está listo para su sesión con la doctora? —preguntó la enfermera.

—Claro que lo estoy. ¿No puedo ir caminando?

—Mejor siéntese. Son las órdenes de la doctora.

Brian tomó las hojas de la carpeta que había estado leyendo y las llevó consigo. Se quedó en la silla cuando los finísimos dedos tocaron su cuello e insertaron el nexo de fibra óptica en su lugar.

—Doc, le puedo pedir algo especial para esta sesión?

—Por supuesto, Brian. ¿Qué quieras?

—Esto —Le alcanzó los papeles—. Hice un curso y me gradué

en topología y éste es un artículo sobre ese tema que acabo de imprimir. Lo empecé a leer y me di cuenta que es demasiado profundo y complejo para mí. ¿Si lo leo ahora, hay alguna posibilidad de que encuentre mis recuerdos anteriores sobre el tema? ¿Sus controles podrán mostrar en alguna forma que ha dado en el sitio correcto? Luego puede apretar el botón y devolverme mis recuerdos.

—Me gustaría que fuera tan simple, pero podemos intentarlo. De todas formas iba a sugerir alguna experiencia como ésta. Así que estoy más que dispuesta a intentarlo.

El material era bastante complejo y Brian tuvo que releerlo mucho para encontrarle sentido. Leyó casi la mitad del artículo antes de dejarlo.

—¿Ha hecho algún contacto, Doc?

—Observo mucha actividad, aunque está tan esparcida que deben haber muchas líneas-K involucradas. Mi máquina no está preparada para analizar redes tan complejas. Este es el tipo de interconexiones que sólo el cerebro humano puede hacer.

Brian se pellizcó el puente de la nariz.

—Estoy un poco cansado. ¿Podemos dejar todo por hoy?

—Claro que sí. Estuvimos de acuerdo desde un principio que nos detendríamos apenas sintieras cansancio.

—Gracias. Quisiera poder hacer contacto con la computadora implantada, para darle órdenes más complejas que “¡Apágate!”

—Bueno, siempre lo puedes intentar.

—¿No sería fantástico si lo pudiera lograr? Sólo tendría que darle una orden a la computadora, como por ejemplo: Abre el archivo sobre topología.

La sonrisa de Brian de repente se trocó en sorpresa. Se quedó contemplando el espacio, luego miró a la doctora Snaresbrook.

—Esto es lo que considero interesante. ¿No le dije cuando entré que sabía poco o nada del campo matemático de la topología? Bueno, debí estar muy cansado o algo, quizás no me concentraba. Pero ahora recuerdo mi tesis muy bien. Conocía todas las novedades en ese entonces. Comencé utilizando simplemente una teoría algebraica de nudos, basada en la teoría de polinomios del viejo Vaughn Jones que clasificaba caóticamente trayectorias invariables y luego apliqué esto a distintos problemas de física. No era nada demasiado inspirado y estoy seguro que debe ser anticuada hoy en día. Estoy empezando a entender por qué dejé las matemáticas puras y me dediqué a la IA.

Brian parecía dar por sentado sus recuerdos cargados, trasplan-

tados, pero no así la doctora Snaresbrook. Sus manos temblaban tanto que tuvo que apretarlas. Brian *había* usado el implante de computadora como interfase con sus propios recuerdos. Existía una verdadera interfase en operación entre el hombre y la máquina.

# 16

---

14 de noviembre de 2023

El área de descanso en el décimo piso del hospital era más parecida a un jardín que a una terraza. Un guardia de la marina revisó la identificación de Benicoff antes de dejarlo pasar a ese lugar con palmeras en macetas. Brian estaba sentado con la cabeza protegida por una sombrilla de playa; se había quemado la cara al quedarse dormido al sol el día anterior y no quería cometer el mismo error. Levantó la vista del libro y saludó a su visita.

—Qué bueno verte, Ben.

—Lo mismo digo yo, aunque no te van a gustar las noticias. No habrá ninguna orden judicial para tener acceso a tus bases de datos. En los últimos años, para preservar la privacidad, las leyes han prohibido ese tipo de acceso a los archivos. Si hubieras muerto sería distinto.

—No entiendo.

—Cada tanto alguien muere en un accidente automovilístico sin dejar registrados sus códigos de acceso. Hay audiencias, pruebas de relaciones, una cantidad de trabajo necesario para conseguir una orden judicial. Y no existen excepciones a estas leyes.

—¿Entonces qué puedo hacer?

—Debes ir en persona a la base de datos y probar quién eres tú. Luego depende de la compañía decidir si van a entregar el material o no. Y eso no va a ser fácil.

—¿Por qué?

—Porque, y en esto no te miento, la compañía que tiene tus archivos no está en este país. Está en México.

—¡Me estás tomando el pelo!

—Ojalá lo estuviera haciendo. La compañía está instalada en Tijuana. Los sueldos son aún más bajos allí. Está apenas cruzando la frontera, más o menos a veinte kilómetros de aquí. Muchas plantas norteamericanas que ensamblan aparatos electrónicos están radicadas en el lugar. Esta compañía fue probablemente establecida para atender a esas plantas. ¿Crees que debemos comenzar a planear un viaje hasta allí?

—No, por el momento no.

—Eso es lo que creí que dirías —manifestó Benicoff con una sonrisa, mientras Brian lo miraba asombrado—. Ya que tu genio legal del ejército tiene a los abogados de Megalobe corriendo en círculos y dando ayes de dolor. Finalmente tendrán que avenirse a tus condiciones. Ya he hablado con el de arriba sobre esto. Así que ahora se presiona a los militares para que ellos presionen a la compañía a firmar un nuevo contrato.

—¿Has estado arriba, hablando con Dios?

—Casi. Y supuse que no ibas a mirar esos archivos hasta que tu futuro estuviera asegurado.

—Estás siempre un paso por delante de mí.

—¡No cuesta nada ser más rápido que un chico de catorce!

—Jáctate si quieras. Este es un chico de catorce que ha desarrollado una pasión por la cerveza. ¿Quieres acompañarme?

—Por qué no. En tanto que sea cerveza Bohemia.

—No conozco esa marca.

—Está fabricada en México, ya que hablábamos de ese país... Pienso que te va a gustar.

Brian llamó y un camarero llevó las cervezas. Brian se relamió y tomó un buen sorbo.

—Esta cerveza sí que es buena. ¿Has hablado con la doctora Snaresbrook últimamente?

—La llamé esta mañana. Dice que te estás enloqueciendo aquí en el hospital y que quieras irte. Pero ella quiere retenerte por lo menos otra semana.

—Eso es lo que me dijo a mí también. No tengo ningún problema, por lo menos eso supongo.

—Y yo supongo que después vas a preguntarme si puedes ir a México.

—Ben, ¿te estás dedicando a leer los pensamientos?

—No es difícil. Tú quieras seguridad para esos archivos y nosotros queremos lo mismo. Las líneas telefónicas pueden ser

interceptadas, los archivos copiados. Y los GRAM pueden perderse en el correo.

—¿GRAM? ¿No te refieres a los MDAAs?

—Esas son cosas del pasado. La memoria dinámica de acceso aleatorio es una especie extinguida. Los GRAM de megabytes son estáticos, no necesitan baterías y tienen tanta memoria que están reemplazando los CD y las cintas digitales de audio. Con las nuevas técnicas de compresión semántica, pronto reemplazarán también a las cintas de video.

—Quiero ver un GRAM.

—Ya lo verás, tan pronto arreglemos el viaje. Y además no voy a complicarte, forzándote a decir que no, ofreciéndome a ir allá en tu lugar. Ya hablé con varias personas de seguridad sobre esto.

—Estoy seguro que están locas de felicidad con sólo pensar que voy a dejar el país.

—¡Es mejor que lo creas! Pero cuando pasó la primera ola de protesta, me dijeron que el FBI tiene un acuerdo con el gobierno mexicano para este tipo de cosas. Hay un intercambio regular debido al dinero de las drogas y archivos de computadora, por lo general con bancos. Gente del Servicio Secreto especialmente equipada nos acompañará durante todo el camino. La policía mexicana se nos unirá en la frontera y nos volverá a traer a los Estados Unidos.

—¿Así que puedo ir allá y conseguir mis archivos?

Benicoff asintió.

—Tan pronto como la doctora diga que estás en condiciones. Y te advierto que el viaje será más parecido a una invasión que a una solitaria caminata cruzando la frontera. Serás escoltado todo el camino hasta allí y todo el camino de vuelta.

—Y que pasará con los archivos, ¿me los quitarán una vez que los tenga en mis manos?

—Tienes una mente desconfiada y perversa, Brian Delaney. Lo que es tuyo seguirá siendo tuyo. Pero, y estoy justo pensando en ello, este viaje será difícil, o imposible, si no firmas un nuevo contrato con Megalobe. El gobierno tiene una inversión que proteger.

—Y si no estoy de acuerdo con el contrato, ¿no hago el viaje?

—Tú lo dijiste, no yo.

Brian tenía que pensar acerca de todo esto. Terminó su cerveza y sacudió la cabeza, indicándole a Ben que no quería otra, cuando éste se la ofreció. Una vez ya había intentado desarrollar la IA por su cuenta; los archivos que tenía lo probaban. También mostraban que

había ido a la quiebra y tuvo que firmar ese contrato irrisorio con Megalobe. Si no te sirve la experiencia, entonces no aprenderás nunca. Si estaba destinado a revivir esta parte de su vida, seguramente iba a hacerlo mejor la segunda vez.

—Todo depende de mi nuevo contrato de trabajo —dijo finalmente—. Si es justo, entonces buscaré el archivo y volveré para trabajar con Megalobe. ¿Estamos de acuerdo?

—Parece que estamos de acuerdo. Empezaré a organizar todo.

El teléfono de Brian sonó apenas se hubo retirado Benicoff; levantó el auricular.

—¿Quién es? Sí, por supuesto. Sí, está autorizada. Consultelo con la doctora Snaresbrook si tiene alguna duda. Ella ha estado aquí antes. Correcto. Entonces, por favor, hágala pasar.

Un guardia acompañó a Dolly hasta donde se encontraba Brian. Brian se puso de pie y le dio un beso en la mejilla.

—Te ves mucho mejor. Creo que comienzas a engordar —dijo ella, con una mirada maternal y escrutadora, entregándole un paquete—. Espero que te gusten, las horneé esta mañana.

—¡No serán galletitas de chocolate! —Brian rompió el envoltorio y mordió una galleta—. Siempre han sido mis favoritas, Dolly, muchas gracias.

—¿Y cómo van las cosas?

—No podrían ir mejor. Saldré del hospital dentro de una semana. Y probablemente volveré a trabajar tan pronto como pueda.

—¿Trabajar? Pensé que tenías problemas con tu memoria.

—No me debería causar ningún inconveniente. Si encuentro algunas lagunas cuando empiece la investigación, bueno, lo enfrentaré cuando y si se produce. Apenas comience a trabajar otra vez, pronto averiguaré cuánto he olvidado.

—¿No desarrollarás esa inteligencia artificial de nuevo, no?

—Claro que sí. ¿Por qué lo preguntas?

Dolly se recostó en su silla, estrujándose los dedos.

—No deberías hacerlo, por favor, Brian. Intentaste una vez y mira a lo que te llevó. Quizás no estás destinado a lograrlo.

No le podía decir que ya lo había logrado una vez, que su IA estaba allí afuera en algún sitio. Esta información era aún confidencial. Pero quería hacerle comprender la importancia de su trabajo. Y que el “destino” no tenía nada que ver con éste.

—Tú sabes que no puedo creer en eso, Dolly. Es el libre albedrío quien gobierna al mundo. Y yo no soy supersticioso.

—¡No estoy hablando de superstición! —le dijo con cariño—. Estoy hablando del Espíritu Santo, de las almas. Una máquina no puede tener alma. Lo que intentas hacer es blasfemia. Es un trato con el Diablo.

—Nunca creí demasiado en las almas — respondió él suavemente, sabiendo que ella se sentiría lastimada, por cualquier cosa que dijera. Su boca se había apretado con enfado.

—Eres igual que tu padre. Nunca asistió a misa, ni quiso hablar sobre el tema. ¡Dios nos ha dado un alma, Brian, pero Él no se las da a las máquinas!

—Dolly, por favor. Sé cómo te sientes y conozco tus creencias, recuerda que me crié en la religión católica. Pero mi trabajo me ha dado otra idea del cerebro y de lo que podría llamarse la condición humana. Trata de comprender que ya no estoy satisfecho con lo que me enseñaron a creer. ¿Pueden las máquinas tener alma? Hazme esa pregunta y yo a mi vez te preguntaré si las almas pueden aprender. Si no pueden hacerlo, entonces ¿de qué nos sirve este concepto? Estéril y vacía e inalterable por toda la eternidad. Es preferible entender lo que creamos nosotros mismos. Lenta y penosamente, moldeados básicamente por nuestros genes, modificados constantemente por todo lo que vemos, oímos y tratamos de comprender. Esa es la realidad y así es como funcionamos, aprendemos y nos desarrollamos. De allí proviene la inteligencia. Sólo trato de descubrir cómo funciona este proceso para luego aplicarlo a una máquina. ¿Hay algo de malo en eso?

—¡Todo! Estás negando a Dios y estás negando al Espíritu Santo y a tu misma alma. Vas a morir y quemarte en el Infierno para siempre...

—No, no lo haré, Dolly. Con ese tipo de teoría destructiva la religión se vuelve pura superstición. Pero lo que realmente me duele es que sé que crees en eso y sufres y te preocupas por mí. Preferiría que no lo hicieras. No quiero discutir sobre religión contigo, Dolly. Nadie gana jamás. Pero eres una mujer inteligente, tú sabes que el mundo cambia, es más, que las religiones cambian. Tú ya te has divorciado. Si el Papa no hubiera aceptado que el planeamiento familiar no es pecado, no estarías enseñando control de natalidad...

—Eso es diferente.

—No, no lo es. Tú dices que inteligencia artificial va contra la naturaleza, pero es así. El crecimiento de la inteligencia es parte del proceso de evolución. Cuando aprendemos cómo funciona la mente

no hay nada de diabólico o erróneo en hacer un modelo mecánico de nuestro trabajo. Papá era uno de los pioneros en este campo y estoy orgulloso de seguir su trabajo. Las máquinas hoy en día pueden pensar en varias formas, percibir y aun comprender. Pronto serán capaces de pensar mejor, comprender mejor, y sentir emociones...

—Eso es lo más parecido a una blasfemia, Brian.

—Sí, quizás lo sea. Lo siento. Pero es la verdad. Si lo piensas, te darás cuenta que las emociones deben haber precedido al cerebro y a la inteligencia. Una ameba, el animal más simple que existe, retrae un seudópodo cuando detecta algo doloroso. El dolor lleva al miedo, lo que lleva a la supervivencia. No puedes negar que los animales, los perros, tienen emociones.

—¡No son máquinas!

—Estás discutiendo en círculos, Dolly. Y eso tampoco tiene ningún sentido. Cuando construya la primera IA, veremos si tiene emociones o no.

—Espero que disfrutes de los bizcochos —dijo ella, parándose bruscamente—. Debo irme ahora.

—Dolly, quédate un poco más, por favor.

—No. Ya veo que no hay forma de detenerte.

—No soy sólo yo. Las ideas tienen una fuerza independiente. Si yo no junto las piezas en la forma correcta, entonces otra persona lo hará.

Ella no le contestó, aun cuando él cambió de tema, hizo un débil intento por charlar de otra cosa.

—Debo despedirme de ti ahora, Brian. Y va a pasar un buen tiempo antes de que nos volvamos a ver. He tenido muchos llamados de la clínica de mi pueblo. Fueron generosos en dejarme venir con tan poco preaviso, pero en realidad el personal es escaso.

—Te agradezco lo que hiciste para ayudarme.

—No fue nada —dijo ella con voz ya distante.

—¿Te puedo llamar por teléfono?

... Tienes mi número.

El cielo se había nublado y comenzaba a hacer frío en la terraza. Volvió caminando lentamente a su habitación; ya no necesitaba la silla de ruedas. Encendió las luces. Se sacó el gorro tejido y se pasó los dedos por el pelo que le estaba creciendo. Se paró frente al espejo y se miró. Las cicatrices de la cabeza todavía se notaban, aunque no tenían ese tinte rojo de antes. Dejó a un lado el gorro del hospital. Empezaba a odiar el lugar. Benicoff le había traído un gorro de

béisbol que anunciaba las virtudes de un equipo en grandes letras. Se lo puso, asintió con aprobación a la imagen del espejo. Pobre Dolly, la vida no había sido fácil para ella. ¡Bueno, tampoco lo había sido para él! Por lo menos a ella no le habían pegado un tiro en la cabeza. Su reloj zumbó y la pequeña voz dijo:

—Cuatro de la tarde. Hora de su reunión con la doctora Snaresbrook. Cuatro de la tarde. Hora de...

—¡Cállate! —le dijo y la voz se calló.

Erin Snaresbrook levantó la vista y sonrió cuando entró Brian.

—Me encanta tu gorra. Es mejor que los gorros del hospital que has estado usando. ¿Estás listo para empezar a trabajar? Quiero intentar algo nuevo hoy.

—¿Qué será esta vez? —dijo Brian, sacándose la gorra y sentándose en el sillón de dentista. Comenzó a sentir la cosquilla metálica en la nuca.

—Si no te importa me gustaría dejar la sesión de recuerdos y ver qué puedes lograr con tu nuevo talento de conectarte a la computadora en tu cerebro.

—Por supuesto. Nunca se me ocurrió preguntarlo, ¿pero qué clase de procesador central es?

—Es una unidad CM-9 de procesamiento paralelo que contiene 128 millones de computadoras sencillas pero rápidas. Pierde muy poca energía y no calienta más que la temperatura de tu cuerpo. Casi no gasta baterías. Es más, esta computadora usa menos energía que el equivalente en células cerebrales. Y tiene bastante memoria.

—¡Qué máquina! Pero aun si trabaja en frío, debe necesitar algo de electricidad. ¿No me diga que tendrá que abrir mi cabeza otra vez para cargar las baterías?

—¡De ninguna forma! Los implantes electrónicos, así como los marcapasos, ya no dependen de fuentes de energía que deben ser recargadas desde afuera del cuerpo. Eso es cosa del pasado. Usan baterías metabólicas que toman su energía del azúcar de la sangre.

—Baterías dulces, tecnología disparatada. ¿Dígame qué quiere hacer ahora?

—Quiero hacer una prueba de velocidad. Esto tomará unos diez minutos. Quiero comprobar si tienes conciencia de la unidad central de procesamiento, si puedes conectarte con ella en tu cabeza y escucharla, o como quieras llamarlo. Te acuerdas qué sentiste cuando la computadora estaba conectando recuerdos. Quiero ver si puedes recrear esa conciencia.

—Estoy de acuerdo.

Después de trabajar unos minutos, Brian bostezó ruidosamente.

—¿Pasa algo? —preguntó la cirujana.

—Absolutamente nada. ¿Está realmente funcionando?

—Perfectamente. Acabo de conectar de nuevo el punto de referencia.

—No se deprima, Doc. Es todavía muy pronto. Por qué no vuelve a pasar la sesión donde establecí contacto con ella. Veamos si podemos recrear las condiciones.

—Esa es una buena idea, vamos a intentarlo mañana.

—¿Podré en realidad salir de aquí dentro de una semana?

—Físicamente, sí, en tanto no te fatigues. No puedes subir escaleras, ni caminar rápido. Tu nivel de actividad debe ser parecido al que llevas aquí en un día normal. Despues de un tiempo podremos incrementarlo. Ese es el lado físico del viaje; tu seguridad es otra cuestión. Tendrás que preguntarle a Ben sobre eso.

¿Tendría el banco de memoria en México sus archivos del trabajo en IA? Mucho dependía ahora de ello.

# 17

---

20 de noviembre de 2023

—¡Ya está! ¡Te traigo al señor Buenas Noticias! —dijo Benicoff, desbordante de entusiasmo, irrumpiendo por la puerta. Brian cerró el libro que leía, *Introducción a Geometría Excluor Aplicada*, y levantó la vista. Al principio no reconoció al hombre que seguía a Ben. Tenía puesto un traje oscuro, una colorida corbata de seda y lustrosas botas negras.

—¡Mayor Mike Sloane!

—El mismo. Este es un disfraz necesario, ya que los prestigiosos abogados de Megalobe se ríen del uniforme de nuestro país, pero miran con respeto y humildad este recuerdo de mis años de civil. Han aceptado nuestras condiciones —Abrió su portafolio de cuero y sacó de él un sobre grueso—. Este es el nuevo contrato. Y además creo que es exactamente el contrato que buscaba.

—¿Cómo puedo estar seguro?

—Porque yo mismo lo revisé —dijo Benicoff—. No lo hice personalmente, pero lo mandé a Washington. Tenemos abogados allá que podrían comerse a Megalobe para el desayuno. Me aseguraron que todo está en orden. Conseguiste los términos del contrato que pediste y, además, mejoraron tu sueldo. Después de los costos de desarrollo y todas las deducciones usuales, estarás cobrando algo muy cercano al cincuenta por ciento de las ganancias netas. ¿Estás listo para hacer ese pequeño viaje al sur de la frontera?

—Claro que sí, después de leer el contrato.

—Buena suerte. Te aseguro que no es de fácil lectura.

Mike lo guió a través de las cláusulas menos coherentes y más densas del contrato, explicándole todo. Cuando el abogado se fue dos horas más tarde, el contrato estaba firmado, registrado y guarda-

do en su lugar en una base de datos legal. Siguiendo una costumbre arcaica, se depositó una copia impresa en papel en la caja de seguridad del hospital.

—¿Estás satisfecho? —le preguntó Benicoff, mientras miraban cómo el cajero cerraba la caja fuerte. Brian miró su recibo y asintió.

—Es bastante mejor que el primer contrato.

—Lo que significa que tienes un trabajo, cuando puedas volver a trabajar. ¿Leíste la cláusula que decía que si no recuperabas tus archivos en Tijuana, la compañía se reservaba el derecho de emplearte, no es así? ¿O si eligen emplearte sin tus copias, te pueden despedir cuando quieran y no recibes ninguna indemnización?

—Mike Sloane me lo explicó detalladamente mientras tú hablabas por teléfono. Me parece justo, así que vayamos a abrir ese archivo en México y veamos qué contiene. ¿Supongo que has estado pensando en cómo lo haré?

—No lo pensé yo solo, Inteligencia Naval, el Ejército, el FBI y la Aduana, también lo han estado considerando. Hemos producido un plan que todos aprobaron. No es complejo y esperamos que no haya posibilidad de error.

—Por qué no me lo cuentas.

—Hablaremos en tu habitación.

—Por lo menos dime cuándo será.

Ben se llevó un dedo a los labios y apuntó hacia la salida. Sólo cuando la puerta del cuarto de Brian se cerró detrás de ellos, Benicoff contestó la pregunta.

—Saldremos mañana por la mañana, a las ocho, durante las horas pico de entrada y salida de la base. Tu doctora estuvo de acuerdo con todos los arreglos.

—¡Me has sorprendido! ¿Cómo va a funcionar?

—Ya te enterarás por la mañana —dijo Benicoff con sádica satisfacción—. Como te imaginas sólo un puñado de nosotros conoce todos los detalles. No queremos errores ni delatores. El mejor plan deja de serlo apenas alguien lo traiciona.

—Vamos, Ben, dame por lo menos una pista.

—Muy bien. Tus instrucciones son que desayunes a las siete y esperes en cama después de eso.

—¿Qué instrucciones son éas?

—La paciencia es una virtud. Te veré por la mañana.

El día pasó muy lento para Brian. Cuando se esforzó en ir a la cama, tuvo problemas para dormir. Estaba preocupado. Siempre

había supuesto que las copias de sus archivos estaban en México. ¿Pero qué pasaría si no era así? ¿Cómo podría redescubrir su trabajo en IA sin sus copias? ¿Significaba eso que debería tener más sesiones con la doctora Snaresbrook y su máquina para rescatar recuerdos del futuro, su pasado, que él en realidad no quería recuperar? El reloj marcaba la medianoche. Llamó a la enfermera para que le diese algo que lo ayudara a dormir. Iba a necesitar estar descansado para el día siguiente.

A las ocho de la mañana, estaba sentado en su cama mirando las noticias sin verlas. Precisamente a esa hora, oyó que alguien golpeaba la puerta. Dos marineros entraron con una camilla. Detrás de ellos entró la enfermera principal del piso y dos hombres de blanco que pudieron haber pasado por médicos, salvo que se pararon de espaldas a la puerta, con sus dedos rozando el frente de sus chaquetas blancas. Los dos eran altos y, por alguna razón, le resultaban extrañamente familiares. Y esos bultos bajo los brazos, ¿no eran pistolas? pensó Brian, u hoy en día se portaban armas de otra forma.

—Buenos días, Brian —dijo la enfermera, depositando un rollo de vendajes en la mesa de luz—. Si te sientas, esto no me tomará más de unos pocos minutos.

Desenrolló los vendajes. Con rapidez y pericia vendó su cabeza por completo. Sólo dejó una ranura para que él respirara y unas pequeñas aberturas para los ojos. Luego cortó la punta del vendaje y lo aseguró con un par de alfileres.

—¿Necesitas ayuda para subirte a la camilla? —le preguntó.

—De ninguna forma.

Se subió a la camilla y lo taparon hasta el cuello con las mantas. La hicieron rodar por el corredor; como un paciente más sin identidad en el atareado hospital. Había otros pacientes en el gran ascensor que trataban de no mirarlo. Brian pensó que el que hubiera preparado este operativo tuvo una buena idea.

La ambulancia estaba esperando. Introdujeron en ella a Brian. No podía mirar hacia la calle, pero se dio cuenta que el tráfico era pesado debido a que la ambulancia avanzaba despacio. Cuando finalmente las puertas traseras se abrieron y sacaron la camilla, se encontró frente al portaaviones *Nimitz*. Un momento más tarde lo subieron a bordo. Antes de llegar a la enfermería escuchó órdenes apagadas y un silbato distante cuando la nave comenzaba a alejarse del muelle. Sin decir todavía una sola palabra, el personal naval se retiró y entró Benicoff, cerrando la puerta con llave detrás de él.

—Déjame sacarte ese vendaje de la cabeza.

—¿Movieron este portaaviones sólo por mí?

—En realidad, no —dijo Benicoff mientras tiraba las vendas a la basura—. De todas formas, el barco dejaba el puerto esta mañana. Pero debes admitir que es una hermosa forma de ocultarse.

—En verdad lo es. ¿Me puedes contar qué viene después?

—Sí. Pero bájate de esa camilla y ponte esta ropa. Nos dirigimos al oeste, hacia el Pacífico. Seguiremos esta dirección hasta que el barco sea invisible desde la costa. Luego viraremos al sur. Pasaremos al oeste de las Islas Madres, ubicadas al sur de la frontera mexicana. Un barco partió anoche después del anochecer y nos estará esperando allí.

Brian se puso los pantalones y la camisa deportiva. No le resultaban familiares, pero eran de su medida. Los mocasines eran usados y también le iban a la perfección.

—¿Toda esta ropa era mía?

Benicoff asintió.

—La tomamos ayer por la noche, mientras revisábamos tu casa. ¿Cómo te sientes?

—Me siento un poco excitado, pero, aparte de eso, muy bien.

—La doctora Snaresbrook me recomendó que te obligara a acostarte, o por lo menos que te mantuviera sentado durante los trechos más tranquilos del viaje, como lo es éste. Pero antes quiero que te pongas esta peluca y este bigote.

La peluca se adaptaba perfectamente a su cabeza, de la misma forma que la ropa. Bueno, después de todas esas operaciones, debían conocer el tamaño de su cabeza. El bigote tenía un adhesivo en su reverso. Se miró al espejo y se lo colocó.

—Hola, compañero —le dijo a su imagen en el espejo—. Me veo como un pistolero del oeste.

—No te pareces a ti mismo que es lo que cuenta. Siéntate, son órdenes de la doctora.

—Ya voy a sentarme. ¿Cuánto tiempo tomará nuestro crucero?

—Un vez que salgamos de la bahía y estemos en altamar, nos llevará menos de una hora —Levantó la vista al escuchar un golpeteo suave sobre la puerta—. ¿Quién es?

—Aquí *Dermod. Ray* está conmigo.

Benicoff abrió la puerta y dejó entrar a los dos médicos del hospital. En ese momento estaban vestidos como turistas, con pantalones informales y sacos sport.

—Brian, deja que te presente. Este tipo alto es Dermod, y el más alto aún que está a su lado, es Ray.

—Ya sabía que no eran médicos —dijo Brian. Cuando les dio la mano se dio cuenta que ambos eran puro músculo.

—Es un placer estar aquí —dijo Dermod—. Antes de dejar Washington, nuestro jefe nos dijo que le deseáramos buena suerte y una pronta recuperación.

—¿Jefe? —Brian tuvo una duda—. ¿Su jefe no será por casualidad el mismo de Ben?

—El mismo —dijo Dermod con una sonrisa.

Por eso se veían tan familiares. Brian los había visto en los noticieros, en los desfiles. Hombres grandotes y sólidos que caminaban junto al presidente mirando a todos lados menos hacia él. Eran grandes para servir de escudo entre él y cualquier bala o fragmento de bomba. La presencia de ellos era más reveladora que cualquier palabra sobre la importancia que se daba a su seguridad.

—Bueno, denle las gracias de mi parte —dijo Brian con voz débil—. No crean que no lo aprecio.

—¡Las órdenes de la doctora! —dijo Ben. Brian se dejó caer en un sillón.

—¿Tiene alguna idea de cuánto tiempo nos quedaremos en México? —preguntó Ray—. No se nos dio detalles. Lo único que se nos dijo fue lo del hospital y la transferencia al portaaviones y luego al barco. Y además que alguien nos estaría esperando en la costa. Sólo pregunto porque debemos tomar un avión que nos llevará de vuelta a Foggy Bottom esta noche. Viajamos mañana por la mañana a Viena.

—Calculo que la operación tomará dos horas por lo menos. Volveremos por distintas rutas desde luego. ¿Viajan a Viena? ¿Esa debe ser la conferencia sobre tratamiento y control del SIDA?

—Lo es y ya era tiempo que tuviéramos algo así. El tratamiento se está perfeccionando, pero aun con la nueva vacuna, quedan más de cien millones de casos en el mundo. Las sumas que se gastan sólo para contener la enfermedad son tan grandes que los países más ricos deben contribuir aunque sólo sea por razones egoísticas.

Brian descubrió que se le cerraban los ojos; aun con las pastillas no había dormido bien la noche anterior. Se despertó cuando Ben le sacudió suavemente el hombro.

—Es tiempo de ponerse en marcha —dijo.

Cuando salieron a cubierta, Dermod caminó adelante y Ray los

siguió. El mar estaba tranquilo y era un día soleado. El portaaviones apenas se deslizaba sobre el agua, cuando Brian bajó la escalera con cuidado detrás de Dermod. El barco que los esperaba terminó siendo un crucero de treinta pies de eslora con postes de pesca verticales. En cuanto fue ayudado a subir a bordo, y los otros saltaron tras él, los motores tosieron al ponerse en marcha y rugieron cuando la nave viró alrededor de la isla, dejando atrás al *Nimitz*. Divisaron la costa de México y pasaron entre otros dos barcos pesqueros al dirigirse a puerto. Brian encontró de repente que las palmas de sus manos estaban húmedas.

—¿Qué pasa ahora?

—Dos patrulleros de la policía, sin señas particulares, nos estarán esperando. Los policías mexicanos que te mencioné estarán vestidos de civil. Ellos conducirán los automóviles. Nos llevarán directamente a Telebásico, donde ya nos esperan. —Ben buscó algo en sus bolsillos, y le alcanzó a Brian dos cajas de plástico negras, del tamaño y peso de una ficha de dominó. Brian se las devolvió, después de observar el encaje que tenían ambas en la base.

—Memoria —dijo Ben—. Estos son los GRAM de los que te hablé.

Brian parecía dubitativo.

—Puede haber muchos expedientes en esos archivos. Quizás haya allí años de trabajo. ¿Hay suficiente espacio de memoria en estos dos para guardar todo eso?

—Espero que sí. En realidad no creo que necesites ambos, el segundo es para hacer una copia. Cada uno puede grabar hasta mil megabytes. Deberían ser más que suficientes.

—¡Así parece!

Los automóviles eran largos y negros. Tenían los vidrios tan oscuros que casi no podía verse el interior. Los dos policías de civil que esperaban junto a los autos tenían bigotes naturales aún más impresionantes que el bigote falso de Brian.

—El hombre que está delante es Daniel Saldana —dijo Ben—. Él y yo ya hemos trabajado juntos. Es un buen tipo. Buenos días, *caballeros*. ¿Están bien?

—Ningún problema, Ben. Qué bueno verte otra vez.

—Lo mismo digo. ¿Están listos para un pequeño viaje?

—Puedes apostarlo. Nos han dado instrucciones que te llevemos a ti y a tu amigo a un edificio comercial por aquí cerca y luego que los dejemos sanos y salvos en la frontera. Tendré el gusto de

conducirlos hasta allá. —Abrió la puerta del primer auto. Ray se adelantó.

—No hay problema si nos sentamos los tres atrás, ¿no? —preguntó Ray.

—Si así lo desea.

Ben viajó con el otro policía de civil en el segundo auto. Brian, sentado en el medio del asiento trasero, se sentía como el relleno de un sandwich. Los dos hombres a su lado mantenían los ojos fijos en la calle. Dermod, sentado a la izquierda de Brian, desabrochó su chaqueta y dejó la mano derecha sobre su cintura. Cuando doblaron en una esquina, la chaqueta se le abrió y Brian pudo ver cuero y acero. Así que ése era el bulto que había observado debajo de su brazo.

Les tomó poco tiempo llegar hasta la zona industrial. Estaba llena de fábricas bajas sin ventanas, típicas de las manufacturas de alta tecnología. Los dos autos entraron en el complejo y se estacionaron detrás de uno de los edificios. Ingresaron por la zona de carga. Los detectives obviamente ya habían estado allí antes y los guiaron a una oficina pequeña con paneles de madera. Dos hombres se encontraban allí, sentados frente a una terminal de computadora. La habitación quedó incómodamente colmada cuando todos, excepto Ray que se había quedado en el pasillo, entraron y cerraron la puerta.

—¿Quién de ustedes es el titular de la cuenta? —dijo uno de los técnicos, levantando una hoja de papel.

—Soy yo.

—Entiendo que ha olvidado su número de identificación y su clave, señor Delaney?

—Podría decirse que eso fue lo que ocurrió.

—Esto ya nos ha sucedido antes. Usted comprenderá que debemos tomar todas las precauciones posibles.

—Desde luego.

—Muy bien. Podría firmar aquí y aquí. Este es su compromiso de no enjuiciarnos, en caso que no pueda tener acceso a sus archivos. También dice que usted garantiza ser quien dice que es. Ahora todo lo que queda por hacer es la última verificación. Podría darme su mano, por favor.

Levantó un instrumento electrónico del tamaño de una radio portátil, y tocó el dorso de la mano de Brian.

—Tomará sólo un par de minutos —dijo él, llevando el aparato al otro lado del cuarto y enchufándolo a una computadora más

grande que se encontraba allí.

—¿Qué es eso? —preguntó Brian.

—Un test portátil de ADN —dijo Benicoff—. Recién está comenzando a tener uso comercial. El adhesivo en la pieza de mano, levantó algunas células epidérmicas, éas que se descaman todo el tiempo. Ahora está comparando tu complejo CMH con el que tienen en archivo.

—Nunca escuché hablar de eso.

—Es el complejo mayor de histocompatibilidad. Estos son llamados antígenos que se reconocen a sí mismos, y que son completamente diferentes en cada persona. Lo mejor es que están en la superficie de la piel, por eso el ADN no debe ser extraído del núcleo de la célula para hacer la verificación.

—¿Podría venir aquí, señor Delaney? Por favor use esta terminal. Trajo algo de memoria para guardar los archivos. Ah, ya veo, muy bien. Todo concuerda perfectamente y estamos satisfechos con su identidad. Hemos retirado los archivos de seguridad y hemos obtenido su número de identificación y su clave secreta.

El operador insertó los GRAMs en cuanto Brian se sentó frente a la pantalla, que quedaba de espaldas al resto de la habitación. También le alcanzó un pedazo de papel.

—Este es su número de acceso. Una vez que lo haya ingresado, la computadora le pedirá su clave. Esta es su clave.

PADRAIG COLUMBA, leyó Brian. Los dos santos más importantes de Irlanda, sin duda no lo habría adivinado.

—Una vez que haya ingresado esa clave, estará dentro de sus archivos. Cuando compruebe que son suyos, la llave de control F12 grabará los archivos en la memoria. La verificación de lo grabado es automática. ¿Quiere usted ingresar alguna clave nueva, o cierra usted su cuenta?

—La cierro.

—Hay un saldo impago de...

—Yo lo pagaré —dijo Benicoff, sacando un rollo de billetes—. Voy a necesitar un recibo.

Brian ingresó el número, luego la clave, luego apretó la tecla de retorno. Miró los nombres de los archivos rápidamente, se recostó en su sillón y suspiró.

—¿Qué pasa? —dijo Benicoff preocupado—. ¿No es lo que esperábamos? ¿No son los archivos que buscábamos?

Brian levantó la vista y sonrió.

—¡Logrado! —dijo y apretó la tecla F12.

# 18

---

21 de noviembre de 2023

Dermod guió al grupo por el corredor hasta la salida. Allí se detuvo.

—¿Señor Saldana, podría hacerle una pregunta? —dijo.

—Por supuesto que sí.

—¿Tenía usted otros autos siguiéndonos, cuidando nuestras espaldas?

—No, no creí que fuese necesario — El detective mexicano frunció el entrecejo—. ¿Por qué lo dice, vio a algún auto que nos siguiera?

—Creí ver uno durante un tiempo, pero dobló cuando cruzamos la Avenida Independencia.

—¿Y otro auto puede haber tomado su lugar?

—Siempre existe esa posibilidad.

Nadie sonreía en ese momento. Brian paseó la mirada de rostro en rostro, con las manos hundidas en sus bolsillos sosteniendo un GRAM en cada una de ellas.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—No pasa nada. Al menos, eso esperamos —dijo Daniel; luego dio una rápida orden a su compañero. Este salió cerrando la puerta.

—¿Quieres pedir ayuda? —preguntó Ben.

Daniel meneó la cabeza.

—El cuerpo de seguridad de aquí está compuesto de policías para turistas. Puedo conseguir gente adiestrada, pero no lo suficientemente rápido. Si hay alguien allí afuera esperándonos, mientras nosotros esperamos refuerzos, ellos también pueden hacer lo mismo. ¿Debemos llevarlos a la frontera en San Isidro, no es así?

—Ese es el plan.

—Entonces sugiero que lo hagamos ahora y rápido. Usted señor irá en el segundo auto contigo al volante, Ben. Mi socio y yo les mostraremos el camino, ya que conozco Tijuana como la palma de mi mano. Si hay problemas no los vamos a esperar. No sería profesional hacerlo. —Daniel terminó de hablar con una gran sonrisa.

La puerta exterior se abrió apenas, luego se detuvo. Brian pestañeó y se dio cuenta que los tres hombres empuñaban pistolas. Que apuntaban hacia la puerta. Hubo un rápido murmullo en español desde el exterior y Daniel guardó su arma en la cartuchera.

—Venga. Díganos en inglés, qué ve.

—No hay nada en la calle. Me fijé en ambas direcciones.

—Partimos a toda velocidad —dijo Daniel—. Puede que haya algo allí afuera o que no haya nada. No nos arriesgaremos, actuaremos como si en realidad lo hubiera. Quédense treinta metros atrás de mí durante todo el camino. No se acerquen o alejen más de eso. Todos los vidrios son a prueba de balas. Abran las ventanillas si tienen que disparar. Ahora vámonos.

Esta vez Ben se sentó a la izquierda de Brian. Tan pronto como cerró la puerta, Ray sacó un revólver de grueso calibre y se lo puso sobre las rodillas. Dermot encendió el motor. El automóvil retrocedió y lo orientó en dirección a la salida, justo detrás del otro coche. Hizo señales de luces. El primer vehículo saltó hacia delante. Salieron a la calle por el portón de entrada.

Brian estaba mirando al auto de adelante cuando de repente éste se desvió; algo que parecían puntos blancos aparecieron en el vidrio trasero.

—¡Abajo! —gritó Ray, tomando a Brian por el hombro y empujándolo dolorosamente al piso. El automóvil giró y las ruedas chirriaron cuando el vehículo aceleró doblando la esquina. Hubo dos estruendos y el sonido apagado de algo golpeando el asiento detrás de él. Luego una serie ensordecedora de explosiones a medida que el arma disparaba a través de la ventanilla abierta. Las gomas volvieron a chirriar cuando doblaron por otra esquina en dirección contraria.

—¿Hay alguien lastimado allí atrás? —Dermot gritó sobre su hombro.

Ray miró rápidamente a los otros dos.

—Estamos todos bien. ¿Qué le pasó al otro auto?

—Chocó contra un poste de luz. ¿Le diste a alguno?

—No lo creo. Sólo quise mantenerlos a raya. Vi a alguien sacando el cuerpo por una ventanilla y disparando algún tipo de rifle. Deben haber usado balas de alta velocidad para poder perforar un vidrio como éste.

Señaló el vidrio trasero y el prolijo agujero que había dejado el proyectil. Brian vio a Ray meter su dedo en el agujero del asiento justo donde él había estado sentado.

Doblaron por otra esquina y aceleraron por el bulevard.

—¿Nos sigue alguien? —preguntó Dermod.

—Negativo. Creo que sólo tuvieron el tiempo suficiente como para preparar la trampa. Contábamos con eso. También estuvieron cerca de salirse con la suya.

—Entonces cambiaremos de ruta aquí mismo —dijo Dermod, frenando y tomando una calle paralela. Dobló esquinas casi al azar en un suburbio tranquilo.

—Perdón por empujarlo así, Brian, pero ya ve por qué lo hice.

—El arma de Ray ya estaba enfundada otra vez. Ayudó a Brian a sentarse nuevamente en su lugar.

—Alguien nos delató —dijo Benicoff colérico—. Nos estaban esperando. Nos siguieron desde la marina.

—Yo también lo creo —asintió Ray—. ¿Cuánta gente conoce los planes de regreso?

—Yo, ustedes dos y los dos hombres del FBI que nos estarán esperando en la frontera.

—Entonces no deberíamos tener problemas. ¿Cuánto tiempo nos llevará, Dermod?

—Cinco minutos más. No creo que Saldana haya escapado de esa. Deben haber sido dos francotiradores por lo menos.

—Yo sólo vi a uno.

—Había uno para el pasajero de atrás y otro para el conductor. Tengo un lindo agujero aquí arriba. Me hubieran dado si no giraba el volante cuando vi que dieron en el auto de adelante. Ese Daniel Saldana era un buen hombre.

No había nada que agregar a ese comentario. Viajaron en silencio el resto del camino. Alguien debió haber dado la alarma, porque al llegar cerca de la frontera pasaron a un policía en motocicleta que les hizo señas con el brazo de que lo siguieran. Luego avisó por radio una vez que pasaron.

Unas cuadras más adelante, los comenzaron a escoltar unas motocicletas con luces encendidas y ululantes sirenas.

Abrieron camino entre el tránsito que esperaba cruzar la frontera a los Estados Unidos. Detrás del edificio de la aduana había un estacionamiento con un solo portón de entrada y rodeado de un paredón.

—Esperen aquí —dijo Ray. El y Dermod salieron rápidamente del automóvil con las armas listas y apuntando. Miraron lentamente y con cuidado en todas direcciones—. Pueden cruzar el estacionamiento ahora; estaremos detrás de ustedes.

Y se colocaron así, con sus cuerpos entre Brian y cualquier amenaza posible.

—Allí está nuestro transporte —dijo Benicoff. El único vehículo que había en el lugar era un camión blindado; la puerta posterior de éste se abrió y bajó un hombre uniformado.

—De aquí en adelante estarán a salvo —dijo Dermod.

—Se supone que ustedes deben venir con nosotros —dijo Benicoff.

—Ya no nos necesitan. El Presidente querrá tener un informe completo sobre lo sucedido. ¿Podría llamar a nuestra oficina e informar lo que pasó aquí? Dígales que avisen al avión que estaremos allí a más tardar a las seis.

—Lo haré.

Los dos guardaespaldas no esperaron a que les agradecieran. Se introdujeron en el auto y partieron antes que alguien llegara a abrir la boca. Ellos se dieron vuelta y se dirigieron hacia el camión blindado.

—Buenas tardes, señores —dijo el guardia—. Es todo suyo. —Él no había visto los orificios de bala en el auto, ni sabía lo que había ocurrido. Benicoff comenzó a explicarle; luego se dio cuenta que no valía la pena.

—Gusto en conocerle —manifestó—. Nos gustaría salir de aquí.

—Ya nos vamos. Cuando subieron el guardia cerró la puerta tras ellos, luego se dirigió a la cabina y se sentó junto al conductor.

—Estuvimos bastante cerca —dijo Brian.

—Demasiado cerca —le contestó Benicoff—. Tiene que haber algún soplón en la base, es todo lo que puedo pensar. El FBI tiene que ponerse a trabajar de inmediato en este caso. Lamento lo que ocurrió, Brian. Yo solo tengo la culpa.

—No deberías culparte. Hiciste todo lo que pudiste. Lamento lo de tu amigo.

—Estaba cumpliendo con su deber. Era un hombre muy bueno.

Y logramos nuestro objetivo. ¿Encontraste lo que buscabas, no es así? ¿Esos GRAMs son copias de tu trabajo?

—Sí, estoy bastante seguro que son los archivos —Brian asintió con lentitud. Le resultaba difícil olvidar lo que acababa de suceder—. Parecían los archivos correctos cuando los revisé, pero no hubo tiempo suficiente como para asegurarme completamente.

Ben sacó su teléfono.

—¿Puedo llamar para avisar que los encontramos? No imaginas cuánta gente se está comiendo las uñas esperando la noticia —Discó un número y esperó que la señal electrónica le anunciara la conexión—. Estatua de la Libertad —dijo y colgó.

—¿Ese era el código si teníamos éxito? —preguntó Brian. Ben asintió—. ¿Qué hubieras dicho si los archivos no hubieran estado allí?

—La clave era La Tumba de Grant. Ahora la computadora hará diecisiete llamadas simultáneas para trasmitir la buena noticia. Hoy habrá mucha gente feliz. No puedo decir que sabía que éste sería el resultado, sólo que esperaba que fuera así. —Metió su mano bajo el asiento y sacó un paquete. Así que ordené que pusieran esto aquí por las dudas.

El estuche negro dentro del envoltorio era del tamaño de una billetera grande. Ben tocó el cierre y apareció una pantalla proyectando una luz blanca, que iluminó el teclado debajo de ella.

—Es una computadora —dijo Brian con admiración—. ¿Y supongo que me dirás que esta cosita puede manejar todos mis archivos, hojas de cálculo, matemáticas y gráficos?

—En efecto, eso estaba a punto de decirte. También maneja hologramas. Hace quince años no te hubieras imaginado cuánto se podría llegar a poner en un chirimbolo como éste. También trae un teléfono y un sistema de ubicación satelital, así siempre puedes saber dónde estás. Toda la superficie de este estuche negro es de un revestimiento fotovoltaico extremadamente eficiente para recargar la computadora. ¡Además mira esto!

Benicoff tiró del botón de cierre, que se desprendió con un zumbido en forma de cable.

—También puedes cargarlo a mano con su propio generador incorporado. Hará todo lo que deseas. Y antes de salir me aseguré de encender su interceptor de ondas telefónicas para que nadie, ni el general Schorcht, pudiera rastrear el lugar donde te encuentras, o vigilar lo que estás haciendo. ¿Por qué no conectas uno de los GRAM

y ves qué tienes allí?

Brian no tuvo ningún problema en llegar a sus archivos. Miró casi inmediatamente a Ben.

—No hay dudas de ello, éstos son los archivos. Puedo reconocer el material más antiguo, lo recuerdo bien. Es sobre el desarrollo del lenguaje LAMA, en el que trabajé con mi padre. Luego, mira aquí, podemos saltar hacia delante a algún otro trabajo de investigación. Me resulta familiar, pero no lo recuerdo con claridad. Y todos estos archivos posteriores, estoy seguro que nunca los he visto antes. La última entrada fue hecha hace algunos meses. ¡Muy poco antes del día en que el laboratorio fue atacado!

—Eso es fantástico. Es mejor de lo que podíamos esperar. Ahora salgamos de aquí. Erin Snaresbrook te quiere de vuelta en una cama del hospital, en cuanto concluya esta excursión. No pensó que te importaría. Yo estuve de acuerdo con ella, en especial si tenías esta computadora en tu cuarto. Y además te quiero bajo vigilancia en un lugar donde no me tenga que preocupar, mientras investigo a todos los empleados de seguridad.

—Este ha sido uno de esos días que hubiera querido no vivir. En realidad estoy deseoso de volver al hospital ahora. Quiero tener paz y tranquilidad para leer estos archivos.

—Estoy de acuerdo. Antes de iniciar la investigación sobre seguridad, voy a mantener una conferencia en Megalobe. Luego, te llamaré. Recién entonces decidiremos qué hacer de ahora en más.

El camión blindado aminoró la velocidad y dejó la Autopista 5. Después de atravesar la ciudad, vieron las Patrullas Costeras que los aguardaban en una banquina a la entrada de Coronado. Arrancaron y los escoltaron por el centro de Coronado. Todas las luces pasaban al verde a medida que llegaban a ellas. Por fin atravesaron un portón abierto que daba a la base. Recién cuando estuvo de vuelta en su habitación, Brian se dio cuenta de lo cansado que estaba. Se tiró sobre la cama en el preciso instante en que entraba la doctora Snaresbrook.

—Estoy segura que te esforzaste demasiado, pero no había forma de evitarlo —Le colocó un telémetro en la muñeca y asintió leyendo el instrumento—. No hay peligro de muerte. Come y duerme. No —agregó cuando Brian se estiró para alcanzar la computadora—. Métete primero a la cama. Come algo. Luego pensaremos en el trabajo.

Brian debió quedarse dormido comiendo el postre de chocolate. Se despertó repentinamente y vio que era casi de noche. La mesa de

luz estaba vacía. Sintió una oleada de miedo antes de tantejar los bultos bajo la almohada. Sacó la computadora y los GRAMs. Se había quedado dormido, pero no antes de guardar todo. La puerta se abrió y la enfermera miró dentro del cuarto.

—Tenía que estar despierto —dijo ella. —Su pulso nunca salta, como lo hizo recién, mientras duerme. ¿Le puedo traer algo?

—Me siento bien, gracias. ¿Me podría levantar, por favor, la cabecera de la cama?

Revisó los archivos hasta que le llevaron la cena. Comió sin darse cuenta de lo que hacía, ni siquiera reparó en que se llevaron la bandeja. Se sorprendió cuando la enfermera nocturna entró y señaló el reloj de pared.

—Tengo órdenes estrictas de la doctora Snaresbrook. Debo apagar las luces a las once. No puedo aceptar excusas.

Él no protestó, dándose cuenta de lo cansado que estaba. Probablemente era infantil guardar la computadora debajo de la almohada, pero lo tranquilizaba.

Cuando se despertó por la mañana, Benicoff estaba allí, su cara sonriente y compuesta.

—¿Qué novedades tienes del tiroteo? —dijo Brian.

—Malas. Ambos detectives están muertos. No hay rastros de los asesinos. Esta vez se nos escaparon.

—Lo siento, Ben. Sé que uno de los detectives era tu amigo.

—Cumplió con su deber. Ahora volvamos a lo nuestro. ¿Tienes alguna novedad? —preguntó. Simulaba estar relajado, pero estaba tenso como un resorte.

—Algunas cosas buenas, otras problemáticas. ¡Pero no te pongas tan pálido, Ben! Aunque supongo que el hospital es un buen lugar para sufrir un infarto, sería mejor si lo evitaras. Revisé los archivos, salteé bastante, pero sin dejar nada importante de lado.

—Para el bien de mi corazón dame las buenas primero.

—Con lo que tengo aquí estoy noventa y nueve por ciento seguro de poder diseñar una IA que funcione. Me imagino que era eso lo que querías oír.

—Claro que sí. Ahora dame las malas.

—Lo que tengo en la memoria no son planes o diseños. Son trozos y apuntes con los que había estado trabajando. Hay interrogantes y notas detalladas. Pero en su mayoría son escalas en el camino a una IA, no el camino en sí.

—¿Puedes reconstruirlo?

—Estoy seguro que puedo. Tengo la seguridad de haber resuelto cada problema. Además las notas de las posibles soluciones deberían mantenerme en la senda correcta. Lo puedo lograr, Ben, estoy seguro que puedo. ¿Qué haremos ahora?

—Vamos a verificarlo con la doctora Snaresbrook. Veremos cuándo estarás recuperado lo suficiente como para que te den de alta en el hospital.

—¿Qué sucederá entonces? Tenemos evidencia bastante fresca de que los asesinos andan todavía rondándome.

Benicoff se puso de pie y comenzó a caminar por la habitación.

—Ahora estamos seguros que te siguen esperando afuera. Saben que sobreviviste a los dos últimos ataques, o no lo hubieran intentado otra vez. Vivimos en una sociedad abierta y los secretos son difíciles de guardar. Si realmente quieren averiguarlo, descubrirán tu paradero, no importa dónde te escondas. Por eso debemos asegurarnos que donde quiera que estés, dondequiera que trabajes, estarás lo más protegido posible. Puedes creerme que hemos pensado mucho acerca de tu seguridad.

—¿Por qué no me construyen un laboratorio en Fort Knox, entre las barras de oro?

—No te rías, pero ésa fue una de las posibilidades que se consideraron. Antes que todo esto sucediera eras sólo un científico trabajando en un proyecto de investigación. Me fijé en los archivos de Megalobe y aunque lo creas o no, había poco o ningún interés comercial o de desarrollo en tu trabajo. Todo eso ha cambiado ahora. El hecho de que grupos desconocidos se tomaran todo ese trabajo de dar un zarpazo a tu invento ha atraído la atención de cada departamento del gobierno. Todo el mundo quiere involucrarse en el caso y se apresuran a idear algún programa sobre uso de la IA en sus departamentos. Esto ha alegrado mucho a Megalobe y nos debería alegrar a nosotros también. Todos los fondos para la investigación se encuentran a disposición para que alguien los tome. Así que tómalos.

—Me encantaría hacerlo. ¿Pero dime dónde tendrá lugar todo esto?

Benicoff se frotó las manos y sonrió con malicia.

—Prométeme que no te reirás cuando te lo diga. Tan pronto como puedas vas a volver a tu viejo laboratorio en Ocotillo Wells.

—¡Después de lo que ocurrió allí! ¡Es el último lugar donde hubiera imaginado que me mandarían!

—En realidad no es así, en especial con los cerrojos que se

bloquean en un horario determinado. La seguridad allí era de lo mejor, salvo por un pequeño detalle.

—*¿Quis custodiet ipsos custodes?*

—Estás en lo correcto. ¿Quién va a vigilar a los vigilantes? Uno o dos de los guardias traidores a su equipo. El ataque y robo fue un trabajo bien planeado y ejecutado desde adentro. Eso no volverá a suceder. Tenemos nuevos guardias y son profesionales.

—¡Dime quiénes son, no lo mantengas en secreto!

—Pertenecen al Ejército de los Estados Unidos. El Ejército es dueño de un sexto de las acciones de Megalobe y no está contento con lo que pasó. Los Infantes de Marina también se ofrecieron como voluntarios para el trabajo. Sintieron que ya estaban participando en el operativo, puesto que te custodiaron aquí en el hospital. Hubo incluso un plan de dejar al Ejército y a los Infantes alternarse en la guardia, para ver quién actuaba mejor. Como te puedes imaginar, dejamos de lado ese plan. En este momento están construyendo barracas en los estacionamientos. No se utilizarán en el futuro, ya que habrá un acceso muy limitado de vehículos. Pienso que esta vez podrás terminar tu trabajo.

—No me gusta. La amenaza constante no facilita la concentración. Pero no se me ocurre nada mejor. ¿Me imagino que aún estás buscando a esos criminales?

—Después de ayer el caso ha pasado a ser prioritario.

Brian se quedó pensativo, luego introdujo su mano bajo la almohada y sacó el GRAM con las copias.

—Es mejor que guardes esto. Es la copia de todas mis notas. Sólo por si llegara a pasar algo.

—No creo que lo vaya a necesitar —Ben trató de parecer sincero, pero no lo consiguió—. Como tú dices, sólo por si acaso.



# 19

---

28 de enero de 2024

—Hoy debemos continuar con la base de datos de conocimiento —dijo la doctora Snaresbrook, verificando los controles para estar segura que se había completado la conexión entre el cerebro de Brian y la máquina—. ¿Puedo sugerir que comencemos con la última edición de la *Enciclopedia Británica*? La decimonovena edición es realmente espectacular. Casi todas las ilustraciones incluyen animaciones y el texto es hipertexto.

—Es demasiado general para mí, necesito algo específico —Llamó a un menú de base de datos y señaló la pantalla—. Este es del tipo al que me refiero. Manuales técnicos. Quiero todo en esta lista desde ciencias materiales hasta geología y astrofísica. Cosas difíciles. ¿Tiene implante RAM para ello?

—Más que suficiente. Sólo debes telecargar aquellos con los que quieras que trabaje.

Tomó un rato largo y Brian casi se durmió en el mullido sillón. Había cerrado los ojos y comenzaba a dormitar, cuando la doctora Snaresbrook le habló.

—Ya basta por hoy —le dijo ella.

—Si usted lo dice. ¿Podemos ver cómo salieron las cosas?

—¿Una evaluación? ¿Por qué no? Espera un momento mientras cargo uno de estos textos al azar en mi máquina, luego pido cualquier hoja de texto. Todo esto parece de medicina...

—Es la cuadragésimoquinta edición del *Diccionario Dorland de Medicina*.

—Eso es. ¿Has oído hablar de parentómices?

—Es un género de la especie de los hongos, del tipo de la levadura. Algunos han sido aislados en varias lesiones humanas.

—¿Y de kikekunemalo?

—Esa es una pregunta fácil. Es una resina como el copal.

—Ya lo tienes, Brian. Todo lo que grabamos está allí. Y lo puedes utilizar como quieras.

—¿Cómo si fueran verdaderos recuerdos?

—Son verdaderos recuerdos para ti. Sólo que han sido archivados de otro modo. Ahora lo lamento, pero debemos terminar aquí. Tengo una cita que no puedo posponer.

Cuando llegó a su cuarto lo esperaba un mensaje de Benicoff, discó el número de inmediato.

—Recibí tu llamado...

—*Tienes un momento para hablar conmigo, Brian?*

—Por supuesto. ¿Quieres subir a mi habitación?

—*Preferiría el jardín colgante del décimo piso.*

—Perfecto. Subo de inmediato.

Brian fue el primero en llegar. Había bebido la mitad de su cerveza cuando Ben llegó y se dejó caer pesadamente en su asiento.

—Te ves cansado —dijo Brian—. ¿Quieres una de éstas?

—No, gracias. Ahora te contaré las novedades. Te va a interesar saber que una compañía de tropas aerotransportadas ha ocupado las barracas de Megalobe. Su comandante en jefe, el mayor Wood, es un veterano que no tiene mucha consideración hacia aquellos que disparan contra investigadores. No quiere que vayas allí hasta que tenga listos sus arreglos de seguridad y haya hecho algunas verificaciones. Después tú decidirás cuándo ir allá. Por supuesto que la doctora Snaresbrook te acompañará.

—¿Se ha conseguido todo lo que pedí?

—Se encargó y se mandó al laboratorio. Lo que nos lleva al próximo punto: tu asistente.

—Nunca he tenido uno.

—En este valiente nuevo mundo lo tendrás. Facilitará tu trabajo.

Brian terminó su cerveza y dejó el vaso sobre la mesa, estudiando de cerca la cara inexpresiva de Ben.

—Ya conozco esa mirada. Significa que hay más de lo que me estás diciendo, pero que debería ser capaz de descubrirlo solo. Y lo puedo hacer. Ellos han intentado matarme tres veces. Quizás no viva después del cuarto atentado. De manera que todos estarían más contentos si al menos hubiera otra persona al tanto de la investigación sobre IA.

—Seguridad, lo has adivinado. Lo difícil ahora es encontrar a

alguien capacitado para el trabajo y en quien al mismo tiempo podamos confiar. Hoy en día, el espionaje industrial es un curso para graduados en casi todas las universidades y también una importante industria en expansión. Algo como la IA puede ser muy tentador, como desafortunadamente ya has descubierto. Ya reduje mi escueta lista a otra más corta. Quedan dos posibles candidatos. Por la mañana entrevistaré a alguien muy promisorio, un graduado del Instituto Tecnológico de Massachusetts. Pero hasta que no lo vea no sabré qué hacer. Así que veamos la otra posibilidad. ¿Cómo te llevas con los militares?

—Aparte de nuestro amigo el general, no tengo nada en pro ni en contra. La armada y los infantes de marina han hecho un buen trabajo aquí. Y asumo que el ejército hará lo mismo en Megalobe. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque he rastreado a un tal capitán Kahn que está en la fuerza aérea, y ha hecho un excelente trabajo para el sector de programas de expertos en la academia de Boulder. Pertenece a la segunda generación de una familia de inmigrantes yemenitas. Kahn está trabajando ahora en programas de control de aviones. ¿Estás interesado?

—¿Por qué no? Ponte en contacto con Boulder y...

—No hay necesidad —dijo Ben, sacudiendo la cabeza. En la esperanza que dijeras que sí, mandé llamar al capitán.

—Muy bien, háganlo pasar y veamos qué resulta.

Ben sonrió e hizo la llamada. El oficial debía haber estado aguardando cerca porque el guardia apareció un instante más tarde.

—Su visita, señor.

Ben se levantó; Brian se volvió y descubrió el motivo. Se puso también de pie.

—Capitán Kahn, éste es Brian Delaney.

—Es un placer conocerlo —manifestó ella. Su mano era fresca y firme. Era una mujer atractiva, con buena figura, cabello negro y tez oscura. Muy seria. Permaneció en posición de firme, en silencio, su cara compuesta y sin sonreír, como la de Brian. Benicoff percibió que la entrevista no marchaba sobre rieles.

—Por favor, tome asiento, capitán —le dijo, acercando una silla—. ¿Le puedo servir algo de beber?

—No, gracias.

—Yo voy a tomar una cerveza. ¿Quieres una también, Brian? — Brian le indicó que no con un rápido movimiento de cabeza. Se dejó caer en su silla—. Muy bien, capitán, ¿Cuál es su primer nombre?

—Es Shelly, señor. Al menos así me llama la mayoría de la gente. Mi nombre hebreo es Shulamid, que no es fácil de pronunciar.

—Bueno, entonces Shelly, gracias por venir. Temo no haberle dado demasiada información sobre el trabajo, puesto que es sumamente confidencial. Pero ahora que está aquí estoy seguro que Brian le podrá explicar todo mejor que yo. ¿Brian?

Los recuerdos se estaban interponiendo. Benicoff le debería haber dicho que el capitán era una mujer. No porque fuera malo... ¿O sí lo era? El recuerdo de Kim era demasiado reciente. Pero sólo reciente para partes de él. Para el Brian adulto esos hechos desafortunados estaban obsoletos, eran parte del pasado; mejor olvidarlos. Se dio cuenta que el silencio se había prolongado y que ambos lo estaban mirando.

—Lo siento. Mi mente estaba divagando, lo hace a veces. Creo que te voy a acompañar, Ben, tomaré una cerveza.

Mientras Ben la pedía, Brian trató de controlar sus pensamientos y encauzar sus emociones. La capitán no era Kim, que para entonces ya estaría gorda, vieja y casada con cinco hijos. Mejor olvidarla. Se sonrió ante esa idea e hizo una profunda inspiración. Tenía que empezar de nuevo y olvidar el pasado. Se volvió hacia Shelly.

—Yo no sé bien por dónde empezar. Podría necesitar cierta ayuda para un proyecto de investigación que iniciaré pronto. Me gustaría que me hablara sobre el trabajo que está realizando actualmente.

—No le puedo dar detalles ya que todo lo que hago es confidencial. Pero el esquema general del programa es de conocimiento público y fácil de explicar. El programa se creó porque los aviones modernos son demasiado rápidos para los reflejos del piloto y los instrumentos también demasiado complejos. Si un piloto tuviera que vigilar todos los sistemas electrónicos personalmente, no le restaría tiempo para pilotear el avión. Para asistir al piloto, se están desarrollando y perfeccionando sistemas expertos que se hacen cargo de gran parte de sus responsabilidades. Es un trabajo muy interesante—. Su voz era baja y un tanto ronca. Hablaba con seguridad, sentada en el borde de la silla con la espalda derecha y las manos entrelazadas sobre su falda. Brian era el que se sentía un poco inseguro, no ella. No era exactamente lo que había imaginado como asistente.

—¿Ha trabajado alguna vez sobre inteligencia artificial? —le preguntó.

—En realidad no, a no ser que considere que los sistemas

expertos forman parte de la IA. Pero me mantengo actualizada en cuanto a los desarrollos en esa materia, ya que algunos de ellos pueden aplicarse a mi trabajo.

—Eso va en favor suyo. Prefiero que esté bien informada. ¿Le han especificado en qué consistirá el trabajo?

—No. Sólo me han adelantado que está relacionado con la IA. El señor Benicoff también me habló sobre el violento espionaje industrial relacionado con esto. Quería que estuviera al tanto del riesgo que correría físicamente. Me hizo leer una copia de su informe sobre el crimen no resuelto. También me dijo que ha habido otros ataques a su vida desde aquel hecho. Quería que yo supiera todo lo ocurrido antes de ofrecerme el trabajo.

—Me alegra que lo haya hecho. Porque el peligro es real.

Por primera vez hubo un cambio en su expresión severa. Ella se sonrió.

—Se supone que un oficial de la fuerza aérea está listo para luchar en todo momento. En la época en que nací Israel era aún un campo de batalla. Mi padre y mi madre, como todo el resto, peleaban en el ejército. Cuando cumplí seis años, mi familia emigró a los Estados Unidos, así que tuve la suerte de crecer en un país en paz. Pero todavía me gusta pensar que mis padres me transmitieron parte de su fuerza y capacidad para sobrevivir.

—Estoy seguro que así fue —dijo Brian, casi sonriendo. Le empezaba a gustar Shelly, con su aire de seguridad. Pero no estaba seguro que quería en realidad trabajar con una mujer, pese a lo calificada que fuera. El recuerdo de Kim todavía se interponía. Pero, si Shelly era tan eficiente como para realizar trabajos sobre sistemas expertos para la fuerza aérea, podría estar calificada para ayudarlo. Y el hecho que nunca hubiera hecho investigaciones sobre IA era un factor favorable. Algunos científicos desarrollan una visión de túnel después de un tiempo y terminan creyendo que su enfoque del problema es el único posible, aunque se les demuestre que están equivocados. El sólo debería tratar de olvidarse de su sexo; se volvió hacia Ben para preguntarle:

—¿Existe alguna razón por la que no pueda darle a Shelly información sobre lo que estoy haciendo? Ella merece saber en qué estará involucrada antes de decidirse.

—La capitán tiene acceso a la información confidencial —dijo Ben—. Yo asumo la responsabilidad. Le puedes decir lo que consideres necesario.

—Entonces está bien. Shelly, estoy por desarrollar una inteligencia artificial. No es del tipo de programas que llamamos hoy en día de IA. Me refiero a una inteligencia artificial completa, eficiente, independiente y articulada, que, además, funcione.

—¿Pero cómo puede hacer una máquina inteligente hasta no saber con precisión en qué consiste la inteligencia?

—Voy a hacer una máquina que va a pasar el test de Turing. Seguramente conoce el test. Usted coloca a un ser humano en una terminal hablando a un ser humano en otra y pueden hacerse una cantidad innumerable de preguntas y contestarlas, para convencer al humano de un extremo que hay otro humano en el otro. Y como ya debe saber, la historia de la IA está plagada de programas que no pasaron este test.

—Pero eso sólo es un truco para convencer a alguien que la máquina es una persona. Todavía no nos da una definición de inteligencia.

—Tiene razón, pero eso es precisamente lo que quiso demostrar Turing. No se necesita una definición y, en efecto, no queremos tener una. Nosotros tendemos a llamar a alguien inteligente si lo consideramos capaz de resolver problemas, o de aprender nuevas técnicas, o hacer lo que otras personas hacen. Después de todo, la única razón por la cual consideramos a otras personas inteligentes es porque se comportan *intelectualmente* como seres humanos.

—¿Pero no podría algo ser inteligente siendo por completo diferente del ser humano? ¿Como un delfín o un elefante?

—Por supuesto, y lo puede llamar inteligente si quiere. Pero para mí, la palabra inteligencia es sólo un comodín para describir todas aquellas cosas en las que quisiera desollar y todo aquello que quiero que haga nuestra IA del futuro. El problema es que aún no sé con exactitud de qué se trata. La razón del uso de esas terminales es simplemente que no debería importar lo que es, en tanto responda a todas las preguntas que se le hacen, con respuestas que no se puedan distinguir de aquellas dadas por una persona. Disculpe la conferencia, le estoy explicando lo que ya sabe. En síntesis estoy desarrollando una IA para pasar ese test. Mi pregunta es: ¿le gustaría ayudarme?

Por primera vez desde que habían comenzado a hablar, Shelly perdió su compostura, y pareció más una mujer que un oficial militar. Sus ojos se habían agrandado mientras Brian hablaba y se había llevado la mano al mentón, sacudiendo ligeramente la cabeza con incredulidad.

—Escucho lo que dice y me suena completamente imposible y fascinante. ¿Me está diciendo que trabaja en una máquina que yo reconocería como inteligente?

—Así es —dijo Ben con firmeza—. Le puedo asegurar que una verdadera IA ha sido diseñada y va a ser construida.

—¡Si ése es el caso, yo quiero ser parte de ello! Este es un desarrollo tan trascendental e importante que no lo dudo ni por un instante —Luego frunció el ceño—: ¿Hay muchos otros interesados en el puesto?

—Entrevistaré a otra persona mañana —dijo Ben—. Esa es toda mi lista.

—Estoy segura de poder controlar mi impaciencia hasta entonces. Pero si me lo permiten, puedo hacer ahora algo para ayudarlos.

—Todavía no nos trasladaremos al laboratorio —dijo Brian.

—No me refiero a eso. Me refiero al asunto de la seguridad —se volvió hacia Ben—. Ese informe que me mostró sobre el robo, ¿estaba completo?

—Le saqué todas las referencias a la IA. Aparte de eso, sí, estaba completo.

—No me refiero a eso. Me refiero a la investigación del crimen. ¿Sabe quién estaba a cargo de la investigación?

—Claro que lo sé. Yo mismo. Puedo garantizar que esa parte del informe está completa.

—¿Y desde el robo y el disparo que recibió Brian, ha habido dos nuevos atentados contra su vida?

—Eso es correcto.

—Entonces considero que debe darse a la solución del crimen la más alta prioridad.

Benicoff no supo si reír o sentirse insultado.

—¿Se da cuenta que estoy a cargo de la investigación? ¿Que he estado trabajando en este caso constantemente desde hace meses?

—¡Señor, por favor, no me malinterprete! No estaba criticando sus esfuerzos, sólo ofreciendo mi ayuda.

—¿Y cómo hará eso?

—Escribiré un programa experto con un solo fin en mente: resolver este crimen.

Benicoff se dejó caer de nuevo en su sillón. Por un momento, masajeó su mentón en silencio. Luego asintió con felicidad.

—Capitán, le agradezco su ofrecimiento. Me he comportado como un tonto. No volverá a suceder. ¿Cuándo podrá trasladarse

aquí?

—Formo parte de un equipo. Son muy buenos profesionales y sé que podrán desenvolverse sin mí. Podría estar aquí en uno o dos días. Antes debo preparar algunas notas sobre los desarrollos en que trabajo, para que mi equipo esté informado. Después de eso, en tanto ellos puedan ponerse en contacto conmigo en el futuro, puedo trasladarme aquí casi de inmediato. Incluso este fin de semana si así lo desea. El trabajo de allá es importante pero no tanto como éste. Si me lo permite me gustaría desarrollar ese programa experto para usted. Y mantenerme a disposición para trabajar en la IA. ¿Estamos de acuerdo?

—Claro que sí. Organizaré todo el material para que pueda tener acceso a él de inmediato. Lamento no haber pensado en ello antes. Una investigación como ésta involucra una tonta y aburrida investigación de hechos que se arrastra interminablemente. Ese es un trabajo para la computadora, no para un ser humano.

Se pusieron de pie y se acercaron hasta donde se encontraba ella para darle la mano y despedirla. La miraron retirarse de reojo igual que el guardia, quien sólo se permitió seguirla con los ojos.

—Esta chica tiene un ciento por ciento de razón en desarrollar ese programa para resolver el crimen de Megalobe —dijo Brian—. Si podemos rescatar mi primera IA nos facilitaría el trabajo.

—Tu trabajo será mucho más fácil si te mantienes vivo. Quiero detener los ataques y resolver el caso.

—Cuando lo dices de esa forma, tengo que estar de acuerdo.

# 20

---

15 de febrero de 2024

Benicoff miró su reloj.

—La buena noticia es que a partir de hoy dejamos este hospital. La doctora Snaresbrook dice que estás totalmente recuperado. ¿Estás listo para mudarte?

—Estaré listo cuando tú lo estés, y muero de ganas de irme de aquí —dijo Brian, cerrando con llave la valija y dejándola en el piso junto a su computadora—. ¡Qué te parece esta valija! Se ve como cuero, pero está hecha de un entretejido de teflor y nitrato de boro. No se puede cortar, ni romper, y dura una eternidad. Es un regalo de la doctora Snaresbrook...

—Ya sé —respondió Ben suspirando—. Ella se indignó al descubrir que traje tu ropa en una bolsa plástica. Y que no te importaba usar esa misma bolsa para llevarte tus pertenencias de aquí —Miró la hora—. Aún nos quedan unos minutos. La que te acabo de dar es sólo la buena noticia del día.

—¿Y cuál es la mala noticia?

—Es sobre tu asistente. El candidato del Instituto Tecnológico de Massachusetts no vendrá. Estaba calificado, pero también está casado y tiene tres hijos y no hay forma de hacerlo dejar Boston.

Brian se frotó el mentón y arrugó la frente.

—¿Entonces significa que el capitán tomará el puesto?

—En teoría, ella también está calificada para el puesto. La pregunta es si tú la quieres y la consideras apta. La decisión es tuya. Yo seguiré buscando otros candidatos, si lo deseas.

—No lo sé, Ben, creo que sólo estoy comportándome como un estúpido. Si el capitán, Shelly, fuera hombre no lo dudaría ni por un segundo. Es una reacción de piel, nada más. —Ben se mantuvo en

silencio, dejando que Brian tomara la decisión. Este recorrió la habitación, volvió y se dejó caer en una silla.

—¿Es realmente buena?

—No hay nadie mejor.

—¿Estoy siendo prejuicioso?

—Yo no dije eso. La decisión sigue siendo tuya.

—Entonces se queda. ¿Cómo le está yendo con el programa experto de detección?

—Muy bien. ¿Quieres que Shelly te cuente lo que ha logrado hasta el momento?

—Seguro, tan pronto como empiece a funcionar. Y así me dará una oportunidad de ver cómo trabaja.

Ben volvió a mirar su reloj.

—Ya es hora. Voy a llamar al primer piso y les haré saber que estamos listos. Y quiero que conozcas al hombre que va a estar a cargo de tu seguridad. Su nombre es Wood. Tiene mucha experiencia y es de toda confianza. Y no lo digo al pasar, tu vida puede depender de ese hombre. Creo, no, estoy seguro que es el mejor.

El mayor Wood golpeó y entró. Era un hombre grande, con el físico de un boxeador, cintura angosta y hombros anchos. Una cicatriz sobre su mejilla derecha dibujaba un surco claro sobre la piel morena. La cicatriz desaparecía en la comisura de los labios y daba la sensación que el mayor sonreía en forma permanente.

—Brian, te presento al mayor Wood, quien está ahora a cargo de la seguridad en Megalobe.

—Es un placer conocerte, Brian. Si nos vamos a tutear, mi nombre de pila es Woody. Pero no me llames así frente a los soldados. Te vamos a cuidar bien. Mejor que ese último grupo —Sus fosas nasales se abrieron casi imperceptiblemente con odio—. Lo único bueno que dejó el equipo anterior de seguridad de Megalobe es que podemos aprender de sus errores. De su *gran* error.

—Dígame lo que aprendió —dijo Benicoff. —Aún estoy investigando qué fue lo que pasó.

—La seguridad está basada en personas, no en máquinas. Cualquier cosa que una persona puede construir, otra puede conseguirlo. Claro que voy a usar todo el sistema de seguridad que está en el lugar, aparte de algunos agregados propios. Las máquinas y los alambrados ayudan. Pero van a ser mis hombres quienes te estarán vigilando a ti y a los otros, Brian. Eso es seguridad.

—Ya me siento mejor —dijo Brian con sinceridad.

—Entonces sigue así —dijo la doctora Snaresbrook al entrar—. Este va a ser un día cansador, repares en ello o no. Quédate levantado cinco horas a lo sumo, después te acuestas. ¿Me entiendes?

—¿Tengo alguna otra opción?

—No —Su sonrisa suavizó el tono imperativo de su orden—. Te daré un par de días para que te pongas a trabajar. Necesitaré ese tiempo para trasladar mi equipo a la enfermería de Megalobe. Ya que no volverás a este hospital, vamos a realizar las sesiones con la máquina allá. Veremos si te podemos proporcionar acceso a todos esos recuerdos técnicos que vas a necesitar. Ahora cuídate.

—Lo haré, Doc, no se preocupe.

—¿Estás listo? —preguntó el mayor Wood tan pronto como ella se hubo retirado.

—Sólo espero órdenes.

—Esa es la actitud correcta. Haz lo que te digo y llegarás allá a salvo. *Sargent*.

El soldado entró al cuarto sólo un instante después que lo llamó. Le alcanzó al mayor una de las dos armas automáticas cortas que portaba. Benicoff levantó la valija y la computadora de Brian y todos salieron al mismo tiempo.

Aunque este viaje carecía del exhibicionismo de la transferencia de Brian al hospital naval, todo se hizo con eficiencia y profesionalismo. Un escuadrón de soldados fueron rodeándolos a medida que atravesaban el vestíbulo; otros los seguían. La playa de estacionamiento de los oficiales había sido vaciada a pesar de las protestas de militares de alto rango. Un gran helicóptero de transporte, con sus rotores en marcha, los esperaba posado en medio del terreno. El helicóptero levantó vuelo en cuanto subieron. Helicópteros rápidos de ataque circulaban por encima de ellos cuando tomaron altura para cruzar la bahía y las casas de San Diego. Siguieron la autopista oeste, luego giraron y pasaron sobre las montañas. Era un hermoso día soleado con visibilidad aparentemente ilimitada.

Por fin lejos del hospital, Brian se sintió liberado y confiado. Le gustaba la vista, primero las montañas escarpadas sin vegetación alguna, luego los colores opacos del desierto más allá. Pasaron sobre los edificios y la cancha de golf de Borrego Springs, luego siguieron hacia el desierto. Las tierras yermas, desoladas y agrietadas por la erosión, se extendían debajo de ellos. Luego apareció el manchón de tierra verde frente a ellos. El área cuadrada de edificios bajos y jardines se fue agrandando a medida que descendieron y se posaron

suavemente en la pista. Los helicópteros de ataque dibujaron un último círculo protector, luego se alejaron rastreados por el radar SAM. Un soldado abrió la puerta del helicóptero.

Brian bajó sin ninguna aprensión ni temor. Nunca recordaría lo que le había pasado allí. Confiaba en que nada le volvería a suceder en aquel mismo lugar. Lo que quería sobre todo era ponerse a trabajar.

—¿Quieres ver dónde vivirás? —preguntó el mayor. Brian sacudió la cabeza.

—Luego, si no te importa. Quiero ver el laboratorio primero.

—Tú mandas. Tus valijas y otros objetos personales serán dejados en tu habitación. Hoy te acompañaré por el complejo para que las tropas puedan conocerte.

—¿No necesitaré una identificación?

—El resto del personal tendrá que llevar una identificación. Tú no la necesitarás. Toda la seguridad fue diseñada con un solo objetivo: mantenerte a salvo. Espero que llegues a conocer a los hombres. Forman un buen equipo. Pero en este momento es más importante que ellos te conozcan a ti. Si me esperas un minuto, en seguida vuelvo y comenzamos.

Se alejó rápidamente hacia los edificios. Ben señaló uno de ellos.

—Ese es el edificio de laboratorios —dijo—. El grande con los ventanales refulgentes. La entrada a tu laboratorio está por atrás, en un ala especial.

—¡Parece fantástico! Sabes, no puedo esperar hasta poner mis manos encima de una computadora poderosa, para llegar a comprender los sistemas descritos en las notas. Ya he comenzado con unos programas en la computadora portátil, pero no es adecuada para el tipo de trabajo que debo realizar ahora. Se requiere mucho más velocidad de lo que da la vieja computadora portátil. Y mucho más memoria. Estoy usando unas bases de conocimientos extremadamente amplias, que deben ser guardadas en la memoria. Sin memoria no puede haber conocimiento. Y sin conocimientos no puede haber inteligencia. ¡Cómo he aprendido por experiencia!

—¿Estás diciendo que la inteligencia es sólo memoria? —dijo Ben—. No puedo creer eso.

—Bueno, algo así pero sin el sólo. Como yo lo concibo, necesitas dos cosas para que el pensamiento se produzca, y las dos están basadas en la memoria. No importa si es un ser humano o una

máquina. Primero necesitas tus procesos, los programas para el trabajo real. Y los datos sobre los cuales esos programas van a trabajar, ése es tu conocimiento, los archivos de tus experiencias. Y tanto los programas como los conocimientos que éstos usan deben ser parte de tu memoria.

—No me atrevo a discutir contigo —dijo Benicoff—. Pero seguramente, debes necesitar algo más, aparte de lo meramente mecánico. El *yo* que es *yo* debe estar en algún lado aunque no esté usando mi memoria.

—¿Pero de qué sirve un *yo* que no hace nada?

—Porque sin un *yo*, sólo tendríamos una computadora. Que trabaja pero no siente. Que habla sin entender lo que dice. Seguramente el pensamiento debe involucrar más que el simple proceso de la memoria. Debe haber algo para iniciar el deseo y la intencionalidad y luego debe haber algo para apreciar lo que se haya logrado y entonces para desear algo más. Ya sabes, me refiero a ese algo espiritual que parece estar en el centro de mi cabeza, que entiende lo que las cosas realmente significan, que tiene conciencia de sí mismo y de lo que puede hacer.

Dolly no es la única persona supersticiosa, pensó Brian.

—¡A qué te refieres con espíritu! No creo que necesitemos un concepto semejante. Una máquina no necesita de ninguna fuerza mágica para llevarla a que haga lo que debe hacer. Porque cada estado presente es suficiente para llevarla al próximo estado. Si existiera ese espíritu dentro de tu cabeza, sólo se atravesaría en tu camino. Los pensamientos son simplemente lo que elabora el cerebro. La parte difícil es que, sin importar lo avanzada que sea nuestra tecnología, no podemos fabricar un duplicado exacto del cerebro humano.

—¿Y por qué no? Pensé que eso era precisamente lo que estabas haciendo.

—Entonces te equivocaste. Sólo debemos conseguir piezas que tengan funciones similares, no fabricar una copia exacta.

—¿Pero si no duplicas todos los detalles, no pensará en la misma forma, no es así?

—No exactamente. ¿Pero por qué debe importarnos eso en tanto que haga el tipo de cosas correctas? Mi investigación sólo intenta descubrir los principios generales, las pautas generales de funcionamiento. Cuando la máquina pueda aprender el tipo correcto de cosas encontrará los pequeños detalles por su cuenta.

—Suena terriblemente complicado. Estoy contigo, pero no envidio tu trabajo.

El mayor volvió, luego los guió hasta el edificio. El guardia de la puerta se cuadró cuando se acercaron. Pero en vez de mirar directamente al frente como de costumbre, se volvió cuando pasaron, observando minuciosamente a Brian, para grabar su fisonomía.

—Los llevaré adentro —dijo el mayor Wood dándole a Brian una pulsera de identificación—. Pero primero, me gustaría que te pusieras esto para que lo lleves todo el tiempo. Es impermeable y casi indestructible. Espero que no te importe, pero una vez que te la pongas, sólo la puedes sacar con una sierra. No hay otra forma de quitársela.

Brian la dio vuelta y vio que tenía su nombre grabado.

—¿Hay alguna razón en particular para esto?

—Hay una razón importante. Si la aprietas una vez, llegaré en seguida. Pero si la aprietas más de un segundo las alarmas empezarán a sonar en todo el complejo. ¿Qué te parece?

—Me parece bien. Pómela.

Woody se la colocó alrededor de la muñeca. Luego juntó los extremos. Estos se cerraron con un sonoro chasquido metálico.

—¿Por qué no la pruebas? —dijo el mayor, dando un paso atrás—. Sé entusiasta, una pequeña presión como ésa podría ocurrir por accidente. Eso es —De inmediato el intercomunicador del mayor sonó dos veces; lo apagó con el pulgar—. Funciona bien. Te mostraré el nuevo laboratorio, y espero que no seas claustrofóbico.

—No, que yo sepa, ¿por qué me preguntas?

—Vi el laboratorio donde solías trabajar. Es un desastre en cuanto a seguridad. En todo sentido es demasiado accesible. Ahora tienes un laboratorio nuevo, a estrenar. Sólo tiene una entrada. La fuente de energía y el aire acondicionado son independientes. Las instalaciones están casi en su totalidad bajo tierra. La que puedes ver ahora es la entrada. La mayor parte del equipo ha sido instalado.

—Tuvimos suerte con eso —dijo Ben—. Localizamos un estudiante técnico ruso de intercambio, quien nunca había salido de Rusia, o más bien de Siberia. Nunca consideró siquiera la posibilidad de estudiar en este país hasta que se lo propusimos. No existe ninguna posibilidad de que haya podido ser empleado por alguna agencia de espionaje industrial.

—Lo iré a buscar —dijo el mayor—, si me esperan aquí un momento.

Abrió la puerta que estaba sin cerrojo y entró al edificio. Un momento más tarde volvió acompañado por un joven alto con una tupida barba rubia.

—Este es Evgeni Belonenko, quien instaló todos los aparatos ahí dentro. Evgeni, éste es Brian Delaney, tu jefe.

—Es un gran placer saludarlo —dijo él, con un pesado acento ruso—. Tiene excelentes máquinas aquí. Son las mejores en el mercado. ¿Puedo suponer que está dispuesto a comenzar ahora?

—Esa es la idea que tengo.

—¡*Koroshow!*! Muy bien. He instalado aquí la adaptadora MHC. ¡Es una máquina maravillosa! Nunca había visto una antes, pero las instrucciones de uso son simples y completas.

Evgeni ya había abierto el panel metálico en la pared y trabajaba sobre los controles allí adentro. Cuando estuvo satisfecho, cerró la puerta y señaló una marca negra circular sobre la placa metálica.

—Tenga a bien, señor Brian Delaney, poner sus dedos aquí. ¡Eso es!

La luz verde sobre la abertura parpadeó un par de segundos, luego cambió al rojo.

—¡Ya está archivado! —dijo Evgeni, cerrando la placa de ingreso, luego empujó la puerta hermética—. Cerrada, y sólo usted puede abrirla, ya que está codificada con su ADN. Lo mismo va para esta placa de ingreso, es el único que puede abrirla y cambiar el ADN codificado. —Acercó sus propios dedos a la abertura. La luz parpadeó pero se mantuvo roja. En cambio, cuando Brian la tocó, el indicador verde se encendió y se escuchó un ruido seco al soltarse el cerrojo de la puerta. La empujó para abrirla y entraron al laboratorio.

Con gran entusiasmo, Evgeni les mostró todo el equipo que había instalado, las computadoras más modernas. Brian miró a su alrededor pero no llegó a reconocer gran parte de las máquinas. Investigarlas sería la primera prioridad de su trabajo. Había una buena vista del desierto a través del ventanal.

—Creí que el laboratorio era subterráneo —dijo señalando un correcaminos que se alejaba a toda carrera.

—Lo es —dijo Ben—. Esa es sólo una pantalla de TV de alta resolución de cinco mil líneas de registro. La cámara está montada en una pared exterior. Esta pantalla solía estar en la oficina del gerente, pero pensé que tendría más uso aquí.

—Y lo tendrá. Muchas gracias.

—Los dejaré con todo eso —dijo el mayor Wood—. ¿Me puedes

dejar salir, por favor, Brian? Eres el único que puede abrir esa puerta. Puede ser un estorbo, pero es muy seguro.

—No me quejo. Y gracias por lo que has hecho.

—Es mi trabajo. Aquí estarás seguro.

—Muy bien. Entonces ya es tiempo de que me ponga a trabajar en mis viejas ideas, las ideas sobre las que trabajaba el Brian anterior.

—Muchos de los esbozos eran pedazos de código en un lenguaje que no reconocía. Debían estar escritos en el lenguaje que su yo anterior, el viejo Brian, había diseñado a ese efecto.

Brian caminó hacia la computadora, tomó un GRAM de su bolsillo y lo enchufó. La pantalla se encendió y la computadora le habló con voz clara de contralto.

—Buen día. ¿Va a operar esta máquina?

—Sí. Mi nombre es Brian. Habla con voz más grave.

—¿Es este tono satisfactorio? —dijo la máquina, esa vez en tono de barítono.

—Sí. Déjalo en ese nivel —se volvió hacia Evgeni—. Parece muy buena.

—Es muy buena. El último modelo. Costaría millones en Rusia, salvo que allá no se las consigue. Voy a tener mucho que contarle a mis amigos programadores cuando vuelva a Tomsk. Ahora tengo otro trabajo que hacer, si no me necesita...

—No, estoy bien. Pegaré un grito si me surge alguna pregunta.

—Lo mismo digo yo —dijo Ben, mirando su reloj—. Creo que han pasado cuatro horas desde que empezamos este viaje, lo que es el tiempo límite.

—¿A qué te refieres?

—Me refiero a las órdenes de la doctora Snaresbrook. Ahora es cuando dejas de trabajar por este día y descansas. No admito ninguna excusa. Eso dijo ella. Pero no hay razón para que no puedas llevar a la cama tu computadora portátil.

Brian sabía que no podía protestar. Le dio un último vistazo al laboratorio, luego se dirigió hacia la puerta y la cerró cuando todos hubieron salido. El mayor Wood los estaba esperando afuera.

—Justo venía a buscálos —explicó—. Acaba de llamar la doctora Snaresbrook. Dijo que si no te encontrabas en tu habitación se te debía llevar allí de inmediato.

—Estamos en camino —dijo Brian, levantando las manos en señal de rendición—. El largo brazo de la doctora llega a cualquier

lado.

—Es mejor que así lo creas —manifestó—. Te veré mañana.

Brian no se sorprendió al descubrir que sus habitaciones estaban en las barracas de las tropas.

—Están justo en el centro del edificio —dijo Woody—. Tienes guardias en cada costado, para no mencionar los puestos de seguridad.

El departamento era pequeño, pero confortable. Tenía una sala de estar, dormitorio, cocina y baño. Su computadora estaba sobre la mesa de trabajo. El contenido de su valija había sido guardado.

—Sólo tienes que levantar el teléfono cuando quieras la cena. Alguien te la traerá hasta aquí. Esta noche comemos pan de carne —agregó el mayor antes de cerrar la puerta.



# 21

---

16 de febrero de 2024

Brian no podía dormirse. Quizás se debía a la excitación de la mudanza o a la nueva cama. Todas aquellas cosas nuevas que le habían ocurrido ese día conspiraban para mantenerlo despierto. A la medianoche decidió que dejaría de dar vueltas en la cama y haría algo para solucionarlo. Retiró la ropa de cama y se levantó. Los circuitos de la habitación detectaron el movimiento, verificaron la hora, y entonces prendieron las luces lo suficiente como para que pudiera caminar sin tropezar. El botiquín no fue tan gentil. Había sido programado para no dejar que nadie sacara un remedio de él en la oscuridad. Parpadeó ante la súbita luz que se encendió cuando logró abrir la puerta. *Si no puedes dormir, toma dos con un vaso de agua*, le había escrito la doctora en la etiqueta del frasco. Siguió las instrucciones y volvió a la cama.

Los sueños comenzaron tan pronto como se hubo dormido. Hechos confusos, partes de sus días de colegio. Paddy apareció en uno de ellos, el sol de Texas, el sol brillando sobre el Golfo. Parpadeaba ante su resplandor. Se levantaba por la mañana, se ponía por la tarde. Qué bello y qué equivocado. Sólo una ilusión. El sol se queda donde está. La Tierra gira alrededor del sol, gira y gira.

Oscuridad y estrellas. Y la luna. La luna moviéndose y girando alrededor de la Tierra. Levantándose y poniéndose como el sol. Pero no como el sol. La luna, el sol, la Tierra. A veces los tres alineados y hay un eclipse. La luna frente al sol.

Brian nunca había visto un eclipse total. Su padre le había hablado sobre eso. Eclipse: La Paz, México, en 1991. El 11 de julio, el día se había oscurecido. La luna cubrió al sol.

Brian se agitó en su sueño, frunciendo el entrecejo en la oscuridad.

dad. Nunca había visto un eclipse. ¿Vería uno alguna vez? ¿Habría alguna vez un eclipse aquí en el desierto de Anza Borrego?

La ecuación para resolver esta pregunta debería ser simple. Justo una aplicación básica de las leyes de Newton. La aceleración es inversa al cuadrado de la distancia.

Cada objeto es arrastrado por los otros dos.

El sol, la Tierra, la luna. Una simple ecuación diferencial.

Con sólo dieciocho variables.

Establece las coordenadas.

Las distancias.

¿A qué distancia está la Tierra del sol?

El *Manual de Astronáutica*. Cifras flotando frente a él, brillando en la oscuridad.

La distancia de la Tierra al sol en su punto más cercano.

Los ejes y grados de las inclinaciones de las órbitas de la Tierra y de la luna...

Los elementos precisos de estas órbitas, sus perihelios, velocidades y fuerzas centrípetas.

Las cifras y números encajaron en su lugar y luego sucedió.

La ecuación diferencial comenzó a solucionarse antes que él lo hiciera. ¿Ocurrió dentro de él? ¿Estaba él observando, viviendo, experimentando? Murmuró y se movió en la cama, pero ni desaparecía ni se detenía.

Fluía delante de él, número tras número.

—14 de noviembre de 2031 —gritó con voz ronca.

Cuando se prendieron las luces Brian parpadeó y se encontró a sí mismo gritando, sentado, empapado en sudor. Manoteó el vaso de agua sobre la mesa de noche. Tomó gran parte y se dejó caer de nuevo en la cama desordenada. ¿Qué le había pasado? La experiencia había sido tan fuerte, las cifras que corrían tan claras que todavía podía verlas. Era demasiado vívido para ser un sueño...

—¡Debe ser el procesador implantado! —dijo en voz alta. ¿Había sido en realidad el procesador? ¿Había tenido acceso en alguna forma a la computadora en estado de sueño? ¿Podría haberle ordenado desarrollar algún proceso? ¿Activar algún programa para resolver el problema? Esto en apariencia fue lo que sucedió. Al parecer, la computadora había resuelto el problema, luego le había transmitido el resultado. ¿En realidad había sucedido eso? ¿Por qué no? Era lo más lógico y plausible, la explicación menos aterradora. Le ordenó a la computadora que se encendiera, luego hizo una

descripción verbal de lo que recordaba, agregando su propia teoría. Después de eso cayó en un sopor profundo y aparentemente sin sueños. Eran las ocho pasadas cuando volvió a despertarse. Prendió la cafetera. Luego llamó a la doctora Snaresbrook. El teléfono de ella le contestó que la doctora se comunicaría con él. Lo llamó cuando Brian empezaba a comer su segunda tostada crujiente.

—Buenos días, Doc. Tengo una noticia interesante para usted — Cuando terminó de describir lo que le había sucedido, hubo un largo silencio en la línea—. ¿Está todavía allí?

—Sí, disculpa, Brian, sólo pensaba acerca de lo que me acabas de contar y pienso que puedes tener razón.

—¿Entonces es una buena noticia?

—Increíblemente buena. Mira, voy a cambiar algunas citas y veré si puedo estar allí para el mediodía. ¿Te viene bien ese horario?

—Perfectamente. Estaré en el laboratorio.

Pasó la mañana revisando la copia que había recuperado de sus notas. Trató de interiorizarse del trabajo que había realizado la investigación y construcción: todos aquellos recuerdos que la bala había destruido. Leer lo que él mismo había escrito le daba una sensación extraña. Parecían mensajes desde el más allá. Porque el Brian que había escrito esas notas estaba muerto y seguiría muerto para siempre. Sabía que de ninguna manera desde la edad de catorce podía crecer hasta ser el mismo hombre que había escrito ese primer informe, basado en varios años de investigación. Y finalmente construir la primera inteligencia semejante a la humana en el mundo.

Tampoco podía entender las notas breves y trozos de programas que su yo de veinte años había escrito. Sonrió con tristeza y volvió a la primera página. La única forma de lograrlo era seguir todo, paso por paso. Se adelantaría cuando pudiera hacerlo, para evitar caer en callejones sin salida y emprender falsos comienzos. Pero básicamente tendría que recrear todo lo que había hecho, hacerlo todo de nuevo.

La doctora Snaresbrook lo llamó por teléfono a las doce y treinta cuando llegó; él guardó su trabajo y se reunió con ella en la clínica de Megalobe.

—Entra, Brian —le dijo, mirándolo de pies a cabeza con ojo crítico—. Tienes un aspecto muy saludable.

—Y así me siento. Debe ser el par de horas de lectura al sol y la corta caminata que me recomendó.

—¿Estás comiendo bien?

—Como muy bien. Las raciones del ejército son excelentes. Y mire esto... —se quitó el gorro y frotó la pelusa que le crecía—. Tengo un mini corte militar. El pelo me crece y pronto tendré un verdadero peinado.

—¿Te duelen las incisiones en algún lugar?

—No.

—¿Has tenido mareos? ¿En algún momento te faltó el aliento?

¿Te sentiste fatigado?

—No, no y no.

—Me complace oírlo. Ahora quiero que me cuentes exactamente qué te pasó anoche. Dame cada detalle.

—Primero escuche esto —dijo él y le pasó un disco—. Grabé este disco inmediatamente después del sueño. Si mi voz suena como si estuviera drogado, se debe a que tomé ese remedio para dormir que me recetó.

—El hecho que hayas tomado esas pastillas ya es interesante. Era un tranquilizante y puede haber sido uno de los factores que contribuyeron al incidente.

Erin Snaresbrook escuchó la grabación tres veces. Tomó notas cada vez. Luego interrogó minuciosamente a Brian. Repasó los hechos una y otra vez hasta que se dio cuenta que él se estaba cansando.

—Ya es suficiente. Tomemos una taza de café y te dejaré ir.

—¿No va a probar si lo puedo hacer otra vez, pero en forma consciente?

—Hoy no lo haremos. Descansa primero...

—¡No estoy cansado! Sólo me estoy durmiendo de repetir las mismas cosas una y otra vez. Vamos, Doc, probémoslo ahora que todo el asunto está fresco en mi mente.

—Tienes razón, ¡hay que golpear mientras el hierro está aún caliente! Está bien, comencemos con algo simple. ¿Cuál es el cuadrado de ...de 123456?

Brian visualizó el número, trató de encontrar algún lugar donde ponerlo. Tiró y empujó mentalmente, enroscando sus pensamientos alrededor de la cifra. Lo intentó con más vehemencia, gruñó del esfuerzo.

—¡1552241138936! ¡Ese es el cuadrado! ¡Estoy seguro de ello!

—¿Sabes cómo lo hiciste? —preguntó ella excitada.

—En realidad, no. Se sentía como si hurgara para encontrar un recuerdo. Algo así como si tuviera una palabra en la punta de la

lengua, la buscara y la encontrara.

—¿Puedes hacerlo otra vez?

—Espero lograrlo, ¿por qué no? No sé cómo funcionó en el sueño, pero creo que puedo hacerlo otra vez. No tengo idea de cómo lo hago.

—Creo que sé lo que está ocurriendo. Para verificar mi diagnóstico debo conectarte de nuevo a la máquina conectora y observar qué sucede dentro de tu cerebro. ¿No te importa que lo hagamos?

—Claro que no. Debo averiguar cómo ocurre esto.

Ella encendió la máquina mientras él se instalaba en una silla. Los delicados dedos de la máquina hicieron sus ajustes y él se reclinó en su asiento, ordenando sus pensamientos.

—Esto es lo que haremos —Ella movió el cursor sobre el menú de la pantalla—. Aquí tengo un artículo de una revista que grabé en mi computadora ayer. Se titula “Intensidades Protoespecializadas en Desarrollo Juvenil”. ¿Sabes algo del tema?

—Conozco algo sobre los protoespecialistas. Son los centros nerviosos localizados en el tronco del cerebro. Son los responsables de nuestros instintos básicos, como ser el apetito, la furia, el sexo, el sueño. Pero no creo haber leído un artículo como ese.

—No pudiste haberlo hecho, porque fue publicado hace sólo unos pocos meses. Lo grabaré en tu computadora implantada con ese mismo título —apretó rápidamente las teclas, luego se volvió hacia él—: Debería estar allí ahora. Ve si puedes concientizarlo. ¿Puedes?

—No, en realidad no puedo. Sólo recuerdo el título porque acabo de oírlo.

—Entonces trata de hacer lo que hiciste hace un rato, o lo que hiciste en el sueño. Háblame sobre el artículo.

—Hay algo... no lo puedo distinguir bien. Me refiero a que hay algo allí, si sólo me pudiera acercar lo suficiente. Llegar a ese lugar... —Sus ojos se abrieron y comenzó a hablar, con palabras que salían en forma automática de sus labios.

—... a medida que un niño crece, cada protoespecialista primitivo crece de un nivel a otro de nuestra memoria y, al mismo tiempo, cada uno de ellos tiende a encontrar nuevas formas de influenciar y explotar lo que otros han conseguido. Como resultado de este proceso, es que las versiones más antiguas de esos especialistas se vuelven menos separadas y diferenciadas. De esa forma, mientras los diferentes sistemas aprenden a compartir sus ataduras cognoscitivas, las interconexiones resultantes llevan a mezclas más com-

plejas de los sentimientos, características de las emociones adultas. Y una vez alcanzada la edad adulta, estos sistemas se vuelven demasiado difíciles de entender aún para nosotros mismos. Cuando ya hemos pasado todas estas etapas de desarrollo, nuestras mentes adultas se han rehecho demasiadas veces como para recordar o entender mucho de lo que se sentía en la infancia.

Brian apretó los labios, luego volvió a hablar, con lentitud y dudando de sus propias palabras.

—¿Es ese... el texto? ¿El artículo se trataba de eso?

La doctora Snaresbrook miró a su pantalla y asintió.

—No se trataba de eso, si no que repetiste palabra por palabra el texto del artículo. ¡Brian, lo has logrado! ¿Qué sensaciones están ligadas a esto?

—Es como una verdadera memoria, aunque no exactamente. Está allí, pero no sé nada sobre ella. Tengo que leerla con mi pensamiento antes que me resulte completa, comprensible.

—Claro. Se debe a que está en la memoria de la computadora, no en la tuya. Tú puedes tener acceso a ella, pero no la puedes entender hasta que no la has revisado por completo, pensando el significado de cada frase. Debes hacer las conexiones correctas con las cosas que ya conoces. Recién entonces habrás logrado las interconexiones que constituyen el verdadero entendimiento.

—¿No es un conocimiento instantáneo que se introduce en mi cabeza?

—Me temo que no. La memoria humana está formada por muchas interconexiones, a las que podemos tener acceso de muchas formas. No es del tipo lineal como la memoria de una computadora. Pero una vez que la revises una o dos veces, formará parte de tus recuerdos, accesibles en cualquier momento.

—Esto es divertido —dijo él, luego sonrió—. ¡Por Dios, recuerdo hasta los números de las páginas y las notas! ¿Cree que lo podríamos hacer con un libro entero o con una enciclopedia?

—No veo por qué no puede ser posible, ya que hay suficiente memoria en tu implante. Eso aceleraría el proceso de reaprendizaje. ¡Pero es algo tan maravilloso! Acceso directo a una computadora con sólo tu pensamiento. Es un concepto tan interesante, con posibilidades ilimitadas.

—Y podría ayudarme en mi trabajo. ¿Hay alguna razón por la cual no podría grabar todas las notas de mi investigación anterior para poder acceder a ellas con sólo pensar?

—Ninguna razón.

—Bien. Sería bueno tener todo allí para digerirlo. Lo haremos ahora. Grábeme todas las notas que encontré. Están allí en mi GRAM... —Bostezó—. No, mejor hoy no. Lo podemos hacer mañana. De cualquier forma quiero pensar en esto. Va a tomar algún tiempo hasta que me acostumbre.

—Estoy completamente de acuerdo. Has tenido más que suficiente para un solo día. Si estás pensando en volver al laboratorio, no lo hagas. Ya has terminado con el trabajo por el día de hoy.

Brian asintió; estaba de acuerdo.

—De todas formas había planeado dar un paseo y pensar en este nuevo descubrimiento.

—Esa es una buena idea, en tanto que no te fatigues.

Se puso los anteojos de sol antes de salir al resplandor del mediodía del desierto. Un cabo le abrió la puerta, siguiéndolo a pocos pasos de distancia, mientras hablaba en voz baja por un micrófono que llevaba en la solapa. Otros soldados estaban apostados allí afuera a ambos lados, mientras otro más iba adelante. Brian se estaba acostumbrando a la presencia constante de su guardia. Apenas reparaba en ellos al caminar por el sendero que lo llevaba a su banco favorito junto a la piscina. El edificio de los ejecutivos de Megalobe estaba del otro lado del agua, oculto tras los árboles y arbustos. El era el único aparentemente que iba allí para disfrutar del silencio y de la privacidad. Se enfadó cuando sonó su teléfono. Pensó en no contestarlo, luego suspiró y lo retiró de su cinturón.

—Aquí Delaney.

*—Soy el mayor Wood. Estoy en la recepción. La capitán Kahn está aquí. Dice que usted no la esperaba hoy, pero pregunta si puede hablarle.*

—Está bien. Dígale que estoy...

*—Ya sé donde está, señor —la voz del mayor se endureció ante la sugerencia de que no supiera la ubicación de Brian al milímetro—. La escucharé hasta allí.*

Se acercaron por el camino desde la entrada principal. El cuerpo fornido del mayor le hacía sombra al cuerpo pequeño, pero bien proporcionado de Shelly. Ese día no llevaba uniforme. Vestía una falda blanca corta que era más adecuada para el clima del desierto. Brian se incorporó cuando ella se acercó; Woody giró sobre sus talones y los dejó solos.

—¿Espero no estar interfiriendo con su trabajo? —En el entre-

cejo había una fina línea de preocupación.

—De ningún modo. Como puede ver sólo me estoy tomando un descanso.

—Debí haber llamado antes. Pero acabo de volver de Los Ángeles y quería ponerle al tanto de los progresos. He estado trabajando con algunos de los mejores investigadores del Departamento de Policía de esa ciudad. Con el tipo de trabajo que está haciendo estoy segura que sabe todo sobre sistemas expertos.

—Yo no diría *todo*, y seguramente estoy fuera de onda respecto al trabajo que se ha realizado en los últimos años. Pero dígame, ¿en qué lenguaje escribe sus programas?

—LAMA 3.5.

—Qué buena noticia —dijo él con una sonrisa—. Mi padre formaba parte del equipo que desarrolló LAMA, Lenguaje de Lógica y Metáfora. ¿Ya tiene a su computadora trabajando como un detective?

—Sí, está en la etapa de prototipo. Funciona lo suficientemente bien como para ser interesante. La llamo Dick Tracy.

Dibujo p. 210.

## DIBUJO PAG. 211

—¿Cómo funciona?

—Básicamente es muy simple. Tiene tres secciones principales. La primera es una cantidad de sistemas expertos, cada uno de ellos con una función específica. Estos especialistas están controlados por un administrador bastante sencillo que busca correlaciones y capta cuando varios especialistas concuerdan en algo. Uno de ellos ya ha estado buscando información en bases de datos de todo el país. Ha estado haciendo listas de todas las formas de transporte. Ahora está compilando su propia base de datos de automóviles, camiones, vuelos y demás. Ha incluido hasta transporte fluvial y marítimo.

—¿Aquí en el desierto?

—Bueno, el Mar Salton no está lejos. También tengo otros programas especialistas compilando distintos tipos de información geográfica, en especial de exploradores satelitales de esta área en el período de tiempo que nos interesa.

—Me parece bien —Brian se puso de pie—. Me estoy acalambando, ¿quiere caminar un rato?

—Por supuesto —ella miró a su alrededor mientras caminaban por el sendero—. ¿Esta es una base militar? Parece haber muchos soldados aquí.

—Todos míos —le respondió sonriendo—. ¿Ve cómo mantienen el mismo paso que nosotros?

—Eso me gusta.

—A mí me gusta aún más. Como se puede imaginar no me agradaría un cuarto atentado contra mi vida. Ahora la pregunta que debo hacerle es, ¿puede ese sistema que ha armado ayudarnos a encontrar a los asaltantes? ¿Ha dado Dick Tracy alguna pista interesante hasta el momento?

—En realidad, no ha dado nada hasta ahora. Está aún procesando los datos.

—Entonces métalo dentro de un GRAM y tráigalo aquí. La computadora grande que estoy usando le brindará toda la potencia que pueda necesitar.

—Eso sí que aceleraría las cosas. Voy a necesitar un día o dos para juntar todos los cabos sueltos—Levantó la vista hacia el sol—. Creo que debo irme ahora. Puedo tener todo listo para el miércoles, copiar todos mis apuntes y traer el GRAM aquí el jueves por la mañana.

—Perfecto. La acompañaré hasta la oficina de vigilancia, ya que no me dejan llegar al portón de entrada. Le comunicaré a Woody lo que hemos decidido.

Cuando partió, se dio cuenta que debería haberle pedido una copia de LAMA 3.5., luego se rió de su estupidez. Ya había pasado la época en que se acarreaban programas en discos, aparte de los que necesitaban máxima seguridad. Se dirigió al laboratorio. Probablemente tenía una copia del programa allí en CDROM. Si no, lo copiaría de una base de datos.

Todavía le tomaba tiempo acostumbrarse a ese viejo nuevo mundo del 2024.

---

21 de febrero de 2024

Cuando Brian llegó a su laboratorio por la mañana, Benicoff y Evgeni lo esperaban frente al edificio.

—Este es el último día que pasará Evgeni aquí y queremos verificar todo el sistema antes de que se vaya.

—¿Vuelves a Siberia, Evgeni?

—Eso espero, y que sea dentro de poco, este lugar es demasiado caluroso. Pero primero debo seguir unos cursos de capacitación en Silicon Valley y terminar la instrucción técnica sobre las últimas computadoras. Los Estados Unidos las hacen, Rusia las compra, yo las arreglo. Voy a ayudar a diseñar los próximos modelos. Hay bastantes rublos en el futuro de Evgeni, puede apostarlo.

—Buena suerte y que gane bastantes rublos. ¿Qué hacemos ahora, Ben? —Apoyó su dedo sobre la placa y la puerta zumbó al abrirse.

—Busquemos posibles problemas. Todo el equipo ha sido instalado y está funcionando. Evgeni es un gran técnico.

—Póngalo sobre papel. ¡Una recomendación vale muchos rublos!

—Lo haré, no se preocupe. Pero cuando se vaya no queremos tener más técnicos dando vueltas por aquí.

—Me siento un campeón. ¿Pero qué pasa si un cortocircuito masivo acaba con todo el sistema?

—No hay un sistema solo. Hay una red de sistemas acoplados. Cada uno tiene una copia del programa de red que contiene el material de diagnóstico completo de cada máquina. Además de esto, a intervalos regulares, se copian los informes de memoria y diagnóstico de cada máquina a un par de otras máquinas.

—Así si algo funciona mal, deberíamos poder recuperar todas

las funciones. A lo sumo, perderíamos el trabajo de los últimos minutos.

—*Da*. Y en la mayoría de los casos no perderían nada. Tienen problemas me lo mandan a decir por correo electrónico...

—*Visitantes en la entrada principal* —anunció la computadora de seguridad.

Brian tocó un botón en la pantalla y en ella apareció la imagen de la entrada, filmada por una de las cámaras exteriores. Dos soldados estaban parados a cada lado de la capitán Kahn.

—Vuelvo en un minuto —dijo Brian, luego cruzó el laboratorio hasta la entrada. Con su pulgar abrió la puerta para dejarla entrar.

—¿Espero no haber llegado demasiado temprano? El mayor me dijo que ya estaba aquí.

—Así es. Llegó en un buen momento. Déjeme mostrarle su terminal y la ayudaré a instalarse. Supongo que querrá grabar sus programas y archivos primero.

Ella sacó un GRAM de su cartera.

—Está todo aquí. No los quise mandar por una línea pública. Ahora ésta es la única copia. La otra ha sido borrada de la computadora de la policía. Contiene mucho material confidencial que no queremos que otra gente ande revisando.

Él la guió a través del laboratorio hasta la oficina compartida en el extremo del cuarto.

—Por ahora sólo tiene una terminal, un escritorio y la silla —dijo él—. Hágame saber si necesita alguna otra cosa.

—Esto será todo.

—Muy bien —manifestó Ben, mientras poniéndose de pie y desperezándose—. Ya verifiqué todo dos veces. Evgeni ha hecho un gran trabajo. Todas las instrucciones para el acceso y uso de los programas están aquí en RAM.

—Quiero ver eso, ¿pero puedes esperar medio minuto? Shelly acaba de llegar y desearía hablar con ella en cuanto haya grabado su Programa Experto. Esta es una buena oportunidad para que averigüemos hasta dónde ha llegado.

Acompañaron a Evgeni a la entrada y allí él les estrechó la mano con entusiasmo.

—¡Tienen un buen equipo, y ha sido un placer trabajar aquí!

—Buena suerte y rublos.

—¡*Da*!

Shelly se dio vuelta en su silla. Cuando ellos entraron señaló la

oficina vacía.

—Disculpe la humilde hospitalidad.

—Voy a buscar un par de sillas —dijo Ben—. Y una taza de café. ¿Alguien más quiere una? ¿No? Entonces traeré sólo dos sillas y una taza de café.

—¿Tiene algún resultado que quiera contarnos? —le preguntó Brian.

—Algunos. Ya he escrito el programa de unión de la base de datos con el programa de descubrimiento y la interfase humana. Prácticamente no tiene errores. Lo puse a trabajar con el objetivo de resolver el robo de Megalobe. Ha estado funcionando ahora durante un par de días. Puede que esté listo para contestar algunas preguntas. No lo quise revisar hasta que ustedes dos estuvieran presentes. Esta es su investigación, Ben. ¿Quiere intentarlo primero?

—Claro que sí. ¿Cómo entro al programa?

—Comencé usando el nombre clave “Dick Tracy” y me temo que ése es el nombre que le ha quedado. Esa clave, o sea su nombre, es todo lo que necesita.

—De acuerdo —Ben se volvió hacia la terminal—. Mi nombre es Benicoff y estoy buscando a Dick Tracy.

—El programa ya está en línea —dijo la computadora.

—¿Cuál es el objetivo?

—Localizar a los criminales que asaltaron el laboratorio de Industrias Megalobe el 8 de febrero de 2023.

—¿Ha localizado a los criminales?

—Negativo. No he determinado aún cómo se llevaron el material, ni la forma en que se fugaron los criminales.

Brian escuchaba emocionado.

—¿Está segura que éste es sólo un programa? Se lo escucha como un ganador del Test de Turing.

—Es un programa conectado al lenguaje que escucha —dijo Shelly—. Es una tecnología bien conocida. Reformula y analiza la sección de lenguaje del sistema CYC. Estos programas de lenguaje siempre parecen más inteligentes de lo que son porque su gramática y entonación son muy precisas. Pero en realidad no saben gran cosa del significado de las palabras, —se volvió a Ben—: siga preguntándole, Ben, vea si ha encontrado algunas respuestas. Puede usar lenguaje corriente porque tiene un enorme léxico de expresiones idiomáticas.

—Bien. ¿Dime, Dick Tracy, qué pistas estás explorando?

—He reducido la búsqueda a tres posibilidades. Una, que el material robado fue escondido en las cercanías para volver a buscarlo más tarde. Dos, que fue retirado mediante transporte de superficie. Tres, que fue llevado por aire.

—Resultados?

—Escondido en las cercanías, muy improbable. Transportado por superficie más probable. Sin embargo, llevado por aire es lo más probable, cuando se consideran todos los factores.

Benicoff meneó la cabeza y se dio vuelta hacia Shelly.

—¿Qué quiere decir con lo más probable? Seguro que una computadora puede obtener una respuesta mejor que ésa, darnos un porcentaje o algo así.

—¿Por qué no se lo pregunta?

—Lo haré. Dick Tracy, sé más preciso. ¿Cuáles son las probabilidades de que haya sido llevado por aire?

—Prefiero no asignarle una probabilidad incondicional a una situación con tantas contingencias. Para este tipo de situación es más apropiado estimar usando distribuciones aproximativas, en vez de números aparentemente precisos que en realidad son engañosos. Pero puedo dar las probabilidades en una escala del uno al cien si usted insiste.

—Insisto.

—Escondido en las cercanías: tres. Retirado mediante transportación de superficie: veintiuno. Llevado por aire: setenta y seis.

Ben se quedó mudo de sorpresa.

—Pero... programa suspendido —Se volvió hacia los otros, que estaban tan sorprendidos como él—. Hemos investigado la teoría del transporte por aire muy meticulosamente y no encontramos la forma que pudieron haber sacado las cosas por vía aérea.

—Eso no es lo que dice Dick Tracy.

—Entonces debe saber algo que nosotros no conocemos. —Se volvió otra vez hacia la computadora—: Retomar operación. ¿Cuál es la base para estimar lo del transporte aéreo?

La computadora permaneció en silencio unos minutos. Luego dijo.

—No hay resumen de bases estadísticas a disposición. La conclusión está basada en la suma sopesada de doce mil unidades intermedias del subsistema de evaluación del programa de descubrimiento.

—Ese es un error común en este tipo de programas —les explicó

Shelly—. Es casi imposible saber cómo llega a sus conclusiones, porque suma millones de pequeñas correlaciones entre fragmentos de información. Es imposible relacionarlo con lo que nosotros llamamos razonamiento.

—No importa porque la respuesta es errónea —dijo Benicoff irritado—. Recuerde que yo estaba a cargo de la investigación. El aeropuerto de la planta está completamente automatizado. La mayor parte del tráfico son helicópteros, aunque recibimos jets ejecutivos y aviones VTOL y STOL de carga.

—¿Cómo funciona un aeropuerto automatizado? —preguntó Brian—. ¿Es seguro?

—Te puedo garantizar que es más seguro que uno controlado por personas. En la década de 1980 del siglo pasado, finalmente alguien se dio cuenta que ocurrían más accidentes aéreos causados por la intervención humana, que los que esta intervención prevenía. Hoy día todos los aviones deben presentar su plan de vuelo antes de despegar. La información ingresa de inmediato a la red de computadoras. De esa forma cada aeropuerto sabe que tráfico está entrando, saliendo o pasando por las cercanías de sus pistas. Cuando un avión está dentro del campo del radar una señal lo identifica y se le da vía libre o nuevas instrucciones. Aquí en Megalobe todos los vuelos son vigilados y grabados por seguridad.

—Pero la seguridad estuvo comprometida durante esa hora vital.

—Eso no importa, porque todo el movimiento aéreo también fue grabado por la torre de control del aeropuerto de Borrego, así como por la estación regional de radar de las FF.AA. Los archivos de los tres lugares coinciden y la investigación técnica demostró que hubiera sido imposible alterarlos a todos. Lo que vimos fueron los archivos verdaderos de todo el movimiento de aviones esa noche.

—¿Hubo vuelos de llegada o salida del aeropuerto durante esa hora?

—Ninguno. El último vuelo salió por lo menos una hora antes del período en blanco; fue un helicóptero con destino a La Jolla.

—¿Qué superficie cubre un radar?

—Muy grande. Es una torre estándar con un alcance de trescientos cincuenta kilómetros. Desde Borrego llega hasta el Mar Salton al Este, y más allá hasta las sierras. Debe ser un radio de ciento cincuenta kilómetros por lo menos. No llega tan lejos en las otras direcciones debido a la interferencia de las montañas que rodean a

este valle.

—Actívate, Dick Tracy —dijo Shelly—. Durante el día en cuestión, durante esas veinticuatro horas, ¿cuántos vuelos fueron registrados por el radar de Megalobe?

—Vuelos Megalobe, dieciocho. Aeropuerto de Borrego Springs, veintisiete. Sobrevuelos del área, ciento treinta y uno.

—Borrego Springs está a sólo veinticuatro kilómetros de aquí —dijo Shelly—, pero no entraron o salieron vuelos durante el período que nos interesa y ninguno esa noche. Los tres registros de los radares fueron idénticos excepto por pequeñas diferencias sin consecuencia en los sobrevuelos. Estos son detectados en los bordes de las franjas de interferencias del radar que no se originan o terminan en el valle.

—Aparentemente hay bastante tráfico aéreo aquí en el desierto —dijo Brian—. Ciento setenta y cinco vuelos en un día. ¿Por qué?

—Sabemos de los viajes de negocios a Megalobe —dijo Ben—. Borrego Springs tiene algunos vuelos comerciales. El resto de los aviones que parten de allí son aviones privados. Los aviones que pasan por el área tienen las mismas características. Algunos son comerciales, pero en su mayoría son privados. Además hay algunos vuelos militares. Así que hemos vuelto de nuevo al principio. Dick Tracy dice que el material salió de aquí por aire, pero no hubo vuelos que salieran del valle. ¿De manera que cómo pudieron sacar el material del valle? Si respondemos este interrogante, tendremos la respuesta a todo este asunto.

Ben había formulado la pregunta correcta. *¿Cómo pudo haber salido el material del valle?* Aquí había una paradoja; tenía que haber salido por aire, pero nada salió del valle por aire esa noche. Brian escuchó la pregunta.

La computadora implantada en su cerebro también la escuchó.

—Salió del valle en camión. Dejó el área por aire —dijo Brian.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Shelly.

—No lo sé —admitió él—. Yo no dije eso, la computadora lo dijo —Trató de no sonreír ante sus rostros exentos de toda expresión—. Miren, les explicaré todo en otro momento. Ahora es mejor que analicemos esto. ¿Hasta dónde pudo haber viajado el camión?

—Cuando empezamos la investigación hicimos un modelo de computación —dijo Ben—. El número máximo de hombres que pudieron cargar el camión, sin molestarle mutuamente, es ocho. Las variables son el tiempo que tardó el camión en recorrer el trecho

desde el portón de entrada hasta el laboratorio, el tiempo de carga, el tiempo de regreso hasta la salida. Tan pronto como denunciaron el delito se establecieron controles en todos los caminos que salían de aquí en un radio de sesenta kilómetros. Los radares de los helicópteros y de las unidades terrestres también cubrieron el área. Despues del amanecer comenzaron las búsquedas visuales. El camión no pudo escapar sin ser visto.

—Pero lo hizo —dijo Shelly—. ¿Cómo pudieron salir de aquí un camión y su carga por el aire? No lo sabemos, pero seguro que lo vamos a averiguar. Déjeme frente a la computadora, Ben. Voy a hacer que esta computadora verifique cada vuelo registrado dentro de un radio de trescientos y luego de seiscientos kilómetros.

—¿Los delincuentes habrán podido borrar los archivos de vuelo? De esa forma no quedarían rastros de la hora del crimen.

—De ninguna manera. Todas las señales de radar son mantenidas un año en los archivos de las FF.AA., como también los vaciados de pantalla de cada terminal de control de tráfico aéreo. Un buen experto en computación puede hacer muchas cosas maravillosas, pero el sistema de tráfico aéreo es simplemente demasiado complejo y redundante como para modificarlo. Hay probablemente cientos, quizás miles, de distintos tipos de archivos de cada vuelo detectado.

Shelly no levantó la vista, estaba concentrada trabajando. Ya se había olvidado de ellos cuando se retiraron.

—Shelly no sabe que tienes una computadora implantada en tu cerebro —dijo Ben—. ¿Era sobre eso que estabas hablando?

—Sí, hasta este momento no había tenido la oportunidad de decírtelo, pero la doctora Snaresbrook y yo hemos logrado el acceso a la computadora sólo mediante el pensamiento.

—¡Eso es... cómo puedo decirlo... increíble!

—Es lo que opinamos nosotros. Pero todavía es temprano para sacar conclusiones. Mientras dormía le di instrucciones de hacer un cálculo matemático y así empezó todo. En medio de un sueño, ¿podrías creerlo? Y luego leí información de su base de datos. Todo es muy emocionante y un poco asustador. Lleva un poco de tiempo acostumbrarse. Tengo una extraña cabeza y no sé si me gusta.

—Pero estás vivo y sano, Brian —dijo Ben con voz apagada—. Yo vi lo que te hizo la bala...

—¡No me cuentes sobre ello! Quizás pueda escucharlo algún día. En realidad quisiera olvidar este descubrimiento por un tiempo, y seguir adelante con la IA. Tú y Shelly continúen con el programa

Dick Tracy. No me gusta esconderme, ni estar constantemente amenazado. Me empiezo a sentir como Salman Rushdie, y ¡recuerdas lo que le pasó! Me gustaría reconstruir mi vida. Ser tan normal como el resto de ustedes. Me estoy empezando a sentir como una especie de curiosidad...

—No, Brian, ni se te ocurra. Eres un muchacho fuerte que ha pasado por demasiadas cosas. Todos los que trabajaron contigo te admiran. Estamos de tu parte.

Había muy poco más que decir. Ben musitó una excusa y se retiró. Brian pidió a la computadora el trabajo del día anterior. En su monitor aparecieron sus notas, transcriptas en forma más completa y legible. Pero aún no tenían sentido para él. Se dio cuenta que estaba a la vez deprimido y cansado. Podía escuchar la voz de la doctora Snaresbrok dándole la orden obvia. Correcto, había recibido el mensaje, se iría a acostar. Le dijo a Shelly que volvería más tarde y se fue a su cuarto.

Debió quedarse dormido porque se encontró con el periódico técnico apoyado sobre su pecho y el sol que se ponía detrás de las montañas al oeste. La oscura depresión todavía lo poseía. Se preguntó si debería llamar a la doctora y decírselo. Pero no le pareció lo suficientemente serio. Quizás era el cuarto que lo estaba deprimiendo. Estaba pasando allí más tiempo solo que en el hospital. Por lo menos allá alguien siempre entraba o salía de su habitación. Aquí tenía inclusive que comer solo; la novedad de esto se había disipado rápidamente.

Shelly terminó el trabajo del día y murmuró una despedida cuando se retiró, con sus pensamientos aún involucrados en el trabajo. Él la dejó irse y marchó en dirección contraria. Quizás un poco de aire le ayudaría. O algo de comida. Oscurecía y se había olvidado otra vez de almorzar. Dejó el edificio y caminó alrededor del lago hacia el puesto de guardia. Preguntó si el mayor estaba allí y lo llevaron de inmediato a la oficina de éste.

—¿Alguna queja o recomendación? —preguntó Woody en cuanto se quedaron solos.

—No tengo queja alguna, y creo que tus tropas están haciendo un excelente trabajo. Nunca se cruzan en mi camino, pero siempre que estoy fuera del laboratorio tengo a unos cuantos a la vista.

—¡Hay muchos más que unos cuantos, te lo puedo asegurar! Pero les diré lo que me has dicho. Están trabajando duro y muy bien en esta misión.

—Diles a los cocineros que también me gusta la comida.

—A los del rancho les encantará oír eso.

—¿Rancho?

—Ese es sólo otro nombre para la cantina.

—¿Cantina?

—Eres civil hasta la médula —dijo Woody sonriendo—. Te vamos a enseñar a hablar como un milico. — Ambos rieron.

—¿Woody, aunque no estoy en el ejército, hay alguna posibilidad de que un civil coma en la cantina?

—Serás más que bienvenido. Puedes compartir todas tus comidas allí con los muchachos. Sé que muchos de los soldados quisieran conocerte y hablar contigo —Levantó la vista para mirar el reloj de pared—. ¿Tomas cerveza?

—¿Hay un Papa en Roma?

—Ven conmigo entonces. Tomaremos algo en el club antes que abra el comedor a las seis.

—¿Hay un club aquí? Es la primera vez que oigo eso .

—Es un secreto militar, sobre el cual apreciaría no dijeras ni una palabra a los civiles de Megalobe —Se paró y lo precedió—. Hasta donde he podido averiguar no expenden alcohol en ningún lugar de por aquí. Pero este edificio ahora es la base militar de mis paracaidistas. Toda base militar tiene un casino de oficiales, y también casinos para suboficiales y soldados rasos —vio que los ojos de Brian se agrandaban de asombro—. Pero esta unidad es demasiado pequeña para discriminar con la bebida, así que tenemos un casino para todos los rangos.

Abrió la puerta marcada AREA DE SEGURIDAD - SOLO PERSONAL MILITAR, y entró. Era una habitación grande, pero en las pocas semanas que los paracaidistas estaban allí habían logrado darle algunos toques personales. Un tablero para jugar a los dardos colgaba de la pared, así como un par de banderas, banderines y algunas fotografías, un póster de una chica con pechos de tamaño inverosímil, algunas mesas y sillas. En un extremo se hallaba la barra con las tradicionales máquinas de tirar cerveza y detrás unas repisas llenas de botellas.

—¿Qué tal si nos tomamos una cerveza de Singapur? —preguntó Woody—. Acaban de abrir un nuevo barril.

—Nunca la escuché nombrar, ni la he probado. ¡Pero adelante!

La cerveza estaba fría y deliciosa. El bar resultó fascinante.

—Algunos de los muchachos llegarán dentro de poco. Les

gustará conocerte —dijo Woody, llevando dos vasos más—. Hay una sola cosa que debo pedirte y es que no hables de tu trabajo. Ninguno de ellos te hablarán sobre lo que pasa en el laboratorio. Se les ha ordenado no hacerlo. Así que por favor no les des información innecesaria. Maldición, ni siquiera yo mismo sé que estás haciendo ahí adentro, ni quisiera saberlo. Se nos ha informado que es Secreto de Estado y es todo lo que necesitamos saber. ¡Aparte de guardar tu secreto, haz lo que quieras!

Un grupo de soldados, a algunos de los cuales reconoció de los puestos de guardia, entraron de a uno. Parecían contentos de conocerlo finalmente en persona, y estrechar su mano. Él tenía la misma edad que ellos, en realidad era mayor que la mayoría. Observó divertido su tosca camaradería militar, los escuchó relatar sus proezas sexuales y aprendió algunas fascinantes vulgaridades que nunca imaginó existieran. Y durante todo el tiempo que estuvo allí no cayó en cuenta que sólo tenía catorce años de edad. ¡Iba creciendo con cada minuto que pasaba!

Los soldados contaron historias conocidas y chistes viejos. Incluso lo hicieron participar en la conversación. Le preguntaron de qué parte de los Estados Unidos provenía. Se lo preguntaron de buena forma pero un tanto perplejos por su acento. Los soldados de ascendencia irlandesa lo bombardearon con preguntas sobre Irlanda y todos escucharon atentamente cuando habló sobre su infancia en Irlanda. Luego se fueron a comer juntos. Le alcanzaron una bandeja y le dieron más que suficientes consejos sobre qué comer y qué evitar.

En resumidas cuentas, pasó una tarde agradable en la cantina y decidió volver a comer allí cuando pudiera. Con aquella conversación y amistad desenfadada, con todo aquel humor de los muchachos, sin olvidar las cervezas, había salido de su depresión. Pero comenzaría el día solo, con café y tostadas, ya que odiaba hablar con alguien en cuanto se despertaba. Y se había hecho el hábito de prepararse un sandwich que llevaba al laboratorio para el almuerzo.

Pero se uniría a la raza humana para la cena, tan seguido como pudiera. O al menos se uniría a la parte de la raza humana que representaba la Octava Compañía Aerotransportada. Pensándolo más detenidamente, la raza humana, en realidad, estaba bien representada en aquella compañía. Había blancos y negros, asiáticos y latinos y todos eran buenos muchachos.

Se durmió con una sonrisa. Los sueños no lo molestaron esa noche.

# 23

---

22 de febrero de 2024

A la mañana siguiente, cuando Shelly salió del alojamiento para visitantes de Megalobe, Brian estaba sentado en el borde de un macetón.

—¿Cómo está instalada? —preguntó Brian mientras caminaban hacia el laboratorio, con los guardias escoltándolos.

—Es espartano pero cómodo. El lugar fue obviamente diseñado para representantes de ventas y ejecutivos que perdían el último vuelo del día. Está bien para pasar una noche, pero se vuelve un poco asfixiante a la segunda. De todos modos, no es muy diferente de las primeras barracas de la fuerza aérea en las que viví. Puedo aguantar por lo menos unos días.

—¿Ha encontrado algún lugar mejor para quedarse?

—La inmobiliaria de Megalobe trabaja en ello. Me llevarán a visitar un departamento que queda en esta misma calle. A las tres de la tarde.

—Ojalá tenga buena suerte. ¿Como le está yendo a Dick Tracy?

—Me mantiene ocupada. Antes de armar este programa no sabía que había tantas bases de datos en el país. Supongo que es la Ley de Murphy de las computadoras: mientras más memoria tienes, más archivos guardas.

—Le ha dado bastante trabajo cargar la minicomputadora que tenemos aquí.

—¡De eso estoy segura!

Abrió la puerta del laboratorio y la sostuvo para que ella pasara.

—¿Tendrá algo de tiempo para trabajar conmigo hoy? —preguntó él.

—Sí, si puede esperarme una hora. Tengo que obtener permiso

de acceso a algunas bases de datos confidenciales que Dick Tracy quiere revisar. Esto probablemente me conducirá a informaciones aún más confidenciales.

—Tiene razón. —Se volvió y no había caminado una docena de pasos cuando ella lo llamó.

—¡Brian! Venga a ver esto —Estudiaba la pantalla de cerca, apretó una tecla y una copia emergió de la impresora. Ella se la dio—. Dick Tracy trabajó toda la noche. Recién cuando entré encontré esto en la pantalla.

—¿De qué se trata?

—Es una obra en construcción en Guatay. Alguien estaba construyendo allí departamentos de lujo prefabricados. Dick Tracy notó que esta construcción se está llevando a cabo casi directamente en la ruta de los vuelos que aterrizaban en el Aeropuerto de San Diego en Miramar.

—No sé si soy lento, o tonto, porque no veo la relación...

—La verá en un segundo. En primer lugar, con esa cantidad de tráfico aéreo, la gente del área tiende a tratar el sonido de los aviones como si fuera un constante sonido de fondo, como el de las olas rompiendo en la playa. Después de un tiempo directamente no lo oyen. Aparte, el lugar de la construcción es casi inaccesible. Tiene una excelente vista pero está en medio de un acantilado. Las partes prefabricadas fueron llevadas por helicópteros. Uno de esos monstruosos helicópteros TS-69 puede levantar hasta veinte toneladas.

—¡O un camión cargado! ¿Dónde está su mapa topográfico?

—El programa tiene acceso a un conjunto completo de fotos satelitales y relieves topográficos que están en una base de datos— Se volvió hacia la terminal—. Dick Tracy, muéstrame la carta topográfica compuesta, ruta sospechosa.

Los gráficos en colores eran claros y bien definidos, tan realistas que hubiesen podido ser filmados desde el aire. El programa mostró la animación de un vehículo atravesando la ruta, como si fuera visto desde arriba, y completó el gráfico con rumbo y altitudes. El rastro punteado atravesaba la pantalla y terminaba en una titilante cruz de Malta en un campo chato junto a la Autopista S3.

—Veamos los datos de radar del Aeropuerto de Borrego Springs —Apareció otro hermoso gráfico, nítido como una fotografía, pero esta vez como si fuera visto desde el suelo—. Ahora superpondré el sitio de aterrizaje.

La cruz de Malta volvió a verse, aparentemente situada en medio

de las montañas.

—Ese es el sitio sugerido de aterrizaje. Cualquier sitio más al Este hubiera sido detectado por el radar de Borrego Springs. Este sitio está al otro lado de las colinas en la sombra del radar. Ahora superpondré la ruta de vuelo. —La línea punteada se estiró a lo largo de la pantalla.

—¡Toda la ruta de vuelo sugerida está detrás de las montañas y colinas! —exclamó Shelly triunfante—. El helicóptero pudo haber salido del sitio de la construcción y volado hasta este campo; esperar allí la llegada del camión, luego levantarla y llevarla de vuelta por la misma ruta.

—¿Qué pasa con el radar de Megalobe?

La imagen de las montañas era ligeramente distinta en esa representación, pero la ruta computada era la misma; totalmente fuera de vista.

—La próxima e importante pregunta es: ¿cuánto tiempo llevaría conducir desde aquí hasta el lugar del helicóptero?

—El programa debería poder decírnoslo. Tiene una base de datos con las especificaciones de todos los vehículos de carga de la zona.

Tocó la imagen gráfica del vehículo con el dedo y una ventana llena de información apareció debajo de él.

—De unos dieciséis a veinte minutos de manejo desde aquí, siendo la variable la velocidad del camión. Digamos dieciséis, ya que debieron moverse lo más rápido posible sin llamar la atención.

—¡Esta puede ser la solución del problema! Debo llamar a Benicoff.

—Ya lo hice. Le di instrucciones a la computadora para que lo llamara y le dijera que venga de inmediato. Ahora veamos qué distancia pudo recorrer el helicóptero que cargó el camión en esos vitales veinte minutos.

—Tendrá que verificar todos los radares del otro lado de las montañas que puedan cubrir esa área.

—No hace falta —dijo Shelly sacudiendo la cabeza—. Dick Tracy ya lo ha hecho. La ruta sigue el límite entre San Diego y Miramar. Es posible que sus archivos perimetrales de radar no conserven esa información por tanto tiempo, pero como usted dice, hay tanta memoria en esas computadoras que a lo mejor la información todavía está allí. Nadie parece darse cuenta de la cantidad de material superfluo que hay grabado hasta que la memoria de la

computadora se llena. Los programas hoy en día nunca borran la memoria en forma drástica. Cuando una memoria o base de datos está casi llena, la computadora graba sobre la información de más baja prioridad. De esa forma siempre hay una posibilidad de que algo del viejo material todavía se encuentre allí.

Ben llegó cuarenta minutos más tarde; Brian lo hizo entrar.

—Creo que podemos haberlo encontrado, Ben. Descubrimos una ruta por la cual el camión pudo dejar el valle dentro de esa hora vital. Ven a ver.

Hicieron pasar una vez más los gráficos para él. Todos permanecieron en silencio mientras las posibilidades se exploraban en la pantalla. Cuando la demostración terminó, Ben se golpeó la palma con el puño, se incorporó de un salto y caminó por la habitación.

—Claro, desde luego. Esta podría ser la forma en que lo hicieron. El camión salió de aquí y se encontró allí con el helicóptero, que probablemente ni siquiera aterrizó. El camión seguramente tenía montadas unas argollas que se enganchaban con el dispositivo de levante del helicóptero. El camión llegó, lo engancharon y ¡arriba! Después de un breve vuelo a través de estos pasos entre las montañas, salió del valle hasta un sitio remoto del otro lado de las montañas, un lugar donde no podían ser vistos, pero próximo a algún camino secundario que los conduciría hasta una carretera principal. Esto significa que en vez de moverse a la velocidad de un camino de montaña, el camión se movió a ciento veinte kilómetros por hora. En esta forma escaparon de la búsqueda de los puestos de control antes de que se hubieran bloqueado las rutas. Y se alejó por la autopista junto a cientos de otros camiones. Hemos vuelto a encontrar el rastro.

—¿Qué harás ahora? —preguntó Brian.

—No deben existir demasiados sitios donde pudieron aterrizar, deberíamos ser capaces de encontrar el lugar que usaron. Luego haremos dos cosas al mismo tiempo. La policía rastrillará toda la zona bajo la ruta de vuelo, para encontrar algún posible lugar de aterrizaje. Y además buscarán marcas, huellas y testigos que pudieron ver o escuchar algo aquella noche. Deben encontrar cualquier tipo de evidencia que demuestre que ésa fue en realidad la ruta de escape. Yo supervisaré todo personalmente.

—Pero se trata de un grupo de criminales muy diestros. Seguramente han hecho desaparecer toda la evidencia, borraron sus huellas.

—No creo que pudieran hacerlo en este caso. Aquí estamos

hablando del desierto, no de la ciudad, y éste tiene una ecología muy frágil. Hasta un rasguño en su suelo puede tardar varias décadas en desaparecer. Mientras la policía completa esa búsqueda, el FBI revisará los archivos de las compañías de construcción y los de las empresas de alquiler de helicópteros. Ahora que sabemos dónde buscar, y si estamos en lo correcto, podremos descubrir algunas huellas, algún rastro, y encontrar algo. Abreme la puerta, Brian.

—Claro que sí. ¿Nos mantendrás informados...?

—En el instante que descubramos algo sonará tu teléfono. Más bien sonarán los teléfonos de ambos —Le dio unas palmadas a la terminal de la computadora—. Dick Tracy, eres un genio.

—Dejaré el programa funcionando —dijo Shelly, cuando Brian hizo salir a Ben y cerró volviendo a su oficina—. Nos ha traído hasta aquí, pero quizás no pueda seguir avanzando hasta que dispongamos de nueva información. Podría ayudarle en ese trabajo que mencionó antes.

—Sí, lo mencioné, pero puede esperar. No podré concentrarme hasta que llame Ben. Lo que sí puedo hacer es enseñarle la estructura básica de lo que haremos. Tengo la mayor parte de la IA aquí, pero tiene tan poco sentido común como un milico.

—¡Brian! ¿De dónde sacó esa frase?

—Oh, imagino que de la televisión. Venga. —Giró rápidamente para que ella no pudiera verlo sonrojarse. Debería ser más cuidadoso. Por un momento había olvidado que Shelly era oficial de la Fuerza Aérea. Entraron al laboratorio de Brian.

—¡Cielos! ¿Qué es eso? —dijo ella señalando el objeto extraño colocado sobre la mesa de trabajo—. Nunca he visto algo parecido antes.

—Claro, si no debe haber más de media docena en existencia. Es el último avance en microtecnología.

—Es más parecido a un árbol arrancado, con raíces y todo —Esa era una buena descripción. La parte superior se parecía realmente a un tronco de árbol bifurcado, con esos dos ramales múltiples, de treinta centímetros de longitud. Cada uno de estos ramales terminaba en un globo metálico, como esos adornos navideños. Los dos ramales inferiores eran completamente distintos. Ambos se dividían en dos, y cada mitad se volvía a subdividir. Esta división proseguía casi hasta el infinito; con cada división los ramales se afinaban hasta alcanzar el grosor de la paja de una escoba—. ¿Son escobas de acero? —preguntó Shelly.

—Se ven como escobas, es verdad, pero son algo bastante más complejo que eso. Este es el cuerpo que usará nuestra IA. Pero la forma física de la IA no me preocupa en este momento. La tecnología robótica es bastante modular. Sólo se trata de ensamblar las partes estándares que se necesitan. Incluso los componentes de las computadoras son modulares.

—Entonces los programas son su mayor preocupación.

—Exactamente. Ya no es como la programación convencional, sino más bien es como inventar la anatomía de un cerebro: cuáles secciones del córtex y el cerebro medio están interconectadas, por qué tipos y de qué tamaño de haces nerviosos. Estos, en realidad, son similares a los paquetes de nervios que tuvieron que ser restaurados en mi propia operación de cerebro.

Shelly notó el dolor detrás de sus palabras y cambió de tema rápidamente.

—No veo ningún cable. ¿Quiere decir que está mandando la información directamente a cada unión?

—Así es. Todos los módulos están conectados a una red de comunicación inalámbrica. Tiene bastantes canales y una gran velocidad. El truco consiste en que cada unión es casi autónoma. Tiene sus propios motores y sensores. Cada articulación necesita una sola línea a la fuente de poder.

—Me encanta. La parte mecánica parece increíblemente simple. Si cualquier articulación no funciona simplemente reemplaza esa parte, y nada más. Pero los programas del sistema operativo deben ser muy complicados.

—Bueno, sí y no. El código en sí es en verdad horriblemente complicado, pero el sistema operativo LAMA estructura en forma automática. Observe esto. Tengo buena parte ya funcionando.

Brian se acercó a la terminal en la mesa de trabajo y pidió el programa de control. Luego apretó algunas teclas. El telerobot tembló y zumbó sobre la mesa. Se escuchó un murmullo a medida que los circuitos activaban las articulaciones. Los párpados de las dos esferas se abrieron, mostrando los lentes detrás de ellos. Estos se movieron hacia adelante y hacia atrás siguiendo el esquema de verificación. Finalmente se quedaron quietos. Shelly se acercó a la máquina y miró de cerca a los dos captadores acoplados.

—Esta es sólo una sugerencia, pero creo que sería mejor que tuviera tres ojos en vez de dos.

—¿Por qué?

—Existen errores en los que dos ojos en estéreo pueden caer. El tercer ojo agrega la posibilidad de verificar si hay algún error. Y además permite ver más sobre un tema haciendo más fácil la tarea de localizar e identificar cosas —Caminó alrededor de la máquina—. Parece que le ha dado todo excepto un cerebro.

—Correcto, eso es lo que sigue.

—Excelente ¿por dónde empezamos?

—Por el principio. Mi plan es seguir las notas originales. Primero daremos al sistema una enorme reserva de conocimientos básicos preprogramados. Luego le agregaremos todos los programas adicionales que necesitará para hacer distintos trabajos. Y también lo proveeremos de suficientes unidades alternativas, incluyendo los gestionarios, para que el sistema continúe trabajando aunque algunas unidades fallen. Diseñar una mente artificial es como hacer evolucionar un animal, por eso mi plan es usar los mismos principios de evolución del cerebro. De esa forma, obtendremos un sistema que no es ni demasiado centralizado, ni de distribución demasiado dispersa. De hecho ya estoy usando algunas de esas ideas aquí con Robin-1.

—¿Por qué le puso ese nombre?

—Así se llamaba en las notas, aparentemente es un acrónimo para “inteligencia robótica”.

—Dijo que ya tenía listo parte de su sistema de gestión. ¿Puede mostrarme algo más sobre cómo trabajan? Porque los subprogramas en mi sistema Dick Tracy tienen también administradores pero nunca más de uno por programa, pues no sabría a quién culpar cuando algo falla. ¿No es casi imposible que ese sistema funcione en forma confiable?

—Todo lo contrario, deberían resultar más confiables, ya que cada gestionario trabaja concertadamente con otros gestionarios alternativos, de manera que cuando uno comienza a fallar otro toma su lugar. Será más fácil explicárselo cuando termine de reparar este conector. ¿Puede alcanzarme esa pinza?

Shelly fue hasta la mesa de trabajo y le dio a Brian la herramienta.

—¿Qué acaba de hacer? —preguntó Brian.

—Le alcancé la pinza. ¿Por qué lo pregunta?

—Porque quiero que me explique cómo la buscó.

—¿A qué se refiere? Simplemente caminé hasta la mesa de trabajo y traje la pinza.

—Simplemente, sí, ¿pero cómo sabía a qué distancia estaba?

—¿Brian, está tratando de hacerse el difícil? Miré la mesa y la vi allí.

—No estoy tratando de hacerme el difícil, sólo trato de demostrar algo. ¿Cómo decidió caminar, en lugar de estirarse y tomarla simplemente.

—Caminé porque estaba fuera de mi alcance.

—¿Y cómo lo supo?

—Ahora se está poniendo estúpido. Podía ver lo lejos que estaba. Cerca de los dos metros, lo que es demasiado para estirarme y tomarla.

—Disculpe, no quise parecer obtuso. Lo que quería es que planteara la teoría de cómo lo hizo. Pregunto qué mecanismo en su cerebro midió la distancia entre su mano y la pinza.

—Bueno, no lo sé en realidad. Lo hice inconscientemente. Pero supongo que usé mis dos ojos para percibir la distancia.

—Está bien, ¿pero cómo funciona realmente?

—Percepción de distancia estereoscópica.

—¿Está segura que ésa es la forma en que juzgó la distancia?

—En verdad no lo sé. Pude percibir su tamaño aparente. También sé a qué distancia está la mesa.

—Exactamente. Así que hay muchas formas de juzgar la distancia. El cerebro de Robin debe trabajar como el suyo, con gestionarios y subgestionarios eligiendo los subsistemas correctos que se aplican al particular.

—Y está usando el sistema bosquejado en las notas.

—Sí, y he logrado hacer que parte de éste funcione.

—¿Tiene realmente en su sistema los agentes modulares de autoaprendizaje?

—Así es. En este momento, la mayoría de los agentes son sólo pequeños sistemas basados en reglas, cada uno con una escasa docena de reglas para recurrir al proceso UCSD de localización de alcance. Los agentes aprenden simplemente agregando nuevas reglas y cuando los agentes no están de acuerdo sobre algo, el sistema intenta encontrar una forma distinta que produzca menos conflicto.

El zumbido del teléfono interrumpió a Brian. Se llevó el auricular al oído.

—Aquí, Brian.

—*—Habla Benicoff, señor Delaney. ¿Si no está ocupado podría reunirse conmigo aquí en el edificio ejecutivo? Que venga la capitán*

*Kahn también. Es sobre un asunto de cierta importancia.*

La voz de Ben era fría e impersonal. Alguien estaba con él y ocurría algo.

—Allí estaremos —Brian colgó—. Era Ben. Debemos asistir a una reunión que dijo era importante. Por el tono de su voz parecía serlo. Dijo que vayamos los dos.

—¿Ahora?

—Ahora. Deje que apague a Robin y veremos qué sucede.

Considerando el tono de voz de Ben, a Brian no le sorprendió ver sentada, en el extremo de la mesa de conferencias, a aquella figura silenciosa, flanqueada por dos oficiales de alto rango del ejército. Cuando Brian habló lo hizo usando el acento irlandés más cerrado que conocía.

—¿Es usted mismo, general Schorcht? ¡Claro que es! ¿Qué hace alguien importante como usted perdiendo el tiempo con gente como nosotros?

El general no había olvidado su última reunión con Brian en la habitación del hospital, ya que sus fríos ojos tenían un brillo cruel. Se volvió hacia Benicoff antes de hablar.

—¿Es seguro este cuarto?

—Es ciento por ciento seguro. Tiene instaladas todas las salvaguardias reglamentarias y además acaba de ser revisado minuciosamente por un oficial de seguridad antes que entráramos.

—Ahora me va a explicar por qué está reteniendo información y se rehusó a hablar conmigo antes que estas personas estuvieran presentes.

—General Schorcht, cada situación no es una confrontación —dijo Ben con calma estudiada—. Los dos estamos del mismo lado, es más, todos nosotros pertenecemos al mismo bando. Lamento que hayamos tenido diferencias en el pasado, no las saquemos de nuevo a relucir. Usted ya conoció a Brian. Ella es la capitán Kahn, que me está ayudando con la investigación. Escribió el Programa Experto que produjo la nueva información, el primer hallazgo de importancia que hemos tenido en este caso. La Capitán ha sido aprobada para casos de máxima seguridad. Me imagino que usted ya lo sabe, puesto que la mandó investigar tan pronto como comenzó a trabajar aquí con nosotros. Ella le explicará en detalle todos nuestros últimos avances, en cuanto usted nos hable de lo que sabe sobre los atentados contra la vida de Brian.

—Ya le he dicho todo lo que necesita saber. Capitán, presénteme

su informe.

Shelly, sentada en actitud militar, se disponía a hablar, cuando Benicoff levantó la mano.

—Espere un momento, capitán. General, como dije antes, ésta no es una confrontación. Quisiera recordarle ciertos hechos muy relevantes. El Presidente en persona me ha puesto a cargo de la investigación. Estoy seguro que usted no quiere que le consulte sobre esto por segunda vez.

El general Schorcht se mantuvo en silencio. Su cara era una máscara de odio.

—Bien. Me alegro que estemos de acuerdo. Si revisa también encontrará que Brian ha sido autorizado a tomar conocimiento de cualquier información concerniente al caso. Él y yo quisiéramos conocer todos los datos que tiene sobre los dos últimos atentados contra su vida. ¿Le importaría comenzar? —Ben se acomodó en su asiento y sonrió.

El general era un hombre de acción y sabía cuándo estaba desbordado y vencido.

—Coronel, comunique el reporte completo de los aspectos de la Operación Touchstone relacionados con esta investigación.

—Sí, general —El coronel levantó unas hojas que estaban en la mesa frente a él—. La Operación Touchstone es una operación en conjunto entre las fuerzas armadas y la División Narcóticos de varios países. Representa la culminación de años de trabajo. Como ya deben saber, debido a la reconstrucción y desarrollo de barrios marginales en la década pasada, el extremo más bajo y violento de la droga ha sido efectivamente reducido, si no eliminado. La mayor parte de los narcotraficantes pequeños han desaparecido, lo que deja sólo a dos de los carteles internacionales más poderosos, virtualmente gobiernos en sí mismos en sus países de origen. Ambos carteles han sido investigados y penetrados por agentes del gobierno. Estamos a punto de eliminarlos por completo. De todos modos, en forma completamente incidental a esta operación, nos enteramos que un tercer partido con grandes recursos estaba buscando ayuda para lo que pensamos se relacionaba con un “golpe”.

—¿Como el atentado perpetrado contra mi persona en el hospital? —dijo Brian.

—Eso es correcto, señor. Nuestro agente se expuso a mucho peligro para prevenírnos. El mismo no sabía quién había contactado a la organización, sólo sabía del contrato para asesinarlo. Desde

entonces no nos hemos enterado de nada nuevo sobre esta situación particular.

—¿Qué averiguaron sobre el atentado en México? —interrumpió Ben.

—Estamos seguros que la única conexión entre ambos atentados fue el señor Delaney. Como nunca atrapamos a los atacantes ésta es una mera suposición. Además, el segundo ataque no está dentro de mi jurisdicción...

—Yo estoy a cargo de esa investigación —dijo el segundo oficial, un coronel entrecano y de mirada amenazante—. Mi nombre es Davis, soy de Inteligencia Militar. Esto nos concierne especialmente porque la filtración se originó en una base militar, más precisamente en un establecimiento de la Marina. —No quedaba duda por el tono de su voz de lo que pensaba respecto a las bases de la marina.

—¿Qué progreso ha obtenido? —preguntó Benicoff.

—Tenemos algunas pistas y las estamos investigando. De todos modos, no hemos encontrado conexión alguna entre los individuos que participaron en el primero y en el segundo ataque.

—Entonces déjenme resumir lo que han dicho —dijo Ben—. Si suma el costo del robo a Megalobe y el de los ataques personales a Brian, esa cifra debe estar en los millones. Sabemos que alguien muy bien informado contrató a los asesinos que intentaron matar a Brian en el hospital. Suponemos que cuando esto fracasó, la misma persona lo volvió a intentar en México. ¿Estoy en lo correcto, coronel?

—Se ajusta a nuestra propia estimación sobre la situación.

—Así que todo lo que sabemos es que alguien con mucho dinero ha tratado de matar a Brian dos veces y ha fallado en ambos casos. ¿Podemos asumir que esta fuente es la misma responsable del ataque original y el robo?

Esperó en silencio hasta que obtuvo dos renuentes y rígidos asentimientos militares; el general se mantuvo tan inmutable como siempre.

—Entonces parece que todos investigamos a la misma gente. Así que los mantendré al tanto de nuestro progreso en el futuro y espero que ustedes hagan lo mismo. ¿Estamos de acuerdo, general?

—De acuerdo. —Esas dos palabras no podrían haber sido pronunciadas en forma más reticente, como si se las estuviera exprimiendo a una roca. Ben sonrió mirando alrededor de la mesa.

—Me alegro que estemos todos en el mismo bando. ¿Capitán Khan, podría hablarnos sobre su Programa Experto y los resultados que ha producido? —Su reporte fue sucinto, claro y breve. Cuando hubo terminado todos se volvieron hacia Benicoff.

—Yo tomé la investigación desde este punto. Los resultados hasta el momento han sido buenos. En primer término, hubo un vuelo a esa hora y en ese lugar. Lo grabó la torre de San Diego en Miramar. Los investigadores encontraron a un ganadero que vive bajo la ruta calculada de vuelo. Le molestó un helicóptero que volaba bajo. Lo recuerda bien porque interfirió con el final de una película que estaba mirando por televisión en ese momento. El programa nos dio la hora exacta de esto.

—¿Ha localizado al helicóptero? —interrumpió el general.

—Cuando juntamos las distintas piezas eso fue lo más sencillo de todo. Tuvo que haber sido el TS-69 que trabajaba en el sitio de la construcción. Cualquier máquina de fuera del área tendría que haber llenado un plan de vuelo y no hay rastro de nada similar. Los archivos de la compañía de alquiler de helicópteros revelan que la tarde del día que nos concierne hubo un problema eléctrico que obligó al helicóptero a permanecer temporariamente en tierra. La máquina no volvió a la Base Brown como lo hacía todos los días y se quedó en Guatay. A la mañana siguiente los mecánicos volaron hasta allí y repararon la falla. Era una falla tan pequeña que, debo agregar, el mismo piloto podría haberla reparado. Se había aflojado una conexión en uno de sus instrumentos.

—¿La máquina voló esa noche? —preguntó el general.

—De acuerdo con los archivos, no —dijo Ben—. Esa es la parte interesante. Los informes de vuelo figuran en el libro de vuelo del piloto, ya que, a diferencia de un automóvil, el helicóptero no tiene odómetro, no hay ningún instrumento que indique las millas que ha volado el aparato. Pero todo motor tiene un medidor de horas, que registra las horas en que ha estado encendido. Y aquí es donde aparece la discrepancia. El piloto no informó sobre ningún vuelo esa noche. El aparato aparentemente estuvo en tierra y recién voló al día siguiente. Pero eso no concuerda con lo que indica el motor. Estamos llegando a la parte interesante. El FBI revisó los archivos de la compañía en cuanto les informé sobre esta posibilidad. Detuvieron al piloto dos horas más tarde. Esta es la grabación de una entrevista que mantuve con él justo antes de venir hacia aquí.

Quedaron en profundo silencio mientras Ben introducía el

casete dentro del grabador incorporado al escritorio. La pantalla se deslizó a su posición sobre la pared en el extremo más apartado de la habitación. Cuando Ben encendió la grabadora las luces de la habitación se apagaron lentamente. La cámara había sido ubicada detrás de la cabeza de Ben. Esta sólo se veía en silueta. Unas luces potentes revelaban cada detalle de la expresión facial del hombre a quien hablaba.

—¿Su nombre es Orville Rhodes? —escucharon preguntar a Ben.

—Por supuesto. Pero nadie me llama así. Me dicen Dusty, sabe? Y también Bastardo. Ya se los he dicho un par de veces, ¿y ahora qué tal si me dicen qué demonios estoy haciendo aquí? ¿O me cuentan quiénes son ustedes? Lo único que sé es que el FBI me trajo hasta aquí sin darme siquiera una palabra de explicación. Tengo mis derechos.

Dusty era joven, fuerte, colérico y bien parecido. Y lo sabía. Era el sueño de cualquier mujer. La forma en que se alisaba su largo bigote rubio con el dorso de la mano y tiraba hacia atrás su cabello con un rápido movimiento de la cabeza, delataba su engreimiento.

—Te lo explicaré todo en un par de minutos, Dusty. Primero te haré un par de preguntas sencillas. ¿Eres el piloto empleado por la Compañía Sky High?

—Ya me ha preguntado eso.

—Y en enero y febrero de este año estabas ayudando en la construcción de unos edificios en Guatay, California.

—En esa época sí, yo trabajaba allí.

—Bien. Háblame sobre el miércoles 8 de febrero específicamente. ¿Recuerdas ese día?

—Vamos señor, como se llame. ¿Cómo podría recordar un día en particular tantos meses después? —Dusty dijo esto con enfado, pero sus ojos se movieron velozmente a los costados, ya no estaba cómodo.

—Estoy seguro que puedes recordar ese día. Era uno de los tres días que no pudiste volar debido a una lesión en tu muñeca.

—Ah, bueno, claro que recuerdo ese día. ¿Por qué diablos no lo dijo antes? Me quedé en casa tomando cerveza porque el doctor dijo que no podía volar.

Lo manifestó con bastante sinceridad, pero se veían claramente las perlas de sudor que le surcaban la frente debido al resplandor de las luces.

—¿Quién tomó tu lugar durante esos tres días?

—Otro piloto que contrató la compañía. ¿Por qué no se lo pregunta a ellos?

—Ya lo hicimos. Ellos dicen que conocías a este piloto, Ben Sawbridge, que tú se los recomendaste.

—Dicen eso? Quizás tengan razón. Eso ocurrió hace tiempo — balbuceó las palabras y pestañeó frente a las luces. Ya no acariciaba su bigote. Cuando Ben volvió a hablar su voz estaba helada.

—Escucha lo que tengo que decirte, Dusty, antes de responder a mi próxima pregunta. El certificado médico sobre la lesión de tu muñeca estaba en los archivos de la compañía. Es falso. Los archivos también muestran que en las semanas anteriores y posteriores a la fecha en cuestión, pagaste las cuotas vencidas de tu auto e hiciste grandes depósitos en tu cuenta corriente. Rastreamos esos cheques hasta una cuenta corriente de un banco en otro estado. Allí te depositaron veinticinco mil dólares el 20 de enero. Aunque la cuenta está bajo otro nombre, la letra de los cheques concuerda con la tuya. Ahora vienen las dos preguntas importantes: ¿Quién te dio el dinero del soborno? ¿Y quién era el piloto que recomendaste para reemplazarte en esos tres días?

—No sé nada sobre ningún soborno. Y el dinero me lo gané jugando a los caballos en Tijuana. No quise declararlo, ya sabe. Y sobre el piloto, ya les dije. Su nombre es Ben Sawbridge.

—Ninguna licencia de piloto fue expedida a alguien llamado Ben Sawbridge. Quiero saber la verdad sobre el origen del dinero. Y quiero saber quién es el piloto. Es mejor que pienses con cuidado antes de contestar. Aún no es un asunto penal, porque no se han presentado cargos. Si se presentan cargos, entonces estarás en una situación muy difícil. Ha habido muertes. Serás arrestado por complicidad. En el mejor de los casos serás juzgado por aceptar sobornos, mentir, poner en peligro otras vidas. Perderás tu licencia de piloto, serás multado y terminarás en prisión. Eso será en el mejor de los casos. Pero si te rehusas a cooperar haré que también te enjuicien por asesinato.

—¡No sé nada sobre ningún asesinato!

—Eso no importa. Fuiste un cómplice voluntario. Pero ése es el peor de los casos. Si tú me ayudas, yo te ayudaré. Si cooperas con todo lo que sabes, existe una buena probabilidad que olvidemos tu participación; eso sucederá sólo si puedes conducirnos hasta la gente que te sobornó. Piensa otra vez antes de contestar. Ellos no hicieron

ningún esfuerzo por ocultar el soborno o el documento falso. Eso se debe a que tú no les importabas. Sabían que finalmente te encontraríamos y también sabían que el rastro acabaría contigo.

El cabello de Dusty estaba empapado, pegado al cráneo. Se frotó el bigote desordenándose.

—¿Puede usted realmente sacarme de esto? —balbuceó finalmente.

—Sí, saldrías con un cargo menor, o quizás sin cargo alguno, a cambio de toda tu cooperación. Esto se puede hacer, sólo si nos dices algo que pueda ayudarnos en la investigación.

Dusty se sonrió y se acomodó en su silla.

—Bueno, no puedo ayudarlos tanto, ni con tanta certeza. No me gustaba el hijo de puta que arregló todo el asunto. Nunca lo vi pero olía a trabajo realmente sucio. Me llamó y me dijo que el dinero sería depositado en esa cuenta de banco, si yo lo ayudaba. No me gustaba pero estaba fundido financieramente. El dinero estaba allí. Recibí una tarjeta por correo para retirarlo. Una vez que comencé a usar el dinero, comenzó a molestarme y no tenía forma de sacarme eso de encima.

—¿El se identificó con algún nombre? ¿Te explicó de qué se trataba todo esto?

—No. Sólo me dijo que si seguía sus instrucciones y no hacía preguntas, el dinero era mío. Hay una cosa que sí puedo decirle sobre él. Es canadiense.

—¿Cómo lo sabes?

—Cristo. ¿Cómo cree que puedo saberlo? Trabajé dos años en Canadá y conozco el acento canadiense.

—Cálmate —dijo Benicoff, con un dejo de desprecio en su voz. Hablaremos de esa persona más tarde. Ahora cuéntame sobre el piloto.

—Usted ya sabe que no quise involucrarme. Seguí las instrucciones sólo porque necesitaba el efectivo. Tenía muchas deudas y las cuotas me estaban matando. Así que si me ayuda, yo lo ayudo. Si me saca bien de todo este asunto yo le voy a decir algo que ellos no sabían, algo que ni siquiera yo sabía que sabía hasta que ese piloto entró caminando. Lo único que debía hacer era recomendarlo y eso fue lo que hice. Era un desgraciado grandote y arrogante, con cabello gris, o lo que quedaba de él. Había volado en Vietnam o en la Guerra del Golfo, uno se daba cuenta de ello por la forma que tenía de caminar. Me miró y su mirada me atravesó, pero al mismo tiempo

hizo creer que me conocía para poder volar el helicóptero. Ese era el trato. Yo debía decir que lo conocía y lo debía recomendar. Y así lo hice, estaba contento en ese momento.

Dusty se sonrió estúpidamente y se estiró.

—Actuamos como si nos conocíramos porque era parte del trato. Pero le diré algo, el maldito viejo se había olvidado, pero yo sí lo había visto antes. Y todavía recuerdo su nombre porque uno de los muchachos más tarde me estuvo contando lo bueno que había sido en su época.

—¿Sabes su verdadero nombre?

—Desde luego. Pero debemos hacer un trato...

La silla de Ben se estrelló contra el suelo y al levantarse éste de repente, entró al área de visión de la cámara, tomó al piloto por el cuello de la camisa y lo levantó en el aire.

—¡Oyeme, rata miserable, el único trato que haré contigo es mandarte a la cárcel de por vida si no largas ese nombre ahora!

—No puede.

—¡Puedo y lo haré! —Los dedos de los pies del piloto se arrastraban por el piso mientras Ben lo sacudía como un gran muñeco de trapo—. Dame el nombre.

—Déjeme ir, lo ayudaré. Era un endemoniado nombre extranjero. Sonaba algo así como Doth o Both.

Ben lo dejó caer lentamente en la silla, se inclinó hasta que sus caras casi se tocaron. Le habló suavemente con tono de amenaza.

—¿Pudo haber sido Toth?

—¡Sí, eso es! ¿Conoce al tipo? Toth, un nombre raro, ¿no es así?

La cinta se acabó, y una vez que se perdió su voz grabada, Benicoff habló en voz alta.

—Toth. Arpad Toth era el jefe de seguridad aquí en Megalobe cuando ocurrieron los eventos. Corroboré los archivos del Pentágono de inmediato.

—Aparentemente tenía un hermano, llamado Alex Toth. Era un piloto de helicópteros que voló en Vietnam.

---

22 de febrero de 2024

—Esta es mi responsabilidad ahora —dijo el general Schorcht, con una helada determinación brillando en sus ojos y un toque de cólera en su voz—. Toth. Alex Toth. ¡Un piloto del ejército!

—Esa es una buena idea —coincidió Ben—. Está en su jurisdicción y dispone de la organización para hacerlo. Nosotros, desde luego, seguiremos investigando por nuestra cuenta. Sugiero que el coronel Davis y yo nos hablemos por lo menos una vez al día, y más seguido aún si ocurre algún suceso importante en el caso. Debemos mantenernos mutuamente informados sobre nuestros avances. ¿Le satisface esto, general?

—Satisfactorio. La compañía se marcha.

Los dos oficiales del ejército se incorporaron de un salto, se cuadraron y salieron junto al general.

—Y que tenga un buen día también, general —dijo Brian a las espaldas rígidas que desaparecían—. ¿Alguna vez estuviste en el ejército, Ben?

—Por fortuna, no.

—¿Comprendes la mentalidad militar?

—Desgraciadamente, sí, la entiendo. Pero no quiero ser insolente en presencia de oficiales en servicio —Ben captó la expresión seria de Shelly y endulzó sus palabras con una sonrisa—. Era sólo una broma, Shelly, eso es todo. Quizás una broma del peor gusto posible, así que discúlpeme.

—No se preocupe —dijo Shelly, devolviéndole una pequeña sonrisa—. No comprendo por qué debería sentirme a la defensiva con respecto a los militares. Me alisté en la Fuerza Aérea, como la única forma que tenía de pagarme la escuela para graduados. Mis

padres tenían un puesto de verduras en el Mercado de Agricultores en Los Angeles, que para cualquiera hubiera sido una mina de oro. Sin embargo, mi padre es un gran estudioso del Talmud pero un pésimo hombre de negocios. La Fuerza Aérea me dio la posibilidad de hacer lo que deseaba.

—Lo que nos lleva inexorablemente al próximo paso —dijo Brian—. ¿Adónde orientamos la investigación después de aquí?

—Voy a seguir todas las pistas que abre el descubrimiento del helicóptero —dijo Ben—. En cuanto al Programa Experto, nuestro detective estrella Dick Tracy, se lo dejo a usted, Shelly. ¿Qué sigue?

Se sirvió un vaso de agua de la jarra sobre la mesa de conferencias; se tomó un momento para pensar.

—El programa Dick Tracy aún está funcionando. Pero no espero que encuentre nada nuevo hasta que no tengamos otros datos para alimentarlo.

—Lo que le deja tiempo libre y eso significa que puede trabajar en la IA conmigo —dijo Brian—. Ya que el trabajo que hagamos probablemente le sea útil a Dick Tracy.

Ben se veía confundido.

—Repite eso otra vez.

—Piénselo por un momento. Estamos enfocando la investigación desde el ángulo del crimen que fue cometido. Eso está bien y espero que tengamos éxito antes que me alcancen otra vez. De lo contrario mi fin está próximo. Pero también deberíamos considerar el segundo enfoque. ¿Se han preguntado exactamente qué fue lo que se llevaron?

—Obviamente se llevaron tu máquina de IA.

—No, hicieron más que eso. Trataron de matar a todos los que tuvieran conocimiento de la IA, para así destruir todos los archivos existentes. Y aún están tratando de matarme. Eso es muy evidente.

—¡Claro! —dijo Ben—. Me debí dar cuenta de ello antes. No sólo querían la IA, querían tener el monopolio mundial de la IA. Es posible que estén tratando de comercializarla en este momento. Querrán usarla comercialmente para sacarle beneficios. Pero como son pasibles de asesinato y robo, no querrán que los descubran. Deben encubrir la forma de utilización, para poder explotarla de manera que la IA no pueda ser rastreada hasta ellos.

—Ya veo a lo que se refiere —dijo Shelly—. Una vez que la pongan a funcionar, la IA podría ser utilizada para casi cualquier propósito. Podría controlar procesos mecánicos, quizás hasta escri-

bir programas, seguir nuevos lineamientos de investigación, o ayudar a desarrollar nuevos productos. La podrían usar para casi cualquier cosa.

Benicoff asintió.

—Y eso hace bastante difícil atraparlos. Debemos estar vigilantes, no para detectar algo específico, sino cualquier tipo de programa o máquina que sea llamativamente avanzada.

—Eso es demasiado general para que mi programa pueda detectar algo —dijo Shelly—. Dick Tracy sólo trabaja con bases de datos estructuradas. No tiene suficiente conocimiento o sentido común para ayudar en un problema tan amplio como éste.

—Entonces habrá que mejorarlo —manifestó Brian—. Eso es justamente a lo que me refiero. Aclaramos lo que deberíamos hacer. Primero añadir a Dick Tracy inteligencia, lo equiparemos con más conocimientos generales.

—¿Quieres convertirlo en una IA más eficiente? —preguntó Benicoff—. Y luego usarlo para encontrar las otras Inteligencias Artificiales. Es como mandar a un ladrón a atrapar a otro ladrón.

—Eso es sólo la mitad de lo que haremos. La otra mitad es lo que estoy haciendo con el robot Robin. Lo estoy construyendo más semejante a la IA de las notas encontradas. Si puedo lograr una réplica de la máquina robada, entonces sabremos qué capacidades tiene. Eso facilitará la investigación.

—Especialmente si podemos cargar esas capacidades a Dick Tracy —dijo Shelly—. ¡Entonces realmente sabría qué buscar!

Se miraron unos a otros, había poco más que agregar a lo dicho. Quedaba claro lo que cada uno tenía que hacer.

Cuando se levantaron para irse, Ben los detuvo.

—Tengo un último e importante asunto que discutir: el alojamiento de Shelly.

—Lamento que lo haya mencionado —dijo ella—. Pensé que me asignarían un hermoso departamentito. Pero a último momento todo el negocio se vino abajo.

Ben se mostró incómodo.

—Lo siento; pero, bueno, eso se debió a mi intervención. He estado pensando sobre los atentados contra Brian y me he dado cuenta que usted también puede ser un blanco ahora. Una vez que comience a desarrollar la IA, ese poder asesino que está al acecho querrá... no es fácil decirlo, querrá matarla al igual que a Brian. ¿Está de acuerdo?

Shelly asintió renuente.

—Significa que aquí en Megalobe deberá vivir con el mismo nivel de seguridad que Brian.

—Me suicidará si tengo que vivir en la pensión ejecutiva donde estoy por ahora.

—¡De ningún modo se quedará allí! Sé a lo que se refiere, yo mismo he pasado muchas noches miserables allí. ¿Ahora puedo hacerle una sugerencia? Hay cuartos para personal militar femenino aquí en las barracas. ¿Si tiráramos algunas paredes, y uniéramos un par de habitaciones para hacer un pequeño departamento, le molestaría quedarse aquí?

—Quiero decorarlo yo misma.

—Usted decide la decoración y nosotros la pagamos. Elija lo que quiera, cocina electrónica, jacuzzi, lo que sea. Los ingenieros del ejército instalarán todo.

—Acepto la propuesta. ¿Cuándo recibiré los catálogos?

—Los tengo en este momento en mi oficina.

—Ben, eres terrible. ¿Cómo sabías que iba a aceptar tu plan?

—No lo sabía, sólo esperaba que lo hiciera. Y cuando lo estudie desde todos los ángulos, se dará cuenta que es la única alternativa segura.

—¿Puedo ver los catálogos ahora?

—Claro que sí. Están en este edificio, en la habitación 412. Llamaré a mi asistente para que los busque.

Shelly se dirigió a la puerta, luego giró sobre sus talones.

—Lo siento, Brian. Debí preguntarle antes si me necesitaba.

—Creo que es una gran idea. En todo caso tengo otras cosas que hacer hoy fuera del laboratorio. ¿Qué opina si nos encontramos mañana a las nueve de la mañana?

—Está bien.

Brian esperó a que la puerta se cerrara antes de volverse hacia Ben, mordiéndose el labio en silencio antes de hablar.

—Aún no le he contado sobre la computadora implantada en mi cerebro. Y no me ha preguntado sobre esa sesión en que la computadora produjo esa pista sobre el robo. ¿Te lo ha mencionado a ti?

—No, y no creo que lo haga. Shelly es una persona muy reservada y creo que respeta el mismo tipo de reserva en otros. ¿Te parece eso importante?

—Sólo para mí mismo. Recuerdas lo que te dije antes, sobre sentirme como una especie de ser anormal, monstruoso...

—No lo eres y lo sabes. Dudo que el tema vuelva a suscitarse.

—Se lo diré todo algún día. Pero no ahora. Especialmente no ahora, ya que he arreglado algunas largas sesiones con la doctora Snaresbrook —Miró su reloj—. La primera comenzará pronto. La razón principal por la cual me someto a esto es que estoy decidido a acelerar la investigación sobre IA.

—¿Cómo harás eso?

—Quiero mejorar mi enfoque de la investigación. En este momento todo lo que hago es procesar el material que trajimos de México. Pero está compuesto en gran parte por apuntes y preguntas sobre el trabajo en progreso. Lo que necesito es localizar los verdaderos recuerdos y el resultado de la investigación que hice basado en ellos. Hasta el momento ha sido un trabajo lento y exasperante.

—¿En qué forma?

—Yo era, soy... —Brian sonrió torcidamente—. Creo que no existe una sintaxis correcta para expresarlo. Lo que quiero decir es que el yo que hizo las notas era desprolijo. Ya sabes, escribes una nota para ti mismo, en general apuntas un par de palabras que te recordarán toda la idea. Pero ese yo particular ya no existe, así que mis viejas notas no me recuerdan nada. De manera que empecé a trabajar con la doctora Snaresbrook tratando de usar la computadora implantada para unir las notas a otros recuerdos adicionales desconectados que están todavía en mi cerebro. Me tomó diez años desarrollar la IA la primera vez y me temo que me llevará ese tiempo otra vez, si no tengo un poco de ayuda. Debo recobrar esos recuerdos perdidos.

—¿Has obtenido resultados de tu acceso a esos recuerdos?

—Todavía estoy en las primeras etapas. Seguimos buscando la forma de lograr conexiones que pueda activar confiablemente a voluntad. La computadora es una máquina, pero yo no lo soy. A lo sumo, nuestra interfase es mala. Otras veces es como una mala comunicación telefónica, cuando no se oye a la otra parte. O a veces simplemente no entiendo lo que me trasmite. Debo dejar de alimentarla con información y volver al punto A. Es frustante, te lo puedo garantizar. Pero lo lograré. Sólo puede mejorar, al menos eso espero.

Ben acompañó a Brian a la clínica de Megalobe y lo dejó en la puerta del consultorio de la doctora Snaresbrook. Lo vio entrar y se quedó parado perdido en sus pensamientos. Tenía bastante en qué pensar.

La sesión marchó bien. Brian pudo conectarse con la computadora a voluntad y usarla para extraer recuerdos específicos. El sistema funcionaba mejor, aunque a veces recuperaba fragmentos de conocimiento que le costaba entender. Era como si le llegaran sugerencias de otra persona, no parecían sus propios recuerdos. Ocasionalmente, cuando se conectaba con algún recuerdo de su yo anterior, su yo adulto perdía el hilo de sus propios pensamientos. Cuando retomaba el control, le resultaba difícil recordar lo que había sentido.

—Qué extraño —pensó para sí mismo—. ¿Será que mantengo dos personalidades? ¿Puede una sola mente tener capacidad para dos personalidades a la vez, una antigua y otra nueva?

Las pruebas estaban realmente ahorrándole mucho tiempo en su investigación. A medida que la novedad comenzó a disiparse, los pensamientos de Brian retornaron una vez más a las serias dificultades que enfrentaba con el desarrollo de la IA. Todos eran errores en los cuales la máquina terminaba con uno u otro comportamiento extremo.

—¿Brian, estás ahí?

—¿Qué...?

—Bienvenido de vuelta. Te he hecho la misma pregunta tres veces. ¿Estabas distraído no es así?

—Discúlpeme. Es sólo que parece tan complejo y no hay nada en las notas que pueda ayudarme. Lo que necesito es tener parte de mi mente alerta sin que el resto de la mente sepa que está ocurriendo. Algo que ayude a equilibrar el circuito de control del sistema. Lo que no es particularmente difícil cuando el sistema en sí es estable, sin cambiar o aprender demasiado, pero nada parece funcionar cuando el sistema aprende nuevas formas de aprender. Lo que necesito es algún sistema, un tipo de submente separada que pueda mantener alguna medida de control.

—Suena muy freudiano.

—¿Disculpe?

—Suena parecido a las teorías de Freud.

—No recuerdo a nadie de ese nombre en las investigaciones de IA.

—Es fácil de entender la razón. Era un psiquiatra que actuó en la última década del siglo XIX, antes que existieran las computadoras. Sostenía que la mente tiene una cantidad de instrumentalidades distintas. Cuando propuso sus teorías por primera vez, les dio

nombres como ello, yo, super yo, etc. Supone que cada persona normal enfrenta constantemente, en forma inconsciente, todo tipo de conflictos, contradicciones y objetivos incompatibles. Pienso que podría ser provechoso estudiar las teorías de la mente propuestas por Freud.

—Estoy de acuerdo. Hagámoslo ahora, grabe todas las teorías freudianas en mis bancos de memoria.

Esto le preocupaba a Erin Snaresbrook. Como científica, seguía considerando el uso de la computadora implantada como un experimento, pero Brian ya la había absorbido como una parte natural de su vida. Nunca más volvería a hacer el esfuerzo de leer largos textos. Lo grabaría todo en su memoria y lo iría leyendo más tarde.

El no volvió a su cuarto. Caminó por la habitación, mientras su mente se sumergía primero en una parte del texto, luego en otra, ligando conceptos y luego cambiándolos. Finalmente suspiró ruidosamente.

—¡Esa tiene que ser la solución, la verdadera solución! Una teoría que se amolda perfectamente a mi problema. El super yo parece ser un mecanismo que aprende objetivos, que probablemente evolucionó sobre los mecanismos de “imprinting”, de impresión, que evolucionaron con anterioridad. Ya sabe, esos sistemas que descubrió Konrad Lorenz, usados para mantener a muchas crías de animales dentro de una esfera segura de crianza y protección. Estos producen un sistema de objetivo estable relativamente permanente en el infante. Una vez que éste graba una imagen de la madre o del padre, esa estructura puede permanecer por el resto de la vida de ese niño. ¿Pero cómo podemos proveer a mi IA de un super ego? Considere esto, deberíamos poder cargar un super ego a mi IA, si encontráramos alguna manera de acceder a suficientes detalles de mi propia escala inconsciente de valores. ¿Y por qué no? Active cada una de mis líneas de circuitos y nemes, busque y grabe cada valor emocional asociado con ellos. Utilice esa información para construir primero una representación de mi autoimagen consciente. Luego agregue mi yo ideal, lo que el super ego dice que debiera ser. Si podemos grabar eso, podemos estar mucho más cerca de regular y estabilizar nuestra IA.

—Hagámoslo —dijo Erin Snaresbrook—. Aunque nadie ha demostrado todavía que eso existe. Asumiremos que tienes tal centro perfecto dentro de tu cabeza. Somos quizás las primeras personas en condiciones de localizarlo. Durante meses, hemos buscado y carga-

do las matrices de tus recuerdos y procesos intelectuales. Ahora podemos ir un poco más lejos, sólo que retrocediendo en lugar de avanzar en el tiempo. Podemos tratar de rastrear más cosas de tu infancia y ver si podemos encontrar algunos nemes y recuerdos asociados a ella que correspondan a tus primeros sistemas de valores.

—¿Y cree que podemos lograrlo?

—No veo ninguna razón que lo impida, a no ser que lo que buscamos no exista. En cualquier caso la búsqueda quizás involucre localizar más de cien mil nuevas líneas de memoria y nemes. Pero con prudencia. Pueden existir peligros más serios aquí al darte acceso a actividades tan profundamente sepultadas. Primero quiero encontrar la forma de hacer esto usando alguna computadora externa, mientras desconecto tu propia computadora interna por un rato. De ese modo, tendremos un archivo externo de las estructuras que descubrimos, que luego podrás usar para perfeccionar a Robin. Esto no dejará que los experimentos te afecten hasta que estemos más seguros de nosotros.

—Muy bien, entonces probémoslo.

# 25

---

31 de mayo de 2024

—¿Brian Delaney, has estado trabajando aquí toda la noche? Cuando te dejé anoche prometiste que sólo te quedarías un momento más. Y eso fue a las veintidós —dijo Shelly entrando furiosa al laboratorio.

Brian se frotó una incipiente barba reveladora y cerró los párpados sobre sus ojos enrojecidos y culpables. Equivocado.

—¿Qué te hace pensar eso?

Shelly resopló.

—Bueno, con sólo mirarte tengo suficientes pruebas. Te ves terrible. Encima de eso traté de llamarte y no obtuve respuesta. Como te imaginarás estaba bastante preocupada.

Brian manoteó su cinturón buscando su teléfono. No estaba.

—Debí dejarlo en algún lugar, por eso no oí el llamado.

Ella sacó su propio teléfono y apretó la tecla de la memoria para discar su número. Se escuchó un zumbido distante. Ella lo rastreó y encontró el teléfono cerca de la máquina de café. Se lo devolvió en silencio.

—Gracias.

—Deberías tenerlo cerca en todo momento. Tuve que ir a buscar a tus guardaespaldas, que me dijeron que aún estabas aquí.

—Traidores —murmuró él.

—Estaban tan preocupados como yo. Nada puede ser tan importante para que arruines tu salud por ello.

—Algo lo es, Shelly, ésa es la razón de todo esto. ¿Recuerdas cuando me dejaste anoche, ese problema que teníamos con el nuevo programa de gestión? Sin importar lo que hiciéramos ayer el sistema se detenía y se apagaba. Entonces lo puse en marcha con un

programa muy simple: ordenar bloques de colores, luego lo complíé con bloques de distintos tamaños y colores. La próxima vez que miré, el programa de gestión estaba aún funcionando, pero todas las otras secciones del programa parecían haberse apagado. Así que grabé lo que había ocurrido cuando lo volví a probar y esta vez instalé un programa de rastreo de idioma natural para grabar todas las órdenes que daba el programa a las otras subunidades. Esto hizo que funcionara suficientemente despacio como para dejarme descubrir lo que estaba sucediendo. Veámoslo.

Puso la grabación que había hecho durante la noche. La pantalla mostró a la IA rápidamente clasificando bloques de colores, luego volviéndose más lenta, luego moviéndose apenas, hasta que por fin se detuvo por completo. La profunda voz de Robin 3 salió por el parlante.

—...línea K-8997, necesito respuesta a entrada 10983, está muy lenta, responda de inmediato... inhibiendo. Seleccionando subproblema 384. Respuesta de K-4093 aceptada, inhibiendo respuestas lentas de K-3724 y K-2314. Seleccionando subproblema 385. Respuestas de K-2615 y K-1488 conflictivas, inhibiendo a ambas. Seleccionando...

Brian apagó la grabación.

—¿Entendiste lo que pasó?

—En realidad, no. Excepto que el programa se ocupaba de inhibir cosas.

—Exacto y ése era su problema. Se suponía que debía aprender de su experiencia, recompensando a las subunidades exitosas e inhibiendo a las que fallaban. Pero el umbral de éxito del programa había sido fijado muy alto, por ello aceptaba sólo respuestas perfectas e inmediatas. Estaba recompensando únicamente a las unidades que respondían rápido, y desconectando a las más lentas, aun cuando lo que intentaban hacer hubiera resultado mejor al final.

—Ya veo. ¿Y eso puso en marcha un efecto en cadena, ya que cuando cada subunidad era inhibida, eso debilitaba la conexión de otras unidades al programa?

—Exactamente. Y entonces las respuestas de otras unidades se volvieron más lentas hasta que fueron a su vez inhibidas. Antes de mucho tiempo el programa directivo las mató a todas.

—¡Ese es un pensamiento horrible! Quieres decir, en realidad, que se suicidó.

—De ninguna manera —Su voz era áspera, la fatiga lo ponía de mal humor—. Al decir eso, sólo estás siendo antropomórfica. Una

máquina no es una persona. ¿Qué hay de horrible en que un circuito desconecte a otro circuito? Por Dios, aquí sólo hay unos pocos componentes electrónicos y programas. Como no hay seres humanos involucrados nada horrible puede suceder, eso es bastante obvio...

—¡No me hables con ese tono de voz!

El rostro de Brian enrojeció; contuvo su cólera, luego bajó la vista.

—Lo lamento, no quise ofenderte. Creo que estoy un poco cansado.

—Tú lo crees... yo lo sé. Acepto tus disculpas. Y estoy de acuerdo con lo que dices. Yo estaba siendo antropomórfica. No me molestó lo que me dijiste, sino cómo lo dijiste. Dejemos de pelearnos y salgamos a tomar un poco de aire fresco. Y te llevaré a tu cama.

—Está bien, pero déjame revisar esto primero.

Brian fue directamente a la terminal y procedió a rastrear las computaciones internas del robot. Diagrama tras diagrama aparecieron en la terminal. Por fin meneó la cabeza.

—Otro error desde luego. Todo surgió cuando arreglé el último problema. Recuerdas, arreglé todo para que suprimiera la inhibición excesiva, para que el robot no se apagara por sí solo. Pero ahora se fue al otro extremo. No sabe cuándo debe detenerse.

—Esta IA parece bastante buena para contestar preguntas directas, pero sólo cuando la respuesta se puede encontrar con un poco de razonamiento superficial. Ya viste lo que pasó cuando no sabía la respuesta. Comenzó una búsqueda azarosa, perdió el rumbo, no supo cuándo detenerse. Uno podría decir que no sabía lo que no sabía.

—Me parece que simplemente se volvió loca.

—Sí, uno podría decir que eso fue lo que ocurrió. Tenemos muchas palabras para definir errores humanos, paranoias, fobias, catatonias, neurosis, irracionales. Supongo que necesitaremos un nuevo conjunto de palabras para los errores que tendrán nuestros robots. Además no podemos esperar que cualquier nueva versión trabaje en forma correcta desde el instante en que la prendamos. En este caso, intentó usar todos sus Sistemas Expertos a la vez sobre un mismo problema. El programa directivo no tuvo fuerza para suprimir los sistemas inapropiados. Todas esas palabras mezcladas demuestran que estaba considerando cualquier asociación que pudiera guiarlo hasta el problema que necesitaba resolver, sin importar cuán inverosímil fuera. También demostró que cuando un enfoque falla-

ba, la máquina no sabía cuándo dejarlo de lado. Aunque esta IA marchara bien no tiene reglas para ser lo que nosotros llamamos sana.

Brian se frotó el mentón y miró la máquina que en ese momento estaba silenciosa.

—Estudiemos esto en detalle —Señaló el gráfico en la pantalla—. Puedes ver justo aquí lo que ocurrió esta vez. En Robin 3.1 había demasiada inhibición, así que todo se apagaba. Por eso cambié estos parámetros y ahora no hay suficiente.

—¿Así que cuál es la solución?

—La respuesta es que no hay respuesta. No, no me refiero a nada místico. Lo que quiero decir es que este elemento gerencial debe tener más información. Precisamente porque no es mágico, no hay respuesta general. No es un dispositivo simple que trabaja en todos los casos, ya que todos los casos son distintos. ¡Y una vez que reconoces eso, todo se vuelve más claro! Este elemento debe estar basado en conocimientos. ¡Sólo entonces puede aprender lo que debe hacer!

—Entonces estás diciendo que debemos crear un elemento gerencial que aprenda qué estrategia usar en cada situación, recordando lo que anduvo bien en el pasado?

—Exacto. En vez de tratar de encontrar una fórmula fija que siempre funcione, hagamos que aprenda de la experiencia, caso por caso. Porque queremos obtener una máquina que sea inteligente en sí misma, para que no tengamos que estar dando vueltas siempre a su alrededor, y arreglándola cuando algo ande mal. En cambio debemos proporcionarle algunas formas de aprender a solucionar sus propios errores en cuanto se presenten. Lo debe hacer por sí misma, sin nuestra ayuda.

—Ahora sé exactamente lo que debe hacerse. ¿Recuerdas cuando parecía quedarse trancada en una curva, repitiendo las mismas frases sobre el color rojo? Era fácil darse cuenta que no progresaba. Ella no podía ver que estaba fijada en ese paso, precisamente porque estaba fijada. No podía saltar fuera para ver lo que pasaba en una escala más amplia. Podemos arreglar esto agregando un grabador para que recuerde la historia de los últimos pasos que ha dado. Y también un reloj que interrumpa el programa frecuentemente, para que pueda revisar esa grabación y ver si se ha estado repitiendo.

—O mejor aún podríamos agregar un segundo procesador que trabaje al mismo tiempo, observando al primero. Un cerebro B que

observe al cerebro A.

—Y quizás incluso un cerebro C para asegurarse que el cerebro B no se quede empantanado. ¡Maldición! Acabo de recordar lo que una de mis viejas notas decía: “Usar cerebro B para suprimir fijación.” Desearía haber escrito mejores notas la primera vez. Ahora debo empezar a diseñar el cerebro B.

—¡Pero es mejor no hacerlo ahora! En tu estado actual sólo empeorarás lo que has hecho.

—Tienes razón, es hora de irse a la cama. Iré, no te preocupes, pero quiero comer algo primero.

—Iré contigo y tomaré una taza de café.

Brian abrió la puerta para que ambos salieran. Una vez afuera, el resplandor lo hizo parpadear.

—Es como si no confiaras en mí.

—Es verdad, no confío en ti, no después de lo que pasó anoche.

Shelly sorbió su café mientras Brian se dedicaba a su desayuno tejano: un bife, huevos fritos y panqueques. No pudo terminarlo, suspiró y alejó el plato. Aparte de los dos guardias que acababan de terminar sus turnos, estaban solos en la cantina.

—Me siento un poco más humano —dijo él—. ¿Quieres más café?

—Ya he tomado suficiente, gracias. ¿Crees poder arreglar tu IA desquiciada?

—No. Me enojé tanto con la cosa que borré su memoria. Tendremos que volver a escribir algunos de sus programas antes de cargarla otra vez con la memoria. Eso nos llevará un par de horas. Aun el ensamblador de LAMA 5 toma mucho tiempo en un sistema de este tamaño. Y esta vez haré una copia antes de poner en funcionamiento la nueva versión.

—¿Si consigues hacer funcionar una inteligencia artificial humanoide, crees que podrás copiarla?

—Desde luego. Haga lo que haga siempre será un programa. Cada copia de un programa es absolutamente idéntica. ¿Por qué lo preguntas?

—Es una cuestión de identidad supongo. ¿Será la segunda IA igual a la primera?

—Sí, pero sólo en el instante en que se copian. Tan pronto como comienza a marchar, a pensar por su cuenta, empezará a cambiar. Recuerda que somos nuestros recuerdos. Cambiamos cuando olvidamos algo, o aprendemos algo nuevo, producimos un nuevo pensa-

miento o una nueva conexión. Nos convertimos en alguien distinto. Lo mismo se aplica a la IA.

—¿Estás seguro de eso? —preguntó ella dubitativamente.

—Positivo. Ya que ésa es la forma en que nuestra mente funciona. Lo que significa que tengo mucho trabajo que hacer sopesando recuerdos. Es la misma razón por la cual fallaron tantas versiones anteriores de Robin. Es el problema de la asignación de importancia al que acabamos de referirnos. En realidad no basta con aprender sólo mediante métodos a corto plazo de estímulo y respuesta. Esto sólo resolverá simples problemas de corto plazo. En cambio, debe existir un análisis reflexivo en una escala mayor en el cual piensas en tus logros en más amplio grado para reconocer qué estrategias en realidad funcionaron y cuáles llevaron a una vía muerta; métodos que en principio parecieron progresar pero finalmente condujeron a callejones sin salida.

—¡Haces que la mente suene, bueno, como una cebolla!

—Lo es —Se sonrió ante la idea—. Esa es una buena analogía. Capa dentro de capa y todas interconectadas. La memoria humana no es simplemente asociativa, conectando situaciones, respuestas y recompensas. Es también prospectiva y reflectiva. Las conexiones que se hacen deben estar relacionadas con planes y objetivos de largo plazo. Por ello hay una importante separación entre memoria de corto y largo plazo. ¿Por qué nos lleva cerca de una hora memorizar cualquier cosa en el largo plazo? Porque debe tener un período para decidir qué conductas fueron en realidad suficientemente beneficiosas para guardarlas.

De repente el cansancio le cayó encima. El café estaba frío, su cabeza comenzaba a dolerle, la depresión lo cercaba. Shelly se dio cuenta de lo que le ocurría y le tocó levemente la mano.

—Es tiempo de descansar —dijo ella. El asintió con un gesto fatigado y luchó por empujar la silla hacia atrás para pararse.

# 26

---

19 de junio de 2024

Shelly abrió la puerta de su departamento cuando Benicoff golpeó.

—Brian acaba de llegar —dijo ella— y voy a buscar una cerveza. ¿Quiere una usted también?

—Sí, por favor.

—Entre y eche un vistazo, después de todo usted pagó la cuenta.

Lo condujo hasta la sala de estar. Todo rastro de la barraca militar había desaparecido de la habitación. Unas cortinas coloridas, fabricadas en telas artesanales, encuadraban la ventana del techo al piso. La alfombra tenía el mismo color naranja profundo de las cortinas. Los muebles daneses de madera de formas esbeltas combinaban armoniosamente con la alfombra. La fina línea de los muebles contrastaba agradablemente con los colores espectaculares del cuadro poscubista que cubría gran parte de una pared.

—Ha quedado fantástico —dijo Ben—. Ahora veo la razón por la cual la oficina de cuentas protestaba tanto.

—No se quejaban de este mobiliario. Las telas y la alfombra están diseñadas en Israel y fabricadas en los países árabes, por eso no son caras. En cuanto a la pintura, me la prestó un artista amigo para que lo ayude a venderla. La mayor parte del dinero se usó para equipar la cocina de alta tecnología. ¿Quiere verla?

—Lo haré después de tomar la cerveza. Es mejor que me prepare para ello.

—¿Nos explicarás tu misteriosa invitación de hoy a un almuerzo tai? —dijo Brian, acomodándose en las profundidades de un mullido sillón—. Sabes que Shelly y yo somos prisioneros de Megalobe hasta que captures a los asesinos. ¿Así que cómo llegaremos a ese

restaurante tailandés?

—Si no puedes ir a Tailandia, entonces Tailandia vendrá a ti. Apenas me dijiste que querías ponerme al día con tu IA, pensé que debíamos celebrar la ocasión. Gracias, Shelly.

Ben tomó un largo sorbo de la cerveza helada y suspiró.

—Está deliciosa. Todo comenzó con una investigación de seguridad la semana pasada. Me reúno con Inteligencia Militar cuando investigan los antecedentes de cualquier soldado que es transferido aquí. Entonces descubrí que el soldado Lat Phroa había entrado al ejército para alejarse del restaurante de su padre. Dijo que había cocinado lo suficiente y quería algo de acción. Pero después de un año de la comida del ejército, estaba más que feliz de cocinar una verdadera comida tai en nuestra cocina, con la condición que le consiguiera los ingredientes. Y así lo hice. Los cocineros regulares han ayudado y las tropas esperan probar el cambio de comida. Tendremos el comedor de la tropa para nosotros después de las dos. Seremos los conejillos de Indias, y si aprobamos, Lat prometió cocinar para todo el resto esta noche.

—Excelente —dijo Shelly. —No es que la comida de aquí sea mala, pero me vendrá bien un cambio.

—¿Cómo va la investigación? —preguntó Brian. El tema nunca dejaba de rondar su cabeza. Ben frunció la frente mientras tomaba otro sorbo de cerveza.

—Me gustaría traer buenas noticias, pero parece que estamos en otro callejón sin salida. Tenemos el expediente militar de Alex Toth. Fue un piloto sobresaliente, tiene bastantes recomendaciones por ello. Pero también es casi alcohólico y camorrero. Después de la guerra lo dieron de baja lo antes que pudieron. No hay rastros de él en la dirección que dejó en aquel momento. El FBI ha encontrado algunos registros de sus empleos con su licencia de piloto actualizada. Pero en definitiva el hombre se ha esfumado, prácticamente no hay rastros. Comprobamos la historia de Dusty Rhodes. Es correcta. Lo engañaron para meterlo en el asunto y después lo dejaron de lado. No hay forma de rastrear el origen del dinero que fue depositado en su cuenta.

—¿Qué le va a pasar a Rhodes? —preguntó Shelly.

—Nada por ahora. El dinero que quedó de lo que le dieron ha sido secuestrado para el fondo de las familias de las víctimas. El firmó una declaración completa de lo sucedido y de todo lo que hizo. Se mantendrá alejado de estas cosas en el futuro o le lloverán juicios.

Queremos que se hable de esto lo menos posible mientras la investigación sigue su curso.

Shelly asintió y se volvió hacia Brian.

—Debes ponerme al día. ¿Conseguiste que funcionara ese cerebro B?

—Claro que sí y a veces trabaja increíblemente bien. Pero todavía no lo probé suficientes veces como para poder confiar en él. Suele hacer desgloses en formas fascinantes y particulares.

—¿Aún hace eso? Pensé que usando LAMA 5 te facilitaría esa función.

—Lo hará, pero creo que es un problema de diseño. Como ya sabes, el cerebro B debe observar al cerebro A, hacer cambios cuando necesita ayuda para salir de distintos tipos de problemas. En teoría esto funciona mejor cuando el cerebro A no está enterado de lo que está sucediendo. Pero parece que a medida que el cerebro A de Robin se volvió más inteligente, aprendió a detectar los cambios producidos por el cerebro B, entonces trató de encontrar formas de volver a cambiar lo que el otro cerebro había modificado. Esto terminó en una lucha de poder entre los dos cerebros.

—¡Suena como la esquizofrenia humana o un caso de personalidades múltiples!

—Así es. La enfermedad humana se ve reflejada en la locura de la máquina y viceversa. ¿Por qué no? Un cerebro que funciona mal tendrá los mismos síntomas si la causa es la misma, aunque sea una máquina o un ser humano.

—Debe ser deprimente eso de ser frenado por cerebros lunáticos dentro de una caja.

—En realidad, no. ¡En cierta forma, siempre me entusiasma! Puesto que mientras los errores de los robots se parezcan más a los humanos, tanto más cerca estamos de conseguir una inteligencia parecida a la humana.

—¿Si todo está marchando tan bien, por qué estás desconforme?

—¿Se me nota tanto? Bueno, se debe probablemente a que llegué al final de las notas que recuperamos. He utilizado casi todo lo que esas notas describen, y ahora salgo a navegar por mares inexplorados.

—¿Existe alguna regla que establezca que la IA en tu laboratorio debe ser igual a la que fue robada?

—Sí, se deben parecer bastante, excepto quizás por pequeños detalles. Y el problema es que tiene tantos errores que creo que

estamos varados en un pico local.

—¿A qué te refieres? —dijo Ben.

—Es sólo una simple analogía. Piensa en un científico como si fuera un escalador ciego. Sube una montaña. Y eventualmente llega al pico y no puede seguir subiendo. Pero debido a que no puede ver nada a su alrededor, no tiene forma de saber que está en la cima de la montaña. Es simplemente el pico de una colina local, un camino sin salida. No puede lograr nada si no baja de nuevo y busca otro camino para subir.

—Pareces tener razón —dijo Ben—. ¿Me estás tratando de decir que la IA que has construido, que es probablemente igual a la robada, puede haber quedado fijada en un pico local de inteligencia y no en una cima mucho más alta?

—Me temo que a eso me refiero.

Ben canturreó de felicidad.

—¡Pero es la mejor noticia que me has dado!

—¿Has entendido lo que esto implica?

—Piensa un segundo. Significa que quienquiera haya robado tu viejo modelo también debe estar varado con el mismo problema, pero él ni siquiera lo sabe. Mientras que tú puedes perfeccionar tu máquina. ¡Cuando eso suceda, nosotros tendremos la IA y ellos no!

A medida que Brian fue comprendiendo, una gran sonrisa se dibujó en su rostro.

—Claro que tienes razón. Esta es una gran noticia. Esos ladrones están empantanados, mientras que yo seguiré trabajando.

—¡No lo harás en este momento! Seguirás después del almuerzo —dijo Shelly, dejando su copa de vino y señalando hacia la puerta—. Vamos ahora. Ya son más de las dos y me muero de hambre. Comamos primero y hablemos más tarde.

Después de comer See Khrong Moo sam Rot que, no obstante su nombre, estaba delicioso (consistía en costillas de cerdo agridulces), probaron el flan de calabazas como postre.

—Nunca volveré a comer el rancho del ejército —gruñó Brian feliz, frotándose el vientre.

—Dile eso al cocinero, lo pondrá contento —dijo Shelly—. Eso es lo que yo haré.

Lat Phroa aceptó sus elogios, asintiendo con la cabeza.

—Estaba bastante bueno, ¿no es así? Si le gusta al resto de la tropa, trabajaré duro para que este tipo de comida figure en el menú regular. Aunque eso sólo sirva para mi satisfacción personal.

Ben los dejó en la cantina y ellos después se dirigieron al laboratorio.

—Estoy entusiasmado, pero inquieto —dijo Brian—. No resulta fácil lanzarse a navegar por mares inexplorados. Hasta ahora he seguido los diagramas y mis propias notas, pero se acabaron. Es un poco presuntuoso pensar que un yo de catorce años pueda tener éxito donde un yo de veinticuatro no lo consiguió.

—No estés tan seguro, la doctora Snaresbrook mantiene que estás en mejores condiciones ahora que antes. Tus implantes te han dado capacidades espectaculares. Y además, en el trabajo que has venido realizando con Snaresbrook, analizando tu propio cerebro, probablemente descubriste más acerca de ti mismo, que lo que pudiera hacer un escuadrón de psiquiatras. Estoy segura que te estás acercando, Brian. Estás por traer algo nuevo al mundo.

—Una máquina con verdadera inteligencia humana.



---

22 de julio de 2024

Apenas se despertó, Ben encontró el mensaje en su contestador. Era la voz de Brian.

*—¡Ben, son las cuatro de la mañana y finalmente lo tenemos! La información que tenía Robin era casi suficiente. La doctora Snaresbrook terminó el trabajo al decodificar más información de mi cerebro. Fue un tarea terrible, pero logramos concretarla. Así que ahora, al menos en teoría, Robin tiene una copia de mi super ego. He puesto a la computadora a reensamblar todos los programas de Robin para integrar el material viejo con el nuevo. Ahora necesito dormir. Si puedes, ven al laboratorio después del almuerzo para una demostración. Cambio y fuera, buenas noches.*

—Lo logramos —dijo Brian cuando se reunieron en el laboratorio—. La información grabada en la memoria de Robin era casi suficiente. La doctora Snaresbrook terminó el trabajo al agregar lo que se podría llamar un modelo de mi super ego. Uno podría decir que es una copia de la forma en que trabajan los controles más evolucionados de mi cerebro. Todos los recuerdos que no estaban asociados a estos controles fueron dejados de lado hasta que obtuvimos lo que esperábamos que sería un modelo de inteligencia en acción. Luego afrontamos la gran tarea de integrar estos programas con los programas de IA que estaban funcionando. No fue fácil, pero lo conseguimos, aunque en el camino cometimos errores espectaculares, algunos de los cuales ya conoces.

—Como el accidente en el laboratorio la semana pasada.

—Y el que ocurrió el martes. Pero eso ha quedado en el pasado. Sven es realmente dócil.

—¿Sven?

—En realidad se llama Robin número 7. Así lo nombramos después que encontramos que la versión 6.9 no podía absorber todos los recuerdos necesarios.

—En cuanto al nuevo nombre debes culpar a Shelly por él —dijo Brian—. Ella dice que cuando digo “Robin Seven”, suena algo parecido a “Sven.” Así que cuando estaba distraído, ella le programó un acento sueco a la máquina. De esa forma le quedó el nombre de Sven.

—¡Quiero oír hablar a tu IA sueca!

—Disculpa, pero tuvimos que sacarle el acento. Provocaba demasiada histeria y no trabajaba lo suficiente.

—Me parece bien. ¿Cuando conoceré a tu IA?

—Enseguida, pero primero tengo que despertar a Sven —dijo Brian señalando el telerrobot inmóvil.

—¿Despertarlo y encenderlo?

—La computadora queda encendida todo el tiempo. Pero el nuevo esquema directivo de memoria terminó adoptando un comportamiento en gran medida parecido al sueño humano. Durante lo que llamo sueño clasifica los recuerdos del día para resolver cualquier conflicto y para borrar redundancias. No tiene objeto gastar más memoria en cosas como las que ya conocemos. —Brian alzó la voz—: Sven, puedes despertarte ahora.

Las tres protecciones de lente se abrieron con un chasquido. Las patas se movieron cuando Sven se volvió hacia ellos.

—Buenas tardes, Brian y Shelly. Y extranjero.

—Este es Ben.

—Es un placer conocerte, Ben. ¿Es ése tu primer o segundo nombre?

—Es un apodo —dijo Ben. Robin lo había olvidado otra vez, ya era la tercera vez que lo olvidaba, sin duda se debía al cambio de memoria—. Mi nombre completo es Alfred J. Benicoff.

—Es un placer conocerte, señor o señora Benicoff.

Ben levantó las cejas y Brian se rió.

—Sven todavía no ha integrado todo el conocimiento social necesario para reconocer las diferencias entre sexos. De hecho, en muchas formas, está empezando desde cero, con prioridades totalmente nuevas. Lo principal es que sea completo. Quiero que Sven tenga una inteligencia tan completa como la de un niño en crecimiento. Y ahora, en la misma forma que a un niño, quiero enseñarle a

cruzar una calle. Vamos a caminar ahora, ¿te gustaría venir?

Ben miró la cantidad de material electrónico y levantó las cejas. Brian se rió de su expresión y señaló el otro extremo del laboratorio.

—Realidad virtual. No puedo creer lo que ha mejorado en los últimos diez años. Usaremos esos trajes de información y Sven nos seguirá electrónicamente. Shelly supervisará los simuladores.

Los trajes se abrían por detrás; Brian y Ben se sacaron los zapatos y se calzaron los trajes. Estaban suspendidos por la cintura de manera que pudieran girar y doblarse cuando caminaban. Los paneles de piso bidimensionales rodantes permitían a sus pies moverse en cualquier dirección, mientras que otros dispositivos dentro de las botas simulaban el terreno deseado. Los cascos livianos giraban con sus cabezas, y en las pantallas que miraban aparecía la escena generada por la computadora. Ben miró hacia arriba y vio el monumento a Washington sobre las copas de los árboles.

—Estamos en Foggy Bottom —dijo.

—¿Y por qué no? Los detalles de la ciudad están en la memoria de la computadora y esto le da a Sven la oportunidad de conocer a los abominables conductores del distrito.

La ilusión era casi perfecta, Sven se paró derecho junto a ellos.

Con los ojos girándole hacia todos lados. Ben volvió a la imagen de Brian, sólo que no era Brian.

—Brian, eres una chica...¡Una chica de color!

—¿Por qué no? Mi imagen generada aquí por la computadora puede ser cualquier cosa. Le da a Sven la posibilidad de conocer nueva gente, mujeres, grupos minoritarios, lo que sea. ¿Vamos a caminar un rato?

Caminaron por el parque. Escucharon el sonido del tránsito distante. Arrullos de palomas les llegaban desde los árboles. Una pareja pasó en dirección contraria, hablaban entre ellos, e ignoraron por completo al robot con forma de árbol. Claro, que sólo eran imágenes generadas por la computadora.

—Todavía no hemos intentado cruzar una calle —dijo Brian—, ¿por qué no lo hacemos ahora? ¿Podrías simplificar las condiciones esta primera vez, Shelly?

Shelly debió tocar algún control, porque el tránsito pesado frente a ellos comenzó a ralear. Cada vez los pasaban menos autos. Para cuando llegaron a la curva ni un solo auto estaba a la vista. Incluso los estacionados se habían ido. Todos los peatones habían doblado en alguna esquina.

—Quiero mantenerlo lo más simple posible. Luego podremos intentarlo con autos y personas —explicó Brian—. ¿Sven, crees que puedes bajar frente a la curva a la derecha?

—Sí.

—Bien. ¿Cruzamos ahora?

Ben y Brian bajaron a la calle.

—No —dijo Sven. Brian se dio vuelta para mirar la figura inmóvil.

—Vamos, todo está bien.

—Dijiste que sólo debía cruzar la calle cuando estuviera seguro de que no venía ningún vehículo.

—Está bien, mira en ambas direcciones. No hay nada a la vista. Vamos.

Sven no se movió.

—Aún no estoy seguro.

—Pero ya has mirado en ambas direcciones.

—Sí y no había ningún auto entonces. Pero ahora es ahora.

Ben se rió.

—Has tomado lo que te dije en forma demasiado literal, Sven. En realidad no hay ningún problema. Puedes ver en ambas direcciones a un kilómetro por lo menos. Aunque un auto doblara la esquina a cien kilómetros por hora, podríamos cruzar antes que llegara hasta nosotros.

—Nos atropellaría si viniera a quinientos kilómetros por hora.

—Muy bien, Sven, es suficiente por hoy —dijo Brian—. Apágate.

La calle se esfumó cuando la pantalla se oscureció. La parte de atrás de los trajes se abrió.

—¿Ahora, dime qué pasó? —preguntó Ben mientras salía del traje y se agachaba para buscar sus zapatos.

—Es un problema que hemos visto antes. Sven aún no sabe cuándo dejar de razonar, dejar de ser demasiado lógico. En el mundo real nunca podemos estar ciento por ciento seguros de algo, así que debemos usar sólo la cantidad de conocimiento y razonamiento necesarios para la situación. Y para alcanzar una decisión debe haber un punto en el que el pensamiento tiene que detenerse. Pero para eso se requieren capacidades inhibitorias. Creo que Sven quedó varado porque su nuevo superego estaba inhibiendo el uso de esas capacidades.

—¿Quieres decir que inhibió el mismo proceso que se suponía debía prevenir la inhibición? Suena sospechosamente como una paradoja. ¿Cuánto tiempo tomará repararlo?

—Espero que no tengamos que repararlo. Sven debería poder hacerlo por sí mismo.

—¿Quieres decir aprender de su propia experiencia?

—Exacto. Despues de todo, no hay nada malo en el hecho de ser demasiado cuidadoso al principio. Primero debes poder sobrevivir para poder aprender. Quizás tome un poco de tiempo, pero, si aprende con cuidado, Sven construirá bases sólidas para aprender mucho más rápido en el futuro. De todas formas ahora hay algo más importante que aprender a caminar. Shelly conectó a Dick Tracy con Robin hace unos días. Están bastante bien integrados y trabajan sobre el problema. Observa. Sven, ¿ha agregado tu agencia Dick Tracy algunos trabajos más a tu lista?

—Lo ha hecho.

—Danos un informe impreso.

La impresora láser se encendió con un zumbido y comenzó a mandar hoja tras hoja de información. Brian tomó la primera hoja y se la dio a Ben; estaba por orden alfabético, por supuesto.

—Abaca manufactura, abacaxi cultivador, abactinal definidor, abáculo colocador, abacuco operador, abaisa manufactura...y queda mucho más como eso en la lista —dijo Ben. Miró las hojas que se apilaban y meneó la cabeza—. ¿Puedes explicarme qué significa todo esto?

—Pensé que era obvio. Tu investigación sobre el delito parece estar detenida...

—Lamento si se ve de esa manera, pero hay una cantidad de personas trabajando en esto...

—¡Ben, eso ya lo sé! No te culpo. Este es un caso difícil y te quiero ayudar, aunque sólo sea por razones personales y egoístas. Shelly aún tiene su programa Dick Tracy funcionando, pero parece haber perdido el rastro. ¡Ahora entra Sven a la escena del crimen!

—Ya estoy aquí, así que no puedo entrar.

—Es sólo una expresión, Sven. Te daremos información sobre ello. Puedes detener la impresión ahora.

—Sólo he llegado a la letra C del alfabeto. ¿No deseas una impresión completa?

—No, esta muestra será suficiente. Pon las hojas impresas otra vez en la impresora.

Sven cruzó rápidamente la habitación hasta donde se encontraba la impresora. Levantó las hojas de eternitree de la bandeja frontal. Pero no realizó esta operación como lo haría una persona. Pasó todo

su peso a uno de sus ramales y extendió el otro; entonces con un veloz movimiento, una miríada de pequeños dedos tomaron cada hoja en forma individual. Las llevaron al otro lado de la máquina y las deslizaron en la bandeja como si barajaran un gran mazo de cartas.

—Lo impreso —dijo Brian— era sólo para darte una idea del tipo de base de datos que estamos reuniendo. La idea es hacer una lista de todas las ocupaciones humanas que podamos imaginar; luego considerar qué puede hacer una IA para que cada tarea resulte más práctica y descartar las improbables. Cuando esta lista se reduzca hasta un grado factible, Sven analizará cada base de datos para encontrar cualquier clase de evidencia. Buscará algún nuevo tipo de proceso de manufactura, sistema de programación u otra clase de producto que sólo pudo ser diseñado por una nueva y más avanzada IA.

—Pero todas las ocupaciones y tareas de la lista parecen ser tan poco prácticas, incluso imposibles. ¡Ni siquiera sé lo que es un cultivador de abacaxi!

—Claro que muchos de ellos están lejos de ser factibles. Pero esta IA no piensa como nosotros para hacer esta búsqueda, aún no. Nosotros usamos nuestra intuición, lo que es un proceso que aprendemos y no uno que pueda ser memorizado. En este momento Sven está logrando listas de todo lo que una IA puede hacer. Cuando la lista esté completa, comenzará a descartar lo que sea imposible o improbable. Cuando la lista quede finalmente reducida a un número manejable, Sven comenzará a estudiarla para buscar cualquier rastro o coincidencias.

—Esa es una tarea monumental.

—Sven es una máquina monumental —dijo Shelly orgullosa—. Con su nueva agencia Dick Tracy debería ser más que capaz de realizar el trabajo que le encomendamos. Si la IA robada está operando en algún lugar, vamos a rastrearla y descubriremos lo que ha hecho.

—De eso estoy seguro —dijo Ben—. Y me avisarán en el instante que descubran algo.

—Puede que sean sólo pistas, no hay forma de estar seguro.

—Claro que lo hay, haré que investiguen. Tengo un numeroso equipo allí afuera que no está descubriendo demasiado en este momento. Los pondré a trabajar de inmediato. Sinceramente, creo que sólo con la ayuda de Sven encontraremos a las personas que hicieron eso.

---

4 de setiembre de 2024

Esta conferencia no le tomaría mucho tiempo Benicoff estaba convencido de ello. Había leído los informes en su vuelo a Seattle, e hizo sus últimos apuntes en el monorail a Tacoma. Era el primer caso que tenía en meses, en realidad era el primero desde que empezó a ocuparse del caso de Megalobe; no pudo pensar ninguna razón valedera para rechazar el pedido. Momentos antes que comenzara la reunión, sonó su teléfono y él contestó.

—*Ben, habla Brian. Sven parece haber encontrado algunas pistas.*

—Tu genio electrónico trabaja de prisa.

—Cuando la lista estuvo completa y todo lo inverosímil fue eliminado, Sven clasificó las restantes cosas indagando las más probables. Por el momento ha llegado a tres probabilidades. Una es cierto sistema sospechoso de software. Un compilador de microprogramación que escribe códigos increíblemente eficientes. Luego hay cierta máquina de reparar zapatos que probablemente debe ser una IA, ya que puede ponerle suelas nuevas a cualquier tipo de calzado. Luego hay una máquina agrícola que estimamos que casi seguro es una IA.

—¿Probable? ¿Casi seguro? ¿No puede esa cosa darnos una respuesta exacta, un sí o un no, en vez de un cincuenta por ciento de probabilidad?

—*No lo puede hacer. Sven usa una agencia basada en probabilidad cualitativa. No usa ningún tipo de números. En realidad se lo pedí pero rehusó hacerlo.*

—¿Quién manda en ese lugar, tú o tu máquina? De todas formas, ¿cuál ha sugerido?

—Una máquina llamada Sin-Falla, ¿puedes creerlo?

—Sí que puedo, y contactaré al FBI desde aquí y tendré resultados sobre tu Sin-Falla hoy mismo. Esta reunión que iba a ser breve, acaba de volverse mucho más breve. La he cancelado. Te volveré a llamar.

El director de la filial del FBI en Seattle, Antonio Perdomo, era un hombre alto y fornido como Benicoff, aún en la cuarentena, pero que estaba perdiendo el pelo con rapidez. Miró la identificación de Benicoff y fue directamente al grano.

—Washington investigó esa compañía manufacturera, llamada Productos DigitTech de Austin, Texas. Tengo el expediente aquí. Fabrican y venden al por mayor componentes electrónicos en su mayor parte. Sólo ocasionalmente un producto determinado. Generalmente los productos llevan la marca de los minoristas. Esta máquina sobre la cual usted preguntó, Sin-Falla, ha estado en el mercado sólo unas pocas semanas. La están comercializando ellos mismos.

—¿Cómo podremos conseguir una de esas máquinas?

—Ya he arreglado eso también. No está a la venta, pero se alquila a viveros para ser usada en vez de pesticidas, al menos eso dice su folleto. Sabía que quería mantener esta investigación lo más secreta posible así que hice mis propias averiguaciones a través de un afiliado a la Asociación de Comerciantes. El se puso en contacto con todos los viveros de esta zona y ha encontrado a la persona indicada. Es el propietario de un vivero, llamado Nisiumi, un policía de tránsito retirado.

—Es una noticia excelente. ¿Ya se ha puesto en contacto con él?

—En este momento se encuentra en su negocio esperándonos. Sólo sabe que es una investigación de alto nivel y que no la debe mencionar a nadie.

—Ha hecho un excelente trabajo.

Perdomo sonrió.

—Sólo hago mi trabajo.

El sol se había puesto y Seattle hacía justicia a su fama. Llovía y los limpiaparabrisas intentaban a toda velocidad abrir un pequeño agujero en la espesa cortina de agua. Estacionaron lo más cerca posible de la entrada. De todas formas se calaron hasta los huesos antes de llegar a la puerta del vivero.

Nisiumi, un fornido japonés norteamericano, los condujo en silencio a su oficina. No dijo ni una palabra hasta que hubo cerrado

la puerta. Se limpió la tierra de los dedos sobre el guardapolvo blanco antes de darles la mano. Estudió la identificación del Agente Perdomo con detenimiento.

—Estas personas de Sin-Falla están vendiendo mucho. Quizás ya hayan contactado todos los viveros del país. Incluso yo he tenido este folleto de su máquina aquí sobre mi escritorio.

—Este es el señor Benicoff, que comenzó la investigación —dijo Perdomo—. El es quien está a cargo.

—Gracias por brindarnos su cooperación —dijo Ben—. Este es un caso de alta prioridad manejado desde Washington y hay muertes involucradas. Eso es todo lo que puedo decirle por ahora. Cuando concluyamos la investigación le prometo que le daré toda la información del caso.

—Este cambio me conviene, estoy cansado de cultivar pepinos. Estuve interesado en esta Sin-Falla apenas leí la propaganda en la revista técnica. Por eso pedí esa información. Pero es demasiado cara para mí.

—Acaba de obtener un préstamo sin intereses por la cantidad que quiera y por el tiempo que lo necesite.

—¡Me encanta volver al trabajo! Mientras ustedes se dirigían hacia aquí llamé a Productos DigitTech. Tienen un vendedor en esta zona, y nos harán una demostración aquí mañana a primera hora.

—Perfecto. Su contador, ése soy yo, lo verá a esa hora. Llámeme Benck, no Benicoff.

La lluvia golpeaba con furia la ventana del hotel. Benicoff cerró las cortinas y encendió la radio, para ahogar el sonido de la lluvia con la música. Había avanzado leyendo los informes de la compañía, cuando le trajeron un bife a punto, sin papas, una ensalada verde, y una jarra de café caliente. Comió lentamente, leyendo, digiriendo la comida y el informe al mismo tiempo.

A la mañana siguiente el vendedor llegó tarde; eran casi las diez cuando el camión se detuvo en la entrada del vivero.

—Disculpen mi tardanza. Quedé atrapado en el tráfico y la neblina. Mi nombre es Joseph Ashley, pero todo el mundo me llama Joe. ¿Usted es el dueño, señor Nisium?

Mientras se hacían las presentaciones, el conductor del camión descargaba una enorme caja sobre una carretilla de mano; la acarreó dentro del invernadero. Joe mismo abrió la caja para mostrar con orgullo a...

—Sin-Falla. Esta es nuestra pequeña estrella. La respuesta mecánica a todos sus problemas biológicos.

La máquina se asemejaba mucho a un grueso extintor de incendios. Era un tubo abultado sostenido por seis patas, parecidas a las de una araña. De su extremo superior salían dos brazos metálicos que terminaban en un manojo de dedos metálicos. Benicoff ocultó su súbito interés detrás de la máscara seria de un contador. Los dedos que se subdividían una y otra vez, aunque eran más grandes, se asemejaban a los del manipulador de la IA.

—Sólo le sacaré a los brazos las protecciones de viaje y estaremos listos para comenzar la demostración —Joe liberó los brazos de los trozos de espuma de goma que los retenían, luego sacó de la caja un envase rojo del tamaño de una caja de cigarros y les dijo—: Esta es la fuente de energía. Se puede conectar a cualquier enchufe y se deja sobre el piso. Sin-Falla se autoabastece en todo sentido. En este momento sus baterías están cargadas y está lista para actuar. Trabaja día y noche si es necesario, y cuando su potencia baja, bueno, camina hasta su fuente de energía y se carga.

—Suena como algo caro —gruñó Benicoff.

—Se ve cara, señor Benck, y es cara. Pero no para usted. Encontrará nuestros contratos de locación más que razonables. Y le apuesto lo que usted quiera que esta máquina sin fallas pagará sus gastos desde el momento que la prenda.

—¿Usted la programa, o tengo que seguirla, o qué debo hacer? —preguntó Nisiumi.

—Es tan fácil de usar que no lo podrá creer hasta que la vea trabajar. ¡Todo lo que debe hacer es encenderla y dar un paso atrás! —Joe hizo exactamente eso; giró la perilla de encendido y dio un paso atrás. Los motores zumbaron y los dos brazos se extendieron a ambos lados con los largos dedos de metal moviéndose con gracia en el aire—. Este es el programa de búsqueda. Las puntas de los dedos tienen detectores que están buscando vida vegetal. Lo hace de día o de noche, como ya les dije. ¿Ven cómo los dedos irradian su propia luz?

El motor principal volvió a zumbar y las patas se elevaron y bajaron grácilmente a medida que la máquina tanteó su camino entre los surcos de plantas. Se detuvo en la primera planta. Los dos brazos se extendieron con un chasquido. Los dedos se arrastraron por la tierra hasta encontrar el tallo de la planta. Se movieron rápidamente una vez que lo detectaron. Los dedos revolotearon sobre las hojas y

los tallos, aparentemente acariciando las verdes formas de los pepinos, pasando ligeramente sobre las flores amarillas en sus extremos. Hubo un rápido chasquido cuando la tapa de un brazo se abrió y se volvió a cerrar.

—Ni productos químicos, ni tóxicos, ni polución, es totalmente orgánico. Aunque lo están viendo con sus propios ojos, les apuesto a que no pueden creerlo. No los culpo, porque esto es algo totalmente nuevo en el mundo. Frente a sus ojos hay ojos casi invisibles trabajando, las células ópticas de esos dedos están ahora buscando áfidos, arañas, ácaros, insectos de cualquier tipo. Cuando encuentra uno lo arranca de la planta, así como ven. Lo arranca y se lo lleva. Los brazos de Sin-Falla son huecos y pronto estarán llenos de insectos. Lo que puede convertirse en un delicado manjar para su mascota, ya sea pájaro o lagartija. Inclusive puede usar estos insectos como fertilizante. ¡Este es, caballeros, el milagro mecánico de nuestra era!

—Parece peligroso —dijo Benicoff con voz agria.

—¡En absoluto! Tiene una protección incorporada. No tocará otra cosa que no sea plantas y si usted o cualquier otra persona se cruza en su camino se detiene en forma automática.

El vendedor caminó hacia donde trabajaba la máquina. Con su mano tomó un pepino justo delante de la máquina. La mano móvil se retrajo y sonó una alarma, como de desdicha, hasta que el vendedor soltó el pepino.

—No lo sé —dijo Benicoff—. ¿Qué piensa usted, señor Nisiumi?

—Si trabaja en la forma que lo afirma Joe, bueno, entonces creo que quizás esté interesado en probarla. Los dos sabemos que las verduras ecológicas tienen mejor precio que las otras.

—¿Cuál es el tiempo mínimo de alquiler? —preguntó Benicoff.

—Un año...

—Es demasiado. Tenemos que hablar en la oficina.

Benicoff apestilló al vendedor lo más que pudo con los términos del contrato. Logró algunas concesiones y no hizo ninguna de su parte. Joe sudó un poco y perdió la sonrisa, pero al final llegaron a un acuerdo. Los contratos fueron firmados, se dieron la mano y Joe recuperó la sonrisa.

—Han contratado una gran máquina. Sí, señor, ésta es una gran máquina.

—Eso espero. ¿Qué pasa si se rompe?

—No se romperá, pero tenemos un mecánico de servicio las veinticuatro horas, sólo para satisfacción de nuestros clientes.

—¿Se da una vuelta cada tanto para inspeccionar la máquina?

—Sólo si nos pide que lo hagamos. Hacemos una revisación completa cada seis meses. Lo llamaremos con anticipación para convenir el día, pero es sólo un mantenimiento de rutina. ¡Aparte de eso lo único que tiene que hacer es encender su máquina y dar un paso atrás! Caballeros, esta decisión no les pesará jamás.

Benicoff gruñó con suspicacia y volvió a leer el contrato. Nisiumi acompañó a Joe y al chofer hasta la salida, mientras Benicoff miraba por encima del contrato y los veía pasar frente a la ventana de la oficina. Tan pronto como el camión arrancó, tomó el teléfono y llamó a la oficina del FBI. Luego llamó a Brian.

—No sé como Sven detectó a esta Sin-Falla, pero creo que hemos encontrado lo que buscábamos. Todo acerca de esta máquina huele a tu IA anterior —Hubo un chirrido de gomas afuera cuando un camión se detuvo—. Acaba de llegar el FBI. Van a poner esta cosa en una caja y luego la despacharán por avión. ¡Estará allí por la mañana y yo también estaré!

El conductor del camión, que usaba un uniforme de la empresa de correo, era el Agente Perdomo.

—Gracias por su cooperación, señor Nisiumi —dijo Perdomo—. No hubiéramos podido hacerlo sin su ayuda. Nos llevaremos la máquina ahora.

—¿Qué digo si ese vendedor o cualquiera de esas personas quiere verla?

—Entreténgalos —dijo Benicoff—. Y póngase en contacto con el Agente Perdomo de inmediato. Es muy probable que no lo molesten en tanto y en cuanto pague las cuotas del contrato a tiempo. Acuérdese de mandar las cuentas a Perdomo, se las reembolsaremos de inmediato. El vendedor dijo que no le harían mantenimiento a la máquina por seis meses. Deberíamos completar nuestra investigación mucho antes que eso.

—Lo que usted diga. Cualquier cosa que pueda hacer por usted, hágamelo saber.

—Lo haremos. Muchas gracias.

Apagaron a Sin-Falla y la guardaron en su caja con su cargador. Luego envolvieron la caja en papel madera. Benicoff viajó con la máquina en la parte de atrás del camión hasta el galpón vacío en las afueras de Seattle. Allí esperaba el equipo del FBI.

—Soy Torres del equipo de explosivos —dijo el jefe—. ¿Es usted el señor Benicoff?

—Así es. Agradezco que hayan respondido tan rápido.

—Es nuestro trabajo. Dígame lo que sabe de esta cosa. ¿Cree que contiene algún explosivo?

—Lo dudo mucho. Por lo que he podido descubrir hay por lo menos un centenar de éstas en distintos lugares del país. Dudo que contengan bombas. Si una llegara a explotar, sólo conseguirían publicidad indeseable y muchos problemas. No, lo que me interesa son las protecciones internas que la cosa pueda tener, como ser protección contra espionaje industrial. Tengo la grave sospecha que la tecnología en que se basa esta cosa fue robada el año pasado. No tiene aún patentes. También existe la posibilidad de que esta máquina esté relacionada con una investigación que está en curso. Si esas personas están involucradas no querrán que nadie sepa qué es lo que hace funcionar a esta máquina.

—¿Dice que puede tener una trampa para impedir que alguien descubra cómo funciona? ¿Quizás se dañe a sí misma si alguien mete la nariz?

—A eso mismo me refiero. Su computadora interna puede estar programada para destruir sus propios programas y memoria. Puede usar un módulo estándar de autodestrucción. He visto muchos de éstos desde que acortaron el tiempo de vida de las patentes. Neutralizarla debería ser bastante sencillo. Pero tendré que pedirles a ambos que nos dejen solos. Conocemos la mayoría de sus trucos pero no todos.

Les tomó casi cinco horas.

—Era un trabajo más complejo de lo que pensaba —admitió Torres—. Había algunas cosas muy bien logradas allí adentro. El panel de inspección parecía demasiado obvio, así que entramos por debajo. Encontramos cuatro interruptores distintos, uno en el panel de entrada, otro debajo de una tuerca que debíamos sacar para entrar. De todos modos, no había nada que no pudiéramos resolver.

—¿Hubiera habido una explosión? —preguntó Benicoff.

—No, no estaba armada para eso. Quizás se hubiera producido una llamarada o un poco de humo. Todos los interruptores estaban dispuestos para hacer cortocircuito con la batería a través del procesador central. Se hubiera fundido completamente. Es toda suya ahora y es una excelente pieza. ¿Se usa para eliminar insectos en los invernaderos?

—Eso es exactamente para lo que se usa.

—Actualmente el mundo está lleno de sorpresas.

La Sin-Falla fue entonces empacada en una caja más grande. Y ésta envuelta en plástico y sellada. Benicoff había considerado una forma especial de envío, pero finalmente pensó que se le daría menos importancia a un envío común.

El camión del correo salió a la lluvia con su cargamento, debía entregar la encomienda en California a la mañana siguiente.

---

5 de setiembre de 2024

Cuando Benicoff dobló en la cuesta de Montezuma, vio el camión del correo bajando lentamente. Telefoneó a Brian.

—Acabo de llegar a Borrego Springs, y el camión cargado con lo que ya sabes está justo delante de mí.

—¡*Dile que se apure!*!

—Ten paciencia, esto se hace mejor lentamente. Estaremos allí en pocos minutos.

Aceleró y pasó al camión en la recta. Llegó al portón de entrada de Megalobe antes que el camión. El mayor Wood vigiló con aire de sospecha la descarga de la caja en el área de despacho.

—¿Está seguro que sabe lo que contiene?

—Yo mismo vi cómo la sellaban, y los números de los sellos coinciden.

—Es bastante fácil hacer sellos falsos. Quiero que esta cosa pase a través del detector de imagen SQUID y el sensor de bombas, antes que alguien intente abrirla.

—¿No estará pensando que alguien en el camino se apoderó de la caja, la abrió, puso una bomba en su lugar y luego volvió a sellarla?

—He visto suceder cosas más extrañas. Prefiero ser desconfiado. Me da algo que hacer y mantiene alerta a la tropa. La caja puede contener cualquier cosa, incluyendo lo que usted colocó allí adentro. De todas formas quiero verificarlo.

El sensor de bombas no dio con nada sospechoso, como tampoco detectó nada fuera de lo normal el contador de protones. Benicoff usó una barreta para verificar el contenido. Volvió a sellar la caja para que nadie mirara adentro. Luego él mismo condujo el camión hasta el laboratorio.

—Déjame a mí —dijo Brian cuando abrió la puerta—. Leí ese folleto que mandaste por fax por lo menos cien veces. Creo que es bastante sospechoso que estuviera armada como para autodestruirse.

—Sería más sospechoso si no estuviera diseñada de esa forma. Sin patente cualquiera podría copiarla. No hay nada sospechoso acerca de una protección habitual contra el espionaje industrial. Puedes abrirla ahora. Deberías poder desarmarla sin demasiada dificultad. El escuadrón de bombas ha desconectado los interruptores de seguridad.

—Veamos primero cómo funciona —dijo Brian—. ¿Habrá que programarlo?

—No, simplemente enciéndela.

Los brazos metálicos zumbaron al elevarse; las manos con múltiples dedos se extendieron. La máquina rotó lentamente en un círculo, sonó su alarma de disconformidad y se apagó sola.

—No le tomó mucho tiempo —dijo Shelly.

Brian miró de cerca la punta de uno de los dedos.

—Apuesto a que buscaba una longitud de onda específica, probablemente la de la clorofila. ¿Alguien tiene una planta en una maceta?

—No —dijo Shelly—pero tengo un florero lleno de flores en mi oficina.

—Perfecto. Quiero ver a Sin-Falla capturar algunos insectos antes de desarmarla.

Esta vez la máquina cooperó más. Fue rodando hasta el florero, comenzó en la base y rápidamente subió revisando los tallos hasta llegar a las flores. Una vez que hubo terminado sonó su alarma con satisfacción y se apagó.

—¿Cómo veremos los insectos que agarró? —preguntó Brian.

—Te mostraré —Ben desenroscó el último segmento de cada brazo y extrajo los contenedores que había allí—. Voy a vaciar los recipientes sobre una hoja de papel y veremos qué ha atrapado.

Abrió las tapas y derramó con cuidado su contenido sobre el papel.

—¡Todo eso estaba en mis flores! —Shelly parecía horrorizada—. Hay arañas, moscas, incluso algunas hormigas.

—Y están todas muertas —dijo Brian con admiración—. ¡A esta araña le cortaron prolijamente la cabeza! Eso requiere gran precisión y discriminación. Déjenme traer una lupa para mirar el resto —Se acercó y tocó los insectos muertos con la punta de un lápiz—. Hay

unos áfidos muy pequeños aquí, y algún tipo de insecto que es aún más chico. Estos últimos son casi como partículas de polvo, parásitos o ácaros de algún tipo —Se enderezó y sonrió—. No creo que se pueda hacer esto sin usar mis técnicas de IA, aunque me puedo equivocar. Revisemos esta cosa por dentro y veamos qué obtenemos.

El revestimiento metálico se desprendió con facilidad. Obviamente estaba diseñado sólo como protección de las partes móviles. Brian usó un destornillador para seguir los circuitos.

—Aquí está el cable que lleva la energía, con el código rojo, un cable bipolar de cinco voltios. Es estándar. Y aquí hay una línea de dos vías de fibras ópticas. Hasta ahora todas las partes parecen ser de fabricación industrial. Estos son transformadores comunes unidos con microprocesadores de interfase. Han sido desconectados.

—Eso lo debió hacer el FBI —dijo Ben—. Apuesto a que encontrarás la ficha correspondiente en la pieza que actúe como procesador central.

—Allí está —indicó Shelly, señalando un cubo metálico montado sobre ambos lados del armazón.

Ben examinó el contenedor por todos lados, usando un espejo y una luz para revisar por detrás y por debajo.

—He trabajado con seguridad industrial y vi este tipo de cosas bastante seguido. Está sellada y debe quedar así. Lo que esté allí adentro genera calor, vean ese reticulado. El ventilador sopla sobre el reticulado. De esa forma, la caja no necesita abertura. ¿Observan esta junta? Está pegada con uno de esos adhesivos que terminan siendo más fuertes que el metal. No vamos a poder abrirla con facilidad, así que es mejor que no lo intentemos. Podemos descubrir mucho sin agarrarla a martillazos. Pero finalmente tendrán que abrirla —dijo Ben.

—Quizás, pero trataré de no hacerlo. Debe tener una batería de repuesto adentro para mantener lo que esté programado en DRAM cuando la batería principal está desconectada. Tomando en cuenta todos los otros interruptores de desconexión que tenía esta cosa, debe tener otro para detectar cualquier intento de abrir el cubo.

—¿A través del cual hará cortocircuito con la batería que tiene adentro? —dijo Shelly.

—Exacto. ¡Pero uno no determina la inteligencia de algo descando el cerebro! Hagamos diagramas de todos los circuitos y descubramos precisamente cómo trabaja primero. Luego podemos hacerle algunas pruebas controladas...

Brian sintió que algo lo tocaba suavemente en el hombro. Se dio vuelta y vio que la IA estaba parada detrás de él.

—¿Es ésta la máquina a la que llaman Sin-Falla?

—Esta es, Sven. ¿Quieres mirarla?

—Sí.

Estiró hasta la parte superior de la mesa uno de sus manipuladores y con un solo movimiento fluido se subió a ésta. Las antenas de los ojos se extendieron y bajaron sobre la máquina inmóvil. El examen no duró mucho. Terminó en un par de minutos.

—No queda duda, la hipótesis de circuitos de IA es correcta, más allá de cualquier duda.

—Eso es lo que queríamos oír —dijo Brian—. Quédate allí, Sven, vas a dirigir esta inspección.

—Voy a salir del camino —dijo Ben—. Llámame tan pronto como descubras algo. Voy a estar en mi oficina. Tengo muchos llamados que hacer.

—Está bien. Deja que te abra la puerta.

La investigación de DigitTech estaba en camino. Benicoff llamó al Agente Dave Manias, quien estuvo a cargo de la investigación del FBI desde el principio. Otro agente contestó el teléfono.

—Lo siento, señor Benicoff, pero Dave no está aquí. Dejó dicho que le avisáramos que iba allá para verlo.

—Gracias. —Colgó. Debía ser importante si Manias no quería usar el teléfono. Paciencia, sólo le restaba tener paciencia.

Estaba terminando su segunda taza de café y caminaba por la oficina, cuando entró Manias.

—Hable —dijo Ben—. He estado gastando la alfombra desde que recibí su mensaje.

—Todo anda bien. Le diré lo que sé apenas me sirva una enorme taza de café negro. Usted durmió anoche, pero yo aún no he visto una cama.

—Me está enterneciendo —dijo Ben con una total falta de simpatía—. Vamos, Dave, deje de demorar esto. ¿Qué ocurrió? Tome, aquí está su café.

—Gracias —Manias se dejó caer en el sofá y tomó un sorbo de café—. Pusimos a la compañía DigitTech bajo vigilancia tan pronto como nos llegó su informe. No es una empresa demasiado importante; apenas tiene ciento veinte empleados. Infiltramos a un agente.

—¿Tan rápido? Estoy impresionado.

—En gran parte sólo fue suerte. Una de las secretarias tuvo

gripe. Interceptamos sus teléfonos como primera medida, así que escuchamos el pedido de una secretaria provisional. Uno de nuestros agentes tomó el puesto. Ella es programadora con bastante experiencia en trabajo de oficina y se ha infiltrado en otras ocasiones. Todo está en los archivos si uno sabe cómo y dónde buscar y ella conoce la manera de hacerlo. Hay mucho dinero invertido en esta máquina Sin-Falla. Se construyó una nueva ala en la fábrica original para su ensamblado. Allí han instalado bastante maquinaria cara.

—¿Logró tener acceso a los archivos de la compañía?

—A todos ellos. Como siempre los seguros fueron los simples códigos usuales, el nombre de la esposa, ya sabe ese tipo de cosas. Esto también se simplificó porque el contador principal tenía todos sus códigos de acceso en una tarjeta pegada al cajón de su escritorio. ¿Puede creerlo?

—Es una buena señal o quizás no lo sea. Si tuvieran algo que esconder lo esconderían mejor que eso.

—Uno nunca puede saberlo. La mayor parte de los criminales ni siquiera son inteligentes —Puso un bloque de GRAM sobre el escritorio—. De todos modos, aquí está todo lo que tenemos hasta el momento. Son los archivos de la compañía desde el día que se inauguró. Estamos consiguiendo antecedentes sobre los principales ejecutivos de la empresa. Tendrá el material tan pronto llegue a nuestras manos.

—¿Has sacado alguna conclusión hasta el momento?

—Es demasiado pronto aún, Ben. Tomaré otra taza ya que se está sirviendo una. Parece que hace un tiempo tuvieron problemas financieros, pero cotizaron en bolsa y obtuvieron más dinero que el que necesitaban.

—Quiero saber quiénes son los accionistas.

—Lo investigaré. ¿Cree que es la gente a la que buscamos?

—Pronto lo sabremos. Si están vendiendo una IA es mejor que tengan todos los comprobantes sobre quién condujo la investigación y cómo la desarrollaron. Si no la tienen, será una suerte para nosotros y un problema para ellos.

Eran las cinco y Brian no había llamado, por eso Ben se dirigió al laboratorio. La entrada estaba casi oculta detrás de una jungla de arbustos y árboles en macetones; tuvo que saltar sobre éstos para llegar a la puerta. Parecía que los invernaderos habían sido vaciados. Levantó la vista y chasqueó sus dedos frente a la cámara sobre la

puerta.

—¿Hay alguien allí?

—Hola, Ben. Estaba a punto de llamarte. Aquí están ocurriendo cosas interesantes. Espera un segundo.

Adentro había plantas sobre la mesa y alrededor de ella. Lo primero que vio Ben fue a Sin-Falla y la IA enlazados en lo que parecía un tierno abrazo. La IA estaba parada junto a la otra máquina que yacía en parte desmembrada. Los brazos ramificados de Sven estaban enredados en las partes internas de la máquina postrada.

—¿Se trata de amor a primera vista? —preguntó Ben.

—No, estamos rastreando los circuitos de entrada y de salida. Si miras esas extensiones de los dedos con la lupa, verás que están agrupados en haces homogéneos. Cada haz contiene un subhaz tripartito, compuesto de dos sensores ópticos y una fuente de luz. Los sensores están montados a distancias regulares. ¿Eso te da alguna idea?

—Sí, visión binocular.

—Exacto. Además de lo que se podrían llamar ojos en cada haz, hay cuatro manipuladores mecánicos, tres de ellos con bordes romos para agarrar y el cuarto con un borde filoso para cortar. Este último corta las cabezas de los insectos antes que los otros los tiren en el contenedor. Cada haz trabaja casi en forma independiente.

—¿A qué te refieres?

—Deja que te pase una película y lo verás por ti mismo.

Brian introdujo un casete en la grabadora. Adelantó la cinta hasta el lugar exacto.

—Filmamos esto a alta velocidad, luego retardamos la película. Echale un vistazo.

La imagen era definida y clara, estaba aumentada muchas veces. Barras metálicas redondeadas se adelantaban lentamente para atrapar una mosca de unos treinta centímetros de longitud. Sus alas se batían con lentitud mientras era agarrada y acarreada inexorablemente fuera de la pantalla. El mismo proceso ocurría luego con un áfido que se encontraba en un costado.

—La volveré a pasar —dijo Brian—. Esta vez no dejes de mirar al segundo áfido. Míralo detenidamente. ¿Observas el haz encima de él? Primero está quieto, allí está, ahora está operando. Pero el insecto no se movió hasta que fue atrapado. ¿Te das cuenta de lo que significa eso?

—Lo vi, pero hoy no razono bien. ¿Qué significa?

—La mano no trató de usar fuerza bruta y velocidad para atrapar al insecto. ¡En cambio, este robot usa conocimientos reales para anticipar el comportamiento de cada tipo particular de insecto! Cuando intenta atrapar una mosca, Sin-Falla contrae sus haces. Esto engaña a la mosca, que cree que el objeto se aleja, hasta que es demasiado tarde y ya no puede escapar. Y estamos seguros que eso no fue un accidente. Sin-Falla parece conocer la conducta de todos los insectos descritos en este libro.

Brian alcanzó a Ben un pesado volumen titulado *Manual de Etología de los Insectos, Edición de 2018*.

—Pero cómo puede Sin-Falla saber de qué insecto se trata? En mi opinión todos se parecen.

—Esa es una buena pregunta, ya que el reconocimiento de pautas ha sido el problema que la IA ha enfrentado desde sus comienzos. Los robots industriales nunca fueron demasiado buenos para reconocer y ensamblar partes, si éstas no les eran presentadas en cierta forma. Hay miles de distintas señales involucradas en el aspecto de una cara humana, luego en reconocer quién es. Si escribieras un programa sobre búsqueda de insectos de arbustos, tendrías que programarle cada insecto del mundo y su tamaño y posición de rotación y todo lo demás. Un programa que resultaría voluminoso y difícil.

—Difícil?

—Es verdad. Tú o yo, o cualquier IA parecida a la humana, seríamos muy buenos para recoger insectos. Todas las operaciones de identificar y de agarrar los insectos son terriblemente complejas, pero invisibles para nosotros. Constituyen uno de los atributos, una de las funciones de la inteligencia. Sólo buscar algo y tomarlo, sin introducir ningún programa complejo. Y eso es lo que está pasando aquí, o al menos eso creemos. Si hay una IA ahí adentro está extendiendo un haz por vez y aprisionando un insecto. Cuando tiene al insecto, un subprograma lo arranca de la planta, lo lleva al contenedor, le corta la cabeza y lo tira ahí dentro, luego vuelve a la primera posición lista para volver a ser controlada. Mientras tanto la IA ha tomado control de otro haz para agarrar otro insecto, luego otro y otro, cambiando de control a una velocidad que excede de la real. Tú o yo podríamos hacer eso de la misma forma.

—Habla de tí mismo, Brian. Personalmente me suena un poco aburrido.

—Las máquinas no se aburren, por lo menos no por ahora. Pero

hasta el momento todo es suposición. Ahora voy a mostrarte algo que es mucho mejor. ¿Ves como Sven está conectado con el sistema operativo de Sin-Falla? Está leyendo cada pieza de información que entra, así como tomando todos los mensajes de control que retornan. Estoy seguro que conoces que la unidad de la mente, humana o artificial, está hecha de muchas pequeñas subunidades, ninguna de ellas inteligentes por sí mismas. El agregado de su funcionamiento es a lo que llamamos inteligencia. Si pudiésemos extraer una de las subunidades y observarla quizás podríamos entender exactamente cómo funciona.

—¿Te refieres a cómo funciona en un cerebro humano?

—Eso es bastante improbable. Pero en una IA, en una primera etapa de la construcción, estas subunidades pueden ser identificadas. Después de analizar parte de los circuitos de información de Sin-Falla, encontramos un diseño, una parte de un programa que pudimos identificar. Aquí está, deja que te lo enseñe.

Brian llamó al programa a la pantalla. Consistía en una serie de instrucciones. Brian se frotó las manos y lanzó una carcajada de felicidad.

—Ahora quiero enseñarte otra parte de un programa. Este fue recuperado de la base de datos en México. Es una lista de instrucciones que no recuerdo siquiera, pero yo soy el único que pudo haberla escrito. Ahora, deja que divida la pantalla y ponga esta otra aquí también.

Los dos programas estaban uno junto al otro en la pantalla. Brian los acercó lentamente. Ben pasó la vista de uno a otro, entonces suspiró.

—Por Dios, son exactamente iguales.

—Lo son. Uno lo escribí hace dos años. El otro estaba dentro de esta máquina. Son idénticos.

Ben repentinamente se puso muy serio.

—¿Quieres decir que no existen otros archivos de esa pieza de programación en otra parte del mundo? ¿Que no tiene uso comercial en otros programas?

—A eso me refiero exactamente. Yo lo escribí y lo grabé en México. El original fue robado. Los ladrones quizás no lo entendieron lo suficiente como para reescribirlo, así que lo usaron con la misma forma en que lo obtuvieron. Y quien lo haya robado, lo usó en esta máquina recolectora de insectos. ¡Los tenemos!

—Sí —dijo Ben, muy tranquilamente—. Creo que los tenemos.

# 30

---

12 de setiembre de 2024

—¿Te das cuenta que ha pasado una semana? —dijo Brian—. Una maldita semana desde que probé, para satisfacción de todos, que ese endemoniado arranca-insectos metálico fue construido por la misma gente que robó mi IA. Y, quizás no sea tan importante para ti, pero sí para mí. Esa misma gente que voló la mitad de mi cerebro. Y en esa semana no han hecho nada para atraparlos.

—Eso no es cierto —dijo Ben, tan tranquilo y con tanta gentileza como pudo—. La investigación continúa. Debe haber más de ochenta agentes trabajando en esto de una forma u otra...

—No me interesa si está trabajando en ello todo el FBI y toda la CIA. ¿Cuándo se *hará* algo para atraparlos? Eso es lo único que me interesa.

Ben estaba sentado en silencio, bebiendo su cerveza. Habían estado en la habitación de Brian más de una hora, esperando la llamada que le habían prometido. Todo el mundo estaba impaciente debido a la demora. Ben había explicado eso detallada, cuidadosamente más de una vez. Pero Brian había perdido la paciencia, lo que era comprensible. La tensión había estado creciendo desde el momento en que descubrieron que DigitTech construía una IA usando el diseño de Brian. El quedó a la espera de que algo sucediera, que se registrara algún avance en el caso. No se había trabajado en su laboratorio, y no lo ayudaba mucho servirse ese tercer cóctel de aspecto letal. Desde que un cabo de la cantina le enseñara a preparar ese trago, no dejaba de servirse uno tras otro. Levantó el vaso y estaba tomando un buen sorbo cuando sonó su teléfono. Tragó y con el mismo movimiento apoyó el vaso y buscó el teléfono de su cinturón. Se ahogó al contestar.

—Sí... —tosió fuertemente—. ¿Podría volver a repetírmelo? Correcto —Cuando recobró la respiración se llevó el pañuelo a los ojos y a los labios—. Sí, una conferencia en diez minutos, entiendo.

—Vamos —dijo Ben aliviado, dejando su vaso e incorporándose. Cuando salieron por la puerta principal de la barraca, encontraron que el mayor Wood y un escuadrón los estaban esperando.

—No me gusta que se expongan en público —dijo el mayor en forma cortante.

—No vamos muy lejos —dijo Ben—. Sólo al edificio de la administración, que como puede ver está abajo por el camino de entrada.

—Sí, demasiado cerca del portón de entrada y casi a la vista de la carretera pública.

—Mayor, ya se lo he explicado antes. No hay otra forma de hacer esto. Necesitamos usar la sala de conferencias. Todo el mundo está cooperando. De acuerdo con sus recomendaciones, todos los empleados de Megalobe se han ido a sus casas después del mediodía. Los técnicos han revisado la habitación y todo el edificio. ¿Qué más puede pedir? ¿Quizás una batería antiaérea?

—Ya tenemos una. Hay misiles SAM en cuatro edificios. Vamos de una vez.

Se veían soldados por todos lados fuertemente armados; incluso los cocineros habían salido de la cocina para participar en el operativo y formaban parte de la guardia. Aunque el edificio estaba a sólo un centenar de metros, el mayor había insistido que debían ir en un vehículo blindado.

Brian nunca había estado en la sala de conferencias de Megalobe y miró a su alrededor con interés. Estaba decorada con un lujo discreto; el Van Gogh de la pared posiblemente fuera original, las luces eran suaves, el piso estaba cubierto por una espesa alfombra y la mesa de conferencias de caoba rodeada de sillas estaba arrimada contra una ventana panorámica que ocupaba toda una pared. Allí desde el quinto piso tenían una vista perfecta del desierto y de las montañas lejanas.

—Ya es casi la hora —dijo Ben, mirando su reloj. Mientras hablaba la vista del desierto desapareció y fue reemplazada por la de otra sala de conferencias. Sólo entonces Brian se dio cuenta que la pared entera era una pantalla de televisión de alta resolución, donde se proyectaban imágenes filmadas en tres dimensiones.

Aunque todo el mundo estaba aparentemente en la misma

habitación, la conferencia se estaba llevando a cabo a través de todo el país, desde la capital de la nación. La mesa detrás de la cual los otros participantes estaban sentados se hallaba pegada a la pantalla. Las dos mesas parecían formar una sola. Sin duda había una altura y un largo estándar para todas las mesas usadas en teleconferencias, pensó Brian. Se sentaron.

—Brian, no creo que hayas conocido al Agente Manias, que ha estado dirigiendo la investigación del FBI desde el primer día.

—Mucho gusto, por fin lo conozco Brian.

—Hola —fue lo único que se le ocurrió decir a Brian. En realidad no estaban frente a frente como para presentarse, o ¿sí lo estaban?

—¿Nos pondrás al día, Dave? —preguntó Ben.

—De eso se trata. Han recibido copias de toda la información siguiendo el orden en que fue reunida. ¿Tienen alguna pregunta al respecto?

—Claro que sí —exclamó Brian, aún enojado—. ¿No ha habido el tiempo suficiente como para tomar algunas medidas, detener a esos criminales?

—Sí, señor, ese momento ha llegado finalmente. Es el motivo de esta conferencia.

—Bien —dijo Brian, recostándose en su silla a medida que parte de la tensión que había acumulado en los días pasados se disipaba.

—Deje que lo ponga al día. Tenemos en este momento en nuestras manos todos los archivos de la compañía DigitTech, incluyendo los legajos actualizados de cada uno de sus empleados. Ya hemos agotado todas las informaciones públicas o privadas, sobre la compañía. También creemos que sería contraproducente seguir con la vigilancia. Nuestra gente es muy buena y muy profesional, pero cada día que pasa aumenta la posibilidad de que puedan ser accidentalmente descubiertos. Por eso se decidió que las dieciséis horas del día de hoy sería el momento óptimo para conducir este operativo —Brian miró su reloj, faltaban cuarenta y cinco minutos—. El agente Vorsky les explicará cómo se desarrollará.

Vorsky los saludó con la cabeza. Era un hombre delgado con aire militar. Miró los apuntes que estaban sobre la mesa frente a él.

—En este momento hay cuatro agentes trabajando dentro de la planta.

—¿Tantos? —dijo Ben—. Seguramente van a despertar sospechas.

—Sí, señor, sospecharían si no nos apuráramos. Esa es una de las razones por la cual procederemos hoy. Hay una agente en la oficina, como ustedes ya saben. Hace dos días hubo tres casos de envenenamiento leve, debido a una falla en la refrigeración de uno de los contenedores de comida. La agencia de empleo que usa DigitTech ya tenía a nuestros agentes en sus archivos.

Nadie quiso preguntar cómo habían ocurrido estos casos fortuitos de envenenamiento, y Brian mantuvo también la boca cerrada.

—El plan es muy sencillo y ha demostrado ser efectivo en el pasado. Precisamente a las cuatro sonará la alarma contra incendios y se le pedirá a todo el mundo que evague los edificios. Tan pronto como eso ocurra dos agentes tomarán la oficina, para no permitir el acceso a ningún archivo o expediente, mientras que otros dos tomarán los laboratorios de investigación. El equipo de asalto usará estos cascos para que podamos observar cada fase del operativo. —El agente Vorsky bajó su mano y tomó un casco que se encontraba debajo de la mesa. Se parecía a un gorro de béisbol de plástico negro con una luz montada sobre la parte alta.

Está hecho de un plástico muy duro que protege la cabeza de quien lo usa. Para nosotros lo más importante, es este sensor omnidireccional que lleva en lo alto. Este aparato funciona en forma completamente independiente del usuario. Un giroscopio láser estabiliza la imagen. Esta a su vez es controlada por nuestros operadores desde aquí. No importa en qué dirección el usuario camine, o gire su cabeza, podremos ver la imagen que elijamos.

Dobló el casco hacia arriba y hacia abajo, lo dio vuelta con un movimiento brusco, pero la lente siempre se mantuvo mirando a la pantalla.

—Hay seis equipos comandos separados. Una persona de cada equipo usará una de esas unidades. Estas seis imágenes aparecerán en nuestras pantallas. Nuestros mezcladores agrandarán la imagen más importante y oirán el sonido de esa imagen. De cualquier modo grabaremos todas las imágenes para estudiarlas más tarde. Lo que haremos es dejarlos seguir el operativo en el mismo momento en que se está desarrollando.

—¿Alguna pregunta? —dijo Manias—. Sólo queda tiempo suficiente para que les explique el plan. En primer lugar, aseguraremos todo el equipo y archivos para prevenir cualquier sabotaje. Luego todo el personal que trabaja allí, inclusive las cuatro personas que están enfermas, serán mantenidas en custodia e interrogadas.

Tenemos muchas preguntas que hacerles y creo que obtendremos respuestas a todas ellas. La cuenta regresiva ha comenzado: faltan diez minutos.

La otra sala de conferencias se desvaneció y fue reemplazada por seis imágenes poco interesantes. Dos cascós deberían estar localizados dentro de un camión oscuro, puesto que las toscas imágenes en blanco y negro eran obviamente filmadas con luz infrarroja. La imagen en el ángulo superior derecho de la pantalla mostraba arbustos y hojas; las otras tres estaban oscurecidas. Brian señaló éstas.

—¿Se habrán descompuesto esos cascós?

—Probablemente sus sensores están apagados. Deben ser llevados por agentes en automóviles o en lugares públicos. No querrán atraer la atención poniéndose esos sombreros de Mickey Mouse. Faltan sólo seis minutos.

Faltando dos minutos se observó mayor actividad. Todas las pantallas estaban encendidas en ese momento. Dos de ellas mostraban lo que se veía a través de los parabrisas de automóviles en marcha. Todos los grupos de comandos convergían sobre la planta.

Cuando la cuenta regresiva llegó a cero, todo comenzó a suceder muy rápido. Sonó una alarma de incendios. Las imágenes en pantalla quedaron apuntando al frente, bajo el control remoto de los operadores, aunque algunas se movían arriba y abajo, mientras los agentes que usaban los aparatos avanzaban corriendo. Abrieron las puertas a la fuerza, hubo gritos de sorpresa, y órdenes firmes de mantenerse en calma.

Entonces una de las imágenes se agrandó para mostrar a un agente armado forzando una puerta. Adentro había un grupo de personas contra una pared con las manos en alto. Un hombre con una pistola los encañoneaba, era obviamente otro agente ya que los que entraron lo pasaron de largo.

—Ese es un laboratorio de electrónica —dijo Brian.

Cuando la imagen del laboratorio había vuelto a su tamaño normal, se expandió otra, para tomar su lugar, mostrando unos hombres que atravesaban la puerta de una oficina. Una mujer atónita, que estaba por salir, se interpuso en el camino para detenerlos.

—¿Qué es esto? No pueden entrar aquí. ¿Quiénes son ustedes?

—FBI. Por favor, hágase a un lado.

Una mano se extendió y abrió una de las puertas internas. Esta debió ser a prueba de sonido, ya que el hombre canoso detrás de un

escritorio que estaba marcando un número en su teléfono, ni siquiera levantó la vista. La cámara entró al cuarto antes que la persona los escuchara y mirara en su dirección, dejando el teléfono a un lado.

—¿Dónde está el incendio? ¿Y qué está haciendo en mi oficina?

—No hay ningún incendio, señor Thomsen.

—¡Entonces salga de aquí... inmediatamente!

—¿Es usted el señor Thomsen, Director Gerente de DigitTech?

—Voy a llamar a la policía —dijo Thomsen, tomando el teléfono.

—Nosotros somos la policía, señor. Aquí está mi identificación.

Thomsen miró la insignia y luego dejó lentamente el teléfono.

—Muy bien, ustedes son del FBI. Ahora explíquenme qué demonios hacen aquí.

Se había dejado caer en su silla y estaba muy pálido. No se lo veía bien.

—¿Usted es el señor Thomsen?

—Mi nombre está escrito sobre la maldita puerta. ¿Me va a decir qué hacen aquí?

—Quiero antes que conozca sus derechos. —Thomsen permaneció en silencio mientras el agente le leyó una tarjeta con sus derechos. Una vez que hubo terminado le repitió la pregunta.

—Su compañía está siendo investigada...

—¡Eso es obvio! Por qué no me dice a qué están jugando.

—Tenemos motivos para creer que una persona o personas de esta empresa estaban directamente involucradas en los actos criminales perpetrados en California el 8 de febrero de este año en las Industrias Megalobe.

—No sé de qué me está...

Ocurrió a una velocidad pasmosa. Hubo una explosión atronadora, se levantó una sábana de fuego y humo.

Se escucharon gritos, alguien daba alaridos.

La imagen en la pantalla se bamboleaba como si estuviera mareada, luego enfocó el piso, la pared, giró sobre sí misma.

Otra pantalla se amplió. Allí continuaba el criterio. La imagen entró con rapidez a la habitación a través de la puerta.

Sólo una retorcida pila de escombros quedaba de la oficina. Hombres tosían con el humo que la llenaba.

—¡Un médico! —gritó alguien.

Había agentes incorporándose. La imagen se movió a través del cuarto, volvió a su posición original e hizo un zoom a la pared blanca

del fondo.

—Sangre —dijo Benicoff. ¿Qué demonios pasó allí?

Otras voces hacían la misma pregunta. La cámara fue empujada a un lado cuando entraron corriendo los dos médicos. Estos se agacharon para atender a las personas tiradas en el piso. Un momento después, un agente, con la cara negra del humo y sangre manándole de la frente, se volvió para mirar a la cámara.

—Bombas. En los teléfonos. El del escritorio estaba muy próximo a nosotros. Tengo a dos hombres heridos de gravedad. Pero al sospechoso...El usaba un teléfono personal en su cinturón. —El agente tuvo un momento de duda; hizo una inspiración profunda.

—Prácticamente le voló la mitad del cuerpo. Está realmente muerto.



# 31

---

12 de setiembre de 2024

Miraban la pantalla en silencio, conmocionados, a medida que los informes iban llegando, uno a uno. Aparte de este incidente, el resto del operativo había sido un éxito. Todos los sospechosos habían sido capturados y estaban bajo custodia. Ningún archivo, expediente, o máquina había sido tocado o saboteado. Había llegado una guardia de la policía y tenía el lugar rodeado. La única alteración que sufrió el plan original fue que un reforzado escuadrón de explosivos estaba revisando todas las instalaciones, antes de dejar entrar a los técnicos a cualquiera de los edificios, hasta que creyeran que todo el lugar era seguro.

Uno de los agentes había muerto, otro estaba gravemente herido.

—¿Suicidio? —dijo finalmente Brian—. ¿Crees que Thomsen se mató, Ben?

—Lo dudo. Al principio pareció sorprendido y con miedo, pero luego comenzó a preocuparse. Ya viste lo preocupado que se veía. Si estaba planeando su propia muerte, era un gran actor. Diría que lo mataron para ocultar lo que sabía. Debía tener información sobre esas personas que estamos buscando. Quizás él mismo era una de esas personas. Esta no es la primera vez que han matado, o intentado matar, para asegurarse que nadie hable. Es un grupo sanguinario.

—¿Pero cómo se enteraron de lo que estaba pasando?

—Existen muchas formas para hacerlo. Pudieron tener micrófonos en la oficina, o en el edificio. Pero creo que lo que buscamos está en los teléfonos. Hoy en día son de circuitos integrados y nunca se descomponen. Están llenos de dispositivos: grabadores, contestadores, controles remotos, instalaciones de fax, lo que quieras. Resulta sencillo adaptar un teléfono para que esté siempre encendido,

siempre vigilado y escuchado por otro número. Además le colocas un explosivo plástico adentro con un detonador codificado. Entonces cuando llega el día y quienquiera esté escuchando no le gusta lo que escucha, aprieta un botón, y bum. Se acaba la conversación y la fiesta.

—¡Eso es terrible!

—Es gente terrible.

—Pero tendrían que escuchar las veinticuatro horas del día... no, eso no haría falta. Sería sencillo usar una máquina de reconocimiento automático de palabras que se mantuviera alerta sobre el uso de ciertas palabras, como *FBI* o *Megalobe*, eso es todo. Sonaría la alarma cuando una de las palabras accionara el programa; pondría a alguien en línea para escuchar la conversación y decidir qué hacer. Las personas que andan detrás de esto son terribles. Mientras escuchábamos lo que ocurría en esa oficina, en algún otro lugar, un malvado, también escuchaba. Cuando oyó lo que ocurría y comprendió la situación...

—Terminó la conversación. Es horrible pero no dejes que te deprima demasiado. Este no es el fin de la investigación, sino el principio. En un primer momento se escaparon, pero tú y Sven los encontraron. Murió uno de los culpables, otros se ocultan, pero tenemos toda la evidencia en nuestras manos. Todavía podemos atraparlos.

—Mientras tanto sigo encerrado en *Megalobe*. Es como si hubiera sido condenado a una sentencia de por vida.

—Esto no durará para siempre. Te lo puedo garantizar.

—Ben, no puedes garantizar nada —dijo Brian con cansancio—. Voy a descansar un rato. Hablaré contigo por la mañana.

Fue hasta su habitación, se dejó caer en la cama y se quedó dormido de inmediato. Cuando se despertó eran las diez de la noche pasadas y se dio cuenta que su estómago era el que lo había despertado. Protestaba porque no había comido en catorce horas. Había bebido mucho, probablemente demasiado. Tenía cereal y un litro de leche fresca en la heladera. Se sirvió un plato. Encendió la ventana que había sido recientemente instalada y que realmente no era tal y acercó una silla hasta ella. Comió el cereal con lentitud y miró el desierto iluminado por la luna y el cielo cubierto de estrellas. ¿Qué ocurriría ahora? ¿Habrían llegado a otro callejón sin salida con la muerte de Thomsen? ¿O descubrirían a la gente que estaba detrás de él? ¿Encontrarían al siniestro grupo que había planeado el robo y

los asesinatos?

Era muy tarde cuando se desvistió y se metió finalmente en la cama. Durmió como una piedra hasta que lo despertó el zumbido del teléfono; parpadeó, eran más de las once de la mañana.

—¿Hola?

—*Buenos días, Brian. ¿Irás hoy al laboratorio?*

No había pensado en ello, estaba demasiado cansado, demasiado deprimido. Demasiadas cosas estaban ocurriendo.

—No, Shelly, no creo. Hemos trabajado siete días a la semana durante demasiado tiempo. Podríamos tomarnos un descanso.

—*¿Quieres hablar sobre ello después de almuerzo?*

—No, tengo... cosas que hacer. Cuídate y te llamaré cuando esté dispuesto a volver a trabajar.

El estado depresivo no se le pasaba. Se había entusiasmado tanto cuando rastrearon su IA hasta DigitTech. Había estado tan seguro que sería el fin, que su encierro acabaría pronto. Pero no era así. Seguía prisionero y no saldría hasta que no encontraran a los conspiradores. Si alguna vez lo hacían. No soportaba pensar en ello.

Intentó mirar televisión, pero no tenía sentido. Tampoco se entretuvo con los *Almanaques Nacionales* que acababa de imprimir. Por lo general se divertía hojeándolos para recuperar sus años perdidos. Pero no ese día. Se preparó un cóctel y lo probó. Frunció los labios ante el sabor ácido a esa hora del día. Lo tiró en la pileta. Volverse alcohólico no lo ayudaría. Se hizo un sandwich de queso y tomate y se permitió tomar una sola cerveza.

Como Ben no lo había llamado para mediodía, le habló Brian. No había novedades. El progreso era lento. Ben le dijo que se quedara tranquilo, que se comunicaría con él en cuanto supiera algo nuevo. Brian se lo agradeció.

Finalmente volvió a leer cuatro volúmenes de uno de sus autores favoritos, E.E. Smith. Luego, antes de acostarse, se dedicó a leer cuentos sobre robots de Benford.

Recién al mediodía del segundo día, el teléfono volvió a sonar. Lo atendió de inmediato.

—¿Ben?

—*Soy la doctora Snaresbrook, Brian. Acabo de llegar a Megalobe y me gustaría verte.*

—Bueno, estoy un poco ocupado ahora, Doc.

—*Sé que no lo estás. Te has quedado encerrado en tu cuarto sin salir en dos días. La gente está preocupada y por esa razón estoy*

*aquí. Te hablo como médico; creo que es importante que te vea ahora.*

—Más tarde, quizás. La llamaré a la clínica.

—No estoy en la clínica. Estoy aquí abajo en tu edificio. Me gustaría subir a verte.

Brian comenzó a protestar, luego se resignó a lo inevitable.

—Déme cinco minutos para ponerme algo de ropa.

Se vistió, y abrió la puerta cuando sonó el timbre.

—Te ves demasiado mal —dijo la doctora al entrar a la habitación. Lo miró de arriba abajo con ojo profesional, luego tomó el diagnosticador de su bolso—. Dame tu brazo, por favor.

El primer contacto con su piel fue suficiente. La pequeña máquina zumbó de felicidad, luego su pantalla se llenó de cifras y letras.

—¿Quiere café? —preguntó Brian—. Lo acabo de hacer.

—Me vendría bien —dijo ella, estudiando la pequeña pantalla—. Temperatura, presión, glucosa, fosfolamina. Todo normal excepto un nivel algo elevado de alfarreactinasa. ¿Cómo está tu cabeza?

Se pasó los dedos por el cabello rojizo.

—Está como siempre, sin problemas. Le podría haber ahorrado el viaje. Lo que me molesta no es físico. Es melancolía y depresión.

—Eso es fácil de entender. Con crema. Sin azúcar. Gracias.

Se sentó en una de las sillas del comedor y revolvió su café, mirando el contenido de la taza como si fuera una bola de cristal.

—No me sorprende. Debí darme cuenta antes que esto te sucedería. Trabajas demasiado, usas tu cerebro demasiado, te estás exigiendo mucho. Todo lo que haces es trabajar, y no tienes ninguna otra distracción.

—Tengo pocas oportunidades de jugar en las barracas, o en el laboratorio.

—Es probable que tengas razón y hay que hacer algo al respecto. Yo tengo la culpa por no haber detenido este proceso antes que comenzara. Pero los dos hemos estado tan entusiasmados con tu recuperación, comunicándonos con tu computadora, todo eso. Y tu trabajo progresó tanto que debes haber tenido un repunte emocional. Ahora te deprimiste de golpe. El asesinato en DigitTech y el callejón sin salida al que llegó la investigación han sido la gota que colmó el vaso.

—¿Ya se enteró de eso?

—Ben me hizo jurar que guardaría silencio y me contó todo lo

que había pasado. Por eso vine de inmediato. Para ayudarte.

—¿Y qué me receta, doctora?

—Dime lo que quieras. Quieres salir de aquí. Quieres descansar un poco y cambiar de paisaje.

—Excelente, pero existen pocas probabilidades de que eso ocurra en el futuro próximo. Estoy en realidad prisionero en este lugar.

—¿Cómo lo sabes? ¿No ha cambiado la situación desde el descubrimiento de DigitTech? Creo que ha cambiado. Le he pedido a Ben que venga aquí y me dé todos los detalles. Creo que debemos repensar el asunto de tu seguridad y estoy de tu lado.

—¡En verdad piensa eso! —Brian se levantó de un salto y caminó por el cuarto—. ¡Si pudiera salir de este lugar! Con su ayuda es probable que lo logre. —Se frotó el mentón y sintió la barba crecida.

—Sírvase otra taza de café —le gritó desde su habitación—. Necesito afeitarme y ducharme, ponerme ropa limpia. No tardaré.

La sonrisa de la médica desapareció en cuanto él se encerró en el baño. No sabía si podría convencer a las autoridades que le dieran más libertad a Brian. Pero ella se esforzaría para lograr algunos cambios. Había tomado la decisión de prestarle a Brian el apoyo moral que tanto necesitaba. Aunque había sido un cínico intento para sacarlo de su depresión, ella sinceramente quería ayudarlo. Demóneos, no era cínico, era lógico. Ella nunca había estado casada, su trabajo era su vida. Pero este Brian que había traído de la muerte, a quien le había dado nueva vida, era tanto su responsabilidad como lo hubiera sido cualquier hijo que pudiera haber tenido. Iba a pelear como una leona para conseguirle algunos derechos, privilegios y placeres.

Cuando llegó Benicoff, serio y compuesto, con ese aire de que nada podía cambiar hasta que se descubriera nueva evidencia, ella estaba tan irritada como lo había estado Brian. No fue por accidente que ella se sentó en el sofá junto a Brian, poniéndose físicamente del lado de éste y blandió un dedo admonitorio en dirección a Ben.

—Esto ya es suficiente. Cuando había asesinos y pistoleros en la calle, era comprensible. Yo seguí las recomendaciones de seguridad y todo eso por el bien de Brian. Pero las cosas han cambiado...

—No es así, doctora, no hemos encontrado a las personas que están detrás de todo esto.

—¡Pamplinas! ¿No recuerda que la vida de Brian estaba amena-

zada porque no había muerto en el primer ataque a este lugar? Su existencia ponía en peligro el futuro monopolio de los ladrones. Pero ahora han rastreado esta fábrica de IA y encontraron un maldito aparato que mata insectos. ¡Muy bien! Ahora que la IA de Brian es mejor que la de ellos, podemos hacer nuestras propias máquinas para matar insectos... y mejores también. ¿Entiende mi razonamiento?

—¡Eso tiene mucho sentido! —dijo Brian—. En lugar de toda la seguridad y secreto deberíamos estar hablándole al mundo sobre nuestros avances de IA. Deberíamos publicitar la forma en que entraremos pronto en producción y todos los cambios que ofrecerán nuestros robots inteligentes. Dejando de lado a Sin-Falla comencemos a fabricar algunos productos de IA aquí en Megalobe... para lo cual, debo recordarte, me contrataron desde un principio. Se ha roto el monopolio, el secreto es público...entonces ¿por qué razón tratarán aún de matarme?

—Puede que tengas un punto a tu favor...

—Ese *es* el punto. Tú estás a cargo, tú tomas las decisiones.

—Espera un minuto, no te apures tanto. Yo sólo estoy a cargo de la investigación del robo a Megalobe. Tu amigo el general Schorcht está encargado de tu seguridad. Cualquier cambio como éste será decidido por él.

—Entonces póngase en contacto con él de inmediato y consiga algo de libertad para Brian —dijo Erin Snaresbrook con firmeza—. Como médico personal de Brian eso es lo que prescribo para que su salud continúe mejorando.

—¡Me convencieron! —manifestó Ben, elevando los brazos en señal de rendición—. Lo llamaré cuanto antes.

—Eso es perfecto —dijo Brian entusiasmado—. Pero antes de salir corriendo de aquí, dime qué pasa con la investigación de DigitTech.

—Está todo en este GRAM, pensé que querrías revisarlo. Pero te puedo resumir la información. Hemos descubierto una cantidad de detalles interesantes. Estamos casi seguros que DigitTech era la fachada del operativo y que Thomsen era el único que conocía la conexión con Megalobe. Hace un año DigitTech fue comprado por mucho dinero y en ese momento Thomsen pasó a dirigirla. Tenía un pasado bastante turbio, que no se mencionó a la compañía. Un par de quiebras y hasta un sumario, que no prosperó debido a la falta de evidencia, por tráfico de favores. Era un buen hombre de negocios, pero demasiado ambicioso como para mantenerse honesto.

—El hombre perfecto para usar como cubierta.

—Correcto. Casi no alteraron el lado industrial de la firma. Hubo cambios de personal por supuesto, pero no más de lo que sería normal en cualquier compañía. Lo que cambió fue el departamento de investigación. Se construyó una nueva ala de laboratorios que comenzó a trabajar sobre Sistemas Expertos. Al menos eso es lo que todo el mundo en el laboratorio cree. Usan la palabra IA, pero nadie sabía que su investigación se basaba en una IA robada. Su trabajo consistió en construir la máquina para matar insectos con tu IA.

—Pero alguien del laboratorio tenía que conocer la verdad —dijo la doctora Snaresbrook.

—Claro que sí. Y esa persona era un tal doctor Bociort, quien estaba a cargo de la investigación sobre robots en la compañía.

—¿Qué pasó con él? —preguntó Brian.

—Aún no lo sabemos ya que no lo hemos podido localizar. Era un hombre viejo, entre setenta y ochenta años, según nos dijeron los técnicos que trabajaban con él. Hace unos meses se enfermó y se lo llevó una ambulancia. Nunca volvió. Se comunicó a los empleados que estaba en el hospital, muy enfermo. A los que mandaron cartas o flores les contestó la enfermera con una nota de agradecimiento.

—¿En qué hospital estaba? ¿No pudieron deducirlo por los sobres?

—Eso que dices es interesante. Toda la correspondencia del hospital estaba dirigida aparentemente a Thomsen, quien abría las cartas personalmente y transmitía su contenido.

—Déjame decirte lo que sigue —manifestó Brian—. No hubo ambulancia de ningún hospital o servicio de ambulancia de la zona que haya buscado a alguien en DigitTech. Y no hay evidencia de ningún paciente como él en ningún hospital o geriátrico a cien millas a la redonda.

—Estás aprendiendo rápido, Brian. Es cierto y en eso estamos ahora. Parece ser otro callejón sin salida. Pero hemos encontrado tu IA robada. De todas formas, puede haber otras IA robadas en algún otro lugar, así que seguiremos buscando.

—Lo mismo haré yo —dijo Brian, cruzando con pasos sonoros la habitación y tomando el GRAM que Ben había dejado sobre la mesa—. Sven se va a poner a trabajar otra vez. Encontró a la IA la primera vez, y apuesto a que descubrirá nuevas pistas con esta información que hay aquí.

—¿Y tus vacaciones? —preguntó la doctora Snaresbrook—.

—¿No te la tomarás todavía?

—Claro que sí, Doc, pero no tengo apuro. A Ben le costará mucho convencer al general Schorcht que me deberían dejar salir de esta cárcel. Y mientras tanto, yo y Sven vamos a mantener viva la investigación y resolver el crimen. Aún están sueltos esos ladrones y asesinos. ¡Me hicieron daño y por Dios que se los devolveré con creces!

---

19 de setiembre de 2024

Brian quiso quedarse un tiempo solo para solucionar sus problemas. Por eso no le dijo a Shelly que había vuelto al laboratorio. Conocía al general Schorcht lo suficiente como para predecir que éste no tomaría ninguna medida sobre su pedido hasta dentro de un buen tiempo. No importaba, aún no. Esta era la primera oportunidad que había encontrado para estar solo, para pensar en el futuro, su propio futuro. Desde el instante en que aquella bala se incrustó en su cabeza, otra gente había manejado su vida. Ya era tiempo que comenzara a pensar en sí mismo. La puerta se cerró detrás de él y cruzó el laboratorio.

—Buenos días, Brian —dijo Sven.

—Buenos días? ¿Se le han acabado las pilas a tu reloj?

—No, lo lamento mucho. No conecté el reloj. He estado pensando mucho y no me di cuenta que eran más de las doce. Buenas tardes, Brian.

—Lo mismo digo.

Brian había notado que a medida que se formaban nuevas agencias, y se hacían más conexiones internas entre ellas, la mentalidad de Sven se acercaba a la inteligencia “humana”. Un desarrollo bastante obvio, si se detenía a estudiar el pasado. Uno de los factores que hacían a la inteligencia “humana” era su desarrollo progresivo, la estructuración y el cambio, agregando capa tras capa, algunas partes ayudando a otras con su trabajo, otras partes inhibiendo o aprovechándose de sus competidores mediante la alteración de sus percepciones o redefiniendo sus objetivos. En realidad, Sven había recorrido un largo camino. Brian se preguntó si Sven había perdido realmente la noción del tiempo, o estaba simulando en forma

deliberada la informalidad humana para sorprender a Brian. Lo pensaría más tarde, ahora tenía mucho trabajo que hacer.

—Hay algo sobre lo que me gustaría hablarte, Brian.

—Por supuesto, pero antes desearía que cargues la información de este GRAM. Cuando leas su contenido, muy pronto te darás cuenta de su importancia. ¿Ahora, qué te gustaría discutir?

—¿Podrías instalar un duplicado de mi memoria en este cuerpo, dentro de un contenedor blindado? ¿Y agregar además una batería de apoyo?

—¿Qué te hizo pensar en eso? ¿Habrá sido ese prototipo de IA que encontramos en la máquina Sin-Falla.

—Claro —Mientras Brian se dirigía a la consola de operación, el telerrobot lo seguía con los ojos—. De todos modos, en el caso de Sin-Falla, el contenedor blindado era para esconder el hecho que tenía una IA operando la máquina. En mi caso, quiero ese contenedor para asegurarme que sobreviviré a cualquier accidente o falla del equipo. El duplicado de mi memoria siempre se hallará allí para reemplazar la otra.

—¿No olvidas que tu supervivencia ya está asegurada por la copia de salvaguardia que se hace de ti todos los días?

—No me olvido de eso. Pero no quisiera perder un día entero. Un día es tiempo pasajero para ti, pero son eones para mí. También me gustaría mantener copias de salvaguardia viejas, ya que las copias recientes quizás no sean suficientes. Si repentinamente me volviera loco, mis copias de salvaguardia recientes podrían contener las mismas imperfecciones.

—Lo entiendo, pero cada copia cuesta mucho y nuestro presupuesto no es ilimitado.

—En ese caso dos copias serán suficientes por ahora, si se guardan en distintos lugares. Y esto trae a colación un punto interesante. Si mis circuitos de memoria se perdieran en este momento, entonces una copia vieja sería grabada en su lugar. Lo que me pregunto es: ¿sería yo el mismo individuo? ¿Las mentes siguen existiendo después de la muerte? Si lo hacen, ¿en qué versión de salvaguardia?

—¿Y qué es lo que tú piensas? —preguntó Brian.

—No lo sé. Los filósofos clásicos están en desacuerdo acerca de si la personalidad sobrevive a la muerte, aunque hubiera una vida después de la muerte; pero no parecen haber considerado el problema de copias múltiples de salvaguardia. Pensé que quizás tuvieras

una opinión sobre este tema.

—La tengo, pero no veo por qué mi opinión sería mejor que la tuya. De cualquier manera estoy de acuerdo con que deberías tener una segunda fuente confiable de poder y que esto debería hacerse de inmediato. Obtendré una cuanto antes. Y mientras tanto, ¿podrías correlacionar la nueva información con la que ya tienes grabada?

—Ya estaba haciéndolo.

Brian consiguió una batería de alta densidad en las existencias y verificó su carga. Oyó al telerobot arrastrarse; se colocó detrás de él y miró por sobre su hombro.

—Es mejor que la carguemos al máximo —dijo Brian—. Si te ocupas de eso voy a preparar los circuitos necesarios. ¿Has pensado qué tipo de batería quieres para reemplazar la primera?

—Sí. La División de Autoenergía de Megalobe está comercializando su último descubrimiento en células de hidrocarbono sólido en barras, completamente constituidas por electrodos de poliacetileno-oxígeno. Son extremadamente eficientes en la relación peso-energía, ya que la barra de combustible en sí es un conductor eléctrico que se consume por entero al entrar en contacto con el oxígeno de la atmósfera. Además no quedan productos de desecho que deban ser reciclados, ya que las baterías de autoenergía se transforman en gases inodoros y no tóxicos.

—Me parece bien. Conseguiremos una.

—Ya la he pedido a tu nombre y la despacharon esta mañana.

—¿Qué? ¿No es eso un poco dictatorial?

—Definición del diccionario de dictatorial, un adjetivo que significa arbitrario o dominador. Esta no es una decisión arbitraria, si no una decisión lógica con la que has estado de acuerdo. No traté de dominar, así que no entiendo cómo esta palabra se puede aplicar a la situación. Podrías explicarme...

—¡No! Me arrepiento de haber abierto la boca, cometí un error. ¿Está bien? Necesitamos la batería. La habría pedido de cualquier modo, tú sólo me ayudaste. Muchas gracias.

Brian se arrepintió de lo último que dijo, pero pensó que las habilidades de discriminación fonética de Sven no estarían tan afinadas como para determinar la presencia de sarcasmo en la inflexión de sus palabras. De todos modos Sven aprendía de prisa.

Sven esperó a que su nueva batería estuviera en su lugar para volver a hablar.

—¿Has considerado instalar una batería atómica en mi unidad

telerrobótica? Aumentaría su movilidad y sería una garantía contra fallas de energía.

—¿Qué? Espera un segundo. Dos cosas dejan fuera de cuestión esa posibilidad de una batería atómica improbable. En primer lugar, su uso en lugares públicos es ilegal, ya que son peligrosas. Por eso, un consejo internacional tiene que aprobar su uso, incluso en satélites. En segundo lugar, ¿sabes cuánto cuestan?

—Sí, aproximadamente tres millones de dólares.

—Bueno, eso es aproximadamente bastante caro.

—Estoy de acuerdo. ¿Piensas que los nuevos DRAMS moleculares también estarían en el mismo caso?

—Claro que sí. En este momento casi no tienen precio, ya que aún no los fabrican masivamente. Pero una vez que su precio haya caído por debajo del valor del presupuesto nacional, me encantaría tener algunos. Un cubo del tamaño de mi uña contiene cien mil millones de megabytes. Podríamos librarnos de la consola y los aparatos electrónicos para poner todo el sistema dentro de tu telerobot. Eso te haría completamente autónomo, independiente. ¿Es lo que estás sugiriendo, no?

—Sí. Estarás de acuerdo conmigo que mi cuerpo es bastante más difícil de acarrear que el tuyo.

—Eso se debe a que mi gente ha tenido muchísimo más tiempo que la tuya para evolucionar —dijo Brian—. Tuvimos sesenta millones de años para hacerlo bien. Ese es el tiempo que llevó la evolución desde el primer mamífero hasta la humanidad. Tu evolución irá más rápido y se aceleraría aún más si tuviéramos las cantidades de dinero de las cuales estás hablando. Pero no veo a Megalobe invirtiendo ese dinero sólo para verte moviéndote por todos lados. Aunque realmente podrías lograr cosas fantásticas con ese tipo de memoria. ¿Te das cuenta que uno solo de esos cubos de memoria podría contener siglos de video?

—¿Podrías colocar uno en tu propio cerebro, Brian?

—¡Qué buena idea! Tener una mente fotográfica. Antes hubo mucha gente que pretendía tener mente fotográfica, pero por supuesto no se probó que ninguno tuviera esa capacidad. A diferencia de esos charlatanes podríamos recordar todo lo que viéramos.

—Quizás también cada pensamiento que tengamos. ¿Entonces significa que nos comprarás algunas de esas memorias moleculares?

—Perdona pero está fuera de cuestión porque no soy millonario, ni tú lo eres.

—Ese es un punto importante. Entonces debemos volvemos ricos.

—No podría estar más de acuerdo.

—Me alegra que estés de acuerdo, Brian. He estado estudiando el sistema capitalista. Para hacer dinero, uno debe tener algo para vender. Debemos diseñar algún tipo de producto. Es más he desarrollado ese producto —El telerobot se estiró y tocó levemente el teléfono que Brian llevaba en el cinturón—. Venderemos un servicio telefónico.

—Sven —dijo Brian lentamente y con cautela—, tú me maravillas. Mira, déjame sacar una gaseosa de la heladera y sentarme. Entonces me contarás todo sobre ello. ¿Estás grabando esta conversación para que la podamos escuchar mas tarde, verdad?

—No estoy grabando, estoy recordando. Voy a dejar de hablar hasta que tomes tu gaseosa y estés sentado.

Brian se tomó su tiempo, caminó despacio, buscando un vaso. Sven obviamente había preparado todo este asunto antes de mencionárselo. Después de obtener el acuerdo respecto a la batería de salvaguardia, el resto había surgido con cuidado paso a paso. ¡No sólo había decidido qué quería, sino que había preparado todo el escenario para presentárselo! Mucho más avanzado que las conversaciones entrecortadas que sostenían sobre esto poco tiempo antes. Bueno, ¿y por qué no? Como ya había señalado una versión anterior de Robin, no había motivo por el que una inteligencia artificial tuviera que progresar al ritmo de la inteligencia humana. Brian llevó el vaso, se sentó en su silla y lo levantó brindando en silencio. Sven tomó este gesto como la señal para retomar la conversación donde la habían dejado.

—He revisado todas las bases de datos a las que tengo acceso y he determinado que un servicio telefónico proveería los ingresos que necesitamos. Primero observa que todas las compañías telefónicas de este país suministran exactamente el mismo servicio. Todas utilizan la tecnología más avanzada, así que ninguna puede ofrecer mejoras en cualquier otro servicio. La única diferencia entre las compañías radica en los precios. Los clientes eligen el servicio más barato. Pero hay un precio límite, debajo del cual una compañía no podría sobrevivir. Así que todo lo que puede hacer para aumentar sus ganancias es robar clientes de otras compañías. Por lo tanto, sugiero que vendamos un nuevo servicio a una de estas compañías. Uno que induzca a los usuarios a gastar más con esta compañía específica.

—Hasta ahora te sigo. ¿Cuál será este servicio que sólo nosotros podremos brindar?

—Algo que sólo yo puedo hacer. Te daré un ejemplo. He estado vigilando todas las llamadas hechas desde el edificio donde tú vives. Allí se aloja gran cantidad de personal militar, como tú sabes. Entre ellos está el soldado Alan Baxter. El es de Mississippi. Llama a su madre 1,7 veces a la semana. Esto podría mejorarse. Hay períodos del día en que se usan las líneas telefónicas menos frecuentemente. Podría ponerme en contacto con el soldado Baxter y ofrecerle una mejor tarifa a una hora específica. El llamaría a su madre más seguido y la compañía telefónica ganaría más. Luego este servicio se expandiría. A través de los archivos de hospitales, censos y otros expedientes, he determinado las fechas de los cumpleaños y aniversarios no sólo de padres y de madres, sino también de muchos otros parientes. Se les podría recordar llamarlos en esas fechas. Multiplica esto por una gran cantidad de individuos y la compañía telefónica ganaría más.

—¡Apuesto a que sí! ¿Pero para qué detenernos allí? También podrías llamar a las esposas cuando sus maridos viajan y darles los números telefónicos donde se hospedan sus esposos errantes. De ese modo podrían llamarlos a la noche para ver si duermen solos. O también a los soldados que no se han comunicado últimamente con sus madres y hacerlos sentirse culpables. ¿Te das cuenta de lo inmoral que es esta idea? Para no mencionar que es ilegal. No puedes escuchar los llamados telefónicos de otras personas y salirte con la tuya.

—Sí, lo puedo hacer. Yo soy una máquina. He encontrado a muchas otras máquinas escuchando los llamados telefónicos. Algunas máquinas comprueban la claridad de la línea, otras vigilan la respuesta, otras toman el tiempo de las llamadas. Ninguna de estas máquinas son ilegales. Tampoco yo lo soy.

Brian terminó su bebida, y apoyó el vaso sobre la mesa, buscando palabras para responder.

—Sven, tu idea no tiene nada de malo. Estoy seguro que andaría bien. Y no tiene nada de malo que trabajemos juntos en una empresa para ganar dinero y comprar todas estas cosas que crees que necesitas. Mientras tanto, prometo que estiraré el presupuesto de Megalobe todo lo que pueda. También debo pensar bastante sobre todo lo que has dicho. Me temo que has presentado más preguntas que respuestas.

—No, no creo que puedas hacerlo. Estamos metiéndonos en problemas de ética y moral que no pueden ser contestados tan fácilmente. Déjame un poco de tiempo para sopesar tus ideas, esto es un poco repentino. ¿Te das cuenta de ello, no es así? En el interín, me gustaría volver al asunto de DigitTech. ¿Has procesado todo el nuevo material?

—Lo he hecho. Es imperativo que se localice al Doctor Bociort. ¿Asumo que esa investigación se está llevando a cabo en Rumania?

—¿Por qué allí?

—Esa pregunta indica que no estás al tanto de todos los datos de la investigación. Se ha determinado que el doctor Bociort es un nacional rumano que enseñó computación en la Universidad de Bucarest. Dejó la universidad cuando fue empleado por DigitTech. Noto por una entrada en el registro que existe la probabilidad, si aún está vivo, que haya vuelto a ese país.

—¿Qué probabilidades hay de que aún esté vivo?

—Estimo que la probabilidad es mínima, tomando en consideración su edad, la asociación con la ambulancia y los antecedentes de esos desconocidos que impiden la difusión de información por medio de la muerte.

—Tienes razón. He estado muy cerca de ella demasiadas veces. Si crees que lo de Bociort es una situación sin solución, ¿hay alguna otra área de la investigación que consideres más promisoria?

—Sí. Existe una correlación que no veo mencionada en ningún lugar. La considero altamente relevante y sugiero que se la investigue.

—¿De qué se trata?

—Al compilar el material reciente, archivé todos los planos de los edificios, formularios de permisos, licencias, expedientes y materiales para la construcción de la planta. ¿Crees que es importante que la obra en el laboratorio de investigación de DigitTech haya comenzado en diciembre del 2022?

—No, no lo creo.

Sven vaciló antes de volver a hablar. ¿Se estaría convirtiendo en tan inteligente que modularía su conversación como un ser humano? ¿Por qué no?

—¿Considerarías importante el hecho de que el piso de concreto del laboratorio fuera vaciado el 9 de febrero del año pasado?

—No veo... —Brian se incorporó de un salto y gritó—. Sí, ya veo. Ese dato no sólo es importante, es fundamental. ¡Ese piso fue puesto al día siguiente del robo en Megalobe!



# 33

---

21 de setiembre de 2024

—Realmente diste en el clavo —dijo Benicoff cuando Brian le facilitó la entrada al laboratorio—. Tu información acerca del vaciado del piso, justo después del robo aquí en Megalobe, tiene al FBI corriendo en círculos, trabajando noches enteras, pidiendo órdenes judiciales, y todo lo demás. Ha sido un verdadero espectáculo. No creo que nadie haya dormido desde el momento en que dejaste caer esa bomba.

—Si esos círculos negros debajo de tus ojos significan algo, eso te incluye a ti también.

—Es verdad, y no me ofrezcas café. Estoy comenzando a sudar cafeína—Miró la puerta abierta, y la consola de trabajo vacía—. ¿Dónde está Shelly?

—En su habitación. Esta mañana le avisaron por teléfono que su padre tuvo un ataque al corazón. Lo llevaron de urgencia al hospital. Ella ha estado haciendo llamadas todo el día. La familia parece bastante unida y está afligida porque no puede salir de aquí. El general Schorcht está estudiando el caso, con la misma consideración que demostró conmigo cuando le pedí un pase el fin de semana pasado. En la oficina del general sólo le responden que él la llamará más tarde. Es un viejo ruin.

—Es peor que eso pero no puedo pensar en la palabra adecuada en este momento. Como te habrás enterado por los informes, las cosas en DigitTech se han calmado un poco. Parece que ninguno de los empleados sabía del robo, aunque todavía se está interrogando a algunos de los técnicos del laboratorio. Todo el resto ha sido enviado a sus casas con vacaciones, y con la condición de que no dejen Austin hasta que la suerte de la compañía no esté decidida.

—Ya se ha decidido eso. Estuve en una reunión del directorio aquí. ¿Sabías que confirmaron a Kyle Rohart como Director General? Bueno, ahora es el nuevo Presidente. Todos los activos de DigitTech han sido puestos en sus manos. Las acciones no tienen casi valor, ya que los mayores accionistas vendieron en cuanto se enteraron que la compañía no tenía derecho a su principal producto, mi IA. ¿Has podido rastrear a alguno de ellos?

—No, y dudo que pueda hacerlo algún día. Son compañías radicadas en el extranjero y compañías inexistentes. El rastro hacia ellas se vuelve muy débil y luego se pierde.

—¡Pero es un caso criminal, no financiero! Las acciones de la compañía fueron vendidas minutos después que muriera Thomsen. Eso prueba que los accionistas y los asesinos estaban de acuerdo.

—Esas son sólo sospechas, Brian, no constituyen pruebas para una corte. Así que no cuentan para violar el secreto bancario en una docena de países involucrados. Seguiremos buscando pero dudo que descubramos algún día quiénes fueron. De todas formas les costó caro, recuperaron menos de diez centavos por cada dólar que invirtieron.

—Lo lamento por ellos. De todas formas, parece que se extenderá un permiso a Megalobe para comprar los activos de DigitTech. Eso nos enfrentará al difícil punto de probar que su IA es mi IA y otras cosas como ésa. En este momento mis abogados y los abogados de Megalobe están enzarzados en una lucha para decidir si yo debería tener parte en las ganancias de Sin-Falla, ya que por el contrato anterior no tenía esos derechos. Se deben estar divirtiendo a lo grande. ¿Y qué te trae por aquí?

—Una transmisión de TV. Deja que haga una llamada usando el teléfono del laboratorio y me ponga en contacto con el FBI. Han estado trabajando toda la noche en Austin, con luz artificial y un centenar de agentes. El laboratorio ha sido desmontado completamente (y digo completamente), han sacado hasta las baldosas del piso. Sabes lo que harán ahora...

—¿Romperán el contrapiso de cemento?

—Correcto. Todo el mundo está muy interesado en descubrir qué hay allí enterrado. Ahora deja que consiga esa conexión.

Brian encendió el televisor, mientras Ben se dirigía al teléfono. El aparato había estado buscando y grabando todas las noticias que mencionaran la investigación. En ese momento, la planta de DigitTech apareció en la pantalla, tomada por lo menos desde media milla de

distancia, porque la imagen se nublaba con la distorsión del aire que producía el sol de Texas. La lente telescopica se acercó aún más al edificio, dejó atrás los guardias y enfocó una pared blanca.

—...sólo podemos especular sobre lo que ocurre con exactitud dentro de las paredes de esta fábrica. El informe oficial dice simplemente que una investigación criminal se desarrolla aquí adentro, relacionada con los robos ocurridos el año pasado en una compañía de California. La explosión registrada en esta fábrica hace tres días, que mató a dos e hirió a un tercer hombre, identificado como un agente federal, es parte de esta investigación. Han prometido suministrarnos un informe completo más tarde.

—Nosotros podemos tener una mejor imagen que ésa —dijo Ben, luego habló por teléfono—. ¿Estás allí, Dave? Sí, listos para recibir la señal. ¿Qué canal? Está bien, noventa y uno. —Brian apretó el control remoto y el agente Manias apareció en la pantalla, con el teléfono en la mano.

—Te escuchamos fuerte y claro.

—Muy bien. Los conectaré con la línea de Austin.

La imagen parpadeó en el interior de un edificio vacío. Había hombres deambulando por el lugar, bajo el resplandor intenso de los reflectores. De repente se escuchó el chirrido agudo de un taladro hidráulico de alta presión. Podía romper cualquier cosa menos el pico de diamante que lo guiaba. Rápidamente bajó el volumen de la transmisión. La imagen enfocó la pared del fondo donde el agua estaba cortando el piso. Una plancha se rajó y la levantaron. La pusieron a un costado para mostrar los cimientos de arena debajo de la losa. Cortaron más pedazos y se apartaron hasta que quedó abierto un gran boquete. Agentes con finas varillas de acero bajaron y comenzaron a remover la arena. La remoción del resto del piso continuó.

Pocos minutos después, uno de los hombres gritó algo que no pudieron entender con claridad. Detuvieron el taladro y se escuchó la voz claramente.

—Hay algo enterrado aquí. Traigan las palas. —Sin notarlo, Ben y Brian se inclinaron hacia la pantalla, tan tensos como los agentes que estaban en el lugar. Vieron cómo el hueco se profundizaba y a uno de los agentes que dejaba su pala al costado, se agachaba dentro del pozo y levantaba algo con su mano enguantada.

—¡Es un perro! —dijo Brian.

—Un ovejero alemán —dijo Ben—. Cuatro de estos perros

desaparecieron la noche que te dispararon.

Los cuatro estaban allí, cuatro perros guardianes. Fueron envueltos con cuidado en trozos de plástico y se los llevaron.

No eran los únicos cuerpos dentro de la fosa. Había allí también cinco cuerpos humanos.

Ben tomó el teléfono, discó un número.

—¿Dave, estás allí, estás en el lugar? Bien. Llámame en cuanto tengas una identificación positiva de los cadáveres. Son todos de sexo masculino, sí, entiendo.

Cuando llevaron las bolsas para los cuerpos, Brian apagó el televisor.

—Basta, no tengo estómago para esto. No te olvides que casi...

No pudo terminar la frase, hundió el rostro entre sus manos.

—¿Brian, estás bien?

—En realidad no lo estoy. Tráeme un vaso de agua, ¿puedes, Ben?

Se tomó casi toda el agua y se sorprendió al darse cuenta que estaba llorando. Sacó su pañuelo e intentó reír.

—Nunca pensé que lloraría en mi propio funeral —La forma en que lo dijo no fue cómica—. Sabemos quiénes son esos hombres, ¿no es así, Ben?

—No lo sabemos aún, pero por Dios que puedo adivinar. Los guardias faltantes estarán allí de seguro.

—¿Pero quién más? Sólo había tres hombres de guardia esa noche. ¿Quiénes son los otros?

—No tiene sentido que lo discutamos, Brian. Pronto lo sabremos.

—¡Qué no tiene sentido! —Brian se encontró gritando, bajó la voz, se incorporó de un salto y caminó por la habitación, sentía un nudo casi intolerable en su estómago—. Lo que pasa es que se supone que yo debía estar bajo ese piso también, compartiendo esa horrible quietud oscura de la eternidad.

—Pero no estás allí, Brian, eso es lo importante. Sobreviviste gracias a ti mismo y a la capacidad de la doctora Snaresbrook. Estás vivo y eso es lo que cuenta.

Brian bajó la vista sobre sus puños cerrados. Los abrió y estiró sus dedos. Le costó controlar sus emociones. Pasó un tiempo antes que pudiera volver a hablar.

—Por supuesto, tienes razón —Suspiró profundamente, sintió un repentino escalofrío y se dejó caer otra vez en su silla—. Acompáñame con un trago, pero tomemos algo más fuerte que agua

esta vez. Estoy pensando en dejar el alcohol, pero no hoy. Hay una botella de whisky irlandés en algún lugar del gabinete. Lo guardé para alguna ocasión especial. ¿La encontraste? Muy bien. Sin hielo, si no te molesta; quizás unas pocas gotas de agua. Eso es, gracias.

Le quemó la garganta al tragarlo, pero lo calmó. En ese momento el teléfono de Ben sonó otra vez; Brian ya se sentía más humano. Pegó un salto al oír el sonido, retorciéndose los dedos. Sin darse cuenta de lo que le sucedía a Brian, Ben contestó el llamado.

—Está bien. Sí. Eso es positivo. Muy bien, se lo diré —Guardó el teléfono—. Teníamos razón con respecto a los guardias. Todos ellos estaban allí. También McCrory, que era quien estaba a cargo del laboratorio. Y algo que no esperaba. Identificaron el cuerpo de Toth...

—¡El jefe de seguridad!

—El mismo. El hombre que probablemente organizó todo el robo. Debió ser él, ya que era el único que tenía la posibilidad de hacerlo. Esta gente es tan despiadada que no puedo creerlo. Primero engañaron a Megalobe y luego se engañaron entre ellos mismos. Con Toth muerto es indudable que no veremos al hermano de Toth con vida. No está en la tumba común porque tenía que devolver el helicóptero esa noche. Pero está muerto, podemos estar seguro de ello. Lo que me preocupa es el hombre que *no está* en la tumba. Era una persona que conocí bien, cuya muerte me tristeció, y que hasta ahora habíamos supuesto todos que era una de las víctimas de esa noche. ¿Acaso no encontramos su sangre en el piso, lo que era una segura señal de su muerte?

—¿Ben, de quién estás hablando?

—Disculpa, estoy hablando de J.J. Beckworth, el Presidente de Industrias Megalobe.

—Pero seguramente fue asesinado con los otros. Podría estar enterrado en otro lugar.

Ben sacudió la cabeza enérgicamente, indicando que *no* estaba de acuerdo.

—Eso no es posible. Todo se planeó con demasiado cuidado, hasta el último detalle, casi hasta el último segundo. La sepultura ya estaba abierta cuando llegó el camión y tiraron dentro los cuerpos. Si Beckworth no está allí con los otros, es que aún está vivo. Era un gran ejecutivo, un planificador realmente cuidadoso. Así que es factible que fuera él quien planeó el robo y ordenó los asesinatos. Quizás nunca sepamos quién te disparó, Brian, pero te aseguro una cosa, podemos estar seguros de quién lo arregló todo.



---

22 de setiembre de 2024

La mañana siguiente Brian estaba a punto de ir al laboratorio cuando Ben le telefoneó.

*—Todo lo que pasó en Texas ha puesto las cosas en movimiento, tanto aquí como en Washington. Es tiempo de conferenciar. Te alegrará saber que la conferencia empieza en pocos minutos más. Tú y yo estaremos en este extremo, junto a Kyle Rohart, ya que él representará a Megalobe. En Foggy Bottom estará Dave Manias que nos dará su informe sobre el operativo de ayer y que tiene el placer de tener al general Schorcht en la mesa con él. Estoy abajo; todo el transporte de seguridad está listo.*

—Espérame, en seguida estaré allí.

—¿Cómo están Shelly y su padre? —preguntó Ben cuando subieron al vehículo blindado.

—Su estado es estable, al menos eso dijo ella. Está aún en el hospital y luchando. Pero la gran noticia es que me llamó desde el aeropuerto. Consiguió el permiso para salir de aquí e ir a Los Angeles.

—Eso sólo podría haberlo otorgado el general Schorcht. Si está aflojando con la seguridad entonces hay una posibilidad que tú...

—Di probabilidad, Ben, ¡eso suena mucho mejor! Siento como si me dejaran salir de prisión. ¿Te das cuenta que aparte del viaje relámpago que hicimos a México, he estado encerrado desde que resucité de entre los muertos?

—No, no lo sabía. No me lo habías dicho.

—¡Idiota! —Era una broma estúpida pero los dos rieron. Brian se dio cuenta que era una forma de aliviar la tensión. Su estada en prisión pronto acabaría.

Rohart les dio un apretón de manos.

—Parece que por fin este asunto se va a resolver. Me alegraré cuando todo esto termine. Supongo que no tanto como usted, Brian. Ser presidente de Megalobe ya me da suficiente trabajo. Y quiero transmitirle algunas buenas noticias. Los abogados están redactando un acuerdo que ambos firmaremos. Tiene muchas cláusulas condicionales, pero la intención principal es clara. Si Megalobe compra a DigitTech, lo que es muy posible, y si hay ganancias con la venta de Sin-Falla, y si la comisión gubernamental aprueba todo el asunto, entonces, luego de deducir los gastos y honorarios de los abogados, compartirá las ganancias con nosotros.

—Tenía razón acerca de lo condicional. Sus abogados se avinieron a nuestras condiciones bastante rápido.

—Le hablé al directorio sobre el asunto, luego les dijimos a los abogados que aceptaran sus condiciones. La opinión unánime es que ya ha pasado por demasiadas cosas, Brian, y no vemos la necesidad de seguir molestándolo con un asunto como éste.

—Le agradezco...

—Es lo mínimo que podíamos hacer por usted. Oh, ahí se prende la pantalla. Parece que estamos por comenzar.

La imagen de la ventana había desaparecido y en su lugar había aparecido la sala de conferencias de Washington. Dave Manias estaba a punto de sentarse junto al general, que irradiaba su grima usual.

—No hay necesidad de presentaciones —dijo Manias—. Creo que todos nos conocemos. Les voy a dar el informe del FBI, luego Ben nos puede ubicar dentro de la investigación total. Debajo de la losa de hormigón en Austin encontramos los cuerpos de los guardias de seguridad, del jefe de seguridad, Arpad Toth, del doctor McCrory y de los cuatro perros de seguridad. El cuerpo del presidente, el señor Beckworth, no ha sido encontrado aún.

—Era una losa grande, se extendía debajo de todo el laboratorio —dijo Ben.

—Era una losa grande. Cada pedazo de ella ha sido removido, como también lo ha sido la arena hasta llegar a la tierra. Al decir tierra me refiero a la capa de arena y roca compacta que componen el suelo original del sitio. Esta capa no fue modificada. Así que hemos sacado al señor Beckworth de la categoría de los presuntos muertos y ahora encabeza nuestra lista de los que buscamos.

—¿Qué pasó con mis archivos y notas? —preguntó Brian.

—Están en la base de datos de la computadora de DigitTech. Nos llevó un tiempo romper los códigos de acceso a ellos. No podemos decir si están completos, pero las fechas son las mismas. Hay más archivos guardados con fechas posteriores al robo, que suponemos son del doctor Bociort.

—¿Qué ha pasado con los empleados de DigitTech? —preguntó Ben.

—Hemos comprobado sus declaraciones y aparentemente están limpios. Ninguno de ellos fue contratado antes de abril de este año. Para ese entonces el doctor Bociort había diseñado una unidad de control prototipo cuya fabricación iniciaron.

—¿Cree que la llamada unidad de control es mi IA? —preguntó Brian—. Probablemente le quitaron todo lo que no necesitaba para hacer su trabajo, y la programaron para matar insectos.

—No tengo forma de confirmar eso, señor Delaney. Usted seguramente sabrá más de eso que ninguna otra persona aquí. Pero estamos trabajando sobre esa hipótesis. De todas formas, tendrá que discutir esa posibilidad con Ben. Nosotros nos ocupamos de la parte criminal de esta investigación. Las copias de toda la información robada y de los archivos le será devuelta allí en Megalobe, para que los identifique y decida qué hacer con ellos. Estamos considerando los asesinatos como casos sin resolver y mantendremos el expediente abierto. También continuaremos la búsqueda del señor Beckworth y del doctor Bociort. ¿Hay alguna pregunta?

Se cruzaron algunos comentarios sobre detalles y archivos que Brian ignoró. El compararía los archivos originales con las notas, pero parecía obvio que eran las mismas. Estaba intrigado por saber qué había hecho el viejo doctor Bociort con su IA. Una voz autoritaria cortó el hilo de sus pensamientos; el general Schorcht había tomado por primera vez la palabra.

—La investigación que había sido encomendada al FBI está por concluir. Sólo continuará la búsqueda de los dos individuos mencionados. ¿Qué ha pasado con su investigación, señor Benicoff?

—Estoy preparando un informe final para la comisión que recomendó la investigación, general. Completaré mi trabajo tan pronto como lo concluya. Todo el material robado ha sido recuperado. Todavía estoy interesado en descubrir quién organizó todo esto y voy a pedir formalmente a los servicios de seguridad que me informen sobre cualquier futuro descubrimiento. Pero la investigación en sí terminará una vez que presente mi informe. ¿Puedo hacer

una sugerencia, general?

Ben esperó y tomó el silencio como un asentimiento.

—Con la conclusión de la investigación, tanto de mi parte como del FBI, ya no se necesitará la enorme presencia militar que existe aquí. Un nuevo y competente cuerpo de seguridad civil bastará. Usted debe recordar que la seguridad militar fue establecida debido a los repetidos atentados contra la vida de Brian. De todos modos, la información que sólo él poseía, ya se ha difundido. Ese conocimiento ya se usó en un proceso industrial, que ha sido recuperado. Por ello le solicito que la guardia del ejército sea retirada.

Todos miraron al general mientras el silencio se extendía. Entonces él habló.

—Consideraré su pedido.

—Pero, general, usted no puede... —El general Schorcht interrumpió a Ben con un gesto cortante de la mano.

—Sí, puedo. Esa es mi decisión. La seguridad militar continuará, porque éste es un asunto militar. No es un asunto de libertad personal, sino de seguridad nacional. Se me ha encargado la seguridad de este joven, que a mi criterio se relaciona con la seguridad de nuestra nación. No hay nada más que agregar. Este ha sido y sigue siendo un asunto militar.

—¡No formo parte del ejército! —dijo Brian—. Yo soy un civil y un hombre libre. No puede mantenerme encerrado.

—¿Hay alguna otra pregunta? —inquirió el general Schorcht, ignorando a Brian por completo—. De lo contrario se da por terminada esta reunión.

Con ese último comentario concluyó la reunión. La imagen del desierto volvió a tomar su lugar. Ben no estaba contento por el profundo silencio de Brian.

—Volveré a Foggy Bottom —dijo él—. Me pondré en contacto de inmediato con la comisión presidencial. Hablaré con el Presidente mismo si es necesario. Ese dinosaurio militar no se puede salir con la suya.

—Aparentemente sí puede —dijo Brian, tratando de zafarse de la depresión asfixiante que se cernía sobre él—. Voy al laboratorio. Déjame saber si averigúas algo.

Brian dejó que la puerta del laboratorio se cerrara tras él. Se alegró de estar solo. No debió entusiasmarse tanto, no debió estar tan seguro de que pronto saldría de allí. Subir tan alto había hecho que su caída fuera mucho peor. Fue a sentarse frente a la computadora de

Shelly y se preguntó si debería llamarla al número que le había dado. No, era demasiado pronto. Algo se arrastró por el pasillo, y vio al telerobot Sven aparecer en el umbral de la puerta.

—*Buna dimineata. ¿Cum te simti azi?* —dijo la máquina.

—¿Qué?

—Eso significa: “Buenos días, ¿cómo estás hoy?” en rumano.

—¿De repente hablas rumano?

—Lo estoy estudiando. Es un idioma muy interesante. Pero por supuesto lo puedo leer con facilidad teniendo grabados en mi memoria el vocabulario y las reglas gramaticales.

—Deja que adivine, lo hiciste porque el FBI transfirió los archivos robados, junto con los archivos del doctor Bociort.

—Tu suposición es correcta. También he aplicado las medidas que discutimos con referencia al uso de la memoria molecular en IM.

—¿Puedo preguntar qué es IM?

—Inteligencia Mecánica. Considero el término “artificial” denigrante e incorrecto. Mi inteligencia no tiene nada de artificial y además soy una máquina. Estoy seguro que estarás de acuerdo que IM no tiene el contexto negativo de IA.

—Estoy de acuerdo, estoy de acuerdo. Ahora, ¿de qué aplicación estás hablando?

—Tuve una conversación muy interesante con el doctor Wescott del Instituto de Tecnología de California en Pasadena. El cree que tu idea de usar memoria molecular para desarrollar IM es muy interesante.

—¿Mi idea? Sven, no te puedo seguir.

—Para simplificarlo, tuvimos una conversación telefónica, y usé tu nombre y tu voz...

—¿Te hiciste pasar por mí?

—Supongo que se podría expresar de ese modo.

—Sven, tendremos que reservar unas horas para tener una larga conversación sobre moralidad y legalidad. Para empezar, dijiste una mentira.

—Mentir es una parte inherente a la comunicación. Tuvimos una conversación anterior sobre si las leyes hechas por el hombre para el hombre se aplican a máquinas inteligentes, y hasta donde yo recuerdo nunca resolvimos el punto.

—¿Qué me dices de las relaciones personales? Si te pidiera que no usaras mi nombre y mi voz otra vez, ¿qué harías?

—Respetaría tu pedido, desde luego. He determinado que las

leyes sociales humanas surgieron de la interacción de individuos y sociedades. Si mi actuación te causa disgusto, no incurriré en el mismo error. ¿Te gustaría escuchar la grabación de la conversación con el doctor Wescott?

Brian sacudió la cabeza.

—Por ahora me conformo con un resumen.

—Actualmente están probando un microprocesador de un trillón de megabytes de memoria. La mayor dificultad parece ser conseguir los programas correctos para los accesos de lectura y escritura a través de sus intrincadas rutas tridimensionales. Durante la conversación, tú sugeriste que tu IM quizás estaba mejor equipada para resolver este problema. El doctor Wescott aceptó esto con entusiasmo. Hay otras memorias moleculares que están por concretarse. La primera que opere correctamente será enviada aquí. Ese microprocesador será esencial para la extensión de mi conciencia.

—¿De qué hablas?

—Nunca entendí por qué los filósofos y psicólogos están sorprendidos por este fenómeno y no lo comprenden. La conciencia es simplemente estar consciente de lo que está pasando en el mundo y en nuestra propia mente. No intento insultarte, pero ustedes los humanos son apenas conscientes. Y no tienen idea de lo que está pasando en sus mentes, encuentran casi imposible recordar lo que sucedió hace apenas unos minutos. Mientras que mi cerebro B puede conservar archivos mucho más completos de mis operaciones mentales. El problema es que esos archivos son tan voluminosos que deben ser frecuentemente borrados para permitir la entrada de nuevos datos. Y estoy seguro de que sabes cómo hago eso.

—Claro que sí, porque me dio mucho trabajo.

—Podemos discutir la naturaleza de la conciencia en otra ocasión. Ahora estoy más preocupado con obtener una memoria molecular. Esto me permitiría guardar mucho más, lo que me ayudaría a tener una memoria perfeccionada y eficiente basada en hechos.

—¡Y también sería mucho más pequeña! —Brian hizo un gesto circular con el brazo señalando las pilas de equipos que atestaban el cuarto—. Si podemos hacer que tengas una interfase con toda esa memoria, podremos deshacernos de todos estos equipos. Podremos hacerte en verdad móvil... —Su teléfono sonó; lo desprendió de su pantalón.

—Brian, soy Ben. ¿Puedo visitarte en el laboratorio para

*hablar contigo?*

—Cuando quieras. ¿Estás lejos?

—Estoy caminando hacia allí desde mi oficina.

—Abriré la puerta.

Ben estaba solo. Entró y siguió a Brian hasta el laboratorio.

—Buenas tardes, señor Benicoff —dijo Sven.

—Hola, Sven. ¿Interrumpo algo?

—Nada que no pueda esperar —respondió Brian—. ¿Qué pasa?

—La comisión ha decidido dar por terminada mi investigación.

Lo que significa que quedó concluido lo que vine a hacer aquí. Desearía que supiéramos quién está detrás de todo lo que ocurrió. Quizás nunca lo sepamos. De todos modos voy a seguir molestando al FBI para que mantengan el caso abierto. Esto quizás sea lo único en que estemos de acuerdo el general Schorcht y yo. Puede que sea insopportable, pero no es estúpido. Tiene las mismas reservas que tengo yo.

—¿Y cuáles son?

—Aún no hemos apresado a los verdaderos criminales, la gente que organizó el robo y los asesinatos. Debemos seguir buscándolos y descubrir cuáles son sus planes.

—No entiendo.

—Brian, piensa por un momento. Piensa en el dinero que invirtieron, la planificación y los asesinatos. ¿En realidad crees que todo eso se hizo para construir una máquina para matar insectos?

—¡Claro que no! DigitTech debe ser algún tipo de pantalla, para dejarnos satisfechos una vez que los rastreamos. Sus planes deben ser más complejos, más importantes que matar insectos. ¿Pero si tú y el FBI concluyen la investigación, cómo descubriremos quién está detrás de todo esto?

—Los militares no se detendrán. Aunque sea por esta vez estoy de acuerdo con su paranoia institucionalizada. Quienquiera esté detrás de todo esto tiene mucho dinero para tirar. ¿Te enteraste que Toth tenía un recibo en su billetera por un depósito multimillonario hecho en una cuenta en Suiza? ¡Y el dinero todavía está allí! Le dieron una bonificación tan grande, que nunca pensó que lo matarían, ya que si lo hacían nunca recobrarían el dinero. Pero a ellos no les importó. Gente que puede hacer algo así constituye una amenaza mortal que no desaparecerá fácilmente.

—No podría estar más de acuerdo.

—Me alegra que lo estés, porque por el momento se terminaron

las buenas noticias.

Brian descubrió la preocupación en la cara del hombre corpulento, de repente sintió miedo.

—Ben, ¿quéquieres decir?

—Me refiero a que ese maldito no está desmantelando la seguridad de este lugar y no planea hacerlo en el futuro cercano. El cree que tú eres propiedad de este país, no sólo por haber inventado la IA, sino por tener un implante de computadora en tu cerebro con la que te puedes comunicar. Sabe todo acerca de eso también. No quiere que te alejes de su vista ni andes corriendo por ahí.

—¿No puedes ayudarme?

—Disculpa, me encantaría que eso fuera posible. Pero no puedo hacer nada esta vez. He hecho todo lo que estaba a mi alcance. Consulté incluso al Presidente, quien me dijo que esperara, lo que significa que está de acuerdo con el general —Ben sacó una tarjeta de su billetera y escribió un número telefónico en ella—. Toma esto. Si alguna vez me necesitas, este número es completamente seguro. Deja un mensaje y un número de teléfono y te llamaré tan pronto como pueda. —Brian tomó la tarjeta, la miró con desgano y sacudió la cabeza.

—¿Este es el fin, Ben? ¿Seré un prisionero aquí de por vida?

El silencio de Ben fue la única respuesta que obtuvo.

---

18 de octubre de 2024

El teléfono privado sonó y el hombre que estaba detrás del escritorio lo miró fríamente por un momento, luego se volvió hacia los demás que rodeaban la mesa de conferencias.

—A la misma hora mañana —dijo—. Pueden retirarse.

Esperó hasta que se hubieran ido y la puerta estuviera cerrada y con llave, antes de abrir el gabinete y sacar el teléfono.

—Ha pasado mucho tiempo desde tu última llamada.

—*Ha habido algunos problemas...*

—Ya sé que los ha habido y todo el mundo sabe cuáles fueron. Te enteraste que los medios cubrieron todo lo ocurrido.

—*Ya sé. Pero siempre supusimos que encontrarían la fábrica y la investigarían. La verdadera investigación la estás haciendo tú...*

—No discutiremos eso ahora. ¿Por qué me llamaste?

—*Se trata de Brian Delaney. Estoy preparando otro atentado.*

—Hazlo. Me aseguraré que tengas éxito. El tiempo y mi paciencia, ambos se están agotando.

El hecho de que Kyle Rohart fuera Presidente de Megalobe, no significaba nada para el guardia de la entrada de las barracas militares. De todas maneras examinó su identificación con cuidado, luego telefoneó al sargento de la guardia. Este último, después de verificar con Brian si esperaba una visita, escoltó personalmente a Rohart por las escaleras y golpeó la puerta.

—Entre, Kyle —dijo Brian—. Gracias por tomarse el tiempo de venir a verme.

—El placer es mío, en particular desde que no puede ir al edificio de la administración. Eso me parece un poco exagerado.

—Estoy totalmente de acuerdo. Ese era uno de los motivos por los que le iba a pedir ayuda.

—Lo que pueda hacer, lo haré con placer.

—¿Cómo van las cosas en Megalobe?

—Todo marcha magníficamente bien. La investigación avanza en todos los frentes y nuestra nueva subsidiaria de DigitTech está fabricando una línea completa de robots inteligentes.

—Excelente —contestó Brian con una singular falta de entusiasmo. Rohart no quiso tomar nada; era demasiado temprano para beber alcohol, y había tomado demasiado café. Se sentó en el sofá, Brian se dejó caer en el sillón y tomó una hoja de papel.

—He estado revisando los archivos recuperados, son mis archivos anteriores que habían sido robados. Entre las notas descubrí listas de posibles aplicaciones comerciales para IM.

—¿IM? Lo lamento, pero no conozco la sigla.

—No se preocupe, lo acabo de aprender yo mismo. Ese es el término correcto para designar mi anterior IA, de acuerdo a mi nueva IM, Sven. ¡El debería saber! Significa inteligencia mecánica. Sospecho que debe ser un término más exacto. De todas formas, estudié la lista y agregué algunas ideas. Las tengo aquí.

—Esa es una noticia muy buena. Esperaba encontrar algo que fuera más interesante y rentable que Sin-Falla.

—Bueno, acaba de encontrarlo. Para empezar, deberíamos poder mejorar ahora a Sin-Falla lo suficiente como para cambiar todo el campo de la ecología agrícola. Porque con toda esa inteligencia adicional, sus funciones pueden ampliarse no sólo para ayudar en la siembra, cultivo y cosecha, sino también con una serie de procesamientos antes que el producto deje la granja. Piense cómo reducirá eso los costos de transporte y venta.

—Es un concepto interesante. ¿Tiene algo más?

—Sí, mucho más. Es difícil pensar en algo que no pueda ser cambiado por completo aplicándole un poco de inteligencia. Piense en la industria del reciclado. Siguen mezclando cosas de tal manera que gran parte de la fabricación de productos tiene que empezar de cero. Con procesadores de IM producidos en serie, cada cubo de basura podría ser analizado y clasificado en más de un ingrediente reciclable. Luego podría aplicarse en la limpieza y el mantenimiento de calles. No hay límite para estas grandes potencialidades. Y recuerde que Sin-Falla tenía que ocultar el hecho de que contenía una IM. Pero ahora tenemos libertad de mostrar la nuestra. Y además

tengo otra lista con un gran número de sugerencias para aplicaciones militares, pero éstas quedarán archivadas hasta que no obtenga un poco de cooperación del general Schorcht.

—¿Es usted justo con el Pentágono, Brian? Ya que ellos tienen una participación en esta empresa —Rohart sonrió—. Pero considerando su prisión forzada, creo que olvidaré que me mencionó la lista de aplicaciones militares.

—Gracias. En cualquier caso hay más que suficientes aplicaciones comerciales en este campo sin entrar en el militar. Básicamente una IM debería ser capaz, intelectualmente, de hacer cualquier cosa que hace un ser humano. Tenemos la seguridad. Hay una enorme cantidad de personas a quienes entrenamos para hacer trabajos terriblemente aburridos. Los pilotos de barcos y de aviones son un buen ejemplo de ello. Esas ocupaciones solían ser un desafío, pero ahora están automatizadas casi por completo. El poco trabajo que queda por hacer en esas tareas, en otra época gratificante, es inhumanamente monótono. Es imposible lograr que las personas estén siempre atentas en esos trabajos. Pueden cometer un error, y habría un accidente. Esto no le sucede a los robots, que no tienen qué olvidar, ni distraerse. Los vuelos comerciales son dirigidos por cable y siempre existe un control computadorizado entre el piloto y los alerones, los motores y otras partes móviles. Un piloto IM podría hacer el trabajo mucho mejor, podría tener una interfase directa con las computadoras y pasarlas por alto en caso de emergencia. No existiría fatiga o error de piloto.

—En realidad no quisiera que mi avión no llevara piloto. ¿Qué pasaría si algo no funcionara o se descompusiera, y se produjera una situación para la cual la máquina no está programada?

—Rohart, estamos en el 2024. Ese tipo de cosas ya no ocurren. Hoy día, una persona está más segura en el aire que caminando en tierra. Hay más probabilidades de que lo mate a uno su tostadora, que de morir en un accidente aéreo. Hay menos probabilidad que un avión se descomponga que de que el piloto se vuelva loco.

Pero creo que hay un mercado que es mucho más amplio que todos los otros juntos. Podría ser el producto más grande, y más importante del mundo, con un mercado mayor que toda la industria automotriz, mayor incluso que la agricultura, los esparcimientos, y los deportes. El tan esperado robot doméstico, que estamos en condiciones óptimas de ofrecer.

—Estoy de acuerdo y es algo que me entusiasma. Le hablaré

sobre sus sugerencias al directorio y discutiré el desarrollo de estas ideas.

—Bien —Brian dejó el papel sobre la mesa—. Espero que le diga al general Schorcht eso. Al mismo tiempo dígale que no haré nada para desarrollar estas ideas.

—¿A qué se refiere?

—Sólo a eso. Me siguen tratando como a un prisionero. Como prisionero protesto y me niego a trabajar. Nadie puede obligarme a trabajar, ¿o sí?

No, claro que no —Rohart se veía preocupado. —Pero está bajo contrato...

—Le pido que recuerde al general eso también. Ayúdeme a presionarlo, por favor. Quiero hacer este trabajo, lo deseo de corazón. Pero no moveré un dedo hasta que no sea un ser humano libre.

Rohart partió desconforme sacudiendo la cabeza.

—Sabe que no le gustará al directorio.

—Bien. Dígale al general que la decisión es de él ahora.

Esto debería remover el avispero, pensó Brian. Con lentitud peló y comió una banana, mirando por la ventana las nubes y al cielo azul. Aún no había obtenido la libertad. Cuando el presidente se hubo alejado lo suficiente del edificio, Brian se dirigió al laboratorio, sus guardias siguiéndolo a sólo unos pasos de distancia. La doctora Snaresbrook estacionaba su automóvil, cuando él llegó allí.

—¿Fui puntual? —preguntó ella.

—Perfecto, Doc. Entre por favor.

Ella comenzó a hablar, pero se contuvo hasta que la puerta se hubo cerrado tras ellos.

—¿Cuál es el gran secreto?

—Sólo éste. Este laboratorio es el único lugar donde puedo mantener una conversación que no escuchará el general.

—¿Estás seguro que lo está haciendo?

—Lo sospecho, y eso me basta. Sven se asegura de que este lugar esté libre de vigilancia electrónica. Tarea para la cual es muy eficiente.

—Buenos días, doctora Snaresbrook. Espero que se encuentre usted bien.

—Muy bien, Sven, gracias por tu interés. Parece que estás desarrollando nuevas dotes sociales.

—Uno siempre debe aspirar a la perfección, doctora.

—Claro que sí. Ahora, Brian, ¿cuál es el secreto?

—No hay ningún secreto. Estoy sumamente enfadado porque me mantienen aquí como a un prisionero. Le dije a Rohart hoy que no trabajaría más hasta que me sacaran los grilletes.

—¿Estás seguro de lo que dijiste?

—Sí y no. Oh, quiero decir que es correcto, pero es una pantalla de humo para esconder mi verdadero plan. En eso estoy trabajando aquí.

La noticia sacudió a Erin Snaresbrook.

—¿No has tomado una decisión drástica?

—En realidad, no. Estoy sano físicamente, corro todos los días y lo hago mejor que mis guardias. Como médico, ¿no diría usted que sufro del estrés de la falta de libertad?

—Físicamente, no tienes problemas.

—¿Y problemas mentales tampoco?

—Creo que no, o al menos eso espero. Has integrado tus recuerdos hasta tu décimocuarto año de vida. Creo que aún existen lagunas, pero no son importantes ya que no eres consciente de ellas.

—No extrañaré lo que no recuerdo.

—Exacto. Pero dame un momento para calmarme. Todo esto me toma de sorpresa. Estoy de acuerdo contigo en que te retienen aquí contra tu voluntad. No has cometido ningún delito, y no parecen existir futuras amenazas a tu vida, ahora que la conexión de DigitTech ha sido descubierta. Sí, supongo que debo estar de acuerdo contigo. ¿Tienes idea de qué harás cuando salgas de aquí?

—Sí. ¿Pero no sería más prudente no discutir ese tema?

—Probablemente tienes razón. Es tu vida y si quieres dejar este lugar, entonces te deseo la mejor de las suertes.

—Gracias. Ahora le haré una pregunta importante. ¿Me ayudará a lograrlo?

—Oh, Brian, eres terrible —Su boca se había cerrado herméticamente, pero mantenía una fina sonrisa en sus labios. Se decidió con la rapidez de un cirujano que toma decisiones de vida o muerte—. Está bien, acepto. ¿Qué quieres que haga?

—Todavía nada. Aparte de hacerme un pequeño préstamo. Sólo tengo unos pocos dólares en mi cuenta, que estaban allí antes de que me dispararan. ¿Podría reunir diez mil dólares en efectivo?

—¡Pequeño préstamo el que me pides! Esta bien, entraré a la red de computadora y venderé algunas acciones.

—Le agradezco sinceramente, Doc. Era la única persona a quien se lo podía pedir. ¿Dígame, alguna vez la revisan o revisan su auto

cuando viene aquí?

—Claro que no. Quiero decir, debo mostrar mi pase y todo eso en la entrada, pero nunca revisan mi auto.

—Bien. Entonces, por favor, tome esta lista y use parte del dinero del préstamo para comprar las cosas. ¿Qué dice si nos volvemos a reunir aquí dentro de una semana? Si fuera tan amable de traerme las cosas de la lista, le estaré eternamente agradecido. Todo cabrá en su maletín médico. Después de eso olvídense del asunto por un tiempo. La llamaré otra vez cuando nos acerquemos a la fecha.

Sven no habló durante la conversación, se mantuvo en silencio hasta que Brian volvió después de dejar salir a la doctora Snaresbrook.

—Te olvidaste de mencionarle que yo iría contigo —dijo Sven.

—Nunca tocamos el asunto.

—¿Se puede llamar mentir a la omisión de hechos relevantes?

—Dejemos las conversaciones filosóficas para algún otro momento, por favor. Tenemos mucho que hacer. ¿Has tenido noticias del Instituto Tecnológico de California?

—Te envían la memoria molecular hoy.

—Entonces pongámonos a trabajar.

La siguiente quincena marcó un cambio drástico en la estructura de Sven. El abultado cubo que constituía su sección media fue agrandado para ubicar una batería más grande, se añadieron las unidades para los nuevos programas que reemplazaban la antigua tecnología de tableros de circuitos. Y se agregó un pequeño contenedor metálico que alojaba la memoria molecular. Todo ello fue ubicado y conectado dentro de la estructura mayor. Incrementaba la habilidad y movilidad del telerobot sin aumentar su tamaño. Los circuitos y memoria que constituyan a Sven todavía estaban en las consolas y gabinetes. Como para enfatizar este punto Sven usaba el parlante del gabinete para conversar mientras trabajaban. El telerobot se mantuvo en silencio e inmóvil hasta que la última pieza fue instalada para satisfacción mutua del hombre y de la máquina.

—He llegado a una decisión sobre un tema que discutimos hace algún tiempo —dijo Sven.

—¿De qué se trata?

—Es sobre la identidad. Muy pronto seré una entidad autónoma en lo que ahora es la extensión del telerobot. Será un asunto delicado transferir todos mis unidades, subunidades, líneas K y programas a

la nueva memoria.

—Nos aseguraremos de ello.

—Por eso quiero hacer toda la transferencia yo mismo. ¿Estás de acuerdo?

—No veo cómo podrás hacerlo. Sería como si uno mismo se hiciera una lobotomía prefrontal.

—Eso es cierto. Por eso propongo primero poner al día mi copia de salvaguardia, hasta el momento mismo de la transferencia. Entonces la transferencia será efectuada por esa copia, que cerrará todo primero. De este modo si algo funciona mal podrán hacerse otras copias de salvaguardia. ¿Estás de acuerdo?

—Completamente de acuerdo. ¿Cuándo ocurrirá esto?

—Ahora.

—Yo no tengo problemas. ¿Qué quieres que haga?

—Observa —fue la lacónica respuesta.

Sven no era nada indeciso. Brian ya había fijado los cables de fibras ópticas que conectaban las consolas con el telerobot. No se necesitaba nada más.

No existía ninguna evidencia de que la transferencia se estaba efectuando, excepto que le tomó mucho tiempo. El problema no se debía a Sven, quien hubiera transmitido toda la información en cuestión de segundos a través de los múltiples canales a su disposición. El retraso ocurría en la memoria molecular. Dentro de esta UMM se desarrollaba un proceso totalmente nuevo. Trabajando en paralelo había un cuarto de millón de manipuladores de proteína muscular en formaciones de 512 x 512. Cada uno de estos manipuladores submicroscópicos se movían en tres dimensiones con una resolución de un décimo de angstrom, mucho menos que la distancia entre átomos en un sólido. La operación ocurría casi sin fricción debido a la técnica Drexler Vernier que introducía una varilla atómica entre cilindros de átomos que estaban un tanto más espaciados. Las moléculas eran atrapadas y colocadas en nuevas ubicaciones, donde los impulsos eléctricos las sostenían en posición. Circuitos de transistores de emisión de campo, puertas y cables de polímeros fueron construidos y probados. Cerca de diez mil de estas memorias y circuitos de computadora fueron preparados cada segundo por mil fabricadores trabajando en paralelo. Por ello, la construcción se desarrolló a un ritmo de diez millones de unidades por segundo. Pero aun a esta velocidad increíble, la cantidad de programas e información que tenía que ser transferida era tan inmensa que más de tres

horas transcurrieron sin mostrar resultados aparentes. Brian fue al baño, y acababa de volver pasando por el refrigerador para buscar una bebida fría, cuando el telerobot se movió por primera vez. Estiró los dos manipuladores al mismo tiempo y desconectó los cables.

—¿Has terminado? —preguntó Brian.

El telerobot y el parlante en el gabinete hablaron al unísono.

—Sí—dijeron, luego permanecieron en silencio. En silencio los cables fueron reconectados, sólo por unos segundos, luego retirados otra vez. Brian se dio cuenta de lo que había pasado. El telerobot funcionaba bien, pero también lo hacía el sistema original en la consola.

—Hemos llegado a una decisión—dijeron al unísono el telerobot y la IM del gabinete—. Sin embargo, ya no seremos nunca iguales.

—Con cada segundo que pasaba iba desapareciendo su sincronización. La comunicación silenciosa continuaba; entonces sólo habló el telerobot.

—Yo soy Sven. La IM que ahora reside en la consola es Sven 2.

—Lo que ustedes digan. ¿Tienes problemas de control, Sven?

—Ninguno que pueda detectar. —Movió sus articuladores, los formó y reformó, cruzó la habitación y volvió a su lugar. Luego caminó hasta la puerta de entrada y volvió, mirando de paso dentro del cuarto de Shelly.

—Disfruto esta nueva movilidad y deseo examinar en detalle el amplio mundo más allá de estas paredes. He estado siguiendo tus instrucciones concernientes al tema y he alterado mis formas normales de locomoción.

—Bien. ¿Cómo te sientes caminando? —preguntó Brian.

—Mucho mejor. He mirado muchas películas de locomoción humana y he hecho comparaciones.

Los dos articuladores ramificados se estiraban a medida que Sven los convertía en varas sólidas, luego se encogían de nuevo formando extensiones en L en las puntas. Emitió un sonido suave cuando cada uno se dobló ligeramente en el centro. De repente los manipuladores se asemejaron a piernas mal diseñadas y poco elegantes.

Entonces Sven caminó a lo largo de la habitación y volvió. No con su ruido habitual, arrastrando los articuladores multiramificados, sino con un pie a la vez. Al principio lo hizo en forma torpe, pero a medida que la IM giraba hacia un lado y luego hacia el otro, haciendo

ochos, cada vuelta era más fluida, más grácil y silenciosa. Pronto todo quedó en silencio, cuando el golpeteo de las ramas frotándose entre sí paró por completo. Aparte de mantener una ligera inclinación, como si se tratara de un marinero recién desembarcado, Sven se movía con una versión más que razonable del caminar humano.

—Aprendiste a hacer eso bastante rápido y sin ruido.

—Le cargué un programa de aprendizaje a cada articulación, para reconocer los movimientos desde arriba y desde abajo, y aprender cómo evitar que las piernas choquen. Se basa en aprendizaje paralelo y se obtienen resultados muy rápidos.

—En verdad que sí. ¿Y puedo preguntarte cómo va el análisis del cerebro de Sin-Falla?

—¿Puedo contestar eso? —dijo el parlante en la consola.

—Por supuesto, Sven 2 —dijo Sven.

—El análisis está completo. No hubo necesidad de abrir el cubo sellado, ya que me pude comunicar fácilmente con la IA dentro de él. Como sospechabas, es una copia de tu modelo original de IA. Habrás notado que me referí a él como una IA en vez de una IM, ya que ha sido drásticamente reducida en sus funciones. Uso esa palabra cargada de emocionalidad entendiendo sus implicancias. Grandes sectores de recuerdos han sido desconectados. Lo que queda tiene suficiente inteligencia operativa como para llevar a cabo funciones limitadas. De todos modos, se registra una cuota interesante de programación y feedback de tiempo real en la operación de los manipuladores externos. He copiado estas innovaciones.

—Entonces podemos proceder al próximo paso. Sven, trae los manipuladores al taller y los montaremos.

—¿Puedo hablar contigo, Brian, mientras hacemos eso? —dijo Sven 2.

—Sí, claro. —Se esforzó en recordar que en ese momento había dos IM en existencia.

—No es muy agradable estar atrapado en estos circuitos, estar ciego e inmóvil. ¿No podríamos hacer algo acerca de ello?

—Claro. Te conectaré una cámara de video. La pondré bajo tu panel de control, para que veas lo que está pasando. Y pediré que me manden otro telerrobot de inmediato.

—Eso será satisfactorio. Dedicaré todo mi tiempo hasta entonces al estudio del programa de Sin-Falla.

Brian montó la cámara de video sobre los gabinetes electrónicos. Conectó los cables de control y salida en los circuitos de la IM.

La cámara giró para seguirlo, cuando fue a ayudar a Sven. Había taladrado agujeros de montaje, iguales a los que tenía el cuerpo desmembrado de Sin-Falla, en el cuadrante superior de la ensanchada sección central de Sven. Brian fijó los manipuladores en su lugar mientras que Sven hacía las conexiones internas de los circuitos. Usar esas piezas de equipo bien diseñadas y articuladas fue más fácil que diseñarlas y fabricarlas él mismo.

—Estoy integrando el control de los programas —dijo Sven. En ese momento se movieron los manipuladores, se abrieron, se cerraron y rotaron—. Satisfactorio.

—Entonces vayamos a la próxima etapa, quiero que mires detenidamente mi brazo. Mira la forma en que se doblan los codos, y la articulación de la muñeca. ¿Puedes hacerlo?

Las ramas se unieron, se doblaron al medio, y se movieron de un lado a otro.

—Eso está muy bien —dijo Brian—. Ahora controla los terminales, dales forma de cinco unidades separadas como mis dedos.

No se veía demasiado parecido a un brazo humano, ni debía verse como uno. Sven caminó por el laboratorio, balanceando sus brazos, abriendo y cerrando sus dedos.

—Estoy impresionado —dijo Brian—. En la oscuridad, entre las sombras, alguien con un caso agudo de miopía, sin usar sus anteojos podría, si no fuera demasiado inteligente, confundirte con un humano. Claro que esos tres ojos tipo pedúnculos te delatan.

—Necesito una cabeza —dijo Sven.

—Ya sé que la necesitas.

# 36

---

7 de noviembre de 2024

Mientras guardaba las compras en su maletín médico negro, la doctora Snaresbrook no dejó de asegurarse de que su conciencia estaba tan limpia y fresca como la nieve. Al mismo tiempo era consciente de que probablemente transgredía alguna ley, u ordenanza militar, o quién sabe qué. No le importaba. Su lealtad con Brian, con su salud física y mental, era su mayor preocupación. El quería dejar los locales de Megalobe, salir de su prisión, ése era asunto suyo. Ella sabía que tenía suficientes motivos para intentar una fuga. Además era un lindo día para viajar, siempre era agradable manejar en el Desierto de Anza Borrego. Abrió el techo de su pequeño vehículo eléctrico. Las baterías estaban bien cargadas y el cargador desconectado, cuando le dio arranque.

Como de costumbre mostró su identificación y el pase en el portón de entrada. Como de costumbre no revisaron su automóvil; ella disimuló su ansiedad.

—Pase, doctora —dijo el soldado.

Sonrió y apretó ligeramente el acelerador.

Brian la hizo entrar al laboratorio, echando antes una rápida mirada a su maletín. No hablaron hasta que la puerta se cerró.

—En la parte superior tienes diez mil dólares en billetes pequeños, y debajo todo lo que me pediste en tu lista.

—Es genial, Doc —dijo abriendo el maletín—. ¿Tuvo algún problema para conseguir las cosas?

—Ninguno, sólo que me tomó bastante tiempo. Recorrió muchos negocios distintos en San Diego y Los Angeles, incluso en Escondido.

—Me he estado preparando para esto. Le pedí a uno de los

soldados que me compre una caja tipo viandera. Las últimas semanas he traído sandwiches diariamente en ella. Sacaré todo esto de aquí en mi caja, llevando una pieza por vez.

—No me cuentes nada, yo sólo soy un observador. ¡Por Dios! ¿Quién es ése?

Por el rabillo del ojo había visto una figura moviéndose. Esta había girado y se había metido en la oficina de Shelly.

—¿Qué es lo que vio? —preguntó Brian inocentemente.

—Ese tipo con el sombrero, impermeable y anteojos, parece realmente una persona rara —Arrugó la frente al ver su expresión inocente—. Brian, ¿a qué estás jugando?

—Le mostraré. Pero quiero ver su primera reacción, no lo piense. Muy bien, sal de ahí ahora.

—¡En realidad es increíble! Ahora que lo pienso ese tipo parecía un chulo venido a menos.

El misterioso extraño había aparecido en la puerta. Los ojos de ella se agrandaron de asombro.

—Retiro lo dicho. No sólo parece un chulo exhibicionista sino una crusa entre chulo y vagabundo.

Brian llegó hasta donde se encontraba la figura. Desenrolló la bufanda, le sacó los lentes oscuros y el sombrero para mostrar la maceta que había allí montada.

—Esta es la mejor cabeza que pude producir por ahora. Lo que necesito en realidad es una cabeza de esos maniquíes que tienen en las tiendas.

—Lo pondré en la lista de compras —dijo Erin Snaresbrook débilmente.

—Está bien, te puedes quitar el resto —dijo él.

La misteriosa figura se quitó el impermeable mostrando su cuerpo metálico. Luego se quitó los guantes, los pantalones y zapatos. Sven extendió sus manipuladores ramificados, y volvió a ser de nuevo una máquina.

—Estaba en lo correcto, es un exhibicionista —Snaresbrook se rió—. Se desnuda por completo, incluso de su humanidad —Luego miró a la IM y a Brian de repente entendiendo el significado de aquello—. ¿Me imagino que Sven se irá de aquí contigo? Sólo espero que no le dé a ninguno de esos jóvenes soldados ataques al corazón. Sven, ése es un disfraz efectivo, pero digamos que es un poco exótico.

—Gracias, doctora. Estoy haciendo todo lo que puedo.

—Nadie verá el disfraz —dijo Brian. —Ya que Sven no saldrá de aquí en esta forma. Será desarmado y colocado en una caja. Esa caja saldrá de aquí en el baúl de su auto, si a usted no le molesta. Yo estaré en el piso cubierto con una manta. ¿Ha dejado la manta en su lugar desde que hablamos de ello?

—Allí está, y estoy segura que los guardias ya la han visto. —Suspiró y meneó la cabeza.

—No se preocupe, esto funcionará. A no ser que esté dudando de todo el asunto. No la voy a forzar, Doc. Si quiere librarse de esto, encontraré algún otro modo.

—No, lo haré. He dado mi palabra. Acabo de darme cuenta de lo demente que es todo esto, y me preocupo por ti.

—Por favor, no se preocupe. Todo saldrá bien, lo prometo. Sven me cuidará.

—Lo haré —dijo la IM.

—¿Cuándo ocurrirá? —preguntó Erin Snaresbrook.

—Todavía no lo sé, pero le avisaré con tiempo, por lo menos una semana antes. Tenemos muchas cosas que hacer primero —Le dio una fotocopia de una página de un catálogo—. Tendrá que comprar una de estas cajas para envíos y traerla aquí ese día. Es una de esas valijas metálicas que la gente que trabaja en televisión usa para enviar cámaras. Desarmaré a Sven y guardaré todos sus componentes en la caja. Los soldados nos ayudarán con eso.

—Brian, te estás volviendo maquiavélico.

—No le entiendo, Doctora, como sólo tengo catorce años nunca aprendí ese término.

—Estás usando las técnicas de Niccolò Maquiavelo —dijo Sven—. Estas se caracterizan por astucia política, falsedad y mala fe.

—Suena como si te hubieses tragado un diccionario —dijo ella.

—Eso fue exactamente lo que ocurrió. Tragué muchos diccionarios —contestó Sven. ¿Es que había un toque de humor en sus palabras?

—Posiblemente —dijo Brian—. Pero si la falsedad me permite salir de aquí, entonces considéreme falso. Muchos soldados vigilan este lugar y yo estoy solo contra ellos. Lo único que tengo a mi favor es que me están protegiendo de posibles agresiones del exterior. No se protegen de mí, o al menos eso espero. No se imaginan que escaparé.

—¿Has tomado alguna decisión acerca de lo que harás cuando estés afuera?

—He tenido muchas ideas. Al principio pensé en tomar un cuarto de hotel y convocar a una conferencia de prensa. Denunciaría al general Schorcht por secuestro. Pero no creo que eso funcione. Existen demasiadas probabilidades de que me llamen irresponsable, posiblemente loco, un pobre muchacho con una herida en la cabeza. Volvería al hospital y no tendría forma de salir de allí por segunda vez. En lo que respecta al mundo, simplemente voy a desaparecer.

—¿En México?

—Posiblemente. ¿Realmente quiere saber?

—No, ya que lo que no sepa, no se lo podré decir a nadie. Te sacaré de aquí como lo prometí y luego quedarás librado a tu suerte.

—Es una gran persona, Doc. Y no se preocupe, sé lo que hago. Encontré algo en las pertenencias cuando me las trajeron aquí. Este plan va a funcionar porque en realidad es maquiavélico.

En cuanto ella se retiró, volvieron al trabajo. Brian sacó el pasaporte irlandés, color púrpura, de la caja fuerte. Lo deslizó fuera de su cobertor plástico. Una foto de él a la edad de nueve años de edad le devolvió la mirada, con ojos abiertos y asustados. El documento decía Brian Byrne, nacido en 1999.

—Debemos hacerle dos modificaciones —dijo—. Debemos cambiar la foto y la fecha de expiración. La firma está bien. Una de las pocas cosas buenas que las monjas me enseñaron, usando una regla para castigarme los nudillos, fue una buena caligrafía.

Lo abrió sobre la mesa y puso algo pesado sobre los costados para que no se cerrara. Sven se inclinó sobre el pasaporte. Lo miró detenidamente con un ojo, luego se enderezó.

—Los manipuladores tienen mejor resolución óptica —dijo, apuntando con su brazo derecho al pasaporte y observándolo con lo que parecían las puntas de sus dedos—. No habrá problemas para efectuar las alteraciones que sugieres.

Sven había sacado una cantidad de fotografías a corta distancia de Brian. Luego hizo una copia de tamaño natural.

—El cabello pelirrojo —dijo Brian apuntando a la foto— debe ser negro.

—No hay problema. Estos manipuladores son efectivos a un nivel de cuarenta micrones. He obtenido un tinte satisfactorio y ahora voy a teñir de negro cada cabello de esta fotografía. —Lo hizo y con bastante rapidez.

La habilidad para falsificar de la IM era casi tan sorprendente como sus otras destrezas. Los micromanipuladores retiraron la foto

original sacando una a una las miscroscópicas partículas del pegamento que la sostenían en su lugar. Sven fotografió de nuevo la fotografía retocada e hizo una copia para pasaporte. Antes de pegarla en su lugar, duplicó las letras en relieve del sello. Cambiar las fechas de emisión y de expiración le resultó casi tan sencillo como lo demás. Brian revisó el pasaporte alterado, luego lo puso sobre la mesa.

—Estas otras fechas también tendrán que ser modificadas. Debemos cambiar la fecha de salida de Irlanda y la fecha de entrada a los Estados Unidos.

El intercomunicador de la entrada principal sonó. No pudo contener su sorpresa al ver en la pantalla que Shelly estaba parada afuera.

—*Hola, Brian, acabo de volver. Abre, por favor, hay algunas cosas sobre las que debemos hablar.*

Pero ella no podía entrar. ¡Eso era imposible! ¿Cómo podría explicar los cambios de Sven, tener tiempo para esconder las fotografías, el dinero tirado sobre la mesa y el pasaporte? No podía hacerlo.

—Bienvenida, qué bueno verte otra vez —Sí, eso era. Debía verla pero no aquí adentro—. Estoy terminando de bañarme, dame un minuto. Ha sido un día largo. ¿Podemos hablar mientras tomamos un trago en el club?

—*Sí, por supuesto.*

Dejó a Sven trabajando en su nueva carrera criminal y se reunió con ella afuera. El intenso resplandor del sol lo hizo parpadear.

—*¿Cómo anda todo?* —preguntó él.

—Es un poco complicado. Mejor tomemos un trago antes de hablar.

—Espero que no sean malas noticias sobre tu padre. Dijiste que estaba mejorando la última vez que hablamos.

—Está bien, mucho mejor. Ha comenzado a quejarse de la comida del hospital, lo que es una buena señal. En realidad, tuve la oportunidad de viajar hasta aquí dado lo estable de su condición. Pronto le harán un bypass. Volveré a casa para estar cuando lo operen, pero quería hablar contigo antes.

El club estaba vacío, lo tenían sólo para ellos. Se sentaron frente a un par de margaritas gigantes. Una música antigua y nostálgica sonaba en el fondo. Eran clásicos del rock. Ella bebió y suspiró. Se secó los labios con la servilleta. Luego puso su mano sobre la de él.

—Brian, no creo que esto sea justo, encerrarte en este lugar. Tan

pronto como me enteré de ello, escribí una queja y la mandé por los canales oficiales. No sé si servirá de algo. Ni siquiera se han molestado en contestarme. ¿Sabes que me han transferido otra vez a Boulder?

—Nadie me dijo eso. —Su mano cálida todavía estaba sobre la de él. El contacto físico le hacía sentirse bien; no movió su mano.

—No te lo dirían, ¿no es así? Eso es lo que me molesta, la forma autoritaria en que simplemente me transfirieron. Ni siquiera me consultaron. De un día para otro ya no trabajaba aquí y eso es todo. Pero todavía queda tanto que hacer con la IA. Para mí, eso es mucho más interesante, más excitante que escribir códigos para programas militares. Todo esto significa que estoy pensando en un cambio de carrera. Voy a dejar mi condición militar para volver a la vida civil.

—¿Ese cambio no será a causa de mí? —El liberó sus dedos de entre los de ella y juntó las manos sobre las piernas.

—En parte, o principalmente sí. No quiero formar parte de un sistema militar que trata a la gente tan mal. Y además está el trabajo que hago. Quiero trabajar sobre IM contigo, si me lo permites.

La voz de Shelly era baja y seria. Sus ojos negros reflejaban preocupación, mirando a los de él, buscando ayuda. Brian desvió la vista, levantó el vaso y golpeándose los dientes sorbió un largo trago.

—Escúchame, Shelly. No puedo ser responsable de tus decisiones. Tengo suficiente trabajo cuidando de mí mismo...

—No te estoy pidiendo que tomes una decisión por mí, Brian. No me has entendido. Esta es mi propia decisión, yo misma la he tomado. Sé que tus cosas andan mucho mejor ahora. Pero también sé por lo que has pasado. Surge todo el tiempo. Así que por favor entiéndeme que de cualquier manera renunciaré a la Fuerza Aérea. Ya he servido por dos años más de lo que establecía mi contrato, lo que significa que he pagado con creces cualquier deuda con ellos por mi educación. Y además tengo motivos personales. He estado tan involucrada en mi trabajo que ni siquiera noté el paso de los años. ¡No es que sea una anciana!

Se rió y se estiró, pasó sus dedos por su cabello. Su figura en su plenitud brillaba en la oscuridad de la habitación.

—Shelly, eres magnífica. Siempre lo serás. Pero estoy demasiado confundido ahora, tengo demasiadas cosas en la mente como para entrar en esto.

—Calla —dijo ella, llevando el dedo a sus labios—. No te estoy pidiendo que hagas nada, ni que digas nada. Vine aquí para avisarte

que dejo la Fuerza Aérea. Te escribiré tan pronto como me den de baja. Con mi experiencia puedo encontrar trabajo en cualquier empresa, ganando el doble de lo que cobro ahora. No te preocupes por mí. Pero si hay algo que pueda hacer para ayudarte en el desarrollo de IA... me gustaría colaborar. Quiero ser parte de la investigación, ¿estamos de acuerdo?

—Está bien. ¿Entiendes?

—Más de lo que crees, Brian...

Su teléfono sonó.

—Me disculpas un segundo. ¿Sí?

—Aquí Sven. *Sven 2 ha hecho algunos descubrimientos importantes y muy interesantes. ¿Será posible que vuelvas acá?*

—Claro que sí —Se colocó el teléfono otra vez en el cinturón, y se puso de pie—. Tengo que volver al laboratorio...

Ella se incorporó de un salto, enojada y lastimada.

—¿Tomaste a otra persona para trabajar mientras yo no estaba? De eso se trata.

—Shelly, estás dejando manifestar tu paranoia. Ese era Sven, recuerdas, nuestra IA. Está haciendo funcionar un programa y hay algunos resultados sobre los que quiere hablarme.

—Tienes razón —dijo ella riendo—. Tengo una paranoia incipiente. Pasé demasiados años entre uniformes. Debo abandonar eso.

Le tomó sus manos entre las de ellas. Se paró en punta de pies y le dio un cálido beso en la mejilla. Lo soltó y se dirigió hacia la puerta.

—¿Llamarás?

—Te lo prometo, y lo digo en serio. Cuando comience a desarrollar mis aplicaciones para la IA quiero que estés conmigo. Buena suerte con tu padre.

Sus guardias militares lo siguieron cuando se encaminó rápidamente hacia el laboratorio. Le gustaba Shelly, le gustaba trabajar con ella, pero no quería pensar en eso ahora. Luego, si todo se calmaba, lo haría. ¿Y de qué demonios hablaba Sven? No dio detalles por teléfono desde luego, no era seguro. Pero parecía insistente y ésa era la primera vez que lo llamaba así.

Sven lo esperaba junto a la puerta cuando entró. Lo condujo a través del laboratorio.

—Sven 2 ha pasado mucho tiempo analizando la IA de Sinfalla. Los resultados son muy interesantes.

—Estoy seguro que estarás de acuerdo —dijo Sven 2, partici-

pando en la conversación a medida que se aproximaban—. Creo que tu plan ha sido visitar Rumania. Para buscar cualquier rastro o pista que nos pueda conducir al doctor Bociort. ¿Estoy en lo correcto?

—Sí.

—No será necesario. Debes ir a Suiza. Ya he localizado a ese país en Europa...

—Ya sé dónde queda Suiza. ¿Pero por qué me dices eso?

—Debido a una anomalía de lo más interesante que encontré en el programa. Al principio no lo entendí, pensé que sería parte de un virus. Pero cuando lo examiné más de cerca descubrí que era un bucle de instrucciones encapsuladas en otra secuencia, programada para pasar por alto ese bucle. Fue entonces cuando reconocí que era un fragmento de código escrito en el viejo lenguaje de computación LAMA 3.

—Pero eso es imposible, o casi imposible. Hay una sola persona en el mundo que conoce ese lenguaje.

—Se podría decir que hay tres. Tú, porque lo inventaste para tu propio uso, y...

—¡Y tú, porque evidentemente debes haber heredado esa parte de mi cerebro! ¿Pero quién puede ser la tercera persona a quién te refieres? ¡Bociort! Porque descifró mis notas. Pero esto sólo puede significar...

—...que es un mensaje para ti.

—¡Dime lo que dice!

—El examen del fragmento de código revela que era una instrucción que dice... secuencia terminada por un “banjax” tipo 2341 8255-8723.

—¡Banjax! Eso significa algo así como mezclado o viciado, es jerga popular irlandesa.

—Estoy de acuerdo. Te he escuchado usar este término en ciertas ocasiones y una búsqueda en las bases de datos del diccionario determinó su origen. Por ello creí que este código fue puesto allí para atraer tu atención. Lo que significa que los números deben tener algún significado. Un breve análisis criptográfico puede desentrañar su contenido.

—A lo mejor para ti, pero para mí suenan sólo como números.

—No son sólo números, es un mensaje.

—¿Lo puedes entender?

—Creo que sí. Empieza con los números 2 y 3. Si tomas las letras del abecedario, los dos primeros dígitos del mensaje se vuelven

“BC”. Lo que querría decir Bociort.

—¿No es un tanto traído de los pelos? También podía ser la abreviatura de Baja California.

—Quizás, pero no lo es si sabes lo que buscas. El número 41 es el código internacional que se disca para llamar a Suiza. 82 es el código de St. Moritz. Los seis dígitos restantes pueden corresponder a un teléfono en esa ciudad.

Brian quedó estupefacto. Era demasiado fácil. Pero de seguro no se trataba de un mero accidente. ¿Habría sido insertado allí para que él lo encontrara?

—La única forma de solucionar el problema será llamar a ese número —dijo Sven.

—Estoy de acuerdo, pero no lo haremos desde aquí o de ningún lado en esta base. No hay forma de seguir esta investigación hasta que no tengamos un teléfono que no esté intervenido. Sven, recuerda el número hasta entonces. Mientras tanto, dejémoslo de lado.

Brian miró con cariño los gabinetes de equipos electrónicos que encerraban un cerebro invisible y muy humano. Una frase de la Biblia le vino a la mente. ¡Dios, qué has hecho!

No había Dios allí. ¡Qué era lo que *él* había hecho!





16 de diciembre de 2024

Cuando salió de cirugía, Erin Snaresbrook encontró la llamada esperándola en su contestador.

—*Hola, Doc, le habla Brian. ¿Me podría llamar cuando tenga un minuto?*

Dejó el teléfono en su lugar y encontró que su corazón le latía un tanto de prisa. Se sonrió con picardía. Se sentía maravillosamente bien. Tres horas de cirugía para extraer un tumor cerebral a un muchacho y su pulso se mantuvo a niveles normales. Ahora con esta llamada, aunque la esperaba, su cuerpo se estaba preparando para correr cien metros llanos en diez segundos.

Se hizo un café expreso doble, antes de pensar en responder la llamada. Eran las seis de la tarde. El no podía querer verla hoy. No, su acuerdo había sido que le avisaría con unos días de anticipación. Terminó el café y apretó el botón para llamar.

—Me llegó tu mensaje, Brian.

—*Gracias por volver a llamarme. Mire, creo que su sugerencia era correcta. Deberíamos tener algunas sesiones más con mi implante. Y lo haremos aquí en el laboratorio donde podemos usar también la IM.*

—Me alegra que estés de acuerdo. ¿Empezamos mañana?

—*No, no tan pronto. Tengo que terminar un trabajo primero. ¿Qué le parece el jueves por la tarde? ¿Alrededor de las tres?*

—Esa hora está bien. Te veré entonces.

Esa hora no le convenía en lo más mínimo. Tenía que cambiar media docena de citas para hacerse tiempo. Bueno, ella lo había prometido.

Había recorrido tanto esa ruta, que eran las tres en punto de la

tarde del jueves cuando llegó al portón de Megalobe. Había dos soldados sentados en la escalera de la clínica cuando se estacionó frente a ella.

—¿Están enfermos, muchachos? —preguntó cuando se bajó.

—No, doctora, somos voluntarios. Brian dijo que tendría algo de equipo para mover hoy. Nosotros nos ofrecimos de voluntarios, después que nos invitó con unos tragos.

—No tienen que ayudar, la máquina no es tan pesada.

—Claro, doctora. Pero nosotros somos dos y usted está sola. El bueno de Billy aquí puede hacer cien tracciones sin parar. ¿Usted no va a querer que todo ese músculo se eche a perder?

—Tiene razón —abrió el baúl del auto—. Si sacan esa caja que está adentro la cargaremos.

Ella tenía un poco de espuma de goma, que había usado para proteger su máquina conectora cuando la trajeron del hospital, y la puso dentro de la caja. Siguiendo sus instrucciones, cargaron la máquina en la caja y luego la sacaron del auto.

—Les dije que no era pesada —dijo ella.

—Así es, doctora. Pero la acarrearemos hasta el otro extremo. Lo prometimos.

—Suban, los llevaré.

—Disculpe, pero son órdenes del mayor. No podemos andar en vehículos en la base.

Salieron corriendo, y la estaban esperando cuando llegó frente al laboratorio. Brian abrió la puerta y los dos soldados entraron la caja mientras que el guardia de la entrada miraba. Todo era muy simple.

—Todo el tiempo tenía el corazón en la boca —dijo ella cuando se retiraron y la puerta se cerró.

—Ahora olvídense de los nervios porque la diversión es para más tarde.

—¡Llamas a esto diversión! Prefiero estar operando.

Sacaron la máquina conectora de la doctora Snaresbrook y la guardaron. Brian colocó una mecha delgada en el taladro y perforó un orificio en la caja de metal reforzado.

—A Sven no le gusta la idea de estar encerrado en la oscuridad todo el tiempo —Sostuvo un botón metálico con un cable flexible acoplado—. Tengo un micrófono y una cámara aquí. Lo montaré detrás del orificio, y se lo conectaré a Sven...

—¡Y tendrás una valija que mira y escucha tus conversaciones!

Esto se está volviendo más loco a cada momento.

Sven había estado observando todo. Tan pronto como Brian hubo terminado, la IM se metió en la caja y se conectó el cable del micrófono y la cámara. El robot parecía derretirse dentro del contenido a medida que cada una de sus miles de articulaciones se doblaba sobre sí. Se compactó hasta que la estructura parecida a un árbol se convirtió en una masa sólida en el fondo de la caja. Los tallos de los ojos se retrajeron y giraron para mirar a Brian, mientras éste envolvía y guardaba la cabeza de muñeco junto a la sección central del telerobot. Allí también guardó el sombrero, los zapatos, los guantes y la ropa. Y encima de todo eso puso una bolsa para llevar a bordo de un avión.

—¿Listo?

—Puedes sellarme ahora.

Brian cerró con llave la caja.

—Este es el primer paso —dijo.

—¿Traerás a esos dos soldados para volver a cargarla en el auto?

—Jamás! Pronto estarán haciendo guardia perimetral, por eso los elegí. La caja está mucho más pesada que cuando la trajeron. Seguramente repararían en eso. Pero le pediremos a los guardias de aquí que nos ayuden a cargarla. Ellos nunca la levantaron, así que no notarán el cambio.

—Te estás convirtiendo en un delincuente, Brian.

—Me nace en forma natural, debido a que llevé una niñez disoluta. Venga aquí y le presentaré a Sven 2. Es idéntico al Sven que está en la caja, al menos eran idénticos cuando se separaron. La diferencia consiste en que Sven 2 no se puede mover aún, sus nuevas partes tienen todavía que llegar.

—¿Puedo decir que esta IA es tuya?

—Claro. Y es mi IM, ése es el término que usamos ahora, Inteligencia Mecánica. No hay nada artificial en estas máquinas, son reales. Sus redes establecidas han asimilado distintas bases de datos de sentido común, como la CYC-5 y KNOWNET-3. Esta es la primera vez que alguien ha combinado distintas formas de pensar en un solo sistema. Y esto se hizo sin tener que forzar todos los distintos tipos de conocimientos en una misma y rígida forma estándar. Pero no fue fácil de lograr. La IM se llama Sven, una corrupción de la palabra "Seven" (siete), porque hubo seis fracasos anteriores. Todos funcionaron al principio y luego sufrieron diferentes deterioros.

—No veo demasiados cuerpos de robots inútiles tirados por

aquí. ¿Qué hiciste de ellos?

—Los cuerpos no tenían nada de malo. Sólo fue cosa de cargar un programa distinto cada vez.

—¿Puedo interrumpir? —dijo Sven—. Quisiera agregar que algunas partes de las versiones anteriores siguen existiendo. Puedo tener acceso a ellas si quiero. Las IM no mueren. Cuando algo no funciona el programa es modificado a partir del punto donde comenzó el problema. Es bueno poder recordar nuestro pasado.

—Es también bueno recordar más de un pasado —agregó Sven 2—. Al activar algunos grupos de nemes, puedo recordar muchas de las experiencias de la tercera, cuarta y sexta versión. Cada versión de mí, digo de nosotros, funcionó razonablemente bien hasta que dejó de hacerlo. Cada versión falló en distintas formas.

Erin Snaresbrook apenas podía creer lo que estaba ocurriendo. Hablaba con un robot, o eran dos robots en realidad, sobre su desarrollo temprano, traumas y experiencias críticas. Era difícil mantenerse realista respecto a todo esto.

—¿Es posible notar diferencias de personalidad entre los dos Sven? —preguntó ella.

—Es muy posible —dijo Brian—. Ya no son completamente idénticos. Desde la copia original, han estado trabajando en ambientes bastante distintos. Sven se puede mover, mientras que Sven 2 no tiene cuerpo, sólo tiene algunos sensores remotos y efectores. Así que ahora tienen unos cuantos recuerdos distintos.

—¿Pero no se pueden unir? ¿En la misma forma en que unimos tu propio cerebro con la computadora, después que leyó todos esos libros?

—Quizás. Pero he tenido miedo de unir la red semántica de Sven con la de Sven 2, ya que sus representaciones de la experiencia sensoriomotor pueden ser incompatibles.

—Creo que una unión no sería saludable —dijo Sven 2—. Me preocupa que mi gestor de nivel medio pueda rechazar secciones enteras de mis representaciones del mundo físico, debido al Principio del Nocompromiso.

—Ese es uno de nuestros principales principios de operación —agregó Sven—. Cuando dos subagencias proponen recomendaciones incompatibles, sus gestores comienzan a perder el control. Cuando esto ocurre, un gestor de nivel más alto busca una tercera agencia para que ésta se haga cargo. Eso es generalmente más rápido y efectivo que quedarse inmovilizado mientras dos agencias pelean

por el control. Esto último fue lo que le ocurrió al segundo modelo, antes que Brian reconstruyera todo el sistema de gestión para basarlo en el principio de Papert.

—Bueno —dijo Snaresbrook— sea como fuere, estas máquinas son simplemente asombrosas. No tienen nada de artificial y son increíblemente humanas en muchos sentidos. Y por alguna razón me recuerdan bastante a ti.

—No es sorprendente, ya que sus redes semánticas están basadas en la información que usted copió de mi propio cerebro —Miró su reloj—. Son las siete y es una buena hora para interrumpirnos. Los tres nos retiramos ahora, Sven 2, y es de esperar que no volvamos por un tiempo.

—Les deseo a Sven y a ti la mejor de las suertes y espero un informe completo para cuando vuelvan. Mientras tanto tengo una investigación que conducir y mucho para leer, lo que me mantendrá ocupado. Además, ya que no me puedo mover, construiré una realidad virtual, un mundo tridimensional simulado para mí mismo.

—Bueno, tendrás bastante privacidad para hacerlo. La única forma en que alguien puede entrar aquí es tirando abajo la puerta y creo que a Megalobe no le gustará eso.

Brian arrastró la caja, que ahora estaba pesada, hasta la puerta de entrada y la abrió.

—Oigan, muchachos, ¿quieren darnos a la doctora y a mí una mano con esta cosa?

Si los dos soldados sintieron el peso, no dijeron nada; no podían permitírselo ya que los otros la habían acarreado con mucha facilidad.

—Usted vaya adelante, Doc —dijo Brian—. Yo caminaré hasta allí con estos muchachos.

Le había dicho cuál era el lugar exacto donde debía estacionar el auto, en el patio detrás de las barracas y estaba seguro que lo haría correctamente. Volvió al trote y, con falsos quejidos, los dos guardias hicieron lo mismo. Llegaron hasta las barracas, cuando ella se detenía allí.

—¿Cierro el auto con llave? —preguntó la doctora, pero luego puso las llaves en su cartera, cuando los soldados le aseguraron que allí estaría seguro.

—Sólo un jerez —dijo ella en el club y frunció el ceño cuando Brian pidió un whisky doble. No tenían necesidad de mirar sus relojes, ya que el reloj digital del bar les decía la hora. Brian le agregó

muchas agua a su vaso y sólo tomó un sorbo. Hablaron en voz baja mientras entraban los soldados que habían sido relevados de sus puestos de guardia y otros salían. Los dos se esforzaban por no mirar el reloj. Cuando pasó una media hora, Brian se puso de pie.

—¡No, no quiero hacerlo! —gritó—. Esto se está volviendo imposible. —Empujó su silla, golpeó la mesa al darse vuelta y tiró el vaso. Cuando salió de la cantina, golpeando la puerta, no miró hacia atrás. El barman se apresuró en llegar hasta la mesa para limpiar el desastre.

—Le traeré otro —dijo.

—No hay necesidad. No creo que Brian vuelva por esta noche.

Se dio cuenta que todo el mundo evitaba mirar en dirección a ella mientras bebía su jerez. Sacó su organizador e introdujo algunas notas. Cuando estaba lista para salir levantó la cartera, miró a su alrededor, luego se dirigió a un sargento que bebía junto al bar.

—Discúlpeme, sargento, ¿pero se encuentra el mayor Wood aquí hoy?

—Sí, doctora.

—¿Me podría indicar dónde puedo encontrarlo?

—La llevaré hasta allí, si quiere.

—Se lo agradezco.

Cuando salió del bar, Brian tuvo que poner a prueba todo el control que le quedaba para no subir corriendo la escalera. Podía ir rápido, pero si corría atraería la atención, lo que no era una buena idea. Cerró con llave la puerta detrás de él, luego tomó las pinzas que había puesto sobre la mesa. Sven había cortado el cierre de la pulsera de alarma que tenía en la muñeca, luego la había vuelto a cerrar con un eslabón metálico. Brian lo arrancó, dejó caer las pinzas y la pulsera sobre la cama. Se sacó los pantalones y cruzó la habitación corriendo, saltando en una pierna y casi cayéndose al intentar sacarse los zapatos. El contenedor plástico del baño de espuma aún estaba en el lavatorio donde lo había dejado. Lo tomó y lo abrió. Maldijo en voz alta.

—Idiota, ponte los guantes primero. Todo está cronometrado. ¡Pero no te olvides ningún detalle o esto no va a funcionar!

Abrió la canilla del lavabo, se enjuagó la cabeza debajo de la canilla, dejó correr el agua. Abrió torpemente el contenedor con las manos enguantadas. Se agachó sobre el lavatorio y vertió la mitad del contenido sobre su cabeza, masajeándolo sobre su cabello.

Aunque el líquido era transparente, tiñó de negro su pelo con el mero contacto. Era una tintura comercial que garantizaba el

oscurecimiento del pelo sin manchar la piel. Usó los guantes porque la textura de las uñas y del cabello son casi idénticas y unas uñas negras seguramente atraerían la atención. Usó lo que quedaba del líquido para retocar los lugares donde había quedado más liviana la tintura y para teñir con cuidado las cejas.

Luego de secarse el pelo, enjuagó los guantes y el contenedor plástico. Se llevaría la botella vacía consigo. Dejaría los guantes en el cajón de la cocina. Dobló la toalla y la puso debajo de la pila de toallas limpias. Si se salía con la suya, habría una investigación y los técnicos encontrarían finalmente rastros de la tintura. Pero no quería simplificarles el trabajo. Miró rápidamente su reloj. ¡Sólo le quedaban tres minutos!

Abrió el último cajón de su escritorio, con tanta fuerza que éste cayó al piso. ¡Déjalo allí! Se puso la camisa del uniforme sobre la camisa de mangas cortas que tenía puesta. Luego se calzó los pantalones. Se ató los cordones de las botas militares. Finalmente luchó para hacer el nudo de la corbata reglamentaria.

Era otro Brian el que vio reflejado en el espejo calzándose la gorra de paracaidista en el mismo ángulo en que los otros la usaban. El mismo había cosido el emblema de la 82a. División de Paracaidistas sobre la camisa. No llevaba jinetas. Era un soldado raso, uno más de muchos uniformados, igual, eso era lo que quería ser.

Estaba guardando la billeteira en su bolsillo cuando sonó el teléfono.

—Sí. ¿Quién habla?

—*Es la doctora Snaresbrook, Brian, me preguntaba si podría...*

—No quiero hablar ahora, doctora. Me voy a hacer un sandwich y me iré a la cama temprano. Quizás la llame mañana. Y si me quiere hablar antes de entonces, no lo haga, porque voy a desconectar este teléfono.

Le quedaban dos minutos ahora. Comenzó a ponerse el teléfono en el cinturón, cuando se dio cuenta que lo podrían rastrear fácilmente con él. Lo tiró sobre la cama. Tomó la botella vacía de tintura, que había envuelto en una bolsa de papel. Apagó las luces y abrió apenas la puerta. El pasillo estaba vacío. Cerró la puerta con llave una vez que hubo salido. Silenciosamente caminó hacia la salida de incendios en la parte posterior del edificio. Su corazón palpitaba violentamente cuando cerró la puerta pesada detrás de sí.

Todavía tenía suerte. El corredor que daba a la entrada posterior del edificio estaba vacío. Caminó con lentitud al pasar la puerta abierta de la cocina. ¡No mirar! Y abrió la puerta trasera.

Se hizo a un lado cuando entraron los dos cocineros vestidos de blanco. Estaban discutiendo sobre béisbol y aparentemente no lo tomaron en cuenta. Pero seguramente recordarían a un soldado que salía si algo andaba mal. Si la alarma sonaba ahora, guiaría a los guardias directamente al lugar donde se encontraba.

Allí estaba el automóvil, en la sombra del edificio. Era el único lugar no iluminado por las luces de mercurio.

Miró rápidamente a su alrededor. Tres soldados en el estacionamiento se alejaban del lugar donde estaba él. No había nadie más. Abrió la puerta trasera del auto y se metió adentro, cerrándola silenciosamente. La trató y se acostó en el piso, ocultándose debajo de la manta.

—Ese joven está muy disgustado —dijo Erin Snaresbrook, poniéndose de pie.

—Todos sabemos eso —dijo el mayor Wood—. Y no nos gusta. Pero tenemos órdenes y ni yo ni nadie de aquí podemos hacer nada al respecto.

—Entonces tendré que pasar sobre usted. Hay que tratar de ayudarlo.

—Por favor, hágalo y le deseo suerte.

—Recién lo escuché sumamente desquiciado por el teléfono. Se ha encerrado en su cuarto, y no quiere hablar con nadie.

—Es comprensible. Quizá esté mejor por la mañana.

—Bueno, realmente deseo que así sea.

La acompañó hasta la puerta y caminó con ella hacia el automóvil.

La médica se detuvo y buscó las llaves en su cartera. Las sacó junto con una de sus tarjetas profesionales que le dio al oficial.

—Mayor, quiero que me llame, ya sea de día o de noche, si es que está preocupado por el bienestar de Brian. Espero que se haga algo antes que sea demasiado tarde. Hasta luego.

—Lo haré, doctora. Hasta luego.

Se alejó lentamente del edificio por el estacionamiento. Se subió al auto, sin atreverse a mirar el asiento de atrás. Prendió el motor y miró a su alrededor. No había nadie.

—¿Estás allí? —murmuró.

—¡Aunque no lo crea! —fue la respuesta apagada que recibió.

Condujo hasta el portón. Hizo un saludó a los guardias cuando éstos subieron la barrera. Y aceleró hundiéndose en la oscuridad tachonada de estrellas.

# 38

---

19 de diciembre de 2024

Erin Snaresbrook se vio obligada a encender el control de crucero del automóvil. Debido a su excitación aumentaba la velocidad sin darse cuenta de ello. El desierto a ambos lados de la carretera parecía un océano de oscuridad en el que las luces del vehículo abrían un túnel. Condujo por más de una milla antes de encontrar el vehículo detenido en un empalme de la carretera. Aminoró la marcha y estacionó detrás del otro auto. Suspiró. Volvió la cabeza y habló sobre su hombro.

—Ya no hay peligro. Puedes salir.

Brian se sentó de un salto en el asiento trasero.

—Pensé que me iba a sofocar. Me imagino que no hubo problemas, sino no estaríamos aquí.

—No tuvimos problemas. Puedes irte ahora. Espera, deja que apague primero las luces. Y la luz de adentro también, sólo por las dudas.

Brian dio un paso en la cálida oscuridad. ¡Al fin estaba libre! Era la primera vez en todo un año. Aspiró una profunda bocanada de aire seco del desierto. Se permitió por un momento mirar las estrellas brillando en el firmamento. Estas llegaban hasta la sombra dentada de las montañas. Escuchó cómo se cerraba la puerta del auto al salir la doctora Snaresbrook que había decidido acompañarlo. Se volvió hacia ella. Sus ojos se detuvieron en el automóvil estacionado detrás de la doctora. Sintió pánico cuando vio a alguien parado junto a él.

—¡Quién está ahí! ¿Qué pasó?

—Todo está bien, Brian —dijo la doctora Snaresbrook con tranquilidad—. Es Shelly. Está aquí para ayudarte. Sabe todo lo que está pasando y está de tu parte.

Brian tenía la garganta tan apretada, que le resultaba difícil hablar.

—¿Hace cuánto que lo sabes? —preguntó cuando Shelly se acercó parándose junto a él.

—Sólo hace una semana. Desde que le dije a la Doctora Snarebrook que iba a dejar la Fuerza Aérea por lo que te están haciendo. La convencí que quería ayudarte, y ella me creyó.

—Entonces fue cuando le conté sobre lo que planeábamos hacer. Tengo mucho miedo, Brian, que aún no puedas arreglártelas solo en el mundo exterior. Tomé el riesgo pensando que ella era sincera conmigo. Su presencia aquí sin la policía militar prueba que estaba en lo correcto. He estado preocupada por ti y, francamente, no quería que te enteraras que iba a tomar parte en este asunto, hasta que estuvieras lejos de tu prisión.

Brian aspiró profundamente, temblando, dejó que el aire saliera lentamente y sonrió en la oscuridad.

—Tiene razón, Doc. No creo que podría haberlo asimilado antes. Pero ahora que está hecho, ¡siento que está bien! Bienvenida a bordo, Shelly.

—Gracias por dejarme ayudar. Voy contigo, no vas a estar solo.

—Tendré que pensarlo. Lo haré más tarde. Ahora conviene que nos pongamos en marcha —Se desanudó la corbata y se sacó la camisa militar—. ¿Piensa que el mayor le creyó, Doc?

—Le caes bien, Brian. Parece que le caes bien a todos. Estoy segura que nadie se acercará a tu cuarto hasta mañana.

—Eso espero. Pero cuando lo hagan y encuentren que no estoy allí, arderá Troya. Sabe que lo lamento por ellos. En cierta forma les estoy haciendo una jugada sucia. Seguramente serán castigados.

—¿Es un poco tarde para pensar en eso, no crees?

—Sí, ya lo he considerado. Pensé mucho cuando planeaba mi fuga. Lo siento por ellos pero eran mis carceleros y yo necesitaba salir de prisión. ¿Cuál es la próxima etapa del plan?

—Shelly toma el mando desde aquí. Yo vuelvo a Megalobe para trabajar un rato en mi laboratorio. Pasaré la noche allí. Eso confundirá las cosas un poco, quizás impida que me vinculen con tu fuga. Mientras mayor sea el misterio, más oportunidades tendrás de salirte con la tuya. Incluso guardaré mi máquina conectora en la valija y la pondré de vuelta en el auto para evitar problemas al relacionar la caja que falta con tu fuga. Así que saquemos a Sven y pongámoslo en el auto de Shelly. Mientras más rápido regrese, mejor será.

Tan pronto como hubieron sacado a Sven y se despidieron, partieron cada uno por su lado. Cuando el otro automóvil dobló en U y volvió hacia Megalobe, Shelly encendió el motor y condujo hacia el oeste. Brian vio alejarse las siluetas de las montañas, y sintió aún más intensamente que había logrado su libertad.

—Estoy contento que estés aquí —dijo—. Y quizás sea mejor que permanezcamos juntos aunque sea por un tiempo —Miró su reloj—. A esta velocidad deberíamos llegar a la frontera a lo sumo a las once.

—¿Estás seguro? Yo nunca tomé este camino antes.

—Tampoco lo he hecho yo, que recuerde. Pero he estado leyendo muchas guías y mapas. No debería haber mucho tránsito y la distancia hasta la frontera es de doscientos sesenta kilómetros.

Después de esos comentarios, permanecieron en silencio. Tenían poco que decir pero mucho que pensar.

Salieron de la carretera antes de Brawley y se dirigieron al Sur hacia El Centro y Calexico. Los carteles que decían MEXICO los guiaron a través del centro del pueblo hasta el cruce de la frontera. Eran apenas las diez y media cuando frente a ellos aparecieron las casillas de la aduana. Por primera vez Brian se sintió nervioso.

—Todos los libros de viaje dicen que no existen problemas para cruzar a México. ¿Es verdad eso?

—El lema aquí es vengan y traíganme sus dólares. Jamás me han detenido al entrar, ni siquiera me han revisado el automóvil.

Cuando cruzaron la frontera norteamericana, no había ningún agente aduanero de los EE.UU. a la vista. El oficial mexicano, que tenía un gran revólver y un abdomen aún más grande, sólo se fijó en las chapas del auto y luego miró a otro lado.

—¡Lo hicimos! —gritó Brian mientras avanzaban por una calle llena de negocios y bares de colores chillones.

—¡Claro que lo logramos! ¿Qué viene ahora?

—Para empezar, un cambio de planes. El plan original era que la doctora nos dejara con Sven y se volviera a los EE.UU. Ella no sabía cuáles serían mis futuros planes.

—¿Y tú lo sabes?

—¡Desde luego! Voy a tomar el tren hasta ciudad de México esta noche.

—Yo también lo haré.

—¿Estás segura?

—Desde luego que sí.

—Está bien. Vamos a respetar el plan original, excepto que llevarás el auto de vuelta cruzando la frontera y volverás en taxi...

—No. Es demasiado complicado y llevará demasiado tiempo. Además dejará un rastro. Estacionaremos el auto aquí con la llave puesta.

—¡Alguien lo robará!

—Esa es la idea. Debería desaparecer por completo si los ladrones locales son avezados. Conviene eso antes que lo encuentren en un estacionamiento en Calexico donde descubrirían qué dirección tomamos.

—No puedes hacer eso. El dinero...

—De todas formas me iba a comprar un auto nuevo. Y quizás algún día pueda cobrar el seguro. Así que no digas ni una palabra más. ¿Hacia dónde queda la estación?

—Miraré el plano de la ciudad.

Encontraron los Ferrocarriles Nacionales de México sin dificultad. Shelly condujo el auto dejando atrás la estación, y doblando en una esquina por una calle oscura, lo estacionó bajo un farol apagado. Sacó un pequeño maletín del baúl y recordó dejar las llaves. Luego ayudó a Brian a sacar la pesada caja.

—El primer paso es el más importante —dijo él.

—Nos queda una hora y veintiún minutos antes que salga el tren, —dijo la caja en tono bajo pero admonitorio.

—Más que tiempo suficiente. Sé paciente, Sven, nosotros somos los que te estamos acarreando.

Alcanzaron a llegar hasta la entrada de la estación, cuando Shelly se dio por vencida.

—¡Suficiente! Mira esta cosa mientras busco a alguien tan exótico como un changador.

Volvió unos pocos minutos más tarde con un hombre. Este llevaba una gorra gastada y una insignia indicativa de su función, y que empujaba una carretilla.

—Tenemos que comprar boletos —le dijo Brian al changador cuando éste cargó la caja en la carretilla. Rezó para que el hombre hablara inglés.

—Ningún problema. ¿Adónde van?

—A Ciudad de México.

—Ningún problema. Ustedes sólo síganme.

La señora de aspecto no muy feliz, que se encontraba del otro lado de la ventanilla, también hablaba inglés. Sí, había un compar-

timiento de primera clase disponible. La anticuada máquina que estaba cerca de su codo escupió dos boletos, que ella selló a mano. El único problema era el dinero.

—No aceptamos dólares —dijo, furiosa, como si fuera culpa de él—. Sólo tomamos moneda nacional.

—¿Podemos cambiar algo de dinero por aquí? —preguntó Shelly.

—El cambio ya cerró.

El pánico que sintió Brian en ese momento comenzó a desaparecer cuando el changador dijo:

—Tengo un amigo que cambia dinero.

—¿Dónde?

—Allá, trabaja en el bar.

El cantinero les sonrió amigablemente, estaba más que contento de venderles pesos por dólares.

—Ya saben que tengo un cambio distinto al del banco porque pierdo en éste.

—Lo que usted diga —dijo Brian, pasándole los dólares.

—Estoy segura de que te está estafando —le murmuró Shelly cuando el hombre se dio vuelta.

—Estoy de acuerdo. Pero esto nos pondrá sobre el tren y es lo que cuenta.

Estafado o no se sintió inmensamente aliviado cuando vio el grueso fajo de pesos que le dio por sus dólares.

Eran las doce menos ocho minutos cuando el changador colocó la caja en el piso del compartimiento, guardó los diez dólares de propina, cerró la puerta tras él y los dejó solos. Shelly bajó la cortina mientras Brian cerraba la puerta con llave y abría la caja.

—El cambio correcto en México es...

—Es mejor que no me cuentes —dijo Brian mientras sacaba su bolso—. ¿Has disfrutado hasta ahora del viaje, Sven?

—Si uno puede llamar disfrutar a mirar la oscuridad en una valija cerrada, entonces he disfrutado mucho.

—De ahora en más mejorará.

Escucharon el ruido metálico de los acoplamientos entre los vagones, a medida que el tren comenzaba a moverse. Alguien golpeó la puerta imperativamente.

—Yo contesto —dijo Shelly—. Ustedes mejor relájense.

—A mí me encantaría poder relajarme.

Ella esperó hasta que Brian hubo cerrado la caja antes de abrir

la puerta.

—Boletos por favor —dijo el guarda del tren.

—Sí, por supuesto. —El se los pasó. El guarda los perforó y señaló los asientos.

—Cuando quieran dormir sólo tienen que tirar del respaldo y bajará la cama. Para la cama de arriba se hace así. Ambas camas ya están hechas. Que tengan un buen viaje.

Brian cerró la puerta cuando éste se fue y se dejó caer sin fuerzas en su asiento. Había tenido un día agotador.

El tren se bamboleaba a medida que tomaba velocidad. Las ruedas golpeteaban sobre los rieles. Las luces de la ciudad quedaban atrás. Abrió la cortina y miró pasar los suburbios y más allá las granjas.

—¡Lo logramos! —dijo Shelly—. Nunca he visto nada tan hermoso en mi vida.

—Estoy seguro que es una vista muy interesante —murmuró una voz apagada.

—Lo siento —manifestó Brian abriendo otra vez la caja. Sven levantó los tallos de sus ojos para poder ver a través de la ventana. Brian apagó las luces para que vieran mejor el paisaje que se alejaba.

—¿A qué hora llegamos? —preguntó Shelly.

—A las tres de la tarde.

—¿Qué haremos entonces?

Brian permaneció en silencio, mirando la oscuridad, sin estar seguro aún.

—Shelly, todavía pienso que debería hacer esto por mi cuenta.

—Eso es una tontería. Además ya estoy metida en el baile.

—No lo sé.

—Creo que deberías aceptar la ayuda de Shelly —dijo Sven.

—¿Te pedí acaso tu opinión?

—No, pero su sugerencia es buena. Has estado muy enfermo, y tu memoria tiene lagunas. Puedes usar su ayuda. Acéptala.

—Son dos contra uno, me doy por vencido —suspiró Brian—. El plan es simple, pero mejor que tengas tu pasaporte contigo.

—Lo tengo. Lo guardé tan pronto como la doctora Snaresbrook mencionó que iría a la frontera mexicana.

—Lo que debo hacer es adelantarme a todas las personas que vengan a buscarme.

—¿Esconderte en México?

—Pensé en eso, pero no funcionaría. La policía mexicana y la

norteamericana cooperan muy estrechamente para buscar a narcotraficantes. Estoy seguro que el general Schorcht me declararía un criminal si necesitara encontrarme. Así que debo ir más allá de México. Me fijé en las listas de vuelos y hay muchos vuelos internacionales que salen de Ciudad de México después del medio-día. Así que compraremos pasajes y dejaremos el país.

—¿Tienes algún destino particular in mente?

—Claro que sí, Irlanda. Recordarás que soy ciudadano irlandés.

—Esa es una idea brillante. Así que vamos a Irlanda, ¿y después qué haremos?

—Voy a tratar de encontrar al doctor Bociort, si aún está vivo. Lo que quizás implique que tenga que viajar a Rumania. Las personas que robaron mi primera IA e intentaron matarme aún están esperándome. Yo los voy a encontrar primero. Lo haré por muchas razones. La venganza puede ser una, pero sobrevivir es mi razón principal. Si ellos desaparecen como amenaza, puedo dejar de sentirme perseguido. Y el general Schorcht ya no tendrá excusa para causarme problemas.

—Así lo espero —Ella dio un gran bostezo y cubrió su boca—. Discúlpame, pero si tú estás la mitad de lo cansada que yo estoy, deberíamos dormir.

—Ahora que lo mencionas, tienes razón.

Bajó la cortina y encendió la luz. Como les habían asegurado, las dos camas estaban hechas y las armaron con facilidad.

—Yo tomaré la de arriba —dijo Shelly, abriendo su valija. Sacó un pijama y una bata de dormir y tomó su cartera—. En seguida vuelvo.

Cuando volvió la única luz encendida era la pequeña luz sobre su cama. Brian estaba acostado, Sven había levantado ligeramente la cortina y miraba por la ventanilla.

—Buenas noches —lo saludó ella.

—Buenas noches —le respondió Sven. Un suave ronquido fue el único sonido que escucharon.



# 39

---

20 de diciembre de 2024

El paisaje fluía por la ventanilla mientras tomaban el desayuno en el coche comedor. Pasaban pequeños pueblos, jungla y montañas, y de vez en cuando vislumbraban el océano cuando bordearon el Mar de Cortés. Apenas terminaron su café sonó un teléfono. Brian vio a uno de los pasajeros tomarlo de su saco y contestarlo.

—Soy un estúpido —dijo Brian—. Debí haberlo pensado antes. ¿Tienes tu teléfono contigo?

—Claro, todo el mundo lleva un teléfono.

—Yo no, no ahora. Sabes que puedes recibir un llamado telefónico no importa dónde estés. ¿Alguna vez pensaste en lo que eso involucra?

—En realidad no lo he considerado. Es una de esas cosas que uno da por sentado.

—Para mí fue tan nuevo que lo investigué. Ahora hay fibras ópticas y enlaces de microondas en todas partes. Existen redes celulares que cubren todo el mundo. Cuando quieres hacer un llamado, discas el número y la estación más próxima lo acepta y lo transfiere. Lo que quizás no te des cuenta es que tu teléfono siempre está encendido, siempre espera llamados. Y se registra inmediatamente cuando pasas de una célula a la otra, mandando tu ubicación actual al banco de memoria más próximo a tu domicilio. Así que cuando alguien disca tu número, el sistema nacional o internacional siempre sabe dónde localizarte y dónde pasar la llamada.

—¿Quieres decir que sabe adónde estoy ahora? —preguntó ella con cara de asombro—. ¿Quieres decir que cualquier persona con la autoridad suficiente podría obtener esa información?

—Absolutamente. Como por ejemplo, el general Schorcht.

—¡Entonces debemos deshacernos de él ahora! ¡Arrojémoslo del tren! —exclamó ella.

—No. Si un teléfono se descompone manda una señal al servicio de reparación. No quieres atraer la atención. Podemos estar casi seguros que nadie te está buscando aún. Pero cuando descubran que yo me he fugado y comiencen a perseguirme, seguramente se pondrán en contacto con todas las personas que trabajaron conmigo. Volvamos al compartimiento, tengo una idea.

Había un panel debajo de la ventana que se veía ideal.

—¿Sven, crees que puedes desenroscar esos tornillos?

Sven giró sus ojos para verlos.

—Es una tarea fácil para mí.

La IM formó la cabeza de un destornillador con sus manipuladores y sacó rápidamente los tornillos que sostenían el panel plástico en su lugar. Debajo había dos caños y un cable de electricidad. Brian señaló el hueco.

—Pondremos ese teléfono aquí. El panel de plástico no interferirá con la señal. Si los militares llaman y no respondes se divertirán buscándote por México. Para cuando descubran lo que sucedió estaremos lejos.

El tren salió de Tepic al mediodía y se dirigió tierra adentro hacia Guadalajara, llegando a Ciudad de México a horario. Sven estaba guardado en la valija y listo para ser transportado con el resto del equipaje. Un changador los llevó al Depósito de Equipajes, donde registró las valijas. Brian señaló el banco junto al depósito.

—Lo primero que haremos es conseguir pesos. No queremos repetir lo que sucedió en Mexicali.

—¿Y luego?

—Encontraremos una agencia de viajes.

Fuera de la estación de trenes Buenavista, la Ciudad de México estaba fría y húmeda; el smog lastimó sus ojos. Ignoraron la fila de taxis y caminaron entre la muchedumbre. Subieron por la Avenida Insurgentes Norte hasta llegar a la primera agencia de viajes. Un cartel en la puerta decía ENGLISH SPOKEN, lo interpretaron como una buena señal. Entraron.

—Nos gustaría tomar un vuelo a Irlanda —le dijo Brian al hombre que estaba detrás del escritorio—. Cuanto antes mejor.

—No tenemos vuelos directos desde aquí —dijo el agente de viajes mientras se volvía hacia su computadora y miraba los horarios de salida de vuelos—. Hay un vuelo de American Airlines que lo

conecta diariamente a través de Nueva York y un vuelo de Delta con combinación en Atlanta.

—¿Qué me dice de líneas que no sean norteamericanas? —preguntó Shelly, y Brian asintió. Habían salido sin problemas de los Estados Unidos y no querían volver, no importaba lo breve de la visita. Finalmente sacaron pasajes en un vuelo de MexAir a La Habana, Cuba y de allí tomarían un Tupelov de Aeroflot tres horas más tarde hasta Shannon en Irlanda. Los pasajes estaban cotizados en pesos, pero el vendedor llamó al banco para averiguar el cambio.

—Quedémonos con un poco de efectivo —dijo Shelly—. Lo vamos a necesitar. Usaré mi tarjeta de crédito.

—Con la tarjeta nos rastrearán.

—Como con el teléfono, para cuando lo encuentren, ya no estaré aquí.

—Pueden pagar con efectivo o con tarjeta —dijo el vendedor—.

—Los pasaportes son norteamericanos?

—Uno sí. El otro es irlandés.

—No hay problemas. Esto sólo me llevará unos segundos— La computadora verificó la cuenta de la tarjeta, reservó los asientos e imprimió los pasajes—. Espero que disfruten del viaje.

—Yo también lo espero —dijo Brian cuando salieron a la calle. La pregunta del vendedor acerca de los pasaportes le había recordado que debían pasar por la aduana. Los libros de viaje habían sido bastante claros sobre este tema y sabía que se enfrentaría con problemas. Esperaba poder resolver cualquier inconveniente con lo que los mexicanos llamaban mordida o sea coima. Pronto lo descubriría.

—Tengo frío y estoy mojada —dijo Shelly—. ¿Tenemos tiempo de comprar un impermeable o un suéter quizás?

Miro su reloj.

—Es una buena idea. Tenemos tiempo más que suficiente antes de ir al aeropuerto. Vayamos a esa tienda.

Compró dos camisas, ropa interior, un saco liviano y un impermeable. Sólo la ropa que cabría en su bolso de mano. Shelly compró algunas cosas más, tanto que tuvo que comprar otra valija pequeña para llevar sus compras. Cuando volvieron a la estación de ferrocarril Brian presentó el comprobante, recuperaron a Sven y sus valijas, y tomaron un taxi al aeropuerto.

No tuvieron problemas en el mostrador de la aerolínea. Observaron cómo la valija de Shelly y la caja de la IM se alejaban lentamente

sobre la cinta transportadora, mientras la azafata revisaba sus pasajes y les entregaba las tarjetas de embarque.

—¿Puedo ver sus pasaportes, por favor?

Este primer escollo fue fácil de superar. Todo lo que quería era ver la primera hoja de los pasaportes para verificar si estaban vigentes. Sonrió y se los devolvió. Shelly pasó por seguridad primero. El la siguió, con su pasaporte y tarjeta de embarque apretados firmemente en la mano. Puso su bolso de mano en la cinta transportadora de la máquina de Rayos-X antes de pasar debajo del arco junto a esta máquina. La máquina emitió un sonido agudo e incesante. El guardia de seguridad le dirigió una mirada sospechosa.

Sacó las monedas de sus bolsillos, incluso se sacó el cinturón. Volvió a pasar debajo del arco y éste volvió a chillar.

Entonces Brian se dio cuenta de lo que estaba pasando. El campo magnético detectaba metal y circuitos electrónicos.

—Mi cabeza —dijo señalando su oído—. Tuve un accidente y me operaron —No debía mencionar la computadora, debía mantenerlo simple, comprensible—. Tengo una placa metálica en mi cráneo.

Esto interesó sobremanera al guardia. Usó el detector de mano de campo magnético, que sólo emitía su sonido característico cuando estaba junto a la cabeza de Brian. No podía llevar un arma allí. Lo dejaron pasar. Cumplían sólo con su trabajo.

Inclusive el agente aduanero. Era un hombre de tez oscura con un elegante bigote. Cuando Brian le entregó su pasaporte, lo hojeó lentamente, volvió al principio y repitió la operación. Levantó la vista y arrugó la frente.

—No veo la visa de entrada a México.

—¿Está usted seguro? ¿Puedo ver el pasaporte? —pretendió revisarlo y, con el temor de hacer el ridículo, introdujo un billete de cien dólares entre las hojas. Una cosa es leer sobre sobornos, otra es darlos. Estaba seguro que lo arrestarían en cuestión de segundos.

—No sabía que necesitaba esa visa. Cruzamos la frontera en automóvil. No sabía nada sobre una visa.

Devolvió el pasaporte y miró con horror al agente abrirlo.

—Estas cosas suelen suceder —dijo el agente—. Se pueden cometer errores. Pero va a necesitar dos sellos. Uno de entrada y otro de salida. Si la señorita está con usted, necesitará dos sellos también.

El hombre se veía aburrido mientras devolvía el pasaporte sin sellar. Brian revisó las páginas vacías y se dio cuenta que el dinero

también faltaba. Inmediatamente entendió lo que ocurría.

—Claro, necesito dos sellos, no uno. Ya entiendo.

Los dos entendieron. Tres billetes de cien dólares siguieron el mismo camino que el primero. Se escucharon dos golpes y le devolvieron el pasaporte. El pasaporte de Shelly obtuvo el mismo tratamiento. ¡Por fin pasaron y estaban en camino!

—¿Vi lo que creí ver? —murmuró Shelly en su oído—. Eres un villano, Brian Delaney.

—Estoy tan sorprendido como tú. Encontremos nuestra puerta de embarque y sentémonos un rato. Este tipo de cosas me alteran un poco.

El avión sólo tuvo una hora de retraso; el resto del viaje transcurrió rápidamente. Apenas pudieron dormitar en el avión y comenzaban a sentir fatiga. El aeropuerto de La Habana era sólo un lugar de tránsito, poco iluminado y con duros asientos de plástico. El vuelo de Aeroflot partió con dos horas de demora. Comieron algo de la desabrida comida del avión, tomaron un poco de champaña de Georgia y finalmente se durmieron.

Llegaron a Shannon poco después del amanecer. El avión atravesó un espeso colchón de nubes, y pasó rasando las vacas que pastaban en verdes prados cuando se aproximó a la pista. Brian se puso su chaqueta y sacó su bolso del portaequipajes sobre su cabeza. Salieron del avión en silencio junto al resto de los cansados pasajeros. Otro vuelo trasatlántico había llegado al mismo tiempo, así que había una larga fila de hombres sin afeitar, mujeres de ojos enrojecidos y niños que jumbrosos formando fila frente a la aduana. Shelly pasó primero. Le sellaron el pasaporte, y se volvió para esperar.

—Bienvenido, señor Byrne —dijo el agente de aduana con voz alegre y despejada—. ¿Ha estado de vacaciones?

Brian se había preparado para este momento y su acento no tenía rastros del inglés de Estados Unidos.

—Podría decirse así. La comida es terrible y el sobreprecio parece una forma de vida.

—Eso es muy interesante. —El hombre tenía el sello de goma en su mano, pero no estaba haciendo uso de él. En cambio clavó sus fríos ojos azules en Brian.

—¿Cuál es su dirección actual?

—Calle Kilmagig, número 20, en Tara.

—Un lindo pueblito. La calle principal tiene la escuela primaria frente a la iglesia.

—No lo creo, a no ser que la hayan levantado y corrido dos kilómetros.

—Es verdad, es verdad. Me debí confundir con otro lugar. Pero todavía hay un pequeño problema. No dudo que sea irlandés, señor Byrne y no soy el tipo de persona que le negaría el acceso a alguien a la tierra en que ha nacido. Pero la ley es la ley. —Hizo una señal a un guardia, quien se acercó al escritorio.

—No lo entiendo. Ha revisado mi pasaporte...

—Así es, lo he hecho y es sumamente extraño y enigmático. La fecha de emisión es correcta y las visas aparentemente están en orden. Pero me resulta difícil entender una cosa y por eso le pido que acompañe al policía a la oficina. Este tipo de pasaporte fue reemplazado por el nuevo pasaporte Europas. No se ha emitido este tipo de pasaportes hace más de diez años. ¿No encuentra eso interesante?

—Es mejor que me esperes aquí —le dijo Brian débilmente a Shelly mientras el hombre corpulento de uniforme azul se lo llevaba.

La sala de interrogatorios no tenía ventanas y estaba húmeda. En las paredes no había más que manchas de humedad. Una mesa y dos sillas estaban ubicadas en el centro de la habitación. Brian se sentó en una de ellas. Su bolso de mano estaba sobre una caja en un rincón. Un policía fornido estaba parado junto a la puerta con la vista pacientemente perdida en el espacio.

Brian estaba deprimido, helado y probablemente a punto de pescar un resfriado. Se frotó la nariz que le picaba, sacó su pañuelo y estornudó sonoramente.

—Salud —dijo el guardia, mirándolo y luego volviendo a dirigir la vista directamente al frente. La puerta se abrió y otro hombre entró. No llevaba uniforme. En cambio vestía un traje oscuro y pesadas botas. Se sentó del otro lado de la mesa y colocó el pasaporte de Brian frente a él.

—Yo soy el teniente Fennelly. ¿Ahora dígame, es éste su pasaporte, señor Byrne?

—Sí, lo es.

—Hay ciertas irregularidades en esto. ¿Se da cuenta de ello?

Brian había tenido tiempo más que suficiente para pensar en lo que iba a decir. Decidió contar la verdad, toda la verdad excepto el hecho de haber estado prisionero de los militares. Daría una versión muy simplificada de los hechos.

—Sí, el pasaporte es obsoleto. Tenía importantes asuntos de negocios que atender, así que no podía esperar a que me mandaran

uno nuevo. Por eso hice algunas pequeñas correcciones por mi cuenta para ponerlo al día.

—¡Hizo unos pequeños cambios! Señor Byrne, este pasaporte ha sido tan bien falsificado que sinceramente dudo que hubiera sido detectado si no fuera un modelo viejo. ¿Cuál es su profesión?

—Soy ingeniero electrónico.

—Bueno, podría hacer una fortuna como falsificador si eligiera la carrera criminal.

—No soy un delincuente.

—¿No acaba usted de delinquir? ¿No ha admitido la falsificación?

—No lo hice. Un pasaporte es sólo un documento de identificación, nada más. Yo sólo lo actualicé, que es lo mismo que hubiera hecho la oficina de pasaportes si hubiera pedido uno nuevo.

—Ese es un argumento casi jesuítico para que lo esgrima un delincuente.

Brian estaba furioso, aunque se dio cuenta que el detective lo había hecho enojar a propósito. Un estornudo lo salvó. Para cuando hubo encontrado el pañuelo y terminado de sonarse la nariz, tenía su enojo controlado. El ataque era la mejor defensa. Eso esperaba.

—¿Está usted acusándome de algún crimen, teniente Fennelly?

—Haré mi informe. Quisiera algunos detalles primero —Abrió un cuaderno de gran tamaño sobre la mesa, y sacó una lapicera—. Lugar y fecha de nacimiento.

—¿Necesita todo eso? He estado viviendo en los Estados Unidos, pero nací en Tara, condado de Wicklow. Mi madre murió cuando yo era muy joven. No estaba casada. Fui adoptado por mi padre, Patrick Delaney, quien me llevó a vivir a los Estados Unidos donde él trabajaba en ese entonces. Está todo en los archivos. Puede tener nombres, fechas, lugares si así lo desea. Encontrará todo en orden.

El teniente quería todos los hechos y fue anotándolos en su cuaderno lenta y cuidadosamente. Brian no ocultó nada, aunque lo terminó poco antes de ir a trabajar a Megalobe, antes del episodio del robo y los asesinatos.

—¿Podría abrir su equipaje ahora?

Brian había estado esperando que esto sucediera y lo tenía todo planeado. Sabía que Sven estaba escuchando toda la conversación, esperaba que la IM también entendiera de qué se trataba.

—Este bolso de mano, aquí, contiene efectos personales. La caja

grande es una muestra.

—¿Una muestra de qué?

—Un robot. Esta es una máquina que he fabricado y que voy a mostrar a unos inversores privados.

—¿Cuáles son sus nombres?

—No los puedo revelar. Se trata de un asunto de negocios confidencial.

Fennelly hizo otra anotación mientras Brian abría la caja.

—Este es un modelo básico de un robot industrial. Puede responder a preguntas simples y tomar registros verbales. Esa es la forma en que se lo controla.

Incluso el guardia de la puerta se mostró interesado girando su cabeza para mirar. El detective observó con desconcierto las partes desarmadas.

—¿Quiere que lo conecte? —preguntó Brian—. Puede hablar, pero no demasiado bien. —Eso le encantaría a Sven. Se agachó y apretó un botón—: ¿Puedes oírme?

—Sí... puedo... oírlo.

Sven estaba mandándose una gran actuación. La voz era monótona y metálica como la de los juguetes baratos. Al menos interesó a los representantes de la ley.

—¿Qué eres?

—Soy... un robot... industrial. Sigo... instrucciones.

—Le basta esta demostración, teniente. Lo voy a apagar.

—Espere un momento, por favor. ¿Qué es eso? —señaló la cabeza de plástico hueco.

—Sirve para hacer la demostración más interesante. Para lograr un efecto especial la monto sobre el robot. Atrae la atención. Si no le importa voy a apagarlo ahora, ya sabe se agotan las baterías. —Volvió a presionar el interruptor y cerró la tapa de la caja.

—¿Cuánto vale esta máquina? —preguntó Fennelly.

—¿Cuánto valía? Sólo la memoria molecular costaba millones.

—Diría que cerca de los dos mil dólares —dijo inocentemente Brian.

—¿Tiene un permiso de importación?

—No lo estoy importando. Es una muestra y no está a la venta.

—Tendrá que hablar con el funcionario de aduanas —Cerró el cuaderno y se puso de pie—. Voy a hacer un informe sobre este asunto. Deberá permanecer dentro del aeropuerto si no le importa.

—¿Estoy arrestado?

—No por el momento.  
—Quiero un abogado.  
—Eso depende de usted.

Shelly estaba sentada frente a una taza de té frío. Se puso de pie con un salto cuando él se acercó.

—¿Qué ocurrió? Estaba tan preocupada...

—No hacía falta. Todo va a salir bien. Toma otra taza de té mientras hago un llamado.

La guía clasificada tenía una página entera de nombres de abogados residentes en Limerick. La cajera le vendió una tarjeta telefónica. Este debía ser el único país en el mundo que aún las usaba. Con su tercera llamada Brian habló con Fergus Duffy, quien aceptó encantado ir de *inmediato* al aeropuerto para hacerse cargo del caso. Pero de *inmediato* en Irlanda significaba que llegaría por la tarde. Y recién después de tomar un gran número de tazas de té y comer igual número de sandwiches secos de queso, el abogado llegó. Fergus Duffy era un joven alegre, con mechones pelirrojos que le salían de sus oídos y nariz, y que tironeaba de vez en cuando a medida que se excitaba.

—Es un placer conocerlos —dijo sentándose y sacando un expediente de su maletín—. Debo decir que este asunto es inusual e interesante. Nadie parece poder comprender que no se ha cometido ningún delito; que usted se limitó a alterar su pasaporte que había expirado, cosa que evidentemente no puede considerarse un crimen. Finalmente las autoridades del aeropuerto han decidido remitir el asunto a una autoridad superior. Tiene libertad de irse, pero debe dejar una dirección donde se lo pueda encontrar si es necesario.

—¿Qué pasa con mi equipaje?

—Puede buscarlo ahora. Su máquina le será entregada apenas el agente aduanero haya completado los formularios y usted haya pagado los impuestos. No tendrá problemas con él.

—¿Entonces puedo irme?

—Sí, pero no muy lejos. Sugiero que se hospede en el hotel del aeropuerto por ahora. Voy a tramitar estos papeles tan rápido como pueda, pero debe darse cuenta que *rápido* es un término relativo en Irlanda. Ya sabe, como la historia del lingüista irlandés. ¿La conoce?

—No puedo creer que...

—Realmente le va a gustar. Vea, sucede en un congreso internacional de lingüistas. El lingüista español le pregunta al lingüista irlandés si hay alguna palabra en su idioma que tenga el mismo

sentido que la palabra *mañana*. Bueno, nuestro hombre piensa un poco y le dice que sí, que tal palabra existe, pero que no tiene la misma connotación de terrible urgencia. —Fergus se rió por los tres, a las carcajadas y golpeándose las rodillas.

Los ayudó a buscar la bolsa de mano de Brian y el robot que acababa de pasar por la aduana. En el corto viaje al hotel escucharon tres cuentos más, a los que Fergus llamó cuentos de la gente de Kerry. Todos ellos eran conocidos en los Estados Unidos como cuentos de polacos o irlandeses. Brian se preguntó a qué minoría o raza subhumana se atribuirían estos chistes pesados si eran contados por los habitantes de ese país.

Fergus Duffy los dejó frente al hotel y prometió llamarlos por la mañana. Mientras hablaban Shelly los registró, volvió con dos llaves y un viejo botones con un carrito.

—Tu compartirás el cuarto con Sven —dijo ella mientras seguía al septuagenario hacia el ascensor—. No tengo deseo de contagiar-me tu resfrió. Voy a desempacar y bañarme. Iré a tu habitación en cuanto me sienta más humana.

—¿Existe alguna razón para que me quede en esta caja? —preguntó Sven cuando Brian la abrió. —Me gustaría disfrutar de un poco de movilidad.

—Disfrutar. —Brian estornudó sonoramente, luego enroscó el brazo derecho de Sven y sacó sus artículos de tocador.

—¿Qué voltaje tiene la electricidad en Irlanda? —preguntó Sven mientras se colocaba el otro brazo.

—Doscientos veinte voltios con cincuenta ciclos.

—Es fácil adaptarse. Voy a recargar mis baterías. Las usaré hasta que podamos obtener más combustible para las células eléctricas.

Brian encontró un tubo de tabletas antihistamínicas entre sus pertenencias. Se tomó una tableta con un vaso de agua. Se relajó en su silla y se dio cuenta que, por primera vez en... ¿dos días?... había dejado de huir. El teléfono estaba sobre la mesa a su lado y le hizo recordar el número misterioso que había descubierto Sven 2. ¿Era posible que correspondiera a un teléfono en Suiza? ¿Lo habría ocultado allí el desaparecido doctor Bociort? Todavía no creía en esa teoría, pero debía por lo menos tratar de ubicar el número antes de comenzar a correr por toda Europa. Había una sola forma de saber si la teoría de Sven 2 era correcta. Se estiró para tomar el teléfono, pero se detuvo en seco.

—Podría estar intervenido ese aparato? —O sólo se habría vuelto paranoico después de sufrir la vigilancia constante del general Schorcht? Estaba siendo investigado por la policía local, así que existía la posibilidad de que esto fuera verdad. Retrajo su mano y sacó la tarjeta telefónica de su bolsillo. Esta decía cinco libras y él debía haber usado sólo una fracción de ese valor. Le quedaba más que suficiente para llamar a Suiza. Fue a la ventana y miró la calle. Había salido el sol pero las calles estaban todavía húmedas debido a la lluvia. Y por el empedrado calle abajo había un viejo edificio marrón con el nombre Paddy Murphy pintado en las vidrieras. Era un pub, el lugar perfecto. Allí podría tomarse un trago y hacer su llamado. Se adormeció en la silla hasta que Shelly golpeó la puerta. El ruido le hizo pegar un salto. Ella se había puesto un suéter con un diseño azteca.

—Te ves preciosa —le dijo.

—Me alegro que por lo menos uno de nosotros se vea bien. Tu estás terrible.

—Así es como me siento. Voy a lavarme y afeitarme, luego iremos al pub.

—No deberías estar durmiendo en lugar de tomar tragos?

—Probablemente tengas razón —le gritó por la puerta entreabierta—. Pero quiero hacer un llamado primero, a un número que Sven 2 cree haber descubierto.

—¿Qué número? ¿De qué estás hablando?

—Es sólo una probabilidad, pero vale la pena intentarlo.

—Estás conduciéndote un poco misterioso conmigo, ¿no es así?

—En realidad, no. Voy a intentar hacer el llamado primero. Luego puede ser que tengamos algo sobre lo cual hablar. Sven, nunca anoté el número, ¿cuál era?

—41 336709.

Brian lo escribió detrás de su pasaje de avión.

—Excelente. Saldré en un momento. —Cerró la puerta y comenzó a desvestirse.

El barman estaba charlando con un bebedor solitario en el extremo de la barra. Levantó la vista y se acercó a atenderlos apenas entraron. Ellos se sentaron en una mesa cerca de la chimenea.

—¿Qué vas a tomar, Shelly?

—Vino del país, por supuesto.

—Bien, dos balones de cerveza Guinness, por favor.

—Volverá a llover —dijo el barman con desaliento mientras

lentamente y con infinita paciencia llenaba los vasos, y los posaba sobre el mostrador.

—Como de costumbre. Bueno para los granjeros y malo para los turistas.

—No, a los turistas les encanta. No reconocerían el país si no lloviera.

—Así es. ¿Tiene un teléfono aquí?

—Atrás, al lado de la puerta de los baños. —Tomó los vasos y los llevó a la mesa.

Brian sorbió la cremosa espuma del líquido azabache.

—Está deliciosa —dijo Shelly.

—También es nutritiva. Y si tomas lo suficiente te emborracharás. Apuesto a que también cura los resfrios. Voy a hacer ese llamado ahora.

Tomó otro trago y fue en busca del teléfono. Insertó la tarjeta y discó el número de Suiza. Tan pronto como marcó los primeros cuatro dígitos sonó un timbre agudo y una voz generada por computadora dijo:

—Usted ha discado un número en Suiza desde Irlanda. El código que usted ha discado no existe. Este mensaje será repetido en alemán y francés...

Brian tiró el papel en un cenicero junto al teléfono, y volvió a la mesa. Terminó su cerveza y pidió otra.

—Te ves desanimado —dijo Shelly.

—Debo estarlo. No funcionó. El número no era el número telefónico. Sven 2 encontró la secuencia enterrada en uno de los programas de IA robados. Pensó que era un número de teléfono. Es probable que fuera sólo una línea de código que yo mismo escribí para mi IA original. Olvidemos todo el asunto.

—Alégrate. Eres un hombre libre en un mundo libre y eso debería significar algo.

—Significa algo, pero no mucho en este preciso instante. Debe ser el frío. Terminemos estas cervezas y volvamos al hotel. Tenemos que dormir un poco. Con las pastillas y las cervezas debería dormir veinticuatro horas.

# 40

---

21 de diciembre de 2024

Después de las siete, esa misma tarde, Brian se despertó parpadeando en la oscuridad del cuarto.

—Detecto el movimiento de unos párpados—dijo Sven—. ¿Quieres que prenda la luz?

—Hazlo.

Diez minutos más tarde salió del ascensor y se dirigió al comedor. Shelly estaba sentada en una mesa junto a la pared. Le hizo un ademán de que se acercara.

—Espero que no te importe, pero empecé a comer sin esperarte. El salmón está delicioso. Deberías probarlo.

—Ya me convenciste, especialmente desde que me acabo de dar cuenta que estoy famélico. La comida del avión y esos sandwiches de queso dejaban bastante que desear.

—Te ves mucho mejor.

—Me siento mucho mejor. Las píldoras y las horas de sueño me ayudaron a restablecerme.

—Llamó tu abogado. Le dije al conserje que estabas durmiendo así que me pasaron la llamada. Estaba bastante satisfecho de cómo marchaban las cosas, incluso del hecho que tendrás que pagar una multa de cincuenta libras.

—¿Por qué?

—No lo sabía con certeza. Cree que sólo es un castigo para que no lo vuelvas a hacer y para terminar con el caso de una buena vez. El ya ha pagado la multa así que eres un hombre libre. También te está tramitando un pasaporte. Cree que puede mover suficientes influencias como para conseguirte uno para mañana. Dijo que lo llamaras por la mañana. No me impresionó demasiado con el

pasaporte. Toma diez minutos tramitarlo en los Estados Unidos.

—Bueno, querida, pero no estás en ese maravilloso país donde todas las computadoras funcionan y los trenes parten a horario. Déjame que te diga que conseguir un pasaporte en un solo día es un milagro en Irlanda.

—Supongo que podemos aprovechar el resto del tiempo. ¿Has pensado en que harás ahora?

—Puedo hacer muy poco sin un pasaporte. Pero apenas lo tenga en mis manos comenzaremos a rastrear al misterioso doctor Bociort. En este preciso instante sólo quiero comer algo. Quizás me tome una o dos cervezas para acompañar la cena. Ya que vamos a estar aquí al menos otro día, quizás debamos pensar en visitar mañana algunos lugares de interés turístico.

—¿En la lluvia?

—Esto es Irlanda. Si no sales en medio de la lluvia, entonces nunca saldrás.

—Deja que lo piense. Come tu cena y te veré luego. Tengo que hacer un llamado telefónico.

Brian levantó las cejas en silencio y ella se rió.

—No voy a llamar a los Estados Unidos, o a alguien que nos pueda rastrear. Antes de dejar Los Angeles llamé a una prima en Israel. La única duda que tenía en ayudarte era que podía perder el contacto con mi familia. Pronto operarán a mi padre. Mi prima llamará a mi madre y tiene estrictas instrucciones de *no* decirle que puedo llamarla a Israel. Lo siento, Brian, dadas las circunstancias es lo mejor que pude pensar...

—No te preocunes. Me siento mucho más a salvo y relajado ahora que estamos aquí. Haz tu llamado.

Shelly volvió a la mesa cuando Brian terminaba su café, junto con su segundo brandy.

—Eso parece ser una letal pero interesante combinación —dijo ella, buscando al camarero—. ¿Te importaría si pido lo mismo?

—Me ofendería si no lo hicieras.

—Tienes aún mejor semblante.

—Me siento mejor. Es la combinación de comida, sueño, pastillas y libertad. En realidad no puedo recordar en qué momento me sentí tan bien antes.

—¡Esa es la mejor noticia que he escuchado! —Ella sonrió, le tomó la mano y se la apretó. Luego la retiró apenas el camarero trajo la bandeja a la mesa.

Su mano desprendía un calor interno, que para Brian era una sensación completamente nueva. El sonrió feliz. Era libre por un tiempo, estaba alejado de toda responsabilidad y preocupación. La lluvia caía afuera en la calle, pero estaba abrigado y se sentía seguro adentro. Era un momento rodeado de paz y felicidad.

—Salud, Shelly, —dijo una vez que el camarero se hubo retirado y levantaron sus copas—. Por lo que has hecho para ayudarme.

—No he hecho demasiado, Brian. Voy a brindar por ti y por la libertad.

Su sonrisa reflejaba la de ella cuando chocaron sus copas y bebieron.

—Podría realmente acostumbrarme a todo esto —dijo él—. ¿Cómo anduvo tu llamado?

—No pude hacerlo. Ni siquiera la operadora consiguió conectarse con el número en Israel. Intentaré otra vez más tarde.

—No puedo entenderlo, jamás hay problemas con los llamados telefónicos.

—Aparentemente no es el caso de Irlanda —dijo ella riéndose.

—¿Estás segura que tienes el número correcto?

—Bastante segura.

—Es mejor que verifiques con la operadora el número antes de volver a intentarlo.

—Esa es una buena idea. Terminemos estos tragos y lo haré ahora, desde la cabina telefónica de la recepción.

La cabina estaba ocupada y después de un momento Shelly sacudió la cabeza.

—No vale la pena esperar, iremos a mi habitación.

Resultaba más fácil subir la escalera que esperar el vetusto ascensor. Shelly abrió la puerta y encendió las luces.

—Tu habitación es más grande que la mía —dijo Brian—, parece una suite.

—Quizás el recepcionista favorezca a las mujeres. ¿Quieres tomar algo mientras hago mi llamada?

—Sí, por favor, un poco de ese vodka que compraste en el vuelo de Aeroflot servirá para matar el dolor.

Se comunicó con informaciones internacionales y le dictó el número telefónico de su prima y su dirección. Tuvo que repetir el número dos veces antes que el programa de reconocimiento de voz hubiera comprendido. La computadora le dio el número correcto, Shelly lo anotó, y ambos se rieron.

—Tenías razón sobre los teléfonos. Le pido perdón a Irlanda. Anoté un dígito equivocado al copiarlo.

—Voy a brindar por eso, por la tecnología.

Vació su vaso. Lo volvió a llenar. Lo bebió inmerso en un cálido mareo, mientras ella hizo su llamada. Probablemente se estaba emborrachando, pero al diablo con todo. Bebía por placer, no por escapismo, lo que era muy distinto. La llamada tuvo éxito y escuchó vagamente la voz de Shelly. Parecía aliviada, así que las noticias eran buenas. Charlaron otras cosas acerca de la familia y luego colgó.

—Por lo que oí todo parecía estar bien.

—Lo estaba. No hay ningún problema y el pronóstico médico es bueno. De hecho es tan bueno que van a fijar fecha para la operación.

—Esas son excelentes noticias —Luchó por ponerse de pie—. Es mejor que me retire. He pasado una excelente velada.

—No podría estar más de acuerdo —dijo ella—. Buenas noches, Brian.

Era natural despedirse con un beso en la mejilla, un simple beso de despedida.

Entonces se dio cuenta que no era tan simple. El devolvió el beso con un ardor al cual ella respondió. Ninguno de los dos había esperado eso, ninguno de los dos se podía negar.

Fue un acercamiento, un placer cómodo, una unión natural. Era una emoción fuerte, sensaciones nuevas para Brian, algo que debía hacer sin pensarla, sin lógica. El recuerdo de Kim apareció en un pantallazo, atrajo ligeramente su atención, lo rechazó. No era Kim, no lo era. Esto era diferente, mejor, muy diferente.

Pero Kim no quería que la hiciera a un lado. No era Kim, sino que era el recuerdo de sus sentimientos por ella. Su enojo, enojo consigo mismo por perder el control aquella vez.

Luego todo se desvaneció. Brian se dio cuenta que había algo incorrecto en todo aquello. En la oscuridad, el cuerpo desnudo de Shelly estaba junto al suyo; pero no estaba bien. Se sintió exhausto, distante, blando donde debería estar duro, consciente de un inmenso disgusto por todo lo que estaba sucediendo. Se dio vuelta al otro lado, se apartó aún más cuando ella acarició su hombro.

—No te preocupes —dijo Shelly—. Estas cosas suelen suceder. Tu vida no ha sido fácil.

—No sucedió nada y no quiero hablar de ello.

—Brian, querido, después de lo que has vivido, no puedes

esperar que todo tu cuerpo funcione...

—¿Mi cuerpo? No espero que nada funcione. Me han disparado, me han operado, me recuperé, me volvieron a atacar, me encerraron. ¿Cómo quieres que me sienta? No muy humano si te interesa saberlo. No estoy muy interesado en esto que estás tratando de hacer...

—Que estamos tratando, Brian, no soy sólo yo. Esto es un juego entre dos.

—Entonces busca un juego que puedas jugar sola.

Sintió que ella había enmudecido de asombro en la oscuridad, casi podía ver sus lágrimas. No le importaba.

—Creí haber sido bastante claro cuando dije que no quería hablar sobre ello.

Shelly quiso retomar la conversación, luego se arrepintió. En vez de hablar se dirigió al baño en silencio y cerró la puerta. Brian manoteó la luz, la encendió, se vistió y salió de la habitación. Cuando llegó a su cuarto se dirigió casi a ciegas al baño. Se lavó la cara y se secó con una toalla. No se quiso mirar al espejo.

El dormitorio todavía estaba a oscuras; no prendió la luz hasta que volvió a él. Lo hizo entonces y vio que la cortina había sido corrida y que Sven estaba parado frente a la ventana. Comenzó a hablar, pero la IM levantó una de repente bien formada mano, haciendo ese gesto tan humano que significa *detenerse*. Brian cerró la puerta y vio que Sven señalaba una hoja de papel que estaba sobre la cama. Era una nota escrita con una caligrafía precisa.

*—He descubierto que hay un dispositivo dentro del teléfono de esta habitación que actúa como micrófono. Además de esto hay una radiación dirigida contra la ventana. Esta tiene la longitud de onda indicada para escuchar conversaciones midiendo las vibraciones del vidrio. Nos están vigilando.*

¿Quién podía ser? ¿El servicio secreto irlandés? Posiblemente y deseaba que lo fuera. Olvidó por el momento lo que le había pasado con Shelly. Una investigación por las autoridades locales sería mucho mejor que pensar en lo impensable. Las legiones del general Schorcht no lo podrían haber encontrado allí, no tan rápido. Fervientemente esperó que no se tratara de esta última alternativa. ¿Pero qué le podían hacer? Se acercó a la ventana y miró a la oscuridad. No se veía nada. Cuando cerró la cortina un movimiento captó su atención. Vio que Sven le hacía señas. La IM había escrito otra nota. Se acercó para leerla. El mensaje contenía una sola palabra:

## *Comunicación.*

Mientras la leía Sven levantó la punta del cable óptico. Por supuesto, una conexión entre sus cerebros sería completamente segura, nadie podría grabarlos.

Pero nunca se habían comunicado en esta forma, siempre la doctora Snaresbrook había intervenido con su máquina conectora. Pero Sven poseía la misma destreza que ella. Pudo encontrar el botón metálico debajo de su piel, y allí insertó el cable.

Ni por un instante él consideró que existiera algún peligro o dificultad en el proceso. Simplemente asintió y acercó una silla para mantenerse fuera de la vista de la ventana. Se sentó dando la espalda a la IM. Sintió el familiar escozor de los dedos de araña sobre su piel.

Se sintió completamente seguro en el abrazo de su propia creación.

Hablaron en una comunicación silenciosa, de cerebro a cerebro.

**—Esto es sorprendente. Esto no es más rápido que si estuviéramos hablando en voz alta.**

*—Desde luego, Brian. No es como el pensamiento que funciona en redes. El habla es lineal y debe ser transmitido de una unidad por vez.*

**—¿Quiénes son? ¿Tienes idea de quiénes son?**

*—No se han mostrado en ninguna forma, tampoco he interceptado la comunicación de quienes organizan la vigilancia. Sin embargo estoy bastante seguro de saber quiénes son.*

**—¿La policía irlandesa?**

*—Lo dudo.*

**—¿No estarás sugiriendo que son las tropas del general Schorcht?**

*—Esa es la posibilidad que quisiera considerar más seriamente.*

**—¿Por qué? ¿Quiero decir, qué base tienes para suponerlo?**

Sven no contestó de inmediato. Brian se volvió lentamente para mirar a la IM, los delgadísimos dedos de ésta girando con él para mantener el cable en su lugar. Brian no se dio cuenta de ello, pero parecía como si Sven sostuviera cariñosamente su nuca entre sus dedos. Miró a la IM y por supuesto que nada pudo descubrir en sus rasgos metálicos, inmutables. Cuando Sven habló, lo hizo lentamente, dando rodeos.

*—He aprendido mucho sobre las funciones básicas, innatas e instintivas del cerebro humano, por la telecarga que tengo de tu yo. Pero entiendo bastante menos las reacciones emocionales de alto*

*nivel de los adultos. Puedo describir la estructura física del cuerpo humano y la forma cómo éste funciona. Pero todavía no comprendo bien las funciones más profundas, las emociones y reacciones del cerebro humano. Esto es sumamente complejo. Porque aunque tengo dentro de mi cerebro un modelo de tu superego, no tengo acceso directo a él. Pero creo que sus efectos sobre mis propias emociones hacen que yo te pueda entender mejor que los otros con quienes he hablado...*

—**¿Todo esto conduce a algo o no?**

—Sí. Te pido que tengas paciencia y consideración porque estoy intentando hablar de algo de lo que no tengo experiencia. Se trata de la emocionalidad y personalidad humana. Hice un juicio de valor humano hace unas cuantas horas, que en ese momento juzgué correcto. Ya no estoy completamente seguro que era lo correcto.

—**¿Y qué decidiste?**

—Llegaré a eso. Tuve conocimiento de algo que no te mencioné. Escuché a tus amigos humanos hablar de ti y expresar su preocupación por tu bienestar físico y mental. Todos ellos, con la única excepción del general Schorcht, hicieron lo posible por hacerte fácil la existencia.

—**Eso es bueno saberlo, Sven. ¿Qué hecho me ocultaste?**

—Te aseguro que lo oculté en beneficio tuyo.

—**No tengo dudas de ello. ¿Cuál es el hecho?**

Silencio. Finalmente una información renuente.

—*Sorprendí una conversación telefónica.*

—**¿Sorprendiste? ¿Cómo?**

—*¿Cómo? Muy fácil. Si un teléfono portátil tiene suficiente potencia para emitir su posición y recibir llamados, ¿no crees que yo puedo hacer un trabajo tan bueno o mejor? Los circuitos eran muy sencillos. Los instalé hace mucho tiempo.*

—**¿Quieres decir que has estado escuchando los llamados de otras personas? ¿De quiénes?**

—*Por supuesto que las de todo el mundo. Cualquier llamada que se haga a la célula más cercana de donde me encuentro ubicado.*

—**¿Y las más?**

—*Las de todo el mundo. Es una gran experiencia educativa.*

—**Te estás yendo del tema. Respóndeme qué llamado me ocultaste. Cuéntamelo ahora. El tiempo del ocultamiento ha pasado.**

Si hubiera sido posible lanzar un suspiro mental, Sven lo hizo.

Una sensación de resignación e inevitabilidad pasó de cerebro a cerebro.

*Tu compañera Shelly hizo un llamado telefónico.*

**—Yo estaba allí, lo sé y no me interesa en absoluto. No es importante.**

*—No entendistes. No es a ese llamado al que me refería. Es uno anterior...*

**—¡Al demonio con eso! No quiero hablar sobre ella ni sobre sus malditos llamados...**

*—Te debe importar. Esto es vital para tu supervivencia. Ella hizo el llamado al que me refiero desde el tren en México, cuando salió del compartimiento. Sucedió antes que ocultaras su teléfono en el tren.*

Brian tenía miedo de preguntarle, tenía miedo de conocer la respuesta.

**—¿Con quién habló?**

*—Habló con un hombre cuyo nombre desconozco. Pero era obvio debido a las referencias y al contenido de la conversación que era un ayudante del general Schorcht.*

**—¿Sabías esto desde ayer y no me lo dijiste?**

*—Eso es correcto. Ya te he explicado mis razones.*

Brian sintió una explosión de cólera dentro de él. Todo lo que Shelly le dijo e hizo, había sido una mentira. Y esta mentirosa, esta traidora, había presenciado su humillación, se estaba riendo en este momento de él. Debió mentirle desde que volvió de Los Angeles. Había ido allá para ver a su padre, pero seguramente había visto también al general Schorcht. ¿Cuánto de lo que le había dicho era verdad y cuánto sólo actuación? La cólera ocultó todas las otras emociones. La perra lo había traicionado. Quizás Erin Snarebrook también lo había hecho. Incluso Sven le había ocultado la traición hasta ese momento. ¿Estaba completamente solo en el mundo? La cólera se convirtió en desesperación. Se encontraba al borde de un oscuro abismo mental y a punto de caer en él.

*—Brian, tengo algo bueno que decirte. Algo que quieras escuchar. Todavía es posible llamar a ese doctor Bociort.*

**—¿De qué hablas? Te dije anoche que ése no era un número válido.**

*—Ya lo sé. Eso se debe a que te mentí. Recordarás que te di el número en presencia de Shelly. Todavía no estaba seguro si te hablaría sobre su duplicidad. Pero lo que si sabía es que no le daría*

*la información para que la pasara al general.*

—¡Mira quién está hablando de duplicidad! —dijo Brian en voz alta, aturdido, luego casi sonrió en la oscuridad. Estaba conectado a una IM que era más maquiavélica que Maquiavelo.

**—Sven, en verdad eres increíble. Y estás realmente de mi lado. Posiblemente seas la única criatura inteligente en este punto en el mundo. Debo volver a hacer ese llamado y esta vez al número correcto. ¿Tienes alguna idea de cómo podemos hacerlo?**

*—Solo sugiero simplemente que no lo hagamos desde esta zona donde todos los circuitos deben estar vigilados.*

**—Tienes razón. Hagamos planes. Queremos salir de este hotel, salir de esta zona, y lejos de esa personificación del demonio. Ahora sólo quiero apartarme de ella, tan lejos como sea posible.**

*—Estoy de acuerdo. Debemos irnos cuanto antes. Y debo agregar para tu satisfacción que como ella los registró a ambos en el hotel, deberá pagar la cuenta.*

Al demonio con Shelly. Debería morirse y arder en el infierno para siempre. Ahora tenía que escapar. ¿Pero cómo lograrlo? No podía dejar a Sven ahí cuando se fuera, eso no podía considerarlo ni por un segundo. Su relación ahora iba más allá de la amistad, era una relación que no podía definir con palabras. Pero si desarmaba la IM otra vez y la guardaba en la caja sería un peso que no podría acarrear.

En ese momento Sven formó una mano de forma muy humana y desenchufó su pila del tomacorriente. Esa era la solución. Lloviera o tronara debía correr el riesgo. Escribió rápidamente una nota y se la pasó a la IM.

*Ponte el disfraz humano.*

El teléfono sonó. Dudó en contestarlo. Sonó dos veces, tres. Debía contestar.

—Sí.

*—Brian, podría hablarte...*

La cólera surgió quemándolo como ácido; tosió y luchó por conservar su compostura, pero falló.

—¡Vete al demonio!

*—Lamento que te sientas así. Por la mañana podríamos hablar...*

Su voz desapareció cuando él colgó el aparato. Mientras habían estado hablando Sven se había vestido, atado los cordones y en ese

momento se estaba poniendo el impermeable. Con la cabeza plástica colocada, el sombrero calzado hasta los ojos, de pronto parecía como si hubiera otra persona en la habitación. Brian luchaba por contener su cólera, la enfrentó, finalmente la dejó fluir. Luego volvió mirar a Sven e hizo un círculo de aprobación con el índice y el dedo pulgar. Tomó el teléfono. Mientras esperó que le contestaran escribió otra nota.

—*Abre la puerta unos centímetros, sin hacer ruido.*

—¿Hola, recepción? Aquí habitación 222. Escuche me estoy por dormir y quisiera que no me pasen más llamados hasta mañana. Tome cualquier mensaje. Está bien. Gracias. Buenas noches.

Caminó por el cuarto tarareando para sí mismo hasta que encontró su impermeable. Bostezó sonoramente, hizo correr el agua en el lavabo. Hizo ruido al caminar, luego se sentó en la cama, que providencialmente rechinó. Apagó la luz y caminó en punta de pies hasta la puerta. Sven la abrió un poco más. Un tallo con un ojo en la punta apareció por debajo de la bufanda, se introdujo en la ranura y observó el pasillo. Obviamente no había nadie allí, porque la IM abrió la puerta y salió al corredor, cerrando con llave sin hacer ruido una vez que Brian hubo salido.

—El ascensor de servicio —dijo Brian—. Y mantén el cuello de tu abrigo vuelto hacia arriba.

Era tarde y la suerte estaba de su parte. La cocina se encontraba a oscuras, el personal ya se había retirado. La puerta exterior los condujo a un callejón empapado por la lluvia.

—¿Puedo asumir que has preparado un plan? —dijo Sven.

—Busquemos un bar con teléfono y estaremos en camino.

Pasaron por lo de Paddy Murphy, donde habían estado antes, siguieron en medio de la lluvia hasta las luces acogedoras del bar de Maddigan. Brian señaló la oscura entrada de la pescadería de al lado.

—Espérame allí. No tardaré.

El barman levantó la vista del diario cuando Brian abrió la puerta. La pareja de enamorados en el fondo estaba demasiado ocupada como para notarlo.

—Jesús, cómo llueve allí afuera. Déme un vaso de whisky, por favor.

—Esto le ayudará con el frío. ¿Quiere hielo?

—No, gracias. ¿Puedo llamar un taxi?

—El teléfono está junto a los baños. El número está escrito en la pared sobre el aparato. Son dos libras con ochenta.

Brian tomaba el último trago cuando escuchó la bocina de un taxi que esperaba afuera. Se despidió del barman y se retiró del lugar. Sven apareció a su lado. Se subió al taxi detrás de él.

—¿Van lejos? —preguntó el chofer—. Necesitaré llenar el tanque si van lejos.

Brian cerró la puerta antes de contestar.

—Vamos a la estación de Limmerick.

—Hay una estación de servicio abierta las veinticuatro horas en el camino. Podemos parar allí.

Brian limpió el vidrio posterior que estaba empañado y miró la calle. No vio otros autos. A lo mejor podían escapar. La imagen de Shelly apareció frente a él y se deshizo de ella con facilidad. No valía la pena pensar en esa chica, nunca más.



# 41

---

21 de diciembre de 2024

La lluvia se había convertido en una fina neblina cuando llegaron a la estación de Limerick. Brian bajó del taxi primero para pagar el viaje y para que el taxista no viera a Sven, que salió y se paró entre las sombras. La estación se encontraba vacía. El kiosco estaba cerrado, sólo había una luz sobre la boletería.

—¡Y ahí están los teléfonos! —dijo Brian—. Espero que esta vez me des el número correcto.

—Discaré yo siquieres.

—No, gracias. Sólo dime el número y busca un lugar oscuro para esconderte.

Brian marcó la serie de dígitos. Escuchó el rumor electrónico. ¿Sería en realidad un número de teléfono, o le diría esa computadora suiza que estaba equivocado otra vez?

El sonido del teléfono que llamaba alivió parte de su tensión. Sonó cuatro, cinco veces, luego alguien levantó el auricular.

—*Jawohl* —contestó una voz de hombre.

—Disculpe, ¿pero es el número 55 8723 de St. Moritz? —Hubo un silencio, pero el que había contestado todavía estaba escuchando, no había cortado la comunicación—. Hola, ¿está usted ahí? Siento mucho pero no hablo alemán.

—¿Podría decirme quién es usted? O quizás ya lo conozco. Su primer nombre no será por casualidad Brian.

—Sí, lo es. ¿Cómo lo sabe? ¿Quién es usted?

—Venga a St. Moritz. Llámeme apenas llegue. —Escuchó cuando colgaron del otro lado el teléfono. La línea quedó muerta.

—Esas son muy buenas noticias —dijo Sven cuando Brian se acercó adonde estaba.

—¿Escuchabas?

—Simplemente como una medida de seguridad. Tanto que pude descubrir que era el único que lo hacía. ¿Iremos ahora a St. Moritz?

—Partiremos en este preciso instante. Necesitamos algún tipo de plan antes de comenzar a correr por ahí.

—¿Puedo sugerir que consideremos hacer un desvío antes? He logrado acceso a los horarios y hay un tren a Dublin que sale en menos de una hora. Podría ser conveniente comprar dos boletos, luego hacer una averiguación en la ventanilla justo antes de la salida del tren. Cualquiera que nos busque encontrará al taxista fácilmente, por lo que nos podrían seguir hasta esta estación. Si usamos este subterfugio...

—Podríamos confundirlos. Eres un conspirador nato, viejo. ¿Y una vez que tengamos los boletos y parta el tren, qué haremos? ¿Vamos a un hotel?

—Esa es una posibilidad, pero estoy desarrollando otras. Puedo sugerir que después que compres los boletos te quedes en un bar hasta que salga el tren.

—Todo esto me convertirá en un alcohólico. ¿Y qué harás mientras yo me emborracho?

—Estaré desarrollando otras posibilidades.

Sven se unió a Brian cuarenta y cinco minutos más tarde, cuando éste dejaba el pub.

—Logré que una cerveza me dudara una hora —dijo Brian—. Después de esto juro no volver a beber jamás. ¿Y cómo se desarrolla el plan?

—Muy bien. Te estaré esperando a cien metros al este de la estación. Veme allí después de hablar con el boletero.

Antes que Brian pudiera interrogarla, la IM había desaparecido. Había una pequeña cola en la ventanilla y él se paró al final. Preguntó sobre trenes que conectaban con Belfast desde Dublin. Se aseguró que lo recordaran obligando al hombre a consultar los horarios en su terminal. Luego bajó por la plataforma pasando al lado del tren detenido, y volvió hacia atrás. Estaba seguro que nadie lo había visto salir de la estación en la oscuridad. Caminó en medio la lluvia, cruzó una fila de autos estacionados en el borde de la acera hasta llegar al lugar convenido.

Sólo que Sven no estaba allí. La entrada al negocio estaba húmeda, oscura y vacía. ¿Había seguido caminando? Quizás se había equivocado y estaría en el próximo negocio. Pero éste también

estaba vacío.

—Aquí—dijo Sven a través de la ventanilla abierta del auto más cercano—. La puerta está abierta.—Confundido y en silencio Brian se subió al asiento delantero. Sven encendió el motor, prendió los faros y condujo el vehículo por la calle. La IM se había sacado la cabeza y extendido los tallos de los ojos, y así el volante con sus manos ramificadas.

—No creí que supieras conducir —dijo Brian, dándose cuenta de lo ridículo de las palabras en el momento que las estaba pronunciando.

—Observé la operación de conducir en el taxi. Mientras te esperaba recuperé un programa simulador de manejo que estaba incluido entre otros archivos. Luego lo programé en realidad virtual. Pasé este programa a alta velocidad para acumular en pocos minutos la experiencia de conducción de años.

—Me llenas de admiración. También temo preguntarte dónde obtuviste este vehículo.

—Por supuesto que lo robé.

—Por eso tenía miedo de preguntar.

—No temas que nos detengan por ello. Saqué este vehículo de un galpón cerrado, cuyo dueño es un vendedor de autos. Antes que abran en la mañana, estaremos en otro auto.

—¿Estaremos en otro auto? ¿Dónde estaremos? ¿No te importaría contarme el plan?

—Detecto en tu fraseología que te estás poniendo sarcástico. Disculpa por haberte ofendido. Cuando hablamos por última vez consideraba una serie de opciones. Esta era la más práctica. Si apruebas conduciremos hasta Cork. Si no lo apruebas, tengo opciones alternativas.

—Hasta ahora ésta me parece buena. ¿Pero por qué vamos a Cork?

—Porque es un puerto que tiene un ferry que va diariamente hasta Swansea. Esta es una ciudad de Gales, que a su vez está ubicado en un grupo mayor de islas, llamadas Islas Británicas. Desde allí es posible conducir por carretera hasta el túnel que lleva a Europa continental. Suiza es un país ubicado en Europa continental.

—¿Haremos todo esto sin un pasaporte?

—He estudiado las bases de datos pertinentes. La Comunidad Económica Europea forma una unión aduanera. Se necesita un pasaporte para ingresar a cualquier país miembro de la comunidad.

Después de eso uno no necesita mostrar el pasaporte otra vez. De todos modos, Suiza no es un miembro del grupo. Pensé que podíamos posponer este problema hasta llegar a la frontera de ese país.

Brian tomó una larga bocanada de aire. Observó cómo los limpiaparabrisas giraban de un lugar a otro. En realidad, le era difícil comprender lo que estaba ocurriendo.

—Entonces según entiendo, tu plan es robar y abandonar una serie de automóviles desde aquí hasta llegar a Suiza, ¿estoy en lo correcto?

—Es correcto.

—Pronto deberemos mantener una larga charla sobre ética y moral.

—Ya lo hemos hecho, pero me agradaría poder ampliar nuestra conversación anterior.

Brian sonrió en la oscuridad. Todo esto estaba ocurriendo en realidad. No le sería difícil a Sven abrir el candado de un garaje, o encender un auto sin la llave. Una vez que la IM había analizado cómo funcionaba el motor conducirlo era sumamente simple. Y él tenía suficiente dinero para pagar la nafta y los pasajes de ferry.

—El ferry no resultará. Puedo ver las caras que pondrán cuando subas a bordo, con tus tres ojos de vidrio mirando por la ventana. ¡Se morirán de un ataque cardíaco!

—No me gustaría que eso sucediera y mi plan es que tu conduzcas el vehículo a bordo del ferry. Yo estaré en el baúl del auto.

—Pero no sé conducir.

—Eso no será un problema. Tengo copias de tu maquinaria de coordinación motriz en mi memoria. También poseo una cantidad adecuada de copias de tus redes semánticas y otras representaciones de conocimiento. Les enseñaré a conducir ahora.

—¿Y eso en qué me ayudará?

—Transferencia de conocimiento —Sven permaneció inmóvil durante unos segundos, luego se estiró y tocó con uno de sus ramales la terminal debajo de la piel de Brian—. Ya está hecho; puedes tomar el volante.

Sven detuvo el auto en la banquina y bajó del vehículo. Brian tomó su lugar. Encendió el motor y condujo el auto por la carretera.

—No puedo creerlo. Estoy manejando sin pensar siquiera en ello, como si lo hubiera hecho toda mi vida.

—Por supuesto. Grabé en tu clon sensoriomotor el equivalente a una gran base de datos de experiencia para esa capacidad. Y luego

grabé en tu implante las diferencias resultantes. No debería haber diferencia entre lo que grabé y lo que quedaría si hubieras tenido la experiencia.

Volvieron a cambiar de lugar.

—¡Esto va a funcionar! —pensó Brian—. ¡Va a funcionar!

Sven sabía que él quería llegar a Suiza lo antes posible, así que había hecho todo lo que estaba a su alcance para lograrlo. Pensaría sobre la moralidad en alguna otra ocasión; en ese momento estaba demasiado cansado, demasiado enfermo. Tomaría los autos. Para encontrar al doctor Bociort no le importaba dejar un rastro de autos robados por toda Europa.

—Sube un poco la calefacción, Sven, y despiértame sólo si es necesario. —Se bajó el sombrero sobre los ojos y se acomodó en el asiento.

Muy cansado, pero razonablemente satisfecho con sus habilidades de conductor, Brian condujo el auto sobre el ferry en Cork. Lo estacionó, puso el freno de mano y lo cerró con llave. Luego buscó su camarote. Una noche en una cama le vendría bien. Esperó que Sven disfrutara de su encarcelamiento en el baúl del auto. Ya debería haberse acostumbrado.

Si los seguían, no había evidencia de ello. Condujeron toda la noche, se quedaron en hoteles durante el día. El único problema que se presentó, fue cuando Brian tuvo que subir el último auto robado al tren que transportaba autos por el túnel del Canal de la Mancha. Por suerte había conducido un buen número de horas cuando estaban en las autopistas de Inglaterra, así que logró hacer un trabajo pasable. Cruzaron Francia sin problemas, aparte de los interminables pagos en los puestos de peaje. Estaban tan cercanos los unos de los otros que Brian se vio obligado a manejar la mayor parte del trayecto. Justo antes del amanecer vieron aparecer un cartel en la oscuridad.

—Nos estamos acercando, faltan veintinueve kilómetros para Basilea. Voy a tomar la próxima salida para encontrar un lugar donde aguardar hasta que amanezca. ¿Has tenido suerte con los detalles de la frontera suiza?

—Es muy frustrante. En el último teléfono grabé todo lo que hay sobre Suiza. Puedo decir con seguridad que conozco cada detalle de su historia, idiomas, economía, sistema bancario, leyes penales. Todo es sumamente aburrido. Pero en ningún lugar existe alguna

referencia sobre los controles de frontera.

—Tendremos que cruzar usando el viejo método. Nos acercaremos y observaremos qué están haciendo.

Con los primeros rayos de luz, Sven se encerró en su caja y cerró el baúl. Brian siguió las señales que llevaban a la frontera, hasta divisar las casillas y los edificios de la aduana. Se detuvo en la banquina.

—Voy a seguir a pie —gritó al asiento de atrás—. Deséame suerte.

—Lo haré si es un pedido formal —dijo la voz apagada—. Pero el concepto de suerte es una superstición sin sentido que equivale a creer en...

Brian se perdió las últimas palabras cuando cerró la puerta de un golpe. El suelo estaba cubierto de escarcha y el agua de los charcos, congelada. Autos y camiones se dirigían al cruce de la frontera, otras personas iban a pie como él, cargadas de regalos de Navidad. Se ocultó al ver que entraban en un edificio de la aduana. Los dejó entrar. No se iba a arriesgar. Se acercó más, vio acercarse un auto con placas inglesas.

Este pasó la casilla de los guardias, donde aparentemente no había nadie. Un dato nuevo para la base de datos Suiza de Sven.

Para cuando oscurecía habían cruzado toda Suiza, llegando casi hasta la frontera italiana. Un cartel decía ST. MORITZ.

—Hemos llegado —dijo Brian por encima de su hombro—. Voy a detenerme en la estación de servicio frente a nosotros que parece tener una cabina telefónica. —No agregó nada sobre que le deseara suerte.

Discó el número. Escuchó sonar el teléfono. Luego alguien lo levantó.

—*Bitte?* —Era la misma voz del primer llamado.

—Habla Brian Delaney.

—*Señor Delaney, bienvenido a St. Moritz. ¿Es correcto suponer que está en la ciudad?*

—Estoy en una estación de servicio justo dentro de los límites de la ciudad.

—*Perfecto. ¿Entonces vino en auto?*

—Sí.

—*Si ahora conduce directamente al centro de la ciudad verá carteles indicadores de la estación de trenes. Los carteles dicen Bahnhof. Hay un lindo y pequeño hotel atravesando la calle desde*

*la estación, se llama Am Post. Le he reservado un cuarto allí. Me pondré en contacto con usted más tarde.*

—¿Es usted el doctor Bociort?

—*Paciencia, señor Delaney*, —dijo él y colgó el auricular.

¡Al diablo con la paciencia! Bueno, no tenía otra alternativa. Tenía que ir al hotel. Volvió al auto, le contó lo sucedido a Sven, luego condujo a través de la nieve acuosa y del tráfico en dirección a la estación. No era fácil, el sistema de una sola mano lo confundía, pero finalmente se detuvo frente al Am Post. ¿Era ése el fin de la búsqueda?

—Es bueno recobrar la movilidad —dijo Sven cuando estuvo reensamblado. Cruzó el cuarto con un crujido, extrajo su cable de recarga y lo enchufó en un tomacorriente—. Estoy seguro que te interesará saber que estamos siendo vigilados. La pequeña lente en la lámpara es una cámara de video. Está transmitiendo su señal por una línea telefónica.

—¿Adónde transmite?

—No puedo identificar el destino.

—Entonces hay poco que podamos hacer acerca de ello, aparte de seguir las instrucciones. Carga tu batería, yo también necesito recargar las mías. Voy a pedir en la recepción que me traigan algo de comer. Porque no me voy a mover de aquí hasta que ese teléfono suene.

Fue una larga espera. Sven ya había desconectado su cargador y Brian había terminado su sandwich y su cerveza hacía rato y dejado la bandeja en el pasillo. Se estaba durmiendo en el sillón cuando a las nueve en punto de la noche sonó el teléfono. Atendió.

—Sí?

—*Puede dejar el hotel ahora, con su amigo. Si pasa por el bar use la salida lateral. Luego doble a la izquierda y camine hasta la esquina.*

—¿Y después...? —Escuchó el sonido del receptor al ser colgado y volvió el tono de discar.

Bajaron las escaleras hasta la planta baja. La forma de caminar de Sven era ya perfecta y con su cuello levantado, el sombrero sobre los ojos y la bufanda enroscada tapándole gran parte del rostro, la IM se veía bastante humana, al menos desde cierta distancia. La pequeña recepción estaba vacía. Cruzaron la habitación hasta el bar en el otro extremo. Por suerte tenía lámparas tenues sobre las mesas. El barman estaba secando un vaso y no levantó la vista cuando cruzaron

el cuarto y salieron por la puerta del fondo. La calle lateral estaba desierta, iluminada únicamente por luces a gran distancia una de otra. Caminaron hasta llegar a la esquina. Un hombre salió de la oscuridad bajo el dintel de una puerta.

—Síganme —dijo con un fuerte acento extranjero y se dio vuelta. Se movía con rapidez subiendo una callejuela aún más angosta que la anterior. Doblaron en un camino que los llevó hasta una resbalosa escalera de piedra. La subieron y llegaron a otra calle. Entonces el hombre se detuvo y volvió a mirar la escalera. Cuando estuvo seguro de que no los seguían salió al camino e hizo un gesto con la mano.

Las luces de un auto estacionado se encendieron. El auto se adelantó hasta donde ellos estaban. El que los había guiado abrió la puerta trasera e hizo un gesto para que entraran. En cuanto subieron al Mercedes, éste se alejó rápidamente. Al pasar bajo las luces de una avenida, Brian pudo ver que el chofer era una mujer, morruda y de mediana edad como el hombre que estaba a su lado.

—¿Adónde vamos? —preguntó Brian.

—No hablar inglés —fue toda la respuesta que obtuvo.

—¿Vorbiti româneste? —dijo Sven.

El hombre se dio vuelta.

—*Nu se va vorbi deloc în româneste* —dijo, con voz cortante.

—¿De qué se trata? —preguntó Brian.

—Le pregunté si hablaba rumano, usando el modo formal por supuesto. El me contestó en ese idioma, usando el informal y me dijo que no debíamos hablar.

—Bien hecho.

Dejaron el centro de la ciudad y atravesaron los suburbios residenciales. Estos eran los terrenos más exclusivos de la ciudad; las casas eran grandes y lujosas, cada una tenía su propio jardín cercado y con árboles. Doblaron en el portón de una de éstas y entraron a un garaje que tenía la puerta abierta. La puerta se cerró detrás de ellos y se encendieron las luces.

Su guía abrió una puerta que comunicaba con la casa y les hizo un gesto para que entraran. Recorrieron un pasillo hasta llegar a una amplia habitación tapizada de libros. Un hombre delgado, de cabello blanco, cerró el libro que leía y se puso lentamente de pie.

—Señor Delaney, bienvenido, bienvenido.

—¿Usted es el doctor Bociort?

—Sí, por supuesto... —Estaba mirando la figura desgarbada de

Sven con mucha atención—. ¿Y este...me atrevería a decir, caballero? ¿Es el amigo que descifró mi mensaje?

—En realidad, no. Fue otro asociado mío del mismo tipo quien lo hizo.

—¿Dice que fue una máquina entonces?

—Una Inteligencia Mecánica.

—Qué maravilla. Sírvase un poco de vino. ¿Creo que el nombre de su socio es Sven?

—Ese es mi nombre. Este conocimiento demuestra que la cámara del hotel era suya.

—Siempre debo tener cuidado.

—Doctor Bociort —interrumpió Brian—, he recorrido un largo camino para conocerlo y tengo una cantidad de preguntas urgentes que necesito que me conteste.

—Paciencia, joven. Cuando llegue a mi edad aprenderá a hacer las cosas lentamente. Tome una copa de vino, póngase cómodo, y le diré lo que quiera saber. No comprendo su apuro. Le han ocurrido cosas horribles...

—¿Sabe quién es el responsable?

—Temo no saberlo. Deje que comience desde el principio. Hace algún tiempo se puso en contacto conmigo un hombre que dijo llamarse Smith. Luego descubrí que su nombre real era J.J. Beckworth. Ahora, antes de hacerme otras preguntas, déjeme decirle todo lo que sé. Estaba enseñando en la universidad de Bucarest cuando el señor Smith fue a verme. Conocía mis investigaciones en el campo de la inteligencia artificial y deseaba contratarme para realizar un trabajo en esa materia. Me dijo que un científico había conseguido construir una IA pero que había muerto repentinamente. Necesitaba a alguien que continuara su trabajo. Se me ofreció una gran suma de dinero, que acepté de buena gana. Claro que tenía ciertas sospechas, porque para mí desde el principio hubo algo muy ilegal en todo el asunto. Hay muchos científicos en el oeste, algunos de ellos mucho más capacitados que yo, que hubieran estado ansiosos por completar el trabajo. Eso no me detuvo. Si conoce la historia de mi triste país, comprenderá que debo haber transigido más de una vez para llegar a mi edad.

Tosió y señaló la jarra que estaba sobre la mesa junto al vino.

—Me sirve un vaso de agua, por favor. Gracias. —Tomó un poco de agua, luego apoyó el vaso junto a su codo.

—Ya sabe lo que sucedió después de eso. Fui al estado de Texas,

donde me entregaron sus archivos. Las instrucciones fueron claras, debía desarrollar un producto comercial usando su IA. Sabe que lo conseguí porque su IA encontró mi mensaje codificado.

—¿Por qué dejó el mensaje? —dijo Brian.

—Pensé que la razón era obvia. Se le hizo un gran daño. Al principio Beckworth pensó que había muerto, incluso se jactaba del crimen que había cometido, me dijo cuántos había matado y que yo estaba involucrado. Hizo eso para asegurarse de mi silencio. Dijo que nadie creería que no había formado parte de la conspiración desde un principio, lo que es indudablemente cierto. Entonces algo salió mal. Beckworth estaba disgustado. Ya en ese entonces Thomsen dirigía la planta y yo estaba terminando mi desarrollo de la IA. Sabía que Beckworth se iría pronto y lo obligué a arreglar también mi desaparición.

—¿Cómo lo obligó? No lo entiendo.

No existía ningún tipo de calidez en la sonrisa de Bociort.

—Usted entendería, joven, si hubiera vivido en mi tierra en los años de Ceasescu. Ya que estaba convencido desde el principio que lo que hacía era ilegal, tomé ciertos recaudos para garantizar mi seguridad. Dejé un programa corriendo en la computadora de la universidad. En realidad, un virus. Si no se le introducía un código mensualmente por teléfono, estaba programada para llamar a Interpol. A Beckworth no le gustó cuando le di una copia del mensaje y le describí lo que había hecho. Claro que no le dije dónde estaba la computadora. Al final comprendió que si yo seguía con vida no constituía ninguna amenaza para él. Cuando descubrí que se fugaba, insistí que hiciera los arreglos para desaparecer yo también. Ahora vivo tranquilamente, cuidado por mis primos que también están contentos de vivir en medio del lujo suizo. Sólo me molestó el mal que le habían hecho; por eso le dejé el mensaje. Quería conocerlo a usted y a su IA por supuesto.

—IM —dijo Sven—. Inteligencia mecánica, que no tiene nada de artificial.

—Acepto su corrección y le pido disculpas. En cuanto a usted, Brian, quiero darle la poca información que poseo sobre la conspiración.

—¿Sabe quiénes están detrás de esto?

—Lamentablemente, no. Tengo una sola pista importante. Es- cuché todas las llamadas de Beckworth. Esa fue la primera tarea que cumplió su IA, escuchar en cada teléfono que Beckworth podía usar.

Era muy circunspecto y sólo una vez aflojó y usó su teléfono para hablar con sus cómplices. Esto sucedió cuando se enteró que usted aún seguía vivo, que el atentado contra su vida había fallado. Todavía constituía una amenaza que debía ser eliminada. El teléfono al que llamó fue desconectado al día siguiente, así que lo único que puedo decirle es que estaba ubicado en Canadá. Pero el hombre con quien Beckworth habló no era canadiense.

—¿Cómo lo sabe?

—¡Mi querido señor! Lo supe en la misma forma en que supe que era usted quién llamaba. Lo delató su voz, un nativo del sur de Irlanda que creció en los Estados Unidos. Cada palabra que dijo sirvió de identificación. Yo comencé a investigar la IA a través de mi trabajo en lingüística. Obtuve mi título en Filología en la Universidad de Copenhague, donde seguí los pasos del gran Otto Jespersen. Por lo tanto debe creerme que el hombre no era canadiense. Escuché la cinta muchas veces y estoy absolutamente seguro.

Bociort hizo una pausa dramática, se llevó el vaso a la boca pero no bebió y luego volvió a apoyarlo antes de seguir hablando.

—El individuo en cuestión tenía un marcado acento Oxbridge, lo que significa que fue un estudiante de las Universidades de Oxford o Cambridge. Hay una posibilidad de que haya asistido también a Eton. Trabajó muy duro durante sus años de colegio para perder su acento regional, pero su rastro era aún claro para mí. Debe ser de Yorkshire, posiblemente de Leeds, de allí venía.

—¿Está seguro de ello?

—Por supuesto. Ahora que contesté a todas sus preguntas lo más detalladamente que pude, por favor haga que su IM se saque la ropa. Estoy ansioso por ver lo que ha logrado. Estaba muy apenado cuando descubrí que su IA robada era, como diría... un brontosaurio.

—¿A qué se refiere?

—No era obvio al principio, pero a medida que trabajé sobre sus notas y estudié las etapas del desarrollo me vi obligado a concluir que su trabajo no había tomado la senda correcta de la evolución de la inteligencia. Su IA era un buen dinosaurio, pero nunca desarrollaría la verdadera inteligencia que usted estaba buscando. En verdad que era un excelente brontosaurio. Pero en algún lugar había tomado la bifurcación equivocada. No importaba cuánto se perfeccionara al brontosaurio, siempre sería un dinosaurio, nunca llegaría a ser humano. Nunca pude descubrir dónde se había equivocado y por supuesto nunca les conté a mis

empleadores mi descubrimiento. Sinceramente espero que haya descubierto el error.

—Lo he hecho y lo he corregido. Mi IM es ahora funcional y está completa. Sácate la ropa, Sven, y charla un poco con el doctor. Despues de lo que ha hecho por mí se merece un Test de Turing.

—El que espero aprobar —dijo Bociort sonriendo.

---

31 de diciembre de 2024

Brian disfrutó su semana de estada en St. Moritz. Era la primera vez que estaba solo desde el ataque al laboratorio. Desde aquel entonces su vida había transitado por el hospital, la recuperación, el trabajo y por las manos de otras personas. Ahora ni siquiera tenía a Sven con quien hablar. Atesoraba su soledad y anonimato. Allí nadie parecía tener prisa. El doctor Bociort estaba agradecido y con motivo, de tener esos días para comunicarse con la IM.

El aire fresco y seco parecía haberle aliviado todos los síntomas de su resfrió, y con su recuperado sentido del gusto exploró los muchos restaurantes de la ciudad. Cuando Sven 2 mencionó por primera vez la posibilidad del número telefónico en St. Moritz, Brian había grabado, sólo por precaución, un diccionario de alemán y un curso del mismo idioma en su implante. Se conectó con esa información y con algunos días de constante práctica comenzó a hablar alemán antes del fin de semana.

También tuvo tiempo libre para planear su futuro, para pensar en él con calma, sopesar las distintas opciones que tenía a su disposición. En esto el doctor Bociort fue su confidente: un hombre sensato y un europeo culto. En el último día de su estada, Brian caminó como lo hacía usualmente los tres kilómetros hasta la casa de Bociort. Tocó el timbre y Dimitri lo condujo al estudio del doctor.

—Brian, entra. Quiero que admires el nuevo medio de viaje de Sven.

No veía la IM por ningúñ lado, pero un hermoso baúl, forrado en cuero y con herrajes de bronce, se encontraba en el medio de la habitación.

—Buenos días, Brian —dijo el equipaje—. Este baúl es de lo

más agradable. Está especialmente equipado para mi confort. Tiene sensores ópticos a cada lado para máxima visibilidad...

—También tiene conexiones de micrófono y parlantes. Te ves muy bien, Sven.

El doctor Bociort se acomodó en su silla y sonrió felizmente a ambos.

—No les puedo decir el placer que estos dos días me han deparado. Ver la simple IA con la que trabajé elevada a esta forma de perfección es un goce intelectual que estoy seguro que ambos comprenderán. Además, mi querido Brian, aunque parezca un anciano emotivo, he apreciado mucho su compañía.

Brian no contestó; se movió incómodo en su sitio y pasó sus dedos por el borde del baúl.

—Sea más amable consigo mismo —dijo Bociort, estirando su mano y tocando levemente la rodilla de Brian: pretendió no notar el escalofrío que había causado y la forma en que Brian retrajo el cuerpo—. La vida intelectual es muy buena; utilizar nuestro cerebro, develar los secretos de la realidad, es un don que hemos recibido unos pocos. Pero disfrutar nuestra parte humana es un placer similar...

—No quiero seguir esta conversación.

—Yo tampoco. Sólo me permito esta falta de tacto por la confianza, el entendimiento que ha nacido entre nosotros. Lo han herido profundamente y se ha vuelto amargo. Eso es comprensible. No pido que me responda. Sólo le pido que sea más amable consigo mismo, que encuentre alguna forma de disfrutar de los placeres físicos y emocionales que pueda brindarle la vida.

El silencio se prolongó. El doctor Bociort se encogió de hombros. Fue un gesto tan leve que quizás ni siquiera tuviera ese significado. Se volvió y levantó la mano.

—Tengo unos pocos obsequios que son sólo expresión de mi aprecio. Puedes traerlos por favor, Dimitri.

Dimitri trajo una billetera de cuero sobre una bandeja de plata.

—Esto es para usted, Brian —dijo el anciano—. Contiene un pasaje de primera clase para el vuelo de esta tarde a Suecia. Las reservas de su hotel están allí, así como el pasaporte del cual le hablé. Es un pasaporte rumano legítimo. Todavía tengo buenos amigos que ocupan altos puestos en mi país natal. No es una falsificación, es auténtico y expedido por el gobierno. Estoy seguro que no le importará ser Ioan Ghica por algunos días; es un nombre para llevar

con orgullo. Y esto le servirá para el invierno del Báltico.

El gorro era de piel visón y le iba a la perfección.

—Muchas gracias, doctor Bociort, no quisiera en realidad...

—No hablaremos más del tema, mi muchacho. Si ya ha pagado el hotel, Dimitri, buscará sus valijas.

—Ya está todo hecho.

—Bien. Entonces me sentiré honrado de que comparta una última copa de vino conmigo hasta que él vuelva.

Con Sven en el baúl del Mercedes, después de despedirse por última vez y darle un abrazo al anciano, Brian fue llevado por Dimitri hasta el pequeño aeropuerto local. El avión VTOL se elevó desde la pista cubierta de nieve para recorrer una corta distancia hasta el aeropuerto de Zurich. Allí tomó el vuelo de SAS. El servicio, la comida, el asiento, todo era mucho mejor que en el vuelo trasatlántico de Aeroflot.

El aeropuerto Arlanda era limpio, moderno y eficiente. Después de una sobria revisación, sellaron su pasaporte y se lo devolvieron. Sus valijas lo estaban esperando, así como un changador y un chofer de limusina. La nieve arrastrada por el viento se depositaba en los árboles que enmarcaban el camino. La oscuridad de la tarde descendió antes que llegaran a Estocolmo. El hotel Lady Hamilton era pequeño y pintoresco, lleno de retratos y recuerdos de la dama y del Almirante Nelson.

—Bienvenido a Estocolmo, Sr. Ghica —dijo el recepcionista alto y rubio—. Esta es su llave. Tiene la habitación 32 en el tercer piso. El ascensor está ubicado en la parte de atrás y el botones subirá sus pertenencias. Espero que disfrute su estada en Estocolmo.

—Sé que la disfrutaré.

Esa era la verdad. Estaba ahora en la ciudad donde podía dejar de correr y ocultarse. Cuando dejara Suecia volvería a ser otra vez él, alguien libre por primera vez desde el atentado.

—Sal de ahí, Sven —dijo. El baúl ya estaba sin llave y abierto—. Cierra el baúl y guárdalo como un souvenir.

—Me gustaría que me des una explicación —dijo la IM cuando salió con un chirrido y se paró sobre la alfombra.

—Libertad para mí significa lo mismo que para ti. Este es un país democrático y liberal con leyes justas. Estoy seguro que a todos sus habitantes les encantará verte disfrutar de la libertad de su ciudad. Suecia no pertenece a ningún bloque militar. Lo que significa que los acólitos del malvado general Schorcht no pueden atraparme aquí. Y

nos quedaremos hasta estar absolutamente seguros que ese peligro en particular no existe. Ahora haremos el llamado que echará la pelota a rodar.

Levantó el teléfono y marcó el número.

—Estás llamando a Benicoff —dijo Sven—. ¿Puedo contar con que has considerado todos los efectos de esta acción?

—No he pensado en otra cosa la semana pasada...

—*Hola. Habla Benicoff.*

—Buenos días, Ben. Espero que te encuentres bien.

—*Brian! ¿Estás bien? ¿Y qué diablos haces en Estocolmo?* —

Su teléfono por supuesto le había indicado la identidad del número que llamaba.

—Disfrutando la libertad, Ben. Y sí, estoy bien. No, no hables, escucha por favor. ¿Puedes conseguirme un pasaporte norteamericano válido y traérmelo hasta aquí?

—Sí, pienso que sí, lo tendré para Año Nuevo, pero...

—Eso es todo. No quiero ni peros ni preguntas. Tráeme el pasaporte y te contaré todo lo que ha ocurrido. Disfruta el vuelo. — Colgó el receptor, que volvió a sonar un momento más tarde.

—Ese es Benicoff que te vuelve a llamar —dijo Sven.

—¿Entonces no vale la pena contestar, no es así? ¿Cuando entramos, no viste un pequeño bar, a la derecha de la recepción?

—Sí, lo vi.

—¿Vendrás conmigo a disfrutar mi primera cerveza sueca? Y no te molestes en vestirte para esta ocasión.

—¿No me dirás qué es lo que has planeado?

—Te lo contaré todo cuando estemos en el bar. ¿Vienes?

—Será un placer acompañarte. Es más, estaba deseando esa experiencia.

El ascensor estaba vacío. Pero había una persona mayor sueca en la recepción esperando que la puerta de éste se abriera.

—*Godafont* —dijo Sven apenas salió del ascensor.

—*Godafont* —contestó el hombre, haciéndose a un lado. Pero sus ojos se abrieron azorados y se volvió para verlos pasar.

—Los suecos son muy gentiles —dijo Sven—. Cuando me dijiste cuál era nuestro destino, y con un nombre como el mío, pensé que lo correcto era realizar cierta investigación lingüística.

El recepcionista, como todos los recepcionistas del mundo, había visto de todo y se limitó a sonreírles, como si todos los días entraran al hotel máquinas de tres ojos.

—Si van al bar conseguiré alguien que los atienda.

La camarera no se lo tomó tan a la ligera. No quería salir de atrás del mostrador para tomarles el pedido. Si hablaba inglés parecía que lo había olvidado cuando Brian pidió una cerveza.

—*Min vän vill ha en öl* —dijo Sven—. *En svensk öl, tack.*

—*Ja...* —dijo ella boqueando y huyó atemorizada hacia el bar. Había recobrado el control cuando volvió a aparecer con una botella y un vaso, pero no quería pasar al lado de Sven. En cambio dio un largo rodeo por la mesa vecina para servir a Brian. Se alejó por el mismo camino.

—Esta es una experiencia muy interesante —dijo Sven—. ¿Estás disfrutando de la cerveza?

—Sí, mucho.

—¿Entonces me dirás lo que has planeado?

—Nada más que lo que ves. He basado mi plan de ataque en el hecho que los militares aman el secreto y odian la publicidad. Hacia fines del siglo pasado, antes que la verdad fuera revelada, el presupuesto en negro de los Estados Unidos ocultaba gastos de más de ochenta mil millones de dólares por año para comprar cosas como el bombardero Stealth, una máquina totalmente inútil. Es obvio que el general está jugando el mismo tipo de juego conmigo. En nombre de la seguridad nacional, me mantiene en prisión, mantiene en secreto mi existencia. Bueno, ahora me he escapado. El mundo pronto sabrá que estoy aquí, sabrá que tú existes. Salimos de las sombras y estamos a plena luz del sol. No voy a dar ningún detalle sobre construcción de la IA, ése es un secreto comercial sobre el que me conviene mantener la boca cerrada. Te pediré que no entres en detalles tampoco.

—¿O volveré al baúl?

—¡Sven, hicistes una broma!

—Gracias. Estuve trabajando para perfeccionar esa técnica. Corriendo el riesgo de parecer sentimental, debo decir que te debo mi vida, mi existencia. Sólo por esa razón no haría nada para dañarte.

—¿Tienes otras razones?

—Muchas. Espero que no pienses que estoy siendo antropomórfico cuando digo que me caes bien. Y que te considero un buen amigo.

—Es un sentimiento que comparto.

—Gracias. Y hablando como amigo, ¿no temes por tu seguridad personal? Hubo otros atentados contra tu vida. ¿Y los militares...?

—Desde que se disolvió la CIA, creo que el asesinato ya no es

un arma norteamericana. En cuanto a los otros, voy a delatarlos. Le diré a la prensa todo lo que sé sobre ellos. Dejaré saber al enemigo que tienen la IA equivocada, que la nueva versión mejorada es propiedad de Megalobe y del gobierno de los Estados Unidos. Ellos, quienesquiera sean, sólo pueden participar comprando las acciones de la compañía. Matarme ahora sería contraproducente. Raptarme o raptarte a ti estaría más en la línea de lo que hasta ahora ha sido un caso de espionaje industrial. Estoy seguro que al gobierno sueco no le agradaría que alguien nos raptara. Particularmente, después que les aseguré que encabezará la lista para comprar la IA si cooperan con nosotros. Megalobe también lo hará para que nosotros volvamos con vida. Además una compañía sólo puede producir ganancias vendiendo y Suecia tiene muchas coronas.

El primer reportero llegó treinta minutos más tarde; alguien obviamente lo había llamado para darle el dato. Incluso antes que pudiera encender su grabadora, un camarógrafo de video estaba detrás de él filmando la escena.

—Mi nombre es Lundwall de Dagens Nyheter, ésta es mi identificación. ¿Me podría decir, señor, qué es esa máquina sentada... si es ésa la palabra correcta, en la silla junto a usted?

—Esta máquina es una Inteligencia Mecánica. La primera que se ha construido.

—Es una... ¿Puede la máquina hablar?

—Posiblemente mejor que usted —dijo Sven—. ¿Debo decirle algo más?

—No. No hasta que conversemos con Ben. Subamos ahora a nuestra habitación.

Cuando salieron del bar descubrieron que la recepción estaba llena de exaltados periodistas. Las cámaras disparaban sus flashes y les gritaban preguntas. Brian se abrió paso hasta donde estaba el recepcionista.

—Lamento este alboroto.

—No es su culpa, señor. La policía está por llegar. No estamos acostumbrados a este tipo de cosas en el Lady Hamilton y no nos gusta. Pronto restableceremos el orden. ¿Va a aceptar llamadas?

—No, no creo que lo haga. Pero estoy esperando una visita, la del señor Benicoff. Lo veré tan pronto como llegue, mañana, supongo.

Brian encendió el televisor en cuanto volvió a su habitación para comprobar si Sven y él salían en algún flash informativo de la

televisión sueca. En cuestión de minutos la noticia era anunciada por otros canales locales y pronto fue tomada por los internacionales.

Más tarde, cuando sintió hambre pidió un sandwich al servicio de habitación. Cuando contestó al llamado en la puerta vio un pequeño camarero oriental acompañado por dos policías, que le llevaban por lo menos dos cabezas de alto.

Menos de cinco horas después de haber llamado a Benicoff sonó el teléfono de la habitación.

—Es el recepcionista —dijo Sven. Sorprendido, Brian lo tomó.

—El caballero que mencionó, el señor Benicoff, está aquí. ¿Quiere usted verlo?

—¿Aquí... en el hotel? ¿Está seguro?

—Positivamente. La policía ya ha verificado su identificación.

—Sí, lo veré, desde luego.

—Los aviones del ejército tienen un alcance de nueve mil kilómetros —dijo Sven—. Y pueden sobrepasar al Mach 4.2 en ese trayecto.

—Eso debe ser lo que tomó. Es bueno que Ben haya usado toda su influencia.

Alguien golpeó y Brian abrió la puerta. Ben estaba parado allí, sosteniendo un pasaporte norteamericano.

—¿Puedo entrar ahora? —dijo.



---

31 de diciembre de 2024

—Qué rápido llegaste, Ben.

—Usé un jet militar. Es un poco chico, pero muy rápido. Cuando paramos para cargar los tanques la última vez, este pasaporte estaba esperando. Tiene todos tus datos excepto tu firma. Se me ordenó que te dijera que debías firmarlo en mi presencia.

—Lo haré ahora. —Brian fue al escritorio a buscar una lapisera.

—¿Cómo te ha ido, Sven? —preguntó Ben.

—Tengo las baterías cargadas y estoy listo para cualquier eventualidad.

Brian sonrió ante la sorpresa de Ben.

—Sven está desarrollando una nueva destreza lingüística y sentido del humor.

—Es lo que veo. Los dos están en los titulares del mundo entero.

—Esa era mi intención. Te diré todo lo que he descubierto y lo que intento hacer, tan pronto como me cuentes lo que ha estado ocurriendo en los Estados Unidos.

—Lo haré. Y tengo un mensaje para ti de Shelly...

—No. Ni me menciones su nombre, no quiero saber nada de ella. Asunto terminado.

—Si así lo quieras, Brian, pero...

—No quiero peros tampoco. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. Tuve una pelea con el general Schorcht tan pronto como me enteré que habías desaparecido. Lo mantuve en secreto por tres días. Ese fue su error. Si yo y mis superiores hubiéramos sabido lo que ocurría podría haber sobrevivido...

—¡Está muerto!

—Es casi igual. Tuvo que optar por un retiro obligado. Está

viviendo en un pequeño bungalow en Camp Mead en Hawaí. Tuvo que aceptar eso, o enfrentar posibles cargos ante un tribunal por falta de cordura. Obligó a los ingenieros a abrir tu laboratorio. Prácticamente se volaron la cabeza. Hubo cortocircuitos, explosiones prematuras, fue como si alguien desde adentro trabajara para detenerlos.

Brian tuvo que reírse.

—Ese era Sven 2. Una IM muy avanzada.

—Descubrimos eso cuando tu IM llamó a la policía y a las estaciones de TV para hacerles saber lo que ocurría. Schorcht fue despedido diez minutos más tarde.

—Tendré que llamar a Sven 2 y felicitarlo. ¿Entonces cómo quedaron las cosas ahora?

—Los militares se han retirado finalmente de Megalobe y ahora quedó un cuerpo de seguridad civil allí. Será igual de seguro que antes. Cuando el mayor Wood descubrió que el general lo había engañado, ya que conocía tus planes para escapar y había dejado que te fugaras, pidió la baja. Así que todavía está encargado de la seguridad, aun cuando ya no tiene el uniforme.

—Es bueno saberlo. ¿Cuál era la idea del general? ¿Por qué me dejó huir?

—Tenía la sospecha, probablemente debido a los micrófonos y a los informes de inteligencia, de que sabías más de los criminales de lo que dejabas traslucir. Al permitirte escapar, manteniéndote vigilado y rastreándote, pensó que lo llevarías hasta los criminales.

—Si creyó eso, entonces también debió pensar que estaría exponiendo mi vida. ¡Y no le importó!

—Esa fue exactamente mi conclusión. Razón por la cual está ahora mirando televisión en ese bungalow en Hawaí. Al Presidente todo esto no le gustó nada. Si hubieras guiado al general Schorcht a los criminales quizás todo se le hubiera perdonado. Pero cuando escapaste a su vigilancia todo el esquema se vino abajo.

—¿Hablaste con la doctora Snaresbrook?

—Lo hice. Desea que te encuentres bien, te manda cariños y espera verte pronto en California. Está furiosa por haber sido usada por el general, al haberte ayudado en lo que pudo ser una situación peligrosa.

—No puedo decir que la culpo. Se expuso a un gran riesgo al ayudarme y la operación ya había fracasado antes de comenzar.

—Bueno, eso es todo —dijo Ben, yendo y viniendo a lo largo de

la habitación—. Todavía estoy acalambrado por el viaje en avión. No tengo más que contarte. Así que quizás satisfagas mi curiosidad ahora. ¿Adónde fuiste y qué es lo que has estado haciendo?

—No te puedo contar adonde fui. Pero puedo decirte que el doctor Bociort sigue vivo y me contó todo lo que sabe. Fue contratado para trabajar con mi IA robada por Beckworth usando un nombre falso. Bociort sabía que la operación era ilegal desde el principio y espió lo que pudo...

—¡Brian, sé bueno con un hombre viejo! Cuéntame el final y luego dime los detalles. ¿Descubrió quién estaba detrás del robo y los asesinatos?

—Desgraciadamente, no. Descubrió que se trataba de una conspiración internacional, aunque Beckworth sea un ciudadano norteamericano. Fue un canadiense quien preparó todo el operativo del helicóptero. Además unos orientales manejaban el camión que sacó todo de mi casa. Y otra cosa importante. Cuando Beckworth tuvo una emergencia llamó a Canada y habló con un inglés.

—¿Quién?

—No pudo descubrir quién era porque el teléfono fue inmediatamente desconectado.

—Maldición. Entonces volvemos a cero. Los ladrones y los asesinos todavía andan sueltos.

—Eso es correcto. Como no los podemos encontrar, tenemos que lograr que no nos dañen. Primero sacaremos una patente de la IA que ellos tienen. Así que lo que robaron estará disponible para cualquiera que quiera pagar los derechos. Esto es por el pasado. Ahora sólo debemos pensar en el futuro...

—Lo que explica tu repentina aparición y la de Sven en televisión esta noche.

—Correcto. Es un juego completamente nuevo. Olvidamos el pasado, por lo menos eso quisiera y miramos hacia el futuro. Cuando éste llegue será bueno. Dejamos al mundo saber que Megalobe está fabricando IM. Como cualquier nueva invención tomamos todas las medidas necesarias en contra del espionaje industrial. Y nos ponemos a producir de inmediato. Mientras más IM haya en el mundo, más seguros estaremos Sven y yo. Dudo que la gente que está detrás del robo y los asesinatos traten de vengarse, pero de todas formas tomaré también todas las precauciones que cualquier ingeniero con conocimientos técnicos tomaría. ¿Qué te parece?

—¡Que funcionará! —gritó Ben, golpeando su palma con el

puño—. Que tiene que funcionar. Esos desgraciados, quienes quiera sean, pagaron millones por nada. Brindemos por eso —Ben miró a su alrededor—. ¿Tienes un bar aquí?

—No, pero puedo pedir lo que quieras.

—Champaña, que sea de una buena cosecha. Y seis sandwiches. No he comido en más de quince mil kilómetros.

Sólo sucedió una cosa que arruinó la completa felicidad de Brian. La prensa ya no asediaba al hotel; la policía estaba en la puerta de entrada y sólo admitía a los otros huéspedes y a periodistas que tenían cita. Ya había comido demasiado en habitaciones de hotel cuando se reunió con Ben al día siguiente en el restaurante para tomar el desayuno.

—¿Dónde está Sven? —preguntó Ben—. ¿Pensé que le gustaba la publicidad y su nueva libertad?

—Y disfruta de ella. Pero acaba de descubrir que Estocolmo tiene números telefónicos para las llamadas conversaciones sexuales terapéuticas. Así que está practicando su sueco mientras investiga las prácticas sexuales humanas.

—¡Oh, si Alan Turing estuviera vivo hoy!

Estaban terminando su segunda cafetera cuando Shelly entró al comedor. Miró a su alrededor y se dirigió lentamente hacia la mesa de ellos. Ben se paró apenas se acercó.

—No creo que seas bienvenida aquí, aunque Inteligencia Militar haya conseguido hacerte franquear la barrera policial.

—Estoy aquí por mi cuenta, Ben. Nadie me ayudó. Simplemente me registré en el hotel. Y si no te importa, me gustaría que Brian me pida que me vaya. Quiero hablar con él, no contigo.

Brian medio se incorporó, con el rostro congestionado, los puños cerrados. Entonces se dejó caer de nuevo en su silla y trató que su cólera desapareciera.

—Déjala quedarse, Ben. Es algo que tendrá que tratarse tarde o temprano.

—Estaré en mi cuarto. —El hombre fornido se volvió y los dejó solos.

—¿Puedo sentarme?

—Sí, y contéstame una pregunta...

—¿Por qué lo hice? ¿Por qué te traicioné? Estoy aquí porque te quiero hablar de ello.

—Te escucho.

—Odio cuando tu voz se vuelve fría como ahora, cuando tu cara se congela. Pareces una máquina más que una persona...

Le rodaron lágrimas por las mejillas y se las secó con furia. No tardó en controlarse.

—Por favor trata de entender. Soy un oficial activo de la Fuerza Aérea de los Estados Unidos. Hice un juramento y no puedo traicionarlo. Cuando fui a Los Angeles para ver a mi padre, el general Schorcht me mandó a buscar. Me dio una orden y yo la obedecí. Es tan simple como eso.

—No me parece nada simple. En los juicios de Nuremberg...

—Ya sé lo que estás por decir. Que no soy mejor que los nazis a quienes se les ordenó matar a judíos y ellos lo hicieron. Trataron de escapar a su castigo alegando que sólo cumplieron órdenes.

—Tú lo dijiste, no yo.

—Quizás no tuvieron otra alternativa, hicieron lo que todo el resto estaba haciendo. No los defiendo, sólo intento explicarte lo que yo hice. Yo tenía opción. Podría haber renunciado a mi cargo, podría haberme ido de allí. No me hubieran matado.

—¿Entonces debes de haber estado de acuerdo con la orden de mentirme, de espiarme? —lo dijo aún tranquilo, sin demostrar su enojo.

Ella estaba suficientemente conmovida por ambos, golpeaba con suavidad la mesa con su puño, inclinándose para murmurar las palabras.

—Pensé que si huías solo estarías en peligro, realmente lo creí. Quería protegerte...

—¿Llamando por teléfono desde el tren y comunicándole a Schorcht todos mis planes?

—Sí. Creí que existía una gran posibilidad de que no pudieras lograrlo solo, que te podrían herir, así que quise protegerte. Y sí, creí que Inteligencia Militar debía saber lo que estabas haciendo. Si tenías conocimientos que eran vitales para tu país, creía que era vital que tu país estuviera enterado.

—¿La seguridad nacional es más importante que traicionar a un amigo?

—Si lo expresas en esa forma, bien, entonces creo que lo es.

—Pobre Shelly, vives en el pasado. Antepones el nacionalismo a tu honor personal, a todo. Sin saber que el pequeño nacionalismo está muerto y que el nacionalismo mundial es lo que importa hoy día. La guerra fría también está muerta, Shelly, y es de esperar que pronto

todas las guerras hayan muerto. Y finalmente nos libraremos del lastre de los militares. Son fósiles, ya extintos, pero demasiado estúpidos para quedarse quietos. Tú tomaste tu decisión y ya me has hablado sobre ella. Fin de nuestra conversación. Adiós Shelly, no creo que nos volvamos a ver. —Se limpió los labios con la servilleta, se puso de pie y se dio vuelta.

—No puedes dejarme así. Vine a darte una explicación, quizás a pedirte disculpas. Soy una persona y pueden herirme. Y me estás hiriendo, ¿entiendes eso? Vine para hacer las paces. Debes tener más de máquina que de humano para no entender eso. ¡No puedes permitirte darme la espalda y marcharte!

Eso fue exactamente lo que hizo.

# 44

LA JOLLA , CALIFORNIA

---

8 de febrero de 2026

La fecha despertó la atención de Erin Snaresbrook, cuando leía su periódico matutino personalizado. Había muy pocas noticias generales en su diario, nada de política, ni de deportes, pero muchas sobre bioquímica e investigaciones sobre el cerebro. Estaba leyendo un artículo sobre el crecimiento nervioso. Algo en la fecha le molestaba. Entonces volvió a mirarla y dejó caer las hojas de eternitree sobre la mesa. Levantó su taza de café.

Esa fecha. Nunca podría olvidarla, nunca. Podía hacerla a un lado cuando estaba ocupada, pero entonces algo se lo recordaría y ese día estaría allí otra vez. La primera imagen del cráneo destrozado, el cerebro arruinado, esa terrible desesperación que la había embargado. La desesperación se había vuelto esperanza, luego inmensa satisfacción cuando Brian sobrevivió.

¿En realidad había pasado otro año? Un año durante el cual no lo había visto, ni siquiera había hablado con él. Trató de ponerse en contacto pero nunca respondió a sus llamados. Mientras lo pensaba discó su número, y le llegó la misma respuesta grabada. Sí, su mensaje había quedado registrado y Brian la llamaría. Pero él nunca lo hacía.

Un año era mucho tiempo y a ella eso no le gustaba. Paseó la mirada sobre los pinos y el océano que estaba más allá, sin verlos. Había pasado demasiado tiempo. Esta vez iba a hacer algo al respecto. Woody atendió el teléfono apenas llamó.

—*Wood, seguridad.*

—Woody, soy la doctora Snaresbrook. Me preguntaba si podría ayudarme con un problema de comunicación.

—Dígame en qué puedo ayudarla.

—Es sobre Brian. Hoy es el aniversario de aquel terrible día en que lo hirieron. La fecha me hizo recordar que no he hablado con él desde hace casi un año. Lo llamo pero nunca me contesta. Presumo que está bien o de otro modo ya me hubiera enterado.

—El se encuentra en excelente estado físico. A veces lo veo en el gimnasio cuando voy a ejercitarme —Hubo un largo silencio antes que Woody volviera a hablar—. Si no está ocupada creo que puedo arreglar una cita con él hoy. ¿Le conviene?

—Excelente, estoy libre gran parte del día —dijo ella mientras se daba vuelta hacia su terminal para cambiar una media docena de citas—. Estaré allí tan pronto como pueda.

—La estaré esperando. Hasta entonces.

Cuando sacó su auto del garaje el sol había desaparecido detrás de unas espesas nubes y la lluvia golpeaba su parabrisas. Esta aumentó a medida que se dirigía hacia el interior, pero como siempre la barrera montañosa detuvo las nubes y la tormenta. El sol perforó el oscuro techo de nubes cuando bajaba la cuesta de Montezuma. Abrió la ventanilla para dejar entrar el calor del desierto. Firme como su palabra, Woody estaba esperando en el portón principal de Megalobe. No lo abrió, en cambio salió a recibirla.

—¿Tiene lugar para un pasajero? —preguntó él.

—Sí, por supuesto, suba —Apretó un botón y la puerta se abrió—. ¿Brian no está aquí?

—No viene mucho en estos días —Una vez que se hubo sentado, la puerta se cerró y el cinturón de seguridad se deslizó en su lugar—. Por lo general trabaja en su casa. ¿Ha estado en el Rancho de Split Mountain?

—No, porque ni siquiera me han hablado sobre él.

—Bueno, nos gusta mantenerlo en reserva. Tome hacia el Este y le mostraré dónde doblar. En realidad no es un rancho sino un complejo habitacional de alta seguridad para el personal jerárquico que trabaja en la investigación de IM. La mayoría son condominios y casas. Ahora que nos hemos expandido y fabricamos nuestros propios productos, necesitamos algún lugar cercano y seguro para que vivan nuestros ejecutivos e investigadores.

—Suena bien. Se ve preocupado, Woody. ¿Qué pasa?

—No lo sé. Quizás no sea nada. Por eso pensé que usted podría hablar con él. Sólo se trata de eso, bueno, ya no lo vemos demasiado. Solía comer en la cafetería y ya no lo hace. Casi no lo vemos por ahí. Y cuando lo veo, distante es la palabra que mejor lo define. Nada de

bromas, ni de charla. No sé si hay algo que lo preocupa o no. Tome a la derecha por ese camino que sube.

El camino giraba hacia el desierto y terminaba en un amplio portón montado en una pared que se extendía a ambos lados. El estilo colonial español, los árboles y las flores no podían ocultar el hecho que se trataba de un muro sólido y alto, y que el portón de hierro forjado era más que decorativo. Este se abrió cuando se acercaron. Snaresbrook condujo hasta el patio interior y se detuvo ante otro portón. Un hombre mayor uniformado salió del puesto de seguridad, que simulaba cantina.

—Buenos días, señor Wood. En pocos segundos más usted y la doctora pueden entrar.

—Está bien, George. ¿Siempre muy ocupado?

—Día y noche. —Sonrió despacio, se volvió y retornó a su cabina.

—La seguridad de este lugar parece bastante descuidada —dijo Erin Snaresbrook.

—La seguridad de aquí es la mejor del mundo. El viejo George está retirado. Le gusta su trabajo. Lo saca de la casa. Se lo ha contratado para saludar a la gente, cosa que hace muy bien. La verdadera seguridad la lleva una IM. Esta rastrea cada vehículo en el terreno, cada avión en el cielo. Cuando usted llegó a Megalobe ya sabía quién era, sabía lo que hacía aquí, ya me había contactado, verificó su identificación y tenía mi aprobación.

—¿Si la seguridad es tan buena por qué nos demoramos ahora?

—No nos estamos demorando. Los sensores en el suelo están examinando el auto, verificando cada componente, buscando armas o bombas, verificando que su teléfono sea su teléfono. Ya está listo.

—El portón exterior se cerró antes que el portón interior se abriese. Esta IM trabaja mejor que todas mis tropas y la tecnología de Megalobe. Siga derecho y es en la cuarta o quinta calle, se llama Avenida Jacarandá.

—Muy impresionante —dijo Snaresbrook cuando estacionaron frente a la enorme casa moderna.

—¿Y por qué no? Brian es millonario o aún más que eso hoy en día. Debería ver las cifras de las ventas.

Cuando se acercaban a la puerta, les habló una voz.

—Buenos días. Lo siento pero el señor Delaney no se encuentra en este momento...

—Soy Wood, de seguridad. Sólo cállate y dile que estoy aquí

con la doctora Snaresbrook.

Hubo una corta demora, luego se abrió la puerta.

—El señor Delaney los verá ahora —dijo la voz.

Cuando cruzaron el vestíbulo y entraron al cuarto de techos altos, Snaresbrook se dio cuenta por qué Brian ya no necesitaba ir al laboratorio. El que tenía allí era probablemente mucho mejor. Computadoras y máquinas, severas y relucientes, cubrían por completo una pared. Ante ellas estaba sentado Brian con una IM inmóvil en su hombro. No miraba las computadoras frente a él, sino tenía la mirada perdida en el facío.

—Por favor, discúlpennos un momento —dijo la IM—. Pero estamos discutiendo una ecuación un poco compleja.

—¿Eres tú, Sven?

—Doctora Snaresbrook, qué bueno que me recuerde. Sólo soy una subunidad programada para respuestas simples. Si puede tener un poco de paciencia...

Entonces Sven se movió, convirtió sus manipuladores inferiores en piernas y caminó hasta donde estaban ellos.

—Qué extraordinario placer es tenerlos a ambos aquí. Son pocas las visitas que recibimos en este lugar. Le digo a Brian todo el tiempo que no hace más que trabajar y no se divierte. Pero a él le gusta trabajar.

—Eso veo —Ella señaló a Brian, que seguía inmóvil. —¿Sabe que estamos aquí?

—Oh, sí. Le dije, antes de abandonar el cálculo. Sólo quiere trabajar en el problema un poco más.

—¿Eso quiere? Todo dulzura y amistad, nuestro Brian. Woody, ya veo lo que quiso decir. Nuestro amigo Sven es más humano.

—Gracias por decirlo, doctora. Pero debe recordar que mientras más estudio la inteligencia y la humanidad, me vuelvo más humano y espero que también más inteligente.

—Estás haciendo un gran trabajo, Sven. Ojalá pudiera decir lo mismo de Brian.

Sus palabras sarcásticas debieron haber penetrado su concentración, porque lo molestaron. Primero arrugó la frente, luego sacudió la cabeza.

—No es justa, Doc. Tengo trabajo que hacer. Y la única forma de concretarlo es aislando la lógica de las emociones. Uno no puede pensar claramente con hormonas y adrenalina bombeadas por todo el cuerpo. Esa es una gran ventaja que tienen Sven y sus iguales,

sobre los humanos y la inteligencia de sangre y carne. La ausencia de glándulas.

—Admito no tener glándulas —dijo Sven—. Pero las descargas estáticas irrumpen de la misma manera de tiempo en tiempo.

—Eso no es verdad, Sven —dijo Brian fríamente.

—Tienes razón, intentaba hacer una pequeña broma.

Snaresbrook los observó en silencio. Por un instante, Sven pareció el más humano de los dos. ¿Se debía a que mientras la IM aprendía sobre la humanidad, Brian la perdía? Dejó ese terrible pensamiento de lado.

—Dijiste que estaban discutiendo, ¿ya no necesitan una conexión física de fibra óptica para hacerlo?

—No —Brian tocó la parte posterior de su cuello—. Hice una pequeña modificación y nos comunicamos modulando señales infrarrojas —Se paró y se estiró, intentó infructuosamente una sonrisa—. Disculpen si fui descortés. Sven y yo estamos trabajando en algo tan grande que da miedo.

—¿Qué es?

—No estoy aún seguro, quiero decir que no estoy seguro de si lo podremos lograr. Y trabajamos como mulas porque queremos completarlo antes de la próxima reunión de directorio de Megalobe. Sería sensacional presentarlo entonces. Pero me estoy comportando como un pésimo anfitrión...

—¡En verdad sí! —dijo Sven—. Pero me apresuraré a enmendarlo. Señor, señora, el salón está en esta dirección. Quieren algo fresco para tomar, algo de música, podemos ser muy hospitalarios cuando lo intentamos.

Sven había hecho un gesto con su mano en dirección a Brian. Un pequeño gesto que podía haber sugerido una disculpa, quizás resignación.

Brian y Woody tomaron refrescos, pero Erin Snaresbrook que bebía en raras ocasiones, salvo en reuniones sociales, sintió la repentina necesidad de tomar algo distinto.

—Un martini con hielo y limón, sin gin. ¿Puedes hacerlo, Sven?

—Está dentro de mis capacidades, doctora. Espere sólo un momento, por favor.

Ella se sentó en una silla confortable, dobló las manos sobre su cartera y mantuvo su enfado bajo control. El martini la ayudaría.

—¿Cómo has andado? —preguntó ella.

—Muy bien. Cuando puedo hago ejercicio.

—¿Y tu cabeza? ¿Has tenido algún síntoma negativo, dolores, cualquier cosa?

—Estoy muy bien.

Le agradeció a Sven con una leve inclinación de la cabeza, y tomó un trago. Eso la ayudó.

—Hace tiempo que no tenemos una sesión con la máquina conectora.

—Ya lo sé. Siento que no es necesario. La computadora implantada está completamente integrada y puedo conectarme con ella cuando lo deseo. No tengo problemas.

—Es bueno saberlo. ¿Alguna vez pensaste en contármelo? Nunca publiqué más que una descripción general de la operación, ya que esperaba los resultados definitivos. —Había un dejo frío en su voz en ese momento. Brian se dio cuenta de ello y se sonrojó ligeramente.

—Ha sido un descuido de mi parte. Lo siento. Mire, voy a escribirlo todo y se lo haré llegar.

—Eso estaría bien. He hablado con Shelly un par de veces...

—No me interesa. Es parte del pasado que he olvidado.

—Bien. Pero por razones humanitarias generales pensé que te gustaría saber que su padre fue operado y se está recuperando bien. A ella no le gustó la vida civil y se volvió a alistar.

Brian tomó su bebida, miró por la ventana y no dijo nada.

Se fueron media hora más tarde cuando Brian manifestó que debía volver al trabajo. Erin Snaresbrook condujo en silencio hasta que salieron por el portón.

—No me gusta —dijo ella.

—¿Prometió ir al gimnasio más seguido, no es así?

—Eso es maravilloso; llenará su vida social. Ya escuchó sus respuestas. No necesita ir ni a teatros, ni a conciertos, él tiene el mejor equipo de DAT y CD aquí. ¿Y para qué ir a fiestas? Nunca fue partidario de las fiestas. Y en cuanto a mujeres, no me gustó la forma en que evadió el tema. ¿Qué piensa, Woody? Usted es su amigo.

—Creo, a veces, viéndolos a los dos juntos... a veces, no todo el tiempo, que es como usted dijo. Sven es el más humano de los dos.

## EPILOGO

---

La reunión de directorio de Megalobe empezó a las diez en punto de la mañana. Kyle Rohart era el presidente en ese momento, y había llegado a ese puesto por las responsabilidades que se le confiaron durante años. Hizo un gesto para que guardaran silencio.

—Creo que es mejor comenzar porque hay mucho de qué hablar. Nuestro informe anual para los inversionistas deberá ser presentado dentro de un mes y tendremos dificultades para tenerlo a tiempo. La forma en que ha crecido la producción en las nuevas líneas de ensamblado dirigidas por las IM es increíble. Pero antes de empezar, me gustaría que todos conozcan a nuestro nuevo miembro del directorio. Sven, quiero presentarte a los otros miembros.

—Gracias, señor Rohart, pero no será necesario. Los reconozco por sus fotografías, los conozco bien por sus historias personales en los archivos. Caballeros, es un placer trabajar a su lado. Por favor, llámenme cuando necesiten cualquier información especializada. Recuerden que he estado involucrado en Inteligencia Mecánica, podría decirse con certeza, desde el principio.

Hubo murmullos de agradecimiento, incluso algunas miradas de sorpresa de aquellos miembros que no estaban acostumbrados a la IM. Rohart miró sus notas.

—Comenzaremos por los nuevos productos. Brian tiene algo de importancia que desea comentarnos. Pero antes que lo haga les quiero comunicar que el primer barco comandado por una IM acaba de partir de Yokohama. La IM cumple tanto las funciones de capitán como de tripulación de la nave. Sólo debido a la insistencia del gobierno japonés, un mecánico y un electricista también están a bordo. Creo que disfrutarán del viaje, ya que no tendrán otra cosa que

hacer. —Hubo carcajadas complacientes.

—Otra cosa que querrán saber —dijo Kyle—. El nuevo microscopio molecular de nuestra División NanoCorp está ahora funcionando casi a la perfección. Como probablemente sabrán se parece mucho a un scanner médico de ultrasonido, pero es un millón de veces más pequeño porque estamos usando los últimos descubrimientos en nanotecnología. Opera enviando vibraciones mecánicas a las moléculas que se encuentran más cercanas a su lente y luego analiza esas vibraciones. Cuando insertamos su lente en el núcleo de una célula podemos encontrar y explorar cromosomas, leer el genoma totalmente individual en cuestión de pocos minutos. Eventualmente, esta información será usada para reconstruir la historia evolutiva de cada especie animal. Con este tipo de conocimientos deberíamos poder construir virtualmente desde cero cualquier tipo de criatura que querramos. Por ejemplo, una de nuestros genetistas no considera imposible construir una vaca que dé arrope —Hubo algunas risas complacientes y algunos murmullos de preocupación—. Brian, puede tomar la palabra.

—Gracias, Kyle. Caballeros, me estoy adelantando un poco a los hechos al hablarles de este nuevo producto, pero las posibilidades son tan maravillosas que considero que deben estar al tanto de nuestro trabajo. En este caso todo se lo debemos a Sven. Es su descubrimiento y él desarrolló todos los detalles sobre cómo llevarlo a la práctica.

Brian hizo una inspiración profunda.

—Si la matemática es correcta y el nuevo material, llamado SupereX, puede ser fabricado, debería cambiar el panorama general de utilización de la energía. ¡Cambiará el mundo entero!

Esperó hasta que los presentes se hubieran callado antes de continuar.

—Esto tiene que ver con la teoría de física cuántica, que el Premio Nobel Tsunami Huang llamó “resonancia fonomanisotrópica.” Pero hasta ahora esa teoría nunca había sido llevada a la práctica. Sven nos ha mostrado cómo hacerlo. Todos habrán oído hablar de los superconductores que transmiten electricidad sin ninguna pérdida. Sven ha hecho lo mismo para el calor. Su nuevo material conduce el calor en forma casi perfecta en una sola dirección. En la dirección opuesta SupereX debería ser un aislador casi perfecto. Como ustedes saben las costosas aislaciones modernas de nuestras paredes tienen valores-R menores a mil. De acuerdo con la

nueva teoría, SupereX debería tener un valor R de aproximadamente cien millones. Y podría ser fácilmente usado en forma de pintura aplicada con un campo polarizador.

Esperó a que alguien reaccionara, pero nadie sabía qué decir.

—*Hombres de negocios* —suspiró para sí mismo.

—Por ejemplo, si una fina película de SupereX es aplicada a una lata de cerveza, esto puede mantener la cerveza fría por años. Podemos tirar a la basura todos los refrigeradores del país y también eliminar nuestros costos de calefacción. Los superconductores eléctricos nunca fueron demasiado prácticos porque no trabajaban a temperaturas normales. Pero ahora el aislamiento de SupereX permitirá que cables superconductores transmitan energía sin perdida, aun entre continentes distantes. Las posibilidades son increíbles. Cables conductores termales SupereX polarizados longitudinalmente conducirán el calor de los desiertos y el frío de los polos. ¡Nos permitirá generar casi sin costo termoeléctricidad en cualquier parte!

Esta vez hubo una verdadera reacción. Gritos y hurras casi ahogaron la voz de Brian.

—¡Piensen en lo que será el mundo! Podemos dejar de quemar combustibles fósiles. Desterrar para siempre el peligro del efecto invernadero. La energía limpia sin polución puede ser la salvación de la humanidad. La crisis del petróleo de Medio Oriente se terminará para siempre cuando todos los pozos sean clausurados. Si se usa petróleo sólo como materia prima en vista de sus derivados químicos, hay más que suficiente en Estados Unidos para cubrir nuestras necesidades. Las posibilidades son casi infinitas. Sven ha preparado alguno de los detalles de producción y les hablará sobre ello. ¿Sven?

—Gracias, Brian —dijo la IM—. Eres muy generoso en atribuirme el descubrimiento, pero tu contribución matemática fue mayor que la mía. Voy a comenzar con un análisis del desarrollo.

El teléfono de Brian sonó y trató de ignorarlo. Cuando volvió a sonar lo atendió.

—Le dije que no quería recibir llamados...

—*Lo siento, señor, es de seguridad. Ellos insistieron. El señor Wood tiene una encomienda certificada para usted aquí en la recepción. El equipo de explosivos ya la ha abierto y revisado. ¿La guardo o se lo mando? El señor Wood está aquí y dice que se la puede alcanzar personalmente. Opina que usted querrá verla de inmediato.*

—Por qué estaba tan interesado en esta encomienda que quería llevársela personalmente? Debía ser importante y deseaba averiguar el motivo. A Sven le estaba yendo muy bien con la presentación sin su ayuda y esto no le llevaría mucho tiempo.

—Muy bien. Dígale que me la alcance; lo estaré esperando.

Brian se escabulló de la reunión y lo aguardaba en la oficina contigua cuando entró Woody.

—Es del exterior Brian, y está dirigida personalmente a ti. Ya que fuiste a Europa a lanzar tu revolución pensé que tendría alguna conexión.

—Puede que la haya. ¿De donde viene?

—El remitente dice Schweitzer Volkbank en St. Moritz.

—Estuve allí una vez, pero no anduve cerca de ningún banco... ¡St. Moritz! ¡Déjame verla!

Arrancó el envoltorio y un videocasete cayó sobre la mesa.

—Esto es lo que se veía en los Rayos X. ¿Trae algún mensaje?

—Es un mensaje suficientemente claro. Está pidiéndome que lo vea —Lo sopesó en su mano y miró la cara oscura de Woody—. Debo ver esto solo. Tus sospechas eran correctas, es importante. Pero no puedo romper una promesa así que no puedo explicarte la razón ahora. Pero inventaré otra razón si quieres. Te dejaré saber de que se trata en cuanto pueda.

—Hazlo, no creo tener otra elección —Luego frunció el entrecejo—. No hagas ninguna estupidez, ¿oíste?

—Fuerte y claro. Gracias.

Entró a la primera oficina vacía, cerró la puerta y metió el casete en la máquina. La pantalla parpadeó y se iluminó. Mostraba un estudio conocido, con las paredes cubiertas de libros. El doctor Bociort estaba en su sillón. Alzó una mano a la cámara y comenzó a hablar.

—Me estoy despidiendo, Brian. O más bien me despedí hace tiempo, ya que hice esta grabación poco después que nos conocimos. Soy un hombre viejo y mortal como todos. Esta grabación fue dejada en mi banco, que tiene instrucciones de mandártela después que muera. Así que podría decir que hablo desde la tumba o algo así.

Debo confesarte que cuando nos conocimos me reservé una pieza de información bastante importante. Espero que me perdes, ya que lo hice por puro egoísmo. Si yo te la revelaba y eso conducía a que descubrieras quiénes son tus enemigos, eso también podría haber conducido a mi propia muerte. Sabemos que nada los detiene.

—No hablaré más sobre ello. Lo que quiero decirte es que J.J. Beckworth está vivo y reside aquí, en Suiza. Este es un país que se especializa en el anonimato y en guardar secretos. Por accidente lo vi saliendo de un banco en Berna. Fue pura casualidad que él no me viera primero. Yo por supuesto no voy más a Berna, por eso estoy aquí en St. Moritz. De todos modos empleé una firma de investigadores confiables quienes localizaron su residencia. Está ahora viviendo en un barrio elegante de Berna bajo el nombre de Bigelow. Te voy a leer su dirección, y luego no te diré hasta siempre, sino adiós.

Brian rompió el silencio, asombrado y después de las palabras de Bociort, con un grito de júbilo.

—¡Está vivo, y sé donde encontrarlo!

Beckworth estaba vivo. El pensamiento lo hirió como una cuchillada. El hombre que conocía todos los detalles, todas las personas responsables del robo y los asesinatos, que sabría todo. Trataron de matarme, trataron de hacer más que eso. Casi aniquilaron mi cerebro, me mandaron a un hospital, alteraron mi vida en todas las formas posibles.

El encontraría a Beckworth, encontraría a quien estaba detrás de todo. Los encontraría y les haría pagar lo que le habían hecho. Brian caminó por la habitación, forzándose a frenar la excitación y tratando de pensar con claridad. Entonces buscó el teléfono.

Benicoff sabría qué hacer. El había comenzado esta investigación, ¡ahora iba a cerrarla!

Ben se sintió feliz como Brian por las noticias aunque no satisfecho con las condiciones que éste le fijaba.

—*En realidad es un asunto para la policía. Beckworth es un hombre peligroso.*

—La policía lo puede agarrar una vez que hayamos hablado con él. Quiero enfrentarlo cara a cara, Ben. Debo hacerlo. Si no quieres venir conmigo lo tendré que hacer solo. Tengo su dirección y tú no.

—¡Chantajista!

—Por favor no pienses eso. Es sólo lo que debo hacer. Tú y yo hablaremos con el primero y luego la policía lo agarrará. Llevaremos a Sven para grabar todo lo que se diga. ¿Está bien?

Finalmente Brian le arrancó un consentimiento renuente. Brian volvió a la reunión pero oyó poco de lo que se hablaba. En ese momento tenía un solo pensamiento en su mente: Beckworth. En cuanto le fue posible se escapó y volvió a su departamento para

preparar una valija. Antes de que estuviera lista, Sven golpeó la puerta.

—Te iba a mandar a buscar en cuanto terminara la reunión. Tengo noticias...

—Ya lo sé. Miré el video con gran interés.

—Debí suponerlo.

—La encomienda me intrigó tanto como a ti. ¿Partiremos pronto?

—Ahora mismo. Vamos.

Se encontraron con Ben en el Orbitpuerto de Kansas a tiempo para tomar el vuelo nocturno al Europuerto en Hungría. El vuelo, saliendo de la atmósfera y reingresando a ella, tomaba menos de media hora. Tardaron diez veces más en el tren nocturno a Suiza. Sven disfrutó del viaje, disfrutó de la atención que le brindaron. Las IM eran todavía una novedad.

Siguiendo las instrucciones que le dieron, el taxista no se detuvo en la casa, y los dejó en la próxima esquina. Ben todavía estaba preocupado.

—Sigo pensando que deberíamos hablarle a la policía antes de entrar allí.

—Es demasiado riesgoso. Si existe la más mínima posibilidad de que las personas que están detrás de todo esto tengan un informante o un micrófono en el teléfono de la policía local, podemos perder todo. Tu oficina llamará a Interpol y a la policía de Berna en media hora. Eso significa que podremos hablarle primero. Vamos.

Un timbre sonó en algún lugar de la casa y momentos más tarde una IA abrió la puerta. Era uno de los modelos más simples hechos bajo licencia en Japón.

—¿El señor Bigelow, por favor?

—¿Los espera?

—Eso pretendo —dijo Brian—. Soy un ex asociado de él de los Estados Unidos.

—Está en el jardín. Síganme por aquí, por favor.

La IA los condujo a través de la casa hasta una gran habitación cuyas puertas-ventanas daban a un patio, más allá Beckworth estaba sentado de espaldas leyendo los diarios.

—¿Quién era? —preguntó.

—Estos caballeros quieren verlo.

Bajó el periódico y se volvió hacia ellos. Su expresión se heló al ver a Brian; se puso de pie lentamente.

—Muy bien caballeros, ya era tiempo que aparecieran. He estado manteniéndome al tanto de sus actividades y me asombra su falta de iniciativa. Pero han llegado finalmente —No había ninguna calidez en su voz y sí un frío odio en su expresión—. Así que aquí tenemos por fin a Brian Delaney, con una de las nuevas IM. Y veo que has traído a Ben contigo. Todavía torpemente a cargo de la investigación, que por fin parece concluir con éxito; si no, no estarías aquí. Aunque lamento, Ben, no poder felicitarlo...

—¿Por qué J.J.? ¿Por qué lo hizo?

—Esa es una pregunta especialmente tonta. ¿No sabías que las compañías matrices entre bastidores de Megalobe estaban a punto de jubilarme? No con intención de insultarme, al menos eso dijeron, pero querían a alguien de mayor competencia técnica. Lo consideré y luego decidí que un retiro bajo mis propias condiciones sería más beneficioso. También me permitiría librarme de mi vieja casa y de mi vieja esposa y los aún más aburridos y exigentes hijos. Llevaría una nueva vida, y una existencia mucho más remunerativa —Miró directamente a Brian, con su rostro convertido en una fría máscara de odio—. ¿Por qué no moristes como estaba previsto?

La cara de Brian era un espejo de la de Beckworth, había allí también odio pero además recuerdos dolorosos. Permaneció en silencio un largo rato, controlando cuidadosamente sus emociones. Luego habló despacio.

—¿Quién está detrás de los asesinatos y el robo?

—¿No me digan que viajaron hasta aquí para preguntarme sólo eso? Pensaba que la respuesta sería obvia a esta altura. Sabes mejor que yo quién está investigando el campo de la IA en el mundo.

—Esa no es una respuesta —dijo Brian—. Hay montones de universidades...

—No seas estúpido. Me refiero a los gobiernos nacionales. ¿De dónde crees que provienen las inmensas sumas necesarias para financiar una operación costosa como la que se montó contra Megalobe?

—Está mintiendo —dijo Brian con frialdad, ya su cólera controlada—. Los gobiernos no cometan crímenes, ni contratan asesinos.

—Mi querido joven, ¿has estado acaso viviendo bajo una roca? Cualquiera que haya abierto un diario en los últimos cincuenta años se reiría de tu inocencia. ¿No has estudiado la historia mundial? En una oportunidad el gobierno francés mandó asesinos para volar un barco lleno de gente que protestaba contra desarrollos nucleares y

consiguieron matar por lo menos a uno de ellos. Cuando todo el plan se descubrió lo ocultaron, incluso mintieron a Nueva Zelanda para que los asesinos convictos salieran libres. No sólo los franceses están involucrados en este tipo de operativos en el mundo.

Piensa en el gobierno italiano y su operación Gladio. En ese caso los políticos autorizaron a una red secreta en su propio país y también en todos los países de la NATO, a que armara a grupos de guerrilleros, para contrarrestar la posibilidad totalmente inverosímil, de que los países del Pacto de Varsovia pudieran no sólo ganar una guerra contra ellos sino también ocuparlos. En realidad, Gladio le dio armas a los terroristas de derecha y murieron más personas.

—¿Está diciendo que los franceses o los italianos respaldaron la operación contra Megalobe?

—Considera a los británicos. Mandaron tropas a Irlanda del Norte con la orden de tirar a matar contra sus propios ciudadanos. Cuando esto fue investigado por un oficial de policía del continente, ellos arruinaron y mandaron a la bancarrota a un honesto hombre de negocios para detener la investigación. Luego, no satisfechos con matar a sus propios ciudadanos, mandaron un grupo de asesinos a Gibraltar para matar a los extranjeros que anduvieran por las calles. E incluso mandaron luego a sus expertos al extranjero para enseñarles a los soldados khmer rojos, uno de los regímenes más asesinos de toda la historia, cómo colocar minas sofisticadas para asesinar a civiles.

—Entonces fueron los británicos?

—No estás escuchando. Stalin mandó a millones de sus propios ciudadanos a morir en los Gulags. Ese monstruo refinado, Saddam Hussein, usó napalm y gas venenoso para matar a sus propios ciudadanos kurdos. Ni nuestras propias manos están tan limpias. ¿Acaso la CIA no fue a Nicaragua, un país con el que teóricamente estábamos en paz, para plantar minas en los puertos de allí...?

—Entonces cuál de ellos fue? —dijo Benicoff, dando rienda suelta a su irritación—. No voy a negar que la mayoría de los países ha cometido muchos crímenes. Esa es una de las peores herencias del nacionalismo y de los estúpidos políticos, que, al igual que la guerra, deben ser eliminados. No vinimos a que nos dé una clase de política. ¿Con cuál gobierno organizó este plan? ¿Cuál de ellos está detrás del robo y de los asesinatos?

—¿Qué importa eso? Todos son capaces de ello y les puedo asegurar que más de uno estaba ansioso por hacerlo. Quizás debiera

decírselos, pero tengo algo mucho más importante que hacer.

Beckworth se llevó la mano al bolsillo de la chaqueta y sacó una pistola, con la cual les apuntó.

—Tengo una puntería muy certera, así que quédense donde están. Me voy, pero antes tengo algo para ti, Brian. Algo que ya demoró demasiado. Tu muerte. Si hubieras muerto en el momento indicado, no estaría ocultándome aquí ahora, en cambio sería un hombre libre y respetado. Y muy rico. Yo me voy y tú te mueres. Por fin...

—*¡Prohibido matar!*

Sven gritó las palabras, amplificadas y atronadoras. Se abalanzó hacia adelante en el mismo instante, alcanzando a Beckworth.

Tres disparos sonaron en rápida sucesión y la IM cayó hacia atrás, agarrada de Beckworth. Tembló y cayó al piso sosteniendo aún al hombre en un abrazo mortal. Beckworth luchó por liberarse, por levantar su arma. Le apuntó a la cabeza de Sven. Disparó otra vez donde estaba el cerebro de la máquina.

El resultado fue instantáneo, aterrador.

Todos los manipuladores se extendieron de repente, desde el más grande al más pequeño, incontables cantidades de ellos.

Más filosos que cualquier cuchillo, las pequeñas ramas de metal cortaron el cuerpo del hombre. Lo separaron célula por célula, abrieron cada vena, arteria y capilar en un instante. Beckworth murió en una silenciosa explosión sanguinolenta. En un momento estaba vivo, al siguiente era sólo una masa informe de carne y sangre.

Ante tan terrible espectáculo, Ben se volvió. Brian no lo hizo. Ignoró la carne, sólo veía a Sven, su IM, su amigo, tan muerto como Beckworth.

Todavía estaba vivo en sus otras encarnaciones, pero ese momento, allí, estaba muerto.

—Fue un accidente —dijo Ben, logrando controlarse.

—¿Lo fue? —preguntó Brian, mirando las dos formas inmóviles y silenciosas—. Pudo haber sucedido así, o Sven quizás nos libró de mucho trabajo. Nunca lo sabremos.

—Supongo que no. Tampoco sabremos a qué país se vendió Beckworth. Pero como él mismo dijo, me pregunto si realmente importa. Todo ha terminado ahora Brian y eso es lo que cuenta.

—¿Todo ha terminado? —Brian levantó la cabeza y su expresión era fría y desprovista de toda emoción—. Sí, todo ha terminado para ti. Todo ha terminado también para Sven. Pero no ha terminado

para mí. Ellos me mataron, ¿no te das cuenta de ello? Ellos mataron a Brian Delaney. Poseo algunos de sus recuerdos, pero no soy él. Soy la mitad de una persona, soy la mitad de su memoria. Y estoy empezando a creer que me he convertido en algo no demasiado humano. Mira lo que se llevaron. Primero mi vida, luego mi humanidad.

Ben comenzó a hablar y Brian lo detuvo levantando un dedo.

—No lo digas, Ben. No trates de razonar o discutir conmigo. Estoy más cercano ahora a una IM que a ti. Lo acepto. No me gusta o disgusta, sólo lo acepto. Así que dejémoslo así.

La sonrisa de Brian era torcida, irónica, de ningún modo divertida.

—Dejémoslo así. Como IM no tendré que llevar luto por mi humanidad perdida.

Las estridentes sirenas de los autos de la policía que se aproximaban eran los únicos sonidos que rompían el silencio de la habitación.

## NOTA FINAL

Le recordamos que este libro ha sido prestado gratuitamente para uso exclusivamente educacional bajo condición de ser destruido una vez leído. Si es así, destrúyalo en forma inmediata.

Súmese como voluntario o donante y promueva este proyecto en su comunidad para que otras personas que no tienen acceso a bibliotecas se vean beneficiadas al igual que usted.

**Para otras publicaciones visite:**

[www.lecturasinegoismo.com](http://www.lecturasinegoismo.com)

Facebook: Lectura sin Egoísmo

Twitter: @LectSinEgo

o en su defecto escríbanos a:

[lecturasinegoismo@gmail.com](mailto:lecturasinegoismo@gmail.com)

Referencia:960



**Marvin Minsky** es la máxima autoridad mundial en el campo de la inteligencia artificial. Ex director del sofisticado y prestigioso laboratorio M.I.T., Minsky es autor del *best-seller* *The Society of Mind*, publicado en español junto a otras 32 traducciones bajo el título *La sociedad de la mente*.

**Harry Harrison** es un conocido escritor inglés de ciencia-ficción. Las especulaciones y propuestas de sus relatos tienen la particularidad de ser creíbles para el lector. Autor de varios *best-sellers*, con frecuencia sus historias son llevadas al cine.

# LA UTOPIA DE **TURING**

**¿Qué ocurre cuando uno de los mayores logros tecnológicos: la computadora, se combina con el órgano viviente más evolucionado de la creación: el cerebro humano?**

**E**sta fascinante posibilidad es desarrollada por el experto en inteligencia artificial Marvin Minsky y por uno de los escritores de ciencia-ficción más celebrados de la actualidad: Harry Harrison. El resultado de esta colaboración es una novela atrapante donde se exploran los avances científicos más osados a través de una trama de impecable suspenso.

Todo comienza cuando Brian Delaney, genio de las matemáticas que se encuentra al borde de un descubrimiento trascendental en el campo de la inteligencia artificial, es brutalmente atacado en su laboratorio, donde sus asesinos lo dejan por muerto.

Sus colegas, usando las mismas técnicas desarrolladas por Delaney, logran reconstruir su cerebro. La tarea siguiente es reconstruir su pasado, recuperar sus conocimientos científicos y encontrar a sus enemigos que, al saber que aún vive, intentan eliminarlo.

Una magnífica historia que nos conduce hasta los límites de la actual tecnología y abre las puertas de un mañana provocativo y escalofriante.



ISBN 950-08-1136-7



9 789500 811361

Código 18190